

Ines Rieder / Diana Voigt

# Sidonie Csillag

La "joven homosexual" de Freud

el tiempo de plata

registros

Ediciones Inrofox





Ines Rieder  
Diana Voigt

Sidonie Csillag,  
la “joven homosexual” de Freud

Traducción del alemán por Martina Polcuch



Ines Rieder, Diana Voigt  
*Sidonie Csillag, la "joven homosexual" de Freud - 1° ed.*  
Buenos Aires - El cuenco de plata, 2004  
416 pgs. - 21x14 cm. - (Registros)

Título original: *Heimliches Begehren.*  
*Die Geschichte der Sidonie C.*

Traducción del alemán de Martina Polcuch

ISBN 978-987-21615-3-8

1. Psicoanálisis 2. Csillag, Sidonie - Biografía I. Título  
CDD 150.195

© 2000. Deuticke  
© 2003. EPEL  
© 2004. Ediciones literales  
© 2004. El cuenco de plata

Ediciones literales  
Directora: Marta Olivera de Mattoni  
Con la colaboración de: Sandra Filippini y Silvia Halac  
Tucumán 1841 (5001), Córdoba, Argentina  
Ed\_literales@ciudad.com.ar

El cuenco de plata S.R.L.  
Director: Edgardo Russo  
Diseño y producción: Pablo Hernández  
Av. Rivadavia 1559 3° A (1033) Buenos Aires  
www.elcuencodeplata.com.ar

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en mayo de 2011

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro sin la autorización previa del editor y/o autor.

Sidonie Csillag,  
la “joven homosexual” de Freud



## Prefacio\*

El 9 de junio de 2001 se celebró en Viena el centenario del nacimiento de Jacques Lacan. El tema escogido: el pasaje al acto (un concepto que le pertenece). Me invitaron a intervenir. Sucede que luego de haber estudiado el pasaje al acto de las hermanas Papin y el de Marguerite Anzieu (la “Aimée” de Lacan), estoy a punto de presentarles a quienes participan en mi seminario el pasaje al acto de la llamada “joven homosexual” o, más exactamente, las dos versiones de ese pasaje al acto, muy diferentes a decir verdad, que Lacan construye con varios años de intervalo.

La última, en 1963, le sirve de base para una reformulación, tan fundamental como desconocida, del sentido del “retorno a Freud”, consigna proclamada en Viena en 1955. Medio siglo después, se me ofrecía pues la oportunidad de decir en ese mismo lugar, o mejor dicho en el sitio preciso, que desde 1963 se trataba para Lacan de un “retorno a... lo que le falta a Freud”. Puede apreciarse el desplazamiento.

Pero me aguardaba una enorme sorpresa. Luego de mi exposición, el profesor August Ruhs, que presidía la sesión, pronunció un largo discurso en alemán del que no entendí casi nada, pero al término del cual me dijo lo esencial en francés: por primera vez acababa de declarar en público que recientemente había encontrado a la “joven homosexual” de Freud, convertida ahora en una anciana dama.

También estaba al tanto de que dos autoras lesbianas se habían entrevistado extensamente con ella poco antes de su muerte, y habían referido sus declaraciones en forma de un relato sobre su vida, la de una lesbiana a lo largo de todo el siglo XX. Un libro que había aparecido recientemente.

Ines Rieder y Diana Voigt les propusieron a los miembros vieneses de la International Psychoanalytic Association ir a hablar de ello. Y si

---

\* Del libro editado en francés por EPEL y con la autorización de esta editorial, hemos agregado aquí el Prefacio y el Postfacio. Traducción de Silvio Mattoni



bien éstos pudieron brindarle una recepción favorable al libro –en privado– sin embargo se negaron categóricamente a discutirlo en público. ¿Acaso por ceguera hacia “lo que le falta a Freud”?

Publicado por Deuticke (el editor de Freud), luego el libro fue impreso en una edición de bolsillo en Alemania. En francés, traducido por Thomas Gindele a quien nunca le agradeceré lo suficiente.

*Jean Allouch*

La persona a la que se llama en este libro Sidonie Csillag tenía en realidad otro nombre. A su confianza y a su amistad le debemos la suerte de habernos convertido en sus biógrafas. Hemos respetado la promesa que le habíamos hecho de modificar los nombres, el de ella, el de su familia y de algunos pocos amigos(as). Todos los demás nombres, personajes y acontecimientos corresponden a la realidad histórica.\*

*Ines Rieder  
Diana Voigt*

---

\* Extraído del prefacio de la edición original. Viena, 2000.



Sidonie Csillag



## Capítulo I

### *Leonie*

En el patio interno de una prisión vienesa, una mujer elegante camina, apresurada, de un lado a otro. Suelto, sobre los hombros, lleva un abrigo de piel; el hecho de ser acompañada por guardias armados parece preocuparla poco. Todavía se ven por todos lados pequeñas manchas de nieve que cubren un verde exiguuo. En los muros, que acorralan al patio estrecho como si fueran tenazas, se elevan, en semicírculos, la humedad y el moho; la pintura hace tiempo que se descascaró. La pista de arena de la “ronda”, gastada por las pisadas, está embarrada y produce chasquidos bajo los pies de las prisioneras. Cuando se detiene por un instante y levanta la vista, ve la mirada horrorizada de su amiga, que –como es notorio– al fin ha conseguido el ansiado permiso de visita y la saluda con la mano desde una ventana del primer piso del establecimiento. Ella le responde el gesto brevemente y encoge los hombros, con una sonrisa ladeada y cansada, como si todo eso la afectara muy poco.

¿Qué ha sucedido?

En Viena acaba de comenzar la primavera de 1924, y desde hace unos días, los periódicos no dejan de vapulear con fruición a la bella prisionera.

La acusada es la baronesa Leonie von Puttkamer, de treinta y tres años, famosa en la Viena de aquella época por su dudosa reputación, descendiente de la antigua nobleza prusiana, casada con el presidente de la Cámara Agrícola de Austria, Albert Gessmann jr. Y este mismo Albert Gessmann acusa a su esposa de intento de homicidio: según él, le puso veneno en el café. Una verdadera Guerra de las Dos Rosas –que conduce a uno de los procesos acusatorios más dudosos del año 1924– se entabla entre los cónyuges. Los abogados comunican denuncia tras denuncia, la policía labra acta tras acta, hasta que Leonie von Puttkamer, finalmente, va a parar a prisión.

Los periódicos pintan a la bella baronesa en escenas desenfadadas y sensacionalistas, y la sociedad vienesa tiene en su haber un escándalo más.

El periódico *Neue Freie Presse* informa sobre la convivencia de los cónyuges, que –según dichos de Albert Gessmann– había sido “absolutamente feliz”. Unos días más tarde, sin embargo, esta declaración es corregida: el marido reconoce que esa felicidad se vio empañada en algunos momentos, principalmente porque Leonie Puttkamer-Gessmann “se encuentra bajo la influencia perniciosa de amigas que también sacan provecho de ella en lo material”. Se corre el rumor de que, en sus años de soltera, Leonie Gessmann –de la que se dice habría tenido una amistad íntima con la bailarina Anita Berber– “habría estado internada repetidas veces en establecimientos para enfermos mentales”.

El 31 de marzo de 1924, el periódico *Neue Montagsblatt* retoma el caso Gessmann concentrándose en las amigas de Leonie. “En una conversación con una amiga de igual inclinación, habría manifestado que su marido debía ser eliminado luego de redactar su testamento.”

El Dr. Gessmann explicó que su mujer “estaba entregada al influjo demoníaco de la meretriz, su amiga lesbiana, hasta tal punto que miraba a su propio marido con verdadero odio”.

El 1° de abril, el *Neue Freie Presse* se propone apuntar más alto todavía y llega a la conclusión de que Leonie Puttkamer-Gessmann es “una mujer trastornada en su vida anímica por desvíos sexuales, morfinismo y cocainismo”. En los interrogatorios niega toda culpabilidad respecto de los síntomas de intoxicación de su marido. “Evidentemente, a una persona con las extravagancias, lamentablemente notorias, de la baronesa Puttkamer tampoco se le puede atribuir la responsabilidad. Todos los actores concernidos, incluida la policía, no ven otro motivo para el grave hecho delictivo que no sea la pretendida aversión de la señora Gessmann hacia los hombres”. En ese momento de la investigación, la policía hace constar que, en vista de una denuncia adicional por impudicia, probablemente sea necesario tomar declaración en el círculo de amigas por las que la acusada sólo es llamada por el apodo de “Leo”.

Tampoco la amiga que en ese momento deja caer el brazo en la ventana del patio del Tribunal Regional de Viena, había sido ignorada por los medios. El hecho de que no fuera mencionado su nombre se debe únicamente a la influencia de su padre. Su reputación, de todos modos, ya está fuertemente dañada en los círculos de la alta sociedad vienesa, en los que se mueve, y es probable que una mención de su nombre en la prensa hubiera sido la ruina definitiva para ella.

Aquí se encuentra ahora, Sidonie Csillag, hija de una familia de la alta burguesía, poco antes de cumplir los veinticuatro años. Hasta

entonces nunca había estado en una prisión, y le costó un gran esfuerzo llegar hasta aquí. Las miradas agudas y despectivas de los guardias en el control, que casi la hacían sentir que la ponían en un compromiso, esos largos pasillos llenos de eco, con las baldosas gastadas, así como un olor rancio a lavadero, letrina y comida fría convierten su malestar en asco. Hoy no le permiten hablar con Leonie, sólo puede echar una mirada por la ventana del pasillo en el primer piso.

¡Lo delgado que está el rostro de Leonie! ¡Cómo aprieta los brazos contra su cuerpo y recorre una y otra vez, en un *staccato* incontenible, el círculo estrecho! Su mirada va para cualquier lado. Como si quisiera catapultarse fuera de esos muros o ya estuviera hace tiempo en otro lado. Sidonie tiene que refrenar una risa absurda: estos guardias que, con el sombrío empuño puesto en el trabajo, caminan a los tropiezos detrás de Leonie, ¿qué es lo que quieren custodiar, qué quieren seguir manteniendo apresado?

El tapado de piel se lo dejaron, eso es bueno, pero debajo se puede ver, sobresaliendo, la vestimenta del establecimiento, ligera y gris, y los zapatos no son los apropiados para ese piso húmedo y embarrado y, de tan mojados, están oscuros.

En una mezcla de melancolía, horror y repulsión, Sidonie mira a la mujer amada. ¿Cómo podía ser que las cosas llegaran a ese punto, cómo podía ser que su Leonie, a la que adoraba, hubiera caído tan bajo?

Los acontecimientos de los últimos meses que habían llevado a la detención, y también los años de su amistad se repiten una y otra vez en la cabeza de Sidonie. ¿Cuál era la versión correcta? ¿Las descripciones de esos diarios o lo que desde siempre había visto en la mujer noble y hermosa?

En el fondo, Sidonie nunca comprendió realmente a la baronesa y sus inclinaciones peculiares. Si observa todo con detención, casi debería decir: su modo de ser contradictorio y veleidoso. En aquella época, cuando a los diecisiete años vio a Leonie von Puttkamer por primera vez y se enamoró inmediatamente de ella, era una “criatura inocente”. Una muchacha protegida, sin experiencias sexuales, que ni siquiera sabía lo que era el deseo erótico.

Pero al avistar a la baronesa, había sentido un fuego en su interior. En su recuerdo no era un fuego sexual, sino el fuego de la adoración y admiración.

Sucedió en pleno verano del año 1917, cuando la adinerada burguesía vienesa había huido, como todos los veranos, al campo. En julio de 1917 se había sancionado la ley de plenos poderes para la economía de guerra, que limitaba aún más la provisión de alimentos.

Todos los automóviles a gasolina que existían ya habían sido confiscados en febrero de 1917 para fines bélicos. Los trenes ya sólo circulaban muy limitadamente, y la navegación en el Mediterráneo, a raíz de las acciones de guerra, ya no era más segura. Por esa razón, incluso los adinerados se veían obligados a permanecer cerca de la capital en los meses estivales, en lugar de dirigirse, como en épocas anteriores a la guerra, a la costa adriática.

La madre de Sidonie trajo al mundo a principios de junio a su hijo menor, un hijo tardío luego de tres casi adultos, y fue a un sanatorio para reponerse. Sidonie acaba de cumplir diecisiete, es una muchacha alta, de formas levemente redondas, bella, de cabello largo y castaño: como recortada de un álbum de hijas de la alta sociedad. Todavía no sabe qué pensar de este recién venido a la familia que le quitará aún más el amor desde ya escaso de la madre, que adora a sus hijos varones pero deja a su hija a un lado con frialdad.

Además, acaba de concluir sus estudios en el liceo y será el último verano antes de un período completamente nuevo de su vida. El hermano mayor está en la guerra y el padre, sin excepción, ocupado con sus negocios en la industria petrolera, de interés para la guerra.

Junto a su hermano menor y una institutriz fue enviada al Semmering, una de los destinos de reposo y tratamientos curativos de la burguesía vienesa. Y aunque el lugar no es tan lindo como el de las anteriores estadías de su familia en la isla adriática de Brioni, la mayoría de sus amigas también está ahí. Pero los hombres jóvenes, con los que en los veranos anteriores todavía bailaban alegremente, a esta altura están en los campos de batalla o en posiciones de interés para la guerra y ofrecen su vida a la monarquía en decadencia.

La guerra ya duraba tres años, y sólo en el frente ruso se divisaba un final. ¿Cuántos años más estarían los hombres jóvenes de Europa en las trincheras de Francia e Italia? Cada vez se oían más voces, al principio con una crítica débil, pero en los últimos meses en un crescendo violento, no sólo en contra de la guerra sino también en contra de las dinastías dominantes.

Un mes después de que, el 28 de junio de 1914, el heredero del trono Francisco Fernando y su esposa Sofía fueran asesinados por nacionalistas serbios en la capital bosnia de Sarajevo, la monarquía austrohúngara declaraba la guerra a Serbia. Debido a las diversas alianzas militares que dominaban el continente europeo, al poco tiempo se sucedieron declaraciones de guerra de la Rusia zarista, de Fran-

cia y Gran Bretaña –todas aliadas de Serbia– a Austria-Hungría y su aliado, el imperio alemán.

En el verano de 1914, Austria-Hungría y amplios sectores de Europa fueron capturados por una ola de entusiasmo bélico. Muchos confiaban en que la guerra sólo duraría poco tiempo, y estaban dispuestos a efectuar un aporte: los adinerados compraban empréstitos de guerra, el pueblo participaba activamente en colectas como “Oro por hierro”. No se les daba mucho lugar a las voces en contra de la guerra, pese a que en 1915 comenzaban a hacerse oír en forma aislada. Karl Kraus, el editor de la revista *Fackel* y antimilitarista convencido, comenzó, en el verano de ese año, a escribir su obra teatral *Los últimos días de la humanidad*. Sidonie había visto más de una vez al famoso “Kraus de la Fackel” en lo de la sobrina de este, su amiga Marianne Kraus, pero pese a su reputación no le había llamado la atención por nada en especial. También el empresario Julius Meinel había reunido a congeniales de la economía para fundar una iniciativa por la paz. Durante los almuerzos en lo de los Csillag, también en compañía de amigos de negocios, se hablaba a menudo de sus esfuerzos, y los señores discutían acaloradamente y sin llegar a ninguna conclusión acerca de qué era más beneficioso para sus negocios, la guerra o la paz.

En otoño de 1916, los acontecimientos se precipitaron. Durante semanas, Sidonie había estado asustada. Sentía que su mundo tambaleaba, y a pesar de que no prestaba demasiada atención a los acontecimientos, tampoco se podía sustraer a ellos. ¡Qué pálido se había puesto el padre el 21 de octubre de 1916, el día en que Friedrich Adler, el hijo de Viktor Adler –uno de los líderes de la socialdemocracia austríaca–, asesinó al jefe de gobierno Karl Graf Stürgkh! El jefe de gobierno nombrado a continuación, Ernest von Koerber, inspiraba poca confianza en los actores de la economía.

Un mes después, el 21 de noviembre de 1916, el viejo emperador murió de una pulmonía. Su sobrino nieto, Carlos, que heredó el trono, asumió el mando sobre el ejército, dos días después del entierro de Francisco José, pero ni las fuerzas armadas ni los industriales o políticos tenían gran confianza en este joven emperador, creyente sin confesión.

En la primavera de 1917, Rusia fue invadida por la primera ola de la Revolución.

En la misma época, la situación del aprovisionamiento en Viena había empeorado aceleradamente. A pesar de que Sidonie no tenía preocupaciones acerca de las necesidades de la vida cotidiana, una y otra vez fue testigo de escenas desagradables.

Está contenta de terminar su bachillerato y poder pasar, como todos los años, el verano afuera de Viena.



La mejor amiga de Sidonie durante ese verano es Xenia Afenduli, una muchacha divertida y de cabellos oscuros. Los Afenduli eran una de las numerosas familias de comerciantes griegas que se habían asentado en el puerto de Trieste y habían llegado a acumular un patrimonio considerable. Durante la guerra, la vida en Trieste se ha vuelto difícil, y los Afenduli se han mudado, con todos sus enseres domésticos, incluyendo al personal, a Viena, al elegante *Grand Hotel am Ring*. Los calurosos días de verano los pasan, como muchas otras familias ricas de Viena, en el campo.

El *Semmering Panhans Hotel* es uno de los dos hoteles de lujo del lugar en el que se hospeda la gente en esos años. Construido en 1912 siguiendo el estilo de un hotel de la Riviera, es una enorme “caja” con una fachada de 250 metros de largo y dispone de 400 habitaciones. Está conformado por un imponente edificio central, secundado por dos grandes alas laterales y ornamentado, en su ecléctica mezcla de estilos italianos, con una abundancia de torrecitas, aguilones, molduras, entalladuras y otros adornitos.

Es un edificio más nuevo, más “fresco” que el *Südbahnhotel*, de vieja raigambre, y alberga a los nuevos ricos, la *high society* de Viena y Budapest, y ahora, en el medio de la guerra, también a los especuladores, a logrerros de la guerra y a sus bonitas acompañantes. Pero, dentro de todo, el hotel también puede dejar constancia de ser visitado por nobles –lo cual es manifestado con orgullo en el papel de carta– ya que todos los años recibe la visita del canciller del Reich alemán, Fürst von Bülow.

El *Panhans* es un establecimiento que ofrece a sus malacostumbrados huéspedes un lujo absoluto y que puede agasajarlos con series de habitaciones colosales, suites y magníficos salones de comida, un gran café, salones de juegos, de lectura, de encuentros y peluquerías. Afuera, el lujo continúa, porque se dispone de la posibilidad de participar de una caza mayor, pesca de truchas, establos con caballos, canchas de tenis y de croquet, y –para los amantes de la nieve–, en invierno, la opción de practicar patinaje sobre hielo, esquí y trineo. Los más católicos de entre los huéspedes–luego de los negocios ocultos, las especulaciones, los cuchicheos y chismorreos malignos y los placeres con las concubinas y compañías del tratamiento curativo– pueden pedir perdón en la misa diaria en la pequeña iglesia al lado del hotel.

A la vez, aquí también se puede realizar tratamientos y, por así decirlo, disfrutar, en el medio del bosque, bajo los trinos de los pajaritos y el susurrar del viento, de hidroterapias, practicar mantenerse a flote en el agua fría, tomar baños de vapor y de ácido carbónico. En especial

para los huéspedes ajetreados de los baños terapéuticos de Bohemia con sus dietas hídras tan radicales como serias, el Semmering y el Panhans eran lugares apreciados para un período posterapéutico.

El hecho de que ahora, en 1917, los habitantes en *Schottwien*, unos cientos de metros más abajo, refunfunan amargados porque ya hace meses que no han visto harina, por no hablar de un trozo de carne, mientras en las terrazas lujosas encima de ellos se vuelve a reponer en orgías culinarias todo lo que en Karlsbad o Marienbad se suspendió, a estos señores les importa poco y nada. La guerra está lejos, y sólo se trata de vivir, quién sabe cuánto tiempo más.

El tipo promedio de huésped se corresponde con las opulentas posibilidades, y las dos muchachas se aburren bastante durante el transcurso convencional de los días.

Escaparse de las institutrices, recorrer la zona, observar a los huéspedes y sus flirteos en los bancos del jardín y conversar sobre ellos entre risa y risa es mucho más divertido que pasar medio día semidesnudas, con una faja alrededor de la barriga o un inhalador arriba de la nariz.

En sus expediciones, Sidonie y Xenia se vuelven a topar varias veces con una pareja de amigas, que se pasean del brazo a lo largo de la calle elevada o caminan por la extensa área parquizada y los senderos de bosque que la rodean; a veces, también están con un hombre mayor, que es rodeado por las dos mujeres con extraña delicadeza.

Sidonie está, desde el comienzo, fascinada por una de ellas, mientras que la otra le parece gorda y fea.

Cuando ve venir hacia ella a la delgada, alta y elegante figura de su fascinación, siente un estremecimiento interior. Tiene un andar leve y maravillosamente oscilante, y está vestida con un gusto especial, casi extravagante. De cerca, cuando pasa a su lado, la muchacha admira sus manos hermosas, que siempre llevan un par de guantes de glasé, y el cabello levemente ondulado, inusualmente corto para la época. Aunque ya haya pasado, su perfume delicado, levemente acre, queda por unos momentos en el aire, perfume que Sidonie no puede dejar de inhalar y que le produce un cálido tirón en su interior.

Pero, principalmente, son los ojos los que no la dejan en paz: son claros, casi duros, y pueden mirarlo a uno con tanta profundidad. Junto con una boca caprichosa y sensual le otorgan a la desconocida algo especial; no se asemeja a ninguna de las mujeres que la muchacha de diecisiete años conoce de su entorno.

De las institutrices no es posible obtener ninguna información, al contrario, se ponen particularmente tensas y poco comunicativas cuando

Sidonie quiere llevar la conversación a la desigual pareja de mujeres y, ante todo, a la bella desconocida. Hablan susurrando entre sí, pero de algún modo quieren mantener alejadas a Sidonie y Xenia de las dos mujeres. Así que hay que intentarlo con el portero del hotel. Sí, las dos señoras son huéspedes asiduas de la casa, Klara Waldmann de Viena es la que Sidonie pronto despacha como la pequeña, gorda y así poco interesante. La otra –dice el portero– es la baronesa Leonie von Puttkamer de linaje de la antigua nobleza prusiana.

Sidonie pronto sabe cómo hacer para encontrar a la bella baronesa como por casualidad una y otra vez, y la bonachona de Xenia es arrastrada a las excursiones más diversas, en los horarios más imposibles, a fin de hallar a Leonie Puttkamer. Pero las dos institutrices se vuelven más atentas, advierten a las muchachas y emiten oscuros juicios sobre la pareja de amigas: se habla de dependencia, de perversión y relación triangular, también se utiliza la palabra “cocota”.

Sidonie no entiende nada de nada y quiere que Xenia le explique por qué las dos están tan indignadas. ¿Qué es lo que hacen la baronesa Puttkamer y la señora Waldmann, además de pasear juntas? Cuando le pregunta esto a la institutriz, sólo recibe como respuesta un corto y mordaz “de eso se trata, precisamente”. La confusión de Sidonie es total. Pero Xenia es un año mayor, dentro de todo ya cumplió los dieciocho, y está, evidentemente, más informada sobre estos temas misteriosos. Le explica la relación entre las dos mujeres. Y Sidonie, que siempre había sentido atracción sólo hacia mujeres, tiene al fin un nombre para la excitación y el estremecimiento de su corazón y sabe, ahora, que no es la única persona en el mundo que siente de ese modo.

Un buen día, Klara Waldmann y Leonie Puttkamer han partido, sin que Sidonie haya tenido la oportunidad de conocerla. A partir de entonces, el resto del verano transcurre con una lentitud infinita. Sidonie pasa el tiempo pensando muchas horas del día en la baronesa, y le escribe cartas y poemas que, por supuesto, nunca puede enviar. Está claro que necesita volver a verla, pero lo que todavía no sabe es cómo provocar un encuentro.

En Viena, el azar y su fiel amiga Xenia acuden en su auxilio. Porque la familia de esta es huésped estable en el *Grand Hotel am Ring*. Cuando Sidonie visita a su amiga por primera vez después del verano, se entera de que la baronesa Puttkamer va a cenar a diario al hotel. Por supuesto que, sin un motivo evidente, una muchacha de esa edad, proveniente de una buena familia, no puede ir sola al *Grand Hotel*, y Sidonie lo sabe, de

modo que tendrá que pensar alguna alternativa, y echa mano de su astucia. ¿Su madre no cuida tanto de su salud que da una vuelta por día, a la tarde, por el bulevar del Ring? Ella podría ofrecerse a acompañarla, y después de este trajín podrían tomar el té en el *Grand Hotel*...

Dicho y hecho.

Emma Csillag está un poco asombrada por la ambición deportiva y el desacostumbrado apego de su hija. Pero la atractiva atmósfera del hotel y, principalmente, el entrar y salir de sus huéspedes y visitantes elegantes son atractivos. A ella, la hermosa y malacostumbrada esposa de un gran industrial, le gusta ser vista y admirada, y, en compañía de su hija, es menos comprometido responder a una que otra mirada de un hombre apuesto.

Pero pronto se da cuenta por qué su hija está tan obsesionada por entrar diariamente a ese lugar. Durante un tiempo le sigue el juego, pero después, el entusiasmo adolescente y la mirada fija de Sidonie dirigida a esa señora extravagante, que no le gusta nada de nada –porque se sabe lo que hay que pensar de estas mujeres maquilladas–, la ponen nerviosa. Le explica a su hija que no tiene más interés en esas tardes de té diarias, y Sidonie vuelve a quedarse sola.

Pero la riqueza de sus ideas –alimentada por su enamoramiento– es ilimitada. Con el corazón palpitante espera, desde entonces, delante del hotel, pero tiene que ser cuidadosa. De modo que se hace pasar por una paseante o hace como si esperara a la “eléctrica” –así llaman los vieneses al tranvía– y, a la hora adecuada, –apoyada, como sin mayores motivos, contra un árbol de la avenida– fija la mirada en la entrada del hotel; y su obstinación pronto recibe su recompensa.

¡Ahí está, al fin, nuevamente la bella baronesa! Sidonie se pega a sus talones. Ahora pronto sabría dónde vive Leonie Puttkamer y avanzaría un gran paso en sus averiguaciones.

La baronesa no recorre un largo camino: por las animadas cuadras vespertinas de la Operngasse hasta el edificio de la Secession y después desde la Linke Wienzeile hasta la parada del tranvía Kettenbrückengasse. Ella vive en un edificio moderno y de la gran burguesía en la Linke Wienzeile en lo del matrimonio Waldmann. Ernst Waldmann, comerciante mayorista de grasa alimenticia y aceites, y Klara, su mujer, poseen un bonito departamento, y no les faltan medios para llevar una vida agradable. Aunque, a esta altura, ya toda Viena murmura que la baronesa no comparte la cama sólo con el marido, sino –y con mucho mayor placer– con la mujer de este. En un *ménage à trois*\*, como amante

---

\* En itálicas en francés en original. [N. del E.]

de Klara Waldmann y querida del cónyuge Ernst, Leonie Puttkamer, acostumbrada a un estilo de vida generoso, pero ya sin recursos financieros propios, obtiene buenos ingresos y se siente, al menos por un tiempo, segura en cuanto a las finanzas respecta.

Por supuesto, a esta altura de las circunstancias, Sidonie todavía no sabe nada de todo esto y sólo está muy satisfecha porque su estrategia rindió frutos.

Siempre que tiene tiempo –y, en este momento, tiene tiempo en abundancia: acaba de terminar el liceo; conforme a su posición social, no trabaja; no tiene la menor intención de comenzar alguna formación profesional y menos un estudio– va a la Kettenbrückengasse y se acomoda en una cabina telefónica cerca de la entrada del edificio en el que, unos días antes, vio desaparecer a Leonie. Allí nadie nota su presencia, sólo a veces tiene que abandonar la cabina por un breve momento, cuando alguien quiere hacer uso de la verdadera finalidad de este servicio. La parada de tranvía de la Kettenbrückengasse queda en el medio del Naschmarkt, uno de los mercados de alimentos y víveres más grandes y coloridos de la ciudad. En dirección al centro de la ciudad hacia arriba, hasta la oficina de tránsito, se extiende el mercado minorista; en dirección a las afueras de la ciudad, a lo largo del río Wien, el mayorista. A toda hora del día y de la noche, aquí reina un gran movimiento, una congestión presurosa de los proveedores por la mañana temprano, los empujones de los compradores, que prueban la oferta de mercaderías con una mirada examinadora, y los gritos y los alaridos regateos de los comerciantes, que quieren venderlas al mejor precio.

Dado el cuadro de la situación, ¿a quién le llamaría la atención una muchacha joven en una cabina telefónica?

La espera de Sidonie, la mayoría de las veces, es recompensada después de cierto tiempo. La baronesa abandona la casa avanzada la mañana, frecuentemente acompañada de un gran perro ovejero, y dirige su paso hacia la parada de la eléctrica, que recorre la orilla del Wien. Entonces, Sidonie, que abandona con rapidez su lugar de observación seguro para mezclarse con los que esperan el tranvía, se le ha adelantado hace tiempo. Por supuesto que se sube al mismo vagón que la bella baronesa, se abre paso hasta el lugar estratégicamente más conveniente, para poder ver mejor, y está parada, ahora, muy cerca de ella.

A Leonie Puttkamer pronto le llama la atención que los ojos de una muchacha joven que se le cruza en su camino casi a diario, están dirigidos a ella sin cesar. ¿Es posible que sea casualidad? ¿Tal vez la muchacha toma clases por la zona y por eso viajan con tanta frecuencia en el mismo tranvía? Está irritada. Esa muchacha no tiene ni dieciocho, y se le

nota con claridad que proviene de buena familia. Medias de seda claras, en finas botitas con cordones, de cuero negro... taco bajo, por supuesto. Un abrigo de lana, azul oscuro, formal, cerrado hasta el cuello, y rulos largos, de bonitas ondas, que sólo pueden ser producto del trabajo de una empleada doméstica que cepilla diariamente con esmero. Arriba, uno de estos moños de seda o terciopelo demasiado grandes, que ella misma odiaba profundamente cuando era una jovencita. Pero la mirada, de algún modo, no cuadra con la totalidad. Unos ojos azulgrisáceos, levemente ladeados, bajo cejas elevadas, la observan con una seriedad insistente, y los labios están casi blancos de tan apretados.

“Pero si no estás en la clase de aritmética, pequeña colegiala”, piensa para sus adentros. Un poco, la baronesa hasta se divierte, porque ese es precisamente el modo en que las muchachas de su posición social no deben mirar a nadie por nada en el mundo. ¿O es acaso su maquillaje –inusual en damas “de verdad”–, que hace que todo tipo de personas le claven la mirada y a veces incluso hagan comentarios desagradables, lo que fascina tanto a esta joven? No tiene por qué importarle. Con un movimiento orgulloso e indolente se aparta de ella.

Sidonie es tímida y no se anima a dirigirle la palabra a Leonie. Hasta que, un buen día, una lluvia intensa acude en su auxilio. Las dos mujeres esperan, estremecidas del frío, con el cuello del abrigo levantado, en la parada. Cuando llega la eléctrica, Sidonie llega primera a la puerta. Ella ha visto, estando con su padre, cómo dejar pasar a una dama de la mejor forma posible. ¿Por qué no intentarlo ella misma? Con un giro galante del cuerpo y un leve gesto con la mano le abre el paso a Leonie. En ese acto siente un calor ardiente, y la sangre le susurra en los oídos.

A Leonie se le escapa una sonrisa... esa muchacha con su vestido marinero bajo el abrigo y el rostro rojo de vergüenza, que la corteja como un caballero. Se siente conmovida y a la vez halagada, agradece y aprovecha la oportunidad, para preguntarle a la joven si toma clases por la zona. La respuesta sale en voz bien baja y forzada: “El único motivo por el que estoy aquí es para verla a usted.”

Se rompió el hielo, al fin se intercambiaron las primeras palabras, transcurrieron los primeros momentos junto a la adorada. Ahora, Sidonie se propone pasar por esta experiencia tantas veces cuanto sea posible.

Es sorprendente lo fácil que es organizar todo en su casa a tal fin, y Sidonie no retrocede ante ninguna mentira, artimaña ni ningún truco para salir de su casa todos los días durante algunas horas sin supervisión,

vagar por la calle y dar vueltas por las esquinas, siempre esperando a la baronesa. Una vez es la clase de piano; otra vez, una visita a Ellen Schoeller, su mejor amiga; después, nuevamente, la visita a un museo con Christl Schallenberg, su “segunda mejor amiga”, lo que sirve de excusa.

Con sus padres prácticamente no encuentra dificultades en esos días. Su padre está ya casi todo el tiempo en la oficina y, justamente ahora, en el cuarto año de guerra, está especialmente ocupado con sus emprendimientos galitzianos de petróleo y ozocerita, que, por un lado, hacen entrar dinero como nunca antes, porque la maquinaria de guerra tiene que funcionar como sobre ruedas. Pero, por otro lado, está muy temeroso de que las derrotas en el frente ruso –y no sólo estas– lo destruyan todo. Para su hija, prácticamente no tiene nada de tiempo.

Y la madre desde siempre observa a Sidonie más bien con desinterés y reacciona frente a sus actividades con indulgencia y hasta con indiferencia. Nunca se le ocurriría mirar a su hija, que pocas veces está presente, con algo más de detenimiento.

Y Heinrich, el hermano mayor, que normalmente era una suerte de cuidador y acompañante, hace un par de meses está en la guerra.

Los empleados, de todos modos, no tienen derecho a decir nada y reciben las órdenes bruscas de Sidonie de no esperarla con la merienda, el té y a veces incluso el almuerzo.

De modo que es libre.

Durante el siguiente período, para “cazar a la Puttkamer” procede de otra manera que al principio, después del verano. En lugar de esperar en la Kettenbrückengasse, aguarda a la baronesa cerca de la Secession, aquel edificio que hace unos años todavía había sido tan acosado por ser el símbolo, construido en piedra, de una revolución en el arte. “Al tiempo, su arte; al arte, su libertad”, tal es la divisa inscripta sobre la entrada, y los ornamentos del *art nouveau* se trepan por sus muros exteriores con tanta lascivia excesiva como claridad. Al interior, donde Gustav Klimt pintó uno de sus famosos frisos, la mayoría de los vieneses y vienesas no entran. Llamen con desprecio “Repollo de oro” a la cúpula dorada de filigrana y prefieren evitar el edificio mediante un desvío.

Ahora, en 1917, la Secession se convirtió –en el transcurso, que todo lo nivela, de la historia vienesa– en un hospital militar para los numerosos heridos de guerra. Dentro del activo ir y venir de los parientes que visitan a los heridos, Sidonie da vueltas y acecha a la bella baronesa.

Allí ve y oye muchas cosas que hasta ahora nunca se le habían cruzado por el camino. Como por ejemplo, los muchos soldados heridos, que

siempre se reúnen delante del edificio de la Secession al mediodía, en el sol de otoño, y fuman. A algunos les falta una pierna o un brazo, algunos tienen gruesas vendas en la cabeza, alrededor del torso o los miembros, y muletas y sillas de rueda son casi parte del equipamiento estándar. Por lo general se trata de figuras demacradas, y los parientes que vienen de visita a menudo no se ven mucho mejor. Entonces, Sidonie se siente un poco angustiada y avergonzada, y se abre paso y se para en otro rincón, para no estar tan cerca y no tener que rozar la desgracia y el dolor ni tener que escuchar las conversaciones escabrosas.

Pero a veces, a la noche antes de irse a dormir, estas imágenes regresan, y ella se preocupa un poco. El año anterior, en noviembre de 1916, murió el viejo emperador. Incluso vio al interminable desfile sepulcral, desde el balcón de la casa de una amiga que vive en el Heinrichshof, frente a la ópera. La puso muy triste y a la vez le resultaba tenebroso cómo la comitiva desfilaba lentamente debajo de ella, con los negros carros de seis y ocho caballos, y las muchas familias de la alta nobleza, las mujeres profundamente envueltas en negro y los hombres en sus uniformes de gala.

Desde entonces, todos hablan de la decadencia. Lo escucha de boca de sus padres, en lo de los Schoeller, en lo de los Schallenberg, y también los Afenduli, que sufrieron la guerra casi en carne propia, se muestran totalmente pesimistas respecto del futuro. Su padre incluso rindió el examen de manejo y acumuló varias mochilas empacadas bien atrás en la despensa, por si llegan los comunistas.

Ella haría lo que dice su padre, él seguramente tomaría la decisión correcta. Ahora les va bien y así seguirá. De ese modo, Sidonie desplaza sus temores y prefiere traer hacia su ojo interno las imágenes de la baronesa, que mañana volverá a ver.

Siempre alrededor del mediodía, Leonie regresa de sus ocupaciones en el centro de la ciudad; a veces sola, frecuentemente también con su gran perro ovejero de la correa.

Y Sidonie la acompaña el último tramo del camino, desde la Secession hasta su casa. Cruzan el mercado de cereales, donde la baronesa suele hacer un breve desvío por el Café Dobner, que irradia un encanto especial con el desgastado esplendor de los cafés vieneses, sus pequeñas arañas de cristal, las sillas de madera curvada de la firma Thonet –que son tan modernas como prácticas– y los bancos acolchados gastados en los nichos de las ventanas. Para Sidonie, todo eso es muy excitante y lleva la marca de lo prohibido: nunca antes había



estado en un café, y la constatación de que dos mujeres pueden entrar solas equivale a extraer un ladrillo de la bóveda de su educación.

Después suelen dar una vuelta por el Naschmarkt, porque a Leonie le encanta el movimiento del lugar y la mezcla de personas que se reúne ahí, provenientes de todas las regiones de la monarquía. No parecen escasear alimentos en este mercado central de la ciudad. Tal vez haya mucho nabo, papas y zanahorias, y falten artículos del sur. Pero siguen existiendo las montañas de fruta y verdura de la región, en las que la baronesa Puttkamer mete la mano y lleva con placer una manzana brillante o una pera dorada hacia su nariz o inspecciona lechugas y colinas de espinaca color verde oscuro para ver si lleva algo o no.

“Mira, Sidi –así le dicen a Sidonie los familiares y las amigas–, estas zanahorias y estos hongos maravillosos, o ahí, la remolacha”.

“Acá las llamamos de otro modo, Leonie”, dice, entre risas, Sidi y, completamente enamorada, se regocija con los términos propios de Alemania del norte, que en Viena se entienden, pero también son recibidos con una sonrisa.

Que los precios son horrosos no es percibido por las dos mujeres. Sidonie siempre se pone un poco tensa en la multitud de vendedores y compradores densa y ruidosa, que le recuerda a los grupitos que se reúnen delante de la Secession, pero en el fondo no tiene nada en contra del pequeño paseo adicional: el recorrido a través del mercado es más largo que el camino directo por la Linke Wienzeile, y los minutos con Leonie son valiosos.

En cuanto aparecen en el campo visual los edificios Otto-Wagner, esas obras de arte totales del *art nouveau*, el encuentro con la adorada baronesa, por ese día, está por llegar a su fin.

Estos pequeños encuentros diarios pronto se convierten en una entrañable rutina y se desarrollan a lo largo de meses. Sidonie está más que feliz de poder estar casi todos los días junto a la mujer que le gusta como ninguna otra hasta ahora, y Leonie, de algún modo, ha comenzado a querer a su joven admiradora.

Pero un día, se encauza la desgracia, encarnada en la figura de Antal Csillag, el padre, severo y atento, de Sidonie.

Antal Csillag tiene su oficina en un edificio muy cerca del Teatro *An der Wien*, es decir, también en la Linke Wienzeile izquierda entre Secession y Kettenbrückengasse, y se ocupa desde ahí de sus agendas de negocios tan ramificados.



Léonie von Puttkamer en 1919

Sidonie siempre evitó cuidadosamente encontrarse con su padre cuando está paseando con Leonie. Porque seguramente ya le había llegado algún rumor, y él le había dado a entender un par de veces que no deseaba que ella tratara con ciertas señoras. La reputación de Leonie Puttkamer no es la mejor en Viena: aunque en toda la ciudad es conocida por su belleza, a la vez también media Viena sabe que es una cocota, es decir, una prostituta de lujo, y para colmo, una “invertida”, una lesbiana.

Pero ahora sucedió, y el susto recorre en forma de calor ardiente todo el cuerpo de Sidonie. De la vereda de enfrente ve a su padre en compañía de un hombre al que reconoce como un amigo de negocios. Seguramente, papá la ha visto y está por cruzar la calle para exigirle explicaciones. No sabe qué hacer. Desesperada, despega la mirada de Leonie y la dirige a su padre y ve que este le está dando la mano a su amigo, en calidad de despedida. Tiene que actuar.

A Leonie, por supuesto, enseguida le llama la atención lo inquieta que se pone de pronto su acompañante. Pero antes de tener la oportunidad de averiguar las causas, Sidonie ya se soltó de ella, murmura “mi padre, allí, enfrente...” y desaparece como un rayo. Corre, jadeando, en dirección opuesta. Cuando se detiene por unos segundos y se da vuelta, se da cuenta, sorprendida, de que su padre no parece haberse percatado de ella, al contrario, acaba de subirse a la eléctrica que acababa de parar.

Sidonie respira profundo y piensa qué debería hacer ahora. Inmediatamente siente el pudor y lo embarazoso de la situación: ha traicionado a Leonie. Tiene que explicárselo, rápido, así que se da vuelta otra vez y corre detrás de ella, que mientras tanto siguió caminando. Cuando al fin la alcanza, la expresión del rostro de Leonie no augura nada bueno. Con frialdad y reserva dirige una breve mirada al costado y sigue caminando. En lugar de una sonrisa amistosa hay cejas levantadas con ironía.

“Ahora te ha agarrado el miedo, mi pequeña heroína, ¿no es cierto?”.

“Es que tú sabes, mi padre, él...”, intenta justificarse Sidonie.

“No quiere que tengas trato con una como yo –concluye la frase, en su lugar, Leonie con un sarcasmo helado–. En ese caso, *ma chère*\*, realmente es mejor que me ahorres de aquí en más tus demostraciones de amor tan poco entusiastas. Todo esto sólo me arruina el humor”.

Sidonie se siente como partida por un rayo. Sus pensamientos dan vueltas y vueltas. ¿Qué hacer? Su padre se enojaría mucho en su casa, de eso está segura. Pero la pregunta es si tiene algún sentido escuchar

ese enojo, si la causa de la reprimenda ya no quería tener nada que ver con ella.

“Leonie, por favor, me gusta tanto estar contigo, siempre. Quiero estar día y noche junto a ti, y que lo sepan todos, pero...”

“Precisamente ese ‘pero’ es la razón por la cual será mejor que en el futuro no nos vean más juntas. Y ahora vete, adiós”.

La baronesa Puttkamer no permite que se hable ni una palabra más, se aparta de Sidonie y se aleja a paso veloz.

Sidonie, como anestesiada, camina a los tropiezos a lo largo de la serie infinita de casas de la Wienzeile. Leonie le ha dicho “adiós”, es demasiado claro que ya no quiere tener nada que ver con ella.

Ahora tampoco importa que la gente vea sus lágrimas resbalando por sus mejillas. Que piensen lo que quieran. Hay guerra, y tantos lloran por alguien...

¿Sabe Leonie que toda su vida sentimental gira sólo alrededor de ella, que es una cuestión de vida o muerte que pueda seguir en contacto con ella? ¿Cómo va a hacer para soportar la vida sin ella?

Mientras tanto llegó a la estación de tranvía Kettenbrückengasse, y de pronto sabe muy bien lo que tiene que hacer. Sin vacilar ni un segundo, se dirige a la baranda, debajo de la cual, en lo profundo, yacen las vías del tren. Es la única solución. En casa, su padre la castigaría con severidad extrema, y la amada no la quiere más... ¿para qué seguir entonces? Se sube a la balaustrada –sin darse cuenta de que las piedritas del revoque le lastiman las manos hasta sangrar–, pasa una pierna, luego la otra. Tiene que apurarse, ya escucha voces nerviosas detrás de sí. Por una fracción de segundo más se queda sentada, después contiene la respiración, cierra con fuerza los párpados y salta a la profundidad.

Cuando Sidonie vuelve en sí, está rodeada de una muchedumbre. Todos gritan del nerviosismo y le preguntan cosas que no entiende. Luego, dos policías se abren paso –alguien tiene que haberlos llamado– hasta donde está ella y le preguntan nombre y dirección. Unas manos la toman por debajo, la levantan, la suben por la escalera y la acuestan en un coche tirado por caballos. Ella no siente nada. El miedo y la desesperación han desaparecido, tampoco tiene dolores, sólo en su pierna tiene una sensación extraña y desconocida.

Ya no quiere pensar en los detalles de los acontecimientos de aquel momento. Los dos policías la llevaron en coche a su casa y, luego de una breve explicación, la entregaron a los desconcertados padres. Lla-

maron a un médico, que le enyesó la pierna e indicó reposo absoluto por las costillas rotas. No se llegó a la temida reprimenda, pero tampoco a una conversación que aclarara todo. los padres estaban contentos por el mero hecho de que su hija regresara con vida, y Sidonie estaba tan aliviada de que su padre, de repente, se mostrara con una actitud indulgente que nunca le preguntó si era verdad que no las había visto, a Leonie y a ella. Y la madre, de todos modos, siempre había sido extrañamente tolerante e indiferente a los entusiasmos de su hija. ¿Acaso le venía al dedillo que su bella y joven hija no contara como competencia entre los hombres? Sea como fuera, todo desaparece bajo el manto del silencio y del olvido, y la vida habitual en el hogar Csillag retoma su rumbo.

A Sidonie la cuidan las empleadas domésticas, y los padres se aseguran todos los días de que el estado de su hija no sufra retrocesos. Pronto, la pierna lastimada ya no le duele, sólo las costillas, durante un tiempo más, le provocan malestares al respirar y estando acostada. Y mucho más rápido se siente lo suficientemente bien para no dejar de pensar en Leonie y romperse la cabeza pensando cómo podría hacerle llegar un mensaje. Tal vez, una de sus amigas podría ayudarla.

Pero tiene que ser una que no la venga a visitar demasiado seguido y, por lo tanto, pueda ser observada por sus padres, y además tiene que tener el coraje de dirigirle la palabra a una señora desconocida.

De entre sus amigas, hay una sola a la que puede pedirle ese favor: su amiga de la escuela Christl Kmunke. Christl es de aspecto robusto, masculino, presenta un alegre peinado a lo *garçon*, un perfil afilado y ojos aventureros. Le gusta hablar y nunca tiene problemas para acercarse a personas, principalmente a mujeres... porque ella también tiene “esa inclinación”. Ella haría bien su tarea. Y para que nadie pueda sospechar nada, Sidi le pide a Ellen, su amiga, que haga el llamado telefónico para convocar a Christl, que vendría como por casualidad a visitarla a su lecho de enferma.

Dos días más tarde, Christl se presenta y Sidi la inicia en sus planes: quiere que Christl aguarde a la baronesa Puttkamer delante de su casa y le dirija la palabra, transmitiéndole saludos de Sidi. Le describe con precisión el lugar y la apariencia de Leonie. Entonces –continúa diciéndole Sidi– podría mencionar de paso la historia del salto desesperado al vacío y de sus heridas. Y después, por supuesto, contarle a Sidi inmediatamente la reacción de la baronesa.

No pasa mucho tiempo y Christl regresa con buenas noticias. No tuvo que esperar mucho a la baronesa. Leonie –contó Christl– estaba totalmente consternada y quería saber en detalle cómo se encontraba

Sidi. Porque ella –le contó– había oído ese mismo día del incidente en la Kettenbrückengasse, pero no sabía que Sidi era la joven accidentada. Dijo que lamentaba tanto haber sido tan mala, pero que nunca había contado con que su rechazo desencadenara una reacción tan violenta. Que Sidi, por favor, se cuide mucho, se recupere bien y, una vez en buen estado, la vaya a ver nuevamente.

Sidi está feliz. ¿Qué más quiere? Una Leonie afligida, con la conciencia un poco sucia y la intención de retomar el contacto con ella, y los padres, tan atentos y cariñosos como rara vez antes. Sin haberlo pensado o siquiera haberlo hecho deliberadamente, con su acción descocada –que del mismo modo le podría haber costado la vida– parece haber matado, finalmente, dos pájaros de un tiro. Parece ser, de algún modo, una táctica eficaz, que –probablemente sólo consciente a medias– incorpora aún más y que en el futuro volverá a aplicar dos veces, siempre cuando quiere imponer su voluntad en contra de la autoridad opresiva de su padre.

En cuanto Sidonie se libera de su yeso y sus costillas ya no le duelen más –es decir, cuando está nuevamente en condiciones de salir a la calle– a Christl le toca hacer otra vez de postillón *d’amour*. Le lleva a Leonie una cartita: “Amada y adorada Leonie: ¿me permites que te vea tan pronto sea posible? Espero tanto que no estés enojada conmigo. Como de ningún modo quiero volver a toparme con mi padre, propongo un encuentro en el parque municipal. ¿Puedes encontrarte conmigo mañana a las once delante del salón recreativo?”

Leonie acepta en el acto a través de la mensajera, y Sidonie está más que feliz porque pronto podrá, otra vez, “devorar con los ojos” a la bella baronesa.

La mañana siguiente trae un día de primavera esplendoroso, el sol ya comienza a calentar y los primeros arbustos del parque municipal están en flor. Sidonie está nerviosa y llega una hora antes al punto de encuentro convenido. En la gran rotonda de flores, delante del salón recreativo, donde los primeros tulipanes y narcisos relucen en tonos de rojo y amarillo, se elige un banco para sentarse al sol. Ya casi no puede dominar su nerviosismo, una y otra vez mira su reloj, acomoda su bufanda, se arregla el largo cabello. Quiere verse bien para Leonie.

Esta es puntual y... no está sola. A Sidonie casi se le detiene el corazón. No puede ser que realmente haya traído a Klara Waldmann, que se acerca –más rolliza que antes, con un oscuro trajecito de lana imposible, demasiado largo, y un pequeño y feo sombrerito de plu-

mas— del brazo de esta mujer tan noble. Pero al divisar a Leonie, Sidonie vuelve a olvidarse de todo, incluso de sus celos corrosivos, que siempre se manifiestan en desprecio. Nunca dejará de ser un misterio para ella lo que estas dos mujeres tienen en común. La baronesa eclipsa a Klara, es infinitamente elegante, hoy lleva un amplio abrigo bamboleante de pelo de camello con solapas anchas, zapatos a la última moda y un sombrero ancho y extravagante. Ella también ya vio a Sidonie y se acerca, la cabeza un poco hacia atrás, sonriendo ampliamente.

Con el corazón palpitante, Sidi saluda a Leonie, que le ofrece la mejilla con deferencia para un tímido y pequeño beso. Klara recibe una rápida inclinación de cabeza y de ahí en más ya no se le dirige la mirada.

Las tres mujeres van hacia la lechería, que queda cerca, y se sientan en una de las mesas sobre el río Wien, que resplandece y refleja, espacioso, la luz solar, pero, en realidad, corre como de costumbre en su angosto canal debajo de ellas. La conversación también fluye monótonamente durante un tiempo, hasta que Sidi intenta llevar la charla a los acontecimientos de un mes atrás. Quiere decirle tantas cosas a Leonie, quiere explicarse, disculparse, asegurarle todo...

La baronesa se inclina un poco más hacia ella y la observa, tan regocijada y a la vez con tanta calidez, que a Sidi se no le vienen las palabras. Una mano enguantada se posa suavemente sobre la suya y un dedo, igual, sobre sus labios. "Está bien, querida mía..."

En las pocas semanas que todavía quedan hasta que llegue el verano, se producen reencuentros casi diarios con Leonie, y las dos mujeres retoman la rutina de los encuentros deliberados, las visitas al café y los paseos por el mercado.

Sólo las vacaciones de verano de 1918 las separan por un breve período. Sidonie tiene que viajar junto a su madre y sus dos hermanos menores al aburridísimo Semmering y a Baden, para completar su recuperación. Lamentablemente, no encontró excusa alguna para quedarse en la ciudad y no quiere consumir innecesariamente la paciencia de su padre o despertar desconfianza en él, lo que podría perjudicar sus expediciones con Leonie.

A comienzos de septiembre, la familia Csillag regresa a la ciudad, atormentada por la guerra. Ya en enero de 1918 se produjeron huelgas violentas en todas las ciudades importantes de Austria. Estas huelgas son aguijoneadas por la falta de víveres y pretenden garantizar a la

clase trabajadora que se impondrán sus derechos políticos. En junio, Viena había sido invadida por una nueva ola de huelgas; esta vez, principalmente en contra de la guerra, que, en la última ofensiva, costó la vida de casi 100.000 soldados al ejército imperial y real en el frente italiano, en el lapso de pocas semanas. Como tantos otros, también los Csillag temen en estos días por sus familiares; en su caso por el hijo mayor, Heinrich. Pero a fin de mes los alcanza por fin una carta del correo militar, en la que comunica a su aliviada familia que se encuentra bien.

El Emperador Carlos ya no está en condiciones de evitar las derrotas de la guerra y el desmembramiento del imperio. Ahora, en otoño, la situación se agudizó, y en las áreas del centro de la ciudad se producen diariamente movilizaciones y protestas masivas, donde los gritos de los socialdemócratas por pan y paz cada vez resuenan más.

Y en octubre, a nadie le quedan dudas acerca de que la unidad política de la monarquía se ha perdido. Los checos, los pueblos eslavos del sur y los polacos, todos le niegan al Consejo Imperial su colaboración. El socialdemócrata Karl Renner se coloca a la cabeza de la Asamblea Nacional Provisional de la República de Austria-alemana, que quiere ser reconocida como parte integrante de la República Alemana. El 3 de noviembre de 1918, se firma un armisticio entre Austria-Hungría y los aliados, el 11 de noviembre el armisticio entre el Imperio Alemán y los aliados. La guerra que ingresará a nuestros libros de historia con el nombre de Primera Guerra Mundial ha terminado, y con ella la monarquía imperial y real. El último gobierno imperial anuncia ese mismo día su retirada, el Emperador Carlos I renuncia al ejercicio de los asuntos gubernamentales.

En los campos de batalla de la guerra, que se extendían desde Europa hasta Asia Menor, 8,5 millones de hombres jóvenes habían perdido la vida. Serbia y Francia, proporcionalmente al número de habitantes, tuvieron las pérdidas más grandes. Se calcula que entre 1914 y 1918 murieron 13 millones de civiles a causa de la guerra o por las secuelas de esta. En el último año de guerra, además, se había propagado una epidemia de gripe como un reguero de pólvora, y, para muchas personas debilitadas por el hambre y el frío, toda ayuda llegaba demasiado tarde.

En los años de la posguerra, Europa se desgarraría entre dos cosmovisiones: el postulado de una revolución internacional socialista de los nuevos gobernantes de la Unión Soviética y las exigencias



del presidente estadounidense Wilson, que insistía con vehemencia en el derecho a la autodeterminación de los pueblos y así cubría las espaldas de los movimientos nacionales que se fortalecían en Europa.

El 12 de noviembre de 1918 se funda la República de Austria-alemana. En esos días se producen casi a diario manifestaciones masivas delante del parlamento. No todos los socialdemócratas están de acuerdo con el curso moderado del compañero Karl Renner, y los opositores dentro del partido se afilian al recientemente fundado Partido Comunista de la Austria-alemana o a las Guardias Rojas. En pancartas y consignas a viva voz se reclama una república socialista, y la cantidad de banderas rojas es llamativamente grande.

Las palabras mitigadoras de Renner: “El que quiera el socialismo que no ponga en peligro nuestra nueva democracia mediante golpes de poder irreflexivos” son tenidas en cuenta por la mayoría de la clase trabajadora; los consejos de trabajadores y los soldados se repliegan. En Viena se propagan las noticias acerca de situaciones del orden de la guerra civil en Budapest, Berlín y Munich, pero estas no encuentran imitadores. El interés común de conservar la tranquilidad en lo político se había encarnado tanto en los súbditos que tanto los adinerados como los desposeídos prefirieron pasar los tiempos difíciles sobre la base de compromisos, en lugar de colocar el orden económico y político sobre fundamentos completamente nuevos.

A diferencia de la baronesa y su admiradora, que pese a la violenta agudización de la situación política no parecen notar nada, Csillag padre está muy pendiente de los acontecimientos turbulentos. Se preocupa por la continuación de sus negocios, que están fuertemente ligados al destino de la monarquía austrohúngara. El fin de la guerra y la proclamación de los diversos estados sucesores de la doble monarquía lo enfrentan a graves problemas. Aunque trasladó parte de sus intereses comerciales a Francia y los Países Bajos, la fuente de su bienestar proviene de los yacimientos de ozocerita galitzianos, y esta zona se encuentra en un terreno disputado encarnizadamente por Rumania, Polonia y Ucrania, los posibles nuevos estados-nación.

Sidonie, para variar, no tiene más que una cosa en mente: volver a ver a Leonie, después del receso de verano, lo más rápido que sea posible. Un par de días recorre durante horas los caminos usuales, pero la bella baronesa no aparece. Y tampoco se anima, al fin y al cabo, a ir a golpear la puerta de los Waldmann. ¿Era posible que Leonie se hubiera mudado de Viena por completo?

¿A quién podía consultar? Su amiga Xania no puede ayudarla. Y tampoco Christl – que después del accidente fue su nexa con la baronesa y en general está bien informada– tiene la menor idea. Sidonie está desesperada.

La ayuda ansiada viene de un ángulo completamente insospechado. Un día, la madre de Sidonie menciona al pasar que se encontró con Leonie Puttkamer en la parada de la eléctrica en la Ungargasse. ¡Y eso queda a la vuelta de la casa de los Csillag en la Neulinggasse!

La consigna ahora es no salir del vecindario durante la siguiente mañana. Ya antes del mediodía, su espera es recompensada con la aparición de la adorada. Sidonie saluda a Leonie rebosante de alegría y la ataca con preguntas: ¿Por qué no vive más en la Linke Wienzeile izquierda? ¿Acaso los Waldmann se habían portado mal con ella?

La baronesa, a la que estas preguntas le resultan bastante incómodas, está parca de palabras: Que sí, que renovó una vieja amistad con el conde de Apponyi y, aceptando una propuesta de él, se mudó a un departamento en el Arenbergring N° 12. Agregó que con los Waldmann hubo un par de discusiones y le pareció mejor abandonar esa casa.

Lo que no dice es que, probablemente, se volvió demasiado cara para Ernst Waldmann, y que su relación tanto más íntima con Klara despertó celos y enojo en él. ¿Por cuánto tiempo más se suponía que iba a hacer de cornudo y pagar a la amante de su mujer? Gracias a Dios, el conde de Apponyi, considerablemente más adinerado, había podido ser reactivado como nueva fuente de financiamiento, y este le pone a disposición un departamento para ella –lo cual no es poca cosa–, y en el fondo da lo mismo si Leonie hace de querida en un lado o en otro.

Ahora, la baronesa, al menos, puede invitar a Sidonie a su casa, lo que esta aceptará a partir de entonces con entusiasmo casi todas las tardes. Porque también es muy práctico sólo tener que cruzar la vereda, abrir con fuerza el ancho portón de entrada que queda en diagonal *vis-à-vis*, y subir esos pocos pisos.

Y nunca visita a Leonie con las manos vacías. A esta altura de las circunstancias, la escasez de alimentos se ha vuelto problemática. La mayoría de las vienasas y los vieneses ya no pueden comprar nada, el trueque y el mercado negro florecen.

La renta del conde de Apponyi no es tan exuberante como para que su amante pueda comprarse todo. Y eso de tener que hacer fila durante horas está totalmente fuera de discusión.

De modo que Sidonie, regularmente, saquea la despensa de los Csillag, que sigue estando bien aprovisionada, y le lleva quilos de harina, azúcar o arroz. Seguramente, una que otra vez habrá incluido un salame, envia-

do como regalo por los parientes húngaros paternos, y trozos del jamón preferido del padre. Y los restos de comida de la familia Csillag se convierten en las comidas diarias del perro ovejero de Leonie.

Por supuesto que a la cocinera y las sirvientas de los Csillag les llama la atención que la hija de la casa se entretenga tanto en la despensa y levante los platos después de comer, pero mientras el señor no se dé cuenta de nada y su mujer, cuando se lo chismean, sólo reuelva los ojos con cansancio, todo está en orden.

Pero Sidonie no se limita a llevarle alimentos. Con el dinero que le dan sus padres puede darse algunos lujos y malcria a Leonie hasta más no poder. Frecuentemente, se la ve en lo de Hoffmann en la Führichgasse, la –supuestamente– mejor florería y, por lo tanto, también más cara de Viena, donde da vueltas entre los ostentosos arreglos florales y los grandes cubos de latón con todas las flores de la temporada. Nunca se puede decidir: ¿qué elegir, las espléndidas orquídeas rosa oscuro –no, tulipanes de ninguna manera, son demasiado ordinarios– o los lirios blancos, con ese aroma tan intenso y dulce? Por lo general termina eligiendo las rosas más hermosas que el viejo Hoffmann tiene en venta, y que convierte en un precioso ramo.

Con estas rosas como regalo, Sidonie entra cerca de las cuatro –el clásico horario en el que en Viena se realizan las visitas a tomar café negro– en el departamento de Leonie en el tercer piso. Su corazón le late hasta el cuello, y nunca sabe si proviene del agotamiento causado por subir las escaleras a gran velocidad, o si es la alegría previa a las horas venideras lo que la agita tanto. En la oscura y larga antesala, Leonie la saluda con un abrazo fugaz y los besos en la mejilla, típicamente lanzados al aire, que son tan elegantes en la sociedad vienesa.

“Buenas tardes, querida mía, ven, dame tu abrigo y las flores. Eres un ángel”.

La baronesa se siente halagada; no cree haber sido malcriada de tal modo anteriormente. Sólo en su juventud, en Londres, hubo un hombre que la inundaba de flores, y eso fue hace muchos años.

“¿Te hago traer un café, Sidi?”

“Prefiero un jugo, tú sabes, no me cae bien el café. Sería magnífico”.

Mientras Leonie da instrucciones en la cocina a la ayudante doméstica, Sidonie se adelanta y entra al salón en el que pasarán las próximas horas, y donde el tiempo siempre transcurre como al vuelo, hasta que la oscuridad la sobresalte y la convoque a partir. Sidonie está parada, ensimismada, en el nicho de la ventana, entre las blancas cortinas delgadas, corridas hacia los costados, y mira el parque

Arenberg, en su paisaje de fines de otoño. No quiere darse vuelta hasta que el cuadro no sea perfecto y Leonie se haya acomodado detrás de ella en el sofá. Adora la belleza de ese instante: la luz desvaneciente en la habitación, un brillo opaco en los viejos muebles de nogal, el resplandor oscuro del damasco en las paredes, y en el rincón, el sofá con el tapiz oriental y los almohadones turcos en los que yace Leonie, llamándola con un gesto de la mano.



Leonie von Puttkamer, 1919

Sidonie se sienta a sus pies: no dejar de mirarla y besar su mano, con su piel suave y clara, el entramado azul de sus venas, que no conoce en otras mujeres, recorrer los largos dedos, pasando por el anillo con la perla doble hasta las yemas de los dedos, levemente levantadas, con las que es tan lindo jugar. Devorar a Leonie con los ojos y oír su bella voz. Eso es el mundo para Sidonie.

Los poemas que el año anterior aún escribió a escondidas para la amada ahora los trae y se consume en su fuego romántico al leerlos en voz alta. Leonie está impresionada. Hace tan bien recibir el calor de la incondicionalidad y la encantadora ingenuidad del enamoramiento de su joven amiga. Su propia vida no es tan simple, y el trabajo diario

de condescender y adaptarse a las exigencias y perversiones de sus hombres es duro. Porque ellos creen poder comprar todo con dinero, y lo que se llama “amor” no los conmueve. Y las historias con las mujeres... en realidad a veces es un infierno. Muchas veces, lo que sucede la toca más de cerca de lo que ella quisiera, y la deja extenuada: la adicción por la embriaguez de los primeros sentimientos y después, inevitablemente, las escenas, los dramas, las rivalidades. Y también el dinero que cuesta mantener el humor de sus mujeres.

A Leonie le queda claro que nunca tiene que meter a Sidi en eso, es tan inexperta e inocente. Nunca debería seducirla y hacerla entrar a lo que, despectivamente, en la sociedad vienesa se llama “movimiento del *demimonde*”, por más que a veces le dé pena. De modo que no le pone los dedos encima a Sidi, y se conforma con los besos en la mano y las miradas ardientes.

Sidonie pronto se da cuenta de que, probablemente, es la única persona femenina “correcta” en el entorno lascivo de su hermosa. Porque a veces ve irse a alguna de las “hembras” cuando ella llega, o las ve llegar a la noche. En primer lugar, todas son feas, y además: ellas pasarán, pero el amor de ella es algo especial y permanecerá.

Siente con claridad que ha obtenido un lugar especial en la vida de Leonie, y lo fomenta ampliamente. Así es que ni siquiera se siente humillada cuando a la baronesa se le escapa lo que hace con los poemas de Sidi: se los regala a sus amoríos, hace como si esa brasa de las palabras todavía estuviera en ella y esos tonos aún fueran posibles después de todos esos años.

Pero en algún sentido, Sidonie está orgullosa de eso: su amor es tan fuerte que hasta puede tolerar a las “hembras”. En algún momento, se instalará en lo profundo del corazón de Leonie.

Durante el anochecer de estos primeros días de invierno, la baronesa cuenta seguido de su juventud en la propiedad paterna en Pomerania. No hay que imaginarse al castillo de Schlackow similar a esos castillos feudales de Austria o Alemania del sur –aclara–, no, era un edificio ancho, de tres alas, de ladrillos rojos, con una imponente puerta de entrada con entramado de roble, en medio de un extenso jardín con canteros con borde de boj y un fantástico reloj solar. Cuenta que fue una niña salvaje y que, cuando sus padres se peleaban –lo cual sucedía a menudo, porque su madre era bella y disfrutaba de la vida–, uncía sus dos poneyes a una carreta jardinera y salía a andar sin rumbo fijo, a la infinita lejanía de la tierra plana. Después se quedaba horas en los

claros bosques de abedules o se retiraba a los juncos de los numerosos lagos que rodeaban el lugar y dejaba que el incisivo sol de primavera le quemara la nariz o que el fuerte viento de otoño le revoliera el cabello.

Los inviernos eran su época favorita, entonces iban todos juntos –frecuentemente con otras familias vecinas, de las que eran amigos– a patinar sobre hielo, sobre los canales de riego congelados, o a veces incluso con el trineo a caballo hasta el mar báltico, bien envueltos en gruesas pieles de zorro o lobo. El castillo lo calefaccionaban sólo con turba, y lo hacían durante casi todo el año. La traían los empleados por la mañana en canastos, así como el agua caliente y fría, en grandes jarros, porque todavía no había agua corriente como aquí en Viena. A la noche, las habitaciones se equipaban con lámparas de aceite, que a la madrugada eran recolectadas y vueltas a llenar.

Y todo en la casa era producido ahí mismo, desde los fiambres, pasando por la manteca, hasta el queso y el pan. La fruta y la verdura la proveían, de sobra, las plantaciones de su padre, y todo era almacenado en grandes despensas, de las que su madre portaba una imponente llave en un ancho llavero, con el que diariamente las abría antes de elaborar junto con la cocinera el plan de comidas del día.

Su hermano, Agathon, habría sido su hombre de los sueños; pese a su juventud, un magnífico jinete, que huía a los bosques en su caballo tordo, cuando estaba harto de su familia, y se iba de caza, y a menudo no volvía por días enteros.

Sidonie está fascinada por estos relatos. Está prendida de los labios de su amada y desea que Leonie nunca deje de contar.

Pero a veces, durante esas tardes, la baronesa está inquieta y con ganas de molestar: quiere ver enrojecer, abochornada y perturbada, a Sidi, quiere saber cómo es cuando su galana noble y pura siente el cosquilleo en el estómago y entre las piernas y no sabe qué hacer.

“Por qué no me lees un poco de este libro, *ma chère*, que me gusta tanto”.

Sidonie toma el librito, algo gastado: “*Josefine Mutzenbacher*, no sabía de su existencia”.

Y pronto siente calor: “Por Dios, ¡qué es lo que pretende Leonie con esto! Esto es... es horroroso, es... de última”.

Pero bueno, a apretar los dientes y seguir. “Se lo voy a leer con puntos y comas, como un libro escolar, todo lo demás no es cosa mía”.

Y así, Sidonie tiene que pasar horas tortuosas con *Josefine Mutzenbacher*, le resulta horroroso, le da mucho pudor, pero por amor a Leonie se sobrepone a sí misma. Y ese pequeño tirón en la barriga y el calor en su garganta –no–, mejor olvidarlos enseguida.

La inocencia de Sidi llega a su fin a más tardar después de la lectura de esta obra. Sidi está tan enterada como probablemente nunca jamás lo hubiera estado si la información hubiera sido brindada por el hogar paterno de los Csillag. El amplio espectro de expresiones groseras y las descripciones inagotables de las actividades sexuales más diversas también dejan su marca en Sidi. Ahora puede entender mejor los sucesos en la vida de Leonie –los hombres que se alternan, y también sus relaciones con mujeres– y al fin tiene nombres para las actividades de su amada.

Sea como fuere, esta última se divierte como loca, y tal vez también sea el único modo en que las dos mujeres pueden desplegar sus energías en esa atmósfera cada vez más densa, entre el verde oscuro, el rojo borgoña y el dorado del rincón oriental de Leonie.

Y nuevamente será Csillag padre el que perturbe estos idilios diarios.

Con el fin de la guerra, el regreso del hijo mayor y la evidente consolidación de la nueva república parece prestarle nuevamente más atención a su hija. Probablemente, la madre –que a esta altura también sabe más de lo que Sidi sospecha– le cuente de las repetidas visitas de la hija en lo de Leonie Puttkamer, que tarde o temprano terminarían en un escándalo. Los padres deciden que algo tiene que suceder y que la hija debe volver a entrar en razones.

¿Qué opciones hay a disposición? Enviarla por un período largo al exterior es casi imposible en la desmoronada Europa de posguerra. De modo que sólo queda un camino: socorro médico. Y con alguien, a quien la sociedad vienesa rehuye como el diablo al agua bendita: el profesor Freud. Su método psicoanalítico, poco estimado en estos círculos, se les representa a los padres como la última posibilidad para hacer entrar en razones a Sidi y encarrilarla por el camino de la normalidad.

## Capítulo II

### *Berggasse 19*

¡Siempre el mismo modus operandi! Abandonar, después del almuerzo, la casa paterna en la Neulinggasse, caminar hasta la Ungargasse, luego tomar el tranvía “O” hasta la siguiente estación, el Rennweg, allí transbordar al n° 71 e ir hasta la Schwarzenbergplatz. Tomarse el tranvía del Ring hasta el Schottentor, caminar hasta la Berggasse y bajar. Cuando llega al número 19, al fin ha llegado. Y así hace semanas.

Hoy cuesta más que nunca, porque el sol brilla en un cielo completamente despejado, y este clima, en realidad, sería mejor aprovecharlo para salir a pasear. Ya durante el viaje en tranvía Sidonie no entró al interior del vagón, sino que se quedó parada en la plataforma abierta, sintiendo el cálido viento primaveral en las orejas y estirándose para sacar la cabeza hacia el sol, más allá de la plataforma techada. Cuando el tiempo es tan lindo, le gusta Viena. Los dos grandes museos entre los cuales se erige la estatua de la Gran María Teresa en su zócalo del monumento en la plaza le parecen entonces los más espléndidos del mundo. Y la Palas Atenea delante del parlamento, con su belleza mayestática, la consuela acerca del hecho de que detrás de ella flamea la bandera de la joven república. Rojo-blanco-rojo en lugar de negro y oro. Sus padres dijeron que eso no era bueno, que tal vez vinieran los comunistas y que con el Káiser todo era mejor, de modo que también Sidonie es estrictamente antirrepublicana.

En el Burgtheater, que justo pasa delante de ella, el mundo todavía está en orden: allí se representan las grandes obras irrevocables de la literatura universal. Sus padres tienen un abono, y Sidi, hace poco, los pudo acompañar. Tembló con todas sus fibras por su adorada y admirada Wohlgemuth en el papel de la Ifigenia de Goethe, y enterró sus dedos en el terciopelo rojo de la baranda y derramó un par de lágrimas al final.

El conductor grita “Schottentor”, y Sidonie tiene que despertar de sus sueños y bajarse. Dirige su paso en dirección contraria al centro



de la ciudad, y antes de volver a doblar en la Berggasse piensa por un instante, si no estaría bien ir exactamente en la otra dirección, hacia el Votivpark, sentarse un poco al sol y no pensar en nada. El parque municipal con Leonie sería más preferible aún, pero ahora ya no se lo permiten más, desde que está en este estúpido análisis y prometió por todos los santos no ver más a la baronesa.

¡Cuánto tiempo que le ocupa! Cinco veces a la semana, en el mejor momento del día, a media tarde, tiene que ir a lo del profesor Freud, acostarse ahí y esperar que este le pregunte una serie de cosas disparatadas. Pero también prometió hacer eso.

Bueno, está bien, entonces sí doblar a la derecha y bajar por la Berggasse, con su declive empinado. Llega tarde y apura su paso hasta casi trotar. Porque al profesor le molesta mucho que ella llegue tarde, él se pone a interpretar... “resistencia” lo llama.

Al fin la calle se vuelve más llana, y ya alcanzó la gran casa gris con los miradores salidizos y sus columnas, ventanas arqueadas y conchillas de estuco, que queda de la vereda izquierda.

Aquí tiene su consultorio el profesor famoso y controvertido. En realidad, ella sabe poco sobre él, sólo escuchó algunos comentarios: que trata con locos y que puede curar el alma. Siempre que lo mencionaba en las familias de sus amigas obtenía a cambio un silencio incómodo o rostros indiferentes, de modo que dejó de hacerlo. Era evidente que no se lo estimaba mucho. Pero algo debe saber hacer, si no sus padres no hubieran hecho el esfuerzo, hace muchas semanas, de acudir a él para acordar este tratamiento.

Después tuvo lugar una conversación muy seria con su padre, que le comunicó, en un tono que no toleraba réplica alguna, que ellos, como padres, se habían comportado en forma pasiva durante suficiente tiempo, en lo que respecta a su “relación” con la baronesa Puttkamer. Su intento de suicidio, dijeron, no había sido más que la última señal de alarma para poner punto final a esas influencias perniciosas, que, de lo contrario, arruinarían por completo su reputación en la sociedad. Ahora, que ya estaba repuesta de sus heridas y también parecía estar recuperada en lo anímico, consideraban que era el momento adecuado para realizar un tratamiento. El profesor Freud, a su entender, era un especialista excelente y la volvería a traer a la norma y la encarrilaría en el camino correcto para una mujer.

El padre continuó diciendo que el contacto con la Puttkamer debía ser suspendido de ahí en más, y que esperaba –también considerando las grandes sumas que costaba– que se esforzara sinceramente para alcanzar resultados claros.

Sidonie, después, reprimió algunas lágrimas y se resistió un poco en su interior, pero a la severidad de su padre no hay nada que le haga frente, además lo quiere mucho y desea que él esté conforme con ella. Así que se resignó y agachó la cabeza.

La primera vez estaba tan nerviosa que al entrar hasta hizo una reverencia y quiso besarle la mano a Freud, lo que este, no obstante, rechazó con un gesto. Esa fue la única vez en que vio que se le escapaba una sonrisa, por lo demás es muy serio y completamente inaccesible. Y eso que no es antipático, tiene una bella barba blanca, bien pegada al rostro, y ojos blandos e intensos, que la observan como examinándola cuando saluda al entrar o al despedirse. Porque el resto del tiempo ella no lo ve, evidentemente es parte de este extraño tratamiento que él esté sentado detrás de ella.

Pero en términos generales es poco interesante, un hombre viejo, que plantea preguntas incómodas y afirma cosas increíbles y por eso ella nunca sabe si todo ese *modus operandi* debería resultarle más bien aburrido o repulsivo.

El profesor Freud está comenzando su hora de consulta, que siempre tiene lugar a las tres de la tarde, inmediatamente después del almuerzo, ingerido puntualmente a la una del mediodía, y del paseo digestivo que realiza a continuación. Pronto estaría por llegar su primera paciente de esa tarde. Se acerca un poco a la ventana, corre la cortina a un lado, mira el cielo y suspira. El tiempo está tan espléndido y al fin vuelve a hacer calor... ¿por qué no puede salir simplemente al parque o irse con el perro ovejero de Anna a los bosques de Viena?

A veces ya está tan cansado... todos esos análisis, tanto sufriendo y trastornos humanos... y ya hace más de veinte años. Pero así son las cosas, si se quiere conservar el éxito y el reconocimiento científico, aunque él ya obtuvo tantos. Además, siempre sigue habiendo algunas bocas que alimentar. Y, en estos tiempos, eso es más que difícil. Es tan complicado conseguir alimentos, o están racionados, que hasta llegó a aceptar que le pagaran en papas o habanos. Y cuando piensa en las temperaturas congeladas en su escritorio durante el último invierno sin material de calefacción, hoy todavía se pone tieso de frío. Ni si quiera se consigue suficiente papel para sus notas. Todos se han vuelto hambrientos pordioseros.

Y ahora, la guerra pasó, pero de Austria no quedó nada, todo es ahora el extranjero, y eso le duele hasta a él, que no es precisamente

un patriota. Y la inflación consume los últimos recursos financieros. Por eso los pacientes que pagan en divisas son muy bienvenidos. Aquellos que pueden pagar en dólares son sus preferidos, diez dólares la hora, eso no es poco en este país venido abajo.

El padre de la joven paciente que ahora estaría por tocar el timbre de la puerta del consultorio puede pagar los trabajos del profesor en divisas, además, la muchacha es un caso muy interesante, lleno de suspenso. Hacía poco tiempo, en febrero, los padres preocupados habían ido a verlo y le habían presentado la problemática y también su propia situación y sus motivos. En aquel momento dudó en aceptar el caso, porque era claro que la presión del sufrimiento y los deseos de transformación estaban más del lado de los padres, principalmente del padre. Sin embargo se dejó ablandar y aceptó intentarlo al menos durante algunos meses con la hija de la pareja. Sólo entonces decidiría si era posible un análisis posterior.

Sidonie Csillag, que poco después llegó a su primera sesión, lo conmovió de algún modo. Por un lado tenía delante de sí una muchacha tímida, bien educada, por otro lado una mujer joven e inteligente, que de ninguna manera comprendía por qué debía abandonar su amor por una mujer del *demimonde*. Sería difícil, pero justo esos eran los casos que lo tentaban.

Sus notas, que un año después aparecerían resumidas en su único artículo sobre homosexualidad femenina –*Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*–, describen de la siguiente manera a su joven paciente:

Una muchacha de dieciocho años, bella e inteligente, de una familia de elevada posición social, provoca el disgusto y el cuidado de sus padres, por la ternura con que persigue a una dama “de la sociedad”, diez años mayor que ella. Los padres aseveran que esta dama, a pesar de su aristocrático apellido, no es más que una *cocotte*. Dicen saber que vive en casa de una amiga casada con quien mantiene relaciones íntimas, al par que al mismo tiempo se entrega a amores disolutos con una cantidad de hombres. La muchacha no pone en entredicho esta mala fama, pero ello no le hace desistir de su adoración por la dama, a pesar de que no le falta el sentido de lo conveniente y decoroso. Ninguna prohibición ni vigilancia la arredran de aprovechar las raras ocasiones que se le ofrecen para hallarse en compañía de la amada, de espiar todos sus hábitos de vida, de guardarla horas y horas a la puerta de su casa o en la

parada del tranvía, de enviarle flores, etc. Es evidente que este interés único ha devorado en la muchacha a todos los otros.

(...)

Dos aspectos de su conducta, en apariencia opuestos entre sí, provocaron grandísimo desagrado de sus padres: que no tuviera reparo alguno en exhibirse públicamente por las calles concurridas con esa su amada de mala fama, y por tanto le tuviese sin cuidado su propia honra, y que no desdeñara ningún medio de engaños, ningún subterfugio ni mentira para posibilitar y encubrir sus encuentros con ella. Vale decir, demasiada publicidad en un caso, y total disimulación en el otro. Un día sucedió lo que en esas circunstancias tenía que ocurrir alguna vez: el padre topó por la calle con su hija en compañía de aquella dama que se le había hecho notoria. Pasó al lado de ellas con una mirada colérica que no presagiaba nada bueno. Y tras eso, enseguida, la muchacha escapó y se precipitó por encima del muro a las vías del ferrocarril metropolitano que pasaba allí abajo. Pagó este intento de suicidio, indudablemente real, con una larga convalecencia, pero por suerte, con un muy escaso deterioro duradero. Después de su restablecimiento, la situación resultó más favorable que antes para sus deseos. Los padres ya no osaron contrariarla con la misma decisión, y la dama, que hasta entonces había rechazado con mohín sus requerimientos, se sintió tocada ante una prueba tan inequívoca de pasión seria y empezó a tratarla amistosamente.

Unos seis meses después los padres acudieron al médico y le confiaron la tarea de volver a su hija a la normalidad.<sup>1</sup>

Hoy es la hora, nuevamente. Sidonie intenta acomodarse sobre el diván con la alfombra persa que se le retoba y que le parece un tanto inapropiada como cobertor. Recorre el lugar con la mirada. Delante de ella y a su derecha, en dirección a la ventana, bibliotecas y vitrinas con todo tipo de figuras pequeñas y, a la vista, muy antiguas. Algunas parecen egipcias, otras como ediciones reducidas de las estatuas antiguas que conoce del museo. Durante las sesiones, su mirada siempre se siente atraída hacia ellas, y es captada de un modo que le resulta tenebroso, casi mágico. Luego una ventana, un escritorio enorme, completamente tapado de objetos, otra ventana. Más no puede girar

---

<sup>1</sup> Freud, S., *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O.C. T. XVIII, Amorrortu Editores, Bs.As., 1986, ps. 141 y 142.

sus ojos ni su cabeza, no le es permitido. Detrás de ella la presencia invisible y amenazante está sentado Freud. “Como un inminente golpe en la nuca” le vino a la mente una vez, involuntariamente. Sólo escucha su voz cuando le hace preguntas o murmura un débil y monótono “sí”.

Al comienzo le explicó que ella estaba ahí para contarle todo lo que le venía a la mente, todo trozo de pensamiento, todo recuerdo, toda asociación, por más absurda que le resultara. Además, le pidió que escribiera sus sueños, porque –dijo– también estos eran importantes y serían objeto de conversación. Todo lo demás lo preguntaría él –afirmó–, de modo que no era necesario que ella se avergonzara o temiera, y que simplemente hablara abiertamente acerca de todo.

Eso es precisamente lo que hoy, otra vez, le cuesta tanto. ¿Qué puede contarle? Si a ella no le pasan cosas importantes, y los sueños no se los acuerda. Así que se queda callada, y tampoco él habla. Poco a poco, este silencio se vuelve una carga, y a ella le resulta embarazoso. A la vez, se aburre muchísimo. Hasta que el profesor por fin rompe el hechizo y vuelve a traer a colación a la familia de ella.

Tampoco ahí sabía bien, al principio, a qué apuntaba él, pero desde hace poco se da cuenta de que está observando a sus padres y hermanos con mayor atención. Acontecimientos y experiencias pasadas, que hasta entonces le parecían completamente carentes de interés, ahora se desplazan una y otra vez hacia su conciencia y ocupan sus pensamientos.

Entonces: ¿qué clase de familia tiene ella, al fin y al cabo?

Sobre la historia de sus padres no sabe mucho, sólo el tipo de cosas que se cuentan en las familias en ocasiones especiales y poco frecuentes. Hace poco, durante el té de Pascuas, le permitieron volver a ver las fotos, que le gustan tanto, de su madre con vestido de novia. Y, en esa ocasión, su madre comenzó a contar.

Emma Csillag es una mujer hermosa, más bien pequeña, de cabellos oscuros, con una figura bella y femenina, pero a la vez deportiva y enérgica. Es caprichosa y presumida, y siempre está vestida a la última moda, además se obsesiona hasta el último detalle con el cuidado de su belleza, porque ese es el único capital que pudo llevarse de su juventud pobre y difícil.

La madre de Emma había muerto de tuberculosis cuando la hija tenía once años; el padre, cuatro años más tarde. Como empleado del ferrocarril estatal tenía un ingreso seguro, pero muy modesto también. Los padres, enfermos, no se habían podido ocupar de la educa-

ción de Emma, que apenas pudo terminar los años obligatorios de la escuela. Después de la muerte del padre, su hermano mayor decidió que ella y su hermana dos años mayor abandonaran Viena para mudarse a lo de parientes que vivían en Lemberg.

Allí había conocido al joven y prometedor Antal Csillag, que parecía ser un buen partido y, fascinado por su belleza, pronto comenzó a cortejarla. Proveniente, como ella, de una familia pobre, de religión judía, se propuso dejar todo atrás y poseía esa voluntad de superación incondicional que los sacaría a los dos de la situación en que se encontraban. Y Emma lo que más quería era alejarse de esos parientes tan poco queridos y del aire viciado de pobreza.

Antal, en aquel momento, ya había llegado bastante lejos, y ella sabía que él apuntaba a mucho más. Él, el hijo, carente de recursos, de un comerciante de Budapest, que después de terminar sus estudios en la academia comercial a los diecisiete años había ingresado inmediatamente a la empresa de querosén de la refinería de aceite mineral del consorcio Rothschild, para proveer a su madre y sus hermanos menores, luego se había ido a Lemberg –en aquel momento, la capital de Galitzia– que ofrecía a un joven ambicioso importantes posibilidades de progreso. En algunas áreas de negocios, como las prometedoras industrias del petróleo y de la ozocerita, el joven judío, que quería asimilarse a toda costa, obtuvo acceso con mayor facilidad que en otras grandes ciudades de la doble monarquía, y podía seguir construyendo su carrera.

La fe de sus antepasados significaba poco para Antal Csillag, sólo el amor hacia su madre lo llevó, durante el tiempo que vivió en Budapest, al templo en los feriados importantes. Pero pronto abandonó la comunidad judía. La única concesión que estaba dispuesto a hacer a su madre, de credo ortodoxo, era no convertirse a otra religión. Pero él quería que a sus hijos todo les resultara más fácil y no fueran considerados como judíos del Este, por eso propuso a su futura mujer hacer bautizar a los hijos en la fe católica.

Emma dio su consentimiento, pero como contrapartida exigió la promesa de mudarse tan pronto como fuera posible a Viena. Ella quería regresar a su ciudad natal y no tener nada que ver con todo aquello que le recordaba a Lemberg. A Antal le pareció bien. Tenía planes de independizarse pronto, y Viena podía ser un buen trampolín para un ascenso empujado por los peldaños de su carrera.

Así que se casaron en 1897. En 1899, todavía en Lemberg, Emma trajo al mundo a su primer hijo, Heinrich, y en abril de 1900, a Sidonie. Pocos días después de cada nacimiento, Antal y Emma habían ido a la



Antal Csillag en 1915





Emma Csillag en 1915



parroquia católica más cercana y habían hecho bautizar a los bebés. Y fue un bautismo en posición horizontal. No como en el caso de muchos judíos que recién a edad adulta, es decir, en posición vertical, se entregaban a los brazos de la nueva comunidad religiosa. Ahora los Csillag eran algo mejor, y todo saldría bien.

¡Cuán extrañamente conversadora se vuelve la paciente, que en general es tan poco participativa, al referirse a este detalle! Ya tres veces le había contado a Freud esta historia del cristianismo, dejando traslucir un desacostumbrado interés emocional y una pizca de arrogancia.

Él conoce demasiado bien a esta gente y a las familias que fundan. También en su propia familia había sucedido algo parecido. Y no se había equivocado en cuanto a sus sospechas, cuando conoció personalmente al matrimonio Csillag unas semanas atrás en la conversación preparatoria. Pese al mucho dinero y la posición social ya entonces alta, los Csillag eran arribistas.

Por casualidad, poco antes del comienzo del tratamiento de su paciente nueva y joven, se habían enterado de algunas cosas acerca del padre de esta a través de un médico clínico amigo, que tenía en su tratamiento a un miembro del directorio de la compañía de petróleo crudo Boryslaw. Freud no se interesaba especialmente por la industria y el mundo de las finanzas, pero seguía con gran interés los desarrollos económicos de la joven República Austríaca. Por esa razón, no cerró sus oídos cuando su colega contó un par de detalles interesantes sobre el señor que poco tiempo atrás le había pedido con tanta vehemencia ocuparse del destino de su hija.

Por supuesto que de ninguna manera podía dejarse influir por ese tipo de información, pero le permitía redondear su imagen del caso en cuestión, y no pocas veces de forma muy interesante.

Como los Csillag, entonces, no pertenecían a las familias antiguas y renombradas, los contactos sociales se reducían –al menos, en el caso de los padres– más que nada a las relaciones laborales de Antal. Mejor dicho: los contactos sociales de él. Porque la hermosa, algo nerviosa y neurótica Emma Csillag parecía vivir tímida y retraída, sin interés alguno en establecer contactos con la alta sociedad. Pero tal vez el problema era que era poco versada en organizar tés de mujeres, cenas, pequeños bailes caseros o reuniones de beneficencia a la vienesa. O se consideraba demasiado inculpa para esto y evitaba, por lo tanto, exponerse a tales situaciones.

Antal Csillag, en cambio, tenía, a raíz de su actividad en la rama del petróleo, conexiones ampliamente ramificadas con muchas familias adineradas y las empresas y bancos de estas.

Su carrera profesional había comenzado en Rothschild, un consorcio de la refinería de aceite mineral. Y, en el interior del consorcio, había ascendido rápidamente. Eso no era una carrera poco usual, pero en Viena se conocía hacía muchos años el estado catastrófico de la extracción galitziana de petróleo. Todas las ramas de la industria en expansión se interesaban por el petróleo, y la promesa de dinero fácil y rápido había convocado a muchos especuladores. El boom de esa rama trajo numerosos efectos negativos, y de Csillag se decía que había participado activamente en esto, sacando grandes provechos.

Viviendo todavía en Lemberg, había fundado en 1902 la compañía de transporte de aceite crudo y almacenamiento Boryslaw. En aquella época, Boryslaw, un pueblito en los confines de la monarquía —ahora en Polonia— salía una y otra vez en los diarios, ya fuera por los conflictos alrededor del cartel del aceite crudo, ya fuera por las pésimas condiciones sociales. Justo en Boryslaw, se decía, las condiciones de trabajo eran terribles, casi inimaginables para todos los que no lo habían visto con sus propios ojos.

A lo largo de toda la ladera norte de los Cárpatos, había ricos yacimientos de crudo, y las torres de perforación extraían día y noche el valioso líquido de la tierra. En los alrededores de Boryslaw, además del crudo se había encontrado ozocerita. Y a la explotación y comercialización de esta ozocerita era que Antal Csillag debía su creciente riqueza. La ozocerita sólo se podía obtener con una gran cantidad de fuerza de trabajo en la minería. Al principio no se le había prestado importancia, pero luego se reconoció que, en la producción de parafina era un reemplazante valioso, y de repente hasta los pequeños campesinos comenzaron a cavar sus campos en busca de ozocerita.

En los años setenta del siglo diecinueve, Boryslaw era una región sin orden ni planificación, poblada por muchos miles de “esclavos”. Quien llegara a la estación de Boryslaw, no sólo se encontraba con un interminable caos de barracas torcidas por el viento, sino que, a causa del sofocante olor a azufre, casi no podía respirar.

En términos generales: condiciones sociales horribles e indignas del ser humano.

Incluso el burgués de Freud asocia con esto el concepto de “explotación”.

Cuando le preguntó a su joven paciente, en una de las primeras sesiones, acerca de los negocios de su padre, no se sorprendió acerca

del desconocimiento de esta. Y de estas circunstancias, en general, de los detalles del trabajo de su padre, no tenía la menor idea. El profesor estaba acostumbrado a esto. Casi todas sus pacientes mujeres, que en la mayoría provenían de la burguesía o de la nobleza, adoraban vivir en el lujo, pero no querían saber cómo lograban sus padres o maridos posibilitarles ese nivel de vida.

La muchacha delante de él sobre el diván probablemente nunca se enteraría de la pobreza sobre la que estaba fundada la riqueza de su padre, pero Csillag mismo tenía que saberlo. El hecho de que esto aparentemente no lo preocupara no lo volvía particularmente simpático.

Sea como fuere: Freud no estaba tratando al padre aquí, sino que se concentraría, en este caso desde ya tan poco conveniente, en su joven paciente y los hechos emocionales de la familia. Y para eso iba a ser necesario sumergirse junto a ella en lo profundo de su vida cotidiana.

## LA VIDA DE LOS JUDÍOS EN VIENA

Al igual que la familia de Sidonie, a fines del siglo XIX llegaron a Viena decenas de miles de judías y judíos de todas las partes de la monarquía, aunque principalmente de Galicia, Bohemia, Moravia y Hungría. Desde el acuerdo entre el Imperio Austríaco y el Imperio Húngaro del año 1867 –el llamado “Ausgleich”–, la población judía, al fin, había obtenido derechos civiles equivalentes.

Muchas de estas personas intentaron rehacer sus vidas en Viena, ciudad que crecía a un ritmo acelerado, y trataron de facilitar el ascenso profesional y económico esperado dejando atrás las viejas tradiciones y esforzándose por asimilarse al nuevo entorno social. A esto se agregó que, con este comportamiento, las confrontaciones en parte traumáticas con un antisemitismo creciente tal vez se pudieran evitar. Muchos de ellos lo habían tenido que sentir en carne propia en el Este, a menudo en forma de pogromos, y no querían experimentarlo nunca más.

En todo su comportamiento, muchos inmigrantes intentaron adaptarse, para no llamar más la atención. La vestimenta, la lengua e incluso la pertenencia religiosa del *schtetl* eran depuestos como un viejo abrigo incómodo que a uno ya no le sienta bien.

Y sin embargo... nada de esto sirvió. El antisemitismo, en aumento desde la caída de la bolsa en mayo de 1873, era atizado por el catolicismo pequeño burgués del cristianismo social y alcanzó su primer apogeo en el nacionalismo germano de un barón von Vogelsang y un caballero von Schönerer, así como en el odio a los judíos abierto y populista del

burgomaestre de Viena Karl Lueger. A su amigo, el concejal de Viena, Dr. Albert Gessmann senior, Lueger lo llevó la noche del 23 de septiembre de 1887 por primera vez al club cristiano-social de Vogelsang. Gessmann, intelectual de anteojos, era todo lo contrario de un tribuno de la plebe al estilo Lueger. Con la gente común no sabía tratar, pero era un excelente estratega de escritorio, más adelante lo llamarían Jefe del Estado Mayor de futuras victorias. Gessmann construyó con los ingredientes “odio a los judíos” y “nacionalismo germano” lo que hoy se podría llamar un aparato partidario de derecha.

Las expresiones de Lueger acerca de las ciudadanas y los ciudadanos judíos se repetían tantas veces que se volvía difícil sustraerse a ellas. Quería evitar que la Gran Viena se convirtiera en una Gran Jerusalén. Lueger no pensaba en exterminar a judíos y judías, sino que se entusiasmaba con la idea del periodista Theodor Herzl y quería que todas las judías y los judíos emigraran a Palestina.

Lueger permaneció hasta su muerte, en marzo de 1910, en el cargo de burgomaestre. Durante su gobierno, la familia Csillag se mudó a Viena, y esos fueron los años en los que el padre de Sidonie escaló los peldaños del éxito. En términos de Lueger, este exitoso no era más que uno de los tantos “judeo-magiarios” que supuestamente amenazaban la existencia económica y la identidad cultural de los vieneses y vienesas cristianos.

A fines del siglo XIX, diez por ciento de la población total de Viena profesaba la religión judía. Y que justo entre este diez por ciento se encontraran muchos que daban un aporte decisivo a la vida cultural y económica despertaba la envidia de los otros. Los judíos expuestos a la opinión pública, una y otra vez, se planteaban la pregunta del bautismo católico. El médico y dramaturgo Arthur Schnitzler fue uno de ellos, y también el compositor y director de óperas Gustav Mahler. Incluso el editor de la revista *Fackel*, Karl Kraus, se hizo bautizar para deponer el supuesto oprobio de ser judío y al fin ser uno más de ellos. Pero a quienes se convirtieron, el cambio de confesión no les sirvió de mucho: para el entorno, también el cristiano nuevo no era más que un judío bautizado.

En el hogar Csillag no se hablaba del origen judío. Los chicos estaban todos bautizados, y así la cuestión parecía estar resuelta. Aunque no se les daba una educación religiosa, al menos en la escuela se familiarizaban con la cotidianeidad cristiana. En los círculos de Sidonie había suficientes personas para las cuales los judíos eran de segunda categoría, y Sidonie se resistió durante toda su vida con vehemencia a ser incluida en ese grupo. Era una buena cristiana, y listo.

## EL ASCENSO DE LA FAMILIA C.

Sidi no se acuerda de los primeros años de sus padres en Viena. Así que otra vez no sabe qué contarle al viejo que está sentado detrás de ella. Sólo tenía dos años cuando, en 1902, se mudaron todos a Viena, y tampoco tiene recuerdos del primer departamento, en el distrito IV, en la Wiedner Hauptstrasse 14. Las primeras imágenes que conserva son de la mudanza a la Strohgasse en el distrito III. Ve a los peones de mudanza con sus camisas rayadas, pasando delante de ella en el pasillo de la entrada, sin percatarse de que ella se esconde, tímida, en un rincón oscuro, y cargan, con brazos desnudos y musculosos, los armarios pesados con correas por la estrecha escalera hasta abajo y, una vez en la calle, luchan para hacerlos pasar por arriba de las altas paredes laterales de un vehículo. Tampoco para los caballos fue fácil trasladar los bienes de la transmigrada familia Csillag a la casa nueva. Los macizos caballos de sangre fría tuvieron que hacer muchos viajes, jadeando y resollando. En la Strohgasse, la familia se quedó tres años, hasta que les quedó chica. Porque ya había nacido el segundo hermano menor, y su madre se quejaba cada vez más seguido de que el departamento ya no se condecía con su posición social y que un gerente y presidente del consejo de vigilancia tenía que permitirse algo mejor para sí y su familia. Porque, de lo contrario: ¿Qué dirían los demás?

De modo que su padre alquiló, en 1909, un hermoso piso de nueve ambientes en la Neulinggasse. Esa sería su residencia definitiva. Sidi ama ese departamento hasta el día de hoy. Las magníficas series de habitaciones con grandes puertas de dos hojas, el espléndido techo estucado, cuyas rosas y arabescos florecen tan alto que hasta se puede olvidar que están ahí. O los brillantes pisos de parquet de taracea, sobre los que había corrido a los resbalones detrás de sus hermanos, chillando de diversión, cuando jugaban a la mancha. Y muchas veces había jugado a la rayuela en el piso cuadriculado, de modo que al final se convirtió en la mejor de su clase en el arte de saltar en posición de cigüeña y formando dibujos en el suelo.

El salón y el comedor dan directamente al parque Arenberg. Esos son los lugares donde más le gusta estar, porque son tan claros, y los hermosos y viejos árboles del parque asoman por las ventanas y, en verde, rojo, amarillo o marrón casi negro, dan información sobre la estación del año. Al continuación, ya del otro lado de la casa, queda el dormitorio de los padres, al que los hijos ingresan sólo en ocasiones muy especiales. El día de nochebuena es uno de estos días. Entonces,

ya entrada la mañana, pueden visitar a sus padres, que, excepcionalmente, desayunaron en la cama. Luego se quedan sentados, un poco tensos, en el borde de la cama; su madre les pone golosinas en la boca y su padre les toquetea cariñosamente la cabeza. A Sidi no le gustan en absoluto esas pesadas cortinas marrón oscuro y esa colcha de brocado rojo profundo sobre la cama, lo vuelven todo tan lóbrego y la deprimen tanto. Y el sofocante aroma del perfume de su madre que emana de las almohadas o llega en vahos desde el tocador la termina de intimidar. ¿O es que todos están tan tensos simplemente porque no están acostumbrados, en calidad de hijos, a estar con sus padres, a ser acariciados y premiados con dulces?

Es que casi son demasiadas bondades juntas, cuando normalmente sólo son vigilados una vez a la semana por una madre nerviosa y desconcentrada, que preferiría hacer otra cosa... y justo cuando la institutriz tiene franco.

Sus padres viven en otro mundo, que es riguroso y remoto. Sólo se les puede dirigir la palabra cuando ellos preguntan algo, sólo se puede comer en la mesa con ellos si los modales son perfectos, no se puede reír, no se puede hacer ruido, no se puede corretear. Eso sólo es posible cuando los padres están fuera de la casa. Entonces, hasta los criados –que parecen ser los únicos adultos con vida en la casa– aprovechan para hacer una pausa y retozan un poco con los chicos. Porque, si eso sucede en su presencia, el padre dice que hacen “tanto ruido que parece un colegio judío”, y eso es lo peor que existe en la imaginación de Sidi, y hace agachar la cabeza, confundidos, a ella y a sus hermanos, y vuelve a producir silencio de inmediato.

Al lado del dormitorio paterno están las habitaciones de los chicos. Sí, ella tenía una habitación propia –toda en chintz y satén claro, con dibujos de florcitas que son un sueño, con muñecas y casa de muñecas– cuando era pequeña. Una verdadera habitación de niña, y uno de los pocos privilegios que tenía respecto a sus hermanos varones.

Y *vis-à-vis* cruzando el pasillo queda la cocina, una gran despensa y detrás dos pequeñas habitaciones más, para los criados. Pero ahí no entra casi nunca.

Y eso que, todavía hoy en día, pese a la larga guerra, tienen muchos empleados domésticos. Hay una cocinera, una mucama principal y una ayudante, una institutriz y, para el hermano menor, una niñera. También forma parte del grupo su muy querida “Fruli”, que está hace más tiempo en la casa de lo que Sidi puede recordar. Una personita delgada y delicada, que ya camina un tanto encorvada, dando vueltas a toda hora del día y de la noche por la casa controlando el

trabajo del resto del personal. No tolera réplica alguna y es la única de las empleadas a la que Sidi le presta atención. Su hermano mayor dijo una vez: “Fruli debe ser tan vieja como nuestra arca barroca en la sala de estar: esta está resquebrajada como su cara y cruje como sus zapatos.”



Heinrich, Robert y Sidonie Csillag con Fruli, en 1907

De este enorme hogar con, en total, once personas se ocupa su madre, Emma Csillag, aunque a Sidi muchas veces le da la impresión como si, de todos modos, este funcionara por sí mismo. Porque, a la madrugada, cuando todos todavía están durmiendo, los empleados ya se encargan de la preparación del desayuno, y a la noche, después de retirar los restos de la cena, lavar la vajilla y preparar las camas y, eventualmente, dotarlas de una bolsa de agua caliente, también vuelven a ser los últimos en acostarse.

Su madre se levanta tarde, en algún momento entre las nueve y media y las diez le sirven el desayuno en la cama. Después del primer café servido con la jarra de plata alta y angosta con su monograma, se le permite ingresar a la cocinera, para que organice, junto con la señora, las comidas del día por venir. Los alimentos y los artículos de consumo diario son comprados por la cocinera o entregados a domicilio por mandaderos sudorosos en la entrada de servicio, mientras que los comestibles finos son adquiridos por la señora de la casa en persona durante sus paseos matutinos. Después del toilette matinal, al fin llegó la hora, y su madre sale volando de la casa, de tafetán, muselina, seda o lana, trabajados a la última moda, sin olvidar, por supuesto, sombrerito y paraguas o parasol. Por lo general, se dirige a lo de la costurera, porque las revistas de moda de la temporada han vuelto a susurrar algo al oído de Emma Csillag, y siendo la esposa del gerente no se puede estar llevando demasiado tiempo el mismo vestido. También la modista y el peluquero son parte integrante del programa matinal.

Sidi sabe que esto devora sumas inmensas, y admira la paciencia y generosidad de su padre para con los caprichos de su mujer. Sólo en el último tiempo, desde que su padre –después de la caída de la monarquía– tiene, al parecer, más preocupaciones con el negocio, a veces hay tensión y discusiones en el almuerzo y él murmura algo acerca de “presupuesto doméstico ridículo” y “ahorrar”. En esos momentos, Sidi fija la mirada, expectante, en su madre, porque no sabe cómo va a reaccionar. ¿Entrará en erupción un volcán que lanzará vapores venenosos a su padre o se levantará un suave corderito para darle un beso apaciguador en la mejilla? De un modo o de otro, Antal está tranquilo y su mujer vuelve a ponerse los pantalones.

¡Cómo lo maneja y cuánto que tolera él! –piensa Sidi en estas ocasiones. De algún modo admira esa mezcla de habilidad, naturalidad y tiranía veleidosa de su madre en su trato con los hombres. ¡Cómo ellos caen a sus pies y lo que ella logra de ellos! Y a la vez le parece



repugnante y le da una puntada en el corazón. Principalmente por el modo en que se comporta para con sus hermanos varones.

Freud interrumpe el discurso, que hasta entonces se desenvolvía con fluidez, y hace hincapié en ese comentario, quiere saber más.

Su joven paciente se estira un poco y regresa desde la corriente de sus imágenes relatadas, pero de golpe, comienza a encoger los hombros, y un sollozo le sacude todo el cuerpo. Será la única vez en este análisis de cuatro meses en que Sidonie se muestre tan conmovida y llore.

"Mi madre me parece tan linda y yo hago todo por ella, pero ella sólo quiere a mis hermanos."

Un intenso llanto acompaña lo siguiente.

Dice que ella es tan divertida y cariñosa con los tres varones. A veces, hasta retoza con ellos, lucha y rueda por el piso. Cuando está con los muchachos, la hija ya no existe más. Y les permite hacer casi todo, mientras que a ella, a Sidi, la trata con dureza e incluso con injusticia. A pesar de que muchas veces ella le lleva regalos, la mimó con flores o la sorprende con finas lenguas de gato de chocolate, que tanto le gustan, no sirve de nada. Su madre permanece distanciada y fría.

A veces la observa cuando está acostada después del almuerzo en la sala de estar sobre el canapé, y a pesar de su dolor no puede menos que encontrarla hermosa. Entonces corre hacia ella, toma su mano y le estampa un rápido beso. Ahí la madre levanta la vista algo asombrada y sube, divertida, las cejas, pero que alguna vez tome a su anhelante hija entre sus brazos..., eso, hasta ahora, no ha sucedido nunca.

Y eso que Sidi quiere a sus hermanos... bueno, al mayor no tanto. Heinrich sólo le lleva once meses, pero tiene muy en claro que, como primerizo, es el tesorito, y lo aprovecha a fondo. No hay modo de que haga las cosas mal, y si, por excepción, una vez la ira del padre se dirige hacia él, la madre siempre se interpone en actitud defensiva. Además, es un sabelotodo que tutela a sus hermanos a más no poder. Un verdadero angelito de la calle. Afuera es muy querido por sus amigos y en casa es un pequeño tirano malcriado.

La verdad es que, por lejos, prefiere a Robert, que es cinco años menor. Es un muchacho divertido, con sensibilidad artística, que enseñada después de entrar a la escuela media se hacía la rabona de las clases que odiaba y pasaba sus días en el café, en el parque o jugando al billar. Las disculpas para la escuela las escribía él mismo, hasta que el padre lo descubrió. E incluso la reprimenda que vino después la

superó con una sonrisa. Simplemente dijo: “No puedo, papá”. Y este lo aceptó y lo mandó después a un colegio comercial.

Sobre el más pequeño todavía no tiene mucho que decir, no tiene más de dos años, todavía se hace encima y tiene feo olor, todo eso le resulta poco interesante.

Lo único que le da rabia es que sus hermanos tienen muchos más permisos que ella, sólo por ser varones. Salen solos, al teatro, también ya al café, y ella siempre depende de su benevolencia si quiere ir con ellos. Sólo las fiestas en lo de amigos comunes o bailes son visitados por los dos hijos mayores Csillag juntos. Porque en su casa no hay fiestas, la madre no tiene trato con nadie, salvo cuando se va a hacer tratamientos curativos.

El año pasado había sucedido algo terriblemente humillante. Una vez, acompañó nuevamente a su madre a uno de estos tratamientos, esta vez en el Semmering. Lo había indicado el doctor, como todos los años, porque su madre, con frecuencia, está tan terriblemente nerviosa e insatisfecha, y además le entran los miedos más absurdos, de ladrones, incendios, inundaciones... Casi no hay nada que no le resulte amenazador. El caso es que habían ido al Semmering. El padre se había quedado en Viena por motivos de negocios. Y en esas estadías, su madre se transforma, de ser una mujer temerosa y reacia al contacto social, en una vampirisa. Flirtea y coquetea tanto que su hija se consume en vergüenza ajena y repugnancia. Los hombres revolotean alrededor de la madre como polillas. Ella prefiere no saber con exactitud lo que hace con ellos. Sea como fuere, merienda, cena y se pasea con sus pretendientes, como si fuera libre y no estuviera casada. Y entonces sucedió que a un hombre, al que Sidonie le pareció bonita y correcta y que quiso hacerle un cumplido a la madre por su hija tan bien educada, le dijo que no era su hija sino la de una conocida de ella. Simplemente había renegado de ella para parecer más joven, para retirar el interés del hombre de su hija, para privarla de influencia. Le dolió tanto que subió corriendo a su habitación y, en los días siguientes, dio vueltas, sin compañía alguna, por el bosque, solo para no tener que volver a ver a esa horrible mujer, que tiene un rechazo sistemático contra todo lo femenino: toda mujer se le vuelve su competidora y enemiga, incluso la propia hija.

Además, es una terrible cochinado para con su padre. Ese hombre bondadoso y cariñoso, al que ella ama tanto, simplemente es engañado por su mujer. Sidi quisiera decirle todo, pero no puede porque le guarda demasiado respeto, además no lo quiere lastimar. Pero la razón por la cual soporta, mantiene e incluso malcría con tal entrega y paciencia a su mujer cada vez le resulta más enigmática. Es un ángel.

E incluso, su madre pone trabas a la relación –tan cuidadosa y dulce– de ella con él. Una vez que él tiene tiempo y vuelve un poco más temprano a casa desde la oficina –lo cual ocurre muy, muy pocas veces– y luego se sienta en la sala de estar para tomar un cognac y la llama para conversar un poco con ella, y ella al fin podría contarle las cosas que la tocan de cerca, la madre se vuelve muy desagradable, directamente repugnante. Molesta a padre e hija con su mal humor, se vuelve insolente y mordaz. Tal es así que Sidi se resignó a no acercarse a su padre, para no tener problemas serios con la madre.

Sí, lamentablemente, tiene que decir que los hijos Csillag han obtenido algunos componentes positivos de su madre en lo referente al aspecto exterior, pero eso es todo. Todas las cualidades humanas vienen del padre, aunque éste sea todo lo contrario de hermoso: bajito y rollizo. Pero ella, simplemente, lo quiere a su papá, no quiere que éste se preocupe nunca por ella y quiere hacer todo para que él esté contento. Por esa razón, también se esmerará mucho aquí en el análisis.

Freud sabe que ha llegado a un punto central de su anamnesis y que la relación con la madre ahora se le presenta con claridad. En su artículo, lo describe de la siguiente manera:

(...) La actitud de la madre no era tan fácil de penetrar. Era una mujer todavía juvenil que manifiestamente no quería renunciar a la pretensión de agradar ella misma por sus encantos. (...) Ella misma había sido neurótica durante varios años, gozaba de gran consideración de parte de su marido, trataba a sus hijos de manera muy poco equitativa, era en verdad dura hacia su hija y tierna en demasía hacia sus tres muchachos, el menor de los cuales era un hijo tardío y a la sazón no tenía aún tres años. (...) La muchacha de nuestra observación tenía poquísimas razones para sentir ternura por su madre. Para esta mujer, ella misma todavía juvenil, esa hija que había florecido de súbito, era una incómoda competidora; le relegó tras los hermanos, restringió su autonomía en todo lo posible y vigiló con especial celo para que permaneciera alejada del padre. Por eso la necesidad de una madre más amorosa pudo estar justificada desde siempre en la muchacha; ahora bien, no se advierte por qué estalló en ese momento, ni por qué adoptó la figura de una pasión ardiente.

(...)

Y puesto que con la madre real poco había que hacerle, de la transposición afectiva que aquí hemos descrito resultó la busca de un sustituto del cual pudiera prenderse con apasionada ternura.<sup>2</sup>

Sólo el apasionamiento por el padre, en el que lo idealiza tanto, hace desconfiar a Freud, justamente sobre el fondo de su comportamiento hacia la baronesa Puttkamer. Ya va a tener que ocuparse más en detalle de esto. Pero se lo reserva para la próxima hora. Por hoy, puntual hasta el minuto, da la señal de que terminó la sesión, acompaña a su paciente hasta la puerta y se despide de ella con una leve inclinación de cabeza.

Después del fin de semana se volverían a ver.

“¿Y? ¿Qué tal esta vez?”

“Inconcebible.”

Con ira, Sidonie lanza su carterita sobre la mesa de mármol redonda y verde en un nicho de la ventana del café Herrenhof, en el que Leonie Puttkamer ya la estaba esperando. Esta logra a duras penas atajar la cartera antes de que llegue al piso. Su joven amiga se dejó caer en el asiento de enfrente y se pasa las manos, irritada, por sus largos cabellos oscuros.

Hace ya tres semanas que estas dos mujeres se vuelven a encontrar. Hoy, lunes, también. Pese a la promesa, Sidi no puede y no quiere estar sin Leonie. Con quién podría, de lo contrario, hablar sobre el tratamiento con el profesor Freud, desahogar su corazón y ser consolada un poco. Además, lo único que prometió, en realidad, es esmerarse en el análisis, y eso lo está haciendo. Y va a seguir haciendo todo para que Freud y su padre se den cuenta de que es completamente inocente en lo que respecta a esa hermosa mujer que tiene enfrente. Y los encuentros en un café son algo totalmente inocente. Después de las sesiones de análisis es un momento conveniente porque llegar media hora antes o después a su casa no llama la atención y, en caso de que así sea, siempre puede decir que la eléctrica volvió a tener retraso.

El café Herrenhof ha sido elegido para sus encuentros por las dos debido a varios motivos: tiene una ubicación central, y Sidonie sólo tiene que caminar por la Herrengasse en su camino de regreso y llega inmediatamente. Leonie puede ocuparse de sus actividades en la ciu-

---

<sup>2</sup> Ibid., pp. 143, 150 y 151.

dad antes, y después relajarse y tomar una taza de café. Además, el Herrenhof es un café de bohemios y literatos, y así no es un lugar donde las dos mujeres debieran temer encontrarse con Csillag padre. A esto se agrega que es espacioso y, sin embargo, tiene muchos recovecos, y es confortable, con sus logías organizadas en forma de estrellas y el público liberal y metropolitano, al que no le importa si dos mujeres coquetean un poco.

“Bueno, ¡cuenta de una vez, *ma chère!*” Los ojos de la baronesa se dirigen, expectantes, a su *vis-à-vis*.

Hoy no se coquetea. Sidonie se inclina para adelante y queda casi acostada sobre sus brazos, cruzados sobre la mesa: “¡Imagínate! Ya hace tiempo que me pregunta de todo sobre mis padres y mis hermanos. En la última hora, se obsesionó principalmente con mi hermano menor. Y sabes lo que me dijo hoy: que me hubiera gustado tener un hijo con mi padre, y, como por supuesto la que lo tuvo es mi madre, yo la odio por eso y a mi padre también y de ahí que me aparte por completo de los hombres... ¡Es tan indignante!”

Su mano cae con velocidad, y las pulceras chocan tan ruidosamente con la tabla de losa que algunos clientes del café se levantan del susto. Con un movimiento brusco gira la cabeza hacia la ventana, para que nadie vea el brillo mojado en los ángulos de los ojos. Del otro lado de la calle, de izquierda y derecha del portal del Palais Caprara-Geymüller, dos atlantes se afanan por cargar sobre sus hombros el peso del mundo, y tienen una mirada tan pétrea y desesperada como si se tratara de todos los males del mundo. Hasta ahora no se había percatado de estas figuras, pero precisamente así es como se siente en lo de Freud... es insoportable.

Leonie rompe a reír a puro chillido, lo cual provoca que algunas cabezas se vuelvan a elevar.

“Bueno, la verdad, yo ya viví unas cuantas cosas y escuché muchas más todavía, pero que una muchacha de diecinueve años quiera tener, supuestamente, un hijo de su padre y por eso odie a su madre, eso sí que no lo escuché nunca antes. Debes reconocerlo, Sidi, eres un poco perversa tú también.”

Hubiera sido mejor que no dijera esto último. Sidonie se contrae y amenaza con deshacerse completamente en lágrimas, y sólo una delicada caricia en la mano y un par de palabras tranquilizadoras la hacen recobrar la calma. Poco después, vuelve a arrancar.

“Es un asco, un tipo repugnante. Realmente tiene la imaginación más sucia que pueda tener un hombre. ¡Ese subconsciente!”. Ahora las manos van a parar, por un momento, entrelazadas, delante de la cara.

“A esta altura, ya debería saber que soy inocente como una criatura de cinco años. La verdad es que no entiendo que se haya vuelto tan famoso...”. Y así sigue por varios minutos.

Leonie se divierte y está conmovida. Nunca antes ha visto a Sidi tan enojada y herida. ¡Cuánto temperamento que se esconde en esa muchacha tranquila y bien educada! Eso le gusta. A pesar de que hacen falta algunos esfuerzos más para que Sidi vuelva a tenerse bajo control.

“Ven, *ma chère*, salgamos un poco, vayamos a caminar al Burggarten, está tan lindo afuera.”

Las tazas tintinean sobre las bandejas cuando se retira la vajilla, unas monedas ruedan sonoras desde los monederos y se posan sobre la mesa.

“¡Ahora le perdí todo el respeto!”. Después de esta enconada frase concluyente pueden partir. Dos mujeres jóvenes y elegantes salen del café en la concurrida Herrengasse y desaparecen pronto entre el tumulto vespertino.

Unos días después, llueve cuando Sidonie va a lo de Freud. Ya le había molestado ir a la clase de piano de la mañana, y ahora Freud es realmente un gran esfuerzo de voluntad. Estas últimas interpretaciones suyas la afectaron mucho, pese a que no deja que se le note nada y sigue esmerándose para hacerle creer que el tratamiento es efectivo. Quiere hacer las cosas bien para que sus padres no se preocupen y, principalmente, calmar a su padre. ¡Si el profesor, al fin, le dijera de una vez que no pasó nada con Leonie y que es inocente! Eso lo tranquilizaría, y ella podría abandonar el diván. Lo de Leonie lo arreglaría de alguna forma.

Tal vez lo lograría hasta las vacaciones de verano, entonces, al menos, tendría una linda estadía en Brioni. Pero a ese punto todavía no llegó. Así que, por enésima vez, a subir la ancha escalera en la Berggasse 19 y al diván.

Freud percibe el desgano de Sidonie y su rechazo al tratamiento analítico. Es más un instinto, adquirido en los largos años de análisis, y no llega a ser una evidencia que se pudiera desprender de una resistencia clara. Porque la joven Csillag se larga a hablar animadamente pero da la impresión de estar extrañamente ajena a todo. Sólo que no logra atraparla. Lo que, por otro lado, no lo sorprende. Porque su joven paciente no está enferma, nunca llegó por deseo propio al análisis y no se

queja acerca de su situación. Y conducir esta su variante de la sexualidad hacia otra, sin que ella lo quiera, es tan difícil como convertir a un heterosexual completamente desarrollado en un homosexual.

Hoy también está muy conversadora. A comienzos de la sesión, él le preguntó por sus años de escolaridad y sus amigas de esa época, para –después de explorar en la familia– poder hacerse una imagen de su entorno, y ella se pone a contar como si le hubieran dado cuerda.

Durante el primer año de escolaridad primaria, –contó– todavía recibía clases particulares en su casa, con un maestro aburrido y adusto, con un olor desagradable y manos sudorosas. Luego comenzó a ir a la primaria en la Strohgasse, cerca de su casa. Dijo que le había gustado estar por primera vez con tantos chicos. Después, por la tarde, venían regularmente francesas e inglesas a su casa para que los tres hijos mayores tuvieran un trato natural con estos idiomas, como corresponde en las buenas familias. La conversación en idioma extranjero era algo muy importante. Después de la escuela primaria fue durante un año a una escuela reformista, llamada *Schwarzwaldschule*. Dijo no tener buen recuerdo de la pedagoga reformista Eugenie Schwarzwald, todos siempre querían estar cerca de “la doctora”, cuando en realidad no era una persona bonita.

Luego se cambió al liceo de la Asociación femenina de negocios en el Wiedner Gürtel, donde permaneció hasta obtener la *matura*, el diploma de habilitación para los estudios universitarios. Allí conoció a las hijas de las antiguas familias vienesas, con las que sus padres no tenían trato privado, y también estaba entre ellas Ellen Schoeller, que pronto se convirtió en su mejor amiga. Contó que registró inmediatamente a Ellen en la gran multitud de compañeras –porque ella presta tanta atención a lo visual–, que estaba encantada y fascinada por los vestidos a cuadros de Ellen, con esos cuellos grandes. Ellen era realmente una de las muchachas que mejor se vestía en esa clase.

Ellen Schoeller –relató– era la única hija de Robert von Schoeller y su mujer Mimi Seybel. Que Ellen era, al igual que ella, la única niña entre tres hermanos varones. Los Schoeller son una familia tradicional, con muchas ramas, que está muy bien vista en la sociedad vienesa. Son protestantes, eso tal vez sea un poco inusual en Viena. Proviene de la zona del Rin y antes vivían en Brünn. Aparentemente, entonces se decía que los Schoeller eran para Brünn lo que los Rothschild, para Viena. Agregó que la familia del padre de Ellen tenía mucho éxito en la industria metalúrgica y azucarera en la que era una

persona importante, de ahí proviene también su prosperidad. La madre de Ellen –contó– era una persona de gran corazón y provenía de una familia que había hecho buen dinero en la rama del vinagre.

Ellen –prosiguió– no es sólo una muchacha bonita y bien vestida, además es tan deportiva. ¡Una excelente jugadora de tenis, esquiadora y patinadora sobre hielo que incluso –al decir de Sidonie– había aprobado varios exámenes de patinaje artístico! Ella misma –dijo– sólo hacía deporte porque los padres le daban importancia, en cambio Ellen se entregaba a sus actividades deportivas con pasión.

Contó que siempre caminaban juntas hasta la escuela. Ella, Sidonie, que venía de la Neulingasse, pasaba a buscar a Ellen en la Jaquingasse. Mientras que ella podía ir sola al colegio, Ellen siempre era acompañada por una institutriz. En términos generales, los Schoeller eran mucho más severos que los Csillag. Ellen sólo podía estar con los hijos de las familias con las que también tenían trato los padres. Sólo en su caso hacían una excepción.

Los Schoeller –refirió– tenían una animada vida social, y en su casa siempre estaba entrando o saliendo gente. No sólo iban muchos amigos y conocidos de los padres, sino también visitas de la familia más lejana. Contó que allí se podían ver señoras tan elegantes de la sociedad, y que le resultaba particularmente atractiva la hermana de Mimi Schoeller, Lini. En la boda de esta, con el fabricante de vagones de Praga Ringhoffer, en la iglesia Dorotheerkirche en Viena, ella fue, incluso, espectadora de lejos. La figura delgada de Lini Seybel y su espléndido cabello rojo la convirtieron realmente en la novia más hermosa de Viena.

Contó que también con otras muchachas del colegio tenía otro tipo de amistad. Christl Kmunke, que le había prestado los valiosos servicios de mensajera con la baronesa Puttkamer, también iba a la escuela con ella. Era un carácter alegre, que no intentaba ocultar su inclinación hacia muchachas y mujeres adultas. ¡Un horror! También lo había intentado con ella, pero los besos de Christl y las caricias anhelantes la habían dejado completamente indiferente. Christl no le parecía para nada atractiva. Pero todos los demás ya sabían de su inclinación. Hubo un verano que pasaron con la familia en St. Gilgen. Una tarde – cuenta Sidonie– Christl, cuya familia alquilaba una mansión cerca de ahí, había venido de visita. Ella misma no estaba en casa, de modo que Christl salió a caminar con su hermano Heinrich. Una amiga de su madre, que vio a los dos desaparecer en dirección al bosque, habría comentado con insolencia que era una suerte que Heinrich y no Sidi había desaparecido en el bosque con Christl...

Etcétera, etcétera, etcétera.



Sidonie enhebra una pequeña anécdota a la otra, un episodio social de su entorno al siguiente, sólo para que no surjan pausas paralizantes, no se comience a hablar de Leonie Puttkamer y el profesor vea cuán en serio se toma el tratamiento.

Pero en el transcurso de las siguientes horas, se le acaba el material, y ya no sabe más qué contar. Además no sueña nada, pero Freud insiste en los sueños. ¿Estará sospechando el profesor que ella se está encontrando otra vez regularmente con Leonie? Ojalá que no. Pero en realidad, ella podría darle una manito a la realidad y distraerlo de reflexiones inconvenientes. De modo que le cuenta a Freud sus encuentros con Leonie en forma de sueños. Sólo hace falta adornarla un poco y ya está lista la historia de la muchacha obediente que, aunque se consume por su amada, mantiene valientemente su promesa.

En esa época, Freud escribe:

Puesto sobre aviso por alguna ligera impresión, le comuniqué un día que no daba fe a estos sueños, que eran mendaces o hipócritas y ella tenía el propósito de engañarme como solía engañar al padre. No andaba errado; los sueños de dicha clase cesaron tras ese esclarecimiento. (...) En nuestra soñante, el propósito de engañarme, tal como solía hacerlo con su padre, provenía del preconsciente, si es que no era consciente; ahora bien, pudo abrirse paso en la medida en que se conectó a la moción inconsciente de deseo de agradar al padre (o a su sustituto), y creó así un sueño mendaz.<sup>3</sup>

Que de verdad le están mintiendo deliberadamente no lo considera posible.

Pero los disparates y artimañas de Sidonie llegan más lejos aún. Hace algunos días, otra vez no había sido nada cuidadosa en sus ansias de ver a Leonie, al contrario. En realidad, en su interior hay algo así como un pequeño diablito que dispara sus flechas con maldad y sondea todos los límites hasta que estos se derrumban.

Con total frescura pasó a buscar a Leonie por la peluquería, el salón Geppert en la Krugerstrasse, que es visitado por Leonie dos veces por semana. Esta afición la comparte, y esto no deja de ser espinoso, con Csillag madre, y Hugo, el coiffeur que domeña y da forma a los rulos,

---

<sup>3</sup> Ibid., p. 158.

melenitas y peinados recogidos de las damas, es un charlatán. No se puede creer que le contó en seguida la noticia reciente a Emma Csillag, de que el día anterior vio a su hija ahí, una muchacha bonita y elegante, que había abandonado el salón del brazo de la bella baronesa Puttkamer.

Su madre, a la noche, le transmitió un tanto fría y ofendida, pero dentro de todo bastante relajada, el chisme, y le dijo: “Tú sabes que no queremos que lo hagas, de modo que ten cuidado la próxima vez, principalmente a papá y a Freud no les va a gustar nada.”

Ahora, Sidonie tenía que emprender la huida hacia adelante, porque quien podía saber si la madre no terminaba siendo demasiado conversadora y le contaba todo al profesor. Así que en la sesión siguiente le cuenta al señor profesor una pequeña historia cierta a medias.

No sabe si el profesor realmente se lo tomó en serio, pero al menos salió del embrollo más grave.

Por lo demás, cuenta los días hasta el veraneo, hasta la partida hacia Brioni.

Dos semanas más y llega el momento. Lo que vendría después ahora no lo quiere ni pensar. Tal vez podría convencer a su padre de permitirle finalizar el análisis. Ella, al menos, ya lo concluyó internamente y sueña con el sur. Viena se vaciará a comienzos de julio, y también su familia hará empacar los baúles, viajará primero a Strobl junto al lago Wolfgangsee y luego finalmente emprendería el camino hacia el cálido Brioni.

## BRIONI

Paul Kupelwieser, hijo de Leopold Kupelwieser, el pintor de la corriente *biedermeier* y schubertiano, había cumplido cincuenta años en 1893. Durante diecisiete años había trabajado en la gerencia de la empresa siderúrgica de Witkowitz en Mährisch-Ostrau, había reunido una fortuna considerable y tenía un solo deseo: retirarse de los negocios en algún lugar del sur europeo. Un amigo de Trieste lo ayudó en la búsqueda del lugar indicado, y pronto, por el valor de 75.000 coronas, la isla del Mar Adriático Brioni –que se extiende delante de la península de Istria cerca de Pula– cambió de dueño: la familia de la nobleza veneciana Francini se desprendió de la isla, que era famosa en Venecia principalmente por sus canteras. Porque los cantos rodados de Brioni se utilizaban en Venecia como material valioso para la construcción.

Junto con su familia y sus amigos, Paul Kupelwieser emprendió la lenta tarea de transformar a Brioni en un complejo vacacional. En la

isla se realizaron trabajos de diversos órdenes: forestación, plantaciones de frutales y viñedos, mejoramiento de calles, dragado del puerto y construcción del primer hotel, con catorce modestas habitaciones. La comunicación con tierra firme se realizaba a través del barco del correo de Pula, al final incluso existía una propia línea de telégrafo. Las personas eran transportadas con un barco a motor diesel, fabricado para ese fin, o con los tradicionales transbordadores impulsados a vapor.

Así, poco a poco, en consonancia con los planes de su dueño, la isla se convirtió en un destino de vacaciones. Pero la afluencia de veraneantes aumentó la demanda de agua dulce, porque Brioni no tenía fuentes propias. El agua de cisternas y lo que traía de tierra firme el barco de transporte de agua, adquirido especialmente por Paul Kupelwieser luego de la compra de la isla, no alcanzaban. Por eso, Kupelwieser compró al norte de Pula un sistema de grutas con abundante agua de buena calidad que hizo bombear hacia Brioni a través de una canalización que había sido tendida, parcialmente, debajo del nivel del mar. Tan sólo este servicio magistral consumió una pequeña fortuna.

Otro problema más tuvo que ser superado por los nuevos dueños durante todos esos primeros años: la isla era una zona con riesgo de malaria. En el año 1900, Paul Kupelwieser se dirigió Robert Koch, bacteriólogo y futuro premio Nobel, y le pidió ayuda en la lucha contra la maliciosa enfermedad. Robert Koch respondió con interés a este pedido, viajó a Brioni y revisó y trató a todos los habitantes de la isla. En los siguientes años, no se produjeron nuevos casos de la enfermedad, y en el momento del auge del turismo en Brioni, la malaria era parte del pasado.

A partir de 1903, Brioni comenzó a convertirse en un destino para tratamientos terapéuticos. Se pidieron créditos para construir los hoteles Neptun, Riviera, Carmen y el Grand Hotel. En la costa este se instaló una playa de arena con baño de mar, y se añadieron terrazas para tomar sol y juegos infantiles. Además, los visitantes tenían la posibilidad de alquilar automóviles, coches de alquiler, botes a motor y veleros. Para satisfacer el entretenimiento deportivo, había una cancha de golf de 18 hoyos, dos canchas de polo con 18 poneys y canchas de tenis. Se contrató a empleados bien preparados, y no tardaron en venir los primeros visitantes de hotel.

La lista de los huéspedes se puede leer como un índice de las familias aristocráticas y de la gran burguesía de la monarquía austrohúngara, y representaba la mayor parte de los turistas. Sólo aproximadamente un diez por ciento provenía de lo que entonces eran países extranjeros.

También los amigos de Paul Kupelwieser, los antiguos colegas de la industria siderúrgica –entre ellos se contaban los señores Wittgenstein,

Weinberger, Feilchenfeld, Kestranek, Skoda y Wolfrum-, eran visitantes frecuentes. Al principio habían observado con escepticismo el emprendimiento de su amigo, pero, finalmente, la isla les gustó tanto que compraron terrenos para construir sus propias mansiones. Entre los nuevos propietarios se encontraban los productores Weinberger y Feilchenfeld. Sólo Karl Wittgenstein no se decidió a construir una casa, porque ya tenía tres de ese estilo y no quería abusar de la paciencia de su cónyuge. La ayuda de los amigos, sin embargo, no se limitó sólo a la compra de terrenos. Los señores acomodaron a Paul Kupelwieser en varios consejos de vigilancia para que mejorara su situación financiera. Porque, al fin y al cabo: una mano lava la otra, y una posesión adquirida en forma conveniente junto al mar adriático era digna de una contraprestación.

Otro de los huéspedes, tal vez uno del grupo de los excéntricos, era Carl Hagenbeck, el criador de animales y director de circo. Después de 1911, comenzó a traer a la isla a doscientos de las clases de aves más curiosas, entre ellas avestruces africanas, flamencos y gansos salvajes. Su gran sueño de convertir a Brioni en un zoológico casi paradisíaco con animales de todo el mundo se cumplió.

Durante la Primera Guerra Mundial, la diversión en Brioni no se vio interrumpida. Después de 1918 y de la derrota y caída de la monarquía austrohúngara, Brioni recayó en el reino de Italia. Al año siguiente murió Paul Kupelwieser, a la edad de setenta y seis años, y sus hijos Karl y Leopold heredaron la isla. Karl se hizo cargo de la administración y Leopold de la atención de las instalaciones turísticas y víticolas, que ya habían progresado mucho.

También en los años veinte, la vida turística y social en Brioni se modificó relativamente poco. A pesar de que la isla, ahora, quedaba en territorio nacional italiano, la mayoría de los visitantes seguía viniendo de Austria y Hungría. Recién con la caída de la bolsa en el año 1929 y la consecuente crisis económica mundial, la isla sufrió consecuencias de peso. Las visitas en los hoteles disminuyeron drásticamente, y la familia Kupelwieser se vio imposibilitada de devolver un importante crédito tomado durante la Primera Guerra Mundial. Karl Kupelwieser, en noviembre de 1930, se suicidó, y la isla, fuertemente endeudada, pasó a manos de sus tres sobrinas.

Se produjeron lentas negociaciones con el Estado italiano que, sin embargo, no estaba dispuesto a aceptar ofertas para el salvataje financiero. Finalmente, Brioni pasó a ser de su propiedad. Después de la Segunda Guerra Mundial, Istria y así también Brioni pasaron a ser parte de la República de Yugoslavia. El mariscal Tito se hizo cargo de Brioni y la convirtió en su domicilio vacacional privado.

En 1919, incluso después del fin de la monarquía austrohúngara, el mundo en Brioni sigue estando en orden, y los veraneantes malacostumbrados como los Csillag no se dan cuenta de los cambios. Los días transcurren según costumbres y rituales siempre similares, y se rigen por las ofertas de tiempo libre y recuperación de la salud. Después de levantarse tarde e ingerir un copioso desayuno, una parte de los huéspedes masculinos se dirige al juego de polo, lo cual no interesa en lo más mínimo a Sidonie. Ella se siente atraída –al igual que el resto del mundo femenino– por el Saluga, un balneario que tiene anexo una especie de club. Saluga no tiene playa, pero sí una linda terraza que permite estar sentado sobre el nivel del agua, disfrutar de una leve brisa marina y observar a los audaces nadadores que se balancean, abajo, en contorsiones extrañas, sobre las rocas.

Pero la parte principal de estos días de vacaciones es, sin lugar a dudas, la noche. Luego de las actividades deportivas o la ociosidad bajo el calor estival, se sacan a relucir los vestidos y los smokings que luego, en el intento de superarse unos a otros en elegancia, son exhibidos en la sociedad. Por supuesto que las damas tienen que llevar cada noche otro vestido de gala, que, al día siguiente, volverá a proveer de tema de conversación a las reuniones de chismes femeninos.



Christl Schallenberg, Sidonie Csillag y Grete Weinberger en Brioni

Con el frescor de la oscuridad incipiente se sirve la cena. Y luego de la cena llega, al fin, el verdadero punto culminante del día: el baile.

Siempre se baila algún vals. El compás vienés del tres por cuatro lo conocen todos y les gusta dejarse llevar por él bailando en brazos de un hombre elegante o una dama encantadora.

Para la juventud están las nuevas melodías, que acaban de llegar desde los EE.UU. cruzando el Atlántico. Se baila desmesuradamente blues y shimmy, y el foxtrot británico se consagra con su deslizarse-levemente-sobre-el-parquet: largo, largo, costado y cierre. Tampoco puede faltar, ya avanzada la noche, el lascivo tango para algunos pocos conocedores. Para los hombres y mujeres jóvenes, estas noches son la mejor posibilidad para volver a encontrar a personas de su misma posición social, más o menos cercanas, y también para establecer nuevos contactos con las hijas y los hijos de las “mejores familias”.

Pero Sidonie, en estas ocasiones, se interesa poco por los hombres jóvenes, lanza sus miradas exploradoras hacia las parejas de los bailarines, que calman su nunca satisfecho sentido de la belleza mucho más apropiadamente. Cada verano hay alguna de la que vale la pena enamorarse. Por supuesto que esto no pasa del todo desapercibido. Ni por las damas que le gustan ni por los otros huéspedes, que ya se preguntan por lo bajo hace dos años si la joven Csillag se estará desarrollando en la dirección correcta. De todos modos, estos no pasan a ser nunca más que inofensivos apasionamientos.

En los veranos de Brioni, Sidonie conoce a muchas de sus amigas –que lo serán por muchos años–, con las que en los años siguientes estará en estrecho contacto y cuyas casas paternas se convierten en nuevos centros sociales en los que pasa gran parte de su tiempo. Estas amistades, en la totalidad de los casos, duran toda la vida. Entre las amigas se encuentra también una de las nietas del dueño de la isla, Maria “Poussy” Kupelwieser, que en 1926, en una boda de elegancia y lujo extravagantes se casa con Manfred Mautner-Markhof, el futuro barón de la cerveza y mecenas del arte.

Otra que se convierte en su amiga es Grete Weinberger, la hija de una antigua familia vienesa y futura escultora. La residencia familiar de verano en Katzelsdorf, cerca de Viena, se vuelve, en los años veinte, uno de los polos preferidos de los contactos y emprendimientos de Sidonie.

Y la tercera del grupo es la joven condesa Schallenberg, –como Sidi siempre vuelve a recalcar– “su segunda mejor” amiga.

Sólo Ellen Schoeller nunca acompaña al grupo, porque siempre pasa sus vacaciones de verano en St. Gilgen y sólo después de las vacaciones, en Viena, puede ser provista de los flamantes chismes de la isla.

#### POR ÚLTIMA VEZ EN LA BERGGASSE 19

También el profesor Freud está ansioso por disfrutar del verano. Irá otra vez a su lugar de tratamiento terapéutico preferido, a Bad Gastein, y su cuñada Minna anunció que lo acompañaría. Ojalá Martha, después de su horrible gripe –de la cual casi no pudo reponerse–, esté en condiciones de ir también. Hacia finales del verano, tal vez, volverá a viajar a Italia o a Suiza. Dos meses sin charlas especializadas y ni una palabra sobre análisis: eso sí que es relajarse.

Sólo Anna, este año, lamentablemente no podrá acompañarlo. Su verano con la familia Rie junto al lago König está planeado hace tiempo, y él no quiere quitarle ese placer. Sabe lo mucho que aprecia a la bella madre Melanie Rie, tanto que casi se ha vuelto una amiga maternal en el último tiempo. Y con su hija Margarete la une una fuerte amistad.

Anna es toda su alegría. Desde hace medio año que se analiza con él. Parece que quiere seguir sus pasos y continuar su obra de vida. Sólo en el amor no le va bien, no hay hombres en su vida... casi como en el caso de la joven Csillag. Pero al pensamiento desagradable que se oculta detrás ni siquiera le permite salir a la luz.

El caso Csillag lo va a concluir. No tiene sentido seguir esforzándose con esa muchacha que evidentemente construyó una resistencia fuerte, que por mucho tiempo no pudo descubrir. No logra acercarse a ella, y los paralelos hacia el comportamiento que tiene hacia el padre son evidentes y representan un enorme obstáculo. Por un lado, la muchacha obediente y afanada que, en apariencia, colabora, y detrás, una férrea voluntad de imponer su modo de vida. Le recomendará continuar el tratamiento con una mujer, siempre y cuando los padres sigan deseándolo. Para él fue una experiencia interesante, que ingresará a sus investigaciones posteriores y a su actividad de publicación. Todavía tiene que tomar nota del desenlace de este episodio analítico:

El análisis se consumó casi sin indicios de resistencia, con una alta participación intelectual de la analizada, quien también mostraba empero una total tranquilidad de ánimo. Una vez que la

enfrenté con una pieza de la teoría, de particular importancia y que la tocaba de cerca, manifestó con inimitable acento: “¡Ah! Es muy, pero muy interesante”, como una dama de mundo que es llevada por un museo y mira a través de un monóculo unos objetos que le son por completo indiferentes. (...)En nuestra muchacha no era la duda, sino el factor afectivo de la venganza contra el padre, lo que posibilitó su fría reserva (...)Interrumpí, entonces, tan pronto hube reconocido la actitud hostil de la muchacha contra su padre (...).<sup>4</sup>

Cuando Freud, en la primera sesión después del verano le comunica su decisión, Sidonie, en su interior, siente un gran alivio. Ha cumplido con las formas y le ha mostrado a su padre que puso buena voluntad. Pero bueno, no todo se puede cambiar. Si eso se lo comunica el profesor Freud a su padre y además agrega que Leonie nunca la apartó del camino llevándola a su cama, se quedará tranquilo y la dejará en paz. De este modo, todo ha seguido nuevamente el mejor curso posible para ella.

Al despedirse, el profesor Freud le dice: “Usted tiene unos ojos tan inteligentes. No quisiera encontrarme en la vida con usted en calidad de enemigo.”

El hecho de que el famoso Freud le haya dicho eso cuando tenía diecinueve años, Sidonie no lo olvidará jamás en la vida.

---

<sup>4</sup> Ibid., p. 156-157.





### Capítulo III

## *Arsénico, cocaína y noches largas*

“Comuníqueme con el Dr. Saxl del 3° distrito. Sí, con el médico. Apúrese.”

Una voz energética, acostumbrada a dar órdenes, llega, en lo avanzado de la noche, por la línea oficial, y la telefonista, como en un acto reflejo, intenta colocar los cables con mayor velocidad en las hembrillas correspondientes y así establecer la comunicación.

“¿Saxl? Habla Gessmann. Ella intentó envenenarme, me siento pésimo. ¡Ven rápido!”

Y la línea vuelve a quedar muerta.

El Dr. Saxl lanza un suspiro y mira, cansado, el reloj de su mesa de luz. Es la una y media. Tuvo un día difícil, con una avalancha de pacientes que no quería llegar a su fin. Porque ahora, en primavera, se enferman todos, y aquellos que se pueden dar el lujo van enseguida al médico internista. Le hubiera venido bien dormir un poco.

Pero Albert Gessmann es un paciente especial, hipocondríaco y desconfiado, siempre ocupado con algún dolorcito, y a la vez un hombre autoritario e intolerante. En el fondo, un tipo repugnante. Igual, no conviene estar en malas relaciones con él. Sus contactos con los círculos más elevados de la política y la economía podrían resultar bastante perjudiciales para cualquiera.

Maldiciendo por lo bajo, el Dr. Saxl se levanta, se pone a las apuradas el traje preparado para la mañana siguiente, y toma el maletín médico.

En el segundo piso de la Sebastianplatz 7, todas las luces están encendidas. Pese a lo avanzado de la hora, abre la puerta, como siempre, el ama de llaves, y detrás de ella, en la antesala, aparece corriendo Gessmann.

“Saxl. ¡Por fin! Me siento tan mal, un ataque de sudor tras otro, examíname.” Desata con brusquedad, en forma acusatoria, su deshabillé de seda con diseño Paisley y le muestra la barriga al médico.

La revisión en el salón contiguo sirve de poco. Pulso algo acelerado, pupilas dilatadas, barriga algo hinchada y contraída, lengua saburrosa. No tiene el aspecto de una intoxicación. Este viejo comilón ingirió alguna comida en mal estado –piensa Saxl, lacónico, para sus adentros–.

Pero Albert Gessmann no afloja. En forma minuciosa repasa los acontecimientos de la noche.

Cuenta que fueron al Ronacher, Leonie y él, y que regresaron a eso de las once. Luego el ama de llaves les preparó una cena tardía, con pescado, papas y algunas arvejas, de entrada un poco de caviar y después un *chaudeau* de vino. Eso no puede haberles hecho mal; además, Leonie comió exactamente lo mismo.

Y después –cuenta Gessmann– se pelearon, como antes, en la primera fase de su matrimonio, porque su esposa, otra vez, estaba monosilábica y remisa. Se comportaba de forma caprichosa y fría, y no se podía hablar con ella. En esos momentos, ella le hace sentir que él le resulta espantoso, que siente repulsión por él y que ella es algo mejor. Y después, al recibir un rechazo también en el plano sexual –cuando él tiene que acostarse todos los días con una mujer–, explotó y perdió toda compostura. Golpeó con el puño sobre la mesa y la insultó descontroladamente, y luego se fue corriendo a su habitación. Allí, después de un tiempo, Franziska, la empleada doméstica, con la que –dice– muchas veces puede hablar mejor que con su propia esposa, le sirvió un café e intentó tranquilizar al dueño de casa. Al poco tiempo se empezó a sentir muy mal.

“Y, Saxl, te aseguro, eso fue lo único que Leonie no consumió. Seguro que después de la pelea se metió subrepticamente en la cocina y me puso, cuando Franziska miraba para otro lado, veneno en el café. Ella, con su odio perverso a los hombres, es capaz de todo. Tú eres mi amigo, Saxl, y yo quiero que hagas examinar el café.”

“La verdad es que yo no hablaría de amistad”, pensó el médico en silencio. Pero, de todos modos, se deja convencer y toma dos muestras –una del resto de la taza y otra de la cafetera–, asegura que las mandará a la mañana siguiente al laboratorio y que le avisará lo antes posible a su paciente. Así puede despedirse y retomar su retrasado descanso nocturno.

El 26 de marzo de 1924 comienza tranquilo y como de costumbre, como un día completamente normal. Leonie Puttkamer-Gessmann ha pasado un fin de semana bastante agradable. Albert se tranquilizó y le propuso, casi afectuosamente, que pasaran unos días juntos en su propiedad rural, la finca Haarberg en Edlach junto a la Rax. Muy al pasar le comentó durante el viaje de ida en el auto que después de la pelea se había sentido tan mal que tuvo que llamar a su internista, porque algo debía de haber estado mal con ese café. Entonces, ella se

hizo un poco la compasiva y le acarició la mano. Es que sabe lo sensible que es él con todo lo referente a su salud y a su cuerpo.

La mañana había transcurrido de modo muy ameno. Se encontró con Sidi en el parque municipal, y luego fue con ella a la comisaría en la Landstrasse, con su propio coche eléctrico, que le resulta tan divertido porque en Viena no hay muchos y atrae las miradas de todos. Además, dadas las bajas temperaturas, es cómodo estar un poco protegido y avanzar rápido. Sidi fue a buscar su nuevo pasaporte a la policía, y a la vez solicitó uno para Leonie, porque Albert, un tiempo atrás, en uno de sus ataques de ira, rompió el viejo. En estos trámites molestos Sidi se muestra muy práctica y logra eludir la mentalidad de funcionario típicamente austríaca –que ella, en tanto prusiana, no tolera en absoluto– y encauzarla hacia actividades conducentes. Luego pasó a buscar a Albert por la oficina y llegó puntualmente para el almuerzo a casa.

Pero luego, los sucesos comienzan a precipitarse. Cuando Leonie entra al comedor, encuentra a su marido y al profesor Saxl de pie junto a la ventana, como plantados y extrañamente rígidos, como si tuvieran que formar un frente contra ella para el cual por separado serían demasiado débiles. Albert le comunica, en un tono casi solemne, que en el café se encontró veneno –más precisamente: arsénico– y que el Dr. Saxl tenía que hacer la denuncia en la policía. Saxl asiente con la cabeza, diligente, entrelaza sus dedos y no la puede ni mirar de tanta vergüenza. Albert espera el efecto de sus palabras. La comida está sobre la mesa, todavía sale un poco de vapor, se va enfriando... es como una naturaleza muerta que, congelada en el tiempo, se graba en la percepción de Leonie. Primero no entiende de qué se trata todo, ese ridículo tribunal de dos debiluchos. Pero luego todo se aclara: los comentarios de su marido en el auto, su distancia cordial de los últimos días. La quiere llevar a la ruina. Siente como le sube la indignación y a la vez se vuelve glacial, tal como lo aprendió de niña.

“Estás desquiciado, Albert. ¡Cómo puedes osar acusarme de algo así! Tal vez deberías empezar a escribir tu próxima obra teatral fallida en lugar de poner en escena tu propia muerte por envenenamiento. Cerdo perverso” ,se le escapa, al salir presurosa, luego la puerta se cierra con violencia detrás de ella.

En casa de los Csillag, hacia el final del almuerzo suena el teléfono. Un horario muy poco apropiado. Eso lo sabe también la mucama, que se acerca rápido a la mesa y, veloz y pudorosa, le susurra al oído a Sidonie que vaya por favor inmediatamente a lo de la baronesa

Puttkamer, porque había sucedido algo. Sidonie, prácticamente, suspende todo lo que está haciendo, apenas atina a tragar lo que estaba comiendo, lanza la servilleta sobre la mesa y abandona el comedor. Los padres, que ya hace tiempo no dicen más nada acerca del comportamiento de su hija, se pueden imaginar que sólo Leonie Puttkamer tiene el poder de impulsar a Sidi a tal urgencia, pero de todos modos quedan boquiabiertos ante sus modales.

Cuando Sidi llega un cuarto de hora después a lo de Leonie en la Sebastianplatz, la encuentra en su habitación, caminando de un lado a otro y fumando, cosa que no suele hacer con frecuencia. En pocas palabras le cuenta lo que pasó. Sidonie no recuerda haber visto a Leonie tan alterada. Insulta, gesticula, tira la ceniza sin cuidado al suelo y se extravía cada vez más en un confuso monólogo sin fin de preguntas y respuestas.

Dice que ya es suficiente que él la acose todo el tiempo y ella esté casada con un demente, pero ahora encima sostener que ella intentaba envenenarlo, eso sí que iba demasiado lejos. Ah, sí –suspira–, ganas de envenenarlo sintió muchas veces, pero nunca lo llevaría a cabo. Pero por qué no, si con un tipo así no se pierde nada. Y ahora quiere arruinarla, lograr tenerla definitivamente en su poder, controlarla. ¿Qué es lo que puede hacer...?

Poco a poco, Sidi logra tranquilizar a su amiga, que finalmente se sienta junto a ella en el canapé y no sabe cómo seguir. Sidi, que, con el correr de los años, pasó de ser una enamorada apasionada a ser una de las amigas más íntimas y la persona de confianza más cercana, sabe, con su disposición práctica, muy bien cómo seguir. Como toda la historia le parece extremadamente preocupante, en el lapso de diez minutos las cosas más importantes están empacadas. Leonie se guarda todo el dinero que puede encontrar.

Cerca de las tres de la tarde, las dos mujeres abandonan el departamento de los Gessmann y se dirigen a lo del Dr. Klemperer, un abogado al que Sidi, antes, informó rápido por teléfono y que, del modo que fuera, tuvo que liberar un horario para la cita. El abogado, que tiene su bufete en la Freiheitsplatz [la actual Roosevelt Platz detrás de la iglesia Votivkirche] en el 9° distrito, aconseja a Leonie imperiosamente, en vista de las inculpaciones y la ofensa sufrida, no regresar más al departamento marital. Así es como la baronesa Puttkamer, con cierto alivio, decide no volver a pasar nunca más una noche bajo un mismo techo con su (aún) cónyuge.

Una secretaria del bufete del abogado le sugiere a Leonie que se albergue provisoriamente en la pensión Reiter, que queda a la vuelta,

en la Ferstelgasse 5, y como hay una habitación aceptable disponible, la baronesa directamente se queda ahí, mientras Sidonie vuelve a viajar con la secretaria del abogado a la Sebastianplatz para buscar las valijas. Leonie cuenta, en ese tiempo, sus haberes al contado y comienza a calcular cuánto tiempo podría vivir con eso, considerando su estilo de vida. El 15 de marzo recibió de Albert 15 millones de coronas para su uso personal, de los que, luego de un traje caro y algunas otras cositas sólo quedan 4,5 millones. Mucho no va a durar, pero no quiere preocuparse ahora por eso.

Pronto, Sidi regresa con el equipaje. En cenar o, incluso, dormir no se puede ni pensar, así que las dos amigas intentan ordenar un poco el caos interno y externo, pero no lo logran del todo. Las valijas están tiradas, deshechas a medias, las puertas de los armarios están abiertas y los utensilios de toilette de Leonie están dispersos por el baño. Sólo un bonito ramo de flores que Sidi consiguió en algún lugar, trae algo de levedad a la habitación. Finalmente, las dos mujeres caen agotadas sobre el borde de la cama. Un poco perdidas, se quedan sentadas como dos aves una junto a la otra y discuten durante varias horas más qué es lo que más conviene hacer. Llegan a la conclusión de que lo mejor para Leonie será viajar lo más rápido posible a Alemania, porque allí estaría segura. En Munich vive Carola Horn, la amante actual de Leonie, y ella se alegraría, sin dudas, de su inesperado regreso. Para salir de Austria, Leonie necesita su pasaporte, que está siendo renovado en la comisaría, y sólo hay que ir a buscarlo. Sidi lo hará al día siguiente. Ese plan alivia un poco a las dos mujeres y produce, pese a la situación adversa, una estridente alegría en ellas. Ya se va a solucionar todo de alguna manera, lo importante es que el capítulo Albert esté cerrado, y Leonie, libre y pronto en un lugar seguro.

A la mañana siguiente, entonces, Sidonie se pone en marcha sola para ir a buscar el pasaporte de Leonie. Pero, para su gran susto, se le niega la entrega de este. Albert Gessmann concretó a través del profesor Saxl su amenaza e hizo realizar una denuncia contra su mujer por tentativa de homicidio por envenenamiento. Antes de que no se aclare esta cuestión –afirman– el pasaporte no podrá ser entregado, y menos aún a terceros. Y para mayores explicaciones, que la señora baronesa se tome la molestia de acercarse en persona a la comisaría, y, de ser posible, al día siguiente.

Sidonie sabe lo que eso significa: Leonie está en aprietos y, desde diversos ángulos, en extremo peligro. El intento de Gessmann de

adosarle un crimen capital ya es, en gran medida, lo más bajo que uno pueda imaginarse, pero seguramente también sacará a relucir los trapitos sucios y se referirá a los numerosos amoríos de Leonie de los últimos años con mujeres. Como las relaciones lesbianas en esa época están prohibidas en Austria y son equiparadas a la sodomía con animales, él tiene en sus manos una poderosa herramienta de presión.

Ya durante el viaje de regreso a la pensión Reiter, Sidonie piensa acaloradamente acerca de una posible estrategia de defensa. Su indignación por el proceder de Albert Gessmann la aguijonea. En ningún momento se creyó ese disparate. Cuando Leonie, el día anterior, le contó de sus acusaciones, se tuvo que dominar para no largarse a reír. Toda esa historia es demasiado absurda y evidente. Seguro que él mismo se ocupó de que aparecieran huellas de veneno en su café. Hoy en día, se sabe, es fácil comprar arsénico en la farmacia, y es altamente probable que hombres como él lo tengan siempre a mano en su casa para aumentar la potencia sexual.

Sólo una cosa la deja pensando: la obsesión de él. Y lo que la preocupa aún más, es que ella casi lo puede entender. Él siempre quiso tener a Leonie de pies a cabeza. Desde los primeros encuentros en el año 1919, intentó conseguirla, poseerla. A través de dinero, a través de sexualidad, a través de dependencia, y nunca lo logró. Leonie no se deja atrapar, siempre queda algo volátil en ella, algo lejano, inalcanzable y libre, pese a todo el lodazal en el que se internó en los últimos años. Sidonie tuvo que experimentar esto una y otra vez, y terminó convirtiéndose en su mejor amiga. Pero él: ¿en qué se puede convertir?

Y eso, su desvalimiento y su agravio, lo vuelven a Gessmann tan peligroso.

Cuando regresa con las malas noticias del pasaporte y la citación para el día siguiente a lo de su amiga, Leonie se sale de sus casillas.

"¡¿Y ahora qué hago, Sidi?! No me puedo ir, casi no me queda dinero, y a él no le puedo reclamar nada. Me va a arruinar, ese cerdo."

"Tranquilízate, querida. Ahora mismo voy a llamar al Dr. Klemperer, así acordamos una cita con él para mañana. Seguro que se le va a ocurrir algo, y yo también tengo algunas ideas. Simplemente vamos a dar vuelta la tortilla."

"¿A qué te refieres con 'dar vuelta'?"

"Tú ya lo has dicho: él está representando su propio homicidio por envenenamiento."

Las horas siguientes pasan volando en conversaciones acaloradas y nerviosas, las dos mujeres arman campañas enteras, delinean, desarrollan, descartan y vuelven a forjar líneas de defensa y estrategias de ataque. Hasta que Leonie, agotada, necesita acostarse a dormir una siesta y Sidonie resuelve, en aras de la razón, volver a aparecer por su propia casa. Un fuerte abrazo más, un par de palabras de ánimo: “Nos vemos mañana a las nueve en lo del abogado, querida.” Y Sidi está afuera.

El 28 de marzo es un nebuloso día de fines de invierno. Leonie tiene frío y cierra fuerte su abrigo de piel al recorrer el corto camino desde su pensión hasta el bufete del abogado. Los arcos de soporte del lado posterior de la iglesia *Votivkirche* casi desaparecen en la niebla, los árboles a su alrededor gotean de tan mojados. A Leonie, en realidad, le gusta esa plaza, casi se podría pensar que uno se encuentra en París detrás de la catedral de *Notre-Dame*, pero hoy, ese coloso neogótico le resulta tenebroso. La iglesia había sido construida bajo el reinado del Emperador Francisco José a raíz de un atentado en su contra del que salió ileso. “Complot de homicidio en la *Friedensplatz*”, piensa Leonie, furiosa. Y justo ahí el abogado tiene su bufete.

Sidi ya la está esperando en la antesala. La conversación con el Dr. Klemperer no trae noticias muy alentadoras. Le dice que sí, que la baronesa tenía que obedecer a la citación y que seguramente la interrogarían en detalle sobre la acusación de homicidio de su cónyuge. Que él recomendaba que fueran juntos, para que, en caso de ser necesario, él pudiera intervenir en su ayuda. Y así es como Leonie Puttkamer, Sidonie Csillag y el abogado Dr. Klemperer se dirigen por la mañana temprano a la comisaría del 3° distrito.

Leonie está extremadamente nerviosa cuando entra al cuarto de interrogatorios. Una habitación alta y pelada, las paredes, amarillas, dos grandes escritorios en el medio, colocados en forma enfrentada, para que los funcionarios no se pierdan de vista ni un minuto en su desempeño del deber, viejísimos ficheros junto a la pared, con miles de actas. Lo único lindo son las ventanas altas e inundadas de luz, que habilitan la vista al patio arbolado y al menos dan a los ojos de Leonie la posibilidad de distraerse un poco de lo repugnantemente ineludible.

Esos dos hombres delante de ella, que evidentemente van a llevar a cabo el interrogatorio, armonizan con la habitación. Uno escuálido, la mandíbula apretada, en mangas de camisa y oscuros mangotes, se



ve que ese es el que escribe. El otro algo más robusto, abierta la levita, mal atada la corbata.

"Así que esta belleza me va a interrogar. En realidad, estoy acostumbrada a cosas mejores", Leonie ha recuperado su sarcasmo: "Entonces, señores. ¡Liquidemos esto de una buena vez, yo les diré todo lo que quieran saber!"

El de mangas de camisa comienza a estenografiar:

Padre: Günther von Puttkamer, latifundista

Madre: Anna Luise von Alvensleben

Casamiento en 1885, divorciados desde 1903.

En 1904, la madre se casó con el Conde Ludwig Holnstein de Baviera, vive con él en Tralhausen cerca de Freising.

Estudié en la Escuela de Hijas de la Alta Sociedad en Gotha, luego fui a estudiar por cinco años a Londres. Después del regreso en 1910 viví hasta el año 1916 en lo de mi madre en Munich. Luego vine a Viena, donde conocí a la primera esposa de mi marido, Paula Gessmann, en el año 1917. Yo frecuentaba la familia; en los años siguientes, mi marido me tomó cariño, se divorció en el año 1921 y vivió en la misma casa conmigo a lo largo de casi un año (es decir, desde enero de 1921) hasta que nos casamos el 4 de febrero de 1922. Por diferencias menores nos divorciamos en agosto de 1922, en aquel momento, a solicitud de mi cónyuge, firmé un acta notarial según la cual tenía que renunciar a cualquier tipo de manutención. Me mudé primero a lo de la actriz Fedy Ferrard, 4° distrito, Gusshausstrasse 3 y, seis semanas después, a Berlín. En marzo de 1923 volví, a solicitud de mi cónyuge, a Viena por seis semanas, pero debido a diversas diferencias de opinión volví a abandonar Viena y regresé a Berlín. A fines de agosto de 1923 fui a Munich, donde mi esposo, con quien estaba en contacto por correspondencia y con quien había tenido un encuentro en enero en Salzburgo, me vino a buscar el 15 de marzo de 1924. Estábamos completamente reconciliados y llegamos el 16 de marzo a las 7 hs de la mañana a Viena. El 17 de marzo fuimos por la noche al bar Chatam, 1° distrito, Dorotheergasse, y el 19 de marzo al Ronacher.

Leonie sólo da información escueta a las preguntas de los funcionarios policiales. Porque sabe que en esa situación no puede dejarse arrebatar ni hacer ningún comentario irreflexivo. Como, gracias a

Dios, el señor encargado del interrogatorio se caracteriza por una falta de imaginación, no es necesario traer a colación cosas que no se preguntan. Por eso sólo se concentra en la relación con su marido y menciona sólo lo estrictamente necesario.

Lo que calla, todavía, son los pormenores de su historia familiar. Principalmente evita, con premeditación, mencionar sus muchas aventuras y relaciones con mujeres, que tuvo en los últimos años en Alemania y Austria. Recién en los siguientes interrogatorios no se podrá ahorrar de exponer todo esto en detalle.

## LOS PUTTKAMER

El padre y la madre de Leonie Puttkamer provienen de familias prusianas de la antigua nobleza. Los Puttkamer eran un linaje muy ramificado –la línea Vietzke-Pansin, de la que provenía Leonie, está documentada por primera vez en 1436– con gran cantidad de bienes raíces y la consiguiente influencia política en la corte. La propiedad familiar quedaba en Schlackow cerca de Saleske y obtenía su riqueza de la agricultura y la silvicultura. Günther, el padre, nacido en 1861, era comandante en el ejército real prusiano.

Anna Luise, la madre, llevaba el apellido de soltera Alvensleben, uno de los linajes más antiguos e influyentes del norte de Alemania. Se la describe como una mujer bella, erótica, enérgica y altiva, que sabía cómo gustarle a los hombres y persuadió a su futuro marido, evidentemente, tanto por su origen como también por su belleza.

Los padres Puttkamer se casaron en 1885 y, con el correr de los años, tuvieron tres hijos: primero a la hija Julianne Anna Erika, luego al hijo Agathon y el 10 de enero de 1891 a Bertha Hermine Leonie. Luego del nacimiento de los hijos, el matrimonio comenzó a tener desacuerdos: Günther se sentía sobreexigido, Anna Luise, dejada de lado. Por esa razón, ella comenzó a tener relaciones con hombres y con mujeres.

Ya a los nueve años, Leonie observó a su madre con uno de sus amantes, pero se lo calló, por compasión con su padre. Cuando, en 1902, Anna Luise se enamoró de un diplomático italiano, se mudó con él a Roma. Eso era más de lo que Günther von Puttkamer podía tolerar, viajó a Roma para terminar su matrimonio en una escena dramática e iniciar el trámite de divorcio. A causa de sus aventuras y su divorcio, Anna Luise von Alvensleben perdió el respeto de la aristocracia prusiana, extremadamente conservadora, y ya no era conside-

rada “digna de la corte”. Luego de la pronta muerte de su compañero italiano, Anna Luise se tuvo que ocupar por su propia cuenta de su sustento y trabajó un breve período en París, como celadora. Pero luego conoció a Ludwig Graf von Holnstein de Baviera, con quien se casó en Londres en 1904 y se mudó a Partenkirchen.

El padre, Günther von Puttkamer, poco después del divorcio de Anna Luise von Alvensleben se casó con una tal Dolly von Planckenburg, una austríaca de Linz. Los chicos primero se quedaron con el padre, pero no pasó mucho tiempo hasta que el hijo Agathon fue enviado a la milicia y las hijas al internado.

En lo que respecta a lo económico, durante los últimos años Günther von Puttkamer a duras penas había logrado mantenerse a flote, pero ya su padre y luego él mismo habían dejado pasar la oportunidad de prestar atención a los grandes cambios en la economía mundial –principalmente, en el sector agrario– y de reorientar en forma consecuente su agricultura.

Ya en los tardíos años setenta del siglo XIX, se había llegado a una complicada crisis agraria en Prusia. El nuevo mercado norteamericano ya no era tan remoto, sino una amenaza concreta para la producción agraria hasta entonces estable. Algunas propiedades más pequeñas de la nobleza ya tuvieron que ser vendidas después de la primera gran crisis. Otros aristócratas se aliaron con la burguesía en ascenso y se adaptaron a la nueva situación económica.

La propiedad de los Puttkamer en Schlackow tenía en 1879 5.889 ha, y esto convertía al abuelo de Leonie, Julius, en el propietario latifundista del segundo terreno en extensión en Prusia, inmediatamente después del Káiser alemán, que decía ser propietario de 15.453 ha. En el momento de su divorcio, Günther Puttkamer seguía poseyendo casi 5.000 ha. En 1905, se vendieron 1.500 ha y en 1910, los demás terrenos. Günther se mudó con su mujer Dolly a Baden-Baden, donde falleció en 1921.

Es de suponer que el ingreso por la venta le permitió una vida agradable a Günther von Puttkamer hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Pero también es de suponer que el padre de Leonie, en tanto patriota alemán, invirtió gran parte de su fortuna en empréstitos de guerra. Lo que, después del fin de la guerra, todavía quedaba de los fondos, probablemente fue devorado por la inflación galopante de los años de posguerra. Si los hijos alguna vez se habían hecho ilusiones de heredar algo, estas ilusiones se deben de haber reducido a la nada a comienzos de los años veinte.

Pero volviendo al año 1902, cuando Leonie, que entonces tenía once años, ingresó a un internado en Gotha. Allí permaneció cinco

años y se convirtió en una buena alumna que no traía ningún tipo de problemas. Se esmeraba, estaba comprometida con el estudio y era una buena deportista, a la que le gustaba andar a caballo y en bicicleta y hacer gimnasia. Se sentía particularmente atraída por su maestra, la señora Salzmann, que entonces tendría unos treinta años. Con ella, Leonie tiene sus primeras experiencias eróticas, y la cariñosa amistad de ambas se mantiene durante todo el tiempo de internado de Leonie.

En el año 1907, por propio deseo se fue a Weimar, para aprender allí piano, lenguas extranjeras y literatura. A la edad de dieciseis años, su padre intentó casarla con un primo, pero Leonie lo rechazó terminantemente: por un lado, porque su futuro cónyuge –Nuschi– era demasiado aburrido y superficial, y por otro lado, por su nueva amiga Lucy, una joven inglesa con la que compartía en Weimar la pensión y también la cama.

Además del gran amor de Leonie hacia la lengua y cultura inglesas, Lucy fue sin duda también una de las razones por las que las dos jóvenes pronto se mudaron a Londres. Bien provistas del dinero de su padre, Leonie vivió en lo de Ms. Fox, la madre de Lucy, y pasó allí cuatro despreocupados años. Durante ese tiempo, también estableció contactos con el movimiento feminista, que era fuerte en ese entonces, en favor del derecho a voto.

Durante una de las muchas visitas de la madre de Leonie a Londres, madre e hija retomaron la comunicación. Leonie decidió quedarse con su madre, y se mudó luego con ella y el marido de esta. En el transcurso de los siguientes tres años, ambas emprendieron numerosos viajes, principalmente a Italia y Francia, y volvieron a pasar una y otra vez largas temporadas en París.

A raíz de esto, el esporádico contacto con el padre fue empeorando. Durante una visita en lo de él y la madre postiza, tan poco querida, en el año 1911, esta había sostenido que Leonie no estaba bien de la cabeza, y había solicitado a un especialista berlinés que redactara un dictamen médico. En un procedimiento humillante, se diagnosticó la buena salud mental de Leonie, pero también su “anormalidad” sexual. Puttkamer padre suspendió sus pagos de manutención y recibió como respuesta un juicio por alimentos por parte de su hija. La relación, que ya era mala, se terminó de romper por esta cuestión, y Leonie fue desheredada por su padre.

Desde 1914, Leonie von Puttkamer también comenzó a viajar mucho sola, los destinos predilectos en esa época eran Munich y Berlín. A raíz de sus relaciones familiares, tenía acceso a los círculos aristocráticos, donde era bien vista, al parecer. Pero también, una y otra vez, se la podía

encontrar en lo que entonces se denominaba el *demimonde*, los puntos de encuentros de lesbianas de las metrópolis europeas, y en esos años tuvo numerosas relaciones. En general se encontraba con las mujeres en los baños termales o en reuniones e invitaciones privadas, y también la pensión de lujo Elvira en Munich, donde ella se hospedaba a menudo, debe haber sido un buen lugar para conocer gente. Allí se topó con una condesa francesa de la que supuestamente aprendió casi todo lo que se podía saber acerca del placer y la satisfacción entre mujeres.

Durante una estadía terapéutica en Partenkirchen tuvo la oportunidad de conocer a la señorita von Benke, cuatro años mayor que ella y, a sus ojos, una verdadera dama de mundo. Castaña, de ojos bellos, una figura esbelta, una voz armoniosa y una presencia segura e ingeniosa. Vivían en el mismo piso en el hotel y, por la noche, la señorita von Benke iba siempre a la habitación de Leonie. La relación duró, en parte en forma epistolar, un año.

Desde agosto de 1915 hasta marzo de 1916, Leonie volvió a hospedarse en la pensión Elvira en Munich, donde también vivía una princesa con su dama de honor. La madre de Leonie le prohibió el trato con la princesa, porque ella misma ya no era admitida en la corte. Pero esto no obstaculizó la incipiente relación amorosa con la mencionada dama de honor. A la baronesa le gustaba particularmente que esta dama fuera alta y esbelta, y tuviera interés por el deporte. En lugar de recibir visitas nocturnas, esta vez era Leonie la que iba a buscar a aquella dama en su habitación. El dolor por la separación después de esta aventura fue intenso, pero tuvo su fin con la mudanza de Leonie a Viena y a los brazos de Klara Waldmann.

#### LA BARONESA EN LA TRAMPA

El interrogatorio se está acercando a su fin, y Leonie comienza a respirar más aliviada. Esta primera toma de declaración parece haber salido bastante bien. Los dos funcionarios parecen haberse creído sus escuetas informaciones. Cuando está por irse, el gordo dice, casi al pasar, una frase más: “Señora Gessmann, ha llegado a nuestros oídos que usted, hace algún tiempo, realizó un tratamiento con arsénico. Lamentablemente, tenemos que detenerla.”

Mientras Leonie se encuentra con su abogado en el cuarto de interrogatorios y presta declaración, Sidonie está sentada, tensa, en uno de los bancos de madera, largos y duros, del pasillo. Luego le tocaría declarar también a ella.

Siempre vuelven a resonar pasos a través de las altas bóvedas y se pierden pronto en algún despacho o en uno de los infinitos pasillos. Cuando una vez esto último no sucede, Sidonie levanta la vista y no puede creer lo que ven sus ojos. Delante de ella se encuentra Albert Gessmann, que le besa presuroso la mano y ya se ha sentado a su lado. Inmediatamente, comienza una lamentación acerca de su pobre esposa.

¡Eso sí que llega demasiado lejos!

“Usted ha cometido un error garrafal. ¿Cómo pudo manifestar semejante acusación en su contra? –pregunta Sidonie, fuera de sí.”

Albert está extrañamente turbado: “Pst, pst, de eso ni hay que hablar.” Luego se comporta de manera muy amistosa con Sidonie y la invita a ir a su casa en la Sebastianplatz luego de su declaración. Allí –dice– podrían discutir todo con tranquilidad, y dirimir, tal vez, toda la cuestión. Él, al menos, ahora haría todo para disipar la sospecha de Leonie, afirma. Cuando Sidonie, fríamente, lo rechaza, se levanta en forma brusca, gruñe al partir “Sin embargo, ella lo hizo”, y deja atrás, consternada, a la amiga de su esposa.

Al poco tiempo se abren las puertas del cuarto de interrogatorios. Leonie sale pálida y atormentada, flanqueada por dos funcionarios. Sólo le permiten detenerse un momento frente a Sidi. Mientras el Dr. Klemperer distrae a los hombres, aparentemente arreglando lo venidero, Leonie susurra apurada algunas palabras.

“Sidi, ahora me llevan detenida y me van a transferir al juzgado regional, me llevan en forma preventiva. Te ruego que vayas rápido a la Sebastianplatz, tienes que estar allí antes de las seis porque van a hacer un allanamiento domiciliario, llévate mis cartas y todos los escritos que encuentres por ahí. Ya sabes, en mi *secrétaire* a la izquierda de la puerta, en el segundo cajón del medio. Por favor, tienes que agarrar todo lo de Carola, lo de Anita, todas las cartas de mujeres, todo lo que pudiera ser sospechoso.”

Después le estrecha, desesperada, las manos, y antes de que la amiga se pueda mover, los dos funcionarios la apartan y se la llevan detenida.

Sidonie, primero, queda en estado de shock, pero pronto recupera su mente lúcida. Tiene que llegar lo antes posible a la Sebastianplatz y ordenar los papeles de Leonie antes de que llegue la policía. Lamentablemente, no tiene las llaves del departamento de su amiga, pero algo ya se le va a ocurrir. Una vez en la puerta del departamento, el ama de llaves primero intenta impedirle la entrada, pero una pequeña suma de dinero y un par de palabras dolientes con voz apagada sobre la pobre señora de la casa, que necesita con urgencia algunas prendas

de vestir, le permiten ingresar a la habitación de Leonie. Allí caza un maletín de cuero, abre con violencia el cajón en cuestión del *secrétaire*, separa en el lapso de pocos minutos todo lo que de algún modo pudiera incriminarla y lo introduce en el maletín. Luego, lo antes posible, salir de ahí, con la cabeza erguida, pasar con aparentada seguridad delante del cancerbero de la casa, bajar corriendo las escaleras y, con un suspiro de alivio, salir a la calle.

Cuando los funcionarios llegan poco después de las dieciocho a la casa, encuentran cualquier cantidad de libros de literatura, paquetitos con simpáticas cartas familiares y una cajita con fotografías de la infancia. De medicamentos o insecticidas con contenido de arsénico no hay huellas en toda la casa.

A la familia de Sidi, por supuesto, no se le escapó el estado de nerviosismo por la detención de la baronesa Puttkamer. El padre está indignadísimo de que su hija haya recibido una citación a la comisaría y tenga que prestar declaración allí. A pesar de algunos llamados telefónicos no pudo impedirlo. Por eso vuelve a inculcarle a Sidi una y otra vez que responda sólo con “sí” o con “no” a todas las preguntas en la toma de declaración. Porque estaría en peligro su buena reputación, y cualquier descuido podría significar la exclusión de la sociedad.

Pero no estaba incluyendo en sus cálculos a su hija.

A la mañana siguiente, el 29 de marzo, después de la postergación de la tarde anterior, le toca el turno a Sidonie con su declaración. Ya le va a poner piedras en el camino a ese infame de Gessmann y, ojalá, va a liberar a Leonie de su humillante prisión preventiva, piensa. Y no se contiene en absoluto.

Intenta cubrir lo más posible a su amiga y ofrecer una pista a la policía. Su línea defensiva es evidente:

Conozco a mi amiga Leonie Gessmann desde hace aproximadamente siete años, y la conozco tanto que, en calidad de su única persona de confianza frente a la cual no tiene secretos, tengo la firme convicción de que esta mujer no es la autora del hecho; la considero completamente incapaz de llevar a cabo tal acción. Por el contrario, lo que me resultó un tanto sorprendente es el comportamiento del marido. Albert Gessmann hizo venir a un amigo para dar a conocer a su mujer, en presencia de este, el resultado del examen químico. En esa ocasión dio a entender –aunque no lo manifestó expresamente– su sospecha contra la esposa... También era muy sorprendente que

Gessmann, a causa de sus fuertes dolores, ordenara tomar dos muestras de café al profesor, tanto de la cafetera como de la taza, al igual que es muy difícil que alguien introduzca una cantidad tan escasa de veneno, sin llamar la atención, en un recipiente. Probablemente, uno pondrá demasiado, antes que demasiado poco.

Mi amiga me contó, y yo tengo que creer necesariamente a sus palabras, que Gessmann, luego de la nueva contracción de matrimonio, le contó que algunas personas lo habían advertido que ella trataría de quitarle la vida. A esto añadió el comentario: “Imagínate, si ahora realmente algo me sucediera, seguramente creerían que fuiste tú.”

Y ahora, es especialmente característico que ya el segundo día de convivencia tenga lugar este incidente. Sería demencial que la mujer, habiendo oído que la sospecha sólo se dirigiría a ella, llevara a cabo el hecho inmediatamente después.

Tengo la siguiente sospecha que tal vez no esté lo suficientemente probada: Albert Gessmann siente un gran apego amoroso hacia su mujer y la quiere atar a él sea como fuere. Una prueba de esto es que, durante el tiempo de separación, le pidió por segunda vez que regresara con él.

Él, que por su profesión de agricultor trata mucho con exámenes químicos, y seguramente conoce los efectos de los venenos, puede haber introducido esta pequeña cantidad de arsénico por sí mismo al recipiente. La sospecha se dirige a la esposa y él defenderá su inocencia con todos los medios, lo que también hizo públicamente. Pero, por otro lado, en forma privada alimenta frente a mí (pero también frente a otros conocidos) la sospecha contra la esposa, con la estricta instrucción de no decir nada al respecto. También le resultaba muy desagradable la denuncia del médico y, si hubiera sido posible, la querría dejar sin efecto.

Evidentemente, Gessmann pensaba que si defendía la inocencia de su mujer de tal manera que ella recuperara la libertad, ella le tendría el doble de afecto ya sólo por agradecimiento.

Leonie, entretanto, tiene mucho tiempo para pensar en su celda individual en el juzgado regional de Viena, conocido popularmente como la “casa gris”.

La última frase del funcionario del interrogatorio, su detención y los empujones y tirones que sufrió hasta llegar a la celda todavía los siente en los huesos. Al menos aquí está tranquila, y gracias a Dios está oscuro, para que todavía no tenga que ver toda la miseria del lugar.



Mañana y pasado mañana y todos esos días posteriores que seguramente la aguardarán con semejante denuncia, será tiempo suficiente para tener que observar las paredes manchadas, el catre estrecho y esa cosa que despierta repulsión detrás de la delgada cortina y que se supone es un toilette. Acomodó el único sillón vis-à-vis delante de la cama. Así, al menos, puede levantar sus pies.

Agotada, apoya la espalda, la cabeza se choca levemente contra la pared detrás de ella. Ahora sería lindo fumar, pero eso sólo está permitido durante la permanencia en el patio. Así que fija la mirada en la pequeña ventana enrejada o se queda con la mirada perdida en la oscuridad.

Cómo llegó a ese punto. ¡Una mujer de su posición social en la celda de una prisión! Con seguridad, eso es el fin definitivo aquí en Viena. Por otro lado, qué importa, al fin y al cabo, la moral, ella hace tiempo que no vive según las reglas estrictas de la "buena sociedad", y no fue realmente perjudicial para ella. Pese a todo, consiguió un marido que la adoró y la mantuvo. En el fondo, todos son mentirosos. Pero que con Gessmann las cosas iban a terminar así, eso sí que no se lo imaginó.

Porque, en realidad, el modo en que se conocieron ya había sido muy prometedor. Albert Gessmann le había llamado la atención al poco tiempo de llegar a Viena, cuando se cruzaban sus caminos en diversos bares y teatros de variedades, principalmente en el Tabarin, una y otra vez. Él era un hombre bastante apuesto, parecía unos años mayor que ella, con rasgos faciales expresivos, cabello algo raro, una nariz grande, debajo de la que había un sustancioso bigote, y una boca enérgica. Su trato encantador y hábil con la gente, principalmente con las numerosas y alternantes mujeres que lo rodeaban, atestiguaba su aplomo. Además parecía tener algo de dinero, que gastaba en los bares generosamente a diestro y siniestro. Eso le gustaba a ella. Pero recién pudo conocer personalmente a Gessmann por intermedio de la primera mujer de Albert, Paula, que a su vez había visto en lo de los Waldmann. Desde ese momento, él la cortejaba y se esmeraba por su atención. Le regalaba constantemente flores y otras pequeñas atenciones. A fines de 1919 le había escrito esa carta en la que le proponía una relación. ¿Sabía él lo que implicaba estar con ella, en lo referido a lo financiero?

Sea como fuere, prometió pagar todo lo que ella deseara y que, como es sabido, corresponde a una mujer de alcurnia. Y le pintó un panorama, con colores animados, de su generosidad: empezando con un bonito departamento, pasando por vestimenta de los mejores salones de moda hasta viajes y estadias lujosas en diversas ciudades y destinos

terapéuticos de Europa. Finalmente, hasta la invitó a cenar con él y su mujer Paula a la casa del matrimonio, en la Schleifmühlgasse, para discutir la cuestión.

Lo único que en aquel momento le resultó extraño era que justamente Paula intentara convencerla de aceptar la propuesta de Albert. ¿Qué motivaba a esa mujer, quería sacárselo de encima, era tan arduo estar con él que necesitaba un respiro? Leonie no encontraba respuesta, y como en esa época de todos modos no necesitaba hombres, volvió a alejar esos pensamientos molestos.

Ella seguía viviendo en lo del matrimonio Waldmann y estaba bien provista en todo sentido, a pesar de que Ernst Waldmann ya estaba bastante celoso y colérico y ella había comenzado a pensar la posibilidad de buscar otras ofertas lucrativas y mudarse de ahí. Pero, simultáneamente, tenía suficientes amantes que en principio ofrecían más que Albert. Por eso no existía necesidad alguna ni tampoco interés en ceder a su insistencia.

Pero Albert era perseverante y no aflojó en todo el año siguiente. En ese entonces, hasta julio de 1920, ella era la amante del conde de Apponyi, un hombre elegante y fino al que tenía en alta estima, pero que pronto, lamentablemente, no estaba más en condiciones de afrontar los gastos. Entonces fue mantenida por un industrial adinerado y reacio al contacto social, que nunca se mostraba con ella en público.

Bertschi –así comenzó a llamar de manera jocosa a Gessmann al poco tiempo– entretanto se había enamorado de ella y observaba sus aventuras con más ojos que Argos. Parece que era terriblemente celoso y podía ejercer mucha presión sobre ella. Ya entonces intentó explicarle que ella era su destino y que tenía que ir con él necesariamente. Eso no la impresionaba mucho, porque sabía por su larga experiencia que a los hombres hay que cocinarlos hasta ablandarlos: cuanto más la desean a una, más sube el precio. Ella era hermosa, noble y perversa: eso tiene un precio. De ahí que ella, impasible, lo hiciera esperar su decisión y utilizara el tiempo para averiguar algunas cosas sobre Albert, porque completamente sin conocimiento no quería ni siquiera comenzar a jugar con la idea.

Su enamorado Bertschi Gessmann era un pez gordo. Su padre, al fin y al cabo, había sido la mano derecha del burgomaestre Lueger, un dirigente cristiano-social y viejo clerical, que luego hasta llegó a convertirse en ministro de trabajo. Probablemente allanó algunos caminos para su hijos, porque este, después del estudio, ingresó al sector bancario y ya en 1911 era director del Bau-Kreditbank y estaba en el directorio de la Primera Institución Crediticia para Funcionarios de

Austria. Y esos cargos, seguramente, no los había obtenido únicamente gracias a su esmero.

Pero los bancos pronto lo aburrieron, y comenzó a escribir obras teatrales. Evidentemente, años más tarde esto seguía llenándolo de orgullo, porque, después de una de las cenas, le había hecho entrega con gesto adusto de un ejemplar autografiado de una de sus obras: *El pueblo extranjero*. Posteriormente, durante la lectura, apenas pudo contener la risa, cuando veía el lenguaje ampuloso y era instruida acerca de los nobles griegos y las fenicias corruptas. Pero tal vez sólo se debía a su desinterés por la literatura y su modo prusiano tan escueto que esa mamarrachada no le gustara en absoluto.

Luego, Albert aprovechó, evidentemente, su posición privilegiada para especulaciones inmobiliarias. Eso lo presentó bajo un aspecto poco favorable y arruinó la carrera de su padre. Porque Gessmann padre hubiera querido ser el sucesor del burgomaestre de Viena Karl Lueger, pero los negocios turbios de su hijo, así como su propia imagen como estratega partidario excéntrico, que no sabía cómo manejarse en público, arruinaron todo.

Y poco antes de conocerla, Albert había entrado en el sector agrario. Había fundado una compañía llamada ARA, que vendía artículos de necesidad para el sector agrario, luego se agregó la distribución de equipos industriales agrarios. Desde entonces estaba ubicado en una elegante oficina en el 1° distrito, en la Babenbergerstrasse. Y además tenía una casa de campo en Edlachcerca de Reichenau, desde donde emprendía su proyecto preferido, la construcción de un funicular hacia la montaña próxima a Viena, la Rax.

Un hombre semejante –pensó en aquel momento– tal vez no lo debiera descartar por completo.

En enero de 1921, Albert se divorció de Paula. Entonces parecía haber llegado el momento indicado para Leonie. En ese mismo mes, terminó su aventura con el industrial y comenzó una relación con Gessmann. Y pronto se mudó a la casa de este, en la Schleifmühlgasse, donde, sin embargo, no permanecieron mucho tiempo. Organizó un cambio de departamento, y en marzo de 1921 se mudaron juntos a la Sebastianplatz 7 en el 3° distrito. Paula había desaparecido de la faz de la tierra con una rapidez llamativa, y estaba viviendo, al parecer, en América del Sur. Los rumores de que Albert la había extorsionado y casi deportado haciendo uso de la fuerza no querían acallarse y también llegaron a los oídos de Leonie, pero no la preocuparon.

El 4 de febrero de 1922, después de un año de convivencia, se casaron. Ella tenía totalmente claro qué beneficio obtenía de él: el

casamiento con un burgués era una mera estrategia de supervivencia, el mismo motivo de siempre que la llevaba a juntarse con hombres. No estaba enamorada en lo más mínimo. Para Albert, aparentemente, las cosas eran diferentes. Porque él, efectivamente, la había convencido de contraer ese matrimonio y había intentado con todos los trucos posibles sacar ventaja por sobre el señor Fleischer, el industrial. Y lo otro que hablaba en su favor era su tolerancia para con las relaciones de ella con mujeres. Ya en el Tabarin le había ofrecido tener una relación con su cocota de entonces. De ahí que no tuviera nada que temer, salvo tal vez un marido en celo que a toda costa quisiera mirar de afuera.

Y, en los comienzos de su matrimonio, Albert todavía era muy amable con ella, siempre y cuando ella no lo contradijera. Aunque... en todo lo referido al placer sexual, no estaba nada bien de la cabeza. Su constante fanfarronada sobre todas las mujeres con las que supuestamente había tenido relaciones la aburría terriblemente. Y esa continua jactancia de lo magnífico que él había estado. Le encantaba describir esas cosas en detalle: no sólo las partes del cuerpo de sus diversas mujeres, sino también el modo en que había tenido trato carnal con ellas. Estaba particularmente orgulloso de ser conocido como el padre de las prostitutas de Viena, porque en realidad prefería –según sus dichos– a las prostitutas antes que a las mujeres decentes. Incluso las había contado, para documentar su inmenso éxito con las mujeres: Albert sostenía haber tenido relaciones con alrededor de dos mil mujeres desde que había cumplido los quince años.

Pero, paulatinamente, sus narraciones se volvían cada vez más cínicas. Eso la ponía frenética, además era realmente de muy mal gusto. Ya se trataba sólo de enfermedades de transmisión sexual como gonorrea y sífilis. Cuando había tenido un día muy malo, se pasaba totalmente de rosca y terminaba diciendo que todas las mujeres, con las que acababa de pavonearse, estaban totalmente perdidas y enfermas. Incluso las acusaba a ella y a su madre de tener enfermedades sexuales.

Por supuesto que ella no se lo dejaba pasar sin más, lo cual, a su vez, llevaba a violentos insultos por parte de él y siempre terminaba diciendo que ella lo había contagiado. Esa locura llegaba a tal punto que, incluso, cuando ella prendía un cigarrillo para él y se lo pasaba, por temor rompía la punta para protegerse de posibles transmisiones.

Lo peor para ella era el sótano fotográfico que él tuvo a comienzos de su tiempo en común, todavía en el departamento anterior en la Prinzenallee en el 2° distrito. Era, para él, todo su orgullo, pero, para

ella, era una instalación perversa, mejor dicho, lo que allí sucedía le parecía perverso. Efectivamente, había instalado con toda seriedad un estudio en el sótano de su casa, que incluso era utilizado por fotógrafos profesionales. Esperaban su turno para poder trabajar allí al menos una vez, porque tenía el equipo de luces más moderno de toda Viena, y que podía producir efectos especiales. Utilizaba el estudio para fotografiar, desnudas, a muchas de las mujeres con las que se acostaba... seguramente también durante el acto sexual. ¡Increíble, que necesitara esas pruebas sobre papel! Porque él se hacía absolutamente el serio y afirmaba que durante las tomas de los desnudos siempre se había comportado en forma muy discreta y había fotografiado las partes pudendas de las damas sólo disimuladas. Pero ella sabía lo que él tenía en el cajón. Dado que el rumor de su reputación como fotógrafo de desnudos comenzó a circular rápidamente, pronto vinieron tantas mujeres de afuera que fue demasiado para él y dejó por completo de sacar fotografías.

La vida sexual compartida era, en consonancia con esto, peculiar. El hecho de que ella no estuviera enamorada de él, por supuesto, no favorecía el tener relaciones con él. Y cada vez le daba más asco. Su cuerpo estaba lleno de impurezas de la piel, y le parecía que irradiaba un olor agrio. Por esa razón, iba muy a desgano a su habitación. Sin embargo, prefería llevar a cabo el coito en la habitación de él, porque de ninguna manera quería tener ese olor en sus propios aposentos. Pero como él vivía siempre atormentado por el temor a contraer reumatismo y resfríos, mantenía cerradas las ventanas, y el aire sofocante aportaba lo suyo para que todo eso no le gustara en absoluto. Ella tenía algo de rutina para hacer creer a los hombres lo excitante que le resultaba acostarse con ellos, pero con Albert eso era casi imposible.

¡Y las cosas que le pedía que hiciera!

Quería que se vistiera como una prostituta. Para eso le llevaba lo que se llamaba camiones diurnos, bien entallados, con unos moños ridículos bordados. Pero ella se negaba con firmeza a ponerse esas cosas. También respecto de las prácticas sexuales, Albert comenzó a venir con exigencias. Quería que hiciera *minette* –como se lo llamaba en aquella época en Viena en sus círculos–, que lo satisficiera oralmente. Si también se negaba a esto, él la golpeaba en las nalgas con un cinturón, un látigo o con la mano. Leonie toleraba esos golpes, incluso aceptaba que él la escupiera, porque era evidente que eso lo transportaba a un estado de extrema excitación. Pero que la atara al pie de la cama o que trajera hombres jóvenes a la casa para que ella realizara el coito con ellos ante la mirada de Albert, para que a conti-

nuación él penetrara en ella, eso era demasiado incluso para ella y la humillaba profundamente.

Cuando se acostaba con ella de la forma convencional, no lograba nada. Estaba tieso y tenía reuma, de modo que le tenía que ayudar a colocarse encima de ella. Ella no se tenía que mover, y después de los empujones fatigosos se caía como un tronco hacia el costado. Incluso en esos momentos no sentía que se ponía en ridículo levantando el preservativo –que, debido a su fobia a contagiarse, siempre utilizaba– para jactarse de la cantidad de esperma y demostrar así su potencia masculina.

Y también en la vida cotidiana, Albert desarrollaba ciertos rasgos que le resultaban siniestros. Una combinación de hábitos alimenticios extraños y paranoia no les hacía fácil la vida ni a ella ni al ama de llaves. Comía grandes cantidades de carne, como un animal depredador, y las devoraba a las apuradas. Cuando realizaba trabajo intelectual, prefería pan negro, a causa del contenido más elevado de fósforo. Y lo acompañaba de inmensas cantidades de café. Y toda la comida tenía que estar preparada en la casa, porque si venía de afuera recelaba que estuviera envenenada. En los tiempos en que todavía estaba con Paula, Leonie una vez había sido testigo de una ocasión en que esta le había regalado una torta de una confitería... y Albert creía, realmente, que estaba envenenada. Además creía que tenía que tener siempre a mano un revolver listo para ser disparado, porque los amantes de su primera mujer podrían tener la intención de asesinarlo.

De a poco, realmente se volvió insoportable. No es de sorprender que, ya luego de medio año de matrimonio, ella estuviera harta de él. Pese a la generosa garantía financiera que él significaba, su dinero ya no podía compensar su rechazo hacia él. Él no le movía un pelo, incluso peor, ella lo despreciaba. Su diferencia de clase social cada vez se le imponía más a ella, y en algún momento ya sólo le parecía repulsivo y se quería ir.

Ah, sí... también estaba, en esa época, Anita Berber, la famosa bailarina nudista con su cuerpo de ensueños que, con sus “Danzas del vicio, del espanto y del éxtasis” causó en media Europa un arrebató de entusiasmo y de rechazo.

¡Oh, Dios, hubiera sido mejor olvidarlo! Cuánto frenesí, cuánta locura y avidez que aquella desató en ella cuando, en el año 1922, durante el rodaje de una película en Viena, al fin la conoció. Esa mujer fue uno de los motivos decisivos por los que finalmente, a fines del verano de 1922, abandonó a Albert y viajó unos meses más tarde a Berlín, la célebre ciudad rosa, famosa por su mala reputación, para

sumergirse allí en el *demimonde*, el mundo de los bares femeninos, de las femmes y las garçonnnes y sus relaciones lesbianas.

El hecho de que después haya vuelto a liarse con Albert fue también una especie de locura de la cual hoy todavía se arrepiente hasta el flagelo. Debería haberse dado cuenta a tiempo. Pero ahora tiene que pagar por eso y tendrá que pensar alguna estrategia para salir de este agujero en el que la llevó su relación con Albert Gessmann.

### LA VISIÓN DE ALBERT GESSMANN

Albert Gessmann, en estos días, no descansa ni un momento. Por la mañana, llega antes que nunca a su oficina en la Babenbergerstrasse. Tal vez, más trabajo sea un buen recurso para distraerse. Pero cuando está sentado frente a su imponente escritorio de roble, ya un tanto *demodé*, con grifos tallados en las puntas, su mirada se aparta una y otra vez de las actas y se dirige hacia afuera, por encima de los dos grandes museos de la Ringstrasse y los antiguos edificios imperiales del antiguo palacio de Hofburg. Recién cuando divisa, a lo lejos, las colinas del Kahlenberg, sus ojos pueden descansar o perderse en el horizonte. Ahora menos que nunca tiene conciencia de tener delante de sí una de las más hermosas vistas de Viena.

Ya hizo su primera declaración en la comisaría, y también ahí, Sidonie Csillag se había entrometido y le había contado a la policía en detalle su conversación en el pasillo del juzgado regional. Además, era probable que lo hubiera inculcado fuertemente al sostener que él había puesto en escena toda la cuestión. Al menos, eso se deducía de las preguntas de los funcionarios del interrogatorio. Para que la sopa con la denuncia de tentativa de homicidio por envenenamiento contra Leonie no se volviera demasiado inconsistente, tuvo que cambiar la estrategia: les contó a los señores de la corte detalladamente acerca de las relaciones lesbianas de su mujer. Dos denuncias –tentativa de homicidio e impudicia– siempre es mejor que una, y harían caer a Leonie más rápidamente.

Sin embargo, esto no lo conforma, sino que lo hace atravesar sus días tenso y sin descanso. Por la noche, el desasosiego es peor. No soporta estar solo en ese gran departamento vacío, así que nuevamente se dirige a los establecimientos que le son familiares. Principalmente el bar Femina y el Tabarin, con las hermosas mujeres jóvenes que lo conocen tan bien, lo saludan con fervor y le prestan un oído –y no sólo eso–, se convierten en un segundo hogar en esos tiempos. Pero los

pensamientos que lo atormentan, el constante pro y contra, y la furia y el desconcierto no lo abandonan tampoco en esas horas.

Nunca hubiera pensado que Leonie actuaría de forma tan enérgica, abandonándolo en un lapso de horas e incluso consiguiendo la protección de un abogado. Seguro que se trataba de esa miserable Csillag, que ya hace años apoyaba con palabras y acciones a su mujer y siempre lo miraba con algo de desconfianza y frialdad. Ella lo rechaza, eso lo siente, y sabe que también en el futuro tendrá que cuidarse de ella. Con ella en un segundo plano no será fácil dar una lección a Leonie y, así y todo, recuperarla.

En esas noches, Albert siempre intenta explicarse a sí mismo por qué está tan entregado a la baronesa. Más que a todas las otras mujeres con las que tuvo que ver durante su vida entera. También Paula, su primera esposa, le gustaba mucho, pero nunca había alcanzado la categoría y el encanto de una Leonie Puttkamer. Con Paula, después de un tiempo se había vuelto aburrido. Él se había casado con ella porque a las dos familias les parecía bien, pero ella nunca había logrado excitarlo sexualmente.

¡En cambio, Leonie! Es de una belleza y elegancia que, aún hoy, después de todos esos años fatigosos con ella, su mera presencia lo hace temblar. La amó tanto, no, en realidad la sigue amando. Y ha hecho todo por ella, tal como sabía hacerlo. Su origen aristocrático siempre le resultó muy imponente. Para un hombre de su posición, esto era de una importancia extrema. Con ella podía presentarse en público, la mostraba con orgullo, y todos sus socios de negocios y amigos políticos se quedaban boquiabiertos de envidia. Con su frescura y su perfecto comportamiento, que sabía utilizar cuando así lo deseaba, hacía sombra a todos los demás. Realmente era muy distinta a sus conocidas de los bares. Esas mujeres incontables, de las que ya ni se puede acordar.

El hecho de que, a pesar de esto, la haya conocido en un bar –y las circunstancias en las que esto sucedió– significaba, por eso, un encanto muy especial. Los hombres alternantes con los que aparecía allí le permitían deducir que, en cuestiones amorosas, era bastante liberal. Era evidente que tenía precio. Y también su sonrisa lasciva y su claro coqueteo eran pruebas en este sentido. Eso lo excitaba. Pronto perdió el control sobre sus fantasías, y eso lo disfrutaba aún más. Era tan lindo volver a soñar, soñar con conquistar y con tener éxito.

Porque cuanto más envejecía Albert Gessmann, cuanto más empeoraba su estado de salud, tanto más ansiaba –de un modo casi insaciable– la excitación. Y la baronesa y aquello que entretanto había



logrado saber de ella prometían precisamente esa excitación. Tenía que poseer a esa mujer, al precio que fuera.

Y esto no le parecía demasiado difícil. Al fin y al cabo, él era un hombre elegante, de gran renombre e igual protección en los círculos más altos, además tenía dinero, propiedades y llevaba una vida llena de lujos... y eso era, a su entender, lo que importaba a las mujeres y por lo que lo admiraban en todos lados.

Eso se lo hizo saber a Leonie. Y tampoco ahorró en referencias a sus experiencias sexuales. Porque había tenido infinitas mujeres y estaba ávido por volver a demostrarse a sí mismo una y otra vez que era bueno, el mejor en toda Viena. Leonie se convertiría en su obra maestra.

Y después de muchos meses, al fin, la tenía. De Paula se deshizo a tiempo. El hecho de que lo hubiera acelerado con una denuncia por acoso a un menor, seguramente no había sido de lo más noble. Pero al menos, ella había desaparecido lo más rápido posible en América del Sur, donde estaba su hermana. Al último amante de Leonie, simplemente lo había aventajado, con regalos, celos, presión y más regalos. En aquella época había gastado demasiado dinero y además había escrito demasiadas cartas y finalmente la convenció de contraer matrimonio con él.

Durante las primeras semanas, realmente fue feliz, por primera vez después de tanto tiempo. La atiborraba de atenciones, salían con frecuencia, casi todas las noches, a cenar en un lugar caro y luego a uno de los muchos bares que ambos conocían y apreciaban hacía tiempo. Y, ante todo, el amor con ella lo embriagaba. Se sentía potente como hacía años que no le sucedía, y podía dar rienda suelta a su imaginación. Leonie no era quisquillosa y parecía conocer todo lo que les gustaba a los hombres como él. Él le había propuesto cosas que lo excitaban mucho y no había sido rechazado. Le encantaba hacer *minette* con ella, y también los juegos en los que se imaginaba a su mujer de la nobleza como una prostituta y le ponía dinero en la mano eran satisfactorios en extremo. Un par de veces, incluso, había hecho venir unas cocotas del bar Femina –las prefería pechugonas– y había realizado con ellas sus juegos sexuales delante de Leonie. El hecho de que ella mirara tranquila y se lo permitiera le hacía perder la cabeza y lo hacía sentir libre. Ya nadie podía restringirlo, podía hacer todo, podía poseer a todas. Era un hombre deseado en la cúspide de su poder.

A modo de compensación, estaba claro que tenía que tener cierta tolerancia para con las inclinaciones lesbianas de ella. Porque desde un comienzo supo en qué se estaba metiendo, pero eso no tenía que significar problema alguno. Conocía suficientes mujeres así, y todas

ellas eran buenas acompañantes de sus cónyuges. Además, lo excitaba imaginarse a Leonie en los brazos de una mujer, pese a que ella siempre prohibió que él mirara cuando ella tenía aventuras de este tipo.

Pero alguna cosa faltaba. Había como una pared de vidrio entre ellos, que cercaba a Leonie cada vez más. Muchas veces estaba desconcentrada en la conversación y ni siquiera lo escuchaba, sino que parecía estar cavilando, ensimismada. Cuando hablaba con él, era parca de palabras, y muchas veces arrogante y despectiva. Él se había sentido muy pequeño en esas oportunidades. Porque ella sabía bien cómo hacer para hacerle sentir que no era nada especial, un pequeño burgués, que pese a su mucho dinero nunca tendría la personalidad y el buen gusto para ofrecerle una vida adecuada. ¡Y eso después de todos sus esfuerzos y las sumas inmensas que le había costado! Ella, simplemente, no quería entender que él la amaba. Él había poseído cientos de veces su cuerpo, pero evidentemente nunca había trascendido hasta su alma.

Además, con el transcurso de la convivencia tuvo que tomar nota de que el interés de ella por las mujeres iba mucho más lejos de lo que él jamás había supuesto. Se daba cuenta de que no era sólo lo físico lo que la estimulaba, sino que todos sus sentimientos se dirigían a mujeres. Sentimientos que ella nunca le había dado a él. Y ese dolor estaba muy asentado en su interior.

Entonces sí intentó ponerle trabas y prohibió a Leonie mostrarse en público con mujeres. ¡Pero quién puede impedir a un pájaro volar! Leonie, por supuesto, no se atuvo a la prohibición. Al contrario: le causaba un placer inmenso llevar a pasear a diversas damas durante el día en el auto de él y visitar con ellas todo tipo de lugares de entretenimiento. Y así hacerlo quedar como cornudo en público. Seguro que entonces todos creían que el señor presidente no podía satisfacer a su esposa y por eso ella se trataba con mujeres. ¡Qué humillación para él!

Y después comenzó toda esa locura con la bailarina nudista Anita Berber. Él nunca había visto a Leonie tan excitada. Después de haber visto la foto de la Berber en diversas revistas, ella le había insistido durante meses con el pedido de que le consiguiera, a esta sifilítica morfinómana un show en el Tabarin... y él, para colmo, había sido tan idiota de, efectivamente, intentarlo. Gracias a Dios, no había resultado.

Pero después, la Berber, fue de todos modos a Viena, para rodar una película, y él ya no veía más a Leonie o sólo muy tarde, por la noche, en estado de ebriedad, con la Berber semidesnuda sobre el regazo y el anuncio de que ahora se acostarían juntas.

Ella estaba como si hubiera perdido la razón y, una noche, le lanzó en la cara –después de haber cenado juntos en el Sacher y allí haber coqueteado con un desconocido, poniéndolo otra vez en ridículo– que le resultaba repulsivo, que se metiera su dinero en el culo y que no quería volver a verlo nunca más. Entonces, él le quiso pegar, a lo que ella reaccionó amenazándolo con su propio revolver.

Al día siguiente, se había ido. Y después se separó de él y desapareció con otra cocota del entorno de la Berber en Berlín. Ni siquiera su dinero pudo hacer algo, porque ella empeñó todos sus muebles y objetos de plata así como joyas que él le había regalado y de ese modo se volvió independiente y no extorsionable. Con la suma increíble de mil millones de coronas se marchó. El divorcio se consumó en agosto de 1922 y él volvía a estar solo.

Todavía hoy, cuando piensa en esto, lo asalta la ira, el pudor y la repulsión. Y lo que lo avergüenza aún más es que, pese a todo esto, no se la puede quitar de la cabeza. Pronto volvió el anhelo y se sintió solo y envejecido. Así que se puso a escribir cartas a Berlín, intentó utilizar mediadoras para, cuando Leonie pasaba rápidamente por Viena, poder tener una conversación con ella.

Finalmente, en marzo de 1923 había llegado tan lejos que ella se declaró dispuesta a regresar a Viena, con la condición de que él nunca más la hiciera espiar por detectives, le pusiera a disposición suficiente dinero y ella pudiera emprender un viaje cuando quisiera, para tener algo de paz.

De la carta que finalmente encarriló todo sigue teniendo una copia en el cajón, y la vuelve a sacar una y otra vez en estos primeros días de la denuncia:

Yo, que soy cortejado y deseado por tantas mujeres, ¡tengo que tener afición justo por aquella mujer que no me puede ni ver! ¡Y para eso debo trabajar, para eso debo mantener a esta mujer!

No, Leonie, no puedes pensar de ese modo al respecto, y aunque alguna vez hayas pensado así, fueron sólo unas horas de desvarío que, una vez pasadas, hicieron lugar a sentimientos mejores y más racionales para conmigo. ¿No es cierto? Pero, dime: ¿cómo te imaginarías, en lo que respecta a lo financiero, que yo, alejado de ti, pueda asegurar constantemente tu futuro? Eres una mujer mal-acostumbrada, de modales elegantes. Y mantenerte significa también procurar por la señora Carola. De modo que, si no quieres estar escasa de dinero, yo tendría que proveer mucho, para que

también alcance para la señora Carola. Porque todo lo que yo enviara tú lo compartirías con ella.

Pero si estás lejos de mí, con toda seguridad no tendré gastos insignificantes por otras mujeres. Porque tu ausencia me volverá muy infeliz, pero no impotente. Cuanto más infeliz me siento, con mayor frenesí me acuesto con otras mujeres. Esa experiencia triste la hice, lamentablemente, el año pasado. Las mujeres que me suelen gustar, sin embargo, cuestan un dineral.

Sobre todo, la constante mensualidad con ellas... ¿Pero de dónde habría de sacar tanto dinero, para llevar la vida de un derrochador, vida que me impones muy contra mi voluntad, y a la vez mantenerte a ti –y contigo también a Carola– tal como corresponde a tu posición social? Leonie, tú sabes que tengo ingresos relativamente altos. Pero también estos tienen sus límites inamovibles. Alcanzaría –y hoy en día eso ya es mucho decir– para rodearte a ti, en tanto mi esposa, con todas las comodidades de la vida. Y, a la par, Carola, en tanto tu amiga, con certeza no sacaría poca ventaja de esta situación. Como obligación a modo de contraprestación, tu tarea sería hacerme feliz y así mantenerme con ganas de seguir trabajando.

¡Ojalá sea así! ¡Ojalá, nosotros dos, después de tantos rodeos de la vida al fin podamos descansar llegando a un acuerdo feliz! ¡Ya no nos queda mucho tiempo! Tú y yo estamos en una edad en la que los saltos frenéticos deberían tener un fin. Si no pasamos los próximos años –y podrían ser los más hermosos y mejores de nuestra vida– juntos, con sentido común y cariñosa amistad, nuestra vida se habrá echado a perder para siempre! ¡Sería una pena, por ti y por mí!

Quedando a la temerosa expectativa de tu carta, con nostalgia y amor

Tu Bertschi

En aquel entonces, Leonie fue a Viena con su nueva amiga Carola Horn. La estadía no duró mucho, por cierto, porque Albert se enamoró inmediatamente de la amiga de Leonie y le hizo propuestas evidentes, lo que volvió insoportable la situación para las dos mujeres. Carola se marchó a las dos semanas, Leonie, en total, se quedó seis semanas, luego volvió a Berlín y en otoño de 1923 se mudó con Carola a Munich.

Albert siguió escribiendo cartas reconciliadoras, enamoradas o suplicantes, pero pasaría casi un año entero antes de volver a lograr

un encuentro con Leonie. Este tuvo lugar, finalmente, en enero de 1924 en Salzburgo. Allí Albert le confesó que, efectivamente, el año anterior se había enamorado de Carola, pero que esta lo había rechazado. En ese encuentro, Albert acordó con Leonie que ella regresaría con él a Viena. También le propuso contraer nuevamente matrimonio. La oferta financiera, acerca de la cual no tenemos datos, tiene que haber sido tan tentadora que Leonie, simplemente, no podía rechazarla.

En marzo, entonces, Albert fue a Munich y la pasó a recoger. En esa oportunidad invitó a Carola a ir a Viena cuatro semanas después, porque también podrían llevar una bonita vida de a tres. Carola rechazó el ofrecimiento y dijo que recién iría pasado medio año, cuando la relación entre Albert y Leonie estuviera asentada. El nuevo casamiento en Viena fue, después, cuestión de pocas horas, y un recomienzo parecía posible.

El 19 de marzo, el día en que Leonie supuestamente puso arsénico en la taza de café de Albert, Leonie habría estado excesivamente irritable. Durante la representación en el Ronacher, Albert dijo que ella había sufrido repetidas veces de escalofríos, cosa que –según sus dichos– solía sucederle cuando su odio contra los hombres se potenciaba a niveles mayores que los usuales. Todo lo demás es conocido.

## LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

Las declaraciones del 28 y 29 de marzo de 1924 de Leonie y Albert Gessmann, así como las de Sidonie Csillag, son presentadas a la fiscalía de Viena I, y el mismo día, esta formula la denuncia fiscal contra Leonie Gessmann-Puttkamer. Se la acusa del delito de tentativa de homicidio por envenenamiento contra el cónyuge. Pero no satisfecha con esto, la fiscalía, además, ordena lo siguiente:

- 1- La acusada debe ser interrogada acerca del modo, el momento y también el lugar en que tuvo relaciones sexuales con Anita Berber, Carola Horn, Bebi Becker, Susanne Wanowski y Gisela Spira (y además, de qué manera en cada uno de los casos).
- 2- Resolución del pedido de excarcelación (250.000.000 coronas de fianza).
- 3- Tratamiento psiquiátrico para Leonie Gessmann.
- 4- Tomar declaración a Anita Berber y Susanne Wanowski según 38/3 del Código Procesal Penal y/o establecer datos genera-

les de su actual paradero. También deben verificarse las identidades de Bebi Becker y de Carola Horn, que aparentemente sólo habría tenido relaciones sexuales con la Gessmann en Berlín.

De modo que la fiscalía tiene mucho que hacer para reunir el material necesario y trata, en primer lugar, de hacerse una imagen más clara de la situación confusa y extremadamente contradictoria, mediante el interrogatorio de las empleadas domésticas en casa de los Gessmann.

Comienzan interrogando a la actual ama de llaves, Franziska Waschke. Esta no se muestra muy locuaz y da una información más bien escueta:

Dice que, como había comenzado a trabajar en enero de 1924 en casa de Gessmann, no podía contar mucho. Cuando comenzó su servicio, vivía una señora Elfriede Hörmann en lo del señor Gessmann. Pero, a pedido del señor Gessmann, se fue de la casa y abandonó Viena para irse a Berlín, antes de que la señora regresara a Viena. La noche del 26 de marzo, —cuenta— el señor Gessmann, contra su costumbre, había estado más locuaz y tarde a la noche, cuando le llevó el café a la biblioteca, le contó que ya antes de navidad había sido advertido respecto de Leonie. Dijo que había llegado a sus oídos que esta pretendía asesinarlo en forma progresiva. También le contó algunas cosas sobre una tal Carola Horn, que esperaba, según él, en Munich la noticia de su muerte.

Para mayor información, el ama de llaves recomienda al comisario ponerse en contacto con su antecesora en el cargo, una cierta Bertha Schramböck, que, a su entender, en ese momento vivía en el hotel Auge Gottes.

Ese mismo día, la policía va a buscar a Bertha Schramböck. Como había trabajado un par de años para Albert Gessmann, podía describir con lujo de detalle la situación en la casa y el trato recíproco de los cónyuges.

Había ingresado al servicio de Gessmann en noviembre de 1919 como mucama y había trabajado allí hasta mitad de enero de 1924. Inmediatamente después del primer casamiento, en 1922, Bertha Schramböck recuerda que ya venían amigas de la baronesa al departamento. Dice que se acuerda muy bien, aunque no con mucha alegría, de Anita Berber y una tal Bebi Becker. De otras amigas,

como por ejemplo Klara Waldmann o una cierta Susi Wanowski, sólo dice haber oído hablar varias veces, pero no haberlas visto en el departamento.

El señor Gessmann solía pasar el fin de semana en su finca en Reichenau, mientras Leonie Puttkamer prefería quedarse en Viena. Entonces –cuenta– esta invitaba con frecuencia a sus amigas que pasaban la noche con ella. Agrega que Albert Gessmann era muy desconfiado y solía regresar sorprendentemente de Reichenau. Y que la señora baronesa intentaba borrar las huellas de estas visitas, pero con ayuda de detectives privados el señor averiguaba rápidamente quién había pasado la noche con su esposa. Por supuesto que siempre se peleaban a causa de estas amigas, y los cónyuges se trataban de forma bastante grosera. Cuenta que la baronesa, a menudo, se volvía muy ordinaria y nunca quería prestar atención a todos los argumentos apaciguadores de su parte, de Bertha.

Decía que lo odiaba, que no era sino un cretino, un perro roñoso, en el mejor de los casos: un esqueleto. En otra ocasión le explicó al ama de llaves que tenía el plan de arruinar a su marido y agregó: “A los hombres, hay que explotarlos a todos. Sólo para las mujeres tengo un corazón, para esas prostitutas daría mi última camisa.”

Además, Bertha se había enterado unos meses más tarde por parte de la acompañante Gisa Spira que la señora baronesa había manifestado una vez lo siguiente: “Gessmann primero tiene que hacer su testamento, y después lo voy a envenenar de a poquito.”

Bertha está convencida de que la baronesa sólo se casó con Albert Gessmann por su riqueza, para poder entregarse tranquilamente a sus inclinaciones perversas. Sea como fuera, ella se había puesto contenta cuando la baronesa abandonó la casa. Cuando se enteró de que la Puttkamer regresaría, renunció, dijo.

También otra mujer, Gisela Spira, acompañante de la actriz de varieté Bebi Becker, que en 1921 fue brevemente una de las amantes de Leonie Puttkamer, es interrogada en detalle.

Las declaraciones cada vez se vuelven más desenfundadas y extravagantes y le otorgan al proceso y a todos los siguientes interrogatorios a Leonie un claro giro en dirección a una denuncia por “impudicia contraria a la naturaleza”.

Así que los temores de Leonie se han vuelto realidad. No sólo es acusada porque supuestamente quiso envenenar a Albert Gessmann,

sino –y esto le resulta casi imposible de desmentir– porque practicó relaciones lesbianas.

Una nueva ronda de pesquisas se inicia de este modo, y también las dos partes litigantes y los abogados de estas mantienen al trote a las autoridades. Presentación tras presentación, principalmente del abogado de Gessmann, el Dr. Khittl, ingresa en la oficina de investigaciones. La tuerca de las acusaciones y de la absurdidad de estas da otra vuelta.

En este proceso, Gessmann lo intenta demostrar la demencia, inestabilidad y adicción de su esposa:

Pese a su réplica de que ella no es ni morfinómana ni cocainómana, he sido convencido por muchas personas de que ella, de hecho, lo es. Ya hace muchos años, su padre hizo examinar su estado mental, porque su comportamiento de entonces produjo la sospecha de una perturbación mental. Mi esposa también tiene una predisposición a la homosexualidad y siente a veces tanto anhelo por una mujer amada que desata un gran odio y repulsión hacia el hombre... Debido a que antes de nuestro segundo casamiento yo quise que mi mujer no regresara conmigo junto con Carola Horn, sino ella sola, esta se sintió impelida, a causa de su estado mental incurable y su demencial manía amorosa hacia Carola Horn, a tenerme tanto odio que recayó en la idea fija de sólo regresar conmigo para, una vez que yo hubiera muerto, acceder lo más rápidamente posible a la posesión de grandes sumas de dinero, con las que poder continuar su vida con Carola Horn de modo lujurioso.

Incluso la lectura de Leonie se trae a colación como prueba:

En aquella época, yo realmente le temía, ya que la novela de Theodora [Gessmann se refiere a *El palacio sagrado* de Alma Johanna Koenig] de la editorial Rikohaverlag era su biblia; en especial le gustaba leer aquellos pasajes en los que Theodora asesinaba a los hombres que había utilizado para su placer.

Leonie Puttkamer, en cambio, sabe muy bien con qué acusaciones puede herir a su marido de la mejor manera, y lo describe como impotente y perverso:

Sufre de dolores reumáticos, no se puede levantar solo, no puede agacharse, ni higienizarse, ni ponerse los zapatos. Esto se



pone en evidencia durante el coito, del modo ya mencionado: tiene que endurecer su miembro mediante manipulación onanística previa, este vuelve a venirse abajo nuevamente en la vagina y él tiene que empujarlo con los dedos... Poco después de nuestro casamiento me exigió tener una vez al mes una mujer distinta, porque sólo eso haría perfecta la felicidad de un matrimonio. Efectivamente, él se buscaba una “prostituta de burdel” –así se expresaba él–, con la que hacía *minette*, luego jugueteaba con sus partes pudendas en sus pechos, entre los cuales finalmente se masturbaba. Después de este tipo de escenas, estas mujeres tenían que dirigirse a mí, besar-me las manos y pedirme disculpas... Luego se acercaba a mí, de rodillas, con las manos en alto, y me pedía disculpas. Mientras esto, que me resultaba repulsivo, transcurría, yo me quedaba sentada en el *fauteuil*, fumando. Él exclamaba, de rodillas: “¡Mujercita, no te enfades! Te pido disculpas.”

Albert Gessmann no puede dejar pasar esto y contraataca, entre otras cosas, con la afirmación de que Leonie lo quería obligar a realizar actividades sádicas:

La simpatía que me tenía se expresaba en el hecho de que no sólo me permitía, sino que prácticamente ansiaba que yo tuviera relaciones sexuales con una mujer que a ella misma le gustara ... es cierto que hace dos años fornicué aproximadamente cinco veces con otras mujeres en presencia de mi esposa; por supuesto siempre se me concedía una mujer desconocida. A mi esposa esto le causaba un gran placer ...

Sin embargo, una actividad sádica, expresada en golpes, exige simultáneamente una utilización de la musculatura del brazo y de los órganos sexuales, lo cual ya me produce demasiada pereza ... por mi actividad sádica demasiado escasa me reprochaba, y varias veces me dijo ... que yo era una especie de embaucador sexual y que debería darme vergüenza ser tan poco perverso. Lo que la enfadaba especialmente y repetidas veces era que no cumplía su deseo de zamarrearla antes del acto sexual por la habitación tirándola de los pelos y pisarla con mis pies y después hacer el amor en el suelo.

Y lo que no puede dejar sin desmentir es la acusación de Leonie de que a él también le gustaba acostarse con mujeres de color. Su declaración al respecto muestra qué clase de hombre es:

Mi gusto está dirigido en particular sólo a mujeres de alto nivel intelectual de las naciones civilizadas de Europa, y el cabello negro, los ojos negros y la tonalidad de piel amarilla hasta me resultan absolutamente antipáticos. Mi deseo sexual está más bien dirigido a una procreación inherente a la raza, de modo que lo que más me atrae son mujeres rubias o de cabello castaño, con ojos azules o grises y piel rosada. A las negras, o incluso también a las mulatas y criollas, no las tolero en mi entorno, ni siquiera en el trato más inocuo.

En este tono prosigue, con una pléthora de inmensas presentaciones, continuamente casi hasta el final de los interrogatorios. Pero, por cierto, el 5 de abril de 1924, aparece el informe del médico forense sobre las muestras de café y dice que la cantidad de arsénico en la taza y la cafetera nunca jamás hubiera alcanzado para provocar sensaciones de malestar y enfermedad. Además –decía– el lapso transcurrido entre la ingestión del café y la aparición de los síntomas era demasiado corto para una intoxicación con arsénico.

Esto libera a Leonie al menos de la denuncia de homicidio, y a las acusaciones de Albert en ese sentido se les ha quitado el sustento. Ella, inmediatamente, peticiona su excarcelación, pero en un primer momento no se le concede.

Pero el § 129 b –impudicia contraria a la naturaleza– pende, todavía, amenazador sobre la baronesa. Así que el divino de Bertschi concentra en este ámbito todos sus esfuerzos para hacer caer a Leonie. Pero antes, por cierto, realiza una jugada hábil para volver a tener en sus manos a su esposa y conservarla en dependencia de él: el 8 de abril de 1924, desembolsa la fianza de 250 millones de coronas, a lo cual, el juzgado regional en lo penal libera a Leonie. Pero su libertad no dura mucho, porque Albert la interna en el sanatorio Löwy en Sulz-Stangau en los bosques de Viena e intenta hacerla tratar psiquiátricamente y de someterla a tutela... por supuesto a la de él.

Leonie Puttkamer no puede negarse, ya que no tiene recursos y así es dependiente de su esposo, además quedan pendientes dos exámenes por parte del psiquiatra forense. Así que otra vez está presa.

A esto se agrega que Albert se vuelve extremadamente ofensivo contra el abogado de Leonie. Su evidente estrategia es sustraerle apoyo legal y la posibilidad de defenderse. Intenta convencerla, y luego extorsionarla, para que cambie a su representante legal, porque este la habría conducido a toda esa miseria. Al abogado Klemperer le escribe cartas severas y amenazadoras y, finalmente, lo denuncia el

25 de mayo por extralimitación del mandato e influencia sobre la mandante en el colegio profesional.

Y frente a las autoridades del interrogatorio, Albert Gessmann apuesta todo a la acción del § 129 b. Su última carta es, además, la historia de Anita Berber, y esa la saca a relucir con lujo de detalles en las siguientes semanas.

## Capítulo IV

### *Danzas del vicio, del espanto y del éxtasis*

Ya en 1921, Leonie Puttkamer comenzó a hacer desaforados esfuerzos por conocer en persona a la famosa Anita Berber. En diarios y revistas, había leído varias noticias sobre las representaciones, envueltas en escándalos, de la bailarina, y había visto fotos que mostraban a una mujer pequeña con un cuerpo bonito que –vestida con ropa estrambótica o incluso desprovista de ella, en poses inusuales y con ojos, contorneados en negro, de expresión lasciva en un rostro con la palidez propia de un cadáver– clavaba la mirada en el lector. Y desde entonces, la baronesa no se la pudo sacar de la cabeza. Enviaba sin cesar cartas y telegramas a la dirección berlinesa de la excitante bailarina nudista.

Pero Leonie nunca recibió respuesta a todas estas cartas. Probablemente, Anita Berber ni siquiera las había llegado a ver, porque naufragaban ante el obstáculo que representaba una celosa secretaria privada que también hacía las veces de amante.

En el verano de 1921, Albert y Leonie fueron a realizar tratamientos curativos a Gastein. Allí, Leonie se enteró en forma casual, por un huésped, que Anita Berber se encontraba con su compañera de vida, Susi Wanowski, en el destino de tratamiento terapéutico de Karlsbad. Ahora nada podía detenerla, y Leonie asediaba a Albert rogándole que abandonaran esa horrible localidad terapéutica y se mudaran al maravilloso Karlsbad, para realizar allí un tratamiento posterapéutico... pedido que aquel, a conciencia cierta, no concedió. De modo que tuvo que cambiar de estrategia y proponerle a su marido viajar por el lapso de unas semanas a Berlín. Porque allí –le dijo– él podría ocuparse de cultivar sus contactos laborales. Sostuvo que, como él estaba vinculado a través de la Cámara agrícola de Austria con el Sindicato de la Potasa del Reich alemán, cuyo jefe había estado tantas veces en Viena, significaría una falta de tacto que Albert nunca le retribuyera la visi-

ta. Ella, mientras tanto, averiguaría cómo estaban las cosas en Berlín luego de las transformaciones políticas y económicas.

Pero Albert estaba sobre aviso. El entusiasmo de su mujer, que ya duraba meses y cada vez se intensificaba más, lo ponía celoso, de modo que – pese a que sin lugar a dudas debería haber cumplido con algunas citas de negocios en Berlín– puso el veto también a este viaje.

A Leonie le pareció que esto iba demasiado lejos, y finalmente decidió irse sola a Berlín. Había dejado de hablar con Albert sobre Anita Berber y, en su lugar, alegaba que quería ver con sus propios ojos el impacto que tenía la inflación sobre la vida en Berlín. Dijo que había leído que ahora iba gente de todos los rincones del mundo a Berlín para sacar provecho de las vastas transformaciones sociales. Y sostenía que el encuentro de tantas personas diferentes sólo podía significar una cosa: una vida alocada y excitante de día y de noche.

Albert, en un primer momento, se quedó desarmado. Sus múltiples intentos de meterle miedo con imágenes siniestras de traficantes y ladrones, en cuyas manos podía caer en Berlín, no rendían fruto alguno.

Pero luego se le ocurrió la idea salvadora de que debería ser posible traer a Anita Berber a Viena. Seguramente, uno de los muchos teatros de variedades la contrataría para una velada de danza. Creía que, si todo sucedía en el ámbito local, podría controlar mejor a su mujer. Cediendo a la insistencia de Leonie, Albert consultó al director del Tabarin, para ver si no podía contratar a la Berber, y este incluso envió una oferta a Berlín, pero que fue rechazada porque la señora Berber ya tenía demasiados compromisos.

Así que, otra vez, nada.

Pero luego, al fin, en junio de 1922, llegó el momento. Anita Berber viajó a Viena por una participación en la película muda *Las tres Marías y el señor de Marana*, y Leonie removió cielo y tierra para al fin poder conocerla personalmente. Dedujo, acertadamente, que la bailarina estaría alojada cerca del estudio de filmación, llamó por teléfono a un par de hoteles y dio en el clavo en el Parkhotel en el suburbio de Hietzing. Porque participar de una filmación en Viena significaba trabajar en los estudios de filmación en el Rosenhügel. Y el Parkhotel, ubicado junto al castillo de Schönbrunn, ofrecía dos ventajas a la vez: era un hospedaje elegante y confortable y no quedaba lejos de los estudios.

Anita Berber, sin embargo, llegó acompañada de su amiga de años, Susi Wanowski, que también hacía las veces de representante, secretaria privada y guardaespaldas e intentaba, de manera nada desintere-

sada, mantener alejados de su compañera a los numerosos admiradoras y admiradores. De ahí que no fuera para nada sorprendente que esta mujer algo áspera diera a entender a Leonie, en sus múltiples llamados telefónicos, que Anita no tenía nada de tiempo para conocerla ni tampoco ningún interés.



Anita Berber en 1922

Pero Leonie no dejaba que alguien se la quitara de encima tan fácilmente. Siempre volvía a encontrar una oportunidad para viajar a Hietzing y buscar allí a Anita Berber en los diversos cafés y bares. Hasta incluyó a su esposo Albert en la búsqueda y, una noche, su paciencia fue recompensada en el bar del Parkhotel. Con movimientos elegantes y ondulantes, y vestimenta de iguales características que hacía resaltar su cuerpo perfecto del modo más ventajoso, Anita Berber entró en escena —la seguía la campechana de Susi Wanowski, que desempeñaba el papel masculino— y se abrió paso, consciente de tener sobre sí todas las miradas del local, hasta el mostrador de mármol, para pedir un potente trago largo. Pese al alboroto, Leonie supo atraer la mirada de Anita y pronto le dio a entender con un gesto de sus ojos que la siguiera a la antesala, donde las dos, en un instante desapercibido, iniciaron una conversación.

Albert pronto se dio cuenta de que se acercaba una tormenta erótica, y también Susi Wanowski intervino para interrumpir esa charla. La doble molestia impulsó a Leonie a abandonar rápidamente el lugar, pero no sin antes susurrarle a Anita una invitación a su casa para la noche siguiente.

Gracias a Dios, la pelea de las dos compañeras no llegó a oídos de la baronesa. Porque la Wanowski se salió de sus casillas. ¡En cada ciudad una —¿una? ¡no!—, infinitas aventuras nuevas de Anita! Estaba harta de eso. Logró imponer que Anita cancelara el encuentro con Leonie.

En el fondo, a Anita Berber la escena de su amiga le resultaba bastante indiferente. Esa belleza de lujo que se había plantado ante sus pies, o mejor dicho, sobre el felpudo de su cama, no se le escaparía. Unos días más o menos no cambiarían nada.

De alguna manera, las dos mujeres lograron encontrarse en los próximos días secretamente a espaldas de Gessmann y de Wanowski.

Con un retraso de una semana, Anita fue oficialmente de visita a la casa de Leonie. Cenaron junto con Albert, que todavía ponía al mal tiempo buena cara y se esforzaba, no de muy buen humor, por establecer una conversación. Pero pocas veces su presencia fue más superflua que esa noche. Las comidas que servía Bertha, el ama de llaves, eran devueltas a la cocina casi sin que las mujeres las tocaran, y en compensación se abrieron cuatro botellas del mejor champagne, que se vaciaron rápidamente. Leonie estaba muy animada y se deleitaba con los relatos de Anita sobre sus infinitas aventuras amorosas y no se hartaba de los informes sobre la excitante vida nocturna en Berlín. Finalmente se había hecho tarde, y algo tenía que pasar... al menos

eso pensaba Leonie. Entre risitas seductoras comenzó a tender puentes hacia su dormitorio, diciendo que sería mucho más fácil si Anita pasara la noche en la Sebastianplatz y fuera llevada por ella, a la mañana siguiente, al Parkhotel. La Berber sonrió y asintió con la cabeza.

La baronesa no prestó atención a la ira de Albert. Porque ella nunca le había ocultado sus fantasías respecto de la Berber y, estando tan cerca de la meta de sus sueños, no quería que un hombre, su esposo, le impidiera realizarlos. Finalmente, él tuvo que abandonar el campo y retirarse a su dormitorio. Esa noche prácticamente no pudo conciliar el sueño. Se levantó varias veces, torturado por los celos y la curiosidad, y se acercó sigiloso a la puerta del dormitorio de su esposa. A su oído llegaron trozos aislados de conversación que confirmaban lo que él ya sabía. Que Leonie detestaba toda actividad sexual con él y sólo lo toleraba porque pagaba tanto por sus servicios.

Los celos de Gessmann se convirtieron en odio y regresó a su cama con el propósito de hacerle pagar a su mujer todo eso hasta el último detalle.

A partir de entonces, los días y los pocos encuentros entre los cónyuges eran insulsos y tensos. En cuanto Gessmann se disponía a hablar de Anita Berber, su mujer abandonaba, sin decir palabra, la habitación. Por lo demás, ella de todos modos pasaba la mayor parte del tiempo en el Parkhotel o en el estudio de filmación. Allí se habían producido algunas escenas violentas entre ella y Susi Wanowski. Esta, en parte para dar celos a Anita, en parte por interés real, se había relacionado con Bebi Becker, una actriz, y una mañana, después de pelearse con Anita, se había mudado al hotel Bristol. Lo cual distendió notoriamente la situación y mejoró súbitamente la relación entre todas las involucradas y finalmente llegó al punto de que las cuatro mujeres, algunas noches, incluso salieron juntas.

Luego vinieron dos semanas insoportables para los Gessmann, incluyendo dos insoportables intentos de vacaciones en el Paso Mandel en Tirol del Sur y en Edlach.

A comienzos de agosto, inmediatamente después de regresar de Edlach, Leonie comunicó a Albert que quería el divorcio.

Después de esa comunicación, nada ataba a Leonie al departamento conyugal. Reunió lo indispensable y se mudó con la actriz Fedy Ferrard a la Gusshausstrasse en el 4° distrito. La separación de Leonie Puttkamer de Albert Gessmann se produjo, después de un matrimonio de sólo siete meses, el 24 de agosto de 1922. El divorcio se realizó de común acuerdo, a pesar de que la verdadera razón, para los círculos informados, era obvia.



Es que Anita Berber no era una desconocida en Viena. Ya en 1918 había debutado sobre un escenario en esa ciudad. No regresó hasta 1921, esta vez para filmar películas. En *Una vida equivocada* hacía el protagónico femenino, sus compañeros eran los actores del teatro del Burg Carl y Philipp Zeska, padre e hijo. El mismo año filmó también *Lucifer* y *La noche de Mary Murton*. Hasta 1925, Anita participaría en cuatro películas austríacas más, entre otras en *Fuegos fatuos de las profundidades* (Tierra inestable) –una película filmada en las minas– y *Un vals de Strauss*. Y de algún modo logró, pese a la prohibición de residencia, filmar estas películas en Austria.

En agosto de 1922, después del cansador rodaje, Anita se sentía agotada y quería hacer una breve pausa antes de volver a dedicarse a su pasión, la danza, y de actuar en la representación planificada para el Konzerthaus de Viena. Se mudó al hotel Bristol, frente al Teatro de la Ópera, bien cerca de su nueva amiga aristocrática y de los lugares de diversión nocturna.

Sidonie Csillag regresó a Viena de su veraneo en septiembre de 1922 e inmediatamente tuvo la impresión de que Leonie era devorada por un fuego que hasta ahora no había sentido nunca con las mujeres y al que no podía ponerse coto. Tenía miedo de caer ella también, en algún momento, víctima de las llamas y detestó a Anita Berber en forma instintiva desde el primer instante. Una visita conjunta con la baronesa al lecho de enferma de la Berber en el sanatorio Loew, en la Mariannengasse en el 9° distrito –en aquel momento, la clínica privada preferida por los adinerados– confirmó su repulsión.

En el sanatorio Loew, Anita Berber tenía mucho tiempo. Tanto tiempo que incluso redactó una carta a Karl Kraus en la que decía, entre otras cosas, que hacía unos días corría un rumor en Viena de que ella se había vuelto loca y se encontraba en el manicomio de Steinhof. Sin embargo, –escribió– ella se encontraba, de excelente humor, en el sanatorio Loew, incluso en el sector femenino, y se recuperaba de una pequeña peritonitis. Anita creía que había “contraído” esa enfermedad durante las filmaciones en el parque de Schönbrunn. Ya dos semanas después –añadió– viajaría otra vez con su compañero de trabajo Sebastian Droste a Italia, España y París.

Después llegó, el 14 de noviembre de 1922, la actuación conjunta de la entretanto restablecida Anita Berber y su compañero Sebastian Droste en el Konzerthaus. También Sidonie fue a ver la obra y, pese a su repulsión por la Berber, no pudo dejar de considerarla una bailarina impre-

sionante. Sebastian Droste la convencía menos. Muchos aspavientos, pero al fuego erótico y salvaje de Anita no le llegaba ni a los talones.

Pronto apareció en todos los diarios que él se había aventurado en negocios poco transparentes y por eso sería deportado de Viena después de esa representación. Pero, finalmente, logró postergar su deportación agregando fechas adicionales. Pero también en este aspecto hubo desavenencias, porque había firmado contratos simultáneamente con varios teatros, entre ellos el Apollo, el Ronacher y el Tabarin.

Debido a estos contratos múltiples se produjeron detenciones y conflictos con la policía. Un clima ideal para Anita Berber, que amaba los escándalos y cuyas osadas declaraciones siempre eran buenas para las noticias en los medios. Era la mejor publicidad para ella y provocaba, en el público vienés, no sólo curiosidad, sino directamente avidez por verla y llenaba las salas hasta la última butaca.

El periódico *Das Interessante Blatt* del 28 de diciembre de 1922 informaba lo siguiente:

Recién cuando Anita Berber arriesgó algunas danzas en absoluta desnudez y dos críticos entablaron una fuerte pelea acerca del valor artístico de esta representación, la pareja de bailarines fue considerada una atracción y tres teatros de variedades –Apollo, Ronacher y Tabarin– trataron de superarse unos a otros en ofertas de contratación. La imposibilidad de hacer frente a todos los compromisos ocasionó una pelea por la competencia... que culminó ante el juzgado del distrito *Innere Stadt*.

Pero después la cosa se puso realmente complicada, porque Sebastian Droste fue sospechado de haber sustraído divisas extranjeras y joyas a dos condesas alemanas. Y aunque esta cuestión nunca fue aclarada, finalmente fue deportado a Hungría. Anita se quedó unos días más en Viena, para seguir bailando sola. Cuando fue involucrada en una escena de violencia en el Tabarin, durante la cual su puño fue a parar a la cara de un encargado, también ella fue desterrada del país, se le impuso una prohibición de residencia, y ella siguió a su compañero de baile a Budapest.

## LA TENCA

Mientras Anita Berber seguía peleándose en Viena con el público y la policía, Leonie, de una vez por todas, había hecho las valijas y se

había ido a Berlín pasando por Praga. Antes, en Viena, vendió sus muebles y tapices; luego, en Praga, vendió la plata. En aquel momento, la corona checoslovaca era la más estable de las monedas centroeuropeas, y arrojó un sólido contravalor para los bienes de Leonie.

En este último tiempo había conocido mejor a Susi Wanowski, y el inicial rechazo recíproco pronto se invirtió para volverse afecto entrañable. Susi participaba de toda diversión y su modo de ser, amable y simpático, la convertía en el centro de toda reunión social. El amorío de Susi, Bebi Becker, había sido, el año anterior, la compañera de cama tanto de Albert como de Leonie por un breve lapso. Y también el lapso entre las relaciones con la Wanowski y la Becker sería breve. Susi perdió rápidamente el interés en Bebi y quería hacerle una broma de despedida.

Convenció a Leonie para que le quitara a la Becker su acompañante Gisela Spira y se la llevara consigo a Berlín. Con la promesa de una mudanza a esa ciudad, efectivamente, fue posible persuadir a la acompañante de realizar un cambio de patrona.

Entonces, aún en Viena, a comienzos de diciembre de 1922, Gisela Spira, de treinta y cuatro años, oriunda de Budapest, comenzó a prestar sus servicios en lo de Leonie Puttkamer, que en ese momento vivía en el entresuelo del hotel Bristol.

Conocía ya hacía un tiempo a su nueva patrona y había disfrutado de observar el amorío de esta con su anterior empleadora. Gisela sabía que Leonie, en el círculo de amigas en cuestión, solía ser llamada "Leo" y que derrochaba dinero a diestra y siniestra. También Bebi Becker había recibido esta lluvia de dinero en forma de algunos regalos valiosos. Además, tenía sus propios ingresos como actriz en el teatro de revistas en el bar Femina y no ganaba mal gracias al deseo de un príncipe ruso.

Gisela Spira también había sido testigo de cómo los lazos amistosos entre Susi Wanowski y Leonie Puttkamer se habían convertido en enredos amorosos. Y antes de que se pudiera llegar a dramas de celos con la despechada Bebi Becker, las dos nuevas amigas consideraron conveniente desaparecer hacia Berlín. En el séquito, por supuesto, también la nueva dama de compañía.

El 16 de diciembre de 1922, Susi, Leonie y Gisela, entonces, subieron al tren nocturno en dirección a Berlín. Allí la patrona y la empleada se alojaron en el hotel Eden Quartier, la amante vivía en el hotel Zoo.

Las noches se convertían en día, y Leonie Puttkamer conoció los locales de Berlín para iniciados. Su lugar preferido era el Comobar, donde era fácil conocer mujeres que luego llevaba noche a noche a su habitación de hotel.

Anita Berber hacía tiempo que se había disuelto en la nada y pronto también Susi Wanowski, que dentro de todo pudo conservar un tapado de castor y un anillo de perlas como recuerdo para la eternidad, pasó a un segundo plano y una nueva ocupó su lugar. La nueva era Carola Horn, que convivía con una ginecóloga, para la cual también trabajaba como asistente.

En realidad, Leonie había conocido primero a la doctora, Lotte Oeltjen, e incluso la había llevado una vez a su hotel. Pero su amiga era mucho más atractiva y no mostraba ningún rechazo a los cortejos de Leonie. Cuando Carola comenzó a quedarse noches enteras en lo de Leonie, el buen entendimiento entre la doctora Oeltjen y la baronesa se acabó, y escenas tormentosas arrasaron, como sucede siempre en constelaciones semejantes, al triángulo. Finalmente, Carola decidió quedarse con Leonie.

Esta volvió a convertirse en “Leo” y sabía muy bien –al estilo marimacho– cómo malacostumbrar a su amante. Le conseguía vestidos nuevos, joyas y finalmente una motocicleta con sidecar, que las dos mujeres solían “montar” –armadas de cascos de cuero, anteojos protectores y bufandas– para hacer excursiones al hermoso campo llano alrededor de Berlín. La compra de esta máquina de sidecar, tan rara como cara, sólo había sido posible porque Leonie vendió un solitario con brillantes. En el transcurso de una noche desenfundada, originariamente, ya había querido regalárselo, en estado de ebriedad, a una empleada del bar, pero Gisela, la dama de compañía, que también apreciaba mucho estos bares femeninos, a último momento la había detenido.

Con semejante estilo de vida, naturalmente, las reservas de dinero propias de Leonie pronto llegaron a su fin, y comenzó a acumular deudas. Alguien en algún momento ya pagaría las cuentas pendientes, en caso de urgencia tendría que hacerse cargo otra vez un hombre.

Pero el amor entre Leonie y Carola estaba en flor y les obsequiaba ardientes noches compartidas. Luego, por la mañana, la dama de compañía Gisela, que probablemente era todo lo contrario de una carabina –al menos eso recordó dos años después durante su interrogatorio– recibía un informe acerca de las infinitas veces en que las dos mujeres habían tenido relaciones entre sí. Siempre eran números de dos cifras, y cada número venía acompañado de la aseveración de que había sido una “buena gorida” o un “buen manoseo”.

Pero el repertorio erótico requería de ampliación. Y Gisela Spira entendió su tarea en un sentido absolutamente literal y se ocupaba de ofrecerles compañía... aunque de un tipo bastante poco habitual.

Un buen día llegó al hotel con un gran frasco de pepinos lleno de agua y dos peces grises y pequeños que nadaban como perdidos. No podía parar de reírse cuando vio las miradas asombradas de Leonie y Carola.

“¡Miren lo que les he traído! Mi hermana me lo recomendó mucho. Es la última moda entre las damas aquí en Berlín.”

“¡Dinos de una vez, Gisela, para qué se supone que sirven esos animalitos repugnantes!” la apuró Carola.

“Señoras y señores, síganme al cuarto de baño.”

En el camino, el frasco con el contenido se tambaleaba y se movía de un lado a otro peligrosamente, y Gisela Spira tenía que estar muy atenta para no dejarlo caer de tanta risa.

Carola y Leonie la seguían, una estallando de curiosidad, la otra con cierto recelo: al fin y al cabo no hay que fraternizar tanto con los sirvientes.

Nada de eso sucedería.

La acompañante apoyó su carga resbaladiza en el alféizar y llenó el bidé. Luego volcó el frasco de pepinos y los pececitos se deslizaron al interior del bidé sin sospechar que la nueva libertad no duraría mucho tiempo.

“Estimadas señoras, si por favor se pueden descubrir.”

Ahora Carola y Leonie entendieron... y se descubrieron. Entre risitas, un poco de rubor y protesta fingida se sentaron alternadamente en el bidé. La Spira, al fin y al cabo, les acababa de mostrar cómo hacerlo: agarrar al animalito –presentado como una “tenca”–, fuerte detrás de las branquias, colocarlo cabeza abajo en el agua y con la cola para arriba... y luego introducir con cuidado.

Ninguna tenca, por supuesto, había pasado jamás por algo semejante, de modo que cada una luchaba, sacudiéndose, por su vida. Por supuesto que su naturaleza no le permitía tener conocimiento de las alegrías que esta lucha por la supervivencia ofrecía a las damas encima de ella.

Las protestas se fueron convirtiendo en suaves suspiros, y comenzaron los empujones y apuros alrededor de la pequeña pileta del pez. Si un pez estaba demasiado agotado para sacudir su cola y se estaba despidiendo de su vida, le tocaba al otro, que comenzaba a temblar con renovadas energías y conducía a nuevos climas.

Pero, por cierto, quedará como un eterno misterio cómo hicieron las mujeres para volver tan tieso y asible al más resbaladizo y liso de los representantes de los animales de respiración branquial para que se pudiera convertir en un digno antecesor del moderno vibrador.

La vida licenciosa en Berlín y las alegrías de este tipo sólo se vieron opacadas, en enero y febrero de 1923, por las cartas y telegramas casi diarios que enviaba Albert Gessmann desde Viena. Intentaba convencer a su ex-mujer por todos los medios de regresar junto a él. Cuando Leonie leía esas cartas, por lo general se le escapaban comentarios despectivos, y dejaba lo que había leído, despreocupadamente, en un cajón. Sólo la imperiosa necesidad de obtener recursos financieros la llevó, a comienzos de marzo, a ceder a la insistencia de Albert y viajar a Viena.

Otra vez el viaje era de a tres. Pero esta vez, en lugar de viajar con Susi, Leonie y Gisela viajaron con Carola. El viaje se dirigió primero a Munich, el domicilio de Carola, donde todas se quedaron unos días, y luego al destino final.

Leonie, muy rápidamente, comenzó a contraer deudas también en Viena, pero Albert se negaba a pagarlas. Pronto volvió a haber problemas por Carola, y las dos mujeres prefirieron mudarse al hotel Bristol. Cuando la baronesa se dio cuenta de que no iba a obtener de su ex-marido lo que se había imaginado, un mes más tarde, a mediados de abril, abandonó Viena en dirección a Alemania.

Inmediatamente después, los ex-cónyuges retomaron un animado intercambio epistolar, y Leonie hizo saber a Bertschi sin ambigüedades:

Eres y seguirás siendo, a mis ojos, un lamentable cobarde, que –tal como se corresponde con tu carácter de subordinado y embustero– necesita disculpar sus maldades para conmigo mediante una mentira frente a sí mismo. Cada hora en la que me vi forzada a estar en tu entorno embustero y de nuevos ricos, fue una pérdida e indigna de mí. Por lo demás, tus emprendimientos elegantes al estilo de un gentleman, para arruinarme y ponerme en ridículo, son un tiro por la culata, porque mi modo de ser, aunque altivo y reservado, es valorado más que tus maldades baratas que sólo vuelven a recaer en ti.

Para algunas cosas, ya sea para mantener su palabra o para realmente llevar a cabo una maldad, hace falta más raza, nivel y espíritu del que tú jamás tuviste ni poseerás... Los 15 millones que todavía me corresponden te los pongo a disposición junto a mi más profundo desprecio. Tal vez logres así apoyar con habilidad financiera tu tambaleante fábrica de mermelada o el chucrut ominoso (que yo hundiría en el Danubio, pero no sin tus “auténticos”

muebles Chipendale). No te atrevas a volver a molestarme con cartas, ya que estoy feliz de haberme sustraído a tus manifestaciones infinitas y poco interesantes y que, después de esta comedia repulsiva y embustera, haya caído en forma definitiva el telón para mí. Mileonie.

Sólo Gisela Spira se quedó en Viena y, con ella, un paquete atado con las cartas de Albert Gessmann a Leonie. Ésta recuerda que le había confiado las cartas a Gisela con el encargo de dárselas a Sidonie Csillag para que las conservara. Spira cree recordar que Leonie le aconsejó publicar las cartas, para que Bertschí fuera ridiculizado.

El caso es que no hizo ni una cosa ni la otra, sino que eligió un tercer camino: sospechó que encontraría una fuente de ingreso mejor que con la señora Puttkamer-Gessmann y comenzó a ofrecer sus servicios al señor Gessmann. Le llevó las cartas a Albert Gessmann, y este, de puro agradecido, por propia voluntad le dio 3 millones de coronas.

En mayo, Gisela viajó por encargo de Albert a Berlín, para realizar averiguaciones y obtener datos para difamar a Leonie de la peor manera posible, para la “colección” de Gessmann. De esta visita, la dama de compañía, toda una veleta, regresó con unas historias sobre la relación supuestamente degenerada de Leonie con su perro, al que –según estas historias– sobreexcitaba a tal punto en forma sodomita que hasta era necesario solicitar auxilio al veterinario.

Durante el verano, Leonie se había mudado por completo con Carola a Munich, donde vivían en la Kunigundenstrasse y también solían pasar temporadas en lo de la madre de Carola junto al lago Tegernsee. Incluso a ese lugar la siguió Gisela Spira, por encargo de Albert Gessmann, para volver a negociar un regreso de Leonie a Viena. Leonie dejó bien en claro cuál era el punto: sólo regresaría a Viena si había mucho dinero a cambio.

Y, aparentemente, este dinero existía. La baronesa Puttkamer, tal como sabemos, regresó después de la “reconciliación” –o tal vez deberíamos decir: después de la firma del contrato en Salzburgo– a mediados de marzo, a vivir con Albert Gessmann en Viena.

#### EL FINAL DE TODO

Las autoridades a cargo del interrogatorio están, sin lugar a dudas, impresionadas por las revelaciones de Albert Gessmann, y descubren, por su cuenta, en interrogatorios pormenorizados, muchos más

detalles, pero aparentemente no pueden o no quieren actuar demasiado. La mayoría de las “acciones impúdicas” de Leonie Puttkamer-Gessmann tuvieron lugar en la vecina Alemania, donde el amor entre personas de un mismo sexo –mujeres en este caso– no está penado por la ley, además Gessmann es un pez gordo, y encerrar en una prisión austríaca a su esposa por § 129 b no parece ser conveniente.

De modo que el Tribunal Regional Penal que entiende en la causa hace lo que la burocracia austríaca en su conjunto todavía está acostumbrada a hacer desde los buenos viejos tiempos del Imperio y que perdurará como costumbre: esperar.

Por ahora, lo que se espera es el informe psiquiátrico sobre la baronesa, después se verá cómo seguir.

El 5 y el 20 de mayo de 1924 llega la hora para que los peritos médicos designados por el juez mantengan dos largas conversaciones con Leonie y, a continuación, escriban un informe muy largo, del cual podemos extraer los siguientes fragmentos:

En lo que se refiere a aquella irregularidad de sus diversas disposiciones anímicas, que científicamente se llama “psicopatía de inferioridad”, esta se expresa en la acusada principalmente en el hecho de que llama la atención por una gran superficialidad del conocimiento y una sobriedad típica de Alemania del norte, que a menudo parece casi tosca, y que son tapadas apenas en forma suficiente por su destreza en el trato, correspondiente a su clase social. No posee, de ninguna manera, un “talento intelectual extraordinario”... está arraigada en la realidad. No hay síntomas de mendacidad patológica como cree el señor Gessmann... Puede tener respuestas agudas, e incluso graciosas. A veces se le escapan también expresiones dialectales ordinarias o formas de hablar banales que sorprenden considerando su posición social, le otorgan cierto aire de mujer pública y revelan que tiene que haberse movido bastante en círculos venidos a menos y que ya ha perdido la sensibilidad para la delicadeza femenina, o que tal vez nunca la poseyó por completo. Esto último es muy probable, ya que su carácter sexual femenino no se manifiesta mucho físicamente y su “presencia aplomada, mandona, caprichosa, intolerante frente a réplicas” sumada a su afición al deporte, hábito de fumar en exceso, desinterés por la actividad declaradamente femenina y “grandes conocimientos en el ámbito agrario y tecnológico” –que el señor Gessmann le reconoce– revela un ser más masculino, que también se expresa claramente en la forma y el contenido de sus



cartas. Gessmann, probablemente, haya sucumbido a un autoengaño y, como tantos hombres, haya puesto más en la mujer de lo que verdaderamente hay en ella.

El homosexual o la lesbiana podrán sustraerse tanto menos a esta compulsión cuando el deseo sexual, como en todos lados, se manifiesta en forma periódica con una fuerza especial, y momentos ocasionales favorecen su activación, tal como sucedía en alto grado en el caso de la acusada en el entorno de Gessmann. Si él mismo, como cónyuge, tolera su actividad sexual lesbiana y, en tanto hombre extraordinariamente inteligente, no previó o calculó correctamente su importancia y consecuencias, tal como ahora, por ejemplo, salen a la luz, está claro que no se le puede exigir esto, con más razón, a esta mujer homosexual, con disposición a la degeneración, moralmente inestable y débil de voluntad.

Ella no está enferma de la mente, pero toda su vida anímica está notablemente trastornada y por eso ya no cuenta con la posibilidad de reconocer el carácter penable de sus delitos. A esto se agrega que en Alemania, a diferencia de Austria, sólo se penalizan las relaciones contranaturales entre hombres, pero no las entre mujeres, lo cual tiene que haber producido también un efecto de desinhibición.

Simultáneamente, Leonie se prepara para el contragolpe y está dispuesta, ahora, a luchar por cada pulgada de su libertad. Con ayuda de su abogado da vuelta la tortilla y, a excepción de la denuncia por homicidio, lo acusa exactamente de lo mismo que él incrimina a ella, añadiendo algunas menudencias más.

El 31 de mayo de 1924 ingresa en el Tribunal Regional una denuncia de Leonie Puttkamer-Gessmann contra su marido por difamación, extorsión, inducción según el artículo 129 b (impudicia contraria a la naturaleza) y engaño de las autoridades. En este escrito reclama internamiento psiquiátrico para Gessmann y lo fundamenta detalladamente.

Ahora es Gessmann el que está en problemas y tiene que demostrar su salud mental. Para ello recurre a uno de los expertos más conocidos en esta área: consulta al profesor Wagner-Jauregg.

El 17 de junio de 1924, el psiquiatra y neurólogo Julius Wagner-Jauregg, futuro Premio Nobel de Medicina, presenta un informe médico escrito a mano acerca del estado mental de Albert Gessmann... y por supuesto que todo está bien con Bertschi.

Un análisis particular, especialmente detallado de la vida sexual del Sr. Presidente dio como resultado que este, por más que en

cuestiones sexuales profese opiniones bastante liberales y, tal vez en relación a su potencia, pueda ser considerado “hipersexual”, no se encuentran elementos de ningún tipo que demuestren que el Presidente Gessmann “mismo” tenga disposiciones sexuales perversas en algún sentido, sino que sólo aceptó desviaciones menores del trato normal por deseo de sus compañeras de sexo, para aumentar el placer sexual de estas. No es posible concluir en forma desventajosa acerca de la salud mental del Sr. Presidente a partir de estas cuestiones.

Todas estas idas y vueltas de los últimos meses arribaron una situación de estancamiento. Incluso las autoridades parecen haber perdido las ganas de seguir tomando declaraciones y ya sólo comentan con sequedad: “Dificultades, porque ambos cónyuges se denominan mutuamente como enfermos mentales, sus datos deben ser tomados con cierta cautela.”

El 5 de julio de 1924, Leonie abandona el sanatorio Löwy en Sulz y se vuelve a mudar a la pensión Reiter en el 9º distrito. Luego, a mitad de mes, decide viajar por tres o cuatro semanas al lago Achensee en Tirol. La tranquilidad de los hermosos bosques enormes y del lago le va a hacer bien y a ayudar a olvidar los horribles meses pasados. Hace un tiempo que ya no tiene noticias de su fiel amiga Sidi. A comienzos de julio le contó que se iría de veraneo con sus padres, primero, tal vez, a St. Gilgen, y luego, como todos los años, a Brioni.

Durante su ausencia, el 30 de julio de 1924, Albert Gessmann retira la fianza por su esposa, y Leonie, cuando regrese, tendrá que ver cómo sigue su situación judicial.

Para poder seguir en libertad, va a ofrecer dos abrigos de piel y un reloj pulsera de platino, engarzado con brillantes, como garantía. El reloj es aceptado sin problemas, pero los abrigos no, porque, aparentemente, la policía no logra conservarlos a resguardo de las polillas. Leonie tendrá que añadir 20 millones de coronas más para comprarse la libertad.

#### EL TELEGRAMA

“Ruego suspender todo contacto con mi hija. Antal Csillag.” Leonie Puttkamer ha leído esta frase ya varias veces y sólo atina a sacudir mecánicamente la cabeza. Acababa de entrar por la puerta de la habitación de su pensión, después de unas lindas vacaciones reposadas en

Tirol, donde casi pudo olvidar todo lo horrible de aquí, de Viena. Acababa de dejar caer su cartera al suelo, de lanzar su sombrero sobre el sillón y de abrir la ventana, para dejar entrar el cálido viento estival en la habitación no ventilada. Luego había agarrado con grandes expectativas el correo. ¡Y ahora eso!

Siente deseos de llorar, pero las lágrimas no son moneda corriente para una joven latifundista prusiana, y de repente, toda energía, incluso para eso, desapareció de su cuerpo.

No lo puede creer. Todos esos años, el viejo y severo Csillag la castigó con desprecio, pero nunca le había dirigido la palabra directamente, nunca le había prohibido directamente el contacto con su hija. Sólo le había hecho sentir lo que pensaba de ella a través de las restricciones y prohibiciones para su hija. Pero para mirarla a los ojos y hablarle de frente, ella era demasiado insignificante. Ese frío desprecio es lo peor, y le vuelve a salir brutalmente al encuentro desde ese trozo de papel que tiene delante.

Sí, el telegrama había sido enviado desde Brioni, no hay dudas de su autenticidad.

Ahora Leonie sí se pasa la mano por el lomo de la nariz.

Cómo le gustaría, ahora, sentarse y escribirle unas líneas a Sidi. ¿Pero acaso esas líneas alcanzarían a la amiga? En los próximos días, Antal Csillag seguramente interceptaría el correo de su hija. Sería mejor asesorarse en la próxima cita con el abogado. Tal vez él pueda retomar el contacto con Sidi y eludir al padre.

¡Ahora no puede perder a su amiga más importante y a su más estrecha persona de confianza! ¡Es completamente imposible! La amiga que estuvo a su lado todos esos años, sin que importara lo que pasaba en el mundo, sin que importara a qué mujeres ella dedicara toda su atención, incluso sin que importara si era acusada de una pena capital. Nunca antes alguien la había amado de forma tan incondicional. Ahora eso no lo puede perder, no lo soportaría.

Dos días después, Leonie Puttkamer le presenta al abogado Dr. Klemperer el telegrama.

“Doctor, sucedió otra cosa terrible. Y también en esto necesito su ayuda en forma urgente. ¿No podría usted obrar de intermediario y hacerle llegar a la señorita Csillag una carta?”

El Dr. Klemperer lee varias veces la oración sobre la franja de papel y sacude una y otra vez la cabeza.

“No sé, señora baronesa –dice en su cuidado dialecto vienés–, en su lugar yo quitaría los dedos de esa muchachita.”

“Pero si eso es de su padre... –protesta Leonie Puttkamer–. Seguro que ella quiere tener noticias mías.”

“Es posible, pero sabe, ella es joven y sería bueno que tenga todavía una oportunidad en la sociedad. Y que alcance un matrimonio ventajoso. Si sigue estando tan implicada en este caso, su reputación se va a arruinar para siempre. Mire, Sidonie Csillag siempre tuvo las mejores intenciones con usted, hágale usted ahora un favor y deje las cosas como están.”

Leonie se encogió de hombros, resignada y otra vez próxima al llanto. Probablemente, el abogado tenga razón. Sidi arriesgó tanto por ella. Tal vez ella lograría finalmente conseguir un marido. En realidad no puede hacerse una idea de lo que significaría para ella no ver más a Sidi, pero en nombre de la amistad es probable que tenga que darle esa oportunidad.

Sobre Brioni brilla un sol de la tarde abrasador y claro, el cielo parece vidrio matizado de azul y gris, centelleante, y el calor alcanzó su punto culminante. Y eso que hoy está un poco más fresco, porque en los últimos días pasó el siroco por la isla y trajo lluvias.

Sidi se retiró al balneario del Saluga, el balneario más elegante de la playa rocosa, y encontró un lugar a la sombra de un gran pino. Todos los demás están durmiendo la siesta, lo que le da, al fin, la posibilidad de estar un poco sola consigo misma y reflexionar.

Los últimos meses fueron tan agotadores. En realidad, lo fueron los últimos tres años. Y el nombre de su tensión, del despliegue emocional de energías siempre fue el mismo: Leonie. Por esa espantosa historia del juicio, la baronesa estuvo en aprietos y necesitó su ayuda, así que, entonces, por supuesto, no hubo nada que pudiera detenerla... ni probablemente tampoco imponerle límites. Porque en ese acto ella volvió a gastar sus fuerzas a tal extremo que quedó completamente agotada y con sensación de vacío interior y tuvo que refugiarse aquí para tener un poco de paz.

Nunca encontrará una respuesta para saber si Leonie es lo que tanto tiempo vio en ella o una explotadora carente de valor. Y esta ambivalencia la vuelve aún más loca y no permite que se detenga el carrusel en su cerebro. Su corazón, de todos modos, no encuentra tranquilidad con semejantes preguntas. Parece que va a tener que hacer actuar a su razón.

Dentro de todo, ella ha arriesgado unas cuantas cosas por Leonie. Toda la estrategia de defensa la diseñó ella junto con el abogado, el

Dr. Klemperer, y la mantuvo en las embarazosas preguntas delante de la policía. Y eso que su padre le había rogado, incluso ordenado, a no decir otra cosa sino “sí” y “no”, para no poner en peligro su posición social. Y había tenido que hacer uso de todos sus contactos para que ella no apareciera en forma comprometedoras en los diarios. Por supuesto que no se atuvo a esa orden, porque las acusaciones de Gessmann le resultaban tan increíbles. Pero lo que tuvo que escuchar durante esos interrogatorios, y lo que tuvo que dejarse preguntar, sí le abrió un poco más los ojos respecto de Leonie.

El hecho de que la sociedad le empezara a cerrar puertas lo notó en el transcurso de las preparaciones para la boda de una de sus mejores amigas, la condesa Schallenberg. En realidad, hubiera sido natural que ella fuera doncella de honor. Pero su amiga dejaba entrever un extraño titubeo, y a Sidonie le llegó el rumor de que su trato con la Puttkamer, y para colmo el hecho de estar envuelta en un escándalo, significaba un gran estorbo para tales intervenciones en eventos sociales.

De esa situación la salvó su mejor amiga Ellen Schoeller, ahora baronesa Ferstel. Estaba recién casada, vivía con su marido en Andritz cerca de Graz y estaba esperando su primer hijo. Y le escribió, en ese momento, una carta conmovedora: “Tienes que pasar ahora por tantas cosas, por qué no vienes a visitarnos...”. De eso se enteraron las demás familias importantes, y lo que hace una Ferstel no puede estar mal para una Schallenberg. De este modo, finalmente, sí fue doncella de honor.

Pero esa situación le sirvió para darse cuenta de que a partir de ese instante tendría que tener mucho cuidado.

¿Qué era lo que en realidad esperaba de su relación con la baronesa Puttkamer? Durante mucho tiempo no tuvo palabras para lo que deseaba, pero hoy, si es sincera consigo misma, tiene que reconocer que quería tener a Leonie para ella sola. Quería ser amada por ella y no tener que ver cómo se desperdiciaba entregándose a hombres y mujeres horrorosos. Durante un tiempo pudo engañarse a sí misma diciéndose que ella era algo mejor, que era noble y sólo le importaba el bienestar de la amada, y miraba con desprecio a esas criaturas miserables. Pero a la larga terminó siendo demasiado poco: ser sólo la persona de confianza más cercana, mientras Leonie vivía sus pasiones con otros.

Cuando, en diciembre de 1922, la baronesa se fue a Berlín, Sidi estaba tan desesperada que volvió a pensar seriamente en quitarse la vida. Durante un baile se las ingenió para sustraerle una ampolla con veneno a una amiga, sin que esta se diera cuenta. En aquella época, era común llevar veneno encima, porque en cualquier momento –de-

cían—podían venir los comunistas y eso no era algo que uno quisiera enfrentar en la vida.

En una noche de desesperación se tragó la ampolla, con el efecto de que se sintió pésimo durante horas y tuvo que devolver incontables veces, pero la muerte deseada no se presentó.

Después, la baronesa permaneció —con una breve interrupción— más de un año en Berlín. Las cartas que la amiga lejana, en aquel momento, le había escrito tan libre de preocupaciones desde ese Berlín supuestamente tan fantástico no eran consuelo alguno, sino cada vez un nuevo dolor; las quemaba inmediatamente. Las respuestas a sus cartas eran vacías e insípidas, eran charla forzada por escrito.

No le pareció digno de mención el hecho de que estaba intentándolo con hombres —para llenar su vida con algo y, además, para ceder a la insistencia de su padre—. Sólo al margen comentó que la estaba cortejando un tal Klaus. Sólo cuando este pidió su mano a su padre, lo comunicó en unas pocas palabras a Leonie. Esta no se veía afectada ni siquiera por esto.

Llegaría marzo de 1923 antes de que tuviera oportunidad de volver a ver brevemente a la baronesa. Esta llegó desde Berlín, en compañía de una nueva amiga. Carola Horn, la nueva, no era actriz ni tan terrible como la Berber, pero su presencia y su modo de comportarse eran cualquier cosa menos femeninos. Las dos se quedaron sólo seis semanas en Viena. Cuando Leonie, luego, se subió al tren, le quedaba claro que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera volver a ver a la mujer amada. Consintió el cortejo de Klaus y dejó que todos los preparativos del compromiso se sucedieran en forma mecánica. Los encuentros con la modista, los planes del viaje de bodas... en el fondo de su corazón, todo eso le daba lo mismo.

El contacto con Leonie se interrumpió poco tiempo después. Klaus le era completamente indiferente, y sin embargo mantuvo el compromiso. A la vez, vivía como podía su vida, en forma apática y muy triste, mantenida —¿o capturada?— por una rutina diaria con sus padres y algunas amigas. De a poco se fue reponiendo, los días se volvieron más diáfanos, concibió planes, a veces lograba reír, y la vida, por momentos, le volvió a parecer digna de ser vivida.

Cuando, una mañana de marzo de 1924, sonó el teléfono y le dijeron que atendiera, escuchó la risa nerviosa de Leonie, que unas horas antes había llegado a Viena en compañía de Albert Gessmann. Y otra vez y pese a todo... le volvió la alegría al corazón. ¿Tal vez sí existía

la posibilidad de continuar la relación del modo habitual? ¿Otra vez una cotidianeidad con Leonie? Ni siquiera se animaba a pensar en eso. ¿No sucedería, inevitablemente, la decepción a la alegría? ¿Otra vez unas hembras imposibles, que, con toda su perversidad, ejercerían una influencia terrible sobre Leonie?

El reencuentro a la tarde barrió todos los reparos. Tener a Leonie en los brazos, poder volver a mirarla, escuchar su voz, la ponía eufórica. Estaba feliz, volvió a sentir que tenía un corazón en el cuerpo. Algún tipo de futuro tenía que existir para ellas dos.

Y después, a las dos semanas, comenzó la locura con la denuncia de homicidio por envenenamiento.

Un viento cortante despierta a Sidi de sus pensamientos. Las sombras de su pino se alargaron, el sol ya está bajo, y alrededor de ella se sentaron muchos veraneantes, pequeños niños alborotan por ahí, y también abajo, en el agua, se armó el barullo de siempre, sin que ella se diera cuenta. Se levanta algo tiesa, ajusta el pañuelo alrededor de sus hombros y va a su habitación. Ha tomado una decisión. Junto al escritorio, en el nicho de la ventana, en las delgadas franjas de luz que se filtran a través de las persianas de madera oblicuas, escribe el par de líneas que mañana hará enviar a Leonie a través del telégrafo: "Ruego suspender todo contacto con mi hija. Antal Csillag".

Es el 4 de agosto de 1924, y una etapa de su vida llegó a su fin.

El 7 de octubre de 1924, la fiscalía de Viena decidirá suspender todos los procesos penales en contra de Leonie Puttkamer-Gessmann por falta de pruebas, y devolverle a la baronesa su garantía. Leonie Puttkamer no tiene nada que la retenga en Viena. Con la suma de 50 millones de coronas en el bolsillo reúne con la mayor rapidez posible sus pertenencias y abandona Viena para siempre, en dirección a Alemania. También para ella, así, se termina definitivamente una etapa.

Las demandas civiles entre los Gessmann se extienden hasta el año 1925. Ni del acta judicial ni de los diarios se puede obtener información acerca del resultado de esas demandas. La baronesa ya no está en Viena, y con ella también se fueron los escándalos jugosos con los que la sociedad vienesa se había despachado tan a gusto.

## Capítulo V

### *Estaciones intermedias*

El motor del bello Chrysler Cabrio verde oscuro, con su ronroneo, resulta tranquilizador pese al calor mortal. Pequeñas piedritas saltan como granizo a los guardabarros de elegantes formas curvas y salen disparadas desde debajo de los neumáticos. Qué felicidad que el joven Strakosch haya abierto la capota, así al menos se puede sacar un poco la cabeza al viento que produce el movimiento del coche. Él casi hubiera querido dejarla cerrada, para que la vaca sagrada de la familia no sufriera daño alguno, o, mejor dicho, para que el tapizado de cuero rojo no se llenara de polvo... Strakosch padre se enojaría mucho si eso sucediera.

En el asiento delantero, Heinrich, el hermano mayor de Sidonie, está haciendo para variar uno de sus chistes pretensiosos; Georg Strakosch se lo festeja y apoya, muy chic, el codo izquierdo sobre la puerta, la mano apenas tocando el volante, en la derecha sostiene, distendido, un cigarrillo, ambas manos por supuesto envueltas en elegantísimos guantes de cuero porcino claro. Este tipo es un poco demasiado prepotente, piensa Sidonie y extiende el cuello por el lado derecho del coche dejando caer lejos su cabeza para sentir el viento del viaje. Al su lado dormita Hans Friedrich, el hermano menor de Georg, y del otro lado está sentado el mayor de los hijos Wunsch, Hans, dando, a veces, escuetas indicaciones acerca del camino. Porque la partida de jóvenes está en camino a la cabaña de veraneo de la familia Wunsch, que queda en las afueras de Velden, directamente junto al lago Wörthersee.

Ella no tenía ganas de ir, pero Heinrich, en complot con sus padres, prácticamente la había obligado a hacerlo. “Antes de que te quedes malhumorada en Viena”, dijo, así que decidió participar de la excursión. Heinrich, desde la época del bachillerato en el Wasagymnasium, es muy amigo de la familia Strakosch, que invitó a su hermana y a él a Kärnten. Y ahora, después de varias horas de viaje en tren, están ahí desde ayer a la tarde. La recepción por parte



de los Strakosch fue muy cordial, con jugo casero de grosella y un exquisito bizcochuelo de damasco en la veranda de madera de su hermosa mansión situada detrás del Paseo de Velden, como se suele llamar aquí, en forma pretenciosa, al angosto pasaje de la localidad.



Sidonie Csillag en 1922

Hoy, ya al despertarse hacía tanto calor que a Sidonie las sábanas casi se le quedaron pegadas al cuerpo. Odia tanto sudar de tal modo y después tener olor y no sentirse fresca. Por eso se pone el vestido de lino más amplio que pudo encontrar y se coloca, de mala gana, un sombrero de paja casi tapándole la cara. Su humor no es el mejor, y especialmente a la mañana, antes de que la ataquen los recuerdos tormentosos de Leonie, preferiría darse vuelta, taparse la cabeza con la manta y no despertarse más; pero para eso, como ya se dijo, hace demasiado calor. No conoce muy bien a esos amigos de Heinrich y, en ese momento, carece de toda voluntad para conversar y flirtear.

La mesa del desayuno en la veranda ya está casi vacía, pero eso no la molestó porque de todos modos no tenía hambre. Sólo quería sentir el viento matinal sobre su piel y no tener que ver a nadie.

Pero no pasaron diez minutos y Heinrich aparece doblando la esquina con toda una tropa de hombres jóvenes.

“Anda, Sidi, traje de baño, vamos, vamos. Nos vamos a nadar”, gritó. Y detrás de él reconoció a los dos hijos Wunsch. Sí, es cierto, también están siempre en verano en el lago Wörthersee. Con Hans Wunsch, el padre, director de la fábrica de aceite mineral de Floridsdorf, su padre tiene vínculos comerciales, por eso una vez le presentaron a los dos varones en un almuerzo, y los volvió a olvidar inmediatamente después.

Protestando por dentro, juntó sus enseres de baño, sacó dos grandes toallas del varal del baño y se sentó en uno de los dos coches que la esperaban con el motor encendido sobre el guijarral delante de la salida.

“Tú siempre tardando una eternidad..., –la atacó, encima, su hermano–. Y sí, el mundo femenino es así...”. Georg Strakosch y uno de los varones Wunsch acompañaron esos dichos con una sonrisa chueca, mientras que el otro ya estaba conduciendo el coche delante de ellos hacia la salida.

Fritz Dietz von Weidenberg entrecierra los párpados, mirando con ojos achinados al sol; sólo los abre lo suficiente para poder soportar el cortante resplandor de la superficie del agua. El lago sólo tiene leves ondas, en frente están las oscuras colinas boscosas de la orilla sur, detrás el magnífico panorama de los montes Karawanken, que parecen devolver ese calor increíble en un pálido gris incandescente.

Los tablones de madera del muelle, de tan ardientes, dejan su marca en la espalda de Fritz, sobre las piernas, las gotas de agua de la

última zambullida hace rato que se evaporaron y su camiseta negra despidе un olor como si una plancha calentada al rojo vivo le hubiera pasado por encima. Ya no se soporta más. Fritz se levanta y se desliza desde el borde del muelle hacia el agua.

Cuando vuelve a salir, el muelle detrás de él está el doble de lleno que antes. Ah, sí, los recién llegados desde Viena que su mejor amigo Klaus Bäckström y Hans Wunsch le anunciaron ayer. Los jóvenes Csillag, dicen que son simpáticos, y además vienen con una muchacha, y esta vez, en cualquier caso, han venido muy pocas, si no se cuenta a su hermana Sylvie, que ya está casada.

Fritz se sacude el agua del cabello y vuelve a dejarse caer sobre la madera dura.

“¡Dios mío, qué hermosa que es!”. A tres, cuatro metros de distancia está parada una mujer joven, alta y delgada, el largo cabello oscuro atado en la nuca en forma de nudo, con un brazo apoyado en un costado, como al pasar, mientras que el otro se posa en su nuca, en la postura “una pierna de apoyo y una pierna libre”, cadera perfectamente acomodada, la cintura marcada por su delgadez... esa mujer sabe cómo surtir efecto, y nada de esa imagen es casual. Para eso Fritz sabe demasiado de mujeres.

Cuando ella lo mira, su mirada se detiene unos momentos de más en él, muy seria, muy oscura. Y Fritz siente una melancolía y una tristeza en esos ojos que comienza a sentir algo de frío y se le paran los pelitos en los brazos. Le resulta casi tenebrosa. Esa no es una mujer para un simple coqueteo.

“Y, Fritz, que no se te salgan los ojos de tanto mirar”. Una mano mojada se apoya en el hombro del joven. Simultáneamente aparecen junto a él unas rodillas flacas dobladas y un mechón rubio blanco. Klaus Bäckström, el alto, que parece un gigante nórdico que no engordó lo suficiente, se acaba de plegar y se sienta junto a Fritz sobre los tablones. En la cara bronceada lleva una sonrisa burlona.

“Te gusta, ¿no? Pero esta vez me toca a mí. Ni se te ocurra cruzar por mi camino, canalla.”

Y ya se volvió a levantar de un salto, se dirige hacia Sidonie y se presenta, casi inmediatamente, con una reverencia levemente ladeada.

Sidonie y Fritz son presentados en forma oficial el uno al otro sólo poco tiempo después, durante el picnic del almuerzo en la cabaña de veraneo.

Los hermanos Dietz von Weidenberg son primos de los hermanos Wunsch y, al igual que estos, son de Floridsdorf. El padre es arquitecto y ya realizó bastantes construcciones en Viena, principalmente los edi-

ficios de departamentos y las fábricas de la familia Mautner, cuyos productos son conocidos en Viena hasta por los niños. Fritz es un par de meses menor que Sidi y es probable que estudie alguna carrera. Todavía no logró averiguar cuál. Pero, sea como fuera, parece tomárselo con bastante ligereza. En forma completamente opuesta a Sylvie, tres años menor, que acaba de comenzar un estudio de fotografía en la Academia *Wiener Graphische*. Esto es bastante inusual para una muchacha de la buena sociedad, piensa Sidi. Tal vez estos dos no provengan de una de las familias más elegantes, pero son tan simpáticos que ya les ha cobrado mucho cariño. Es el tipo de amigos que le gustaría tener.

La semana siguiente pasa, para Sidi, de un vuelo: yendo a nadar, jugando al tenis y paseando con los nuevos amigos. Su tristeza profunda se disipó por completo, y siempre que ve a Fritz, su corazón da un pequeño salto. Tiene que reconocer ante sí misma que se ha enamorado. La última noche se acerca demasiado rápido. Todos quieren que sea algo especial, antes de que al día siguiente parta cada uno en su dirección. Los jóvenes deciden ir a comer a un buen lugar y después ir al único local bailable en la gran avenida de Velden que abre el sábado a la noche para los clientes “de categoría”.

Tarde, y ya bastante alegres con un par de botellas de un buen vino Rheinriesling, llegan al salón de baile. No, los Strakosch no exageraron, realmente es uno de los lugares más bonitos del pueblo. Grandes puertas de vidrio se abren hacia una terraza, directamente sobre el lago, todo está iluminado con faroles de colores, tumbonas y confortables sillones canasto alrededor de la pista de baile invitan a descansar, mirar y beber. Está repleto de gente. Sidi es tomada del brazo por Klaus y llevada hacia la plataforma, donde él la hace avanzar entre la gente e intenta bailar con ella un vals lento, sin tropiezos demasiado significativos. Ella no se animó a rechazarlo, pero en realidad hubiera preferido mil veces bailar con Fritz, sí, toda la noche quisiera estar en sus brazos, bailando o no. Pasa el vals, después viene el foxtrot, luego shimmy y ella sigue con Klaus. Sidi se marea, pide salir de la muchedumbre y espera, hasta que Klaus le pone un cocktail en la mano, del cual bebe un poco, sonriendo con deferencia. Fritz sigue sin sacarla a bailar, en su lugar invitó a bailar a una mujer mayor, muy atractiva, que evidentemente pescó en el bar. ¡Qué tipo idiota! Así va transcurriendo casi toda la noche, y el humor de Sidi cae hasta un grado cero. Sólo una vez fue hacia ella y la llevó a bailar un slowfox, radiante, como si nada sucediera. Pero no la sostuvo tan cerca como

Klaus, y cuando ella, suavemente, se le apretujó, él corrigió la postura enseguida en el siguiente giro.

Sidi está confundida y bien adentro percibe un dolor inconcebible. Cuando al ratito se encuentra parada, pensativa, junto a la baranda de la terraza y clava la mirada en el lago nocturno, Sylvie viene y la toma del brazo.

"Te gusta ¿no es cierto?"

Sidi apenas asiente con la cabeza.

"Ya lo vamos a arreglar. Me pondría muy contenta si en Viena nos vienes a visitar pronto, ¿te parece?". Sylvie le sonríe con tanto cariño que a Sidi casi le asoman las lágrimas a los ojos.

Al despedirse, tarde a la noche, en la calle, Fritz le dio un abrazo corto y rápido y un beso en la mejilla.

"Hasta pronto" y "nos mantenemos en contacto", dijo, y ella pensó para sus adentros 'sí, por favor, hasta muy pronto', tomó a pecho su palabra y otra vez se alegró en forma atolondrada.

Al día siguiente, todos partieron de viaje. Los hermanos Csillag a Brioni, donde los esperaban sus padres, Klaus a lo de sus parientes en el báltico, y los dos Dietz a Viena. Sólo los hermanos Wunsch y los Strakosch se quedarían dos semanas más, antes de que el otoño de 1922 los volviera a llamar a sus obligaciones.

Cuando Sidonie regresa a Viena, vuelve a ser sepultada por la rutina. La ciudad, a pesar de que recién comienza septiembre, practica para el otoño y está nublada, fresca y lluviosa. La joven todavía no sabe qué esperar de los próximos meses, pero los auspicios no son particularmente buenos. Su tema recurrente "Leonie" la hace constantemente infeliz, pero todavía no sabe cómo huir de eso. Ahora Leonie, al fin, se separó de su cónyuge desagradable, pero por lo que se sabe no le sigue nada mejor.

Para colmo, el padre de Sidonie le insiste ya hace meses que no se quede sin hacer nada en la casa. Siempre vuelve preguntarle si, al final, no le parecería bien ejercer una profesión, ya que –según él– es tan talentosa y terminó el colegio con un muy buen título. Está claro que ella no necesita decirle que tiene cero interés en hacerlo.

Que al menos aprenda algún oficio como la gente... si ya no trae un hombre a la casa ni trabaja, que al menos aprenda algo decente, taquigrafía o cocina, cualquier cosa que luego pueda llegar a ser útil.

Pero ahora tiene una carta que mostrar que lo va a apaciguar un poco y por un tiempo le va a otorgar tranquilidad a ella.

Así que uno de los días siguientes, después de la cena, le cuenta –cuando él está sentado en el gran sillón en el salón y hojea el diario del día, inquieto y desconcentrado, a la pálida luz de la lámpara de pie con pantalla de pergamino corrugado– del lago Wörthersee. De lo bien que la pasaron, de esa fantástica familia anfitriona con los dos hijos encantadores, y que habían conocido tanta gente nueva, con la que emprendieron salidas al campo. Que, incluso, realizaron caminatas y fueron muy deportivos. Eso trae una gratificación adicional al padre, obsesionado por la naturaleza y el deporte.

“Además, adivina, papá, a quién he conocido ahí. Al joven Klaus Bäckström”. En algún lugar de su mente se acordó a tiempo de que ese nombre debe tener que ver con un vínculo comercial paterno, del mismo modo que casi todos los hombres jóvenes de su entorno de algún modo están “aliados” a través de sus padres al de ella... como suele suceder en esos círculos.

“Sí, Bäckström. Al padre lo conozco bastante bien, suelo trabajar con él, es director en la Sociedad Minera Alpina, un hombre muy correcto. Al joven también lo vi alguna vez, parece salir completamente al padre... bien, Sidicita, muy bien.”

Parece que surtió efecto. Cuando el padre utiliza su apodo infantil, todo muy teñido de acento húngaro, entonces Sidonie sabe que se ablanda y está contento con ella.

“Ve, Sidicita, présteme el gramófono y pon a Vivaldi.”

Eso es la señal de distensión definitiva y a la vez fin de la conversación. Pronto, su padre sacudiría ruidosamente el diario para abrirlo y desaparecería tranquilo detrás de sus noticias económicas.

Ahora ya sólo sería necesario alimentarlo de vez en cuando con novedades de hombres para que la pinza de su disconformidad se afloje un poco.

Y, en efecto, Antal Csillag está con su cabeza en otra parte en estos tiempos.

Ha dejado tras de sí unos años turbulentos, en los cuales temió mucho por la seguridad de su familia, pero ahora el temor a una nueva revolución política pasó a un segundo plano. Es sorprendente cómo se sostiene la joven república. Las fronteras están estables, y también lo están los gobiernos en los estados sucesores de la monarquía. Y por más que no todo es tal como los instigadores políticos y los barones de la economía como Csillag lo desearían, por el momento no hay posibilidades de modificar algo en la situación recientemente establecida.

Los adinerados se las arreglaron, y en realidad no les va tan mal. Porque ya antes de la guerra sabían que no podían confiar en los movimientos nacionales en Bohemia –la palabra Checoslovaquia no quería salir de sus labios– y en Italia. Pero ¿era necesario, por eso, abandonar las azucareras en Bohemia, desprenderse de las minas de petróleo y cera mineral en Polonia o dejar caer un negocio con un socio comercial en Trieste? Eso sería absurdo. Los viejos vínculos comerciales y familiares tal vez estén algo perturbados por los acontecimientos políticos, pero al fin y al cabo es interés de todos reducir los perjuicios al mínimo y limitar lo más posible las influencias políticas no deseadas, principalmente de la izquierda, o, de ser necesario, aceptarlas.

Antal Csillag pudo mantener sus participaciones en las acciones en las diversas empresas que fundó. La industria de aceite mineral galitziana se volvió polaca, y el estado polaco prefirió promover a los socios comerciales de occidente, por eso, una gran parte de los intereses del aceite mineral se dirigió a bancos belgas y franceses. Además, hacía poco compró una fábrica que elabora la cera mineral, cerca de París: la inflación galopante en Austria, junto con la imposición dispuesta en marzo de 1919 de declarar todos los títulos de crédito, joyas e inversiones en cajas de ahorro, lo había puesto un tanto inseguro en sus diversas especulaciones accionistas, así que ¿por qué no invertir en una fábrica? Desde que su cuñado Victor, el hermano de Emma, había caído en el año 1916, no tenía a ninguna persona de confianza en Polonia a la que realmente pudiera confiar y transferir la elaboración de la cera mineral, por eso prefería saberlo hecho en otro país, al que pensaba enviar a uno de sus hijos. Aunque sigue desarrollando parte de sus negocios con bancos austríacos, le gusta volver a recurrir de vez en cuando a una casa bancaria holandesa que sabe perfectamente cómo hacer para responder a sus deseos personales en forma muy satisfactoria. Al fin y al cabo, la situación con los bancos en Austria es demasiado insegura.

En 1914 en Viena había aproximadamente quinientas empresas bancarias, las ocho más grandes disponían sobre dos tercios de la totalidad del capital disponible en Austria-Hungría. En aquel año, el valor en bolsa de la *Creditanstalt* era de 60 millones de dólares, en el año 1920, después, ya sólo de 2,4 millones. Debido a esta inmensa pérdida de valor, Austria se había convertido en un paraíso para especuladores internacionales, porque por poco dinero se podía acceder a la posesión de un banco. Y con toda evidencia, la inestabilidad financiera indujo a muchos a fundar su propio banco. De 1919 a 1922 se habían registrado cientos de bancos nuevos, sin mencionar aquellos

que llevaban sus negocios sin el permiso oficial. En primavera de 1924 –en el momento de la reforma monetaria– en Austria existirían no menos de 1500 instituciones bancarias.

Antal Csillag distribuyó sus intereses en forma inteligente por toda Europa, pero, en su calidad de patriota austríaco, por supuesto también invirtió en su propio país. ¿Acaso sus socios comerciales Camillo Castiglioni, Paul Goldstein, Friedrich Wagenmann, Philipp Broch y Adolf Popper-Artberg no habían confiado también sus acciones y su dinero a instituciones austríacas? En lo político no creen que el proyecto de la nueva república sea gran cosa, pero en lo económico siguen estando bien parados. La producción y el consumo continúan y sus ingresos les permiten aumentar su bienestar y continuar su buena vida.

Lo único que, en tales horas nocturnas tranquilas, pone a Antal Csillag un poco pensativo son las crecientes agresiones contra los judíos. Casi semanalmente hay, en el Ring, manifestaciones de miles de personas de orientación nacionalista, con pancartas antisemitas, pero probablemente haya que tomar nota de eso, o “ni siquiera ignorarlo”, como dicen los vieneses. También esto pasaría, en cuanto se establezca definitivamente la situación política.

Sólo en el verano, durante sus últimas travesías, que el montañista entusiasta había emprendido en la región de Salzkammergut, se topó con algo que le produjo amargura. No podía creer que el Club Alpino y el Club Turístico de Austria, con toda seriedad, hayan incorporado un párrafo de los arios y cerrado las cabañas a los judíos. Y en el diario del Club Alpino leyó que hay localidades, como Windischgarsten en la Alta Austria o Mattsee en Salzburgo que se afanan de no aceptar a judíos como veraneantes. Cómo pretenderán darse cuenta, pensó, amargado. Gentuza miserable, entonces llevará su plata a otro lado.

Qué felicidad que sus hijos no se vean afectados por esto, el bautismo católico los liberó de la molesta mácula y así de este tipo de cuestiones desagradables. Ahora ya nadie podría causarles problemas.

En realidad está de lo más contento que sus hijos no se interesen de verdad por la política. La arena política de la gran burguesía, desde el fin de la monarquía, de todos modos estaba bastante restringida, y sería mejor que sus hijos se mantuvieran alejados de la política partidaria. Sólo el hecho de que Sidi no muestre ningún interés en aprender una profesión le preocupa. Por supuesto que una mujer de la alta burguesía no necesitaría trabajar, pero Antal Csillag no está seguro de que eso no vaya a cambiar en el futuro. Ni en lo político ni en lo personal –porque hasta ahora nunca mostró interés por un hombre–, entonces ¿de dónde podría salir un marido con un buen ingreso? Pero



tal vez la estadía en el lago Wörthersee haya sido beneficiosa. No hay que desacreditar nada de entrada.

En los próximos días, efectivamente, Sidonie recibe un llamado de Sylvie Dietz. Nunca lo hubiera esperado, y está muy conmovida por la lealtad de su nueva amiga. Sylvie la ha invitado para el sábado a un té en lo de sus padres. Fritz también estaría ahí. Es una buena noticia, que infunde vida a su rutina monocorde, sólo rellena con visitas a Leonie en lo de la cocota de la Gusshausstrasse. Se deleita con los sueños en los que se imagina que va a estar muy lindo, que Fritz se va a alegrar mucho, que tal vez van a estar solos... porque necesita con urgencia un contrapeso a Leonie y todo el dolor y la infertilidad vinculados a ella. Quizás una vez, como excepción, la realidad sea mejor que sus fantasías.

El sábado en cuestión, Sidonie ya comienza a emperejilarse desde temprano a la tarde: un trajecito de lana claro con un elegante sombrero negro, perfume por aquí, perfume por allá, guantes, y a salir. Llega justo a tiempo, porque el punto crítico de los hijos Dietz es que viven en el fin del mundo. ¡En Floridsdorf! Más allá de que es una zona bastante poco elegante, donde Sidonie no estuvo jamás en la vida, para llegar a destino es necesario viajar más de una hora, transbordando varias veces. Cuando al fin cruza el puente de Floridsdorf en el traqueteo del 31, comienza a sentir una intensa alegría. Hace más de un mes que no ve a Fritz.

En la estación “Am Spitz” se baja, e inmediatamente *vis-à-vis* queda la casa de los Dietz, una bonita casa de la Viena antigua, alargada, de un solo piso, fachada amarilla, ventanas verdes... seguramente, generaciones de propietarios vieneses se lo copiaron del castillo de Schönbrunn.

Al no recibir respuesta alguna después de tocar el timbre, Sidonie entra algo tímidamente al patio, y mira a su alrededor. A la izquierda hay antiguos establos que ahora son depósitos para todo lo que normalmente uno ya no quiere ver en la vivienda, al lado hay un acceso que conduce, evidentemente, al primer piso, donde, por encima de su cabeza, sobresale un pequeño balcón corrido, cerrado con un muro, con hermosísimos cristales al estilo *art nouveau* en las esquinas. Y todo está rodeado de hiedra, donde alborotan ejércitos de gorriones, por lo demás reina un silencio absoluto, no hay nadie. Así que Sidonie tiene que subir sola. Entonces se abre la puerta de golpe y Sylvie, radiante, le sale al encuentro y la abraza. Atrás, un hombre mayor

con ojos chispeantes y un imponente bigote blanco y detrás de él una mujer elegante, fina y un poco tímida: evidentemente, los padres Dietz von Weidenberg.

“Ah, la joven señorita Csillag, mis respetos”, y ya le sigue una reverencia y un beso en la mano, lo cual hace ruborizar a Sidi por la diferencia de edad y de posición social. “La dama con el traje de baño más hermoso de todo el lago Wörthersee, me han contado... y me veo obligado a constatar que no era sólo el traje de baño.”

Sidi ya no encuentra modo de salir de su rubor y ahora sabe de dónde sale el encanto de Fritz.

La hacen subir al primer piso, cruzando una antesala atemorizante, en la que urogallos disecados y docenas de cornamentas le clavan sus ojos desde la pared y dan testimonio de la pasión por la caza del dueño de casa. Luego la llevan, atravesando media casa, a la sala de estar y, a continuación, la agasajan con opulencia.

Dietz padre cuenta sobre sus actividades como arquitecto, sobre las últimas funciones de cabaret en el Ronacher, donde alquiló un palco fijo, sobre la caza de patos y sobre los caballos propios que una vez tuvieron y que, hasta hace pocos años, enganchaba al carruaje para dirigirse así a las cercanas praderas del Danubio. Ahora construyen por todos lados, los pantanos son desecados, pero los culpables son, precisamente, tipos como él... y ya se larga a reír otra vez a las carcajadas. Ahora va a Hungría a cazar, todos los fines de semana con el tren, lo cual –añade con picardía– pone muy contentas a su mujer y a su hija que así se lo sacan de encima.

Sólo Fritz no aparece, y Sidi no se anima a preguntar por él. Sylvie parece notar su mirada escudriñadora y su desconcentración en la charla y, en la siguiente ronda de tortas, le susurra al oído que llamó para disculparse, que una conocida de él se sentía mal, y que se pondría en contacto con Sidi.

A esta se le cae el alma a los pies, toda excitación ha desaparecido, se le hace un nudo en la garganta, mira por las ventanas y clava la vista en las nubes de un gris claro, no oye las frases siguientes, carraspea y vuelve a dedicarse, con extremada disciplina, a las bromas del viejo Fritz y a las atenciones de su mujer y su hija.

Después de la hora de cumplido que al menos se espera que dure una visita de tarde, inicia su partida, excusa su apuro con un resfrío de su madre, para quien todavía tenía que comprar algo en la farmacia, y ya está parada en la salida, con la cartera enganchada del brazo. Tan rígida que incluso olvida invitar a Sylvie a retribuirle la visita. Esta es cariñosa como siempre, asegura que ya habrá tiempo

para todo y que se ocupará de tirarle de las orejas a ese poco confiable canalla de su hermano. Que de todos modos se verían a más tardar el fin de semana siguiente en el té con baile en lo de los Weinberger en Katzelsdorf. Sidi no sabe nada de eso, sólo dice mecánicamente “sí, sí”, toma, con una sonrisa forzada, las manos de los Dietz tan amablemente ofrecidas e intenta dejar lo más rápido posible tras de sí esta derrota. Recién en el 31 se sueltan algunas lágrimas, y los habituales velos azul grisáceos en su interior se apoderan nuevamente de su alma.

La casa de campo de los Weinberger en Katzelsdorf en las cercanías de Wiener Neustadt, es en realidad más que una casa de campo, es una propiedad rural. No es la primera vez que Sidonie está allí, pero cada vez que sube en un vehículo por el camino de entrada –porque sin automóvil es difícil llegar al lugar– queda impresionada. Anchos senderos de guijarros, recién rastrillados, flanqueados por lilas, luego por exuberantes rosas de tronco alto, conducen hacia una entrada que da cuenta de su condición social. Columnas jónicas a izquierda y derecha, arriba de ellas, desproporcionadamente grande, un escudo familiar en piedra arenisca. La casa misma es una imponente instalación asimétrica, la parte izquierda más baja, con una veranda en semicírculo, desde la cual un camino de recovas lleva hacia un lugar de descanso con un banco de piedra con románticas formas curvas. Desde ambas explanadas, escalinatas curvilíneas conducen al gigantesco jardín con cancha de tenis. Arriba de la entrada están el balcón y la terraza, que lleva al sector habitado superior, de la derecha, con torre. Las puertas abiertas de la terraza detrás de ampulosos postigos de madera y claras persianas de enrollar, que se ondean levemente en el viento de la tarde, muestran que es un día de otoño particularmente cálido.

Así que aquí tendría lugar el té con baile ansiosamente esperado, que incluye el reencuentro con Fritz, con respecto al cual Sidonie no sabe si alegrarse o temerle.

Detrás de Heinrich, su carabina fraterna, sale del auto y se ubica en la escalinata de entrada para esperar que le toque el turno para saludar. Abraza con fervor a su amiga Grete Weinberger, hace una correcta reverencia ante Muni, su madre, de la que Grete es un calco. Papacito, el padre de mirada enconada, que siempre tiene un cigarrillo consumido a medias en la comisura de los labios, pero que es infinitamente bonachón, no tiene ganas de tener que enfrentar estas “pavadas de adolescentes” y no se lo puede ver por ningún lado.

Todos los demás ya llegaron y están parados en el salón en la veranda y se aferran a un vaso de clericó o curiosean en la terraza y en el jardín. Los hijos Wunsch, los Schallenberg, Egon Jordan, un joven francamente chic, excelente jugador de bridge, que está trabajando en su carrera de actor y se interesa poco por el mundo femenino –lo cual agrada a Sidonie–, el marido de Grete, Willy, que conversa animadamente con el marido de Sylvie, y sí, allí atrás, apoyados contra la baranda de la terraza, también los hermanos Dietz. Sylvie estampa dos fuertes besos en la mejilla de Sidi, Fritz, lamentablemente, sólo le estrecha la mano y le sonrío, con picardía, desde abajo. Su cabello, peinado con fuerza hacia atrás con pomada, brilla, y su traje cruzado claro no está tan arrugado como para dar una impresión de desprolijidad.

Sidi sonrío, con inseguridad, y busca pronto la distancia salvadora en el bufet. A Klaus, que esta parado a unos metros de Fritz, embarazosamente no lo vio.

Unas horas más tarde, Sidonie mira, con ojos ardientes, la pista de baile. Allí están girando, a gran velocidad, Fritz con su amiga Grete al compás de un vals. Sólo faltan dos horas para la medianoche y él no la sacó a bailar más que una vez. La sostuvo con rigidez del brazo, no tan cerca como ahora sostiene a Grete. Ella, envalentonada por el alcohol, le lanzó, en el transcurso de la noche, una y otra vez miradas sin disimulo, pero él hizo como si no se percatara de ello. Ahora, otra vez, Klaus está en camino a ella, y ahora no se le ocurre ninguna excusa para no bailar con él. Se levanta, algo desganada y lo sigue a la pista. Tal vez debería cambiar su táctica y hacer como si estuviera realmente enamorada de Klaus, al menos eso podría llamar la atención de Fritz.

Así que se aprieta sistemáticamente contra el joven Bäckström. Es que no tiene mal aspecto, si no fuera tan serio y rígido. Y casi no se le ocurre nada para hablar, lo que vuelve un tanto forzada la conversación. En compensación, la atrae fuertemente hacia sí y la sostiene bien cerca de él durante el siguiente vals lento. Ella tomó lo suficiente como para que no le resulte desagradable, lo que sí le llama la atención en forma desagradable, por cierto, es el objeto duro que tiene en el bolsillo de su pantalón.

“Dime, ¿tienes una llave en el bolsillo?”

Klaus lo niega con vehemencia.

“Bueno, pero hay algo duro en tu bolsillo, es incómodo para bailar”, continúa ella, sin aflojar. Recién cuando al joven le sube la sangre a la cabeza, interrumpe el baile antes de tiempo y casi se va corriendo, empieza a percatarse de que dijo algo malo.

Pero como si con esto no bastara, a una hora avanzada comete un paso en falso mucho más grosero. Cuando tocan *Little Japanese Man*, su tema preferido, se dirige espontáneamente hacia Fritz y lo saca a bailar. La alegría éflica provocada por los pérfidos trozos de fruta del clericó ayuda a ambos a superar la tensión, y los próximos bailes sólo les pertenecen a ellos. La táctica de Sidi sumada a la consiguiente –no intencionada– falta de tacto parece haber producido su efecto. Fritz está divertido, encantador y muy atento, Klaus está totalmente olvidado.

No es de sorprender que todos comiencen a hablar a sus espaldas. En una pausa, cuando está parada, agotada, sudando y feliz, en el borde de la pista, viene su amiga Grete y le da un golpecito en las costillas, diciendo: "Y, ¿es verdad lo que dicen todos, que hiciste un *impasse*?" [Para todos los que no conocen el juego de bridge: un *impasse* es el alma del juego. Se juega el Valet, la Reina gana baza, pero sólo para conseguir el Rey o el As.]

Sidi se hace la ingenua, como si no tuviera la más mínima idea, y balbucea, entre risitas: "Pero por qué, si yo sólo me estoy divirtiendo. Deberían alegrarse." Y ya vuelve a recorrer con los ojos la sala para encontrar a su último compañero de baile.

Que no tiene la más mínima idea es verdad, porque en realidad no tiene ningún tipo de experiencia práctica en el coqueteo con hombres jóvenes. En su casa nunca le explicaron nada, lo poco que sabe es bastante teórico y proviene de las horas de lectura del *Mutzebacher* en lo de Leonie. En la realidad, hasta ahora, no le interesó nadie. Los amigos de su hermano Heinrich siempre le resultaron demasiado infantiles, los hermanos de sus amigas de la escuela nunca le movieron un pelo y los socios comerciales que su padre llevaba a la casa eran demasiado viejos y feos... nada para una mujer que se enamora de la belleza. De vez en cuando, durante los diversos veraneos, había hombres por los cuales arriesgaba una mirada, pero después venía enseguida la mirada amenazadora y penetrante de su madre que señalizaba: "Saca las manos, ese es mío."

Sólo ahora, con Fritz, es diferente. Él la pone tan alegre; en lo profundo de sus entrañas siente agitaciones y risitas, y no puede hacer nada en contra. Su seriedad y su melancolía se esfuman, y se desprenden de ella la afectación indiferente superpuesta y la arrogancia. Ella siente que él le hace bien y quiere conseguirlo.

Pero eso no se basa en un deseo recíproco, porque –y de esto Sidonie no se enterará nunca– sus encuentros con Fritz y Klaus son un juego de confabulaciones.

Fritz, pese a su corta edad, tiene experiencia con mujeres y ha atravesado todos los ritos de iniciación de los hombres jóvenes de su

generación y estrato social. Conoce el paseo elegante de las mujeres ligeras en la Kärntnerstrasse y los establecimientos con los famosos faroles rojos por dentro y ha aprendido mucho en brazos de estas mujeres. Y le encanta poner en práctica lo aprendido. Con Sidonie, eso no sería posible.

Él se dio cuenta rápidamente de su exaltación, de sus miradas oscuras con la cabeza un poco gacha y los suaves movimientos dúctiles al bailar. Y también lo halaga que esa mujer hermosa le dé a entender su voluntad, pero ¿una relación con ella? Por Dios, ¡no! Demasiado trabajo, demasiada limitación y falta de libertad.

Semanas más tarde, cuando Muni Weinberger —a la que le gusta tanto hacer de persona de confianza de sus jóvenes invitados y así siente que se vuelve joven ella misma— lo lleva a un costado y le pregunta: “Dime, Fritz, ¿por qué no tienes una relación con Sidi?”, él contestaría: “¿Con Sidi? ¡Jamás! Con cualquiera menos con ella. Es una esteta, y en la cama, la estética se acaba.”

Ya muy pronto, después de su primer encuentro en el lago Wörthersee, él decidió que ella le correspondía a Klaus. Las miradas sentimentales y la tristeza romántica de este no podían dejar de notarse. De modo que estos dos amigos desiguales se habían puesto de acuerdo en Viena, cerveza de por medio, acerca de quién se iba a quedar con ella.

Klaus, al principio, estaba agresivo e inseguro, porque pensaba que otra vez perdería y que Fritz le desbarataría los proyectos con su encanto y esa terrible frivolidad que él mismo no poseía en absoluto y tanto le hubiera gustado tener para atrapar más fácilmente a las mujeres. Fritz sólo había sonreído y le había puesto la mano en el hombro.

“Yo no la quiero, amigo mío. Yo no estoy para esas locuras románticas. Tienes el camino libre. Y... no te lastimes, ya sabes lo que se cuenta de ella.”

Y después conversaron un rato más sobre las habladurías que aparentemente recorrían hace años la sociedad vienesa, de que Sidi Csillag tenía una llamativa predilección por las mujeres. Pero los dos jóvenes estaban de acuerdo y, demostrando una espectacular sobreestimación de sí mismos, totalmente convencidos de que esas cosas no eran algo permanente en las mujeres. Lo que hacía falta era un hombre adecuado, y Klaus era un hombre así, sin lugar a dudas. Así ella ya perdería su interés por las mujeres.

Klaus estaba eufórico. En la calle abrazó repetidas veces a su amigo, bailoteó a su alrededor y le golpeó fuerte la espalda, hasta que Fritz se liberó y mandó al rubio soñador a su casa, a la cama, para que siguiera soñando.

Sidi comienza a percibir las consecuencias de este trato muy pronto después del té con baile, que duró hasta tarde a la noche y la hizo tan feliz y la llenó de esperanzas. Fritz no la llama, y tampoco logra nada con el par de tanteos cuidadosos que realiza para llegar a él a través de Sylvie. Después, su orgullo le prohíbe seguir persiguiéndolo, y dirige su amor y su pena hacia adentro y se vuelve, otra vez, callada, impenetrable y rígida. La partida definitiva de su gran amor, la bella baronesa, a Berlín sólo empeora aún más las cosas.

Entretanto comienza la temporada de baile de 1923, y hay muchas oportunidades para Klaus de encontrarse con Sidi y volver a hacerle entender una y otra vez lo atractiva que le resulta y cuánto le gusta. Sidi no se resiste y sonríe, con rostro inexpresivo y ausente, lo cual es interpretado por Klaus, al menos, no como señal de rechazo.

Una noche, después de una fiesta de disfraces en el palacio Auersperg, durante la cual él no pudo dejar de tenerla cerca y ponerle las manos encima, la lleva en taxi a su casa. Ya en el fondo del auto ella siente su cálido aliento en la oreja y a veces un ligero roce de sus labios. Después, afuera, delante de la puerta de entrada, junto a una gran montaña de nieve, llegó el momento. La rodea con sus brazos y la apretuja hasta tenerla bien cerca de sí, y Sidonie Csillag, pocas semanas antes de cumplir veintitrés años, es besada por primera vez por un hombre: una experiencia de la que no se recupera hasta una edad muy avanzada.

Con estremecimiento se acuerda de la lengua de él en su boca, de su respiración caliente y agitada y las manos impertinentes que se meten debajo de su abrigo y quieren subir por la cintura hasta su pecho. Le da asco. Le parece bestial, con un movimiento brusco aparta su cabeza y su cuerpo de él y lo aleja de un empujón. Él está pasmado, avergonzado, dolido, murmura una disculpa, le besa la mano, improvisando rápidamente una despedida, y pronto se consuela en su interior diciéndose que ya llegaría el momento y que ella necesitaba tiempo.

Nunca llegaría el momento, pero eso no lo necesitaba saber Klaus esa noche de invierno de febrero de 1923.

Este episodio ocupa a Sidonie durante mucho tiempo más, y está confundida. No sabe si las cosas son simplemente así entre hombres y mujeres, que ellos se excitan, ávidos y demandantes, mientras que ellas los aceptan sin ganas. Tal vez es un funcionamiento de la natura-

leza y es normal que una mujer no la pase bien con hombres. ¿O es ella la que no es normal? Lo único que le viene a la mente al respecto son las veces que jugó al doctor con sus hermanos hace muchos años. Entonces, el mayor y también el menor estaban ávidos de verla en su desnudez y ponerle la mano entre las piernas. A ella eso la impresionaba poco, tan poco como ese pequeño trozo de carne que ellos tenían adicionalmente entre las piernas. En realidad sólo la ponía incómoda y le daba pudor, y buscaba lo más rápido posible su ropa. En el fondo envidiaba a los animales, que al menos tienen un pelaje para esconder su desnudez y avidez.

Sólo mujeres lograron despertar en ella sentimientos intensos, pero tampoco en esos casos ella tiene el deseo de que estas la desvistan y la cubran de besos húmedos y toquen su cuerpo. En todo caso, al revés.

¿Pero por qué sus amigas nunca dijeron nada? Nunca ninguna le advirtió que en realidad es horrible con hombres. Sólo andan por ahí riéndose y cacareando, moviendo el trasero y haciendo como si tuvieran muchísima experiencia.

Y en este momento, las cosas están particularmente mal. Todas se casaron o ya están comprometidas: Ellen se casó con Paul Ferstel, Christl Schallenberg es la próxima a la que le toca el turno. Sylvie Dietz ya pasó por eso. Se casó muy tempranamente, a los dieciocho, con Rudi Mumb –que le resulta muy antipático a Sidi y además muy poco conforme al rango social–, de cuyas historias de mujeres todos están informados menos Sylvie. Grete Weinberger está casada, con uno al que también se le atribuyen aventuras con hombres, pero eso no parece resultarle un estorbo a ella para seguir manejándose de forma muy ligera con hombres.

Sólo Christl Kmunke queda a salvo del bacilo del matrimonio. Tal vez debería preguntarle por qué. Pero eso no tiene sentido, porque ya conoce la respuesta de antemano, o sólo necesita mirar los ojos traviosos y nostálgicos de Christl, cuando esta la vuelva a mirar con enamoramiento.

Tal vez haya algo que ella todavía no sabe, un secreto entre hombres y mujeres al que todos sus conocidos se atienen. Que es tan fuerte que se volvió una convención, a la que se adaptan todos y construyen su vida en torno a eso. Entonces debe de ser normal vivir en esa convención y también normal que no produzca placer. Debería tomar eso como orientación y olvidar sus sueños.

En esta disposición de ánimo, el cortejo cada vez más intenso de Klaus se topa con un terreno aplanado, aunque árido. Cuando, un buen día, le pregunta si no se quiere casar con él, ella encoge un poco



los hombros, sonríe crípticamente y dice, coqueta: "¿Por qué no?" Lo que Klaus no sabe es que esa ligereza fue obtenida a costa de tristeza y grandes penas. Todos los amores y pasiones de Sidonie se le escaparon de las manos y, a esta altura del partido, ya son inalcanzables. Leonie ama tanto más a otras mujeres que se mudó a Berlín de un día al otro, Fritz se divierte con otras mujeres tanto más que la evita... ¿así que qué sentido tenía todo?

Por eso, también podía ser un Klaus. Él es dulce y bonachón, y tan emperrado con ella que ella siempre va a imponer su voluntad. Si alguna vez una hermosa mujer vuelve a deslumbrar su corazón –por lo cual reza y lo cual espera para huir de la apatía de su vida– él tendrá que aguantárselo. Y ella aprendió de Leonie lo bien que se puede hacer congeniar una apariencia social con una vida según el propio modo de ser.

Además, Klaus tiene una gran ventaja: es un buen partido y sería más que bienvenido por parte de sus padres. El padre de él y el de ella son socios comerciales, y ese tipo de uniones son particularmente valoradas por aquél. Así, todos esos lamentos y el control de sus padres serían eliminados de la faz de la tierra.

Y bueno, que sea Klaus entonces.

Cuando, un día, a primeras horas de la tarde, hacia fines de la primavera de 1923, Sidonie comunica a sus padres que Klaus Bäckström va a pedir su mano, estos están fuera de sí de tanta felicidad y quieren saber todo hasta el último detalle. Sidi cuenta con escuetas palabras acerca del joven, del cual el padre al menos ya sabe algo. Que proviene de muy buena familia, que pronto habría concluido sus estudios y que todo indicaba que, a través de su padre, iba a conseguir un puesto bien remunerado en el banco y con oportunidades de ascenso, que en los últimos meses se había encontrado frecuentemente con él y había podido verificar que se comportaba de manera intachable y atenta y que él estaba muy enamorado de ella. Dijo que le parecía conveniente esperar un poco con la boda, hasta que realmente hubiera terminado. Pero que ya se podía comenzar con todos los preparativos.

Los padres de Sidi están más que de acuerdo. Porque ya les hubiera resultado una buena noticia que Sidi fuera pretendida por uno de los hijos Wunsch, porque finalmente Wunsch padre era un buen socio comercial de Antal Csillag. También a Fritz Dietz lo hubieran acogido cordialmente como futuro yerno, aunque la familia, tal como murmurara la sociedad, se encuentre en pleno declive, porque el viejo Dietz

disfruta de la vida gastando más de lo que puede afrontar y no tendría mucho que ofrecer salvo un buen nombre. Pero en el caso de la boda de Sidi lo importante es el hecho de que tenga lugar, así que el dinero no desempeña un papel tan decisivo.

Pero un Klaus Bäckström como futuro yerno es más de lo que los padres Csillag se imaginaron en sus sueños más osados.

Proponen invitar al joven ya la semana siguiente a tomar el té, así podría ofrecer sus respetos y también liquidar todo lo demás. Que Sidi lo arregle todo ya en forma telefónica.

Cuando Klaus, unos días más tarde, llega a lo de los Csillag, la casa vibra de tanta tensión festiva. Por todos lados hay magníficos arreglos florales, los hermanos de Sidi también están ahí y, con sus trajes oscuros, lucen casi más elegantes que el futuro novio. Los dos padres muestran una cordialidad exquisita y dan la bienvenida a Klaus Bäckström como si fuera un miembro de la familia.

El propio acto de pedir la mano es una cuestión de segundos, y sin mayores preguntas por parte de los padres de Sidi, Klaus se ve en la meta de sus sueños: tendría como mujer a su gran amor, la hermosa Sidonie Csillag de familia rica y respetada... hasta que la muerte los separe.

Antal y Emma Csillag están sumamente satisfechos cuando, esa noche, se hunden en su cama matrimonial, y, por primera vez desde hace años, vuelven a hablar entre ellos más de dos oraciones.

Klaus les dio la impresión de ser un hombre serio, y era evidente que estaba enamorado de Sidonie. Pero lo que –desde el punto de vista de Antal– pesa más que nada es el padre de Klaus. Heinrich Bäckström, que durante mucho tiempo fue el gerente técnico de la Sociedad Minera Alpina, subió, después de la temprana muerte de Oskar Rothballer, al puesto de director. La Sociedad Minera Alpina es, entretanto, una de las más importantes empresas industriales de Austria –sí es que no es la más importante–, con una relevancia que trasciende por mucho las fronteras del país. Eso es una garantía puede ayudar a las dos personas jóvenes a pasar las peores épocas, y su hija llevaría, bien instalada, una vida en el lujo. Si ella es feliz y lo ama... ¡ay, qué pregunta! El hambre viene comiendo, piensa el viejo Csillag para sí y apaga la luz.

En el mundo paralelo de los padres Bäckström todo es pura alegría cuando Klaus revela sus planes de casamiento. Klaus es el único hijo

de los Bäckström, amado y mimado. Los padres saben que su modo de ser sentimental y algo demasiado serio siempre fue un obstáculo a superar para conectarse con la gente. Una mujer amable se lo facilitaría mucho y cuidaría de su alma sensible. El hecho de que sea judía y en sociedad haya circulado algún rumor sobre ella... qué importa. Los Bäckström son personas de mente abierta y liberales, y en su casa recibirán con alegría a una nuera –también de un hogar judío– si el único hijo es feliz con ella.

El encuentro oficial de los padres de Sidonie y de Klaus, entonces, no puede ser sino exitoso. Rápidamente, los dos padres han encontrado un tema de conversación y discuten los intereses del negocio en común, parados junto al hogar, con su elegante traje Stresemann y una copa de oporto en la mano. Las madres ocupan cada una su punta del tresillo, se llevan la taza de café a la boca y hacen resplandecer anillos y sonar bajito pesadas pulseras de oro y platino. Charlando animadamente se entusiasman con la lista de invitados, los modelos de traje de novia y el aprovisionamiento de la mesa de bufet. Klaus y Sidi están sentados mano en mano en el canapé de enfrente y son, en este encuentro, tan sólo mudas piezas de ajedrez en el juego de mesa de la política matrimonial de la sociedad vienesa.

La conversación de Antal Csillag y Heinrich Bäckström gira entorno al tema, entonces dominante, de la bolsa de Viena: las especulaciones con el franco francés. Casi todos los inversionistas austríacos habían comprado francos franceses, porque esa moneda estaba débil y cada día se debilitaba más. Todos esperaban el momento en que alcanzara su punto más bajo. Entonces podrían desprenderse de sus divisas por una buena ganancia.

Uno de los socios comerciales estrechos de Antal Csillag es el reconocido economista Paul Goldstein, desde 1922 presidente del Banco de Depósitos. El Banco de Depósitos se había embarcado a lo grande en las especulaciones con el franco, y Goldstein había incitado a Antal Csillag a invertir parte de su patrimonio en francos franceses. También Heinrich Bäckström se había aventurado y había especulado un poco. Ahora, los dos señores junto al hogar se preguntan cuándo llegará el momento de cosechar sus ganancias.

En este caso, sin embargo, la espera de las ganancias sería vana. La *Creditanstalt* y la Institución Crediticia sobre la Propiedad Inmobiliaria fueron informadas a tiempo de que la institución bancaria norteamericana Morgan respaldaría al franco, y se habían deshecho de

sus francos. Pero el Banco de Depósitos no había sido iniciado en los planes de la institución bancaria Morgan y había tenido que cerrar el 5 de mayo de 1924 por el enorme déficit en sus cajas.

El fin de la especulación con el franco tuvo consecuencias devastadoras en el mercado de acciones. Desde el exterior regresaron muchas acciones a Austria, y entre comienzos de marzo y fines de julio de 1924 fluyeron al exterior casi treinta por ciento de las reservas de divisas del Nationalbank por un valor de 1.250.000 millones de coronas. Eso fue el comienzo del gran desmoronamiento de la bolsa de la Primera República. Entre 1924 y 1926, se liquidaron 37 bancos accionistas y 136 bancos privados. Los índices bursátiles cada vez estaban peor, y todo el mercado había perdido confianza. Señores como Csillag y Bäckström perdieron mucho dinero con esas especulaciones.

Por esa razón, a partir del otoño de 1924, en la familia Csillag había que cuidar un poco más el dinero, y la boda, tal vez, no resultaría tan lujosa como la vanidosa Emma Csillag lo hubiera querido.

Pero en el momento de hacer público el compromiso, todo parece ser pura alegría. Una pequeña pero muy elegante recepción en lo de los Bäckström ofrece la oportunidad a la sociedad vienesa de convertir las nuevas noticias en charla informal y felicitar a la pareja de novios. Sidi luce encantadora y Klaus elegante, rígido y feliz. Sidi lo aprecia como a un amigo y hermano, pero en las horas de soledad se pregunta cómo hará para tolerar un matrimonio con él. Pero al poco tiempo de su compromiso ya tiene poco tiempo para seguir cuestionándose su futuro al lado de un hombre.

Porque Leonie regresa en marzo de 1924 inesperadamente a Viena. El escándalo que le siguió, sumado al proceso judicial, costará a Sidonie toda su fuerza y casi su buena reputación. Además vuelve a abrir una herida en su corazón que sólo había sanado en forma insuficiente. El dolor del no-ser-deseado y con este un profundo anhelo por poder vivir un amor que la haga feliz vuelve a hacerse presente. Estos sentimientos tienen nombre, se llaman Leonie y Fritz, y le dejan cada vez más en claro a Sidi que no se puede casar con Klaus.

A todo esto, en octubre de 1924 ya está encargado el vestido de novia: un sueño color blanco; y para Sidi, un símbolo de su creciente desesperación. Klaus no deja de fantasear con el viaje de bodas y recorre el mapa con su dedo. Ya tiene todo planeado: las estadias en Venecia y Florencia, las visitas a los museos, las noches en los mejores hoteles. Sidi entra en pánico.

Pero también aquí va a encontrar una salida... radical como siempre que está con la espalda contra la pared y tiene miedo de decirle la verdad a su padre.

¿Pero no sigue existiendo esa amiga eternamente fiel, la siempre comprensiva Christl Kmunke? ¿La que tiene un padre aficionado a la caza, que colecciona armas? Por su intermedio debería ser fácil conseguir un revólver, haciéndolo pasar por regalo para el prometido.

Y Christl logra, efectivamente, hacerle llegar pronto lo que deseaba.

Para el siguiente fin de semana, otra vez está planeado un encuentro entre un pequeño grupo de amigos en lo de los Weinberger en Katzelsdorf. Sidi ya aceptó salir de viaje para volver a ver a sus mejores amigos. Klaus no puede asistir. Grete, Sylvie, Hans Wunsch y ella pasan una agradable tarde de fin de otoño con paseos, ponche y una cena opulenta. Incluso Fritz, después de tanto tiempo, vuelve a participar del grupo. Hacía muchísimo tiempo que no se veían, y el encuentro a Sidi sigue sin resultarle indiferente. Por más que no tiene muy buen aspecto –de alguna manera está pálido y delgado–, otra vez no puede sustraerse a su influjo. Se queda sentada durante mucho tiempo con él en el salón, tomando una copa de vino, y habla sobre los últimos meses, en los que se habían perdido de vista. Fritz percibe claramente que ella no es feliz. Cuando el tema pasa a su inminente casamiento, le vienen las lágrimas a los ojos, e interrumpe la conversación. Fritz no quiere seguir escarbando y se despido al poco tiempo para irse a dormir. Entonces Sidi se levanta y, con una franqueza completamente inusual para ella e inexplicable para él, se le acerca y le coloca los brazos alrededor del cuello.

“Que te vaya bien, Fritz. Yo te sigo queriendo mucho.”

En lo profundo de la noche, cuando todos ya hace rato están durmiendo y la casa está en silencio y oscura, Sidonie vuelve a encender la luz en su habitación. Abre su cartera y tantea hasta que siente las frías ranuras de metal de un cilindro de cartuchos bajo sus dedos. Vuelve a controlar el cilindro... sí, los seis cartuchos están en sus recámaras. El calibre sería lo suficientemente fuerte, ya lo averiguó. Bastaría para conducir a la muerte a un animal de tamaño mediano, así que también sería suficiente para ella.

Conteniendo la respiración toca el fino mango de nogal, cuyo ve-teado tiene algo de blando, de consuelo. Tampoco el metal gris claro del cañón la asusta, tal vez la muerte sea algo suave. Su decisión es inamovible. Así no puede seguir viviendo, no puede casarse con un

hombre al que no ama, y tener que extrañar y dejar partir siempre a aquellos que ama tanto. A la vez, ¡la vergüenza que implica para sus padres no poder hacerlo! Es el único camino.

Lentamente gira el arma hacia sí, con ambas manos toma el mango y coloca la boca en su corazón. Con todas sus fuerzas aprieta el gatillo, hasta que finalmente cede.

El disparo recorre como un latigazo toda la casa y hace que los huéspedes, nerviosos y confundidos, se junten rápidamente. Todavía no se sabe lo que pasó, si se introdujo furtivamente un ladrón, si perdió los nervios un asesino... pero rápidamente todo está claro. Sidonie yace, cubierta de sangre e inconsciente, al pie de su cama, con una herida de bala en el pecho. Pero está viva. Muni Weinberger intenta, en pánico, detener el sangrado, y ordena a los gritos a su marido que saque el auto del garaje para que Sidonie, cuyo pulso aún late débilmente, pueda ser llevada al hospital en Wiener Neustadt. A Grete le toca llamar por teléfono y alarmar al cirujano de guardia. Luego, a velocidad extrema en el gran Coupé Steyr de papacito con Sidi, agonizante, en el asiento de atrás, se dirigen al hospital.

Los amigos pasan horas colmadas de miedo en la sala de espera del hospital, hasta que a la mañana temprano llega la noticia recibida con gran alivio: Sidonie sufrió una herida en los pulmones, sin orificio de salida, y sólo a la elección –probablemente inconsciente– de una bala encamisada, que no se partió en su cuerpo desgarrando sus órganos, le debe la vida. Y a una voluntad superior o a su inhabilidad como tiradora por la que erró a su corazón sólo por dos centímetros. Sobreviviría. Pero, debido a la gran pérdida de sangre, está muy debilitada y el proceso de curación llevaría semanas.

Cuando Sidonie, después de su profundo desmayo y horas de sueño intranquilo, abre los ojos, se ve obligada a confirmar que otra vez no logró poner fin a su vida. El tercero de sus intentos de suicidio había fallado... evidentemente no es el modo reservado a ella para irse de este mundo. Cuando se descorren los velos de los ojos, pasó el peor dolor y puede volver a respirar, lo primero que hace es sacarse el anillo de compromiso de su dedo y dárselo a Heinrich. Le pide al hermano que se lo devuelva a Klaus. Y no va acompañado de ningún comentario, ningún mensaje ni ninguna carta por parte de ella. Los sentimientos de su prometido la preocupan realmente poco, está contenta de habérselo sacado de encima. Es cierto que quisiera decirle a Klaus algo que debería haberle dicho mucho antes de su compromiso: que lo aprecia, que es como un

amigo fraternal al que querría tener de amigo toda la vida, pero que, por esas mismas razones, para un matrimonio no basta. Pero para eso, a ella –que al fin y al cabo tuvo suficiente valor para dirigir el arma contra sí misma– le falta todo coraje. Así que Klaus recibe, desconcertado, junto con la terrible noticia de que su amada Sidi hizo un intento de suicidio también el anillo de compromiso y así la noticia de su separación. Nunca se recuperará de esto. Nunca volverá a cortejar a una mujer y pasará su breve vida solo. A los cuarenta y dos, mientras espera para probarse un nuevo traje en lo del sastre, se cae de la silla y está muerto.

La persona en torno a la cual, en el fondo, gira todo, Fritz, no se deja ver en el hospital durante las semanas en que Sidi está internada, lo cual le confirma dolorosamente lo que de todos modos ya sabe: él la está esquivando.

Cuando al fin puede abandonar el hospital, Sidonie está cambiada, también en su aspecto. Todo rasgo añinado ha desaparecido de su imagen. Está muy delgada y tiene la seria belleza elegante de una mujer adulta a la que se le nota que ha vivido cosas profundas. De repente, tampoco Fritz puede seguir sustrayéndose a su encanto. Una noche, poco antes de que ella cumpla veinticinco años, él la invita a ir juntos al cine. Y sería una noche de los malos entendidos, de las sensibilidades y de la comunicación ambivalente.

Después de la película, en un pequeño restaurante, le confía a Sidonie que estuvo pensando y que le gustaría establecer un vínculo con alguien, que le gustaría casarse. Ella vuelve a sentir una puntada en el corazón. Se pregunta por qué él le cuenta eso a ella, por qué la hace sufrir, porque es obvio que no se está refiriendo a ella con ese anuncio. Entonces le pregunta, insidiosa, cómo se le ocurrió casarse cuando todavía ni siquiera terminó con sus estudios.

Fritz se sobresalta y sólo dice, amargado: "Sí, ya lo creo, no quieres casarte conmigo."

Sidonie cree que sus oídos la engañan. Todo ese tiempo largo la estuvo esquivando, ¿y de repente le ofrece matrimonio en forma indirecta? ¿Realmente se refiere a ella y no a otra? ¿Por qué diablos le preguntó por la finalización de sus estudios? Ahora ya no puede volver atrás. Dentro de ella siente un grito que dice que no le importa en absoluto cómo esté la situación de sus estudios, que ella lo quiere tener, sólo a él, y que por favor le vuelva a preguntar.

Pero Fritz se queda en silencio, con la cabeza gacha, retraído sobre sí mismo y hermético.

Y ella comienza a verse asaltada, otra vez, por las dudas, bien fundamentadas considerando las experiencias de los últimos meses con él. Tal vez Fritz le pida ahora su mano y después, en un par de semanas, piense distinto. Principalmente, después de lo que ella le hizo a su mejor amigo. Si realmente la quiere, que le vuelva a preguntar, más tarde, cuando ella haya superado todo, lo de Klaus, lo de Leonie y lo de ella misma.

Y así, el amor y la espontaneidad se ahogan en el lago amargo de la duda, de la desconfianza y la ofensa. Y ni Sidonie ni Fritz, jamás, tendrán la oportunidad de aclarar la situación intrincada.

Porque Fritz no llegará a vivir su fiesta de graduación y así tampoco la posibilidad de volver a preguntar a Sidonie lo mismo. Poco después de cumplir 26 años, a fines de marzo de 1926, es internado en un hospital vienés con una enfermedad venérea. A Sidonie ni siquiera le queda el tiempo suficiente para ir a visitarlo. Fritz Dietz, aparentemente, es tratado con negligencia y muere en un brevísimo lapso por una septicemia.

El hijo menor de los Wunsch, el primo de Fritz, no se anima a hablar él mismo con Sidonie por teléfono. Le pide a Antal Csillag que le transmita a su hija la triste noticia. Muda por el dolor y el espanto, Sidi recibe la noticia de su muerte. El entierro en el cementerio de Stammersdorf se vuelve uno de sus pasos más difíciles, y al final de la consagración se siente casi como una joven viuda. La tumba de Fritz en las afueras de Viena se vuelve, por muchos meses, dos veces por semana en destino de sus visitas. Para ir y volver necesita cada vez casi el día entero, ¿pero qué otra cosa tiene que hacer? Fritz muerto es un ancla más confiable que vivo, y tal vez, a la serpentina verde oscura de la lápida entre dos abetos medio pelados y el muro rojo del cementerio al fin pueda decirle lo que nunca estuvo en condiciones de decir al hombre viviente.

El año pasado fue demasiado para ella. Trajo demasiadas separaciones. Primero la despedida de su amada Leonie, de la que se tuvo que desprender porque no había futuro para ellas dos y de lo contrario se le habría partido el corazón. Después su separación de Klaus, que casi le hubiera costado la vida. Y ahora la muerte de Fritz. Tanta muerte y despedida, tanto amor no consumado. Todo en su entorno ha cambiado, y no sabe por dónde seguir. La vida tiene que cambiar, eso es todo lo que sabe.





## Capítulo VI

### *Cuerpos de mujeres, cuerpos de hombres*

Sidonie odia esa primavera de 1926. Justo cuando murió Fritz, los castaños y las lilas comenzaron a florecer con una abundancia y una fuerza que le resultan repulsivas. No puede soportar la belleza y la embriaguez colorida de sus pimpollos, ni las cascadas en tonos de blanco y lila, esa vitalidad cargosa que le sale al encuentro por doquier emanando perfume. Por eso y por los recuerdos que paso a paso le perforan con crueldad la cabeza, evita ciertas calles: en esta zona, los caminos por donde solía pasear con Leonie; en aquella, la casa de la familia Wunsch, donde bailó por última vez con Fritz en una *soirée*; por aquí un cine, un banco de plaza, un árbol...

Pasa los días, con excepción de las frecuentes visitas al cementerio de Stammersdorf, en su casa, ausente y silenciosa, en la esquina de un sillón. Con la mirada perdida en la ventana o dirigida al techo, pasa el tiempo soñando o dormitando, sin que sus padres y sus hermanos no se atrevan a dirigirle la palabra, la esquivan casi caminando en puntas de pie, fascinados y conmovidos por su dolor. Durante semanas, ella no tiene ningún recurso ni fuerza para enfrentar este dolor. Las horas y los minutos transcurren con una lentitud tortuosa, y ella no puede sino entregarse, muda, a las olas siempre recurrentes de sentimientos y recuerdos.

A veces está tentada de escribir a Leonie a Berlín, pero después abandona la tarea, ahoga ese deseo con violencia. Porque qué provecho podría traer, salvo nuevas ocasiones para sentimientos, fantasías y anhelos.

Pero luego, inesperadamente, llega la salvación en forma de una pequeña cartita celeste: Marianne Kraus escribió desde Praga.

Marianne, la sobrina del famoso Karl Kraus, es una amiga desde las épocas de juventud, no una de las más cercanas, pero una mujer joven hermosa y cariñosa, a la que Sidonie aprecia y a la que ha visto en los últimos años en forma regular. Porque la familia de su padre Alfred Kraus tenía una casa muy cerca, también en el 3° distrito, en la Mohsgasse, y Sidonie, principalmente en la época de la guerra, solía

darse una vuelta por ahí para charlar un poco con Marianne o para observar a los invitados que gustaba de invitar la casa cosmopolita de Kraus. Allí, a veces, también se encontraba con el famoso tío, el “Kraus de la Fackel”, como lo llamaban en Viena. A ella le resultaba un poco tenebroso, porque le daba la impresión de ser reservado, la miraba con severidad desde sus anteojos sin marco y se apartaba, en seguida, frío y con la cabeza erguida, porque evidentemente no tenía ningún interés en ella ni en las mujeres presentes. Siempre estaba parado en un círculo pequeño de hombres con mirada seria e importante, que conversaban, animados y en parte gesticulando con vehemencia, sobre la situación política. Se sabía que era un ardiente antimilitarista y opositor a la guerra y estaba escribiendo una obra de ese tenor.

Marianne se había casado hacía poco, lamentablemente con un hombre al que Sidonie, por diversos motivos, no podía dar el visto bueno: primero y principal, era judío, y en segundo lugar, le resultaba poco y nada atractivo.

La familia Kraus no se había distanciado del judaísmo con tanta claridad como la familia Csillag, y Sidonie estaba un poco horrorizada cuando Marianne un día le contó que había sido presentada por su familia a un adinerado abogado judío de Praga, evidentemente con la clara idea de que se casara con él. Marianne tenía sentimientos ambivalentes hacia Max Winterberger, era notablemente mayor que ella, rollizo y poco atractivo. Al comienzo no sentía nada por él, después con esfuerzo se fue convenciendo del enamoramiento que no sentía. Finalmente aceptó convertirse en su esposa.

La boda fue una fiesta lujosa, y después Marianne tuvo que despedirse de Viena y de sus amigas de juventud. Con los ojos llenos de lágrimas les pidió a todas que no la olvidaran y la fueran a visitar a Praga lo más seguido posible.

Y ahora ha llegado el momento. Una letra generosa, azul oscura, sobre papel celeste le pide a Sidonie que visite próximamente a Marianne Kraus-Winterberger. La primavera en Praga –decía la carta– era magnífica, podrían visitar a muchas familias de la sociedad praguense, jugar mucho al bridge y disfrutar de la vida.

Eso es exactamente lo que necesita Sidi, porque el silencio infinito de las últimas semanas le pesa cada vez más, y sabe que no va a soportarlo mucho tiempo más. Tal vez un salto a la diversión sería una estrategia más eficaz para combatir su dolor. Además, sus padres estarían de acuerdo sin reparos sobre un viaje a Praga.

Así que, sin demora, hizo sus valijas y reservó los pasajes de tren en primera clase.

Sidonie disfruta del viaje en tren a través del sector boscoso y los bosques de Bohemia... viajar sola es lo que más le gusta. En la estación de tren de Praga es recibida con alegría por una Marianne en estado de agitación que enseguida la introduce en un taxi. El viaje no es largo, porque los Winterberger viven bien en el centro, en la ciudad vieja. Sidonie entra a un departamento de disposición elegante, no lejos del bulevar Graben, y donde no falta nada. Una espléndida serie de habitaciones, conectadas por grandes puertas de dos hojas, la aguarda. Y nada de lo que conoce de Viena, de las casas señoriales en las que se criaron sus amigas, falta aquí. La sala de estar, donde Marianne la saluda con una copa de jerez, está circundada por una impresionante biblioteca de nogal; varios cómodos tresillos con pesadas telas de seda vuelven difícil la elección de dónde sentarse; los artesonados con las pesadas arañas polacas cuelgan, imponentes, encima de ella; y las innumerables alfombras persas no permiten que sus pies se posen nunca sobre el simple parqué.

‘Como en casa’, piensa y se reclina, relajada, para mirar a su amiga a los ojos, que brillan mientras está pergeñando planes para las actividades de los próximos días. Marianne deja volar su desbordante fantasía, y se le ocurren muchas cosas más de las que podrían realizar incluso si Sidonie se quedara un mes. ‘Debe de estar muy solitaria’, se le pasa por la cabeza a la invitada.

Después del jerez y un breve descanso, se ponen en marcha. Aunque Marianne no hace mucho que vive en Praga, la conoce bien, y es un placer pasear con ella por la ciudad. Porque por todos lados parece tener conocidos, ya sea en los negocios elegantes alrededor de la Wenzelsplatz o en los cafés. No pasa mucho tiempo hasta que las dos mujeres son invitadas a la primera partida de bridge. Sidonie está acostumbrada, en Viena, a jugar al bridge siempre en compañía privada, pero aquí en Praga todos parecen tener la costumbre de ir a un café para jugar a las cartas. Ahora, Sidonie y Marianne ya están sentadas hace unas horas en el Continental cerca del bulevar Graben y ganan un partido tras otro. Los clientes *habitués* del café que hablan preponderantemente alemán –en el que a partir de ahora las dos van a ir a jugar a las cartas casi a diario– lo llaman, en forma cariñosa, Conti. Marianne siente una atracción casi mágica hacia ese lugar y, disculpándose un poco dice, con una sonrisa melancólica, que cuando va al Conti se siente casi como si estuviera en casa en el Herrenhof de Viena.

Sólo el idioma checo le trae conflictos a Sidonie. Le parece una lengua ordinaria, ‘una lengua propia de la servidumbre’ piensa despectivamente, y aunque está impresionada por los conocimientos de checo de Marianne, no puede acostumbrarse al sonido. Simplemente

no le gusta que ese país desagradecido se haya liberado de la monarquía, que todo lo propio de la vieja Austria parezca borrado y que Marianne diga *Václavské náměstí* en lugar de "Wenzelsplatz".

A la tarde siguiente, la amiga insiste en visitar con ella otros sitios turísticos y después ir al Slavia. Dice que, a pesar de ser un punto de encuentro de artistas checos, allí enfrente se encuentra el Teatro Nacional y también tiene una hermosa vista sobre el río Moldava y el monte Petrin. En esos paseos por la ciudad vieja, Sidonie comprueba sorprendida que Praga parece sufrir mucho menos las consecuencias tardías de la guerra que Viena. Todo parece mejor mantenido, las personas están vestidas en forma más elegante y alegre, y casi podría uno dejarse contagiarse y sentirse libre y ligero en la desertora Bohemia, que ahora se llama Checoslovaquia.

Luego, una tarde, después del almuerzo, sucede algo acerca de lo cual Sidonie, unas horas más tarde, no puede explicarse cómo aconteció. La noche anterior habían estado en lo de unos conocidos de Marianne y Max, y no habían regresado a la casa antes de la madrugada. La rutina matinal en el hogar Winterberger transcurrió por las vías habituales, pero en lugar de tomar juntos un café después del almuerzo, todos se retiran, algo trasnochados, para una pequeña siesta. También otra amiga de Marianne ha sido invitada, y pronto, después de comer, las tres mujeres se dirigen al dormitorio de Marianne.

Sidonie es la primera que se deja caer sobre la amplísima cama arriba de la funda de suave seda de un rosa claro. Casi no puede mantener los ojos abiertos, se hace un ovillo y comienza a dormitar. Pero pronto, la melodía que acompaña su medio sueño se vuelve demasiado fuerte, las risitas, las palabras susurradas y los suspiros leves ya no se pueden transformar en imágenes del sueño y Sidonie gira, irritada, la cabeza. Cree que sus ojos la están engañando.

Lo que está ansiando hace años, temblorosa, aquello sobre lo cual fantasea y duda, sucede ahí nomás junto a ella. Sólo tendría que estirar una mano y sería parte del juego femenino. Pero está paralizada, cautivada por la belleza de la situación, de la abyección del instante, del erotismo vibrante y de la indignación en su cabeza.

Las dos mujeres junto a ella se están besando intensamente, la mano de Marianne, con un movimiento sinuoso, blando y anhelante, conduce a la amiga hacia sí. Esta se sumerge en su cuello, ondas de largos cabellos oscuros caen con suavidad, ocultan y descubren la intensidad del deseo.

Las mujeres todavía no se dan cuenta de que tienen una observadora. Cuando se dan cuenta, se producen algunos comentarios espontáneos, una invitación, una broma y miradas seductoras.

Pero Sidonie está como congelada, yace rígida sobre sus codos, sólo puede sacudir la cabeza.

Entonces una de ellas se levanta, se acomoda el vestido, quita lentamente su mano de Marianne y dice: “Muéstraselo”. Con una risa ahogada y profunda le dirige una mirada más a Sidonie, después cierra, en silencio, la puerta.

Marianne se dirige lentamente hacia Sidonie, las mangas abiertas de su blusa se corren hacia atrás cuando estira los brazos hacia ella, los botones están abiertos y dejan que la mujer joven que está sentada petrificada en la cama vea unos pechos suaves y opulentos dentro de un claro corpiño de encaje.

Antes de que las manos de Marianne se junten en su nuca, Sidonie todavía piensa que es lindo lo que está viendo, la piel clara y fina, el cabello fuerte, una boca sensual, que ahora se aprieta con vehemencia contra la suya.

De repente aparece Leonie, y la atraviesa un dolor claro y punzante. Para ahuyentar los pensamientos dirigidos a lo que nunca existió, Sidonie responde con más intensidad a los besos de lo que se corresponde con su deseo. Y son más sabrosos que los de Klaus.

Pero en realidad está perpleja, se siente pequeña, no sabe qué hacer ahora con el deseo que estalla hacia ella. Pero Marianne tiene experiencia, y lo que le muestra no puede haberlo aprendido de su marido. No pasa ni un minuto y Sidonie tiene en brazos a una mujer desnuda, que sabe conducir su mano y sabe lo que la colma. Cuando, sin embargo, las manos de Marianne quieren regalarse a la amante, son apartadas. Sidonie no permite que la toque ni la acaricie, su placer se vuelve pequeño y temeroso cuando le toca el turno. Sólo vive por la entrega de la otra.

Cuando Marianne lanza el último suspiro debajo de ella y se recuesta con envión en los almohadones, a Sidonie –como siempre en los momentos menos indicados– le brota una risa desde la garganta.

‘¿Y por esto se vuelven todos tan locos? Somos como los animales... qué absurdo es todo este despliegue, los suspiros y las ansias’, gira en su cabeza.

¿Cómo es que fue a parar a esta situación, con una que ni siquiera tiene esa predisposición, cuyo marido duerme a dos habitaciones de distancia y que de repente parece derretirse por completo por ella?

Marianne yace a su lado, toma la mano de Sidonie, se la coloca en la cara, y cubre de besos el cóncavo interior, la felicidad le salta de los ojos y una risa bajita se abre camino sin cesar desde su interior.

Sidonie está conmovida, intimidada, confundida... no puede retribuir esos sentimientos y se atemoriza ante su poder.

Se levanta rápidamente, ordena su vestido arrugado, que nunca se sacó, y deja atrás, presurosa, la habitación, las almohadas revueltas, las macizas rosas de pentecostés en un florero chino azul, la luz de la tarde sobre el cuerpo desnudo de una mujer feliz.

La noche del día siguiente le añade una nota especial a lo vivido. El matrimonio Winterberger ha invitado a una fiesta de disfraces anticipando el verano, y los protagonistas toman sus lugares en un juego, algunos a conciencia, otros sin saberlo.



Sidonie Csillag en Caballero de la Rosa. Praga, 1926

Sidonie es el Caballero de la Rosa, delgado y andrógino, con pantalones de seda ajustados hasta la rodilla y una levita de brocado con anchas solapas. Con el sombrero de tres picos hundido sobre el rostro puede permitirse todo tipo de cosas. Mira en lo profundo de los ojos de las mujeres y estampa sus labios sobre manos y otros labios. También los de Marianne –mejor dicho, Pierrot Lunaire– se pueden besar sin dificultades. Y es un Pierrot suave y mimoso, con su brillante disfraz blanco, con los gruesos botones negros en forma de borlas en la chaqueta y la lechuguilla de tul, que –acorde a su papel– baila alrededor de Sidonie y realiza con ella sus tiernas payasadas.

Sólo cuando pisa la escena Max Winterberger, ancho y torpe, el Caballero de la Rosa casi olvida su papel... de tanta risa. Una gruesa Marishka húngara se abre paso por la puerta del salón, el pecho debajo de la blusa de encaje formado con grandes bollos de diario, sujetado con esfuerzo por un corsé. Delantal y pollera folclórica se arquean sobre la barriga de cerveza de Marishka, y largas trenzas negras enmarcan el grueso rostro maquillado.

Sidonie se divierte y le pega a Max con su espada en el trasero. Se burla de la belleza húngara y la pone en situación embarazosa por lo osado de su coqueteo con el Pierrot. Max, más que intuir, percibe que el intercambio de sexos es un recurso poderoso que no sólo esa noche lo convirtió en bufón.

Después, Sidonie se queda una semana más, disfruta los días de primavera junto al Moldava y un poco también en los brazos de Marianne que la espera todas las tardes con ansiedad. Pero en su interior se mantiene alejada, se resguarda en la ironía y en constantes aseguraciones a sí misma de que no está para nada enamorada de ella. Y en realidad está contenta de que todo eso haya sucedido en Praga, de donde uno puede volver a irse y distanciarse. Lejos de la severa mirada del padre y también lejos de las persecuciones legales que podrían amenazarla en Austria por ese tipo de relaciones amorosas.

El fin de semana siguiente, efectivamente, parte y deja atrás a una Marianne triste en el andén. Aunque no es la última vez que visitará a Marianne en los próximos dos años, ambas saben que ese encuentro nunca sería más que una aventura vespertina. Sólo la borla del disfraz de Pierrot que Marianne le mete en la cartera en el andén, se lo recordará a Sidonie.



A sus amigas de Viena mejor no les cuenta nada de sus experiencias en Praga. A veces le gustaría hablar con Ellen sobre eso, pero ella, en ese momento, tiene la cabeza puesta en sus dos pequeñas hijas. Y más allá de pañales, alimento para niños y el programa de entretenimientos para las pequeñas y también para el cónyuge, que casi nunca está y trabaja demasiado, no hay ningún tema. Ellen vive con su familia a la vuelta de la esquina de lo de Sidonie, en la Pfarrhofgasse, lo cual queda cerca y es cómodo para Sidi y la convierte en una asidua invitada en el hogar Ferstel. Pero su mejor amiga está ausente y sobreexigida, con frecuencia sufre de fuertes dolores de cabeza que no saben explicar ni siquiera los médicos. ¿Cómo podría entender, así, la confusión y los brincos emocionales de una amiga que acaba de pasar su primera experiencia sexual con una mujer?

Pero bueno, si la vida interior de Sidonie no es un tema, al menos hay variación en lo exterior. Casi todos los domingos realiza con los Ferstel y otros amigos de la familia una partida de campo con auto y chofer propios. Siempre hay alguien que tiene una casa de campo en las afueras de Viena, donde se suele jugar al bridge, o donde –según la estación– se reúnen para salir a caminar, a buscar hongos, patinar sobre hielo o simplemente a tomar el té.

Ya durante el verano –que la familia Csillag pasó como siempre, siguiendo la tradición, en Brioni– el padre retomó el tema de la profesión y tuvo una conversación seria con Sidi. A su regreso, en el otoño vienés, deberá comenzar inmediatamente una capacitación. Hasta fines de diciembre de 1926 va diariamente al Instituto de Enseñanza Weizmann en la Wollzeile y realiza cursos en diversas materias comerciales, comenzando con aritméticas comerciales, pasando por contabilidad, derecho comercial, conocimientos de cambio monetario, trabajos de oficina hasta correspondencia, y puede demostrar admirables éxitos en el aprendizaje. En el mismo instituto realiza también un curso de dactilografía, y le otorgan diplomas que certifican un esmero constante y grandes habilidades en el manejo de diversos sistemas de dactilografía.

Pero Sidonie no tiene ganas de poner en práctica del modo que fuera estas habilidades recientemente adquiridas, e incluso se niega a aceptar la oferta de su padre de perfeccionar lo aprendido en la oficina de él guiada por su mejor secretaria. Sólo escribir a máquina le gusta; de aquí en más, siempre la acompañará una pequeña máquina de escribir y la ayudará, en tanto ferviente escritora de cartas, a realzar una gran parte de su correspondencia privada.

Durante la semana, Sidonie no sabe bien qué hacer. Pasea un poco por Viena, realiza aquí y allá alguna compra y pasa el resto del tiempo en su casa. Allí se acostumbró a los “pasadores de tiempo” que hacen olvidar a mujeres malacostumbradas de su insipidez: es una lectora ferviente. Pero no le interesan las afectadas novelas de mujeres, sino las narraciones de mundos y animales lejanos. Informes aventureros de zonas donde uno es libre y todo es diferente a esta pequeña y miserable Austria residual, donde, en su imaginación, los socialistas cada vez son más fuertes y vuelven inseguras las calles y amenazan al mundo con sus protestas.

Por eso, no será testigo de las manifestaciones antisemitas de nacionalsocialistas, nacionalistas germanos y social-cristianos, que con estas acciones intentan perturbar al Congreso Sionista que tiene lugar en Viena en agosto de 1925. Tampoco registra la manifestación masiva en favor de la anexión de Austria al Imperio Alemán delante de la Rathausplatz, organizada por la Unión del Pueblo Austro-Germana.

No quiere saber lo que sucede de día afuera, y se sumerge con gran pasión en sus solitarios y, ante todo, sus rompecabezas: por medio de los centenares, a menudo millares de piezas puede olvidarse totalmente del tiempo y se sobresalta, luego, en lo profundo de la noche o con el primer cantar de un mirlo en el Arenbergpark sorprendida de que es tan tarde o tan temprano, que otra vez pasó un día y hay que enfrentar el siguiente.

Sólo Robert, su hermano preferido, siempre la vuelve a sacudir de su letargo. Y sólo gracias a su deferencia, Sidonie toma al menos nota de los cambios políticos de Viena. Robert sigue pasando mucho tiempo en los cafés de la ciudad, lee diarios y revistas, habla con gente y observa. No importa a cuántas escuelas comerciales lo mande su padre, Robert se ríe de los balances y pasa por alto todos los secretos del correcto intercambio epistolar, pero para los secretos de los mecanismos de poder político ha adquirido una mirada aguda. En sus recorridos por los cafés, ahora, lleva a su hermana mayor, le muestra los camisas pardas, cuyo número aumenta lenta pero inexorablemente, y le explica por qué siempre vuelve a haber discusiones entre los miembros de la Liga de Defensa, socialdemócratas, y los de la Defensa Nacional, conservadores.

Entonces, los hermanos suelen comenzar a pelearse, y al final están sentados, con la cabeza enrojecida, en su café Herrenhof, donde son *habitués*, denostándose. Robert no puede entender de ningún modo a los amigos de Sidonie y ya hace tiempo se niega, obstinadamente, a tener contacto con ellos. Le parecen indolentes, extremadamente con-

servadores y los llama, despectivamente, "socarrones políticos". Principalmente las familias Weinberger y Wunsch son la meta de su crítica global. Y, lamentablemente, tiene razón.

Porque los hombres jóvenes que rodean a Sidonie son absolutamente abiertos para con el nacionalsocialismo emergente. El hermano mayor de Grete Weinberger, Hans, siempre vuelve con los ojos ardientes desde Munich, donde estuvo escuchando en algún sótano ahumado, una taberna o una cervecería al paso los discursos estridentes de Adolf Hitler. Y aunque la familia Weinberger misma tiene raíces judías, Hans incluso logra llevar también a su padre. Papacito y Hans, entonces, se entregan juntos a una especie de turismo hitleriano y viajan regularmente por el fin de semana a Munich.

También Hans Wunsch, el mayor de los dos hermanos que habían rodeado a Sidonie en el lago Wörthersee, es un entusiasta de orientación cuestionable, que incluso en lo que concierne a su aspecto se esfuerza por responder al rubio ideal varonil de los nacionalsocialistas.

Y, en el medio de todo, Sidonie, una judía, que no quiere serlo, desavisada y políticamente ignorante. Pero si todos son tan amables con ella, dice ofendida, y pregunta a Robert qué le molesta de esa gente.

"Esas personas no se frecuentan", se hace escuchar insidiosamente Robert y se toma el resto de su café con leche.

Sidonie se siente atacada y arrinconada. Para Robert es fácil hablar. Él, que ya a los diecinueve se casó a escondidas con una judía. Y después de un año se volvió a separar, pero sigue teniendo relaciones con esa mujer. Claro, polemizar contra sus amigos, eso puede, cuando en realidad ellos también tienen algo de razón.

Al sentirse ofendida deja caer las compuertas, y desenfrenadamente brota de ella que no le gustan los judíos, que son un pueblo de segunda categoría y que llevan una maldición encima, por la cual, mejor, deberían ver cómo hacen para desaparecer del planeta.

Cuando dicen "judíos", siempre se refieren a los otros, a esas figuras pobres y harapientas que llegaron de oriente a comienzos de siglo, que destruyeron la reputación de todos los otros que ya hace tiempo estaban ahí. Como en el caso de los Csillag. ¿Cómo es posible que familias como la suya, que hace tiempo están bautizadas y se han asimilado tanto, se ven expuestas al antisemitismo, por esas figuras que hablan yiddish, se comportan y tienen el aspecto de judíos, a ser tratados como personas de segunda categoría? Con ella no.

Su hermano queda perplejo. La vehemencia de su hermana, normalmente tan tranquila, lo asombra. ¿Cómo puede negar las raíces de

su propia familia, qué es lo que le duele tanto? Con furia estampa la taza sobre el plato, corre de un golpe el sillón para atrás y sale del local con pasos enérgicos y acelerados y la cabeza erguida.

Él no permite que le digan a quién puede ver y a quién no, y mucho menos su hermana antisemita. Y eso que él ama tanto a las mujeres. Mujeres y música, esa es su vida, que alguna vez impondrá en contra de todas las convenciones. En contra de su padre, en contra de la sociedad y en contra de esa alarmante estrechez de miras que se está extendiendo en sus círculos como una enfermedad.

A su ex-mujer la conoció en el ambiente de la música y del baile, en el que se siente tan bien. Principalmente este último le gusta particularmente. Ha visto a todos los grandes bailarines de esos años. Nunca se pierde a Grete Wiesenthal y ha visto cautivado sus dos últimas funciones en la Ópera y en el Hagenbund. Y también persigue a la famosa Tilly Losch, desde 1924, fecha de su primer espectáculo unitario en esa ciudad. Y a pesar de que fue extremadamente difícil conseguir entradas porque toda Viena estaba desesperada por asistir, él lo logró después de hacer fila durante horas, incluso durante la noche.

Cuando Mathilde Szendrö-Jaksch, una artista de los talleres vieneses, en 1927 diseña un figurín de su adorada Losch para la fábrica de porcelana Augarten, realmente se compró uno, por un precio horrendo para su situación, y lo colocó en su habitación cerca de la cama.

En el año 1927 se produce una escalada en la situación política, y ni siquiera Sidonie puede cerrar los ojos ante las humeantes ruinas del Palacio de Justicia.

Dos días antes de su cumpleaños, en abril, entregó su papeleta de voto en las terceras elecciones para el Consejo Nacional. Su padre había expresado su preocupación por el rápido crecimiento de los socialdemócratas. En las últimas elecciones, en 1923, habían obtenido 68 mandatos. Esta vez, seguramente, serían más. Los social-cristianos se habían acercado mucho a los pangermanos y no siempre se buscaban diferenciarse de los nacionalsocialistas. Esto no le gustaba a su padre, pero mientras los conservadores formaran el gobierno, no podía pasarle nada a los negocios, por eso –decía– había que tolerar las manchas pardas. Los resultados de las elecciones de 1927 no trajeron grandes cambios: los social-cristianos y pangermanos obtuvieron 85 mandatos, los socialdemócratas 71 y la Liga Agraria 9. El presidente del partido social-cristiano, el prelado Ignaz Seipel, volvió a tener a su cargo la conformación del gobierno.

El 30 de enero de 1927 se produce en el pueblo de Schattendorf, en el sur del estado de Burgenland, un enfrentamiento armado entre miembros de la Liga de Defensa y antiguos combatientes próximos a la agrupación de la Defensa Nacional, en el cual mueren dos indefensos –un niño y un anciano– a causa de las balas disparadas por fuerzas de derecha. Además hay que lamentar once heridos.

A comienzos del juicio de Schattendorf en el Tribunal Regional de Viena, el 5 de julio, los Csillag no están en Viena, sino veraneando en St. Gilgen en la región de Salzkammergut. Pero también en Salzkammergut los veraneantes leen las noticias de los diarios de Viena, que anuncian el 14 de julio la absolución de los francotiradores de la Defensa Nacional por parte de un tribunal de jurados de Viena. Al día siguiente, en las horas de la tarde, a orillas del lago Wolfgangsee el nerviosismo es aún mayor: el Palacio de Justicia está en llamas.

Pasan horas hasta que queda claro que no sólo se prendió fuego el Palacio de Justicia, sino que también se produjeron violentos enfrentamientos entre los manifestantes y la policía. En los diarios del 16 de julio dice con precisión: 89 muertos, 600 heridos graves y 1000 heridos leves. La furiosa multitud socialista había tomado por asalto al Palacio de Justicia en la Schmerlingsplatz, en la inmediata vecindad del Parlamento, y después de destrozarse las ventanas, habían prendido fuego a los muebles y las actas. Se impidió a los bomberos que extinguieran el fuego; los funcionarios socialdemócratas, que llegaron apurados, incluyendo al burgomaestre Karl Seitz, no pudieron convencer a la multitud iracunda para que regresara a su casa. En ese momento, el presidente de la policía de Viena, Johann Schober, ya había dado la orden para emplear armas de fuego y así había puesto en marcha el consiguiente baño de sangre.

Durante días, incluso en Salzkammergut, en los baños de mar, los jardines de los restaurantes, las verandas privadas y los salones no se habla de otra cosa. Una tensión y un nerviosismo peculiares flotan sobre el país como el vapor estival. La gente no sabe si sólo está espantada, sólo temerosa y preocupada o si también tiene cierta impaciencia y curiosidad por lo que vendrá. En los círculos de Sidonie, primero, no se quiere creer las noticias, y en las rondas de bridge vespertinas siempre se vuelve a discutir violentamente. Los señores con tapado de Estiria o las chaquetas de lino verde sobre el elegante pantalón corto de cuero y las mujeres en vestido típico o vestido ligero de lino se dividen en varios partidos. Los que creen que no estuvo bien que la policía disparara a la multitud y los que opinan que ese era el único camino para terminar con el populacho rojo. Después, también,

hay algunos que sostienen que el presidente de la policía, Schober, no había dado orden de disparar, sino que la policía había actuado por cuenta propia. Parece el zumbido de un panal de abejas, y la usual desidia desinteresada, acompañada de conversaciones monótonas, no quiere instalarse.

A Sidonie la angustian las novedades, pero como jugadora fanática de bridge está mucho más disgustada por el tortuoso transcurso del juego que por el escándalo político en Viena. Impaciente solicita a sus compañeros de juego que continúen las discusiones durante la comida y que durante el juego se concentren en las cartas.

Recién cuando regresa a Viena después del veraneo no puede sustraerse al nerviosismo y explosividad de la ciudad. La visión del Palacio de Justicia reducido a cenizas la colma de un escozor desconocido, en un breve relampagueo se imponen a su conciencia imágenes similares de sueños diurnos de un futuro terrible para ella y su país. Pero al igual que a las imágenes oscuras del semisueño, que surgen irracionalmente, las reprime, se despierta, se incorpora, camina a un paso imperceptiblemente más rápido por las calles. Finalmente, sin embargo, la tensión le quita las ganas de realizar estos paseos por la ciudad.

Qué bueno que gente como ella todavía tenga a mano múltiples posibilidades de distraerse de otro modo. Una noche, cuando está revisando en su casa el cajón de la ropa para ver qué puede dar para regalar, cae en sus manos un viejo traje de equitación. Con una sonrisa en la cara se sienta delante del armario y pasa el paño oscuro por entre sus dedos. Hace años, cuando su padre todavía obligaba a sus hijos a ir a la montaña –tanto era así que Sidi tenía que vomitar antes de esos paseos y su hermano mayor se convirtió intencionalmente en un enemigo de la montaña– eso era un traje de esquí. Las polleras amplias y oscuras que entonces se usaban arriba de gruesas medias de lana y, como un espantapájaros sobre placas de madera, sólo con un palo largo, se bajaba las laderas haciendo curvas. Después, cuando al fin alcanzó la edad para negarse ante su padre a ir a pasear a la montaña, había hecho convertir el traje de esquí en un traje de equitación muy elegante y ajustado, y tomaba a escondidas sus primeras clases de equitación en el Prater.

Podría retomarlas ahora, por qué no.

Sus dos amigas Grete Weinberger y Sylvie Dietz ya cabalgan hace años y, entretanto, se han vuelto verdaderas Amazonas. En todo sentido. Porque Sylvie ya está divorciada, educa sola a su pequeña hija y practica su profesión de fotógrafa, y Grete, que mientras tanto ha

concluido una formación profesional en la Academia, obteniendo el título de escultora, le gusta dejar a su marido y a los dos pequeños hijos en su casa para abandonarse de lleno a la vida los círculos de equitación. Sidonie envidia la autonomía y despreocupación de las dos mujeres para con las convenciones. Tal vez pueda adherírsele a ella un poco saliendo a cabalgar juntas.

De modo que arregla con ellas el reinicio de su carrera de jineta. Las amigas están muy contentas y prometen conseguirle el mejor profesor para tal fin.

Ya desde las épocas del Káiser, el Prater es el área preferida para el movimiento de los hombres y de los caballos. La avenida central, flanqueada de hileras de castaños, se ofrece tanto para cabalgatas como las praderas silvestres, que comienzan inmediatamente detrás del pequeño y redondo pabellón de diversiones, el pabellón de caza de los tiempos de la monarquía imperial y real. Pero el entrenamiento tiene lugar detrás de las amplias caballerizas barrocas alargadas y sobre césped cuidado con pequeñas vallas de boj o en los oscuros cuadrados de adiestramiento, en los cuales los caballos se hunden hasta los tobillos en la blanda capa de aserrín.

Allí, Sidonie toma ahora, en últimas horas de la mañana, su clase de equitación. Sus escasos conocimientos de antes han desaparecido, y tiene que volver a comenzar de cero. Y encima en esa espantosa montura femenina que ya odiaba años atrás. Al subirse lucha con sus polleras y el estribo, al sentarse lucha con los dos duros fustes de cuero que sirven para sostener sus piernas, púdicamente cerradas, del lado izquierdo, lucha con la ensalada de las riendas, sus guantes de jinete y la fusta, que en realidad deberían estar tranquilamente ordenados sobre las crines de su caballería, y más que nada lucha cuando la bestia se pone en movimiento.

Mientras, un poco contraída, entonces, intenta compensar los golpes del trote del caballo maldiciendo sus débiles muslos, Grete y Sylvie pasan junto a ella al galope.

Grete tiene un caballo propio, una pequeña y suntuosa yegua árabe, blanca, con una delicada mancha gris clara sobre la grupa. También Sylvie tiene un caballo propio, un gran capón marrón, que se llama –ingeniosamente– Fritz, como los hombres de su familia. Ahora está practicando sobre Fritz para una competencia de adiestramiento y pasa como flotando junto a ella con magníficos trotes largos y pasos de costado.

Sidi tardaría mucho hasta poder cabalgar así, si es que alguna vez lo ha de lograr. Así que todos los días se abre camino por las banalidades

de los pasos más simples y ni siquiera se da cuenta con cuánta paciencia su profesor de equitación le grita una y otra vez con su voz estridente: “Blanda, la mano; tranquilo, el muslo; las rodillas, abajo.”

Un día le comunica que a partir de entonces ya sólo puede practicar con ella a las siete de la mañana, porque el resto del día tendría que entrenar para el próximo *concours hippique*.

Sidonie hace de tripas corazón y se fuerza a ir a la madrugada al Prater. Este emprendimiento se endulza muy pronto por la visión de un jinete extremadamente elegante, que evidentemente también se entrena para el *concours*. Por su profesor se entera que el jinete es un tal señor von Weitenegg, que incluso cabalgó para la Escuela de Equitación Real de España. Que también participa del *concours hippique* y que sus artes en el hipismo de adiestramiento ya le habían rendido numerosos premios.



Eduard von Weitenegg en los concursos de adiestramiento



Desde la muerte de Fritz no volvió a mirar a un hombre, pero este le gusta muchísimo. Se esfuerza por estar antes que él todas las mañanas en el campo de equitación, y de pronto no le cuesta nada levantarse. A pesar de que, en realidad, le resulta desagradable que von Weitenegg la vea sobre el caballo, porque, evidentemente, ella no es precisamente una experta. Él, en cambio, es como un dios con pantalones de montar hechos a medida. Erguido como un cirio, en postura señorial, pasa al trote, a la vez completamente relajado, junto a ella. Sin ningún esfuerzo, con algunas ayudas claras y precisas, hace del caballo su súbdito. Cuando se baja, después de dos horas de ejercicios de adiestramiento, sigue pareciendo como si acabara de salir del vestuario, sólo el polvo sobre las cañas de sus botas lo quita con claros guantes de cuero de venado.

Sidonie comienza a sentir un cosquilleo cuando lo ve, y justamente esa postura señorial y aplomada y el serio distanciamiento la atraen especialmente. Varios días seguidos logra organizarse para terminar de cabalgar justo cuando también el señor von Weitenegg se baja de su caballo. Como por azar deja caer uno de sus guantes de equitación y sonríe embelesada por encima de la montura cuando él lo levanta inmediatamente y se lo alcanza, galante, con una mirada examinadora.

"Usted no practica equitación hace mucho tiempo" le dice, y es más una constatación que una pregunta.

Sidonie, toda una dama, levanta una de sus cejas.

"Gracias –dice con una leve inclinación de cabeza en dirección al guante–. No hace tanto como usted."

El señor von Weitenegg no estaba preparado para esta respuesta, y toma conciencia, avergonzado, que olvidó presentarse. Se inclina y dice: "Von Weitenegg."

"Csillag", responde Sidonie, alegre, y le presenta la mano, que él lleva, con la perfección de la forma, a sus labios, lo que produce un estremecimiento en Sidi. No se equivocó, también de cerca es un hombre muy atractivo. Tendría unos cuarenta años, un rostro conspicuo, una nariz curva y mejillas angulosas, que también pueden provenir del hecho de que a menudo cierra con fuerza la mandíbula y mueve los músculos de sus mejillas. "Todo un señor", le pasa por la cabeza. Si hubiera combinado esto con su actividad de tiempo libre, habría dado más en el clavo: "Un señor de su caballo."

Después de esta presentación, los dos se ven casi diariamente al desensillar y siempre intercambian un par de palabras sin importan-

cia, hasta que Von Weitenegg pregunta a Sidi un día si la puede llevar con su auto a la ciudad. La primera vez rechaza el ofrecimiento, para dar una impresión de decencia y desinterés, pero la segunda vez acepta gustosa y se desliza hacia el asiento del acompañante de su oscuro Coupé Steyr. Le gusta ser vista junto a ese hombre, acerca del cual, entretanto, averiguó bastante más que su nombre. Porque el señor Von Weitenegg está muy conversador en el viaje de regreso desde el Prater, y este no es el único viaje compartido.

Él le cuenta de la guerra. Casi entusiasmado y con imágenes tenebrosas y románticas a la vez describe su audacia. Eduard von Weitenegg fue un alto oficial del ejército imperial y real y había estado en acción como piloto. Estos relatos lo ponen casi melancólico y confiesa que extraña el volar y todo lo que esto implicaba. Porque entonces uno era alguien como oficial, y más aún los pilotos, que tenían un nimbo especial de braveza, de coraje y de fidelidad al Káiser. Hoy, todo eso se vino abajo, y el honor, el patriotismo y la masculinidad señorial han desaparecido –termina diciendo entre lamentos–.

Olvida decir que si bien en los últimos años de guerra los oficiales todavía vivían bien, sus tropas, los soldados rasos, sólo encontraban en sus escudillas de hojalata trozos de alguna masa dulce o polenta, que calmaban el hambre más violento por no más de dos horas, y luego los hombres eran enviados nuevamente hasta el agotamiento a las batallas cada vez con menos sentido.

Y lo que no menciona en absoluto, porque le da impresión traer esas imágenes de vuelta a su memoria, son las miradas de los familiares soldados, que comenzaron a odiar a sus superiores y, en tanto y en cuanto sobrevivieron hasta 1918, se les rebelaban y se vengaban por esos años de ignominia. Con horror se acuerda todavía de las escenas en las estaciones de tren y las calles de Viena entre los repatriados, cuando a los oficiales les arrancaban los galones y muchas veces recibían humillaciones y una golpiza de sus propios protectores.

Pese a todo esto, el antiguo oficial imperial y real Eduard von Weitenegg lamenta la pérdida de la monarquía desaparecida, sus jerarquías consagradas y sus ejércitos. De algún modo, al nacer ya había sido inserto en ese círculo. Ya su padre había llegado lejos, y él, como también su hermano menor, habían seguido los pasos del padre y habían emprendido la carrera militar.

El padre, que provenía de una familia polaca, había comenzado en 1867 su carrera en el regimiento de infantería del archiduque Carl Ludwig, con el nombre de Eduard Rzemenowsky. A partir de 1884, trabajó en el Instituto de Formación Profesional, la escuela de guerra,

en Viena. Los últimos años antes de su retiro en el año 1906 fue presidente del grupo en el Instituto Geográfico Militar en Viena. Durante esa época tuvo lugar, también, su ennoblecimiento, a partir de 1902 podía hacerse llamar Eduard Rzemenowsky von Weitenegg.

El primer hijo de Eduard Rzemenowsky von Weitenegg, llamado Eduard como el padre, nació en 1886. En septiembre de 1905 ingresó como cadete en un regimiento de infantería. Su hermano menor, Franz, a partir de julio de 1907 se convirtió en alumno de la escuela naval. En 1914, a comienzos de la guerra, comenzó su capacitación como piloto. Después de la guerra abandonó el ejército con el cargo de capitán y numerosas distinciones.

Después de 1918, la familia abandonó el nombre polaco Rzemenowsky. Los miembros de la familia adoptaron la nacionalidad austríaca, y un apellido polaco de difícil pronunciación no parecía ser un buen comienzo para los negocios, a los que los dos hermanos ahora querían dedicarse. Dejaron de lado el apellido principal, tomaron el título nobiliario como apellido y a partir de entonces se llamaban sólo Weitenegg.

Sidonie está impresionada, a pesar de que casi se había imaginado que Eduard tenía que haber sido soldado. Porque su postura, que era lo que más le gustaba de él, tenía un aire militar desde el primer momento. Es cierto que ella había escuchado de todo sobre la mala reputación de los oficiales, que supuestamente estaban todos en busca del braguetazo, tomando como esposas a mujeres ricas de la sociedad, pero no por amor hacia la elegida, sino porque necesitan tener acceso a su dote. Pero esos tiempos han pasado y Eduard von Weitenegg da la impresión de ser serio, tranquilo y seguro de sí mismo y también tiene que tener su propio dinero, porque de otro modo no podría afrontar ese estilo de vida con un departamento grande en el 3º distrito, auto y caballo propio. Lo que todavía no pudo averiguar es con qué negocios gana ese dinero.

De todos modos, sería absolutamente presentable en su casa, y su padre, de cara a los hechos tan positivos, tal vez depondría su desconfianza arraigada contra oficiales.

Y Eduard Weitenegg también ya tuvo experiencia con el matrimonio. Su primer mujer fue una aristócrata húngara, y juntos tuvieron una pequeña hija. Poco después del nacimiento de la hija, en primavera de 1919, se separaron, y desde hace algún tiempo, su ex-mujer vivía con su nuevo marido, un conde húngaro, otra vez en su antigua patria. A la hijita se la había llevado con ella.

A Sidi no le molesta esto, al contrario, le parece excitante que la corteje un hombre que, a diferencia de los hombres jóvenes de su entorno, ya tiene experiencia en cuestiones matrimoniales e irradia soltura y aplomo.

En el tiempo siguiente, él la invita con frecuencia: una vez a cenar, otra vez al cine o a un concierto y, ocasionalmente, el fin de semana a una excursión a los bosques vieneses. En esos encuentros durante mucho tiempo es reservado y para avanzar hacia ella se comporta de manera sensible y atenta. A veces la toma cuidadosamente de la mano... y nada más.

Sidi abraza esperanzas de que la proximidad con él sea más agradable que con Klaus, cuyo deseo insistente la había puesto completamente a la defensiva. Tal vez con él podría sentir una pizca de excitación y conservarla, del modo en que lo lograba al menos incipientemente con las mujeres.

Y se vuelve más abierta y cariñosa con Eduard, que ya hace tiempo le pidió que lo llamara Ed.

Ed interpreta esto como señal para el ataque. En uno de sus paseos de fin de semana en la Sophienalpe, cuando están sentados en la pradera al sol, ya no sólo le toma la mano, sino que la aplasta a Sidi contra el pasto y comienza a besarla impetuosamente. Como ya sucediera una vez, Sidi se pone rígida y torpe y se da vuelta.

Ed se disculpa inmediatamente por su atropello: “Tienes que entenderme bien - le dice (a esta altura también ya habían pasado al “tú”)- , me gustas mucho. Desde que Maria me abandonó, ninguna mujer me gustó tanto como tú.”

“Ay, sí”, contesta Sidonie con su serenidad aparentemente flemática, que siempre utiliza en situaciones semejantes. Pero disimuladamente se pasa la mano por el cabello, que durante los besos se desacomodó un poco. Le cuesta mucho aceptar ese besuqueo. Una revuelta en su interior, mezclada con rechazo y asco hacia la lengua ajena en su boca, se apodera de ella.

Pero en realidad las cosas no pueden seguir así; va a tener que inventar algo y rendir de algún modo tributo a la “normalidad”. De lo contrario, quedaría soltera, una marginal excluida de sus círculos que sería observada con desconfianza. Y no quiere ser una marginal, ya está lo suficientemente en peligro por su secreto amor por las mujeres y el hecho de ser judía. Quiere ser parte integrante, ser como todos y participar del juego. Y su cuerpo no debería tener nada que decir al respecto. Y una débil voz interior le dice que debería perder pronto su virginidad. Tiene veintiocho años, ¿qué más debería esperar? Y Ed no

es el peor, al menos tiene experiencia, y un poco enamorada, al fin y al cabo, está ella.

Una de las siguientes mañanas, después de cabalgar, se deja persuadir por él para ir a su departamento, a tomar un café –como se dice inocentemente–, para despejar el cansancio de la cabalgata. Sidonie piensa que la mañana es un momento conveniente, porque no le esperarían preguntas curiosas en su casa o incluso indignación, como si se quedara afuera por la noche. Y tanto la invitada como el anfitrión saben que no se van a limitar a tomar un café.

También Ed vive en la zona elegante del 3° distrito, no lejos del hogar Csillag en la Reisnerstrasse, en un departamento grande y oscuro al que le falta toda elegancia y orden tal como Sidonie lo conoce de sus círculos de amigos. 'No parece tener mucho dinero', piensa todavía, pero después se entrega a los latidos de su corazón y la coquetería y la afectación que considera que son apropiadas para la ocasión y provoca a los hombres.

Pero lo que sucede en la siguiente hora supera su capacidad de imaginación.

Ed prepara él mismo un café, y ella no se anima a decirle que nunca toma café porque en pocas horas la transporta a estados deplorables. En cuanto trajo la cafetera y las jarritas plateadas balanceando sobre una bandeja y las depositó en una mesita ratona junto al canapé, ya comienza a acariciarle las piernas. Eso, todavía, le resulta bastante agradable. Las piernas son, a su entender, neutras, no son el objetivo de ataques eróticos y por eso libres de preocupación. Si sólo hubiera quedado ahí.

Pero entonces vuelven sus besos, que hoy se vuelven cada vez más exigentes. La sequedad de ella no parece hacer mucha mella en él.

"Ven –le susurra– si tú también lo quieres. Voy a ser muy cuidadoso, y ya vas a ver, te va a gustar". Y ya le abrió los botones del vestido y le liberó los hombros. Después no le dice más nada, sepulta sus labios en su cuello. En cuanto ella logró concentrarse en un punto, él comienza a afanarse en otro lugar. De repente, su ropa ya no está, y más tarde tampoco podría reconstruir cómo hizo él para quitarle la ropa interior y tomar posesión de todo su cuerpo con las manos.

Cuando él mismo se desviste, cierra rápido los ojos. Nunca vio desnudo a un hombre excitado, y lo que vislumbró brevemente la asustó mucho. De ahora en adelante deja los ojos cerrados, lo que

tiene la ventaja de que él no puede leer en ellos la desmesura que implica para ella su reclamo y la total falta de placer en ella.

Cuando la penetra, ella emite un fuerte gemido, porque un dolor caliente y filoso lo cubre todo por un instante. Después sólo se pregunta a qué vienen tanto lamento y tantos aspavientos y cuándo, al fin, habría terminado. Esto sucede pronto, y Ed cae con un profundo suspiro junto a ella. Ella mira con los ojos vacíos y desilusionada hacia el techo. Eso no puede tener nada que ver con el amor. Una operación sin anestesia no puede ser peor.

Ed la mira cariñosamente, le acaricia las mejillas y la llama “mi mujercita”. Murmura que es fantástico con ella y que su belleza lo excita tanto que ahora quiere hacerlo muy seguido con ella.

Ella abandona rápido el canapé, junta su ropa, pasa minutos eternos en el baño, no puede parar de frotarse con una toalla entre las piernas, y después está parada, vestida para partir, en la antesala, con una disculpa poco convincente sobre los labios de no querer llegar tarde al almuerzo. Lo que no puede evitar es que Ed la acompañe hasta la puerta de entrada. Tiernamente la abraza una vez más y se despide con un alegre: “Hasta mañana”.

Después está en la calle, inhala el aire fresco como si se estuviera ahogando y casi corre hasta la casa paterna.

Perturbada sube las escaleras. Está furiosa contra el mundo entero. ¡Su madre no la preparó para esto! ¿Por qué diablos sus buenas amigas nunca le dijeron nada? Si tienen que haberlo sabido. Todos la dejaron poner la cabeza bajo el cuchillo.

Sidonie no quiere tener nada que ver, nunca más, con esas cuestiones poco apetitosas entre hombres y mujeres. Decide enviarle a Ed a la mañana siguiente una cartita con el mensaje de que no lo quiere volver a ver nunca más.

Como primera medida, ahora, va directo a la cama. Simula delante de sus padres una migraña y cae en un agotador y plúmbeo sueño de la represión.

Cuando se despierta, no desapareció el remolino de su cabeza. Se da vuelta y se coloca boca abajo, con el mentón apoyado sobre sus manos superpuestas. Un dedo se abre paso, ensimismado, por el diseño de la manta de seda, raspa el rojo de los lirios de agua que se desvanece, punza los cálices amarillo claros.

Qué es lo que pasa con ella, que todo lo que no parece traer dificultades a sus amigas en el amor no le gusta para nada. Tal vez no sea normal. Es bastante seguro, incluso, que sea así. Aunque sabe lo que es la pasión y la excitación, las siente en momentos que otros no con-

sideran particularmente excitantes. Echar una mirada a una belleza desconocida en la calle o sostener y besar la mano de Leonie lanzaba tormentas de fuego por su cuerpo; mirar a Fritz a los ojos le cortaba la respiración. Cuánto daría por sentir esa llama también con Ed. Pero no logra conservarla al pasar del cosquilleo del enamoramiento y adoración a la vida vivida.

Leonie nunca tuvo que bajarse de la tarima porque no se convirtió en realidad. Fritz se murió antes de que hubiera podido pasar algo más.

"Cuando está por concretarse, se termina. Parece que así funciona yo", piensa, con amargura.

La belleza es su criterio, es su afrodisíaco; el deseo es el motor que la impulsa. El cumplimiento, la realidad no son más que decepción y abatimiento.

A la mañana siguiente, todavía está demasiado confundida para escribirle a Ed, y cuando él la llama, no sabe qué responder a esa voz dulce y profunda para evitar un nuevo encuentro. Arreglan una cita para cenar.

Entonces, todos los reparos se reducen a la nada, porque él le sigue gustando como antes. De alguna manera sabe cómo hacer para conquistarla. Y ella no consigue decirle lo repugnante que fue para ella su primera experiencia amorosa, no le puede decir que no lo quiere ver más, se hunde en pasividad y silencio y soporta con calma sus caricias. Sólo cuando, después de comer, él la quiere invitar a su casa, ella rechaza la invitación con el pretexto de que quiere estar absolutamente segura de no quedar embarazada. Él le acaricia el brazo en forma tranquilizadora y dice que deje esa preocupación en sus manos, y enseguida concierta el próximo encuentro.

Y así, un rechazo se volvió una aceptación poco entusiasta y una aceptación poco entusiasta un acuerdo tácito, y Sidonie, de repente, está en medio de una relación.

En los próximos meses encuentra el modo de reducir a un mínimo los encuentros íntimos con Ed. Eso parece aumentar aún más su interés por ella y su deseo, lo que, paradójicamente, la colma de cierta satisfacción. Para todo lo demás, ella se convence a sí misma de que es un buen amigo con el que le gusta pasar su tiempo.

En el hogar paterno, Sidi intenta todavía ocultar a Eduard von Weitenegg de sus padres. Ya se enterarían antes de lo deseado de la persona que conoció en el Prater y probablemente no estarían demasiado maravillados.

De todos modos, a Antal Csillag ya le llegó la información de que su hija, en el último tiempo, se deja ver frecuentemente con un oficial divorciado. Él ni siquiera le pide explicaciones al respecto. Tal vez se volvió viejo e indulgente o también dócil. Sea como fuere, abandonó el intento por comprender cómo su única hija siempre logra entablar, apuntando con seguridad, las relaciones menos convenientes que se puede imaginar. No puede decidirse a qué se debe. ¿Omitió darle suficiente amor y contención, o no fue lo suficientemente estricto? Tal vez debería haberla obligado a formar matrimonio de conveniencia con el hijo de un socio comercial, entonces se hubiera ahorrado mucho a sí mismo y a su mujer.

Pero no logró hacerlo. Porque sabe lo difícil que es pasar la vida incluso con una persona amada. Así que, aparentemente, no le queda otra solución que apoyar a Sidi en todos sus proyectos, aún cuando no le parezcan convenientes. Ya no podrá cambiarla, no puede hacer otra cosa que amarla.

Además tiene preocupaciones de muy otro tipo. Siente que no es más tan joven. La agudización de la situación política le roba el sueño y así también la fuerza. Hace muy poco, su hijo del medio, Robert, había vuelto a la casa muy irritado, porque después del estreno de la ópera de Ernst Krenek *Jonny empieza a tocar*, se habían producido protestas nazis organizadas.

Antal Csillag sospecha cambios y percibe amenazas. Tal vez sería el momento de asegurar su herencia y con ella, al menos, el futuro de los dos hijos mayores.

Debería sustraer a Robert de, por un lado, las insensateces de su entusiasmo por la música, y por el otro, de los posibles acosos de un futuro inseguro. Por eso, probablemente, sería mejor enviarlo a la Amsterdam liberal, donde podría reunir experiencia laboral en el banco de un amigo. Y Heinrich podría, tal vez, ir a Francia para aprender allá a trabajar en la fábrica de cera mineral.

Cuando les comunica su decisión a los hijos, el más joven está horrorizado y sólo abandonaría Viena a disgusto, mientras que Heinrich se alegra con el cambio. Ya hace algunos años tiene una aventura amorosa con la mujer de su mejor amigo, y toda distancia hacia esta situación complicada es bienvenida. Sólo el menor de todos no se ve afectado por los planes de futuro del padre. Acaba de comenzar el bachillerato y va a quedarse unos años más en el hogar paterno.

El año 1929 comienza con enormes cantidades de nieve y un frío helado que dura hasta entrado marzo. Más tarde, Antal Csillag se preguntaría una y otra vez si ese invierno no había sido un anuncio y



símbolo helado de la debacle económica del otoño siguiente. A comienzos de octubre de 1929, la *Creditanstalt*, la institución bancaria de los Rothschild, es forzada por el Estado Austriaco a fusionarse con la quebrada Institución Crediticia sobre la Propiedad Inmobiliaria. Unos pocos días después se produce la caída de la bolsa de Nueva York, y en el transcurso de los siguientes meses todo el mundo siente drásticamente la crisis económica.

También Ed Weitenegg percibe el nuevo viento económico, pero primero no entiende su alcance. Hasta entonces había logrado bastante bien mantenerse a flote. Había realizado representaciones para Zeiss y Michelin y después también había entrado en la empresa de su hermano, que finalmente tomó a su cargo. Franz había fundado una SRL de producción de artículos de ferretería, pero desde su casamiento con Thea Kuhlemann, cuyo padre era dueño de la fábrica de café *Imperial Feigenkaffee*, quería retirarse de todos los negocios pequeños y concentrar toda su energía en la empresa bien establecida del suegro.

Ed comienza a ver a Sidonie con otros ojos en ese año de crisis. Tal vez no sería una mala idea casarse con ella. Su padre seguramente aflojaría una buena dote, y era posible que él entrara, como su hermano, al negocio del suegro. Cuanto más observa la cuestión, más claro le queda que sería insensato de su parte negarse a un nuevo matrimonio, tal como lo había planeado en un primer momento. Con su trasfondo financiero, Sidonie sería la compañera ideal para un oficial desclasado. El hecho de que, además, sea bonita, hace que la idea enseguida se vuelva algo más atractiva.

Y en realidad, ella debería estar contenta de que pidiera su mano y rechazara, a cambio, otros ofrecimientos. Dentro de todo, había rechazado los avances de algunas damas del clan Mautner-Markhof, cuyos padres lo habían consultado al respecto. La candidata principal tenía una dote respetable, pero su aspecto no respondía en absoluto a su ideal de belleza. Vivir con una mujer que consideraba fea ni siquiera él lo lograba.

Lo único que le produce bastantes dolores de cabeza es el hecho de que se casaría con una judía, aunque fuera una convertida. Para un oficial de la Defensa Nacional no era una acción demasiado inteligente. Porque Eduard von Weitenegg –y esto, en lo posible, se lo había ocultado a su futura esposa– ya desde 1927, después de la quema del Palacio de Justicia, había participado activamente de la formación de la Defensa Nacional. A pesar de que él pertenece más bien al ala monárquico-católica de la Defensa Nacional, y no al ala antisemita pequeño burguesa, tiene que planificar con cuidado sus pasos en vistas

a su carrera en ese lugar. Y no quiere desilusionar a sus muchos amigos del antiguo ejército imperial y real, que pusieron sus armas y su conocimiento militar al servicio de este movimiento de lucha.

Sin embargo, a comienzos de 1930, Ed presenta su propuesta a Sidonie, también con la fundamentación de que en los tiempos que corren le parece mejor convertir su relación en un vínculo matrimonial estable.

Sidonie está un poco sorprendida y le dice a Ed que se dirija a su padre: al fin y al cabo, este se ocupaba de los negocios en la familia. Porque, evidentemente, para ambos no es más que eso. Ed, en su propuesta, nunca utilizó la palabra “amor”, y Sidi, en realidad, está contenta por eso. Porque desde sus encuentros físicos ella ya no está para nada enamorada de él.

Sí, lo aprecia... más o menos como a su padre, a sus hermanos o a algunos amigos cercanos. Un acuerdo razonable sería aquí, probablemente, lo más sensato. Todavía no conoce los pensamientos ocultos de Ed. Para ella, una unión con él le traería la ventaja de, después de sus famosas escapadas, ser reconocida finalmente como miembro pleno en la “alta” sociedad y a la vez tener bastante margen de maniobra detrás de la fachada para emprender sus propios caminos.

De modo que, una buena tarde de domingo, Eduard von Weitenegg se dirige al hogar de los Csillag, para pedir oficialmente la mano de Sidonie. La recepción es fría y formal. Esta vez no hay arreglos florales en la casa y tampoco nerviosismo alegre por la correcta elección de la única hija mujer. Aunque los padres Csillag conocen al futuro marido de su hija ya hace casi dos años, no lo aprecian mucho. La madre un poco más, porque simplemente no puede resistirse a la irradiación de un hombre guapo. Pero Antal Csillag se comporta en forma glacial. No le gusta en absoluto el modo de ser presumido del señor von Weitenegg. El hecho de que sea un ex-oficial y además divorciado no mejora la cuestión. Y un representante y “pequeño cambalachero del hierro” –como Antal expresa frente a su mujer– no es tampoco lo que un barón de la economía se imagina para su hija.

Como si estuvieran firmando el contrato de un traspaso de negocio al enemigo, los partidos están sentados frente a frente. Antal hace prometer a Eduard que cuidará muy bien a Sidi y que estará a su lado lealmente en estos tiempos políticamente turbulentos. Y por su lado promete aportar a la joven pareja una ayuda inicial. Por lo demás sería necesario acordar división de bienes.

Una vez arreglado lo formal llaman a Sidi a la conversación. Le dicen que primero ella y también Ed tienen que convertirse al protes-

tantismo, porque sólo entonces sería posible casarse. Porque la iglesia católica sigue sin aceptar el divorcio, ni que divorciados vuelvan a casarse. El padre, además, se declara dispuesto a alquilar un departamento para la pareja. El mobiliario necesario para la casa, incluyendo cubiertos de plata y ropa blanca, sería parte de la dote. Sidi continuaría recibiendo también después de contraer matrimonio pagos mensuales del padre, pero ese dinero estaría destinado exclusivamente a sus gastos privados y no debía ser utilizado para la economía común.

Ed sonríe, rígido, y simula estar conforme. En su interior, sin embargo, está furioso: no está a la vista la participación en los negocios del suegro. Y mientras el señor esté vivo él no llegaría al dinero de su esposa.

Al despedirse, los hombres intercambian un breve apretón de manos y dan a entender una reverencia, Ed besa cortésmente la mano de Emma y brevemente la mejilla de su futura esposa. Cuando está afuera, Antal toma muy delicadamente la mano de su hija y la coloca entre las suyas.

"Ay, mi pequeña Sidi –dice sólo melancólicamente, y también a Sidonie le brotan las lágrimas de los ojos–. Te deseo toda la suerte sobre la tierra, más que a nadie, pero cuídate mucho..."

Y ambos saben que la suerte en este caso, probablemente, sea una cuestión relativa.

A través de su despacho, el padre dispuso al poco tiempo el alquiler de un departamento en la Weyrgasse, del otro lado de la Landstrasser Hauptstrasse, pero aún dentro del 3° distrito, el preferido de Sidonie. Hasta el momento de la boda, en mayo, sería renovado y arreglado.

Ed tiene algunos muebles viejos propios y considera, además, que la suma puesta a disposición por el padre podría ser utilizada para un par de muebles extravagantes fabricados a nuevo por el carpintero. Sidonie está un poco fastidiada de que él no quiera conservar su propio ajuar, que consta principalmente de piezas alemanas antiguas, pero no entiende nada de carpintería y deja que el prometido actúe.

A pesar de que Antal Csillag no aprecia a su yerno y no cree que se merezca el plato del que come, quiere dar a su hija una alegría especial. A través de amigos de negocios, que también son coleccionistas de arte, se enteró de que había algo excepcional en un remate. Así que lleva a Sidi a la casa de subastas Dorotheum, para mostrarle allí el servicio de mesa, puesto en venta, de la posesión de la actriz del Teatro del Burg

Katharina Schratt. El servicio de mesa había sido fabricado por orden del Káiser Francisco José. Originariamente, parece que era de 36 piezas, pero algunos platos y fuentes no resistieron el paso de los años, y esa era evidentemente la razón por la cual se ponía en venta ese juego que ya entonces era raro y valioso. De todos modos, es carísimo. Los ojos de Sidi brillan al ver esas piezas maravillosas. Antal hace tanto tiempo que no ve ese brillo, que adora desmedidamente, que tenía miedo de que se hubiera extinguido. Pero aquí está, al fin, de nuevo, y abre la billetera del padre, que por unos momentos vuelve a ser feliz junto con su hija.

El 18 de mayo de 1930, Sidonie y Ed contraen el vínculo matrimonial en la parroquia evangélica de Landstrasse. Es una fiesta en el círculo familiar íntimo y de ninguna manera un acontecimiento social.

Mientras Sidonie y Ed dan su “sí” privado ante un religioso evangélico, los compañeros de ruta de Ed, miles de personas de la Defensa Nacional, entre ellos también Julius Raab, más adelante Canciller Federal de la Segunda República, realizan el “juramento de Korneuburg”. Allí aseguran que quieren tener el poder del Estado para volver a organizarlo. Se rechaza el parlamentarismo occidental-democrático, en su lugar se quiere instaurar la autoadministración estamental. Afirman que todo debe ser sometido a la nueva orientación del Estado alemán, basándose en la fe en Dios, la voluntad propia y la palabra de un *führer*.

En ese año, en 1930, en Austria hay casi 300.000 desocupados registrados oficialmente. En ese clima, el 9 de noviembre tienen lugar las elecciones para el parlamento, serían las últimas elecciones libres de la Primera República. Los socialdemócratas vuelven a surgir en estas elecciones como el partido con mayor cantidad de votos y obtienen 72 mandatos. Pero el bloque burgués, formado por social-cristianos, el bloque económico nacional, la Liga Agraria y el Bloque Nacional, se mantiene unido, y los socialdemócratas quedan en la oposición. En esas elecciones, los nacionalsocialistas llegan a un escaso tres por ciento de los votos y no ingresan al parlamento.

Sidonie, como siempre, no se interesa por la política, y también los relatos de Ed, a esta altura descubiertos, sobre la Defensa Nacional, la aburren muchísimo. Está contenta de que él pase mucho tiempo con

sus camaradas de la guerra, porque ese tiempo le queda por completo a ella. No quiere escuchar los planes magníficos que estos hombres tienen para el futuro de Austria.

En realidad se preocupa por cosas muy distintas. Horrorizada tuvo que darse cuenta de que en su nuevo hogar tendrá que arreglárselas con sólo un ama de llaves, porque Ed no trae suficiente dinero a la casa. Parece tener una relación un tanto relajada con el trabajo; la laboriosidad que Sidonie conoce de su padre y su hermano Heinrich le es totalmente ajena a su flamante marido. Y también en el nuevo departamento no todo está a su gusto. Ed gastó el regalo de boda de su padre inmediatamente para el mencionado mobiliario del carpintero e hizo valer su propio gusto, que claramente no es el de ella. Y para colmo, esas cosas caras están en el gabinete, y por más que él lo proclame salón común, Sidonie se da cuenta con amargura que él la pasó por alto con egoísmo.

Al menos, ella insistió en tener dormitorios separados. Eso ya lo había aprendido de Leonie. De hecho, hasta hoy en día sigue preguntándose cómo hacen los matrimonios como sus padres para soportar pasar las noches durante años en un mismo dormitorio. Por eso le parece muy oportuno no estar todas las noches al alcance de la mano de un esposo cargoso. Es suficiente que Ed la visite varias veces a la semana y ella le tenga que representar la "comedia".

En esa cotidianeidad matrimonial incipiente irrumpe, de manera completamente inesperada, un acontecimiento, que acarreará un cambio profundo en la vida de todos los Csillag.

A comienzos de abril de 1931, en lo de Sidonie suena el teléfono tarde a la noche. Su madre está en la línea y solloza, completamente deshecha en lágrimas, en el tubo. Sidonie, primero, no entiende nada. Sólo paulatinamente puede extraer del tartamudeo las palabras "papá está muerto". Su corazón cae en un abismo sin fin. ¡Su padre, amado y bondadoso, está muerto! ¡Tan pronto! ¿Por qué no había querido esperar un poco más, dándole el amor y la seguridad a la que ella está tan acostumbrada y no puede recibir de Ed?

Busca a Ed en su gabinete y le dice bruscamente: "¡Llévame ya a lo de mis padres!". Después va al guardarropas para ponerse el abrigo. Recién en la calle comienza a llorar y le explica a su sorprendido esposo lo que pasó.

Después, en su casa, se tiene que enterar de los detalles. Antal Csillag falleció de repente. A la tarde volvió de una excursión de esquí en el Rax, desgreñado por el viento, transpirado y feliz, como siempre que viene de las montañas. Después de un generoso baño se sentó en

su sillón de lectura, escuchó un poco de radio y tomó un libro. De repente se cayó el libro y él dejó de respirar.

El 17 de abril de 1931, pocos días antes de cumplir treinta y un años, una gran comitiva fúnebre formada por amigos y socios comerciales se concentra en el crematorio del Cementerio Central para inhumar los restos de Antal Csillag. Y entre lágrimas Sidonie sabe que ahora está un poquito más sola, dependiente de sí misma, y que nadie más pondría encima una mano protectora.



## Capítulo VII

### *Wjera*

En lo de los Ferstel hay un té de mujeres. Ellen Ferstel le dejó sus dos hijas a la niñera y al fin volvió a invitar a una serie de amigas y damas de la sociedad al elegante departamento en la Pfarrhofgasse. Su marido, ese viernes a la tarde de noviembre de 1934, había tenido que ir a la oficina para terminar las tareas pendientes, de modo que las aproximadamente quince mujeres pueden estar a solas entre ellas. Sidi, la amiga más cercana, que ya casi forma parte del inventario, ya llegó. Se ubicó en la sala de estar, en el gran sillón de cuero rojo y, fumando con un aire indiferente, inspecciona a los invitados a medida que llegan. Dos mucamas de vestido azul oscuro debajo del delantal de encaje blanco y con guantes blancos tejidos al crochet traen bandejas con *petit fours* y bocadillos de queso, que depositan en el buffet para regresar enseguida con celeridad a la cocina y volver a llenar las cafeteras plateadas.

Sidi está un poco cansada y tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse y desistir de una siesta y así de una cancelación. Porque, al fin y al cabo, ella ya conoce a todas esas mujeres que van a ir hoy a lo de Ellen, y casi consideraba que asistir al té era más aburrido que quedarse en su casa con su marido ocioso, que en lugar de trabajar pasa su tiempo sumergido en viejas épocas inclinado sobre mapas militares.

Pero ahora se siente bastante bien en la mesa de fumadores junto al hogar, donde un poco de leña de haya ardiente dispensan un calor agradable. Justo está apagando un cigarrillo y extrayendo el filtro de la punta, cuando con el rabillo del ojo ve llegar desde la antesala a dos invitadas nuevas. ¿Conoce a esas dos mujeres? La curiosidad la lleva a elevar la mirada.

Ah, sí, la primera le resulta conocida. Una mujer mayor, un poco regordeta, ingresa a la sala. La mirada con ojos un poco ladeados sobre la boca delgada coadyuva a la memoria de Sidonie. Sí, es cierto, Helene Rothballer, ya le había llamado la atención en otras re-



uniones debido a su encanto austero y su ingenio original. Además, siempre lleva una flor en el ojal de la solapa derecha de su trajecito. También hoy, una gerbera naranja brillante adorna las solapas de su conjunto de piel de camello.

Pero la mujer que viene detrás es desconocida para Sidonie, y captura su mirada. Es mucho más joven que Helene, pero algo en los ojos y en la sonrisa recuerda a ella. ¿Podría ser la hija? ¡No, demasiado bella! piensa Sidonie y le sonrío a la desconocida. Esta se queda por unos instantes parada en el medio de la sala, no sabe dónde sentarse, deja vislumbrar por el lapso de un segundo algo de inseguridad detrás de su elegancia cautivante. Sidonie se deleita con su aspecto. Una figura alta, erguida, con un trajecito oscuro, largo hasta las pantorrillas, la esclavina de zorro polar –que no se quitó– se apoya blanda sobre sus hombros y rodea como en una caricia un rostro tranquilo y recatado, donde unos ojos claros examinadores se sitúan sobre una leve sonrisa.

La bella saluda a Sidonie con una leve inclinación de cabeza y se sienta a dos asientos de distancia.

Cuando se vacían las primeras tazas de café negro y la conversación alcanzó su curso tranquilizador y susurrante, Sidonie se levanta, aparentando ir en busca de más bocadillos, y se acerca al buffet. En realidad sólo estuvo esperando para atrapar a Ellen en algún momento desapercibido. La toma del brazo.

“¿Quién es esa?”

“¿A quién te refieres?, pregunta Ellen, asombrada. ¿Acaso descuidó sus deberes de anfitriona y olvidó presentar a todos entre sí?”

“La que está ahí enfrente. La de cabello corto y castaño claro, y la esclavina de zorro.”

“Es Wjera Fechheimer, ahora vive en Nuremberg. La hija de Helene. La debes conocer. A comienzos de los años veinte estuvo casada en Viena con un Gutmann. Es una belleza, ¿no es cierto? Aunque una belleza austera.”

Sidonie sólo tiene un vago recuerdo. Poco después de la guerra, eso fue hace mucho tiempo, y además, en aquella época, sólo tenía ojos para Leonie Puttkamer, Wjera le debe haber pasado desapercibida. Pero ahora está cautivada por esa mujer y tiene que hacer un esfuerzo para no mirarla fijo con indecencia durante todo el resto de la tarde. Recién en el momento de despedirse, en la antesala, cuando Wjera se prepara para partir e intenta encontrar las bocamangas de su abrigo, ha llegado el momento de Sidonie. En el guardarropas ayuda a Wjera a ponerse el abrigo, lanza una primera mirada al delicado nacimiento

del cabello en su nuca, que ya ahora le gustaría besar, siente un cálido estremecimiento en su cuerpo y apenas puede intercambiar unas palabras sin importancia y desear unas buenas noches.

A la mañana siguiente, en cuanto se despierta, Sidonie va hacia el teléfono; y ahora está en cuclillas junto al aparato, todavía con camisa, abrigada tan sólo con un pañuelo de mohair sobre los hombros, y el cabello suelto. Del otro lado de la línea está Ellen, que gracias a Dios es madrugadora y ya parece estar en condiciones de dar información.

A Ellen se le escapa una sonrisa cuando escucha por la línea la voz despierta e inquisidora de su amiga a esa hora tan inusualmente temprana para ella. Casi hubiera apostado que detrás de ese primer llamado de esa mañana se encontraba Sidi. Y también sabe por qué.

Sidi engancha, del otro lado, el pesado tubo negro entre hombro y mejilla y se enciende otro cigarrillo, después se apoya contra la pared al exhalar la primera gran nube de humo, estira las piernas desnudas sobre el parqué... está lista para que empiece. Y quiere saber todo, cada detalle sobre esa belleza, casi desconocida, de la noche anterior.

Ellen está sorprendida de que Sidi no se acuerde de Wjera. Así que, con paciencia, le cuenta a su amiga toda la historia con lujo de detalles. Y Sidi se da cuenta de que hacía años que había más conexiones hacia Wjera de lo que sabía hasta la noche anterior.

El apellido de soltera de Wjera era Rothballer y había nacido en Moscú. Su padre, Oskar Rothballer, había llamado la atención, como hombre joven, de Karl Wittgenstein, que a fines del siglo había sido propietario de grandes industrias siderúrgicas en Moravia y Silesia y así, competidor de los Rothschild y los Gutmann. A continuación, Wittgenstein se ocupó personalmente de la carrera del joven ambicioso. Envió a Oskar Rothballer a un viaje de negocios de cierta duración al Este –Wittgenstein tenía negocios importantes con Rusia en curso–, y durante una estadía de varios meses en Moscú, en diciembre de 1896 había nacido Wjera, la hija de Oskar y Helene. Al poco tiempo del nacimiento, la familia se radicó en Praga, donde Oskar Rothballer estaba empleado como gerente comercial de la compañía siderúrgica de Praga.

El año 1906 trajo un gran cambio. El entonces director general de la Sociedad Minera Alpina, Anton Kerpely, persuadió a Oskar Rothballer de aceptar un puesto en Viena y mudarse a esa ciudad con su familia. En el verano, la familia se instaló en un hermoso departamento en la Brahmplatz en el 4° distrito, y Oskar trabajó como apoderado comercial y, al poco tiempo, como gerente comercial de la Sociedad Minera

Alpina. En 1914, Rothballer se convirtió en el sucesor de Anton Kerpely y así en director general de una de las empresas industriales más grandes de la monarquía imperial y real: al fin y al cabo, la Alpina cubría la totalidad de la demanda de hierro del país y proveía a los países vecinos. En esa su función, seguramente, también había tenido vínculos comerciales con el padre de Sidonie, Antal Csillag.

Oskar Rothballer mantuvo el puesto de director general hasta su temprana muerte, en enero de 1922. Logró conducir a la empresa a través de los años de guerra y los primeros años de la República de Austria y era muy estimado en los círculos de industriales por sus profundos conocimientos de la industria siderúrgica. Evidentemente, también tenía una gran habilidad para las negociaciones, porque en todas las grandes transferencias de acciones él era uno de los negociadores principales. En el periódico *Neue Freie Presse* siempre le otorgaban un espacio cuando se expresaba en forma vehemente en contra de desmedidos aumentos de precios que paralizaban el consumo y en contra de la usura con los precios que se llevaba a cabo en muchos círculos industriales.

En 1921 contrajo una grave enfermedad y ya sólo pudo ejercer su profesión en forma limitada. El entonces gerente técnico de la Sociedad Minera Alpina, Henrik Bäckström, cuyo hijo Klaus estaba comprometido con Sidonie, y el gerente comercial, Eugen Herz, se hicieron cargo provisoriamente de las agendas de Oskar Rothballer. Después de la muerte de Rothballer, Eugen Herz se convirtió en director general de la Sociedad Minera Alpina.

Wjera Rothballer, entonces, había pasado su juventud en Viena, en 1921 se había casado con Ernst Gutmann y vivía con su marido en el barrio residencial del 18° distrito. La familia Gutmann era conocida en la Viena de esa época principalmente por sus minas de carbón. A partir de mediados del siglo XIX hasta la arianización por parte de los nacionalsocialistas, los Gutmann eran una de las familias judías más pudientes de Viena. Y el antiguo palacio de la Ringstrasse de los Gutmann –ubicado entre Schubertring y Beethovenplatz– daba cuenta de esto.

Wilhelm Gutmann había puesto en 1850 la piedra basal del patrimonio de la familia, que era alimentado fundamentalmente por la empresa minera en Witkowitz y la explotación hullera en Orlau-Lazy. Además participaba activamente en la Comunidad Judía y financiaba una serie de instituciones benéficas, desde hospitales hasta el Orfanato Israelita de Niñas.

Max Gutmann, el hijo de Wilhelm, ingresó en 1883 a la empresa familiar. Durante muchos años fue presidente de la Unión Industrial y presidente de numerosas entidades, entre ellas la Asociación

Filantrópica, el Policlínico General y el hospital de enfermería Rudolfinerhaus. Max Gutmann se casó con Emilie Hartmann, la hija de la pareja de actores del Teatro del Hof Ernst Hartmann y Helene Schneeberger. Ernst Hartmann había llegado desde Hamburgo a Viena y había alcanzado grandes éxitos en el Teatro Imperial y Real del Hof. En un paseo por los salones de columnas del actual Burgtheater nos podemos encontrar tanto con estatuas de Ernst Hartmann como también de Helene Schneeberger.



Wjera Rothballer en la época de su unión con Ernst Gutmann

Max y Emilie Gutmann tuvieron cinco hijos, tres mujeres –las mayores eran mellizas– y dos varones. El hijo mayor, Ernst, nació en 1898 en Viena, como muchos hombres jóvenes de su generación hizo el servicio militar después del bachillerato y pasó casi un año junto con Heinrich, el hermano mayor de Sidonie, en el frente italiano. Después de su regreso de la guerra, Ernst, a ojos vistas, salió a buscar novia. También a Ellen, en aquella época todavía Schoeller de apellido, el encantador Ernst Gutmann solía visitar con frecuencia. Y su actitud de ganador impresionó a Ellen, sin lugar a duda. A Ellen y a Ernst les gustaba bailar, y se dice que eran una pareja de baile de ensueños. Pero luego, Heinrich le dijo a Ellen a escondidas durante un cóctel que Ernst sufría de una enfermedad incurable, que no podía engendrar hijos y que por eso era mejor que ella buscara otro marido.

En el año 1921, Ernst Gutmann se casó con Wjera Rothballer. En el hogar Gutmann, las reglas eran estrictas, y estas prohibían a los miembros masculinos de la familia abandonar la comunidad de fieles judía. Las hijas tenían la libertad de convertirse al cristianismo o de ingresar mediante el casamiento a familias cristianas, y también las cónyuges de los Gutmann podían ser cristianas, sólo los hombres estaban obligados a permanecer fieles a la fe del padre.

Poco después de la boda, Ellen se enteró de que Wjera había quedado embarazada, y no le quedó otra opción que preguntarse si la información de Heinrich sobre la enfermedad de Ernst no había sido errónea. Con consternación, recibió luego la noticia de que Wjera, unos meses más tarde, trajo al mundo una pareja de mellizos muertos.

Y tampoco el siguiente golpe para Wjera no se hizo esperar mucho. Ya después de cuatro años de matrimonio, en octubre de 1925, Ernst Gutmann murió de leucemia, entonces una enfermedad de difícil cura. ¿Sería esa la enfermedad que ya se había anunciado durante la guerra?

Después de la muerte de su primer marido, Wjera había emprendido un viaje por mar, durante el cual conoció a su marido actual. Compartían a menudo la mesa: él era un hombre alto y rubio, acompañado por una hermosa mujer rubia, a la que Wjera creía su esposa. Recién al abandonar el barco él le aclaró que la mujer era su hermana, y pidió a su comensal su dirección. Después llegaban regularmente flores y cartitas. Finalmente, Hans Martin Fehheimer viajó en persona a Viena y le pidió la mano a la joven y hermosa viuda.

A los Gutmann les hubiera gustado conservar a la nuera en la familia. A pesar de que a veces era un tanto rígida, lo compensaba con su belleza. Se dice que el violinista Bronislaw Hubermann se ex-

presó una vez de la siguiente manera: “Si esa mujer también tuviera ángel, sería irresistible.” Después de la muerte de Ernst pronto hubo muchos declarados y ocultos admiradores y aspirantes a su cariño. Hans Martin Fechheimer, sin lugar a dudas, era un partido conforme a su posición social. Los Fechheimer eran una familia de la alta burguesía de Nuremberg, a la que le pertenecían las fábricas de margarina asociadas en las *Vereinigte Margarine-Werke* del lugar. En el momento en que Wjera conoció a Hans Martin, este había terminado su estudio de abogacía y trabajaba como síndico en la empresa familiar. El patrimonio de los Fechheimer no estaba tan ramificado como el de los Gutmann, pero en la vida cotidiana, Wjera no la pasaría peor que en Viena.

En abril de 1928, Wjera había dado el “sí” a Hans Martin en Dresde. Después del casamiento, la joven pareja vivió en la mansión de los padres de Hans Martin en Nuremberg y a partir de mayo de 1929 en su propio hogar.

En la historia de los judíos en Nuremberg siempre vuelve a aparecer el nombre Fechheimer. Nuremberg como ciudad no puede enorgullecerse de haber tenido una buena relación con sus ciudadanos y ciudadanas judíos. Mientras las comunas circundantes, principalmente Fürth, no ponían piedras en el camino a la radicación de familias judías, Nuremberg negó durante mucho tiempo el establecimiento de hombres y mujeres judíos. Recién en el año 1874 se produjo la inauguración de la sinagoga central, que luego fue tirada abajo en agosto de 1938.

A fines de 1935 –poco antes de que la demencia racial antisemita de los nazis emprendiera su embestida de exterminio ilimitada– en Nuremberg y Fürth, todavía un veintiuno por ciento de las empresas registradas en el registro comercial eran judías, y muchos bancos privados de la ciudad estaban parcialmente en manos judías. El modo de proceder del partido nacionalsocialista contra los ciudadanos y ciudadanas judíos y el proceso de arianización se asemejaban en muchos sentidos a los sucesos en Austria. Esto, con seguridad, se debía al accionar del editor del periódico antisemita *Stürmer*, Julios Streicher, que vivía en Nuremberg y que se proponía dar un ejemplo en la ciudad para el resto de Alemania. Así, Streicher ya propuso en noviembre de 1938 internar a todos los judíos de Nuremberg para solucionar el problema inmobiliario.

Probablemente, los Fechheimer percibieran ya antes el cortante viento pardo, porque en junio de 1935, Hans Martin y Wjera abandonaron Nuremberg para mudarse a Munich. Los padres de Hans Martin se quedaron hasta marzo de 1939 en Nuremberg y luego se mudaron

a Berlín-Charlottenburg, donde vivía la hermana de Hans Martin desde su casamiento en el año 1933.

Los Fehcheimer, a esa altura de las circunstancias, ya eran todos protestantes, pero según las leyes raciales de Nuremberg eran considerados judíos y debían llevar a partir del primero de enero de 1939 el nombre de pila obligatorio Israel o Sara, de acuerdo a su sexo.

Pero en el momento del casamiento de Wjera y Hans Martin, el ascenso de los nazis todavía parecía quedar lejos.

Y también en el momento en que Sidonie redescubre a Wjera en Viena, el mundo de Austria todavía parece estar medianamente en orden.

Sidonie está conforme con la información que obtuvo a través de Ellen. Y como Ed, en ese momento, –vanidoso como siempre, con su pijama de seda planchado con pliegue, que le ordena hacer a la empleada– aparece algo dormido en la puerta de la sala de estar, a Sidonie le parece mejor terminar rápido su conversación telefónica. Porque no es necesario que él sepa que ella, al fin, vuelve a tener una pasión que comienza a instalarse en lo profundo de su corazón, y que esa pasión, otra vez, es una hermosa mujer.

Se apura para aún extraer de Ellen, en las últimas frases, la información acerca del lugar en que vive Wjera durante sus estadías en Viena. Después apoya el tubo en la horquilla.

Entonces, bien: el Hotel Sacher. Y ya comienza, en la mesa del desayuno –mientras mira a Ed detrás del diario, parte el huevo, unta el pan– a pergeñar un plan para encontrarse con Wjera.

Sus ideas se asemejan a aquellas de la época de Leonie Puttkamer. El Sacher sería el lugar ideal para encontrar a alguien por casualidad. Por supuesto que hoy en día se va a comportar de otra manera, al fin y al cabo ya no es más una adolescente de diecisiete años, sino ella misma una mujer deseada de la cual se dice que es una de las más hermosas de Viena. La idea era que pareciera completamente casual: dos señoras elegantes que se conocen se encuentran por casualidad durante sus compras matinales en el corazón de Viena.

Pero por dentro, Sidonie está revuelta como una diecisieteañera. Nada cambió: el palpitar del corazón, la excitación y las expectativas favorables de encontrarse con una mujer admirada son idénticos, y Sidonie está feliz que ese cosquilleo, después de tantos años, no se haya perdido.

‘Parece que siempre lo voy a tener’ piensa, contenta, para sí.

Ya al día siguiente sale a la mañana temprano de su casa, va a comprar rápido algo a la confitería Demel, así parece que acaba de

hacer algunas compras en la ciudad y sólo aparece en el camino de Wjera por casualidad. A continuación va a la ópera. Allí se ubica en la recova y conserva la entrada del hotel en el ángulo de su visión. Septiembre de 1917 le resultaba más agradable para tales niñerías que noviembre de 1934. El frío se filtra corrosivo por sus botitas forradas en piel, y ni siquiera el grueso tapado de visón con su amplio cuello con bufanda levantado parece proteger de las temperaturas. ‘Estoy demasiado vieja para estas estupideces’ está pensando, todavía, con una pizca de autoironía, cuando aparece Wjera en la entrada del hotel. Sidonie, una experta en esas artes, cruza en forma desapercibida la calle, le sale al encuentro como ausente y después simula gran sorpresa y alegría.

Toma a Wjera del brazo y esta, antes de darse cuenta, está sentada otra vez en el café Sacher en los nichos de madera oscura y noble e intachables mesitas con mantel blanco. Las dos mujeres intercambian algunos comentarios sin importancia, hablan acerca del simpático té de mujeres de hace dos días, sobre el tiempo...

Wjera cuenta un poco acerca del último tiempo en Nuremberg y se queja del provincialismo de esa ciudad. Los congresos partidarios celebrados con frecuencia de los señores con las botas de cuero negro y el uniforme de camisas pardas no colaboran, precisamente, para aliviar allí la vida.

Sidonie no entiende, tal vez también porque todo el tiempo se ve obligada a mirar las manos de Wjera. Ensimismada sigue con la mirada el camino que recorren sobre la mesa, de la azucarera a la cuchara, de regreso a la taza y, con esta, a la boca. En ese lugar no arriesga fijar su mirada demasiado tiempo, un tiempo llamativo. Todo tiene que dar la impresión de ser totalmente inocente. Por esa razón, los ojos de Sidonie sólo recorren brevemente la delicada y sensible boca, suben hacia la nariz recta, se topan por momentos con otros ojos claros, juguetones y enérgicos y bajan a la flexura del cuello hasta la brillante cadena de perlas. Pero esas manos, que saltan –delicadas y sin embargo relativamente anchas y firmes– para arriba y para abajo, durante la conversación, que giran suavemente para destacar las palabras y sólo descansan brevemente junto a la taza, esas las puede examinar durante más tiempo sin ser descubierta. Y les rinde veneración, en lugar de a la mujer que expresa su alma en ellas.

Un breve “Sidi, ahora me tengo que despedir” arranca a la soñadora de sus contemplaciones. Las señoras se levantan, se dejan ayudar por el mozo al ponerse las pieles, con una escueta mirada en el espejo se acomodan los sombreros. Luego vuelven a estar en la calle.



"Mañana vuelvo a Nuremberg –agrega Wjera–, seguramente nos veamos durante mi próxima visita."

Después, dos besos en la mejilla y Sidonie puede ir a su casa con sus compras en Demel.

Pero antes, todavía, entra a su florería preferida y consagrada en la Führichgasse, y elige algunas de las orquídeas más hermosas. En su casa ya había preparado un pequeño poema, y junto con las flores lo hace entregar en el Sacher para Wjera. Por supuesto que no lo firmó, al fin y al cabo ambas son mujeres casadas. Pero hubiera dado una pequeña fortuna por observar a Wjera durante la lectura de la cartita y poder ver cómo recorren su cara el asombro y el esfuerzo por adivinar.

Luego, entonces, Wjera partió. Sidonie no se animó a preguntar si podía contactarla por carta en Nuremberg. Pero a la semana ya le queda claro que quiere tener alguna conexión con esa mujer hermosa, alguna noticia de ella. Y se exprime el cerebro pensando. Alguna cosa se le va a tener que ocurrir, algo decente... esta vez no puede comportarse de forma tan desenfadada como en su juventud.

En el silencio de la noche, antes de dormir, tiende hilos en su mente, pasando revista de todas las personas que la podrían vincular con Wjera, y finalmente llega a Helene Rothballer. Se acuerda de que la madre de Grete Weinberger y la madre de Wjera son amigas y que las dos, debido a la cercanía física –una vive en la Schwindgasse, la otra en la Wohllebengasse–, se suelen reunir de vez en cuando.

Es fácil realizar un llamado telefónico a Muni Weinberger en los días siguientes, al pasar introduce a Wjera y Helene en la conversación, y Muni pica en el anzuelo.

Sí, le gustaría volver a ver a Helene, qué buena idea, la invitará –dice– el próximo fin de semana a Katzelsdorf. Y que Sidi y Ed vengán también, como otras veces, y cuenta que ahora era posible llegar en auto, porque las primeras nevadas de ese otoño ya se habían derretido del todo también en las montañas del Rosaliengebirge y era posible alcanzar la casa de campo sin dificultades.

Así que ya no hay obstáculos que superar para dar el segundo paso en el plan de Sidonie.

En esos días, Sidonie tiene que cuidarse de que su humor mejorado de forma tan repentina no llame demasiado la atención de su marido. Ya el día anterior le había preguntado con asombro si estaba con

sensaciones primaverales anticipadas, cuando ella hacía muecas en el baño delante del espejo y canturreaba una melodía alegre. Él se acercó inmediatamente a ella y la tomó por detrás presionándola contra su cuerpo para poner en claro que también en él había comenzado la primavera, lo cual le devolvió a ella la habitual edad de hielo.

Sidonie no es feliz con Ed. Ahora ya estaba casada con él hacía más de cuatro años y de algún modo todo se había acomodado en una especie de permanente equidistancia. Pero al principio se había imaginado que todo sería diferente.



Ed von Weiteneck y Sidonie Csillag

Lo único positivo que sacaba en limpio de ese matrimonio es el hecho de compartir su vida con un ser masculino y de cumplir así con las formas. Pero incluso sus amigas y amigos más cercanos no aprecian a Ed y se burlan de él a escondidas. En tanto ex-oficial, no es bien visto en estos círculos de la nobleza inferior que acaban de alcanzar esa categoría. El hecho de que no trabaje es comentado, principalmente por los hombres, con desprecio, el hecho de que –casi para compensar– se haga pasar con esnobismo por un elegante vividor es recibido con una sonrisa complaciente. Porque es conocido por sus vanidades, de las cuales el pijama de seda planchado con pliegue es sólo uno de los símbolos. Además tiene un modo de ser cortante y señorial, que no vuelve agradable el contacto con él, pero que en realidad no es más que pura envoltura. Porque Ed es un señor a costa de Sidonie. Desde el comienzo de su relación, el dinero de ella colaboró en forma decisiva al estilo de vida confortable de él. Todas las compras –empezando por los muebles, pasando por un auto nuevo, los gastos para alojar a su caballo hasta su guardarropas con ropa a medida y no precisamente barata– provienen del bolsillo de ella, mejor dicho, del bolsillo de Antal Csillag y, después, de su herencia. Hace poco, Sidonie decidió al menos contratar una segunda empleada doméstica para no tener que realizar para colmo todo el trabajo doméstico, para el que es completamente inepta. E incluso eso llevó a peleas. Porque Ed es particularmente avaro con todo el dinero que no redunda en provecho de él.

Hacia afuera, Sidonie sigue esforzándose por conservar la apariencia y dar la impresión de pareja feliz. Quién sabe, tal vez Ed realmente piense que son el uno para el otro, porque ella sigue jugando ese juego hasta en el dormitorio y le da la ilusión de que es el amante perfecto que la conduce, por así decirlo, *au point* al éxtasis. Y también aquí es burlado –sin saberlo–, porque Sidonie se exhibe a gusto –con la amargura salvadora de la insatisfecha– acerca de que a ella le estaba dado elegir el momento para su comedia, y así durante años lo hizo pasar por tonto.

Pero en el momento, sus preocupaciones personales pasan un poco a un segundo plano en vista de la severidad de los acontecimientos políticos.

## JUEGOS DE PODER AUSTRÍACOS

Ya el 20 de mayo de 1932, Engelbert Dollfuss se había convertido en canciller de Austria y formaba su primer gobierno, compuesto por social-cristianos, Liga Agraria y Bloque Nacional. En lo político, Dollfuss sigue su camino, instala a su gente en posiciones clave, pero no puede evitar que a fines de septiembre de 1932 los nazis celebren un congreso partidario regional en Viena, al que entre otros asisten Joseph Goebbels y Ernst Röhm.

La mala situación económica tampoco la pueden mejorar Dollfuss y su gente. En 1932 ya hay 362.000 desocupados y 150.000 personas fuera del sistema de seguridad social. Estas cifras aumentan mes a mes. Las plantas metalúrgicas de la Sociedad Minera Alpina son paralizadas tres veces en 1932 y los obreros son despedidos. Y la cantidad de indemnizaciones y bancarrotas ese año duplica la de 1929. El ingreso promedio de un hogar vienés, desde 1930, se había reducido en un treinta y cuatro por ciento.

El 7 de marzo de 1933, el gobierno federal declara no verse afectado por la crisis parlamentaria –los tres presidentes del Consejo Nacional renunciaron el 7 de marzo y la asamblea plenaria del Consejo Nacional se ve imposibilitada de actuar– y gobierna desde entonces mediante la Ley de plenos poderes para la economía de guerra del 24 de julio de 1917. Esta ley instaura una prohibición general de reunión y manifestación, así como la imposición de una censura previa. A lo largo del año, los social-cristianos y sus diversas alianzas siguen embistiendo contra los socialdemócratas y sus allegados. Se les impide a algunos diputados ingresar al Parlamento, la Liga de Defensa republicana es disuelta, se prohíbe la tradicional marcha de mayo. Se reducen los seguros sociales y se destituye de sus cargos a los funcionarios que no responden a la línea del gobierno.

En mayo de 1933, el líder fascista de Italia Benito Mussolini le otorga apoyo financiero a la Defensa Nacional, para poner una zancadilla a los festejos por la liberación de ciudadanos turcos, a los que asisten aproximadamente 250.000 personas. En junio del mismo año se prohíbe en Austria el Partido Obrero Alemán Nacional-socialista (NSDAP), se construyen campos de internación y se vuelve a implementar la pena de muerte.

En Austria, en aquel momento, ya sólo existen quince empresas con más de mil empleados, y cuarenta y cuatro por ciento de todos los trabajadores de la industria está desocupado. El gobierno intenta hacer frente

a esta situación con grandes proyectos de construcción. Se encarga la construcción en Viena de una calle elevada así como la construcción de una calle que pase por arriba de la cima del Grossglockner, y también se comienza a tramitar la reconstrucción del puente Reichsbrücke.

En febrero de 1934 se produce una escalada en los conflictos de los social-cristianos, y su Liga Nacional allegada, con los socialdemócratas. Se producen confrontaciones similares a guerra civil con probablemente 1500 muertos e innumerables heridos. Luego se suceden detenciones masivas, se disuelven todas las organizaciones culturales, sindicatos así como el Partido Socialdemócrata y se confiscan sus patrimonios. Muchas de las reformas y los programas que habían sido realizados por los socialdemócratas o todavía estaban en proceso de realización son suspendidos o anulados.

El intento de golpe nacionalsocialista y el asesinato del canciller Dollfuss el 25 de julio de 1934 no trae cambios a la línea de gobierno. El presidente Miklas se dirige al Ministro de Justicia, Kurt Schuschnigg, y le da la orden de formar gobierno.

La situación económica en Austria cada vez es peor. La cantidad de desocupados y expulsados del sistema de seguridad social está en constante crecimiento, y a muchos directamente ya no se los cuenta. La compañía de seguros Phönix, que durante muchos años había financiado a la Liga Nacional, en 1936 se declara en bancarrota y el Estado austríaco se hace cargo de sus deudas.

Aquellos que todavía tienen trabajo reciben, en promedio, un sueldo de 60 a 120 chelines por mes. En los restaurantes, en los que cuelgan carteles con la frase ingeniosa “Bebe y come hasta llenarte, de política no hables”, se puede recibir por un chelín un menú de almuerzo con tres platos –sopa, plato principal con guarnición y postre–. Y el que no necesita sopa, tiene la posibilidad de, en su lugar, hacer un llamado telefónico.

De modo que ese fin de semana está anunciado Katzelsdorf para el matrimonio Weitenegg, y a pesar de que el clima será devastador para su bello Steyr azul oscuro y que el auto regresará salpicado de mugre de las calles de arena de las montañas del Rosaliengebirge, Ed accedió al pedido de Sidi de ir con ella a lo de los Weinberger. Ella está tan alegre últimamente, y él no quiere negarle el deseo que expresa enfáticamente y con ojos brillantes.

Después de casi una hora de viaje llegan al gran portón de rejas de la propiedad rural de los Weinberger, y un sirviente de librea, tem-

blando de frío, sale corriendo de la casilla de la entrada para abrir el portón. Entonces también se escucha ya la campana obligada que reúne al personal cuando llegan invitados. Un poco más de camino, a cuyos lados hay altas coníferas y hayas, luego han llegado a destino.

Sidi casi salta del auto y corre, sin prestar ya más atención a Ed, hacia la casa, en cuya puerta de entrada abierta Muni Weinberger abre los brazos y gritando fuertemente “Sidi, Sidi” abraza a la joven amiga. Dos pequineses rodean la escena saltando alrededor de ellas, moviendo la cola y ladrando.

Sidonie está apurada para entrar al enorme salón en el que los invitados se reparten en media docena de diferentes grupos de personas sentadas, porque en realidad ella espera con urgencia el reencuentro con Helene Rothballer, la madre de Wjera, y su única portadora de esperanza de información regular. Pero primero hay que saludar a las amigas, que en cierta medida le cierran el camino. Está Sylvie Dietz, esta vez con su pequeña hija Dorli, y Grete Weinberger, que tiene más que suficiente que hacer para domesticar a sus dos hijos varones, Peter y Rolf. También Willy, del cual Grete ya está divorciada, pero que sigue viviendo con ella, ayuda, en forma excepcional, en la crianza de los niños. Es un hombre pequeño y sólido, de rasgos divertidos, detrás de los cuales se oculta una temida propensión a la cólera.

Al fin, Sidonie logró abrirse paso hasta dar con Helene Rothballer –hoy con rosa amarilla en la solapa gris– que le sonríe con picardía de quelonio y recibe con amabilidad sus dos besos en la mejilla.

Y ya convoca al almuerzo el ama de casa. Con la cara enrojecida –porque pese a cualquier cantidad de personal no se deja apartar de su pasión de cocinar–, acababa de salir de la cocina, de lanzar el delantal sobre un sillón en una esquina del comedor y de sentarse en la punta de la mesa. Hay un clásico cerdo asado vienés con albóndigas de papa, y la compañía de amigos se regala con la exquisita comida grasosa. Pero la tranquilidad no dura mucho, y pronto reina el usual caos en la mesa de almuerzo de los Weinberger. Los hombres, para variar, se internaron en una discusión política. Papacito y Hans –Weinberger padre e hijo– expresan su satisfacción acerca de la situación en Alemania, que esperan tener pronto también en Austria, Willy, en cambio, es un antinazi estricto y contradice con energía, Ed, en su calidad de austrofascista moderado, intenta alcanzar un equilibrio, y finalmente todo termina en un terrible vocerío, en el que se lanzan servilletas con ira y las copas son depositadas de vuelta en la mesa sin delicadeza alguna.

Hasta que Muni, como siempre, termina el griterío con una amabilidad férrea y solicita pasar al café negro. Su palabra vale para

todos e inmediatamente vuelve a introducir una tranquilidad bonachona en la cual ya nadie está enojado con el otro.

Sidi buscó la compañía de Helene Rothballer y se acaba de sentar junto a ella en un sillón. Comienza, con habilidad, una conversación superficial. En el transcurso de esta descubre varias cosas importantes. Por ejemplo, que Wjera viene de vez en cuando a Viena para visitar a su madre y –como dice Helene con una risa profunda– para calmar su conciencia sucia para con ella, y que la próxima visita sería recién en unos meses, a finales de la primavera. Por lo demás, se entera –y esto le resultará muy conveniente para pasar el tiempo hasta entonces y para obtener más información sobre Wjera– que mamá Helene es una aficionada al patinaje sobre hielo. Como los inviernos austríacos son largos, los próximos tres meses parecen estar asegurados. Sidi, que en su infancia había pasado mucho tiempo en un club de patinaje sobre hielo, resuelve desempolvar sus botas y volver a practicar deporte. Y las dos señoras acuerdan en seguida una cita para las primeras rondas sobre hielo resbaladizo.

Después del café negro, mucha conversación sobre temas profesionales, charlas y bromas, la ronda comienza a disolverse hacia el final de la tarde. Ed y Sidi ofrecen a Helene –como los Weinberger se quedan en el campo y no hay otros autos que regresen a Viena– llevarla a su casa.

Después del besuqueo general y los rituales de despedida en la antesala, termina para Sidi una tarde muy exitosa y agradable, que permite vislumbrar muchas cosas buenas para el futuro.

Durante las próximas semanas, Sidonie comienza a buscar en forma creciente el contacto con Helene Rothballer. Esta es una mujer realmente simpática y llena de vida, que enviudó temprano y desde entonces se impuso la tarea de disfrutar de la vida. No rechaza ninguna propuesta de emprender algo ni ninguna posibilidad de un coqueteo por más sutil que sea. Esta mujer entrada en años, entonces, se siente halagada por el interés vital de la hermosa y joven nueva amiga. De todos modos, le resulta un poco extraño que esa joven belleza quiera pasar tanto tiempo con ella en lugar de con hombres de su entorno. Por las dudas pide información a su amiga Muni Weinberger preguntándole si Sidi lleva un matrimonio feliz. Muni, que muchas veces fue confidente de Sidi en lo que respecta a los detalles del matrimonio de esta, puede contestar minuciosamente la pregunta de Helene y además la instruye acerca del hecho de que a Sidi, en realidad, sólo le interesan las mujeres.

Helene Rothballer se siente tanto más halagada. Ya salió de la época de la vida en que el interés de mujeres por mujeres resulta peli-

groso, y disfruta del cosquilleo que desencadena la atención que supuestamente se dirige a ella.

Pasa casi medio año hasta que Sidonie alcanza la meta de sus deseos y se entera de que Wjera pronto volverá a visitar Viena. En su primer desborde de alegría le confiesa a Helene lo feliz que es de poder ver nuevamente a Wjera.

Esta entiende, al fin, que la atención de Sidi no se dirige a ella sino a su hija. Tiene que reírse de su vanidad, que la había llevado a sacar conclusiones totalmente erróneas. Pero no está enojada con Sidi y promete organizar durante la estadía de Wjera en Viena algunos encuentros que le darían a su joven amiga la oportunidad de estar junto a su hija.

El primer encuentro será una cena para Wjera en lo de los Weitenegg, que Sidonie planifica minuciosamente desde comienzos de marzo. Ella, que normalmente piensa que las tareas del hogar son lo último, se divierte fijando el orden de los platos, reflexionando sobre el modo de poner la mesa y sobre las clases de vino. Hace tiempo que envió la invitación para esa noche a Nuremberg y pronto recibió una postal como respuesta en cuyo anverso luce un pequeño aguafuerte de la iglesia Frauenkirche y en el reverso hay una aceptación, escrita con letra enérgica y caprichosa, que cierra con “cordiales saludos”. El único trago amargo para Sidonie es que Wjera no vendrá sola sino en compañía de su marido Hans Martin. Pero eso, al menos, le daría la posibilidad de observar la relación entre ellos y examinar las chances que ella tendría con Wjera.

El 28 de abril de 1935 es el día señalado. Sidonie da vueltas por la casa con nerviosismo desde la mañana. Mandó a las empleadas domésticas bien temprano al Naschmarkt, el mercado de alimentos, para comprar los ingredientes para la cena. Una cocinera, que se “tomó prestada” de su amiga Ellen especialmente para esa noche, logrará ojalá el milagro de preparar una comida deliciosa. Habrá trucha azul, antes una sopa de verduras liviana, después berlinesas –según pudo averiguar, el postre preferido de Wjera– cuya dificultosa preparación hundió a la cocinera ya a la tarde temprano en una desesperación malhumorada.

La mesa se pone con el mejor servicio, el de Katharina Schratt, que recibió como regalo de bodas de parte de su padre, y hermosas copas de cristal macizo. En el plato pensado para Wjera hay una pequeña rosa color rosado claro.



Sidonie se arregló particularmente para esa noche y, muy a contrape-  
lo del clima de comienzos de verano, eligió un vestido oscuro y ajustado  
que resalta su figura, su elegancia y su belleza seria. Poco antes de que  
lleguen los invitados acomoda una vez más los espléndidos ramos de  
flores en los nichos de las ventanas—calas exuberantes, anémonas coloridas  
y acónito oscuro—suministradas por Hoffmann de la Führichgasse.

A las siete suena el timbre, y la mismísima Sidonie abre la puerta.  
Una breve mirada a Wjera le confirma que nada ha cambiado en  
cuanto a la belleza de esta ni en cuanto a la atracción que esta ejerce  
sobre ella. Pero Hans Martin la sorprende. En su prejuicio peyorativo  
había esperado a un hombre “de aspecto judío”. Pero Hans Martin es  
alto y rubio y parece como si viniera del norte de Suecia. Él le gusta,  
una impresión que más adelante, en la mesa, se ve reforzada por su  
modo de ser ligero e irónico y el trato cariñoso y atento con su mujer.

Después de la entrada, Wjera se disculpa un momento y pide pasar  
al tocador de Sidi, para empolvase la nariz. Sidi tiene que aprove-  
char esa oportunidad. Inmediatamente después también ella se levanta  
y la sigue, de manera no desapercibida por Ed, que levanta la  
nariz, como si percibiera un viento inusual.

Cuando Sidi entra a su *boudoir*, Wjera está parada con su claro  
vestido de seda frente al espejo y se pone algo de *rouge*. Interrumpida  
por el ruido de la puerta, gira un poco la cabeza y sus cortos rulos  
rojizos rebeldes liberan su perfil. Sidi ya no puede contenerse. En dos  
pasos rápidos está junto a ella, la abraza y la besa con pasión. Por  
unos momentos, Wjera se entrega a sus brazos, y sus labios respon-  
den, blandos y dóciles, el beso inesperado. Pero después la recorre un  
frío asustado, su cuerpo se pone rígido y aparta a Sidi de sí.

“¿Cómo puedes hacer esto a tu marido?”. Su voz suena severa,  
como si con eso quisiera deshacer lo que acababa de suceder.

Sidi sonríe y se encoge de hombros: “Él tiene a la mujer que ama.  
Pero yo no.”

Wjera sacude la cabeza y suspira: “Si es así... —murmura—. No lo  
sabía.”

Con pudor cierra la pequeña polvera, que todavía sigue abierta en  
sus manos.

“No sé, Sidi..., no sé a dónde se supone que conduce esto...”. Y la  
mira con una mezcla de suavidad, seriedad y tristeza que conmueve  
profundamente a Sidi. Después se da vuelta, decidida, y abandona la  
habitación.

¿Acaso habría de emerger otra vez ese viejo tema largamente re-  
primido? A ella siempre le habían gustado mujeres, y Sidi tenía algo

especial que ocupaba su mente desde que se encontraron la primera vez. Pero pensó que esa extraña atracción hacia las mujeres era una parte de su historia de su primera juventud. Que eso vuelva a aparecer no le viene nada bien.

De esos pensamientos, Sidonie no tiene la menor idea. Después de unos minutos la sigue a Wjera al comedor, donde las dos vuelven a participar de las conversaciones de mesa, sin solución de continuidad y elegantemente, como bellas y agradables esposas de sus maridos y nada más.

Pero en la cabeza de Sidonie gira un único remolino de pensamientos: 'Voy a volver a besarla, una y otra vez, y sostenerla en mis brazos, tanto tiempo hasta que ella me quiera. Aunque pasen años.'

En el camino de regreso, Wjera está confundida. Ella ya conocía superficialmente a Sidi y también había escuchado más de una vez los rumores acerca de su debilidad por las mujeres. En la correspondencia con su madre parecía como si Sidi cortejara a su madre. Sólo por eso Wjera había aceptado pasar una noche en lo de los Weitenegg, porque quería estudiar en detalle a Sidi. ¡Y ahora esto!

Durante los próximos días, Wjera está intranquila y desconcentrada, apenas habla con su marido y no se deja tocar por él. Durante la noche tiene sueños agitados en los que se encuentra, temerosa y ansiosa, en los brazos de las mujeres más diversas. De a poco se siente mejor y lo vivido se aparta de ella. Y hace todo lo posible para no volver a tenerlo cerca de sí. A Sidi, durante esa estadía en Viena, la ve sólo dos veces más, en paseos por el parque municipal, durante los cuales siempre estaba presente su madre, lo cual relajaba la situación. Entonces se sentaban en la cafetería de la intendencia al sol y fumaban, y casi parecía como si fueran conversaciones totalmente ligeras y ocasionales. Al despedirse, tal vez se excedió un poco en la duración del abrazo a Sidi, y esta tomó sus dos manos, las llevó hacia su boca y las besó efusivamente. Y al poco tiempo estaba sentada en el tren, a su lado Hans Martin, delante de ella Nuremberg y detrás de ella desaparecían como en la niebla todos esos acontecimientos irreales.

Cuando Sidonie regresa a Viena de las vacaciones de verano, se entera por Helene Rothballer que Wjera y su marido ya a fines de junio se mudaron a Munich. Sidonie está desilusionada porque Wjera no se lo comunicó en persona, pero deja a un lado ese pequeño dolor. La vida cotidiana con todas sus insignificancias la tiene más ocupada.

Ed, aparentemente, notó poco o nada de su cortejo hacia Wjera, lo cual le viene de lo mejor, porque entonces puede moverse sin ser perturbada en su tierra de ensueños llamada Wjera. Piensa mucho en ella, casi a diario, pero se impone a sí misma no retomar el contacto con ella con demasiada frecuencia. A pesar de que los encuentros con la adorada ya pasaron hace cierto tiempo, se acuerda bien de cada fecha y de cada detalle. 11 de noviembre, 19 de noviembre, 28 de abril... sólo dos días después de su cumpleaños... así recapitula en su interior. Pero maduró y sabe que lo tormentoso de su juventud aquí está totalmente fuera de lugar. Y se consuela con el hecho de que los molinos de un Dios que no es el suyo muelen lenta pero inexorablemente.



Sidonie Csillag, Wjera Fechheimer, Helene Rothballer en Wienerwald, 1936

Cuando, para Navidad, sigue sin tener noticias de Wjera, Sidonie no soporta más y resuelve enviar flores a Munich. Y otra vez salen con un poema anónimo.

Wjera agradece educadamente a su ex cuñado vienes, que siempre le había hecho un poco la corte, por las flores y el poema. Pero este no tiene idea de qué se trata. Ella está confundida por su negativa, pero después comienza a concebir sospechas. En su próxima carta pide a su madre realizar las averiguaciones, que conducen a Helene Rothballer, llena de presentimientos, directamente a Sidonie. Y tuvo el presentimiento correcto, porque Sidi reconoce con una pequeña sonrisa haber sido la expedidora.

En el mundo exterior de Sidonie todo sigue su transcurso habitual. Excursiones el fin de semana, partidas de bridge aquí y allá, invitaciones en lo de Ellen, Grete, Sylvie y, en el último tiempo, también en forma incrementada en lo de parientes de su marido.

Ed tiene, al igual que ella, tres hermanos: dos mujeres y un varón. Las dos hermanas tienen una buena predisposición hacia Sidonie y se ocupan de establecer una relación con ella. Irene, la mayor, es maestra de primaria, casada, con una hija pequeña, y muy comprometida en lo social. Participa de varias asociaciones de beneficencia y convence a Sidi de dedicar un poco de su tiempo al servicio de una buena causa.

Aunque Sidi no se siente particularmente atraída hacia las “obras de bien”, no quiere desilusionar a Irene, y además queda muy bien que una dama de la sociedad haga llegar a los pobres de este mundo el dinero de su marido –en este caso, el propio–, incluso sin tener la menor idea de dónde están ni por qué son pobres.

De modo que acepta ayudar una vez por semana en el comedor Elisabethtisch. Esta es una organización en la que las damas de la sociedad cocinan para viudas y huérfanos. En realidad, es la actividad más inapropiada para Sidi, y ella se ocupa de dejar en claro a todos que no puede ayudar de ninguna manera en la cocina, pero que sí podría poner bien la mesa, servir y charlar un poco con los pobres.

Algunas otras de las damas caritativas la recibieron con frialdad, y pese al intento de acercamiento de Sidonie no se vuelven más amables. Se dan vuelta con soberbia y desdén cuando entra a la sala, y una vez, al pasar, escucha un trozo de conversación con la palabra “judía”. Sidonie lo anula enseguida y trata, a su vez, a esas mujeres con especial arrogancia.

Con la hermana menor de Ed, Grete, Sidonie se lleva mejor. Grete tiene, al igual que ella, una tendencia a la melancolía y siente el mismo gran aprecio hacia los animales. En el momento de la celebración del matrimonio de Sidonie y Ed, sus dos hermanas están casadas, también Grete. Su esposo es un funcionario del ministerio, mucho mayor, y a ella no parece importarle demasiado. Por casualidad, Sidonie se topa con Grete un día en el parque del ayuntamiento en compañía de una joven campechana. Para las dos mujeres se había hecho demasiado tarde para esquivarse y les da mucho pudor. Sidonie primero está tentada de tratar a Grete con desprecio, pero luego decide, en vista de sus propias preferencias, dar a entender a su cuñada que su compañía no le parece inadecuada. Cuando el funcionario del ministerio fallece al año siguiente y Grete, provista de una bonita pensión, puede mirar despreocupadamente al futuro, ya no oculta más su cariño hacia las mujeres. La dama campechana, una tal Olga, se muda con ella y no se aparta más de su lado. Y Ed tiene ahora –sin saberlo– a la segunda mujer lesbiana en la familia.

Sólo con el hermano menor, Franz, no sabe como comportarse. Es tan vanidoso como su hermano mayor, y además tiene manía de notoriedad e interés fijo por hacer carrera. Eso y la posibilidad de ingresar a la empresa del suegro, la *Imperial Feigenkaffee*, probablemente hayan sido el motivo principal de su casamiento con Thea Kuhlemann.

Desde entonces, Franz y Thea están muy interesados en afianzar su posición social y ofrecen una reunión social de categoría tras otra, a las cuales también son invitados Ed y Sidonie. Al principio, a Sidonie le gusta ir, pero de a poco esas maneras de nuevos ricos la comienzan a poner nerviosa. Sin embargo, esas invitaciones son muy apreciadas en ciertos círculos, y arribistas de todo tipo se encuentran allí con la esperanza de conocer a los señores establecidos que les confirmarían con su presencia de que lo habían logrado y ahora también “pertene-cían”. Pero sólo ven allí, como mucho, a pares, y entre estos también a algunos señores con pequeñas cruces gamadas bajo la solapa y bigotes al estilo de su gran ejemplo.

En 1936, Franz tiene que someterse a una operación de apendicitis, por cuyas consecuencias muere. Después de esto, los contactos de Ed y Sidonie hacia los Kuhlemann prácticamente se rompen. A Sidonie esto le viene bien, porque el tono filonazi, junto a un intenso antisemitismo, hasta a ella le resulta excesivo. Durante un tiempo temió que su marido Ed simpatizara con esas ideas, pero esos temores están infundados. Ed es, más bien, el tipo del que se adapta para no llamar la atención. A él sólo le importa que sus hermanos no se enteren del origen judío de su

mujer, e instruyó a Sidonie antes de su matrimonio que debía callar al respecto. Y en ese silencio, los dos cónyuges sin duda se han encontrado el uno al otro, por motivaciones muy diferentes.

## ST. GILGEN

Ahora, para alivio de Sidonie, se acerca el verano de 1936, que traerá una interrupción en su monocorde rutina. Ed y ella, como todos los años, tienen planes de realizar un viaje, y otra vez es St. Gilgen junto al lago Wolfgangsee el destino del veraneo.

Ya alrededor del año 1880, St. Gilgen comenzó su ascenso para convertirse en una de las localidades de veraneo preferidas de la burguesía vienesa. Allí muchas familias adineradas se compraban, en aquella época, terrenos y construían mansiones. Uno de los primeros fue el médico vienés Theodor Billroth, que adquirió un terreno en 1883 y se construyó una casa. También el fabricante y banquero Max Feilchenfeld, que luego se radicaría en Brioni, vivía en St. Gilgen. De su residencia rural se decía que era una de las instalaciones más magníficas que se habían construido en la región de Salzkammergut después del fin de siglo.

Para que la ciudad se adaptara bien al turismo creciente, en 1916 se ordenó la construcción de una nueva calle por parte de cien prisioneros de guerra rusos. También se hizo un sendero peatonal desde Fürberg a St. Gilgen pasando por Brunnwinkl.

En los años de la Primera Guerra Mundial, los veraneantes, por un tiempo, no eran muy bien vistos, porque la escasez de leche, manteca y carne hacía difícil proveer a tantas personas más. Pero después todos vuelven a ser bienvenidos, y en los años veinte y treinta, la vida social de Viena durante los meses estivales se desplaza a la región de Salzkammergut. El Festival de Salzburgo, creado por Max Reinhardt, produce el ir y venir de un público internacional, y las mansiones de los ricos se llenan de vida. Muchas de esas mansiones están provistas de lujo: con cancha de tenis, de bolos o polígono de equitación propios.

Los lugareños comienzan a imitar a los de la ciudad y construyen más casas de veraneo, que alquilan a buen precio a aquellos que no pueden o quieren construir una propia. Porque precisamente ahora, el turismo austriaco depende más que nunca de los huéspedes del propio país. Desde la “barrera de los mil marcos” impuesta en 1933 por el gobierno del Reich Alemán sobre Austria –los ciudadanos alemanes tienen que pagar un arancel de mil marcos del Reich antes de ingresar a Austria– el número

de los veraneantes alemanes, por ejemplo en el Tirol, bajó, en promedio, de 1,25 millones a 130.000. Para volver más tentadoras las vacaciones a los austríacos en su propio país, en parte había ofertas muy baratas. Así, en Kärnten, después de la temporada alta, se ofrecía una estadía de dos semanas con pensión completa por 80 chelines.

Y también el matrimonio von Weitenegg encontró un hospedaje conveniente: Sidi y Ed viven en lo de los Schöpke. Se trata de un viejo y quejoso alemán que posee una mansión en las inmediaciones del lago. Su prima se ocupa de la posada y de los huéspedes. En el jardín hay una minúscula casita con una sola habitación, que en ese verano de 1936 es alquilada por Sidi y Ed. Les encanta la impronta rústica y original y durante unas pocas semanas disfrutaban de hacer vida de campo. Entonces aceptan también que tienen que compartir la cama, que no hay agua corriente y que hay que higienizarse delante de la casa en el pozo de agua.

Pero lo más lindo es la vista. Directamente delante de la casa comienza el lago, que cambia, en la cambiante luz del día, de gris claro y color malva en el crepúsculo de la mañana y de la noche a un azul blanco resplandeciente en el sol del mediodía hasta un cálido verde oliva cuando cae la tarde. Sidi adora sentarse en el banco delante de su casita y mirar durante horas el lago. En esos momentos incluso disfruta de la presencia de Ed.

Cuando está soleado y caluroso, los Weitenegg van a bañarse o a andar en bote. Si el cielo está cubierto o llueve, van a hacer caminatas o visitan amigos. Los Weitenegg, en esa época, son buenos amigos de los Imhof, que están hospedados del otro lado del lago en Fürberg. A Sidonie le encantan los alegres Imhof. El padre y uno de los dos hijos varones son gordos y se ríen mucho y de corazón, mientras que la madre es una mujer bella, delgada y elegante, que le gusta a Sidonie por motivos muy diferentes. Y los Imhof siempre están dispuestos a jugar una desmedida partida de bridge.

Los padres de Ellen también alquilaron una mansión en St. Gilgen, donde se encuentran sus hijos junto a sus nietos y nietas. Y también allí hay eventos sociales casi diarios, no muy diferentes de las reuniones en Viena, en los que van a bañarse, juegan al tenis, pasean y juegan al bridge si hace mal tiempo.

Durante las caminatas se producían algunos encuentros y reverencias y también más de una vez charlatanería acerca de quién estaba presente y quién brillaba por su ausencia. La alta aristocracia seguía yendo a Bad Ischl, la localidad donde alguna vez pasara el verano la familia imperial, los artistas se habían ubicado junto al lago Attersee.

En el centro, en esa época, se encontraba el castillo Kammer en posesión de la familia berlinesa Mendelssohn, cuya lista de huéspedes se podía leer como un *Who is who* internacional de los homosexuales y las lesbianas. El mundo burgués, los negociantes, los industriales y sus familias se habían acomodado alrededor del lago Wolfgangsee.

De modo que si llueve en la región de Salzkammergut, lo cual ocurre seguido, los Weitenegg van con el auto a la otra orilla del lago o a lo de la familia de Ellen y pasan horas jugando a las cartas. Allí, los hombres discuten en forma entusiasta sobre autos, tomando como punto de partida el bonito Steyr azul oscuro de Ed, porque Ed, con su soporte rodante, pertenece al grupo de los pocos, aproximadamente 10.000 privilegiados que a mediados de los años treinta tienen un auto privado, lo cual hace brillar de envidia los ojos de muchos otros hombres, incluso de buena situación financiera.

Sidi, que no se interesa por autos y tampoco entiende del tema, siempre tiene que volver a escuchar las ventajas de diversos modelos y se asombra de cómo los hombres logran conversar durante horas sobre todos los diversos tipos de transporte motorizado. Ese verano prefiere viajar al castillo del conde de Almeida en el lago Mondsee, que su hermano del medio, Robert –entretanto un músico exitoso– alquiló con su compañía de ópera, *The Salzburg Opera Guild*.

La segunda carrera de Robert se había desarrollado realmente de forma magnífica. Poco después de la muerte del padre, en 1931, comunicó a la familia que iba a abandonar los negocios en Amsterdam, los que detestaba, que no regresaría allí y al fin iba a cumplir su sueño de estudiar en el conservatorio. Ya había hablado con Josef Reitler –contó–, que decía estar muy contento de poder tomar a Robert como alumno. Reitler era el director del Nuevo Conservatorio de Viena, fundado por él, y uno de los cofundadores del Festival de Salzburgo. Todavía había conocido personalmente a Gustav Mahler y tenía contacto con los más importantes directores y cantantes.

El resto de la familia estaba asombrado, pero no adoptó una actitud negativa. A mamá Csillag le parecía grandioso todo lo que hacían sus muchachos, Sidonie estaba contenta por su hermano preferido, que al fin podía seguir lo que su corazón le indicaba. Los negocios, al fin y al cabo, nunca le habían interesado, que fuera entonces feliz con su música. Sólo Heinrich, el juicioso, pidió a Robert que repensara su decisión. Porque en el fondo era más acorde a las ideas del padre tener una profesión sólida y seguir practicando la música como aficionado.

Pero Robert no se dejó detener por ningún reparo y realizó sus estudios con un entusiasmo que su familia nunca había visto en él.



Tenía todo tipo de planes para composiciones y quería convertirse en un director influyente. Ya se había separado hacía cierto tiempo de su primera mujer y había conocido en el conservatorio a una cantante que también se convertiría pronto en su segunda mujer. Herta Glaz tenía una bella voz de contralto y estaba perfectamente encaminada para hacer carrera en Alemania. Pero esos planes sólo los pudo seguir mientras los nacionalsocialistas todavía no estaban en el poder. Pronto después de su regreso de una gira por Alemania, en primavera de 1933, se casó con Robert.

En 1935, Robert había terminado sus estudios musicales, y como era difícil hacer carrera en Europa —el importante mercado alemán estaba cerrado a artistas de procedencia judía— decidió iniciar una nueva causa, que estaba estrechamente relacionada con los buenos contactos de Herta. En otoño de 1934, Herta había tenido la oportunidad de cantar el *Reisebuch* de Krenek, en el marco del Österreich-Studio dirigido por Ernst Krenek, alcanzando un gran éxito. Los conciertos del Österreich-Studio se presentaban ante un público interesado en música contemporánea en el salón Ehrbarsaal del conservatorio. Herta también cantó en otros conciertos de Ernst Krenek, una vez canciones de Adorno, otra vez canciones populares austríacas.

El trabajo conjunto de Ernst Krenek y Herta Glaz se continuó en forma exitosa. En noviembre de 1935, ambos estaban en Londres, donde realizaron grabaciones para la BBC. A continuación hubo conciertos compartidos en Ginebra, Lausana y Lugano. Mientras los músicos y músicas austríacos en Londres y en Suiza recibían reconocimiento por su trabajo, en Austria ya comenzaban las cancelaciones de los conciertos, y esto meses antes de la anexión al Reich Alemán. Ernst Krenek se acuerda de una cancelación de un concierto en Graz, porque allí a los organizadores no les gustaba la pertenencia religiosa y las características raciales de Herta Glaz.

En el año 1936, Robert tuvo finalmente una idea que valió la pena llevar a la práctica. Estaba fundando una compañía de ópera que iría de gira con fragmentos de ópera ejemplares por los Estados Unidos. Por motivos de efecto publicitario, el grupo se llamó Salzburg Opera Guild, y se hospedó enseguida en el primer verano en el magnífico castillo del conde de Almeida junto al lago Mondsee, no lejos de la burguesía vienesa con intereses culturales y sin dificultades financieras y los huéspedes internacionales que veraneaban en Salzkammergut.

De modo que además de Sidonie peregrinaban muchos otros veraneantes al Mondsee, para conocer a la joven compañía que rodeaba a Robert, Ernst Krenek y Herta Glaz. El amplio castillo no era particu-

larmente acogedor, pero era grande y ofrecía lugar para todos. El repertorio consistía de *Così fan tutte*, la ópera de Monteverdi dirigida por Krenek, *Poppea*, y de una combinación de una pequeña ópera de Rossini, de la *Angelique* de Ibert y de *Le pauvre matelo* de Milhaud. Robert estaba persuadido de que las óperas debían ser cantadas en su idioma original, y no parecía considerar problemático que a veces la comprensión se viera reducida por eso. Herta estaba elegida para cantar todos los papeles femeninos principales. Entre los miembros del grupo se encontraba una joven y atractiva soprano que más adelante se convertiría en la tercera mujer de Robert. El pago era mínimo, pero las perspectivas de realizar funciones en los Estados Unidos ayudaba a restarle importancia a este aspecto.

Esta elevada meta se volvería realidad antes de lo previsto, porque ya en octubre de 1937, la compañía recibiría una invitación para realizar una gira extendida por los EE.UU. y se embarcaría desde El Havre a Nueva York.

Cuando Ed y Sidonie regresan a fines de agosto del veraneo, ninguno de los dos sabe todavía que pronto habría una decisión en la vida de Ed que tendría amplias consecuencias para ambos.

Ed, desde comienzos de los años treinta, en cierta medida había estado parado en la calle o, mejor dicho, sentado y desempleado en la sala de estar de su mujer, ya que luego de que su hermano Franz ingresara por medio de su casamiento a la empresa Imperial Feigenkaffee de la familia Kuhlemann, el negocio ferretero común se había disuelto. Al igual que muchos antiguos oficiales de la monarquía imperial y real, tenía buenas conexiones y buenos modales, pero en esos tiempos económicos difíciles esas no eran las características necesarias para permanecer en el negocio o conseguir un puesto nuevo.

En 1936, al fin, los camaradas de la Liga Nacional salen en su auxilio. En noviembre de ese año ofrecen a Ed la dirección de un instituto. A pesar de que él no tiene la menor idea de la materia en cuestión, la posibilidad de tener un puesto de trabajo fijo es una bienvenida salvación de su difícil situación social y pecuniaria.

Después de la desarticulación de los trabajadores en febrero de 1934, el régimen austrofascista había comenzado a disolver instituciones que pertenecieran a los socialdemócratas o allegadas a ellos. El 5 de abril de 1934 había llegado una orden de disolución a la

Asociación del Museo Social y Económico fundada en 1925 por Otto Neurath. Otto Neurath, un filósofo que se había hecho un nombre como organizador de la Asociación de Urbanización y Pequeños Jardines para paliar la aguda crisis habitacional después de la Primera Guerra Mundial, fundó el Museo Social y Económico para ilustrar relaciones sociales y económicas complicadas. Junto con el dibujante Gerd Arntz desarrolló el método vienés, hoy difundido a nivel mundial, de la estadística con imágenes: la "isotipia".

En abril de 1934, Otto Neurath, para evitar su detención, emigró a los Países Bajos. El juicio de disolución se alargó un tiempo, hasta que en otoño del mismo año se implementó una comisión administrativa formada por el comandante retirado de la Liga Nacional, el Dr. Fritz Lahr, el Dr. Karl Drexler y el capitán de la Liga Nacional Richard Caminada. Se produjo un cambio de nombre y la asociación se llamó desde entonces Instituto Austríaco de Estadística con Imágenes.

En noviembre de 1936, Richard Caminada es destituido de su función por Fritz Lahr debido a malversación de fondos de subvención por un monto de aproximadamente 10.000 chelines. En esa situación, los camaradas de la Liga Nacional se acuerdan de Ed y le preguntan si no quiere hacerse cargo de la dirección del instituto, en calidad de hombre de la nueva era y la nueva postura ideológica, por decirlo de algún modo. Ed quiere y acepta con gusto. En el transcurso de los próximos años se las ingeniaría de diversos modos para conservar este puesto. Porque los tiempos son difíciles y por doquier la adaptación se vuelve una virtud necesaria y, en forma creciente, exigida.

Un buen día, durante el almuerzo, Ed opina que sería hora de comprarse un nuevo automóvil. Sidonie, desinteresada, se repliega en su silencio. Pero de repente está completamente atenta a la cuestión. Escucha, sin poder creerlo, que Ed le explica que ella debería poner parte de su dinero para eso, y que si no alcanzaba, le pidiera a su hermano Heinrich un adelanto. No puede creer que sea cierto y de repente se le exalta la bilis. Eso es suficiente, y le lanza a la cara todo lo que hace años se condensa en su interior y la vuelve iracunda y despreciativa. Todo el asco se eleva y rebalsa por encima de ella. Con voz de falsete le grita en la cara que está harta, que ni se le ocurra creerse que es un gran amante, que hace años es demasiado estúpido para darse cuenta de que a ella no le gusta en absoluto. Que incluso se estremece de espanto. Y que el hecho de que él la desplume como una gallina para sopa sólo para soportar su vanidad y comodidad tendría

ahora un punto final. No quiere saber nada más de él y le dice que ese mismo día hará las valijas y lo abandonará.

Ed queda totalmente anonadado. ¡No puede ser verdad! Si él era un amante cariñoso y considerado. Dice que tal vez sea verdad que a veces le pidió que no se higienizara tanto porque él amaba su olor natural más que todos los aromas de jabón de la tierra. Pero que él nunca la había apurado. Y que él, por tener cierta experiencia con mujeres, sabía diferenciar si una aparentaba o si era auténtico. Nunca había dudado de que los sentimientos de ella hacia él fueran auténticos. Que ella no podía simplemente tirarlo a un costado.

Siguió hablando a Sidi durante mucho tiempo en un tono cada vez más engatusador para convencerla. Tanto tiempo que al final ella ya ni sabía por qué le había gritado tanto.

Él le pide que lo entienda, considerando que se esfuerza tanto, y que ahora con el nuevo puesto pronto todo cambiaría. Pero que ella sabía lo difícil que era la situación económica, que él ya no era más tan joven y que los ex-militares no tenían la vida fácil en esa república.

Le pide que confíe en él, que pronto la mimaría y le devolvería todo lo que ella en los últimos años hizo por él.

Sidi está un poco calmada, entierra el rencor bien profundo y decide hacer un nuevo intento con Ed. Sin embargo, durante los próximos meses reina la tensión entre los cónyuges.

Y también la situación exterior es cada vez más tensa.

Muchas personas miran los cambios en Alemania con creciente preocupación y se preguntan cuánto tardará hasta que la marea parda también inunde a Austria. Sidonie y sus amigas se preocupan menos, piensan que todo eso no tendrá importancia para su pequeño mundo. Pero los hermanos le recuerdan a Sidonie una y otra vez sus raíces judías e intentan explicarle que las Leyes Raciales aprobadas en 1935 en Nuremberg también la afectan a ella.

Entonces comienza el año 1938, y los acontecimientos se precipitan. El 12 de febrero se produce el acuerdo de Berchtesgaden, que sella el fin del Estado de Austria.

El 11 de marzo, el canciller Kurt Schuschnigg se despide de Austria, y al día siguiente se realiza la anexión a la Alemania de Hitler en forma oficial. Los jerarcas nazis Himmler y Heydrich llegan a Viena, mientras desde las primeras horas de la mañana ingresan tropas alemanas. El 15 de marzo, Adolf Hitler está en Viena. Impulsada por la curiosidad, Sidonie va a lo de una amiga que vive en el Heinrichshof,

para poder seguir la marcha nazi en el Ring desde una distancia segura. Los gritos de júbilo desde la Heldenplatz llegan hasta sus oídos, y por más que desee cerrar sus oídos, los tonos de los nuevos tiempos comienzan a resultarle siniestros.

Los nazis habían preparado la anexión de Austria en forma minuciosa. Todo marchó sobre ruedas. El 26 de marzo, Hermann Göring explica, en una declaración en Viena, que la ciudad, en el lapso de cuatro años, debía estar "libre de judíos". Ya el 1° de abril ruedan los primeros transportes de "prisioneros preventivos" al campo de concentración de Dachau. El 10 de abril se vota acerca de la anexión y, como era de esperar, el resultado es llamativamente positivo en un 99,75 por ciento.

En el hogar Weitenegg se producen intensos debates entre Ed y Sidonie. ¿Qué deberían hacer frente a la nueva situación política? Por más que le repele la idea, Sidi se ve obligada a sopesar la posibilidad de abandonar su Viena querida. Ed está dispuesto a ir con ella a cualquier lugar del mundo. Porque el hermano mayor de ella, Heinrich, sin duda los acogería en Francia. Pero Sidi, de sólo pensar en estar con Ed en el extranjero, tiene ataques de sudor. Él no domina una sola lengua extranjera. Como oficial del ejército imperial y real habla algo de polaco, checo y húngaro –todos idiomas que a los ojos de ella no son tales–, pero su inglés y su francés son catastróficos. Además nunca aprendió a tratar a las personas de otro modo que a sus subordinados militares. Con esas escasas habilidades se toparía con grandes dificultades en el extranjero.

Pero Ed, evidentemente, ya tomó las precauciones necesarias y ya definió el futuro de Austria con sus viejos camaradas. Ellos lo cubrirían, y mientras él no se expusiera en forma irreflexiva, no le pasaría nada. Sólo que un amigo, que era abogado, lo había informado acerca del hecho de que no podría conservar ningún puesto en el Tercer Reich si seguía casado con una mujer judía.

Cuando propone a Sidonie realizar un divorcio pro forma, ella no reacciona con una negativa. Casi podría matar dos pájaros de un tiro. A él le dice que no quiere poner ninguna piedra en sus progresos y en su interior aparece algo así como un alivio de sacárselo de encima de forma desapercibida.

De modo que van juntos al abogado y encargan el trámite de divorcio. Pero el juzgado no da curso a esa solicitud, sino que resuelve anular el matrimonio de Sidonie y Ed. La anulación fue acompañada

por una detallada fundamentación el 13 de septiembre de 1938. Allí, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

El demandante afirma que al momento de contraer matrimonio no estaba informado acerca del origen judío de su mujer. Esta afirmación no parece ser inverosímil, ya que la acusada desde su nacimiento, en 1900, era católica romana y la acusada, interrogada en persona como parte, declaró en forma creíble que al contraer matrimonio y también de allí en adelante no era usual ningún tipo de explicaciones acerca de cuestiones de origen, y que tampoco de otro modo le llegó al demandante información sobre su procedencia. De ahí que se pueda suponer con derecho que el demandante, al contraer matrimonio, fue víctima de un error referido a una cuestión de la acusada que, en caso de conocer el estado de cosas, lo hubiera hecho desistir del matrimonio. Según las declaraciones creíbles de las partes, esta cuestión recién salió a la luz después del cambio político, cuando pertenecientes a la raza judía por ley eran obligados a declarar su patrimonio. Tal como se deduce de las actas del juzgado del distrito Landstrasse 1 Nc 137/38, ambas partes, debido a su diferencia racial, habían resuelto ya una separación de común acuerdo de mesa y cama, cuya realización, sin embargo, no tuvo lugar con miramientos a la introducción de la nueva ley de divorcio. De este modo, sin lugar a dudas, expresaron que ninguna de las partes quiere continuar con el matrimonio.

Sidi y Ed, en lugar de estar divorciados por ley, están catalogados, en la dicción de las nuevas autoridades, como nunca antes casados. Por su origen, Sidi –tal como está establecido ya en las Leyes Raciales de Nuremberg– es considerada judía completa. Su bautismo católico, “horizontal”, que siempre la llenó de orgullo, no juega ningún papel. Ed, oficialmente, ya no está “emparentado con judíos”, y el decreto sobre funcionarios del 7 de abril de 1933, en el que dice que los “funcionarios casados con un judío o un mestizo de primer grado también deben pasar a retiro”, tampoco lo afecta más a él. Su carrera está salvada.

Pero Ed no ingresa al partido. Aduce motivos familiares, pero es de suponer que, en tanto monárquico de la vieja Austria sentía rechazo por el Reich Alemán, no importa bajo qué gobernantes. Precisamente por eso tiene que tener relaciones particularmente buenas para conservar su puesto, incluso para lograr evitar la disolución del Insti-

tuto de Estadística con Imágenes. Porque antes de que un director de instituto o asociación fuera confirmado en el cargo, se solicitaba un informe acerca de la persona en la dirección regional correspondiente del nacionalsocialista NSDAP, en las oficinas de la Gestapo y las SS, el servicio de seguridad del Reichsführer. Recién cuando este confirmaba a través de los correspondientes portadores jurisdiccionales del NSDAP se sucedía la liberación, es decir, la falta de reparos de la persona para su puesto era confirmada por el Estado.

Ya el 15 de marzo, es decir, sólo tres días después de la entrada de la *wehrmacht* alemana, Arthur Seyss-Inquart es nombrado "Reichsstatthalter", es decir, jefe del gobierno nacional austríaco. Al día siguiente hay una orden del jefe de la región Josef Bürckel que todas las actividades organizativas deben detenerse hasta el plebiscito del 10 de abril. El 18 de marzo, Albert Hoffmann, un acólito del partido de Munich, es nombrado comisario de suspensión de clubes, organizaciones y asociaciones, que en su función sólo es responsable frente al jefe de la región Bürckel.

El 31 de marzo se envía a todas las asociaciones una carta de Hoffmann con la indicación de que cualquier actividad referida a afiliaciones de personas, organizativas o financieras sólo puede ser llevada a cabo con la expresa conformidad del jefe regional Bürckel o de su propia conformidad. La declaración de conformidad debe constar por escrito.

Sin embargo, el miembro del partido Prof. Dr. Anton Haasbauer en su función de director de la comunidad cultural del Nacionalsocialismo certifica el 9 de mayo a Ed Weitenegg que puede continuar ejerciendo como director interino del Instituto de Estadística con Imágenes. A esto se contrapone un nombramiento de Hoffmann que quiere colocar a un dibujante del instituto, que se ganó en tanto miembro del partido sus espuelas en el cargo de director provisional. A mediados de mayo, el dibujante aparece en compañía de dos hombres de las SS en el Instituto en la Ullmannstrasse 44 del 15° distrito. Pero evidentemente, las relaciones de Ed Weitenegg a la larga son mejores, porque el dibujante no logra imponerse y Ed permanece en el cargo de director del instituto.

El 17 de mayo, Bürckel y Hoffmann, que se esfuerzan mucho por conservar la apariencia del estado de derecho, presentan una ley en la que se establece el proceder posterior. A los dos les importa en primera línea la aseguración de valores patrimoniales. Sólo en segundo lugar le interesa a Bürckel prohibir una formación de opinión propia y

una vida de la asociación independiente en Austria, ahora llamada Marca del Este. A las asociaciones autorizadas se les prescriben cambios de estatuto, en muchos casos también cambio de nombre.

Mientras Ed, entonces, se organizaba a su modo para sobrevivir el próximo tiempo –porque mucho no iría a durar este fantasma nazi– Sidonie intenta recorrer su propio camino. Los hermanos le insisten para que se vaya cuanto antes del país, pero Sidi todavía no quiere dar importancia a sus palabras de advertencia. Viena es su patria, y no quiere abandonarla por ningún precio.





## Capítulo VIII

### *Yo no pertenezco a ese grupo de personas*

Emma Csillag está sentada junto a la ventana abierta del tren y saca la cabeza. Como una pequeña lechuza resalta, pálida y delicada, sobre el fondo de la oscura pared de hierro del tren. El único contraste más fuerte aún es el cartel esmaltado debajo de ella, que revela, con letras negras sobre un brillante fondo blanco, el destino: París. Emma sonríe, saluda y lanza besos con las manos por la ventana, y su aliento vuela en blancas nubecitas hacia el techo de la plataforma. Hace como si en el andén hubiera una multitud de admiradores que miran con ardiente envidia cómo ella parte hacia un mundano viaje de vacaciones. No será un viaje de vacaciones, sino –ese 16 de febrero de 1939, justo a tiempo– el camino al exilio, pero Emma parece reprimirlo.

Sidi, parada en el andén, siente que su corazón se frunce. Su madre, que la hizo sufrir tanto que finalmente enterró los sentimientos que tenía hacia ella, está parada allá arriba, otra vez se comporta de manera inapropiada, se aferra a su vanidad, para la cual ahora no hay motivo alguno, y se hace trizas detrás. Ha envejecido... Sidi lo nota ahora por primera vez. Una mujer canosa con un sombrerito negro y un velo, un vestido de lana a cuadros sobre las delgadas clavículas, arriba, pese al frío de febrero, un tapado oscuro abierto, una cadena demasiado imponente con enormes perlas negras de madera alrededor del cuello arrugado. La carterita, que no quiere soltar, se balancea pendiendo del brazo al saludar. Pero lo más imposible de su madre son sus anteojos negros de cuerno, redondos como un círculo, del estilo que sólo suelen usar los hombres. Sus ojos húmedos miran borrosos como a través de cristales convexos –¿o es por las lágrimas?– al pequeño grupo de amigos más cercanos que están parados en el andén, afligidos.

¡Ya basta! Sidi abraza una vez más a Ellen, después sube, decidida, saltando los dos altos escalones hacia arriba y cierra con un fuerte golpe la puerta del tren. Acompañará a su madre hasta Kehl, al menos hasta la frontera entre Alemania y Francia. De ahí en adelante, la

señora mayor estaría a salvo de los nazis y podría continuar el último tramo hasta París, donde la espera el hijo mayor, Heinrich, sin correr peligro.

Sí, es la primera vez que Sidonie se siente mayor que su madre. Se siente responsable y la va a proteger, lo mejor que pueda... y también es la primera vez desde hace años que siente emerger en su interior also así como cariño hacia esa mujer. Protegerse a sí misma es una idea que no le viene a la mente. Cuando el tren arranca con un ruido estridente, las columnas de hierro fundido en los andenes se deslizan a su lado cada vez a mayor velocidad, y finalmente queda atrás el hall vidriado y apuntalado en hierro de la estación Oeste del ferrocarril y se abre hacia un cielo nocturno azul oscuro, Sidonie sabe que regresará a Viena y continuará su vida allí. No va a ceder ante esos arribistas de dudosa procedencia, no se va a dejar etiquetar como “parte de ese grupo de personas” que exhibían estrellas de seis puntas en las vidrieras destrozadas.

A los pocos días de la anexión de Austria al Reich Alemán, Heinrich abandonó sus negocios en la fábrica de elaboración de cera mineral que presidía y viajó desde París a Viena. No podía creer lo que se veía obligado a ver durante el viaje desde el tren y en Viena. Todo parecía una gigantesca fiesta popular. En las laderas de las montañas en el campo ardían fogatas, varias veces vio, al atravesar localidades, manifestaciones de personas que festejaban, las campanas de las iglesias repicaban en todo el país. Viena estaba oculta tras la pegatina de imágenes de Hitler en los colores más vivos. De una vecina de asiento eufórica tuvo que escuchar que el *führer*, incluso, había hecho repartir en Viena veinte mil “receptores populares” para que todos pudieran escuchar sus discursos.

Tarde a la noche después de su arribo, todos los Csillag –excepto Robert, que estaba en una gira en los EE.UU.– se reunieron en el departamento materno para debatir. La madre seguía viviendo en el 3° distrito en la Neulinggasse, donde Heinrich, Sidi, Robert y Ernst habían pasado su infancia. Una parte del piso había sido alquilado, pero quedaban las habitaciones más importantes. Y pese a que Sidi iba casi todas las semanas a almorzar a lo de su madre, le resultaba extraño volver a estar ahí en esas circunstancias. Prácticamente nada había cambiado desde su infancia, las rosas de estuco a cuatro metros de altura seguían en flor, el juego de sillones estaba un poco gastado por el uso, la funda adamascada amarilla había sido renovada, e incluso la vieja lámpara de leer de su

padre seguía en el mismo lugar. Qué bueno que él ya no tuviera que vivir todo eso, se hubiera afligido hasta la muerte, pensó ella. Era una fría noche de marzo, y el nerviosismo de los últimos días estaba escrito en el rostro de todos los miembros de la familia.

También Heinrich, sumándole veinte años, estaba como antes. Era el típico hermano mayor, que se hacía responsable de todo y ahora, después de la muerte del padre, también reclamaba para sí el lugar de jefe de familia. Tomó la palabra y estableció con voz firme que lo mejor sería abandonar Viena lo más rápida y silenciosamente posible. En el ínterin se había convertido en ciudadano francés y podría ayudar a todos ellos, hasta que se hubieran acomodado en Francia. El dinero no debía desempeñar ningún papel en todo eso, dijo que la familia tenía bastantes recursos y que la fábrica en París redituaba lo suficiente. Lo único importante era, a su entender, actuar en forma rápida y decidida. A Robert, que todavía estaba en los Estados Unidos, Heinrich le daría la indicación de no regresar a Austria. Que Sidi ayudara a la madre a disolver el hogar y después viajara con ella a París. Al hermano menor, que en ese momento estaba haciendo el servicio militar, pero que, en tanto judío, seguramente pronto sería dado de baja, se lo llevaría lo antes posible consigo a París.

Cuando Heinrich finalizó, había ingresado el ocaso en la sala y con este un silencio consternado. Nadie se había levantado para encender la luz. Los hombres tenían las manos plegadas sobre las rodillas y clavaban la vista en el suelo, la madre miraba hacia la pared, donde estaba la foto de su marido. Ya no se podía decir qué sucedía en los rostros debajo de las profundas sombras, pero podían sentirlo el uno en el otro.

Sidi fue la primera que rompió el hechizo y pidió la palabra. No –dijo–, ella no iba a abandonar Viena. Aguantaría el año o los dos años que pudiera durar ese aquelarre nazi. Añadió que hace unos días había sopesado la posibilidad de emigrar con su marido, pero que eso era imposible y que, en su lugar, habían decidido tramitar el divorcio. De ese modo –les contó–, él podía conservar su trabajo y sus contactos y ayudarla mejor que si permanecían casados. Ella iba a seguir viviendo con él, al fin y al cabo sus amigas divorciadas habían hecho lo mismo en casos similares. Pero sostuvo que su madre sí se tenía que ir, que eso estaba claro, y que iba a preparar todo con ella.

Y después, con el verano y el otoño de 1938, había comenzado la terrible tarea de empacar.

Por esa razón, Sidonie se había mudado por los siguientes meses a lo de su madre, para organizar todo. En realidad la volvía loca pasar todos

los días al lado de su madre, y la vida en la casa en la que había sido una niña hacía surgir viejos recuerdos que hubiera preferido olvidar.

Emma se quejaba mucho de lo horrible que era empacar toda una vida cuando las dos mujeres –a modo de jefas del Estado Mayor– iban avanzando de habitación en habitación, y a menudo comenzaba a sollozar desconsoladamente cuando había que tirar algo. Le resultaba imposible separarse de su abundante guardarropas y de los viejos trajes de Antal Csillag que había conservado. No quería entregar a la beneficencia esas piezas de veinte años, de ninguna manera, y se quedaba parada, lloriqueando, frente al cajón de ropa, con las manos aferradas a la tela, con la que desaparecería una parte de su vida. Con los muebles era más fácil. También en este caso ella quería llevarse todo, pese a que Heinrich había pedido enfáticamente que sólo enviaran las dos o tres piezas más importantes, ya que, por un lado, él en París ya tenía todo, y además nunca habría lugar para alojar el mobiliario que había sido de una casa de nueve ambientes y de una familia de seis miembros. Además no estaba dispuesto a pagar semejante impuesto a la huida del Reich. De modo que Emma, después de discusiones acaloradas con Sidi, tuvo que conformarse con llevarse su secreter estilo *biedermeier*, un ampuloso tocador con espejo esmerilado y su espléndida cama matrimonial estilo alemán antiguo. Les pegaron grandes papeles blancos que indicaban la dirección de destino.

Lo único que la consolaba un poco –y ese consuelo sólo procedía de su obstinación en no prestar atención a las prescripciones nazis respecto de la obligación de registrar y entregar fortunas judías– era que se llevaría todas sus joyas. Al menos con ellas conservaría recuerdos. Y poco antes de emigrar, estaba sentada día y noche buscando los ruedos de vestidos y abrigos, los forros de cinturones y pliegues en bolsillos más apropiados para esconder, pieza por pieza, las joyas. El resto de los muebles fue a parar a lo de los Ferstel a un gran sótano para depósito, y a lo de Ed a la casa compartida, a quien Sidi, en ese momento, todavía creía lo suficientemente decente como para no declarar propios los muebles con el transcurso del tiempo y para devolvérselos cuando ella se lo requiriera.

Lo que fue mucho más difícil fueron los trámites referidos a los papeles de emigración de Emma. Fue necesario hacer fila durante días, en la oficina central del departamento de emigraciones que se ubicaba en el palacio Rothschild en la Prinz-Eugen-Strasse. Los funcionarios a cargo manifestaban una mezcla de malhumor típicamente vienés y desprecio que surgía de los nuevos delirios de grandeza de los funcionarios, y chicaneaban a judías y judíos que temían por su emi-

gración. Después de ese procedimiento todavía tenían que esperar otras semanas más hasta que las autoridades francesas estuvieran dispuestas a extender una visa para Emma Csillag.

Cuando al fin reunieron todos los papeles, Sidonie pudo ocuparse de encargar los pasajes en tren a París. La fecha de partida se fijó para mediados de febrero de 1939. Con la finalidad de volver soportable ese viaje de alguna manera para Sidi, esta decidió bajarse a la vuelta de Kehl a Viena en Munich para pasar unos días en lo de su Wjera querida. En esos tiempos nadie sabía cuándo habría una nueva oportunidad para volverse a ver. Le escribió una cartita cuidadosa y cariñosa, que fue respondida inmediatamente por Wjera con una confirmación alegre. Y Sidi, en medio de todo ese horror, estaba feliz.

Cuando en diciembre de 1938 llegaron los peones de mudanza para vaciar el departamento comenzó el capítulo más triste de toda la historia. Emma no quería estar presente cuando disolvieran su vida vienesa y se fue a hacer compras a la ciudad. Pero el shock cuando volvió a la tarde a la casa vacía fue aún mayor que si hubiera presenciado todas las acciones de transporte y desalojo. En las habitaciones en las que había pasado los últimos treinta años de su vida ya sólo quedaban tres valijas-armario que pronto llevaría a París. No se pudo contener más. Se sentó sobre una de las imponentes valijas y no podía parar de llorar. Sidi se sentó a su lado y la tomó de las manos. Cuando su madre se tranquilizó un poco y al menos pudo volver a hablar, decía todo el tiempo, sacudiendo la cabeza: “Yo no entiendo todo esto, si todos estamos bautizados”. Hasta que Sidi puso fin a todo eso y llamó un taxi que la llevaría a su alojamiento provisorio en la Bösendorferstrasse. En los próximos días llegarían los nuevos inquilinos, seguro unos favorecidos por los nazis y comenzarían allí su vida. Emma Csillag acababa de poner fin a una.

Ahora, Sidonie y su madre Emma están sentadas en el vagón de primera clase hacia París. Unas pocas horas más las separan de una despedida, y ninguna de las dos sabe cuándo se volverán a ver. ¿Qué se puede decir en esas circunstancias? Sidi lo intenta con optimismo afectado y describe imágenes hermosas de París, donde su madre seguramente habría de sentirse bien con su querido hijo mayor y donde iba a estar mejor cuidada que en cualquier otro lugar del mundo. Además, París –le dice– seguía siendo *la* ciudad para las mujeres hermosas y conscientes de la moda, tal como lo era su madre, y ni siquiera sabría a dónde poner los maravillosos vestidos, trajes y zapatos

nuevos que compraría allá. Le recalca que en realidad debía estar contenta de dejar tras de sí la Viena provinciana. Emma sólo asiente con la cabeza y murmura a veces: "Que Dios te dé la razón".

Luego llega la frontera franco-germana. El tren entra a la estación Kehl, y funcionarios de aduana y agentes de policía alemanes entran de un salto a los vagones. Sus modos marciales y rudos y los controles estrictos hacen que Sidi se quede tanto tiempo con su madre hasta que sus papeles hayan sido revisados y el viaje pueda ser continuado sin obstáculos.

Después viene, en una escena rápida, casi incidental, la despedida. Emma sale con Sidi al pasillo, las dos mujeres se dan un rápido abrazo y mamá Csillag pasa su mano con un pequeño movimiento por la mejilla de su hija.

"Que Dios te proteja, hija mía - y después, en voz bien baja y entre lágrimas: siempre has sido tan buena conmigo!"

Sidi se libera con un "Te escribiré y te visitaré muy pronto" y "ya verás, pronto todo esto habrá pasado". Después sale apurada del tren para no perder su conexión a Munich. Ninguna de las dos siquiera intuye que recién volvería a ver a su madre diez años después.

En Munich, a Sidi la esperan Wjera y su marido en el andén. Las dos mujeres hace tiempo que no se han visto, pero la calidez e intimidad entre ellas no se ha modificado en absoluto. Wjera ve en la cara seria y triste de Sidi lo difícil que tienen de haber sido las últimas semanas para ella, y la abraza larga y firmemente. Por unos instantes, Sidi deja caer su cabeza sobre el hombro de su querida amiga, pero después vuelve a recuperar toda su entereza, también para no dejar parado a Hans Martin en calidad de ser completamente insignificante.

Sidi es acogida cordialmente en el hermoso y grande departamento en Bogenhausen, cerca del río Isar, y la compañía de Wjera en los próximos días es tan encantadora que Sidi se olvida de todo y vuelve a hundirse en las renovadas olas de su enamoramiento.

Pero la realidad no se deja eliminar por completo. Durante un paseo por la ciudad al día siguiente, Sidi tiene que reconocer los dos lados de la nueva realidad alemana. En la Marienplatz se comporta aún como una verdadera turista y está fascinada con las casas antiguas y el ayuntamiento gótico, la iglesia Marienkirche con sus dos cúpulas de torre redondas y su hermosísimo altar elevado la conmueve en lo profundo, e incluso disfruta de comer salchicha blanca con Wjera. A la vez no puede ignorar con la vista los muchos uniformados

pardos y negros y las banderas con cruces esvásticas que colman la ciudad.

Recién en el Jardín Inglés cesan las miradas cautelosas de Wjera, y las dos mujeres –bien encapuchadas por el frío glacial– pueden conversar en forma despreocupada. Y lo que tienen para contarse es decepcionante en lo que respecta a las realidades políticas. Wjera le cuenta que su marido está constantemente expuesto a ataques y amenazas del régimen nazi. En ese momento, la empresa paterna en Nuremberg era “despojada de judíos”, tal como se decía ahora oficialmente. Él mismo vivía casi como un clandestino, para evitar los acosos. Sólo su matrimonio con ella como no-judía lo protegía de aquello sobre lo que ya se oían rumores: de la deportación a un campo de concentración. Los padres de él estaban pensando en abandonar Nuremberg lo antes posible para mudarse con su hija a Berlín. Esta está casada con un “ario” de la alta nobleza, tal vez eso proteja a las dos personas mayores.

Sidi está horrorizada, ya que nunca había mirado de frente las dimensiones de la amenaza, y conmovida por la valentía de su amada. Cuando están paseando, bajo los pálidos primeros rayos del sol de fin de invierno, junto al Eisbach, toma, en un lugar desapercibido, entre un par de tejos deshojados, la mano de Wjera. Lo que ella tiene para contar tampoco es mejor y horroriza esta vez a Wjera. Esta no sabía nada de la disolución del matrimonio de Sidi por parte de los funcionarios nazis ni del papel vergonzante que había desempeñado Ed en ese acto. Y que toda la familia Csillag esté en camino a la emigración mientras que Sidi se queda atrás en Viena, prácticamente sin protección, la alarma.

“Sidi, ahora debes salvar tu propio pellejo. No hay nadie más que te pueda proteger –dice con énfasis–. Vete también tú, búscate un país seguro, antes de que sea demasiado tarde, por más que para mí no sería fácil saberte lejos.”

Entonces, ambas se abrazan y un beso sella el temor y la preocupación mutua.

Durante la cena con Hans Martin vuelve a salir a la luz el tema de la emigración, y también él aconseja a Sidi con urgencia abandonar Viena. Se enciende hablando mal de los nazis y cuando los mechones rubios le caen salvajemente delante de los ojos y él se inclina por encima de toda la mesa para tomar la mano de Wjera y decirle, con tono solemne, que le debe la vida, Sidi lo empieza a ver con absoluta simpatía. Parece amar a la amada de ella, y ella también a él: sí, inequívocamente, son una buena pareja. Y lo que debería preocuparla



a la vez la tranquiliza. Su Wjera está en buenas manos, aunque lamentablemente no sean las propias.

Al poco tiempo, Sidi regresa a la ciudad que todos le desaconsejan y en la que, pese a todo, decidió quedarse. También un reencuentro con Wjera se hará esperar muchos, muchos años. Y a pesar de eso, el amor hacia esa mujer sobrevivirá todo en el corazón de Sidi.

De regreso en Viena, Sidonie, bautizada católica y convertida al protestantismo, se convirtió, en la lengua del Tercer Reich, en una "no-aria". Ella se aferra a ese término, pese a que en la cotidianidad por lo general sólo se habla de judíos y judías. Pero desde el fin del otoño se ve forzada a reconocer las realidades también en su propia ciudad. Después del gran pogromo de la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, todo había cambiado, y los nuevos déspotas muestran su cara sin tapujos. La situación legal cada vez se vuelve más estrecha, y la vida cotidiana se llena cada vez más de obstáculos.

Tomando como muestra el día 16 de junio de 1933, en el Reich Alemán vivían 499.682 judíos, mientras que la cantidad de "cristianos de origen judío afectados por las Leyes de Nuremberg" era estimada en 340.000. A esto se agregaban 50.000 judíos bautizados, 210.000 de los llamados "semijudíos" y 80.000 "judíos en un 25%". El 17 de mayo de 1939, en el viejo Reich vivían 213.930 judíos y 19.716 "judíos de raza" no judíos, de los cuales 3025 eran católicos. En el año 1939, salvo algunas pocas excepciones, todos los judíos eran reunidos sin miramientos a su pertenencia religiosa en forma compulsiva en la "Agrupación del Reich de los Judíos en Alemania".

Después de la ocupación alemana de Austria el 12 de marzo de 1938, los nacionalsocialistas aplicaron sus medidas implementadas en Alemania desde 1933 contra los "no-arios" también en lo que desde mayo de 1938 se llamó la Marca del Este, y que afectaban en particular a muchos católicos. Para ellos, el padre jesuita Georg Bichlmair convocó a una acción de rescate en Viena que representó en cierto sentido al precursor de la "Obra de Rescate del Arzobispado para Católicos no-arios", fundada en diciembre de 1940. La persecución a los judíos que comenzó en Austria ocasionó que muchos emigraran a los países vecinos, proceso en el cual Bichlmair y luego la Obra Arzobispal colaboraron con su ayuda.

Por lo demás, ya a partir de 1935 existían leyes que definían "oprobio racial" en el sentido nacionalsocialista. Del delito de "oprobio racial" sólo era responsable el hombre, por lo cual la mujer involucrada

tampoco podía ser multada por participar. Pero el trato tenía que ser extramatrimonial, lo que significa que también el trato sexual de un judío con su mujer divorciada de sangre alemana o “judía en un 25%” era imputable.

Los nacionalsocialistas producían contantemente nuevos decretos. En un decreto del 17 de agosto de 1938, que lleva al absurdo todos los adefesios raciales de los nazis acerca del tamaño de la cabeza, narices y orejas, se fijan los nombres de pila judíos. En esa reglamentación se acentúa que se sabe que a los “judíos asimilados” les gustaba ponerse nombres de los héroes alemanes de las sagas y la historia y por eso no se los podía reconocer enseguida como judíos. Por eso, a partir del 1º de enero de 1939, los judíos varones debían adoptar el nombre Israel, y las mujeres judías el nombre de Sara. Adicionalmente, los judíos y judías están obligados a declarar estos nombres judíos, del modo que es usual en el tráfico jurídico y comercial. Además, los judíos y judías deben llevar apellidos “judíos”. Qué debe considerarse un apellido judío se define por la opinión de la generalidad, en lo cual hay que tener en cuenta que hay apellidos que por su origen son alemanes pero que desde el punto de vista popular son considerados apellidos judíos.

Sidonie Csillag, entonces, desde entonces se llama Sidonie Sara Csillag.

Desde que se fue su madre, Sidi se siente cada vez más como una extraña. Su matrimonio con Ed se disolvió en el aire oficialmente en septiembre, y la idea de volver a mudarse con él después de la emigración de su madre, en todo sentido se reveló como quimérica. Él sólo tiene en la cabeza su instituto y los muchos contactos con los diversos camaradas de la Liga Nacional, que intentan acomodarse lo mejor posible con el nuevo Estado. Y también su servilismo y su oportunismo para con los nazis parecen ser ilimitados y le resultan repugnantes.

Porque él logró conservar la dirección del Instituto de Estadística con Imágenes sin ser miembro del partido. Y como primer gran gesto y genuflexión para con los nuevos soberanos, el instituto organiza la presentación en Viena de una de las mayores exposiciones propagandísticas antisemitas, “El Judío Errante”, y la instala en el gran hall de la antigua estación Noroeste del ferrocarril. Esto supera incluso la paciencia de Sidonie y se quiere ir inmediatamente del lado de Ed. Él tampoco ya quiere que lo relacionen con su ex-mujer judía... pero con mucho gusto se queda en el departamento que pudo ser adquirido y amueblado sólo con el dinero de ella.

Así que Sidi se muda, contenta de habérselo sacado de encima, y vive desde fines de 1938 en el Stubenring subarrendando en lo de una amiga. También aquí es una extraña, sin mobiliario propio ni objetos personales, como un huésped en el medio de un viaje. Y también aquí, los nazis se le acercan demasiado, porque en esa casa, el Frente Alemán para el Trabajo mantiene su oficina de administración regional, después de haber expulsado a los inquilinos e inquilinas judíos. Dentro del edificio y en sus alrededores, relucen carteles con las inscripciones “Honra al trabajo” o “Belleza al trabajo”, que provocan en Sidonie sólo una sonrisa cansina: sólo los nazis pueden considerar bello al trabajo, piensa para sus adentros.

Ahora, a fines de febrero de 1939, a Sidi ya no le gusta salir de la casa. Principalmente desde que ve en cada esquina de la ciudad carteles de Hitler y el ondear de las banderas nacionalsocialistas. Más allá del delirio ideológico que proclama y ante el cual ella cierra en forma consecuente sus oídos, le resulta ridículamente feo: un hombrecito con barriga que fanfarronea delante de las masas como un gallo. No encuentra respuesta a la pregunta acerca de qué es lo que tiene para transportar a mujeres y hombres a un entusiasmo y una excitación histéricos.

Lo que no logra olvidar son escenas como aquella de la cual, entonces, en marzo de 1938, fue testigo ocular.

En uno de sus paseos matinales hacia el centro de la ciudad, cuando iba a buscar un arreglo en lo de la modista, había pasado, cerca del *Naschmarkt*, junto a una aglomeración de personas vociferantes. Cuando se detuvo un momento y echó un vistazo entre los hombros y cabezas, vio personas arrodilladas que tenían que fregar y limpiar la calle con minúsculos cepillos y trapos, sin que ella viera de qué era que la debían limpiar. A su lado había uniformados y vieneses completamente promedio, que por cierto portaban brazaletes muy unívocos y daban indicaciones en forma ruda y maliciosa. De repente supo lo que sucedía allí. Gente como ella estaba fregando la calle, judías y judíos estaban de rodillas, en trajecito, traje o incluso en mangas de camisa, y cepillaban en el frío hasta que sus dedos estuvieran rojos y agrietados. Tener que ver esa humillación casi la hizo sacudirse del espanto, y tuvo que controlarse mucho para continuar su camino con tranquilidad y sin llamar la atención.

Ahora también su hermano menor, Ernst, está apurado por abandonar Viena. Heinrich, de hecho, ya en primavera de 1938 le había

advertido, en realidad le había ordenado ir con él a París lo antes posible, que sería una primera estación intermedia segura. Le dijo que allí podía discutir todo lo demás con él y Robert, cuya gira en los Estados Unidos pronto habría terminado. Robert ya recorría por segunda vez en forma bastante exitosa con su *Salzburg Opera Guild* atravesando el continente americano, había realizado funciones en muchas de las grandes ciudades norteamericanas y encontraba aceptación en el público. Por esta razón, la compañía comenzó a pergeñar en forma optimista planes para el futuro: qué obras llevarían a la próxima gira y quién cantaría qué partes. Pero después todo cambió. Durante la función en el New Yorker Carnegie Hall, casi en el pupitre del director y sobre el escenario, Robert, Ernst Krenek y los demás miembros austríacos del grupo se enteraron de que su país había sido anexado al Reich Alemán.

La compañía cumplió en estado de gran tensión los contratos pendientes, mientras algunos inmediatamente comenzaban a buscar en los EE.UU. posibilidades de trabajo y de alojamiento.

También Robert buscó una vacante en la lista de inmigración a los EE.UU. y se anotó él, Ernst y Sidonie. Pero las vacantes para austríacos estaban agotadas. Sidonie era la única que todavía tenía posibilidades de obtener un lugar pronto, ya que todavía había nacido en Lemberg y por eso entraba en la cuota polaca y no en la austríaca.

Con esa noticia regresó a Europa. Sabiendo que ya no podía viajar a Viena se quedó en París en lo de Heinrich y después fue con él a Italia, para participar allí en el Lido de Venecia de un nuevo encuentro familiar, convocado por Heinrich, donde los dos hermanos mayores, después de algunas discusiones acaloradas, se pusieron de acuerdo respecto del futuro de la familia. Robert propuso viajar con el menor a Cuba, país relativamente seguro, para esperar allí una vacante para los EE.UU. De La Habana sólo había escuchado cosas buenas y quién sabe, tal vez la presión sobre el sistema de cuotas aumentaría tanto que el gobierno estadounidense se vería obligado a abrir las puertas para todos los perseguidos por motivos raciales. Robert siempre había sido optimista y no se iba a dejar arruinar ese optimismo por un pequeño pintor de brocha gorda de Braunau.

La única que se queda en Viena, testaruda e ignorante, es Sidi. Ha decidido que el delirio de la vida cotidiana y que el acoso contra la población judía no tienen lugar en su vida. ¿Por qué habría de preocuparse por esas cosas? Ella tenía su círculo de amigos y era apreciada por todos lados. Esa sensación de protección no la quiere echar de menos. Sin embargo, las represiones de los nuevos déspotas irrumpieron

incluso en su círculo más íntimo de amigos, los acontecimientos de esa primavera de 1939 se precipitan... ya no hay protección en ningún lugar.

## §129 b

Hacia el final de una mañana de marzo de 1939, suena el teléfono en lo de Sidonie. Con desgano, porque todavía estaba desayunando, levanta el tubo y emite un escueto "sí". Un momento de silencio, luego aparece del otro lado de la línea, con voz baja y ahogada, su amiga Grete Weinberger.

"Sidi, por favor... ¿podemos encontrarnos? Enseguida, por favor, ¡es que pasó algo!"

Sidi escucha que su amiga está al borde de las lágrimas y sólo puede hablar con un dominio extremo, y sabe que el teléfono en esos tiempos no es el medio indicado para intercambiar novedades del tipo que sea.

"En media hora, en el parque municipal, junto al paseo del río Wien, ¿te parece bien?"

Su amiga apenas logra emitir un débil "sí", y la línea vuelve a quedar muerta.

Sidi se traga a las apuradas su leche caliente, engulle un pancito, después se calza sus botitas de piel más abrigadas, saca el viejo tapado de visón de la percha del guardarropas y se dirige, a paso presuroso, al parque municipal. En las escaleras maldice por lo bajo pensando en esos tiempos horribles en los que hay que irse, con temperaturas bajo cero, al último rincón de un parque para medianamente poder mantener una conversación sin correr riesgos.

Allí donde comienza el paseo del río Wien, cerca de la Escuela de Artes y Oficios, Grete ya la está esperando, totalmente bañada en lágrimas y más pequeña y arrugada que nunca.

Llorando abraza a Sidi, y de tanto sollozo primero no logra hablar, después, dice que está tan contenta de que su amiga haya podido venir, que necesitaba a alguien con quien poder hablar porque ya no veía salida alguna.

Sidi la aparta con suavidad pero en forma resuelta, porque llamar la atención ahora sería muy inconveniente, engancha el brazo de Grete en el propio y camina con ella a lo largo del río Wien como una pareja de paseantes absolutamente normal, recorriendo los espléndidos muros del muelle, con sus nichos en forma de arabescos y arcos con los enormes jarrones azules de formas arbitrarias.

Después de los primeros pasos, Grete estalla: “Imagínate, detuvieron a Willy.”

Sidi está consternada. Por la emigración de su madre, en las últimas semanas no tuvo contacto con su amiga y no está al corriente. Enseguida pregunta por la razón.

“Fue denunciado, tú sabes, por esas historias, y el 27 de enero a la tarde temprano se lo llevaron de la oficina.”

Sidi sabe enseguida a qué se refiere Grete con las “historias”. Desde hace años, en el círculo de amigos de los Weinberger era un secreto a voces que Willy tenía una debilidad indomable por el sexo masculino. Grete había tomado con ligereza esa preferencia de su marido y había contado entre risas la anécdota de cuando, a mediados de los años veinte, se enteró de eso la primera vez. Su peluquero había llamado entonces a su casa y le había dicho que denunciaría a su marido si este no dejaba en paz a su hijo. “Que lo haga” había dicho Grete con sequedad. A Sidi le resultaba extraño, pero de todos modos nunca había entendido el comportamiento de Grete en lo referente a lo sexual. E imaginarse el sexo entre hombres siempre superó su capacidad de imaginación.

En aquella época, el matrimonio entre Grete y Willy de todos modos se había disuelto, principalmente por los terribles ataques de cólera de él y su modo de ser tenso y acelerado que nunca lo dejaba descansar. Así, lo que en 1921 se unió para toda la vida, se disolvió en 1932. Sin embargo, los ex-cónyuges siguieron compartiendo la casa, principalmente por los dos hijos, a los que Willy idolatraba y encontraron un camino para llevarse en forma amistosa.

Después de un tiempo, Sidi logra tranquilizar a Grete al punto de que esta le puede contar paso a paso lo que sucedió y lo que pudo averiguar hablando con Willy en una visita a prisión en el Juzgado Regional.

Contó que, a principios de enero, Willy había sido encarado por dos muchachos jóvenes del edificio, que lo extorsionaron. Le exigieron a Willy que les pagara un viaje a Munich, con dinero de bolsillo incluido. Si no lo hacía, lo denunciarían a la Gestapo. Él prometió encontrarse con ellos al día siguiente en la estación Oeste del ferrocarril. Para no ser denunciado, cedió al reclamo, compró dos pasajes a Munich y les dio dinero adicional a los muchachos.

En ese momento no era posible sacar más información de Willy, que estaba como trabado, pero Grete, por supuesto, sabía cómo venía la mano, y siguió hurgando hasta que reconoció que con uno de los muchachos, con Friedrich, había tenido una relación. Los hombres

jóvenes habían sido detenidos unos días después en una razzia y habrían confesado a la Gestapo haber tenido relaciones con diversos hombres, entre ellos también con Willy. Uno, Günther, era de Wien-Meidling, el otro, Friedrich, de Düsseldorf. Ambos ganaban su sustento prostituyéndose. Günther solía encontrarse en los mingitorios públicos, mientras que Friedrich prefería el Baño Romano como lugar de trabajo.

Willy no le había dicho más, cuando estaba sentado en el salón de visitas detrás del enrejado de alambre. A las insistencias y pedidos de su ex-mujer, de que era importante que ella supiera todo para poder conseguirle un buen abogado, él sólo había respondido grosera y remisamente: “Déjame en paz”, y la había mandado a su casa. Y desde entonces –contó Grete– ella estaba enloquecida por la preocupación, porque no se sabía lo que harían los nazis con Willy y todo se podía volver muy peligroso. Insistió en que de algún modo había que obtener más información para poder prevenir lo peor lo antes posible.

Entretanto, las dos mujeres se sentaron en un banco de parque al sol. Grete reprime otra vez unas lágrimas, Sidi sacude la cabeza y suspira. ¡Qué buena noticia! Así que ahora se había llegado al punto en que los nazis no sólo hacían fregar de rodillas a los judíos y destruían sus negocios, sino que también perseguían a los homosexuales en razzias. Eso significaba para ella también una doble amenaza. Y enseguida comienza, en su interior, a ponerse en funcionamiento el recorrido tranquilizador: bueno, como mujer no le podría pasar nada, y al fin y al cabo, ella no hacía cosas tan perversas como los hombres.

De repente le viene una idea salvadora. En el mismo instante, Grete la toma del brazo.

“Oye, Sidi, se me ocurre algo. Deberíamos preguntar a Egon Jordan, porque él también es homosexual. Tal vez sepa algo. ¿Podrás hablar tú con él? Yo no estoy en condiciones de hacerlo.”

Sidi había pensado en el mismo momento en Egon.

Egon –o también usando el apodo de “Exi” para los más cercanos– hace muchos años que es su amigo. Su padre es algún “caballero de...”, él mismo asistió, conforme a su posición social, al bachillerato de la aristocracia, el *Theresianum* y en otra época, antes de abandonar Viena por un largo tiempo por motivos laborales, estaba mucho con ellas.

Es uno de los muy pocos “del otro lado” que también defiende la causa y además, a juicio de ella, uno de los hombres más guapos de

Viena. Como él también la considera la mujer más hermosa de toda Viena y la envuelve con sus modos dulces y solícitos cuando se ven dos o tres veces al año, ellos están seguros de la simpatía que se tienen y de su sentido estético. Egon es el eje de toda charlatanería cuando se trata de hombres bonitos. Si alguien sabe algo, es él.

Sidi, entonces, promete a Grete retomar el contacto con él y llamarla en tanto haya averiguado alguna cosa. Para Grete parece surgir una pequeña luz de esperanza en el horizonte, está visiblemente aliviada, las lágrimas dejaron de rodar. Y, un poco más relajadas, las amigas se despiden.

Apenas Sidi llega a su casa llama a Egon Jordan. Él enseguida atiende el teléfono, se alegra mucho al oír a su amiga y entiende enseguida, cuando Sidi hace escuetas insinuaciones, que ella necesita encontrarse urgentemente con él por una cuestión importante. Sin dar muchas vueltas se citan para la tarde siguiente en el departamento de Egon en el Modenapark.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, Sidi es recibida por “Exi” de la forma más cordial. Él la abraza con fuerza, lo cual no permitiría hacer a ningún otro hombre, y la invita a pasar a la sala de estar. El departamento queda en el último piso, es luminoso, está lleno de antigüedades y decorado de manera agradable con desbordantes arreglos florales. Egon preparó unas deliciosas masitas de chocolate y se le sienta, más serio y delgado que otras veces, envuelto en un abrigo de seda de entrecasa, como un Dios de la belleza y la lascivia, *vis-à-vis*.

Poco antes de su casamiento con Ed, Exi había regresado a Viena, después de una estadía de cinco años en Berlín, para despedirse de todos. Tenía un contrato con Goldwyn Mayer en el bolsillo y estaba en camino a Hollywood.

Después había llegado correo decepcionado desde Hollywood. Para un malcriado habitante de grandes ciudades como Exi, Hollywood era una cosa triste. No podía amigarse con el modo puritano de la metrópolis del cine, detrás del cual se ocultaba en lo privado un completo desenfreno. En cuanto se terminó su contrato tomó lo más rápido posible el siguiente barco de regreso a Europa. En enero de 1933 había vuelto a su Berlín querido, que, sin embargo, abandonó al poco tiempo después de la toma de poder por parte de Hitler, huyendo en dirección a Viena. En aquel momento le había contado a Sidi que uno de sus amigos homosexuales había sido golpeado por jóvenes de las SA, las fuerzas de asalto nacionalsocialistas, al punto de tener que ser internado en el hospital, y a partir de ese momento estaba claro para él que no se podía quedar un minuto más en Berlín.



En Viena, primero, consiguió empleo en el teatro An der Wien y luego, en 1935, fue contratado en el Volkstheater. Para escapar a todas las preguntas incómodas, se casó con Cecilie Mattoui, una “medida preventiva” que probablemente tenía la finalidad de proteger ante todo a las personas que lo rodeaban de saber demasiado acerca de otras variantes de vida, y por eso la medida fue recibida por todos con alegría. También le ofrecieron algunos buenos papeles en películas: el mejor fue la filmación de *Ein Stern fällt vom Himmel* [Una estrella cae del cielo], en la que representaba un cantante irresistible.

Sin embargo, en ese momento no se nota nada de ese encanto irresistible.

Serio y preocupado escucha los relatos de Sidi y asiente con la cabeza todo el tiempo.

Ay, sí –exclamó–, él también ya había escuchado de esa historia, más que eso, estaba afectado en forma directa porque un amigo suyo, Hugo Wazlawek, había sido detenido al igual que Willy en esa misma razzia. Cuando quiso visitar a Hugo, le habían avisado justo a tiempo, comentó. Porque la policía detiene sistemáticamente a todos los hombres que van a ver a Hugo. Quién sabe lo que hubieran hecho con él, si lo hubieran atrapado con su red. Añadió que de sólo pensarlo ya le daba náuseas.

Todo había empezado con Blumenauer, eso era lo único que había podido averiguar hasta ahora. El viejo monárquico, que sólo tenía ojos para bellos varones, había sido molido a golpes en un asalto el 13 de enero delante del edificio en la Schwarzenbergplatz 7. Sebastian Blumenauer, nacido en 1878, no era desconocido para la Gestapo. El 19 de marzo de 1938 –es decir, pocos días después de la entrada de las tropas alemanas a Austria– había sido detenido por “actividades legitimistas”. Porque desde 1932 era secretario general ad honorem en el *Reichsbund* de los Austriacos, una organización que trabajaba activamente para la restauración de la monarquía. El 15 de julio de 1938 había sido trasladado a Dachau, de donde fue despedido el 20 de septiembre del mismo año y regresó a Viena.

Pero aquí hay un inspector de sección que no le tiene ninguna simpatía y se impuso la tarea –a menudo también fuera del horario de servicio– de hacer caer a Blumenauer. En el vecindario se sabe que a Blumenauer le gustan los hombres. Sus frecuentes visitas a diversos mingitorios públicos de la ciudad, sin embargo, tienen, según la opinión unánime, una sola razón: una dolencia renal y de la vejiga que lo obliga a orinar con frecuencia. El inspector de sección Heinrich Rojnik opinaba de otro modo. Cada vez que espía a Blumenauer con cierto

ímpetu lascivo y lo perseguía a escondidas, esperaba atraparlo en uno de los mingitorios in flagranti. El inspector Rojnik incluso se había tomado la molestia de realizar preguntas acerca de Blumenauer a hombres jóvenes en los diversos parques de la zona y decía haber escuchado que estos habrían sido invitados por el hombre mayor a “acciones contrarias a la naturaleza”.

Como Blumenauer mantenía un férreo silencio acerca de su golpiza, el acalorado inspector de sección ordenó en el transcurso de la siguiente semana las detenciones tipo razzia en el restaurante en cuestión “OK” sobre la Kärntnerstrasse así como en los retretes públicos circundantes. Y ese fue el comienzo del mal que había llevado a Willy y a Hugo al calabozo.

Y, aunque suene increíble, también al viejo Blumenauer lo metieron en la cárcel, en una inversión de víctima y victimario; ni siquiera un sexagenario está a salvo de los abusos de la Gestapo.

Egon “Exi”, a esta altura, está tan irritado por la cuestión que le cuelgan los mechones de pelo despeinado en la hermosa cara y gesticula salvajemente mientras esboza posibles planes para liberar a Hugo y también a Willy. Y parece conocer bastante bien la cuestión. Piensa que podría conseguir un buen abogado que estaría dispuesto a defender a los dos. No sería fácil, porque la mayoría de los abogados prefería evitar la confrontación con la Gestapo.

En el caso de Hugo debería ser más fácil conseguir una buena defensa, porque trabajaba como apoderado comercial en una gran empresa que acababa de ser arianizada y en la cual cualquier empleado no-judío, y más aún con los conocimientos técnicos y de idioma de Hugo, sería muy necesitado. En el caso de Willy podría ser más difícil, porque había sido tan poco cuidadoso y había llevado a algunos muchachos en el auto. Pero también las relaciones de Willy en su calidad de vicepresidente de la Asociación de Compañías Viales de Austria eran buenas, y los nazis probablemente no se animarían a encerrar durante mucho tiempo a semejante pez gordo.

Para ser cuidadoso, Exi desde comienzos de año no había osado entrar en retretes o baños públicos, que normalmente eran sus fuentes de información. Pero algunos de sus colegas actores en el Volkstheater tenían muy buenas conexiones con los nuevos soberanos y siempre lo proveían de la información más reciente. De ahí que supiera algunas cosas más de la historia de las detenciones, que entregó a los nazis a una serie de hombres en buena posición social junto a sus amantes.

Lo peor había sucedido con Muschler. Se trataba de un comerciante y sastre masculino de unos cincuenta años, proveniente de

Königsberg, que había llegado a fines de 1937 a Viena y se había hospedado en el Hotel Sacher. Porque a comienzos de 1937 había sido condenado a 9 meses de prisión en el “Reich” por el § 175 y, ni bien lo habían liberado, se había ido a Viena. Allí se había propuesto disfrutar de la vida en su totalidad, y los hombres jóvenes sabían valorar su generosidad. Bajo el nombre “excelencia” pronto era conocido en el Baño Romano, y todos se alegraban cuando él los invitaba a un viaje a Baden, que siempre terminaba en un gran festín. El hecho de volver a ser detenido –otra vez por aquellos de los que un año antes justo había logrado escapar– fue demasiado para él. Pocos días después de la detención se ahorcó en la prisión preventiva.

Egon sabe muy poco acerca de Willy en prisión, y Sidi, después de dos horas, sin haber logrado prácticamente nada, vuelve a ponerse en camino. A continuación sólo puede dar información muy insatisfactoria a Grete acerca de su encuentro con Exi. Esta ya consiguió por su cuenta dos abogados que aceptaron hacerse cargo de la defensa de Willy, pero que opinaban que podía tardar un tiempo hasta que se moviera algo en el caso.

Willy y los muchachos que lo llevaron a esa situación se encuentran, en el ínterin, en prisión preventiva y son puestos en apuro en numerosos interrogatorios.

Günther y Friedrich, los dos extorsionadores, eran conocidos de un tal Rudolf, y evidentemente este Rudolf los había conducido originalmente al adinerado de Willy.

Según Willy, a Rudolf lo había visto por primera vez en octubre de 1938. Aquella noche, Willy regresaba a pie de su oficina en el edificio *Porrhaus* a su casa. En el camino hizo, no por primera vez, un desvío por el mingitorio del Resselpark. Allí fue puesto en la mira por un “tipo gitano”, Rudolf, y más adelante contó que ya mirar al joven hombre morocho le hacía recorrer calor y frío por la espalda. Willy lo invitó a pasear en vehículo al parque Prater, pero primero tuvo que ir a su casa a buscar el auto. En un camino apartado en el Prater se produjo lo que en la jerga policial aparece tan bonitamente como “toma del miembro y masturbación recíproca”.

En su siguiente viaje de servicios, que lo llevó a Klagenfurt, Willy llevó a Rudolf como chofer. En el camino hacia allí, pasaron la noche en el Hotel Bahnhof en Köflach, en la región de Estiria. En el hotel alquilaron una habitación, donde según las declaraciones también tuvieron relaciones. La policía, que quería saber los detalles, tomó declaración a Rose Rossmann, la mucama del hotel, que también meses más tarde se acordaba con mucha precisión de los dos hombres de

Viena. Le había llamado la atención –contó– que el hombre mayor trataba al muchacho con mucha amabilidad y también le pagaba mucho. Según sus recuerdos, sin embargo, el hombre no parecía “ni un gitano ni un judío, sino que era un muchacho guapo”.

Al día siguiente, primero viajaron a Graz, donde Willy compró a Rudolf un gabán y le prometió comprarle la próxima vez zapatos y un traje. Una vez en Klagenfurt, Rudolf decidió visitar a un amigo en Maria Saal, y Willy continuó su viaje de servicios sin chofer hacia la región de Vorarlberg. En el transcurso del siguiente mes volvió a encontrarse varias veces con Rudolf. También lo llevó consigo a otro viaje de trabajo a St. Pölten, donde se alojaron en el Hotel Pitter. En Viena se encontraron en el Resselpark, visitaron cafés o fueron al vecino cine *Schikaneder*.

En diciembre de 1938, Willy había perdido el interés en Rudolf; o, sea como fuere, había pescado a comienzos de año al joven Friedrich en la Kärntnerstrasse. El hombre joven fue llevado en auto a pasear al Prater y fue invitado a comer.

Contó que se prostituía y que sabía por qué yo lo había mirado. Después me hizo la propuesta de practicarlo con él. Hasta hoy no sé por qué acepté esa propuesta. Fuimos juntos en auto al Prater. Para no llamar la atención apagué las luces y detuve el auto en una avenida secundaria cerca del pabellón. En el auto nos frotamos recíprocamente el miembro. Él me contó que era convocado para el servicio de cuartel. En sentido sexual tuve placer en ese acontecimiento. En todos los casos en los que cometí esta contravención me paré con el auto en un camino lateral, y apagué la luz, porque no tiene persianas.

Al día siguiente hubo una cita en el Resselpark. Willy llevó a Friedrich al bar *Hubertuskeller* en la Mariahilferstrasse, después fueron al cine y vieron una película con Heinz Rühmann.

A propuesta de Willy, después fueron al Hotel Apollo, donde alquilaron una habitación por siete marcos del Reich en el cuarto piso. El ingeniero fue tan tonto para llevar su máquina fotográfica, a fin de fijar la imagen de su última conquista. El hecho de que Willy le tomara una foto, evidentemente enojó mucho al muchacho. En algún momento, después de dejarse masturbar por él, comenzó a ahorcar a Willy casi hasta que este quedara inconsciente y desapareció con los rollos y el dinero de Willy del cuarto de hotel. Antes de abandonar la

habitación amenazó a Willy con denunciarlo ante la Gestapo. En lugar de hacer la denuncia, unos días después comenzó con el juego extorsivo. Primero dejó un papel con amenazas en el parabrisas del Imperia-Adler de Willy. Después esperó a Willy delante de la casa y reclamó los mencionados dos pasajes a Munich.

No era difícil adivinar los métodos que utilizaba la Gestapo para hacer hablar a los jóvenes. Al menos Günther y Fritz habían dicho que la idea de la extorsión provenía del "gitano". Con el gitano se referían a Rudolf, que era morocho, un apodo que el muchacho tenía gracias a su apellido húngaro.

El "gitano" Rudolf no negó la idea de la extorsión, pero dijo que no provenía de él sino de su colega Karl, al que conocía del salón de juegos de ping-pong en la Theobaldgasse y con el cual se había prostituido hasta la primavera de 1938 en el Resselpark.

La miseria social, su juventud y su situación económica adversa son finalmente los únicos argumentos que pueden presentar los tres muchachos para su defensa. No tienen un defensor profesional.

... he cometido los delitos porque así alcanzaba los recursos para vivir mejor.

No tenía un puesto de aprendiz. Por andar vagando tomé el camino equivocado. La escuela de baile *Amon* en el distrito de Meidling fue mi ruina.

Pese a todo no podrán arreglárselas y aunque en las actas del juicio no quedó notificado, todos fueron entregados a la Gestapo y con bastante seguridad transportados al campo de concentración.

Willy, Hugo y los demás pretendientes, sin embargo, pueden evitar lo peor con ayuda de abogados costosos y después de varios meses liberarse de su situación escabrosa.

Los abogados de Hugo escriben constantemente cartas a las autoridades, en las que resaltan su actividad como luchador en el frente en la guerra de 1914 y definen como perjudiciales para los intereses económicos del "Reich" que él continúe ausente de su empresa, ya que habría en juego valores considerables y su ausencia en tanto "ario" era indispensable.

El 28 de abril de 1939 se levanta la prisión de Hugo: probidad, cultura y posición elevada hablan a su favor. Tiene que pagar una fianza de 10.000 marcos del Reich para ser liberado. Inmediatamente después de su liberación, Hugo Wazlawek abandona Viena y va a

Praga. En septiembre del mismo año es condenado a tres meses de calabozo por § 129 b. La policía dirige una solicitud a la Universidad de Praga para que le retiren el grado académico, cosa que finalmente, el 19 de enero de 1940, sucede.

Los abogados de Willy, en cambio, siguen otra estrategia. Después de meses en prisión preventiva lo presentan en el juicio oral, que comienza el 19 de junio de 1939 en el Tribunal Regional de Viena, como un hombre enfermo y perturbado, que sólo tomó el camino equivocado debido a enormes tensiones nerviosas y completo exceso de trabajo al servicio de la patria.

Señalan que su mandante estuvo de 1914 hasta 1918 bajo los escombros y que luego siempre había sufrido de enfermedades. Añaden que desde la guerra sufría de insomnio. Y que además era colérico y había tenido ataques de furia con frecuencia en presencia de su ex-mujer. Que también había sido un fuerte fumador pero que había dejado de fumar en 1937, por consejo de un médico, lo cual llevó a fuertes síndromes de abstinencia y desequilibrios psíquicos. Considerando todas estas circunstancias, el defensor solicita que el acusado sea tratado psiquiátricamente. El fiscal acepta esta solicitud y apoya las dudas acerca de la conciencia intelectual de Willy en cuanto a sus acciones.

Para su descargo se comprueba que posee un “árbol genealógico puramente ario de ambos lados”, que proviene de una familia vienesa conocida, que su padre era técnico y gran comerciante. A través de los difíciles años 1931-1938 –sostienen– había salvado a su empresa y así les había hecho llegar a numerosos miembros del partido ilegales en esa época todo apoyo posible. Desde los cambios, la empresa empleaba a aproximadamente 2000 trabajadores y empleados. Afirman que desde 1934, además, había promovido las relaciones con la construcción vial en el Reich alemán.

Willy mismo también se defiende haciendo referencia a su nerviosismo general, los duros años pasados y una confusión producto de todo eso. Los errores sexuales entre octubre y diciembre de 1938 –dice– le resultan inexplicables a él mismo. Porque –afirma– ni antes ni después había tenido ese tipo de necesidades. Asegura que detesta su accionar y que está convencido de que ese tiempo de debilidad, que tal vez fue ocasionado por su inmensa sobreexigencia en el trabajo y su tensión nerviosa, ha terminado para siempre.

El 11 de julio de 1939, Willy es liberado de prisión, con la imposición de vivir en la casa de sus padres en el 13° distrito, donde también vive su hermana. El juicio oral continúa el 27 de julio y se cierra con una condena.

Willy es declarado culpable y condenado a cinco meses de arresto, agravado por un duro lecho todos los meses. Debe pagar los costos del juicio penal. La condena es condicional y con tres años de prueba. La Gestapo no se expide en contra de su liberación. En agosto de 1942, finalmente, es borrado del registro penal.

Sidonie, que sigue el avance del proceso –apoyando y aconsejando a su amiga Grete– desde la mayor cercanía posible, está inquieta y revuelta. Ella, en tanto mujer judía y –aunque en secreto– lesbiana, podría ser la siguiente.

En el círculo de amigos, entre aquellos que no están desde un principio entusiasmados con los nuevos soberanos, la situación política produjo una parálisis total. La noticia de la detención de Willy irrumpió como una tormenta de hielo. Todos están congelados, nadie se anima a moverse, nadie se anima a hablar, y nadie, menos todavía, se anima a criticar en público a los nazis, aunque todos saben lo que pasó. El menor movimiento podría producir un descabro, podría amenazar la frágil y vítrea quietud de la propia vida. Casi todas las familias están divididas en partes: los que están más o menos comprometidos con los nacionalsocialistas y los que están estrictamente en contra. Y todos tienen amigos cercanos o incluso miembros de la familia que están amenazados o tuvieron que emigrar. Un antiguo profesor de Grete Weinberger de la Escuela de Artes y Oficios se suicida, su marido está en la cárcel, su hijo mayor desaparecerá unos años después en la guerra. Un viejo amigo de Sylvie Dietz no se anima a salir más de su casa y es provisto hasta su muerte por ella con bocadillos, su mejor amiga, Trudl Rosenfeld, ya había emigrado, la familia Imhof, con la que Sidi y Ed solían jugar al bridge, se opone firmemente a los nazis. Y sin embargo, todos callan, dan vuelta la cabeza cuando ven los negocios destruidos, se muerden consternados los labios cuando otra vez alguien salta por la ventana, lloran cuando nuevamente algunos tienen que emigrar. La propia vida exige tanta atención, tanta fuerza, los chicos tienen que ser protegidos, ya va a pasar, uno no quiere ponerse a sí mismo en peligro, mucho no se sabe, no se quiere saber.

#### CADA VEZ EL ESPACIO SE CIERRA MÁS

A partir del 1° de enero de 1939 se produjo una ampliación de las leyes vejatorias contra los ciudadanos y las ciudadanas judíos. Los ju-

díos tienen que liquidar sus negocios y terrenos o venderlos a arios por debajo de su valor. No pueden adquirir joyas ni objetos de adorno o artísticos. En numerosos edictos y decretos se prohibió a los judíos asistir a teatros, cines, conciertos, exposiciones, campos de deporte y balnearios, poseer registro de conducir y vehículos, ir a universidades, visitar localidades terapéuticas o hacer uso de bibliotecas generales.

El 21 de febrero de 1939, a los no-arios se les ordena entregar en lugares de venta públicos todos los objetos que poseyeran de metales preciosos, piedras preciosas y perlas –con excepción de anillos matrimoniales.

A partir de marzo de 1939 se percibe por primera vez una escasez de alimentos, y se producen las primeras racionalizaciones de materias grasas. En mayo, el diario nacionalsocialista *Völkische Beobachter* anuncia que desde 1938 habían emigrado 100.000 personas de credo judío de la Marca del Este.

El 1° de septiembre de 1939 la *wehrmacht* alemana ataca Polonia, las compuertas hacia la guerra están abiertas.

A partir de 1940 se produce una restricción de las viviendas para los judíos. Desde entonces no se aplica la protección al locatario si el locador es no-judío, y se puede rescindir el contrato a judíos.

Los judíos que viven en matrimonios mixtos privilegiados están exceptuados de estas reglamentaciones especiales. Además se introduce una obligación de distinción de vivienda: es obligatorio colocar la estrella de David en la entrada externa de la vivienda. Hermann Göring insiste en que era conveniente que también durante la guerra se produjera “una emigración aumentada de judíos en el marco de las posibilidades existentes”, pero con la restricción de que judíos en condiciones de ingresar a la milicia o de trabajar no deben poder emigrar a los países europeos, en particular no a los estados europeos enemigos. Entonces sólo quedaba el camino por mar pasando por Italia y, como única posibilidad alternativa, el camino por tierra a través de la URSS con el Tren Transiberiano. Ese camino fue utilizado hasta el asalto alemán a la URSS el 22 de junio de 1941 por innumerables emigrantes hacia Shanghai.

Sidi no tiene miedo a todos esos edictos ridículos. En una mezcla de desprecio, orgullo y desconocimiento político total ignora lo que todavía se puede ignorar. Manejar, de todos modos no sabe, y el auto en el que solía viajar se lo quedó Ed. Al teatro y a conciertos sigue yendo, por supuesto, los balnearios públicos le dan asco, y los tiempos para estudiar ya pasaron hace mucho.



Pero cuando oye que tiene que entregar sus joyas, lo considera la famosa gota que rebalsó el vaso. Ahora Sidi se siente agredida personalmente por primera vez y está indignadísima. Realmente va demasiado lejos que esa gentuza estire sus dedos hacia sus joyas. No, no le daría ni una pieza a los nazis. Su madre ya se había llevado una gran parte de las cosas valiosas a Francia. Lo que todavía tiene se lo daría a conocidos "arios" para que lo contrabandeen a París, y los nazis que se conformen con las chucherías, los broches de *strass* sin valor, pequeños prendedores de sombrero y anillitos de plata, que normalmente solía regalar a sus empleadas domésticas.

Pero ahora las realidades políticas se le acercaron demasiado para seguir cerrando los ojos. Ahora sí comienza a preparar la emigración. Con el avance de las tropas alemanas hacia el oeste se vuelve cada vez más difícil. En abril se ocupa primero Dinamarca y luego Noruega. El 10 de mayo los alemanes entran en Bélgica y en los Países Bajos, y en junio también termina la "guerra de sentados" contra Francia. De su hermano y su madre de París llegan llamados cada vez más nerviosos, para que abandone Viena lo antes posible, que todavía están a salvo en Francia pero que también ya estaban pensando en viajar a lo de los otros dos hermanos a Cuba.

De modo que Sidi, en primavera de 1940, intenta, por sus propios medios, conseguir una visa para Cuba y principalmente un pasaje en barco con ese destino. Las organizaciones de ayuda para la huida judías o eclesiásticas no las quiere utilizar, porque detesta tener que anotarse, que la registren y así también la controlen y alguna vez sea tratada como una ficha burocrática. Ella es una mujer libre que no se deja dictar nada por nadie y que decide por sí misma lo que hace y cuándo lo hace. Probablemente ni siquiera sabe lo estrecha y peligrosa que es la situación para ella en ese momento y avanza con la desfachatez de la ignorante y orgullosa a la ofensiva.

Niega la prohibición existente desde 1940 para judíos y judías de abandonar el lugar de residencia sin permiso escrito de la policía local y se compra un pasaje en el coche cama a Hamburgo para organizar su viaje a Cuba. Alguna compañía naviera ya tendrá lugar en uno de sus barcos, y un poco de dinero en sobre tal vez abra para ella la puerta de un camarote.

Cuando, una noche de abril, sube sólo con una pequeña valija de mano al vagón, es llevada por el inspector del coche cama sin vacilar al compartimiento. Ella sigue utilizando su documento que la presenta, naturalmente, como Sidonie von Weitenegg. Suena muy alemán. En el compartimiento, cuyas camas para la noche todavía

no están desplegadas, está sentada una señora elegante y le sonrío con amabilidad. Sidonie ubica su escaso equipaje, se quita el abrigo y se sienta en el banco de enfrente. Justo cuando piensa acerca del hecho de que su *vis-à-vis* tiene realmente muy buen aspecto y que una conversación más extensa podría ser encantadora, la señora toma la palabra. Dice que proviene del “viejo Reich” y que había pasado unos días en Viena, y que no había visto nada de los muchos judíos que se dice que habría allí. Que parece que el *führer* ya puso orden. Le pide si no puede contarle un poco del ambiente en Viena y del “problema judío”, porque realmente era horrible. Viena, esa perla del Reich, ahora unido, y a la vez esos pueblos extranjeros del Este. Pero que ahora, dice, se había derrotado a Polonia, y que ya le tocaría el turno a Rusia... Así continúa sin parar, y Sidonie sólo puede sonreír superficialmente y decir que no sabe nada de eso, que no conoce judíos porque no tiene trato con esos círculos, y cosas similares que le tienen que brotar, con gusto a plomo y metálico, de sus labios para no delatarse. Pronto pone como excusa un gran cansancio y llama al inspector del coche cama para que despliegue las camas y se hace un ovillo en la suya para no tener que seguir escuchando hablar a esa boca cuidada y poder hundirse en un sueño superficial y temeroso. Cuando, poco antes de Hamburgo, la despiertan, la extraña se bajó. Con un pequeño y satisfecho suspiro de alivio sobre los labios mira hacia los docks, ve las grúas, los muchos barcos de carga y los viejos edificios de ladrillos de la ciudad de almacenamiento. Sí, ese será su punto de partida a un nuevo mundo. Apoyada en la ventana abierta inhala, llena de esperanzas, el aire húmedo, que huele a mar y lejanía y cosas nuevas.

Pero esas esperanzas serían defraudadas. El camino hacia occidente está cerrado, no hay vacantes en ningún lugar, no se consigue ningún pasaje. Y, sin haber cumplido su propósito, tiene que emprender el amargo retorno a Viena.

Entonces bien, tendrá que elegir la otra dirección hacia Cuba. Por el oriente. Rusia, Siberia, Japón... Y será el camino más difícil y aventurero, lo cual colma a Sidonie en un rincón de su alma con unas salvajes ansias de aventura.

En Viena, finalmente, termina aceptando la ayuda de la organización de ayuda a fugitivos religiosa *Gildemeester*. Esta organización se ocupa principalmente de judíos y judías bautizados cristianos pero que, según las leyes raciales nacionalsocialistas, son tratados como judíos plenos. Espera que ellos se ocupen sólo de su equipaje, mientras que ella –otra vez por cuenta propia– se ocupa de los pasajes a Berlín,

Königsberg, el vuelo a Moscú y la continuación de su viaje con el Tren Transiberiano.

Su emigración se convierte en una especie de acción en las sombras, y ni siquiera sus amigas más cercanas y su Wjera querida –que en el último tiempo pasa más tiempo en Viena, porque todavía posee una parte de la casa de los Gutmann en la Hasenauerstrasse en el 18° distrito y está afectada por los complicados procedimientos de arianización– se enterarán de esto.

Cuando ha reunido todos los papeles y pasajes, Sidonie abandona Viena a comienzos de agosto de 1940. Todavía pudo estar presente en el nombramiento de Baldur von Schirach para el cargo de director regional y “Reichsstatthalter”... ese será el último gran espectáculo nazi que observará como invitada colada. Como una forajida, sin propiedades que pudiera llevarse, sin hogar ni patria ni raíces que aún pudiera llamar propias, abandona Viena. La organización de ayuda a los fugitivos *Gildemeester* trasladará para ella una valija armario, eso es todo. Las cartas de despedida las escribirá en Berlín. Sólo su ex-marido conoce sus planes.

El decreto policial que obliga a los judíos a llevar una estrella de seis puntas del tamaño de la palma de una mano, con borde negro, de tela amarilla con la inscripción en negro “judío” recién entrará en vigencia el 19 de septiembre de 1941. En ese momento, Sidonie ya estará hará casi un año en Cuba. A ella nadie la hubiera obligado a portar una estrella semejante.

#### POR ÚLTIMA VEZ, LEONIE

El 12 de agosto de 1940, Sidi sube al tren con destino a Berlín. Sólo Ed la acompaña hasta la estación Franz-Josef, desde donde partirá a la noche uno de los trenes a Berlín. El dolor por tener que abandonar su Viena querida es enorme, y sin embargo se entremezcla con una osada alegría por la libertad ilimitada que la espera. En el andén abraza una vez más a Ed con fuerza. Los sentimientos la avasallan, y está contenta de poder aferrarse a un cuerpo conocido y poder llorar durante un minuto sin pensar en nada en el hombro de una persona que una vez amó. Cuando se suelta ve lo que hizo al traje claro de lino de Ed. Las huellas de su delineador forman pequeñas e imprecisas patas de araña sobre su saco. No hay fregadura ni murmullo que sirva. Pero él sacrificó su vanidad al menos una vez en ese momento, le pasa la mano por el pelo y le desea la bendición de Dios. Le dice

que por supuesto que quedarán en contacto, por carta, y que todo era sólo pro forma, y que él iba a cuidar sus pertenencias, por supuesto la iba a esperar, y cuando todo hubiera pasado se volverían a juntar, entonces nuevamente habría tiempo para el amor.

Sidi asiente con la cabeza y sube rápido al vagón. Se siente como si estuviera en un flash-back de una película, cuando baja la ventana del pasillo y, al igual que su madre, todavía envía un beso con la mano... embarazoso como en aquel momento y tal vez también auténtico como en aquel momento. Después el tren se pone en movimiento, y cuarenta años de su vida quedan detrás de ella.

Pero Sidi no sería Sidi si no tuviera buenas ideas para su estadía en Berlín, que la obsequiaría con un par de días en la ciudad del “*führer*”. Hace dieciséis años que Berlín lleva el nombre de Leonie von Puttkamer, y ya que hace precisamente dieciséis años no había oído nada de ella, ha llegado el momento.

Cuando arriba a la mañana siguiente, se aloja en una pensión. Esa misma noche vive su primer ataque aéreo de importancia. Los nazis comenzaron la batalla aérea por Inglaterra, y la respuesta correspondiente de la *royal air force* a los ataques de la *wehrmacht* alemana le sigue en forma inmediata. Sidi pasa las horas en el refugio antiaéreo de la pensión armando un rompecabezas: tranquiliza los nervios y hace correr el tiempo. Y leyendo la guía telefónica que le prestaron en la recepción para su gran agradecimiento.

Aquí está. “Puttkamer, Leonie von”. Entre los sonidos de las sirenas de los aviones y las bombas que caen, su corazón revolotea de nerviosismo, pero no es el miedo a la aniquilación, sino la alegría de haber encontrado a Leonie. Sólo puede ser la baronesa...

Si pensarlo mucho, Sidonie, habiendo salido airosa de la noche de bombas y después de unas horas de sueño, va a una cabina telefónica y marca el número anunciado. La voz que responde del otro lado de la línea con un breve “Puttkamer” sigue siendo la misma. Melódica, áspera y un poco burlona. Y casi la misma, un poco allanada por el paso del tiempo, es la reacción de Sidi: alegría, un pequeño salto en el corazón, expectativa. Sidonie se da a conocer, pero en lugar del saludo de alegría esperado sólo oye del otro lado un carraspeo nervioso.

“Pero si Sidi Csillag murió hace varios años...”

“No, no, está viva y hablando contigo ahora. Estoy hasta el 16 en Berlín, después sale mi tren a Königsberg. Me gustaría mucho verte.”

Sidi sigue confrontada a un escepticismo obstinado. Después, la baronesa comienza un pequeño juego de preguntas y respuestas para asegurarse. "¿Dónde nos conocimos? ¿Con quién estaba casada yo en esa época? ¿Cómo se llamaba mi perro? Si me puedes decir eso puedo estar segura de que realmente eres la Sidi que conocí en ese momento."

Durante un segundo, Sidi se siente ofendida en su amor propio, pero después entiende que, en épocas como esa, la desconfianza lleva las de ganar. Y como si fuera una colegiala en un examen, enumera con lujo de detalles las estaciones de la vida de Leonie. Cuando le describe minuciosamente lo hermosas que eran sus manos, Leonie se larga a reír. Así se rompió el hielo.

"Ahora no vamos a pasar toda tu estadía en Berlín en el teléfono. ¿En qué pensión estás? Dime la dirección y voy para allá."

Una hora más tarde golpean la puerta de Sidi, y de tanto nerviosismo casi se tropieza en el camino a abrirla. Ahí está parada, enfrente de ella, un poco mayor, pero conservando su belleza, conservando su atractivo. Durante una pequeña eternidad las dos mujeres se miran en silencio y después se abrazan entrañablemente por largo tiempo. Conserva ese aroma maravilloso, piensa Sidi, y el cuerpo musculoso que percibe debajo de la tela del trajecito en sus manos. ¿Cómo pude vivir todos estos años sin ella? ¡Ay, si sólo hubiera tenido más coraje en aquella época!

La baronesa propone ir a almorzar a un bonito restaurante italiano, porque un reencuentro semejante, después de dieciséis años, debe ser festejado como corresponde. Aclara que para ir a comer al lugar italiano no necesitaban vales de comida, porque, por más que no hubiera ya tantos alimentos, los vinos de Italia se podían conseguir siempre y por todos lados, a raíz de la hermandad con el *duce*, y champagne francés había, desde la ocupación de Francia, a gusto en Berlín. Le contó que en general seguía habiendo una vida nocturna bastante pasable y buena música en los diversos bares.

Sidi se sonríe, está claro que Leonie sigue aferrada a sus costumbres.

De camino al restaurante no puede quitar sus ojos de Leonie. Con admiración mira a la mujer de cuarenta y nueve años de edad. Su andar sigue siendo erguido y elástico, las manos delicadas y dominantes. En realidad sólo puede felicitarse por su buen gusto de haber elegido, en aquella época, a los diecisiete años, a esa mujer. Realmente era digna de ser adorada y mimada.

Leonie mira su reloj. Después de comer va a tener que abandonar a Sidi, porque tiene que dar unas clases de inglés. Le cuenta que esa es

ahora su fuente de ingreso: clases de inglés para mujeres que desean emigrar. Los hombres generosos –comenta con una risa pícaro– ya no existen más en su vida.

Después de un delicioso almuerzo y una sólida botella de lambrusco, las dos señoras se dirigen muy animadas a sus ocupaciones de la tarde. Leonie le da a Sidi su dirección, con un profundo abrir y cerrar de ojos, y le pide que pase por su casa hacia la noche. Porque entonces –le dice– podría conocer también a su pareja, una mujer maravillosa con la que ya vivía en feliz convivencia hacía un par de años.

Un saludo coqueto, y Leonie, con su vestido de verano floreado, que le marca tan ventajosamente la cintura, desaparece en la esquina.

Cuando a la noche, a eso de las ocho y media, toca el timbre en lo de Leonie, le abre la puerta una mujer alta, muy rubia, algo desarreglada, en abrigo de entrecasa, cuya cara pálida y chata parece acostumbrada normalmente a mucho maquillaje.

‘Dios mío, lo sabía’ –le pasa a Sidi por la cabeza–, ‘conserva ese gusto espantoso en lo que respecta a mujeres’. Pero hacia afuera es la amabilidad en persona y le extiende la mano a la extraña con una sonrisa encantadora.

Dos mujeres que gustan de la misma mujer, una particularmente elegante, la otra particularmente desprolija, en el umbral de una puerta... eso no puede salir bien. Con pudor y un destello de desconfianza en los ojos, la rubia toma la mano de Sidonie.

“Soy Magda. Disculpe, no sabía que venía tan temprano. Entre nomás. Leo todavía está con las clases” , oye que le dice en el tono berlinés más llano.

‘Leo’ –Sidi se sonríe para sus adentros–, ‘cuánto tiempo que pasó desde que escuché a mujeres llamándola Leo’.

Magda hace pasar a Sidonie a la cocina –en la sala de estar tiene lugar la clase– y desaparece por unos minutos para “ponerse algo encima”, como se expresa ella.

Sidi se acomoda junto a una simple mesa de madera y deja vagar sus ojos: sobre alacenas blancas y gastadas, pilas de vajilla en la piletta, una de esas cafeteras de porcelana de doble piso delante de ella, a través de una pequeña ventana de doble hoja con una planta de perejil raquífica hasta el interior de un traspatio berlinés.

‘No viven precisamente en el medio del lujo estas dos’, piensa. Y ya regresó Magda de su gira de embellecimiento. Un vestido de verano *beige* y lápiz labial estridente tampoco mejoran la cuestión. Sidi

recorre con su mirada de arriba hacia abajo a esa pobre mujer que se esfuerza tanto por estar a su misma altura. Que siente que tiene sentada enfrente a una poderosa contrincante y se refugia en relatos apurados y en voz alta sobre su trabajo en el cine. Deja a Sidi sin saber exactamente lo que esa mujer hace en el cine, pero está completamente segura que una mujer con el aspecto de Magda no puede ser actriz de ningún modo. Como mucho, extra, piensa con arrogancia, y en ese momento se abre la puerta a la sala de estar y el Berlín sórdido de los traspacios se ve iluminado por la entrada de Leonie Puttkamer, ahora en un conjunto celeste de seda, evidentemente ya arreglada para la noche.

Sidonie se levanta enseguida y es saludada con mucho cariño por su amiga. Leonie toma la cara de Sidi en sus manos y le besa, ruidosamente, la boca. Después se sienta con las dos a la mesa de la cocina. Con un asentimiento de cabeza incrédulo mira, radiante, a Sidi. "¡Que realmente seas tú y que ahora estés aquí...!" Una y otra vez le acaricia la mano.

Magda resuelve, al ver la elegancia de Leonie, volver a cambiarse, y abandona la sala. Además eso, al menos, le ahorraría por unos minutos tener que observar la alegría y atracción entre las dos mujeres.

Leonie hace pasar a Sidi, entretanto, a la sala de estar. Dice que cuando Magda esté lista irían a uno de los bares nocturnos en los que circula el bello mundo femenino de Berlín.

'Aún hoy quiero devorarla con los ojos' –piensa Sidi y se contiene para no hacerlo realmente. Cuando la baronesa y ella están sentadas, radiantes, una junto a la otra en el sofá, Leonie se inclina hacia ella y comienza a besarla. Así sin más, después de dieciséis años, con su pareja en la habitación contigua. Sidi siente como si no hubiera pasado el tiempo. La atmósfera crepitante de los primeros años está de vuelta allí, y otra vez parece como si el tiempo se hubiera detenido y los sentimientos entre las personas fueran inmodificables.

Luego sucede, lo que tiene que suceder. Se abre la puerta, una Magda petrificada, esta vez en traje negro, está parada en el umbral de la puerta y comienza a gritar casi sin que mediara un segundo.

Que así no va, que a ella le basta. Que ella, Sidi, se fuera al lugar de donde vino, que esa era su casa, en la que estaba de visita, y que por favor dejara en paz a su pareja. Y que si no desaparecía inmediatamente, la iba a denunciar a la Gestapo.

Para Sidi, que había dejado fluir toda la escena disfrutando de ella, esto es demasiado, y se levanta para irse.

Leonie, que había escuchado a Magda hasta ese momento con cierta serenidad, echa a su compañera de vida de la sala de estar con voz aguda cuando escucha la palabra Gestapo.

“Sidi, realmente es mejor que te vayas ahora. Ya ves, esto es un caos, ahora tengo que tranquilizar a Magda por lo menos dos horas.”

Pero después anota presurosa la dirección y el número de teléfono de una pareja de mujeres amiga sobre un papel y le pide a Sidi que vaya a la tarde siguiente.

Al día siguiente, Sidi está nerviosa, porque la dirección indicada queda lejos de su pensión en Schöneberg y requiere de un viaje extenso con el tren de la ciudad. Cerca de la Oranienburger Strasse se baja y camina unos pasos en dirección al río Spree, donde queda el lugar de encuentro acordado. Llega antes de lo convenido a la dirección indicada. Esta vez, el recibimiento es cariñoso y espontáneo. El departamento es tan elegante como las dos moradoras y la conversación entre las mujeres es tan cordial como divertida. Hasta la llegada de Leonie, las dos entretienen a Sidonie con historias cotidianas de Berlín.

Le cuentan que ya hace meses que sólo se pueden bañar el fin de semana, que durante la semana no se puede utilizar más agua caliente en Berlín. Y que sus costumbres alimenticias también cambiaron mucho: cuando salen a comer, casi siempre hay ostras, porque se pueden consumir sin cartas de racionamiento, pero lo malo es que uno no se llena con ellas. Y –añaden– en casa hay mucho yogur, pero poca leche, lo que significa para el estómago casi una tortura y por supuesto no les gusta demasiado a ninguna de las dos, pero hace callar al hambre.

Y acerca de la moda le cuentan que no hay demasiado que decir: la situación de los vales para vestimenta prácticamente obligaba a las mujeres a vestirse en forma apropiada. Ya sólo se podían comprar sombreros y corbatas sin vales, y como ninguna de las dos quería renunciar totalmente al placer de hacer compras y de vestirse para salir, sus armarios se llenaron de sombreros y corbatas y, entonces, en los bares representaban el papel de la *garçonne*. Había suficientes ocasiones para sacar a relucir las corbatas. Se encontraban en el Adlon, en el Eden, en el Ciro-Bar o también de vez en cuando en *soirées* selectas en círculos privados. Seguramente, había oído hablar de la artista Renée Sintenis, que seguía organizando sus reuniones sociales, y la semana pasada se habían vuelto a encontrar con Hertha Thiele, esa actriz encantadora, que había actuado en *Mädchen in Uniform* [Muchachas de uniforme].



Cuando están intentando precisar, entre risitas, si Hertha Thiele –"Manuela" en la película– o Dorothea Wieck –que hacía de maestra– es el tipo de mujer más atractivo, llega Leonie.

Con ella, luego, la tarde pasa volando. En presencia de esa mujer, Sidi se olvida de todo, incluso de la inminente emigración. Las amigas de Leonie se retiraron con discreción y en algún momento habrán abandonado la casa. Por primera vez después de tantos años, Sidi y Leonie pueden vivir plenamente el amor que se tienen. Sobre un canapé con funda de seda, en medio de almohadones que pinchan, en una época que convierte en rutina la guerra y la aniquilación, en una ciudad, en la que los nazis tienen su cuartel principal, Sidi y Leonie disfrutan de sus cuerpos y sus besos. Las dos son conscientes de la preciosidad del momento, de lo excepcional de la situación... y las ayuda para dejar todo a un lado y entregarse por completo a su placer. Mañana, nadie demandará nada, nadie reclamará los sentimientos y las vivencias de la víspera en la moneda al contado de la relación... mañana todo habrá pasado. Eso hace que estas dos mujeres se sientan libres, traviesas, mortalmente tristes y profundamente amantes.

Unos días más tarde, Sidi subirá al tren que la llevará, con muchas estaciones intermedias, al otro lado del mundo, y Leonie sobrevivirá la guerra en el medio de Berlín.

Esta vez, la despedida de Leonie es definitiva, y las dos mujeres parecen saberlo. Más allá de algunos besos, abrazos y un no-querer-soltarse de las manos no hay aseguramientos, no hay acuerdos. Porque un contacto por correspondencia de todos modos pronto ya no sería posible: a partir de 1942, el tránsito epistolar internacional casi se paraliza por completo. Una carta de Sidi después de la guerra no recibe respuesta. Luego, una vez, envía un paquetito con el té preferido de Leonie a su vieja dirección berlinesa, pero tampoco de esto obtiene reacción alguna. Pasarán muchos años hasta que Sidi se entere, a través de una conocida, que Leonie murió en mayo de 1953 en Berlín.

De este modo, sólo se lleva a su viaje para siempre la belleza de la baronesa y de sus vivencias.

#### A TRAVÉS DE SIBERIA Y CRUZANDO EL PACÍFICO

De Berlín sale el tren, la noche del 16 de agosto, hacia Königsberg. Allí Sidi tiene, a la mañana siguiente, el tiempo indispensable para

llegar al aeropuerto y tomar el avión a Moscú. Por primera vez en su vida sube pasando los planos de sustentación a una cajita voladora de chapa ondulada con no más de una docena de asientos y observa, sudando de miedo y alegría, a través de ventanas rectangulares el paisaje que pasa por debajo de ella, las torres de nubes en las que podría creer que está acostada como un pájaro durante sus ascensos, y la bonita acompañante de vuelo que le sirve pequeños caramelos contra el mareo.

En Moscú pasa veinticuatro horas y tiene la sensación de estar en una ciudad de pordioseros.

Está alojada en un hotel que si bien ofrece restos de pompa zarista y en su habitación puede agasajarla con espejos en enormes marcos de oro, sólo en el segundo piso tiene retretes que funcionan y por la noche no tiene agua corriente.

Las personas en la calle, a los ojos de Sidi, están espantosamente mal vestidas y le clavan la mirada como si ella viniera de otro planeta, sólo porque tiene puesta una pollera y una blusa. Las mujeres de aquí llevan vestidos de algodón delgados y raídos. Además es la única a la vista con zapatos de cuero, todos los demás andan descalzos o tienen soquetes de algodón cortos en zapatos de tela, galochas o pantuflas de entrecasa. Y esas figuras pobretonas detienen a Sidonie una y otra vez y le dan a entender con gestos excitados y suplicantes que en realidad quisieran comprar todo lo que ella lleva puesto sobre su cuerpo. Entonces ella se refugia, acosada y confundida, en el subterráneo, cuyas estaciones, a su vez, ostentan un decorado espléndido de mármol y le dan a Sidonie la posibilidad de escapar un poco del calor de la metrópolis de cuatro millones de habitantes, que la cansa mucho.

Le resulta un alivio poder abandonar al día siguiente esos contrastes nítidos del esplendor en decadencia y de la necesidad de los hombres, y se sube al “Expreso de Manchuria”. Dos veces por semana parte el Tren Transiberiano desde Moscú, una vez para recorrer el trayecto hasta el puerto del pacífico Vladivostok, la otra vez cruzando Manchuria.

Antes de la Guerra Mundial de 1914-1918, todavía se hacía publicidad a nivel mundial para los viajes a través de Siberia, y se consideraba *chic* atravesar, con el mayor confort de la *compagnie des wagons-lits* la taiga y el paisaje de la tundra. En la época de la revolución rusa y en los años veinte, estos viajes de lujo se habían suspendido. A mediados de los años treinta, la organización de turismo soviética estatal volvió a hacer publicidad para esa ruta.

Aunque los recorridos se vuelven a modificar una y otra vez y los precios son sin garantía, Sidonie está aliviada de que pese a los signos cirílicos logró abrirse paso hasta el tren, que sus boletos de tren son correctos y que la Europa nazi pronto quedará detrás de ella definitivamente.

Son principalmente personas mayores las que suben al tren junto con ella el 18 de agosto de 1940 a las cinco de la tarde. Porque las más jóvenes que todavía tenían recursos y posibilidades abandonaron la Europa contaminada por los nazis mucho antes.

El pacto de no agresión entre la Alemania de Hitler y la Unión Soviética del 22 de agosto de 1939 desplazó por unos años el conflicto militar entre ambos países. Un pacto similar con Japón asegura para la Unión Soviética, además, la tranquilidad en la frontera con China. Hasta junio de 1941, el Tren Transiberiano y el camino a través de Lisboa quedan como las últimas y únicas alternativas de escape para judías y judíos europeos de países que habían sido ocupados por los nazis.

Sidi alquiló un compartimiento en primera clase para sí sola y está sentada en uno de los viejos vagones de la *compagnie des wagons-lits*, que habían sido recuperados especialmente para eso. Las clases más baratas, en cambio, están en vagones rusos de producción nacional. Todas las clases y vagones tienen camas con colchones y ropa de cama. Pero sólo en los compartimientos como el de Sidi hay lavabos, una instalación que le producirá mucho alivio en los próximos días calurosos.

Al entrar, enseguida probó la cama, que es muy dura y está preparada con sábanas de mala calidad. Esas telas de lino serían cambiadas en el lapso de ocho días sólo una vez. Pero, a cambio, la cama es mucho más ancha que en los trenes europeos que conoce.

Pero, por cierto, convenir las cosas más simples con los inspectores, de los que hay dos por vagón, resulta ser muy difícil. Los inspectores no hablan ningún idioma extranjero, sus uniformes están gastados y manchados, lo cual da también a ellos una apariencia de pobreza. Pero están muy dispuestos al trabajo, son disciplinados y hacen todo lo que pueden.

Antes de la partida hubo controles de equipaje minuciosos, y lamentablemente fueron confiscados y provistos con un sello la pequeña máquina fotográfica de Sidi y un par de libros. No le devolverían esos objetos hasta que no abandonara el territorio soviético. Pero lo que la asombra es que los funcionarios le haya dejado los cigarrillos. Parece que en pequeñas cantidades los toleran, además, en el transcurso del viaje se podía dar la oportunidad para sonsacar del pasajero algún buen cigarrillo extranjero.

Como en el viaje de varios días no hay muchas otras cosas que hacer que estar sentado en el propio compartimiento o en el vagón comedor, Sidi, por lo general, se decide por el vagón comedor. Pero de ninguna manera lo hace por la comida. Esta proviene íntegramente en forma directa de Moscú y la hay en exceso, pero de horrible calidad y preparada sin dedicación. Como las provisiones de alimentos no son repuestas en ningún lado en el camino, la carne huele y sabe peor día a día. Verdura directamente no hay, salvo de vez en cuando un poco de repollo blanco picado en una sopa de carne. En lugar de papas hay oscuros y gruesos macarrones, preparados como *porridge*. Para Sidi, todo eso es un menjunje espantoso. Sólo come lo indispensable y se atiene a lo único bueno en el menú: las entradas.

Porque ahí hay salmón y caviar ruso, que le encanta y le es servido durante las primeras cuatro jornadas del viaje constantemente, y a menudo le substituye todas las comidas. Pero, por cierto, debe pagar mucho dinero por él. Porque sólo se puede pagar con rublos, que antes hay que conseguir a un cambio desvergonzado para poder realmente darse el lujo de llevar esa vida cara a bordo.

Sidi siempre desiste inmediatamente del postre –siempre bizcochos de queso– después de haberlos probado la primera vez. Tenían exactamente el mismo olor que lo que lanzan los bebés cuando tomaron demasiada leche, y a Sidi no le gusta nada que tenga que ver con bebés.

Lo que casi le molesta más es el color de los manteles. Ya la primera vez que los ponen sobre la mesa no tienen el aspecto que deberían tener: están grises, y como nunca los cambian, pronto son trapos negros, pegoteados con partículas de hollín y restos de comida, en los que las mangas de Sidi se quedan pegadas cuando se apoya con los codos. Algunos de los viajantes repasan las vajillas, tenedor y cuchara primero con la servilleta, pero Sidi considera que tampoco esto es una solución que incite al apetito y prefiere utilizar el papel higiénico que por las dudas había empacado en Viena. Siempre se lleva unas hojas y repasa antes de comer los platos y los cubiertos.

Estas cuestiones poco felices alrededor de la comida no son, entonces, las que atraen a Sidi a ir al vagón comedor, sino la posibilidad de mirar en compañía durante horas los paisajes desconocidos y fascinantes, que la cautivan. Pero esa pasión no la puede compartir con nadie. La mayoría de sus compañeros de viaje parecen dedicarse sólo a sus dos temas preferidos: la visa para los EE.UU. y la digestión.

La ruta pasa por Jaroslavl y Kirov hacia Perm. En la mañana del 20 de agosto, el tren se detiene en Sverdlovsk, en los Montes Urales.

Allí, desde un punto de vista geográfico, se produce el adiós a Europa y el comienzo del viaje por Siberia. La llanura siberiana occidental es una única planicie que a veces se eleva ligeramente y después vuelve a ser infinitamente llana y vasta.

Los ojos de Sidi no se habían nunca de mirar todos esos pueblos a lo largo del trayecto, con sus pequeñas casitas de madera grises y los senderos de barro apisonado. Las ciudades por las que pasa fueron construidas sobre superficies amplias, principalmente a fines del siglo diecinueve, con muchas fábricas de ladrillos. Las estaciones de tren de esas ciudades están animadas como panales de abejas, y a Sidi le encanta aplastar su nariz contra la ventana para no perderse los pequeños negocios de *souvenirs*, los carteles con propaganda política y las grandes imágenes de Stalin, Molotov y otras eminencias soviéticas, y principalmente la estatua de Lenin, siempre del mismo gris claro, que adorna los pequeños espacios verdes delante de todos los edificios de las estaciones.

Cuando cae la noche y los ojos le arden y están saciados de las impresiones del día, se retira a su compartimiento para el descanso nocturno. Como están a mediados de agosto, las noches son calurosas y pesadas, y Sidi intenta dejar abierta la ventana, lo cual provoca una discusión diaria con el inspector. Porque este le explica, gesticulando, que así entra demasiado polvo y hollín y se arruinan las paredes y la alfombra. En realidad, eso no le importa, pero si piensa en su ropa tiene que darle la razón al inspector. Igualmente, siempre vuelve a abrir la ventana a escondidas, se acostumbra paulatinamente a no mudarse de ropa todos los días y prefiere disfrutar la corriente de aire refrescante que la ayuda a caer en un sueño magnífico.

El único problema real para Sidonie es el hecho de que no haya agua fría. Como hace años que ya no le cae bien el té ni el café, el agua bien fría se convirtió en su bebida favorita, y de ningún modo la puede reemplazar por el té que se toma, día y noche, del samovar. La escasez de agua llega tan lejos que los viajeros que no tomaron las precauciones necesarias hasta se lavan los dientes con té. Sólo los compañeros de viaje rusos sabían que tenían que llevar cacerolas y baldes para poder comprar agua hervida en las estaciones. Pero un poco de dinero para el inspector facilita a Sidonie un recipiente relativamente limpio que ella se hace llenar ahora también en las estaciones con agua, aunque lamentablemente tibia.

Cuanto más al sudeste hacia Siberia avanza el tren, tanto menos monótono se vuelve el paisaje y la imagen de las localidades. Cada vez están más animadas, en diferentes lugares Sidonie ve pequeños

jardines en los pueblos, donde crecen chauchas, repollo, algunos arbustos de grosellas o un manzano delante de la cabaña. La gente posee algo de ganado propio, y algún ternero o una cabra pastan atados cerca de la puerta de entrada. A veces suben vendedoras ambulantes o niños en las estaciones y venden a los pasajeros *pirosbki* calientes e incluso arándanos y frambuesas.

La mañana del 23 de agosto, el tren de Sidonie llega a Irkutsk, luego recorre el lago de Baikal hasta Ulan-Ude. El viaje continúa a lo largo de lo que se conoce como la línea china oriental, cruzando Manchuria, y el 26 de agosto a medianoche, el tren alcanza Manchuli, la localidad fronteriza de Manchuria.

Al llegar a la ciudad de Harbin el 27 de agosto, vienen a buscar a Sidi y la sacan del tren. Los responsables de una organización que se ocupa de refugiados se dieron cuenta de que Sidi no tiene pasaje en barco y temen que eso pudiera significar un gran problema para ella en Japón. Porque con sus papeles sólo tendría derecho a permanecer una semana en forma legal en Japón, y ese tiempo no sería suficiente para encontrar un barco para continuar el viaje. La organización promete resolver el problema lo antes posible, se queda con sus papeles y la aloja por el tiempo de espera en lo de un médico de enfermedades sexuales, también un emigrante.

Sidonie pasa lo mejor posible la semana que tiene que quedarse en Harbin. Al fin puede volver a recorrer a pie una ciudad que no está afectada por la guerra y entregarse, en un remolino de gente y opulencia de alimentos, a la vida completamente normal. Porque en Europa había vales de alimentos para todo, y casi todo escaseaba. Aquí en Manchuria, en cambio, hay de todo en abundancia, y con una plétora de colores y aromas que fascinan a Sidonie. El médico en cuya casa vive incluso se puede dar el lujo de alimentar a su gato con sardinas. Sin embargo hay –como un oscuro eco de Europa– preparaciones para acciones de guerra que son de esperar en el futuro, y repetidas veces se oscurece todo en la ciudad y se prueba la alarma aérea.

Probablemente por aburrimiento y tal vez con un destello de ganas de provocación y alegría malsana por haberse escapado de sus camaradas del Reich, Sidonie asiste un día a una velada musical en la Embajada Alemana. En realidad, a posteriori ya no sabe explicar qué se le pasó por la cabeza para ir a escuchar esos esfuerzos culturales provincianocoloniales. Sea como fuere, se concentra para tolerar los agudos tonos chillones de una joven soprano alemana que –Dios sabe cómo– había llegado a esa pequeña ciudad al fin del mundo (al menos para los nazis). En el brindis con pequeño buffet que se realiza a continuación se da

a conocer en una conversación con el secretario del embajador como austriaca y no puede evitar decirle que Austria ya hacía siglos había logrado sacarse de encima a los turcos y que por eso seguramente no debería resultar tan difícil sacarse de encima también a los alemanes. Y así se va y deja atrás al diligente hombre joven, casi ahogado del asombro. Sus intentos por impedir a esa mujer la continuación de su viaje, por intermedio de su superior, no tendrán éxito.

Después de ni siquiera una semana, Sidi puede continuar su viaje. Con un tren nocturno abandona Harbin en dirección al puerto, donde, después de una breve detención continúa con el barco a Shimonoseki en Japón. Allí ya la espera un tren a Kobe, donde Sidi es recibida por la misma organización para refugiados que ya la había auxiliado en Manchuria.

Sidi está molesta porque se le quitó de las manos toda la organización del resto del viaje, y ahora va a parar sin dinero ni papeles a un hogar de refugiados, donde tiene que compartir la habitación con catorce personas más. Lo que resulta más inusual para los europeos y las europeas son las costumbres de dormir japonesas: en lugar de una cama se extiende una estera *tatami* y un delgado futón. No es posible ducharse ni bañarse, y todas las mañanas, los ocupantes del hogar se apiñan para llegar a alguna de las pocas canillas. La alimentación es soportable, con mucho arroz y algo de verdura, por lo demás, el transcurso del día es monótono y determinado por la espera, compartida por todos, de que continúe el viaje. A pesar de que Sidi tiene permiso para salir y podría abandonar sin trabas el hogar, por lo general está sentada con los demás emigrantes matando el tiempo. Japón no le gusta, y no tiene ninguna necesidad de conocerlo más de cerca.

Más de un mes, hasta el 24 de octubre, tiene que esperar Sidonie la continuación de su viaje. Pese a la espera nerviosa –todos temían que Japón pronto pudiera entrar en guerra contra los EE.UU. y que así se cerrara el camino al exilio– a Sidonie finalmente le resulta bastante acogedor. Además de la comida le dan algo de dinero de bolsillo, que gasta en cigarrillos. Si el dinero después no alcanza más para más comida, los demás fugitivos comparten con ella.

En el transcurso de octubre, Sidonie finalmente recibe dinero que sus hermanos le envían desde Cuba y encuentra, con ayuda de la administración del hogar, un pequeño barco japonés –admitido sólo para 10.000 toneladas y con sólo doce camarotes de primera clase– en el que todavía hay lugar en dirección a la costa oeste de los Estados Unidos y Panamá. Junto a algunos otros emigrantes se sube a la noche del 24 de octubre al barco para cruzar el Pacífico.

El viaje es largo, pero a Sidonie le parece espléndido. A pesar de que los vientos otoñales sacuden el mar y muchos de sus compañeros de viaje están acostados en sus camarotes descompuestos por el mareo, Sidonie disfruta de cada minuto en mar abierto. Ama las gaviotas de mar que están sentadas en nidos sobre el agua y se elevan poco antes del barco y revolotean en nubes oscuras alrededor de la proa. También le resultan fascinantes las marsopas que, junto a la popa del barco, curvan sus espaldas en elevados arcos cuando salen del agua con la esperanza de recibir los restos de la cocina. A menudo, aún de noche, sin que importe el tiempo, se queda parada en la proa y siente el viento frío atravesándole el cabello. Y cuanto más el viento se vuelve tormenta, tanto más se anima a gritar para afuera su alegría y sus ganas de vivir. Incluso en el camarote —que comparte con una mujer, una emigrante que tiene papeles para Honduras— se siente bien.

El 7 de noviembre, el barco atraca en Honolulu, la tierra firme americana la alcanzan en San Francisco el 16 de noviembre.

Y hay otra cosa que vuelve inolvidable para Sidonie el viaje a través del Pacífico. Desde comienzos del viaje se encuentra en sus paseos sobre cubierta con un hombre guapo con rulos oscuros que le lanza miradas significativas. No pasa mucho tiempo hasta que él le dirige la palabra y se presenta —a pesar de que no sabe una palabra de inglés ni ella de español, que hubiera sido necesario en este caso— como Carlos. Enseguida se ponen de acuerdo para hablar en francés, y Carlos le cuenta que viene de Perú y que estaba en su viaje de regreso. Pronto la invita a cenar con él a su mesa y luego la lleva afuera, con la botella de vino de la cena en la mano, en la otra las copas, con gesto despreocupado. Cuando están sentados bajo el infinito cielo de estrellas del Pacífico en las tumbonas, él la toma de la mano y le propone sin rodeos una aventura. Una mujer hermosa como ella, seguramente, ya habría tenido muchos amantes. Sería maravilloso sostenerla en sus brazos y amarla en la libertad del instante, en el mar movido entre los meridianos 140° y 150°, en el Trópico de Cáncer. Sidonie está electrizada e incluso un poco enamorada, pero tiene miedo de que todo salga como siempre. Que se le pase en cuanto todo esté “por funcionar”. Y le dice que estuvo casada, que nunca tuvo amantes y que además tampoco quiere pasar por esa experiencia.

Carlos no esperó esa respuesta, aparentemente. Emprende, inseguro, la retirada. Cuando en los próximos días Sidonie se sigue resistiendo, la cuestión para él está terminada y se dirige a una polaca joven y



de pecho exuberante, que tiene menos tapujos para comenzar un pequeño amorío en alta mar con él.

Todo lo que le quedaría a Sidonie de Carlos sería un dibujo que realizó de él cuando estaban sentados los dos en cubierta y que a él no le pareció malo. Unos meses más tarde, ya en La Habana, volvió a hacer un dibujo de él, desde la memoria, y así, congelado en el espacio y el tiempo, lo recordará una y otra vez hasta el fin de su vida.

La próxima estación del barco es Los Angeles. Tampoco aquí se pueden bajar los emigrantes europeos, al igual que antes en San Francisco. Luego viene Manzanillo en México y finalmente atracan el 4 de diciembre en Balboa, Panamá. En Panamá, donde Sidonie se tiene que quedar hasta Navidad, se dividen los caminos de la mayoría de los pasajeros. Carlos sigue viajando hacia Perú, Sidonie a Cuba a encontrarse con sus hermanos.

Después de la brisa fresca en el barco de vapor de alta mar, a Sidonie le resulta difícil acostumbrarse al calor tropical en Panamá City: la temperatura nunca baja de 28 grados centígrados. Sidonie se aloja en el centro en un pequeño hotel con persianas de un azul brillante, habitaciones algo venidas abajo e insectos desconocidos en la pared. Pero el agua no es una mercadería en escasez, y Sidonie se ducha tres veces por día con agua fría para mantener el buen humor y el funcionamiento de su circulación. Pasa mucho tiempo yendo a pequeñas compañías navieras y autoridades portuarias para conseguir un barco a Cuba. Al fin logra reservar un lugar para la noche de Navidad.

Con espíritu algo sentimental, Sidi sube la tarde del 24 de diciembre de 1940 la escalerilla de su último medio de transporte –algo oxidado– en todos esos meses. Pasar la Navidad en el mar, en los trópicos y lejos de Europa, es doloroso para ella y le trae recuerdos cargados de sentimientos de su infancia, nieve y un papá bondadoso en esquíes. El festejo latinoamericano de la Navidad, que comienza con la partida del puerto de Colón, no es nada para su gusto centroeuropeo. De modo que deja atrás los ruidosos ritmos de tambores, la músicaailable y el barullo alegre y húmedo de los demás pasajeros y de la tripulación y se retira a una pequeña entrecubierta, mira las estrellas y su luz atemporal y agradece a algo que no conoce y en lo que no cree que sigue con vida, que su huida fue más fácil de lo que había pensado y que le tocó en suerte más de lo que jamás había soñado.

Después de un viaje de tres días, su barco arriba, hacia el final de la mañana del 27 de diciembre, al hermoso puerto de La Habana. Conmovida y embargada por la emoción, Sidonie está parada en la borda. Cuba le da la bienvenida calurosamente con rayos de sol brillantes y un cálido viento tropical. Lo ha logrado. Después de casi cinco meses de viaje, en el que casi dio una vuelta alrededor de la tierra, ha llegado a destino. Ha abandonado cosas horribles, ha visto cosas maravillosas y ahora, impulsada por la historia a esa hermosa ciudad, en una familia que ha vuelto a juntarse en otra constelación, también traída hacia aquí por el paso del tiempo, comenzará una nueva vida.



## Capítulo IX

### *Cuba, mi amor*

En el muelle del puerto de La Habana, Robert y Ernst Csillag esperan impacientes la entrada del barco proveniente de Panamá. Hace dos horas que están parados, alternando el peso de un pie al otro, nerviosos, en la mano el telegrama que anuncia la hora de llegada de su hermana. Qué bueno que sea invierno, de lo contrario es probable que a esta altura se hubieran muerto de calor ahí mismo en el embarcadero. ¿Pero qué significa “invierno”? Sigue haciendo 25 grados, y Robert se limpia el sudor de su frente, algo calva, con un pañuelo grande. Los dos hermanos casi no podían creer que Sidi ahora realmente estaba por llegar, tan dificultoso y largo se había hecho su viaje a la emigración. A menudo, incluso, se había perdido todo contacto, y ninguno de los dos sabía, en sus temores más secretos, si volverían a ver con vida a su hermana.

De repente se percibe una leve inquietud entre los que esperan, se oyen gritos, brazos estirados señalan algo que Robert, pese a sus anteojos y ojos entrecerrados, por más voluntad que ponga, no puede reconocer como barco. Pero Ernst ve mejor y más rápido y repentinamente se vuelve muy inquieto: sí, un barco aparece allí en el horizonte. Y pronto también Robert lo ve, acercándose a tierra firme y cada vez más grande.

Después pasa media hora más hasta que el imponente barco blanco de pasajeros, con un último bocinazo profundo dobla lentamente desde su cauce hacia el muelle. En cubierta y sobre el dique, infinitos pañuelos agitados en gesto de saludo, rostros conmovidos, rostros brillantes, muchas lágrimas.

La entrada en el puerto de La Habana es algo especial para todos, incluso para aquellos que ya conocen la ciudad. Y más todavía para los refugiados de Europa, que aquí llegan a puerto en más de un sentido, después de los destinos más aventureros. Desde lejos, Sidonie había visto acercarse la isla de Cuba. Primero la vegetación tropical de un verde profundo, contra la cual se destacan, en nítido contraste, las blancas playas de arena. Después, al acercarse pudo reconocer

unas palmeras altas, que no conocía sino de postales. Y después apareció la silueta de la ciudad, que inmediatamente comenzó a querer. Ya Colón había afirmado en 1492, al arribar a la isla, que esta era "lo más encantador que el ojo humano haya visto jamás".

Ahora Sidonie está parada en cubierta y observa a los marineros lanzando las pesadas amarras hacia la orilla, a los trabajadores negros del puerto enganchándolas alrededor de los pesados bolardos de hierro, escucha caer el ancla con un profundo estallido al agua y la cadena chacoloteando detrás; después, de repente, los grupos eléctricos a diesel, que los acompañaron días y semanas, dejan de vibrar. Su barco está firmemente amarrado a dos metros del suelo cubano. Entre el movimiento agitado de los pasajeros sólo puede echar una breve mirada al muelle que queda bien abajo, y sin embargo ha podido ver a sus dos hermanos, que miran en vano hacia arriba, para poder descubrirla entre la muchedumbre, con trajes de verano claros y las manos delante de los ojos para protegerse del sol ardiente. Pasaría una hora más hasta que los hermanos finalmente pudieran volver a verse cara a cara.

Sidonie echa una última mirada examinadora al espejo en la entrecubierta antes de bajar, después ciñe contra su cuerpo el pequeño equipaje de mano con más fuerza y baja, con la cabeza bien erguida y una sonrisa feliz la escalerilla, que para ella siempre será una "escalera de gallinero". La corriente de los compañeros de viaje la empuja hacia los edificios amplios donde hombres jóvenes bonitos y aburridos —que por su uniforme se dan a conocer como aduaneros— controlan los papeles de inmigración con lentitud estoica. Cuando le toca el turno a Sidonie, tampoco sirve su sonrisa más brillante ni su mirada más oscura. Los ojos de los señores brillan un poco y sus dientes relucen, pero las manos no recorren ni un segundo más rápido las páginas de los papeles, y los sellos son colocados en los documentos con la misma lentitud. Así que se encoge de hombros: ¿qué importan, después de todas esas semanas y esos meses, unos minutos más o menos? Luego vuelve a salir del edificio de la aduana al aire libre, camina los pasos necesarios hasta llegar al vallado y pasa al otro lado. Y allí está Robert, con los ojos entrecerrados, su pelada que crece cada vez más brillando a la luz del sol, y en la mano una fantástica flor naranja claro de formas redondas, que a partir de ahora siempre vinculará con la isla: una radiante heliconia. Detrás está Ernst, mucho más guapo que el hermano mayor, sereno, sonriente, y ya abre sus brazos en los

que ella cae, atragantada de tanta alegría y lágrimas. Después de unos besos grandes, le toca al fin a Robert, en forma más silenciosa, más íntima. Sidi lo abraza mucho tiempo y con fuerza, llora, se ríe, le murmura al oído que él siempre fue su preferido... él masculla un chiste para ocultar su emoción.

Pero pronto se imponen las raíces de la infancia distanciada de los Csillag, y cesan los apretujones y lloriqueos. Como el equipaje de Sidonie, por así decirlo, no está presente y sólo consta de una valijita de mano –la valija armario podría permanecer unos meses más en el fondo de algún carguero bajo la égida de *Gildemeester*– los tres hermanos van con pasos livianos hacia uno de los taxis que forman fila en la Avenida del Puerto, como cada vez que arriba un barco, y cuyos choferes quieren llamar la atención, a los gritos, sobre las ventajas de su vehículo sobre los demás. Los Csillag suben a un Dodge rojo enorme y parten en dirección a la ciudad vieja. El viaje no es largo, porque La Habana Vieja, donde queda la pensión *Sophia* –el alojamiento de Robert y Ernst desde su llegada a la isla– sólo queda a un par de cuadras de distancia. Sidonie, de todos modos, está como anestesiada y a la vez eufórica por las primeras impresiones que irrumpen en ella al atravesar las calles angostas. Una vida palpitante, casas hermosas que le recuerdan un poco a las ciudades italianas, una exuberante plenitud de flores, que brota como a presión por arriba de los muros de los jardines privados, y muchas, muchas personas amables con ropa liviana y colorida: eso parece ser la tarjeta de presentación de La Habana, que Sidi recibe hechizada junto a la ventanilla del auto. Casi siente alivio cuando su monstruoso vehículo rojo, que parece salido de películas de gánsters estadounidenses, al fin se detiene en una calle lateral del Parque Central cerca del teatro y sus ojos pueden descansar.

La pensión *Sophia* abre sus puertas, un mulato joven y dispuesto al trabajo carga la valijita de Sidi y finalmente la recibe la paz de una habitación agradable con vista a un traspatio con cascadas de buganvillas y una cama ancha y clara que será su hogar, primero y principal, en los próximos días. Y sólo el cantar de los gorriones, que parece que suena igual en todos los lados del mundo, la acompaña hacia un sueño exhausto.

Los primeros días en su nueva patria están dedicados, además de al sueño y al descanso, a la exploración de la ciudad vieja. Sidonie rechaza todos los intentos de sus hermanos de hacer las veces de guías de turismo, y prefiere salir sola a recorrer. Ya inmediatamente delante

de la puerta de casa la vida se abalanza sobre ella, porque en el Parque Central siempre hay movimiento tumultuoso. Entre las mayestáticas palmas reales, cuyas hojas se balancean con un suave crujido, y los exuberantes frangipanes hay colonias de vendedoras que ofrecen, en pequeños cochecitos coloridos, todo lo que el corazón de los pasantes podría estar ansiando o también rechazando con vehemencia. Por lo general son mujeres hermosas, jóvenes y de piel oscura, que intentan persuadir a Sidonie con todas las artes de la seducción para que compre flores, mangos, bananas, sombreros de paja, bordados o bijouterie barata. Sidi, otra vez, tiene que dejar de lado uno de sus prejuicios y hacer que una amplia sonrisa de placer recorra su cara cuando una de las vendedoras, en movimientos lentos y eróticos, pela un mango y se lo alcanza, radiante. Al final, las mujeres negras sí son hermosas, y a partir de entonces los mangos serán su fruta preferida.

Al seguir su camino admira el Gran Teatro, de ampuloso estilo neoclasicista, con columnas jónicas, ventanas en forma de arco, cascadas de estuco y tres enormes ángeles de bronce sobre tres torrecillas como de pastelería.

En calidad de acompañante fijo en sus primeros pasos la sigue el Capitolio, que sobresale por encima de todo, que le parece horrible; y tampoco logra hacerla cambiar de opinión la explicación posterior de que estaba construido piedra sobre piedra a imitación del Capitolio en Washington, simbolizando así a la democracia estadounidense también allí en Cuba.

Finalmente llega, agotada, a la Plaza Vieja, que –cuando se sienta, fatigada, bajo las arcadas a tomar un vaso de jugo de ananá– considera primero el lugar más hermoso de la ciudad. Espléndidos palacios viejos y criollos de la época de la colonia se alistan junto a cajas clasicistas, como las hay por doquier en Europa. Y Sidi disfruta en paz la bella regularidad de las arcadas –que allí llaman “portales”–, que tienen la finalidad de proteger del sol, de los balcones continuos en todos los pisos, con hermosos enrejados de hierro forjado, detrás puertas altas con persianas de madera a dos colores y encima ventanas de vidrio de colores en forma de semicírculos. Y, como si todo esto fuera poco, además hay pequeñas y continuas balaustradas fantasiosas en la cornisa con todo tipo de adornitos, ya sea floreros esmaltados o bustos de hombres importantes que estaban relacionados con el destino de la casa o del país.

Unos días después, sus hermanos la invitan a salir a la noche. En primer lugar, quieren festejar su llegada en forma generosa y, en se-

gundo lugar, querían que ella conociera al fin la vida nocturna de La Habana, y además habría también una sorpresa para brindar. Así que Sidi se deja sorprender. La noche comienza con una visita al cine: ¡hace cuánto que Sidi no lo hacía!

Los Csillag se pasean amenamente por el espléndido Paseo Prado, a la sombra que echan imponentes laureles en doble fila. Este es el mejor momento para pasear, y muchas personas elegantes deambulan a lo largo del paseo del bulevar adornado con mosaicos o se sientan en los bancos de cal de corales y se entretienen hasta que caiga la noche. Bien abajo en una punta, casi ya junto al mar, queda el famoso Cine Teatro Fausto, un palacio *art-deco* en rosa y oro. Sidonie se aburre durante la película. Unos días más tarde ni siquiera se acordaría del título, sólo sabe que era alguna tragedia de amor. Los protagonistas no le gustan, y todo ese besuqueo le parece repugnante, una barbaridad.

Pero lo que la consolará es la cena a continuación. Robert y Ernst la llevan a uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad en el Hotel Sevilla. Sidi se siente como transportada a un sueño de las Mil y una Noches, porque el Sevilla es famoso por su estilo moro-español. Con fascinación está sentada en el verde patio interno, enlosado con espléndidos azulejos, prestando atención al griterío de la parejita de papagayos que vive allí, el borboteo de la fuente de agua, y mirando incrédula los fabulosos arcos de las ventanas que se curvan muy por encima de ella. Se siente como en el paraíso y absorbe con avidez el lujo y la riqueza que parece reinar aquí por doquier.

Todavía no sabe que ese esplendor se yergue sobre pies de lodo, porque aunque La Habana es una de las ciudades más excitantes y palpitantes del mundo, también es corrupta de cabo a rabo. Desde que el sargento del ejército Fulgencio Batista se hizo cargo de la presidencia en otoño de 1940 —ya desde una revuelta militar en el año 1933 había movido los hilos desde un segundo plano— Cuba puede ser considerada definitivamente como marioneta y avanzada de los EE.UU., lo cual es sólo el resultado de un proceso que duró varios años. Porque ya a finales de la Guerra de la Independencia en 1898, con la cual los cubanos habían esperado liberarse de sus dueños coloniales españoles, los EE.UU. habían dirigido una mirada ávida a la floreciente isla en su antepatio del sur. Después de que los norteamericanos se involucraran en las últimas batallas de la guerra entre España y Cuba y se adjudicaran la pretensión de haber liberado la isla, los cubanos y las cubanas tuvieron que realizar amplias concesiones. Los EE.UU. tenían derecho, de ahí en más, a entrometerse en los asuntos internos



del vecino, obtuvieron numerosas bases navales y podían vetar todos los contratos comerciales o crediticios con terceros países. En el ínterin, Cuba se había vuelto un centro para todo lo que en los EE.UU. estaba prohibido y/o era indecente y se encontraba profundamente vinculada con la mafia.

Justo en el momento en que América del Norte se encontraba en el apogeo de la prohibición, La Habana publicitaba abiertamente los placeres de la "libertad personal" que se expresaba en que hombres norteamericanos —que sólo tenían un corto viaje en bote desde Florida hasta allí— se pudieran embriagar ilimitadamente y pudieran consumir sexo sin trabas. Pululaban los clubes nocturnos, y al ritmo de la rumba y el son fluía el ron a granel. A través de este próspero negocio alrededor del alcohol, la prostitución, las drogas y los juegos de azar, Fulgencio Batista estaba vinculado en forma lucrativa con la mafia. En 1938 había invitado al jefe de la mafia Meyer Lansky para que condujera algunos casinos y clubes nocturnos en el Parque Oriental, y como estos pronto anduvieron muy bien, Lansky se hizo cargo de todo el sistema de casinos y hoteles, pagaba a Batista su porcentaje y podía operar sin ningún tipo de estorbos.

La elegancia y la riqueza que Sidonie había visto de día en las calles, entonces, en su mayoría fueron adquiridas con fondos de los negocios de la especulación y de la corrupción, y así sólo era una cara de la moneda. Porque a su lado reinan grandes diferencias sociales y, ante todo en el campo, pobreza extrema. Un sesenta por ciento del territorio está en manos norteamericanas, así como también la industria azucarera —que siempre había sido el corazón de la economía cubana— y también la industria petrolera.

Pero, pese a todo, en la gran ciudad adinerada el ron sabe muy bien, y Robert levanta su aperitivo con el delicioso daiquiri y dice que está tan feliz de que Sidi esté ahí con ellos, que es importante que una parte de la familia vuelva a estar junta, y que como signo de esa nueva unión quería darle una sorpresa especial: pronto todos van a tener una casa propia. Ellos —los dos hermanos— habían comprado al poco tiempo de su llegada un terreno en el suburbio occidental de Miramar, a donde ahora se mudan todos aquellos a los que les importa su reputación, y habían encargado a dos jóvenes arquitectos la construcción de una mansión acorde a su posición social. Los cimientos ya estaban puestos, y al día siguiente los hermanos llevarían a Sidi para que pudiera admirar también el lugar maravilloso y los primeros contornos de su futuro hogar.

Sidonie aplaude de tanto entusiasmo y sorpresa: esto sobrepasa sus más osadas expectativas. Al fin una casa con jardín, donde será posi-

ble tener animales propios. Ahora no hay nada que impida una vida paradisíaca en la isla.

Para terminar esa noche explosiva, sus hermanos la llevan también a uno de los puntos de encuentro más populares de la ciudad, el bar-restaurante El Floridita. De alguna manera, ese establecimiento sencillo con una simple barra de madera, unos ventiladores de techo y un trío de músicos había alcanzado esa fama, al menos también los conocidos actores de Hollywood Spencer Tracy, Ava Gardner, Marlene Dietrich, Barbara Stanwyck y Robert Taylor pasan por allí cuando están de vacaciones en Cuba o realizan filmaciones allí, y empujan más de un *mojito* o *daiquiri*. Pese a esto, el bar sigue siendo frecuentado con gusto por nativos y está bastante desprestigiado porque también las prostitutas y los homosexuales de La Habana lo visitan.

En la densa atmósfera del consumo intenso de alcohol y del espeso humo de cigarros de buen aroma, Sidonie disfruta mirando a una bella mujer de tez oscura y a los jóvenes hombres coquetos y eróticos que sacuden sus delgadas caderas junto a la barra al ritmo de la música del trío.

Al día siguiente después del desayuno, los hermanos toman un taxi y viajan a ver la obra. Sidonie está muy nerviosa y casi estalla de curiosidad. Pero el trayecto dispersa su atención y se convierte en una nueva visita turística. El chofer acaba de doblar en el Malecón, una calle grande y paseo de la costa que recorre toda la bahía del mar, y Sidi no se sacia de mirar las casas, sus colores y la espuma centelleante que golpea como un látigo desde el mar sobre los muelles. En cuanto cruzan el río Almendares y dejan atrás el barrio tan popular de Vedado al borde de la ciudad, el paisaje es casi rural.

Junto a una vieja casita, Robert ordena al chofer que se detenga. La casa pertenece a una poetisa cubana, que será su vecina. No hay nada más por ahí, sólo prado verde, hierbas en flor, algo de ganado pastando a lo lejos... y la obra de los Csillag.

Vedado, en esa época, todavía no era un barrio de moda, y en Miramar, que quedaba más alejado, había terreno barato en abundancia para construir. Después de una breve búsqueda, los hermanos habían encontrado un terreno que les gustó y, como el material de construcción y la fuerza de trabajo se conseguían en condiciones muy favorables, les pareció que se podían dar el lujo de hacer construir una casa de proporciones generosas.

Recién hacia fines de los años cuarenta, Miramar y Vedado vivirían su gran auge. En ese momento, muchos de los inmigrantes, entre ellos también numerosos hombres y mujeres judíos, habían alcanzado un estándar de vida que les posibilitaba dejar sus casas en la ciudad vieja y adquirir casas amplias en Vedado. Aquellos que habían llegado más lejos en lo financiero se asentaban en Miramar. A mediados de los años cincuenta, salvo los pobres y los viejos, casi toda la comunidad judía había dado la espalda a la ciudad vieja y se había mudado a esos dos distritos. Hasta la revolución cubana en el año 1959, eran los barrios de la sociedad tanto para vivir como para el turismo.

Ahora, Sidi se pasea balanceándose entre algunas pilas de ladrillos, vigas de madera y piedras naturales para llegar a los cimientos de lo que pronto será su casa terminada. Robert y Ernst están visiblemente orgullosos, se comportan como especialistas en construcción parados sobre los muros bajitos y explican a su hermana ignorante la futura división en habitaciones, las cañerías de agua y el jardín, que por el momento todavía es un foso rojo y arcilloso. A Sidi todo eso le da lo mismo, y ya ve el colorido esplendor de las cannas, buganvillas y la mariposa, una especie de jazmín blanco —la flor nacional de Cuba— delante de sí.

De repente, una mujer extraña ingresa, caminando con sus tacos sobre una tabla de madera, a la obra en construcción, abraza a Robert, le da un beso en la boca y también se comporta de forma muy familiar con Ernst. Robert, a ojos vista, siente pudor y presenta a la desconocida, carraspeando, como su prometida y futura esposa. Sidi está sorprendida, porque no ha escuchado nada de esta, lo cual no es de asombrarse considerando la frecuencia de Robert. Toma algo rígida la mano de la extraña y la saluda con cierta acidez.

Cuando Robert había abandonado Austria, estaba acompañado de su mujer de entonces, la cantante Herta Glaz, a la que Sidi todavía había registrado. De Herta, evidentemente, se había separado en el tiempo transcurrido —ella se quedó en Nueva York, donde haría carrera en el Met y luego como profesora de canto— y vivía ahora con la nueva mujer, también cantante. Robert, hasta la llegada de Sidi, no había encontrado el momento para casarse con su compañera de vida, pero unos días después del arribo de Sidi resolvió dar ese paso lo antes posible, porque al fin y al cabo pronto compartirían el hogar y ahí no sería agradable para él vivir en "concubinato" en presencia de la hermana mayor.

Lo que todavía ocupa la mente de Sidonie desde la visita a la obra, es la pregunta acerca de cómo pudieron hacer todo eso sus hermanos.

Porque por más que ella es todo lo contrario a una mujer especializada en finanzas y no le gusta ocuparse de esos temas, sabe que una mansión cuesta muchísimo dinero. Unos días más tarde, durante la cena, saca ese tema y se entera lo difícil que fue para Ernst y Robert asentarse allí y levantar, junto a las porciones de la herencia paterna que todavía habían podido traer desde Europa, algo propio.

Con suspiros de oscuros recuerdos, Robert le cuenta del último año y medio, en los que Cuba manifestó no ser para nada delicada con sus inmigrantes judíos y les puso algunas trabas burocráticas y también antisemitas en el camino.

En Cuba, la historia de los inmigrantes y refugiados judíos en realidad había empezado a comienzos de los años veinte. Antes sólo existía un pequeño grupo de habitantes judíos en la isla, la mayoría de ellos provenían de familias que habían abandonado España durante la Inquisición. A comienzos de los años veinte, de repente, debido a las crecientes dificultades que se presentaban para emigrar a los EE.UU., se produjo una gran afluencia de judíos de Europa oriental, la mayoría de los cuales utilizaban Cuba como trampolín para continuar su viaje en forma legal a los Estados Unidos. En 1924 también se interrumpió esta posibilidad, y miles de europeos de todas las confesiones tuvieron que quedarse en La Habana. En aquel momento, más de un tercio de los habitantes de La Habana había nacido en el exterior. Aproximadamente 5000 judíos y judías de Europa oriental se quedaron en Cuba, muchos otros lograron la inmigración legal a los EE.UU., y más de uno ingresó en forma ilegal. En los siguientes diez años, otros 5000 inmigrantes de Europa oriental –entre ellos también muchas mujeres, porque al principio la cantidad de hombres solteros era desproporcionadamente elevada–, muchos hicieron venir después a novias –elegidas y recomendadas por la familia o los amigos.

A mediados de 1939, cuando terminó la primera ola de refugiados de la Alemania nazi en Cuba, Sidonie seguía en Viena. En ese momento, Cuba ya no estaba dispuesta a extender visados de ingreso al país. En muchos casos, tampoco se reconocieron visados que ya habían sido extendidos anteriormente. El hecho de que la corriente de refugiados fuera detenida exactamente en el momento en que las posibilidades de supervivencia de la población judía en Europa central eran cada vez más inciertas, y la ayuda hubiera sido más necesaria y urgente que nunca, tenía un trasfondo político y económico que se relacionaba directamente con Cuba.

Al igual que en otros países inmigratorios clásicos, también en Cuba había nazis o simpatizantes de los nazis entre los inmigrantes. En los años veinte y treinta, muchos alemanes y austríacos habían emigrado a América Latina, y algunos se habían afiliado allí a las organizaciones nazis locales. A mediados de 1938, las simpatías hacia los nazis y la falange habían alcanzado su cumbre en la isla del Caribe, alimentadas por los inmigrantes alemanes así como por los inmigrantes españoles fascistas. Los detentores del poder alemanes tenían una red de espionaje en operaciones que era dirigida por el gerente de la compañía Hamburg-Amerika-Linie. Según informes de la embajada de los EE.UU., en aquella época en Cuba había aproximadamente 500 alemanes que eran miembros del nacionalsocialista NSDAP. Esta membresía no estaba prohibida en Cuba, y sus adeptos podían pasearse abiertamente con sus distintivos de cruz gamada.

Luego, en octubre de 1938, el gobierno cubano legalizó un partido nazi local, así como una falange. La cantidad de miembros de esas dos asociaciones era estimada en 5000. La falange era muy activa en tres sectores: en la unión comercial, en las escuelas de elite y en los diarios. Con esa retaguardia ejercían presión sobre el gobierno para que detuviera la inmigración judía.

Y, pese a que el gobierno aparentaba tener una orientación pro-americana y anti-nacionalsocialista, cedió a la presión de la derecha.

Hasta 1939 se vendieron visados de ingreso sólo a aquellos que los podían pagar. Luego, a mediados de 1939 se cambió el sistema. Sólo los que tenían parientes que podían solicitar por ellos una visa en Cuba tenían efectivamente la oportunidad de obtenerla. Y al final también esta variante muy restrictiva fue interrumpida después del ataque a Pearl Harbour en diciembre de 1941.

Desde mediados de 1936, en total habían llegado casi 100.000 refugiados a la isla, muchos de los cuales, sin embargo, sólo utilizaban Cuba como país de tránsito para luego asentarse definitivamente en el continente norteamericano o sudamericano. Al agudizarse la situación en Europa, también creció la cantidad de personas que buscaban refugio en Cuba. A partir de enero de 1939 se agregaron aproximadamente 500 nuevos refugiados por mes. Pero sólo aquellos que tenían familiares en los Estados Unidos podían continuar su viaje, aunque tenían que esperar en promedio tres años. Aquellos que no tenían parientes en los Estados Unidos tenían que permanecer en Cuba.

Y para estos –o, mejor dicho, contra estos– se elaboró en los años 1939/40 una nueva Constitución que les haría difícil la vida en la nueva patria. Esta constitución incluía una prohibición para los hom-

bres y mujeres inmigrantes de ejercer su profesión de abogado o médico, se les dificultaba en extremo el acceso al mercado de trabajo, y se prohibió –antes del mencionado cese definitivo de la inmigración– el ingreso de refugiados políticos o religiosos. Esta Constitución se promulgó el 15 de septiembre de 1940, al mismo tiempo que Fulgencio Batista se hizo cargo de la presidencia. Batista nunca tomó partido públicamente en contra del tan expandido antisemitismo, pero a fines de 1939 prohibió tanto a los nazis como a la falange.

Además existía un problema masivo principalmente para los refugiados de habla alemana –al fin y al cabo eran más de 10.000 los que se querían quedar en forma permanente en la isla–: su alemanidad y a la vez su judaísmo.

Lo primero constituía un problema que surgió del resquemor de los funcionarios y se basaba en datos reales. Durante la Segunda Guerra Mundial, hubo una gran cantidad de agentes nazis en el Caribe, principalmente en Cuba y en la República Dominicana. Estos agentes estaban en contacto con submarinos, aviones e instalaciones telegráficas alemanes. Y los agentes de la Gestapo mataban sin reparos a aquellos que se habían apartado de los nazis. Cuba, por supuesto, no quería tener ese tipo de personas en el país, y observaba con desconfianza a todos los refugiados alemanes. Eso llegó tan lejos que después del ataque a Pearl Harbour todos los alemanes que no eran de origen judío fueron detenidos. El Ministerio de Relaciones Exteriores de los EE.UU. le propuso a Cuba no aceptar más refugiados judíos alemanes, porque supuestamente se habían mezclado demasiados espías entre los refugiados. Hoy se plantea la siguiente pregunta: ¿estaba fundamentado ese temor o era solamente una señal del antisemitismo dominante en el mismo Ministerio de Relaciones Exteriores de los EE.UU.?

También los hermanos Csillag habían tenido que conocer de cerca esa desconfianza en forma desagradable.

La prometida de Robert era, en la jerga de los nazis, una aria, y por eso su casamiento con un judío no sería válido según las leyes alemanas vigentes. Es cierto que las autoridades alemanas estaban lejos y no podían prohibirles la celebración del matrimonio según las leyes cubanas, pero los nazis podían ponerles trabas en todos los trámites administrativos para los que tenían que consultar a la embajada alemana –porque ella y Robert seguían siendo ciudadanos alemanes–.

Antes de su vínculo “oprobioso a la raza”, con frecuencia había sido invitada, en su calidad de cantante “alemana”, a recepciones en

la embajada alemana. Todos sus amigos y principalmente también Robert le aconsejaron que no aceptara las invitaciones. Pero un día, el miedo tomó las riendas y se presentó para hacer "buena letra". No pasó mucho tiempo hasta que todos supieran que ella había estado en una reunión social en la embajada, y las malas lenguas le añadieron inmediatamente la presencia de Robert. Y así los dos hermanos se vieron confrontados con la sospecha de ser simpatizantes de los nazis.

Un día Robert quiso saber más al respecto y envió a un amigo cubano a las autoridades. Este volvió unas horas más tarde, riendo, con la noticia de que allí habían dicho que Robert y sus hermanos no eran judíos.

Lo que lleva al segundo gran problema con el que tuvieron que luchar las mujeres y los hombres emigrantes judeo-alemanes: Las autoridades cubanas no podían o no querían entender que personas con una partida de bautismo cristiana de todos modos podían ser judíos y por eso habían sido perseguidos en Europa. Los hermanos Csillag siempre volvían a verse confrontados con esa incompreensión. Tenían partidas de bautismo católicas y sabían más acerca de los ritos católicos que sobre los judíos. Si, por ejemplo, más tarde a Sidonie le preguntaban por su religión, ella decía que era protestante. A la pregunta "¿y antes?" respondía "católica". Ya los funcionarios alemanes habían sacudido la cabeza con disgusto al escuchar esos datos correctos por parte de Sidonie. Y los funcionarios cubanos, simplemente, no comprendían el mundo. Una católica no podía ser a la vez judía, y a la inversa consideraban que tampoco debía ser posible.

Esa ambivalencia peculiar y la desconfianza de las autoridades cubanas –que se refería a la identidad en tanto alemana/alemán como también judía/judío, que confundía las dos cosas donde no debía confundirlas y no entendía nada cuando tenían que ir juntas– habían dejado a los dos hermanos Robert y Ernst como nadando entre dos aguas y les había causado un comienzo difícil.

Si bien Robert tenía todavía su compañía musical, por las razones antepuestas había sido desacreditado, y por eso daba clases de armonía y composición y se esforzaba por conseguir un puesto en el conservatorio o en la universidad. Ernst, en cambio, enseñaba inglés a las mujeres y los hombres emigrantes en estadia provisoria.

El dinero para la casa, entonces, no provendría de sus ingresos actuales, sino de la herencia paterna y así del capital y del núcleo fuerte de su fortuna. Mientras fuera posible el contacto con Heinrich en París, le daba a Robert consejos financieros sólidos, pero este siem-

pre había tenido una relación relajada con el dinero y estaba convencido de que todo se arreglaría de algún modo y que Sidi no tenía que preocuparse por su futuro.

## LA VIDA COTIDIANA EN CUBA

Después de los primeros días y semanas excitantes, cuando todo todavía era tan nuevo y todo paseo por la ciudad era un descubrimiento emocionante, comienza una especie de cotidianeidad también para Sidonie. Sus hermanos se dedican a su trabajo, la ciudad se vuelve familiar para Sidi, todo se normaliza. Sabe que ahora sería conveniente y también necesario que busque alguna ocupación, algún pasatiempo. Y comienza, en forma sensata, a aprender la lengua española. En la escuela de idiomas en la que enseña Ernst también hay cursos de español, y en uno de esos se inscribe Sidi. Con aguante y disciplina va diariamente a la Avenida del Bélgica cerca de la estación de tren, a una casa algo derruida de la época de la colonia, y estudia los conceptos básicos de la lengua española.

Como siempre, aprender le resulta fácil, sabe muy bien francés, un poco de italiano, de ahí que el español, con algunas palabras y giros que suenan similares, no represente un problema para ella. Y aunque nunca dominará la lengua tan bien como Ernst, que ya ahora, después de ni siquiera dos años, es tomado por muchos por un nativo, al cabo de unos meses sabe escribir, leer y mantener una conversación simple y está dispuesta a sumergirse más profundamente en la vida cotidiana en Cuba.

En la escuela de idiomas también conoce a Jeanette, que se convertiría en su mejor amiga en Cuba o, dicho de otro modo, en su Ellen cubana. Jeanette es una mujer bonita, de cabellos oscuros, siempre con anteojos negros llamativos, y pulseras y anillos grandes y coloridos; una francesa delicada y vivaz que acompañó a su marido al exilio. Probablemente para aprovechar su tiempo de algún modo, decidió aprender alemán, y eso la llevó a la escuela de idiomas y a conocer a Sidonie. A esta le gusta la mujer joven, veleidosa y altiva, y le ofrece enseñarle alemán o al menos complementar las clases de idioma con conversación compartida. Jeanette está entusiasmada, pero quiere pagar por eso, lo cual es rechazado con indignación por Sidi. Y así, de las clases de conversación planeadas resultan, cada vez con mayor frecuencia, encuentros privados de los que surge, finalmente, una estrecha amistad.





Jeannette y Sidonie en el club de la playa

Jeanette hace más tiempo que Sidi que ya está en la isla y conoce más de los entretenimientos que pueden hacer pasar el rato a dos europeas malacostumbradas. Y como Sidi, de todos modos, pronto viviría en Miramar, Jeanette la lleva la primera vez al Vedado Tennis Club y se inscribe con su amiga, reacia a tal empresa. Le dice que allí Sidi podría conocer a todas las familias importantes que serán indispensables para sus futuros contactos sociales. Por más que Sidi es una pésima jugadora de tenis –esas corridas de un lado a otro sobre una cancha de tierra roja, que sólo ensucia los zapatos, le parecen bastante tontas y cansadoras– tiene plena conciencia de la importancia social. Además le gusta la cancha cerca del mar y a la sombra de altas palmeras. Y la casa del club es bastante respetable y un buen cazadero para nuevas amistades. Así que se compra, bajo suspiros, una raqueta y la ropa de tenis blanca más elegante y va valientemente con Jeanette dos veces por semana a impulsar la pelota blanca de fieltro de un lado a otro.

Además, Jeanette es una nadadora apasionada y lleva a su nueva amiga regularmente al club de la playa, que queda directamente junto al Malecón, en el camino hacia Miramar. Hacia poco se había colocado edificios chatos y alargados con pasajes de arcadas, donde los bañistas se refugian del sol, en los arrecifes de coral de la orilla, y muelles de la misma extensión conducen hacia el mar abierto, para ahorrar a los nadadores tener que ingresar atravesando los filosos arrecifes.

Cuando Sidi y Jeanette llegan, siempre realizan el mismo ritual. Se citan antes para desayunar tarde en el Hotel Nacional, que queda en el camino, y a continuación pasan medio día en la playa. El Nacional es desde fines de los años veinte uno de los símbolos de la ciudad y además el hotel más elegante del lugar. Es un edificio imponente *art-deco*, a imitación de un famoso hotel en Palm Beach, con dos torres simétricamente ordenadas y una balaustrada de techo particular con pequeñas columnas encima. Lo más hermoso es el jardín, donde las dos mujeres toman su desayuno a la sombra y no omiten ningún lujo. Además de los pasteles tradicionales hay siempre un poco de caviar y, ante todo, las frutas más fantásticas: mangos, guabas, bananitas dulces o ananás, que están tan aromáticamente maduros que Sidi, al morderlas, siente cómo el jugo le recorre los brazos y le deja manchas claras en su vestido de verano.

Bien saciadas y entonadas de ese modo en los placeres sensibles, las dos mujeres van a bañarse, lo que siempre se vuelve una ceremo-

nia de la vanidad y del coqueteo. Las dos mujeres ofrecen los conjuntos de baño más elegantes de la nueva moda –el traje de dos piezas, que viene directamente de los EE.UU.– y atraen las miradas de todo el balneario, principalmente de los hombres, hacia sí. Sidi, a sus cuarenta y un años, es de una belleza elegante, casi inalcanzable, mientras que Jeanette es el complemento juvenil perfecto y es mucho más abierta para con los cumplidos de los señores que su amiga. Sin embargo, a las dos les divierte, después de haberse arrellanado durante horas en toallas de baño o moverse con destreza y habilidad en el agua, rechazar a los hombres acicateados y salir, frías y elegantes, como flotando del balneario.

En el verano de 1941, antes de lo esperado, está terminada la mansión de los Csillag en Miramar.

Los dos arquitectos erigieron una construcción moderna y bonita, de un piso, siguiendo el modelo de las casas de California que en ese momento están de moda, pero con una ejecución de obra mejor. El zócalo es de gruesas piedras naturales, del lado que da al sol también hay una recova, detrás hay grandes puertas con postigos y casi como centro de la casa una gran terraza con baldosas de terracota. Los hermanos están de acuerdo en que la construcción resultó un éxito y comienzan a distribuir entre sí las habitaciones. A Robert le tocará una de las habitaciones más hermosas en la planta baja, en una esquina que da al jardín, para componer; Sidi toma dos habitaciones en el primer piso, con una pequeña terraza hacia el contrafrente, que también da al jardín; y Ernst, mientras todavía no esté casado, tomará las habitaciones aledañas. Además, está previsto mucho personal doméstico para los Csillag, tan malacostumbrados, que se ubicarán en dos pequeñas habitaciones al frente.

Sidi enseguida se siente bien en la casa recién construida. Y el jardín que está siendo construido se convertiría en el objeto de todo su amor. Además de los muchos árboles, arbustos y flores, también hay suficiente lugar par tener animales. Sin dificultades, los Csillag compran en el vecindario unas gallinas enanas, sólo porque son tan graciosas cuando van de acá para allá y contribuyen, con su bonito plumaje a puntitos y su cacareo nervioso, a la diversión y el gusto de todos. Además, consiguen tres perros para que cuiden la casa y que, durante el primer tiempo, tienen que ser controlados sin pausa para que no se coman las gallinas... hasta que las encierran en una pajarera. Uno de estos perros, al que Sidi llama Petzi –encantador ejemplar

de raza indefinida, de mediana estatura, marrón claro con la punta de la cola blanca y patas blancas— es su preferido. En el transcurso de los próximos años no se apartaría más de su lado y se convertiría en su más fiel compañero.

En medio de ese esplendor colorido e imponente, Sidonie se acuerda de su talento para la pintura y se compra un pequeño caballete y una caja con óleos.

Una vez, en Viena, había tomado clases con Otto Friedrich, pero desde entonces pasó mucho tiempo y en aquella época principalmente había practicado retratos. Otto Friedrich había sido alumno de la Academia de Artes Plásticas y miembro de la Secession en Viena, y a partir de 1917 había dado clases en la Academia de Mujeres de Viena. Entre todos los profesores, Sidonie lo valoraba a él en particular, y él siempre la había considerado una de sus alumnas más talentosas. En sus renovadas incursiones en la pintura, a veces le hubiera gustado tenerlo parado como entonces en la Academia detrás de sí y poder escuchar sus consejos y comentarios acerca de su obra.

Pero ahora tiene que arreglárselas sola e intenta convocar sus recuerdos lejanos acerca de lo que alguna vez escuchó sobre la técnica de la pintura de paisajes.

Pero pronto tira al tacho toda la teoría, de la que de todos modos casi no recuerda nada, y se larga a pintar. Casi todos los días está sentada por la mañana en su jardín y practica su actividad de tiempo libre recién descubierta.

En esas horas tranquilas y entretenidas que pasa pintando, sus pensamientos comienzan a vagar y a moverse en forma de cadenas sueltas hasta Europa. Al principio todavía son reflexiones sobre cuál de los cuadros que están formándose delante de ella podría llevarle a quién, después aterriza en el medio de pensamientos preocupados acerca de cómo estarían sus amigas en Viena, qué estarían viviendo su madre y Heinrich en París.

Las noticias que le llegan son tan escasas como limitadas. De tiempo en tiempo escucha algo de radio, pero la información proveniente de Europa está muy influida por los EE.UU. y es superficial y no dice nada pese a dar noticias centrales que provocan preocupación. Sus hermanos, que quieren mantenerse al tanto de los negocios, se suscriben al diario de habla inglesa *Havanna Post*, Sidi prefiere *Bohemia*, la revista de mayor tirada.

Lo que convierte a *Bohemia* en interesante para Sidi son los rumores de que el editor, Miguel Ángel Quevedo, es un homosexual famoso que, aparentemente, está orgulloso de que nunca una mujer puso un

pie en su casa. En esa casa organiza todas las semanas fiestas a las que no sólo invita a los mejores artistas de Cuba, sino también a todos los hombres famosos de la política. Las invitaciones a esas fiestas eran muy codiciadas, porque además de la garantizada abundancia de delicias para el paladar, también ofrecían la oportunidad de establecer y conservar contactos importantes.

A partir de 1942, el contacto postal con Europa casi se paraliza por completo, por eso, Sidonie y sus hermanos, durante los próximos años, carecen por completo de información privada sobre su familia y sus amigos. Eso desespera a veces a Sidi en el silencio de su jardín y se larga a llorar cuando ve la exuberancia que la rodea y a la vez piensa en el desamparo de sus seres queridos en Europa.

Por lo demás, la vida de los Csillag transcurre muy contemplativa, desde que se mudaran a la nueva casa. Robert, entretanto, ha sido nombrado director del coro filarmónico así como profesor de armonía, composición e historia de la música en el Conservatorio Nacional de La Habana y así desempeña un papel importante en la vida de la música clásica de la isla.

También Ernst pronto se adaptó a las nuevas condiciones y dejó atrás sus clases de idioma. Como primer paso a la autonomía funda una pequeña fábrica de especias, cuando esta no marcha bien, se pasa al rubro del tallado de diamantes. Entretanto también encuentra tiempo para casarse con Rosa, la hermosa cubana, pero ese matrimonio se rompe ya a los pocos meses.

La actividad de tallar diamantes era, hasta comienzos de la guerra, desconocida en Cuba. Un grupo de judíos polacos, que habían vivido hacía años en Amberes, logró aún en 1941 comprar documentos de inmigración cubanos y llegar a La Habana a través de Lisboa. Como para tallar diamantes sólo se necesitaban unas pocas máquinas, pudieron retomar su actividad fácilmente con máquinas importadas de Brasil con celeridad.

La tarea de tallar diamantes exigía una gran precisión y estaba subdividida en diversas actividades, cuyo pago variaba. Ya en los años 1942/43 existían en Cuba en total veinticuatro talleres con más de seis mil empleados, entre ellos muchos refugiados judíos, pero también una cierta cantidad de nativos. Después de la guerra, la mayoría de los refugiados del rubro de los diamantes regresaron a Bélgica y a los Países Bajos, algunos emigraron también a Palestina. Al gobierno cubano le hubiera gustado conservar a los diamantistas en el país,

pero para los comerciantes, la isla estaba demasiado apartada del mundo, y prefirieron regresar a sus viejos emporios.

Así como la vida hogareña de los Csillag transcurre a ritmos regulares, también las diversiones afuera siguen un pulso constante.

Al menos una vez a la semana van a *Reisman* en la esquina de la 21 y la calle K en Vedado. *Reisman* es un restaurante al que gustan de asistir emigrantes de habla alemana, principalmente los procedentes de Austria. Porque siempre hay escalope a la vienesa y platos dulces vieneses con café y crema batida. Los hombres y mujeres visitantes disfrutan de sentarse entre pares, poder hablar la lengua familiar y quejarse un poco de su destino. Los hermanos Csillag van gustosos, los varones porque el café es muy rico, Sidi por los excelentes platos dulces. Del mismo modo, la familia siempre va el lunes al Cine Gris en Vedado que muestra ese día de la semana películas alemanas y francesas.

Pero la verdadera vida social se concentra en los clubes, y aquí el que también forma parte del programa regular de visitas de los Csillag es el famoso Tropicana Club. El viernes a la noche después de la cena los hombres se visten con el saco más elegante, las mujeres con sus vestidos de noche más bonitos, y se hacen llevar con el taxi a Alturas de Belén, al sur de Miramar. El Tropicana fue construido en 1931 y ofrece en abundancia todo lo que es caro y delicioso. Es el más famoso cabaret de La Habana, y por “cabaret” debe entenderse aquí un show de variedades y danza.

Hay una agradable mezcla de jazz norteamericano, música europea y ritmos cubanos. Robert está fascinado en varios sentidos por el modo cubano de hacer música. Por un lado se siente inmediatamente atraído a la pista y tiene que moverse al ritmo de la salsa, el son y la rumba. Además, las melodías le sirven de inspiración para sus composiciones. A menudo, después de estas visitas a bares, sigue recordándolas durante días, haciendo resonar esas melodías en su oído interno otra vez, y utiliza los motivos, con distanciamiento clásico, para sus sinfonías.

Sidonie no está muy entusiasmada con las visitas regulares a Tropicana: demasiada carne desnuda y demasiado alcohol. Gracias a Dios encontró una alternativa que responde mucho mejor a sus necesidades. El Zombie Club es el templo de todos los fanáticos del bridge de la ciudad, y los hombres y mujeres que mejor juegan al bridge en La Habana se disputan aquí sus partidas. Sidi va varias veces por

semana y pasa horas apasionada por ese juego de cartas. Cuando se trata de bridge, ya no entiende bromas, y olvida incluso su cortesía y su buena educación. Cuando el compañero o la compañera juega mal una carta o no sigue las jugadas estratégicas que ella dicta y se pierde el partido, Sidi se vuelve bastante venenosa, se niega, de mal humor, a seguir jugando con esa distribución o puede ser que lance el mazo con enojo sobre la mesa y abandona el salón. Pero esos ataques se olvidan pronto y también se disculpan, y al poco tiempo Sidonie está nuevamente acalorándose con la siguiente partida.

De lo que se habla sin fin en estos clubes es de la corrupción con la que uno se topa en La Habana siempre y por doquier. La mayoría de las mujeres y los hombres emigrantes austríacos la toman a la ligera y la comparan con el estado de situación que "les es familiar de los Balcanes". Los exilados alemanes y alemanas no se acostumbran tan fácilmente a este permanente "coimear" y "untar" –como dicen los hombres y mujeres austríacos– y lo consideran muy cuestionable moral y políticamente.

Un día, durante el almuerzo, Robert le comenta a Sidi que tal vez sí debería buscar una actividad lucrativa. Sidi reacciona indignada frente a esta propuesta. Ella adora la libre organización del tiempo, el hecho de no tener ataduras, y no entiende cómo se le pudo ocurrir eso a su hermano.

Le responde, enojada: "Puedes estar seguro que ni voy a pensar en eso mientras siga teniendo un trozo de pan seco para comer."

Robert acoge con tranquilidad la respuesta de Sidi y sólo le dice lacónicamente que entonces no lo haga. Lo que no le revela es que la situación financiera de los hermanos no está particularmente color rosa. Como están acostumbrados a gastar dinero generosamente y ahora, a diferencia del pasado, no viven de los intereses sino del capital, Robert teme que la familia pronto se quede en seco. De Francia hace tiempo que ya no viene dinero, debido a la guerra. Y como todos habían contado con un pronto final del Tercer Reich, se habían alimentado despreocupadamente de la herencia. En el caso de los hermanos de Sidonie, que a esta altura ganan suficiente dinero propio con sus profesiones, esto ya no es importante, pero la parte de la herencia que le corresponde a Sidi pronto estaría consumida.

Robert no menciona más el tema. Heinrich, el mayor, seguramente le hubiera explicado a Sidonie que estaba a punto de endeudarse: un pronóstico que resultaba desagradable en igual medida a los dos mayores. Pero Robert está acostumbrado a vivir por encima de sus posibilidades y contraer deudas, y le parece que su hermana ya se daría cuenta cuando llegara el momento.



## EL AMOR EN CUBA

Para que la vida no se vuelva demasiado monótona, Sidi decide intensificar el contacto con Gisela, a la que conoció en el casamiento de Robert. Desde entonces siempre se habían vuelto a cruzar en invitaciones y en los clubes, y Sidi había podido comprobar que Gisela le prestaba cierta atención al cuidadoso cortejo que ella le dirigía. Gisela es una emigrante judía de Alemania, y Sidonie, pese a su rechazo expresado una y otra vez contra todo lo que tiene que ver con el judaísmo, parece hacer una excepción con Gisela. Gisela es lo suficientemente linda para estar a la altura de las pretensiones estéticas de Sidonie, y no la aburre como todas las personas que el día entero no saben hablar de otra cosa que del *affidavit* que les posibilitaría el ingreso a los Estados Unidos. No entiende a esa gente que siempre está soñando con los EE.UU. y que ya no soporta la espera para ingresar a ese país. A ella Cuba le gusta demasiado como para pensar un sólo segundo en seguir emigrando. Aquí puede disfrutar de la vida: hay suficiente sol, calor, personal doméstico y también dinero. ¿Por qué habría de abandonar todo eso?

El cabello castaño claro de Gisela, su paso dúctil y el color de piel claro son sencillamente demasiado encantadores como para ser ignorados. Por esa razón, Sidi organiza encuentros cada vez más frecuentes con esa mujer, a la que le lleva unos años.

Gisela tiene un pequeño Ford negro usado, con el que le gusta salir de viaje de descubrimiento y pasa a buscar a su amiga para salidas compartidas. Con Gisela se abren para Sidi nuevos círculos de conocidos, porque ella se mueve entre intelectuales y mujeres que saben hablar con fervor y devoción sobre arte, música y política.

En uno de esos viajes, que siempre la van a llevar por la mañana a un nuevo destino interesante de la ciudad –esta vez a la casa de la conocida historiadora cubana Lydia Cabrera–, Gisela se las ingenia para entretener a su amiga con historias de la *rive gauche* de París de los años veinte. Ella misma había vivido un tiempo allí y había conocido a una serie de mujeres importantes.

Sidi no le cree muchas de esas historias a Gisela, cuando la mira, con su cabello claro al viento y los vistosos anteojos negros detrás del volante, que parlotea exaltada. Pero como su modo de narrar es entretenido, Sidi no tiene objeciones contra un poco de imaginación.

Pero algo de cierto deben tener las historias de Gisela, porque la Cabrera, que también conoce a Gisela de París, más adelante contaría



las mismas anécdotas con coincidencia de escenarios y acontecimientos. Lydia, nacida en 1894, proveniente de un hogar adinerado, había vivido entre 1927 y 1939 en París, donde comenzó a interesarse por el arte africano. En 1939 regresó a Cuba con su compañera de vida María Teresa de Rojas y comenzó a escribir y a publicar sobre la cultura afro-cubana. *El Monte* es una de las obras más importantes que fueron publicadas sobre ese tema. Su casa es una copia de esos estudios y está colmada de objetos de arte africano –máscaras, figuras, un par de muebles y telas–, que le resultan tenebrosos a Sidi al igual que la mujer.

Es mucho más agradable jugar al bridge con Gisela, ir al club de la playa o a la noche a veces al Floridita, donde pueden encontrarse con pares. Sin embargo, de esos encuentros nunca surge ninguna relación cercana. Sidonie es demasiado cuidadosa y no encara de forma más activa a Gisela, y esta parece ser una de esas mujeres exaltadas, conscientes de sus encantos a las que les gusta coquetear –sin que importe el sexo– y jugar con fuego, pero que no se quieren quemar. Así todo queda en miradas profundas, comentarios significativos y roces casuales sólo en apariencia. Sidonie transfiere su atracción a la pintura, donde puede posar su mirada durante horas sobre Gisela, que hace de modelo, y puede fijar como en un hechizo sus hermosos rasgos sobre la tela de lino. Logra realizar un muy buen retrato de la amiga, e incitada por las felicitaciones pronto comenzará a retratar a todas las mujeres de su creciente círculo de amigas.

Gisela tiene muchas ansias de emprender actividades. Una vez por semana ida y vuelta con su Ford a Miramar pronto le resulta muy poco; quiere conocer más de Cuba y le propone a Sidonie pequeños viajes a otras localidades. Sidi sólo asiente con la cabeza en forma complaciente cuando le presenta las rutas a Pinar del Río, Cienfuegos o Trinidad sobre los mapas y se los describe en los colores más vivos. Como Gisela se ocupa de todo lo referente a la organización y Sidi no tiene que mover un dedo, no tiene nada en contra de acompañar a su amiga en esos recorridos.

En el transcurso de los siguientes meses, Sidonie conocerá en esas excursiones algunas ciudades viejas maravillosas. Y Trinidad, esa perla aristocrática de la arquitectura en la costa sur de Cuba se convierte en el lugar preferido de las dos mujeres. Gisela y Sidonie pasan noches enteras con visitas repetidas a la Plaza Mayor y miran una y otra vez cautivadas los hermosos balcones de madera antiguos o las magnífi-

cas rejas de los palacios de la nobleza. Gisela, la contadora de historias, le describe a Sidonie las tragedias de amor que se tienen que haber desarrollado en los siglos pasados entre las parejas que seguramente estaban sentadas en las noches de luna llena en esos balcones... pero sin lograr resultados con Sidonie, que no parece entender sus alusiones. Luego, muy tarde a la noche, alguien hace música en el medio de la calle, y ninguna de las dos puede rechazar las invitaciones a participar del baile. En Europa, Sidi nunca hubiera hecho algo similar –bailar con desconocidos–, pero aquí en Cuba rigen otras reglas y ella quiere disfrutar de la vida. La mayoría de los cubanos no se corresponden precisamente con sus representaciones de belleza, pero el modo en que se mueven al son de la rumba hace que bailar con ellos sea un placer celestial.

Una noche, en La Habana, Gisela comete un error imperdonable que ofrece a Sidonie, que de todos modos considera que su compañía desde un tiempo atrás es demasiado íntima, la perfecta excusa para hacer enfriar la relación.

Esa noche, Gisela está de visita en el hogar Csillag, arrellanándose con comodidad en la cama de Sidi y dice, como en un ronroneo, que casi tiene la sensación de que la casa le pertenece a ella. No debería haberlo dicho. Ese comentario, que reúne, a los ojos de Sidi, las peores características tanto de los alemanes como de los judíos, la irrita inmensamente y la hace contestar con sequedad: “Esa sensación no la tengo, porque a mí sólo me pertenece una parte”. Así, Gisela perdió su respeto frente a ella y a partir de entonces busca la oportunidad para sacársela de encima en forma desapercibida.

Finalmente encuentra un modo adecuado para disolver la relación de un modo elegante. A fines de otoño de 1943, su hermano Robert da un concierto a beneficio de la Asociación Austria Libre, en el jardín de la terraza del Hotel Sevilla. Después del concierto, Robert le presenta a Sidonie un director de orquesta amigo de él, que inmediatamente comienza a mirarla con interés. Aunque a Sidonie le encanta atraer las miradas de admiración de hombres y mujeres, no le gusta en absoluto cuando ve encenderse una cierta curiosidad erótica en los ojos de un hombre.

Cuando, al poco tiempo, él le envía flores y una cartita con una invitación a una cita comienza a tejer sus hilos. Como teme obstaculizar la carrera de su hermano en el caso que no se muestre atenta a este colega, decide aceptar la invitación... pero con Gisela de remolque. Aunque esta prefiere las mujeres, no por eso rechaza a los hombres. “Lo importante es que el sexo funcione” dijo una vez a Sidonie. Y

como entre ellas no funciona de ningún modo, la vinculación podría traer una bendición general para todas las partes.

Dos días después, Sidonie, Gisela y el director de orquesta están sentados en el bar del Hotel Nacional. Siguiendo con la mirada cada pequeño movimiento de los otros, Sidi aparenta estar distraída. Ese hombre le resulta particularmente poco interesante. Al principio, el director todavía trata de cortejarla, pero cuando no avanza, se dirige a Gisela, que acepta gustosa su exhortación al flirteo... porque al fin y al cabo tampoco ella logra nada más con Sidonie. Dos horas más tarde, Sidonie encuentra un pretexto aparente para dejarlos solos. Cuando deja tras de sí el portal del Nacional, siente inmediatamente un alivio maravilloso. Funcionó, dos pájaros de un tiro: se deshizo de Gisela y del director, y ambos están bien provistos.

Pero un nuevo amor no se hace esperar mucho. Todavía en compañía de Gisela, Sidi había conocido, un tiempo atrás, a otra pareja de mujeres: Hélène, que era llamada por todos "la pequeña belga", y Marie-Louise, la hija de una francesa y de un diplomático cubano que había conocido a su mujer en París. La pequeña belga tenía dos hijos con los que había podido huir de los nazis en Europa, mientras que su marido se había quedado allá. Y en La Habana, pronto se consoló con Marie-Louise. En los círculos crecientes de parejas femeninas en La Habana, al poco tiempo todas opinaban que la pequeña belga se aprovechaba de Marie-Louise, que se ocupaba tan solícitamente de su amiga como no lo podría hacer ningún hombre. Más tarde se enteraron de que Marie-Louise siempre se comportaba de manera tan amorosa y atenta con sus amadas, lo que la hacía quedar para algunos como un boba ingenua, y para otros como una compañera ansiada.

En relación a Hélène, la actitud solícita se pudo mantener mientras el marido no estaba allí. Pero un día logró huir y fue a La Habana. Hélène no estaba feliz en absoluto por su aparición, estaba enamorada de Marie-Louise y no quería resignar la relación. Pero el marido supo persuadirla de quedarse con él –por los niños– y apartarse de Marie-Louise. Para demostrar sus derechos prioritarios, escribió a Marie-Louise cartas con amenazas, en las que le comunicaba con palabras groseras que ella se había aprovechado de la situación de su mujer y que de ahí en más omitiera todo contacto con ella. Un embudo de Hélène terminó de dejar las cosas en claro.



Marie-Louise

Marie-Louise, sin embargo, no estuvo apesadumbrada por mucho tiempo. Desde una recepción en la Embajada de los Estados Unidos había descubierto que Sidi era la más atractiva de todas las mujeres, y desde entonces no la podía borrar de su mente. Ahora que también Gisela había abandonado el terreno, podría intentar suerte con ella.

Pero tiene que cortejar durante meses a Sidonie. Sidi, al principio, ni siquiera había notado a Marie-Louise, después la había registrado como mujer amable, pero totalmente carente de interés, demasiado bajita para su gusto, con mala figura, cara ancha y una nariz chata. Pero Marie-Louise es tan atenta, amorosa y un carácter tan bueno sin excepción, que Sidi, un día en primavera de 1944, cede. Y para su gran sorpresa será una de las relaciones más cálidas y que más la colman que se pueda imaginar, en base a su experiencia algo unilateral de las relaciones, llenas de puros "partos mentales". Incluso el sexo con Marie-Louise es placentero, y eso, en el caso de Sidi, es ciertamente una buena señal.

En las noches tranquilas compartidas, Marie-Louise siempre vuelve a hablar de su deseo ansioso de tener hijos, para lo cual, no hay vuelta que darle, necesitaría un hombre. Sidonie no quiere poner ninguna traba en su camino y la alienta a seguir su deseo. Un día, Marie-Louise aparece con un hombre estadounidense de remolque, que no le parece para nada atractivo a Sidonie. Pero eso no es una preocupación suya. Conociendo el deseo de Marie-Louise, no está sorprendida cuando ésta pronto le comunica que se quiere casar con ese hombre. Un matrimonio de conveniencia, para realizar su deseo de tener hijos –lo que no cambiaría en nada su relación–, pero de todos modos un vínculo estable. Sidonie, que nunca estuvo realmente enamorada –más bien siente una amistad profunda y cálida– y por eso no está en absoluto celosa, como siempre no tiene nada en contra de que sus amadas, más allá de los sueños de su imaginación, no se le puedan acercar demasiado.

Pero pronto, Marie-Louise le cuenta, con desilusión resonante, que su futuro marido no tiene ninguna experiencia sexual con mujeres. Que incluso ya habían ido al médico que les había tenido que dar indicaciones precisas –principalmente al marido– acerca de lo que debían hacer y en qué sentido el hombre y la mujer orgánicamente sí eran el uno para el otro de algún modo. Pero Marie-Louise no queda embarazada. Y tampoco eso le molesta a Sidi. Ella sigue disfrutando de estar con Marie-Louise, y la idea de que su amiga todavía procreara con ese tipo horrible, desde ya le resultaba incomprensible. Así puede quedarse con Marie-Louise sin compartirla.

#### SIDI TIENE QUE TRABAJAR

En el medio de los enredos amorosos de Sidonie con Marie-Louise, irrumpe otro tema, extremadamente desagradable, que habría de

preocuparla en mucho mayor medida. Durante una cena en el círculo familiar, Robert vuelve a conducir la conversación al tema enojoso de las finanzas. Esta vez, el mensaje es claro: Sidi tiene deudas. Sólo con la familia, pero deudas al fin, que de algún modo tiene que pagar, y además tiene que ocuparse de su sustento por su propia cuenta. Su parte de la herencia se gastó; ahora, a los cuarenta y cinco años comienza, para ella, por primera vez, la seriedad laboral de la vida. Para Sidonie, trabajar a cambio de un pago, durante toda su vida, fue lo peor que se pudo imaginar. Pero hay una cosa que es peor aún, y son las deudas. Qué otro camino le queda, entonces, sino hacer de tripas corazón y encarar lo que siempre provocó en ella profundo desprecio: la “vida de la servidumbre”.

Al comienzo intenta encontrar una solución suave y empieza a realizar tareas de asistencia en la oficina del taller de diamantes de su hermano Ernst. Cada día se levanta de mal humor, varias horas antes de tiempo si se consideran sus costumbres hasta entonces, toma un desayuno presuroso, medio mango y un vaso de leche y se obliga a sí misma a salir a la calle para recorrer siempre el mismo camino a la oficina cerca del puerto, donde la esperarían aburridos trabajos con la máquina de escribir y las carpetas con documentos. Odia verse obligada a adoptar rutinas diarias pautadas, las cuales –piensa– no pueden producir más que cursilería.

Una escena de uno de sus primeros días de trabajo le queda particularmente fijada en la memoria: en uno de los descansos del medio-día, para escapar un poco del calor, fue unos minutos a la catedral de La Habana, donde vio, en las escalinatas, a una mujer que pedía limosna. Cuando esta, al salir, extendió la mano en un gesto suplicante hacia ella, Sidonie hizo un comentario condenatorio, la miró con enojo y sacudió la cabeza dando a entender un “no” vehemente. Recién al proseguir su camino tomó consciencia de su propio enojo, porque normalmente ella siempre daba pequeñas limosnas. ¿Por qué había reaccionado de ese modo? De repente comprendió que envidiaba infinitamente a esa mujer, porque a sus ojos seguía siendo dueña de su tiempo y de su vida, mientras que ella, Sidi, ahora había tenido que hacer entrega del dominio de su tiempo.

Pero la actividad en la oficina del hermano le reeditúa ingresos demasiado magros, y tiene que buscar, ahora seriamente, un verdadero puesto de trabajo. Al igual que todos los demás refugiados, Sidonie, por supuesto, no tiene permiso de trabajo. Pero incluso sin este permiso es posible trabajar mientras uno se ocupe de mantener alejadas a las autoridades mediante pequeñas sumas de soborno. Sidonie decide

trabajar en un área para la que no necesita ni permisos ni una preparación formal. Busca trabajo como niñera, ama de llaves o profesora de idiomas.

Al fin, en enero de 1945, encuentra algo. El administrador de una gran plantación de cañas de azúcar en la provincia de Matanzas –aproximadamente a dos horas al sudeste de la capital– busca una mujer que se ocupe de la educación de su pequeño hijo. Como la remuneración es buena, y además se le ofrecen dos habitaciones propias en una casa señorial en el medio de un jardín parquizado, Sidonie acepta la oferta. Y un poco también la tienta el espíritu de aventura de conocer el ambiente señorial-colonial en el campo.

Una mañana de fines de enero de 1945 se pone en camino con una valija de cuero y por supuesto en compañía de su perro Petzi. Con el tren viaja a la pequeña localidad que no queda lejos de la ciudad de Matanzas. En la estación del tren la están esperando. Un joven mulato se le acerca, hace una reverencia cortés y dice haberla reconocido enseguida, que ella tiene que ser la nueva *madame*, porque señoras con aspecto europeo en compañía de su perro no arriban con frecuencia a ese pueblito. Le avisa que en la explanada de la estación la está esperando un pequeño carruaje con el que la llevará a la plantación con el sonoro nombre de Mercedes.

Después de un largo viaje, el carruaje se aparta de la calle principal tomando por un pequeño camino de arena, pasa las dos imponentes columnas amarillas del portón de entrada, recorre barracas y cabañas –aparentemente, los alojamientos de los trabajadores rurales–, un amplio parque y, finalmente, en un círculo de tierra delante del palacete –el edificio señorial de la plantación– se detiene.

Una muchacha toma su valija y la conduce a la galería, donde le sale al encuentro el dueño de casa. El señor Mattacena, un italiano encomendado a la administración de la plantación de caña de azúcar, le ofrece la mano en forma distanciada aunque amistosa. Es un hombre de cabello gris, de tez tostada, de unos cincuenta años, que se para enfrente de ella con sus pantalones de montar blancos, botas de cuero, en una de las cuales lleva, del costado, una varita de caña. A Sidonie le recuerda, por su postura señorial y vanidosa, inevitablemente a su cónyuge Ed, lo cual la llama al recato, y responde su apretón de manos con una reserva similar. Mattacena, acostumbrado a dar órdenes, la instruye brevemente acerca de sus tareas,. Le dice que como él preside una empresa con más de mil trabajadores y no tiene tiempo

para su hijo, y su mujer además se tiene que ocupar de toda la –nada pequeña– economía doméstica, su trabajo –el de Sidonie– era ocuparse del hijo, el pequeño Orestes. Sólo tiene cinco años y necesita a alguien que juegue con él, le lea cuentos y le enseñe con mano firme los modales. Sidonie conoce demasiado bien de su propia infancia el estilo de educación que le reclaman y asiente, comprensivamente.

Y luego lo llaman a Orestes, para que salude a la nueva *madame*. Entra un pequeño varoncito vestido con un jardinero color claro, con rulos salvajes castaños, ojos entrecerrados y una boca con gesto atrevido. Por su timidez, se oculta detrás del delantal de la empleada doméstica negra que lo acompaña. Sidonie está fascinada desde el primer instante, pero sólo su perro Petzi, al que sigue sosteniendo de la correa detrás de sí, puede convencer al pequeño a salir detrás de la cadera protectora y al menos estirar su mano para tocar al perro.

Finalmente, también llaman a la señora Mattacena, para que dé el visto bueno a la extraña, que se supone será una mezcla de dama de compañía y niñera. La señora es cubana, una mujer rellena y amable, que recuerda a Sidonie a la Emperatriz María Teresa, y que enseguida vuelve a desaparecer en la cocina. Después de esta primera ronda de presentación, Sidi es conducida a sus habitaciones en la planta baja, del lado trasero del edificio. La esperan dos luminosos cuartos pavimentados con ladrillos rojos, un grueso cielo raso con vigas, y muebles simples, fabricados en la plantación. Lo único que tiene un aspecto europeo es un negro y lustrado piano de media cola, que probablemente esté pensado como medio de enseñanza para el pequeño Orestes.

Sidonie y el muchachito, a partir de entonces, están librados a su suerte y pronto son grandes amigos y cómplices. Sidi tiene un modo amable para con los chicos, les respeta su individualidad y su voluntad y siempre tiene ideas originales para emprender algo. El pequeño, pronto, adora tanto esto que todas las mañanas, apenas Sidonie abre la puerta de su cuarto para ir a desayunar, aparece gritando de alegría desde algún rincón y enseguida le insiste para que jueguen juntos. A los dos les encanta pasar los días al aire libre, dando vueltas bajo las muchas palmeras en el extenso parque o paseándose con Petzi, al que el muchacho comenzó a querer, en la plantación.

Orestes es un niño audaz y con espíritu emprendedor, al que le gusta tratar con gente. Muchas veces lleva a Sidonie a las cabañas de los trabajadores rurales, porque allí hay más diversión y vida que en la propia casa. Allí, siempre hay algo nuevo. A veces acaba de nacer



una pequeña cabra, o hay pollitos nuevos, o las mujeres hicieron nuevos canastos o zapatos, o acaban de cocinar algo rico, que al pequeño le encanta probar en los hogares abiertos en las cabañas.

Pero lo que más quiere en el mundo es a su poney, un simpático caballito morcillo, al que va a visitar varias veces al día en el establo. Todas las tardes después de la siesta, que Orestes sólo realiza con un extremo esfuerzo educativo de Sidonie, el poney es ensillado para dar una vuelta al parque. Con una verdadera montura, como la que usan los *vaqueros*, los cuidadores del ganado cubanos. Adelante hay una especie de puño, en el que Orestes se apoya, con las riendas en una mano, despreocupadamente, como un adulto, detrás hay dos albardas de cuero. Incluso un pequeño lazo cuelga de un costado. Indispensable para esas ocasiones es su traje de montar, un pantalón con un caballito encabritado bordado, una chaquetita ajustada y entallada y un sombrero de paja redondo. Equipado así como un elegante vaquero, el pequeño cabalga por el parque, orgulloso y bien erguido. Y a pesar de que sólo debería andar al paso, para que Sidi lo pueda seguir, a veces golpea como loco con los talones los flancos de su poney, hasta que este comienza a trotar o incluso galopar y desaparece detrás de los arbustos. Por supuesto que su padre no debe enterarse, porque de lo contrario lo castigaría con severidad.

En consonancia con esto, el muchacho tiene temor a su padre y así encuentra en Sidi, que siempre tuvo mucho temor a su propio padre, compasión y protección. El señor Mattacena, evidentemente, también está celoso de la intimidad y el amor de su hijo hacia la *madame* extraña, exige más dureza para con el niño a Sidonie y no sólo intenta escuchar sus conversaciones sino también prescribir lo que Sidonie debe decirle al chico.

Pero como el señor no es su padre y a ella le gusta resistirse a semejante *macho*, le resulta fácil no respetar sus indicaciones.

En términos generales, Mattacena encarna todo lo que no le gusta de los hombres. Es italiano, y esto Sidonie lo relaciona –como buena ciudadana de la vieja Austria– con la pérdida de las regiones en el norte de Italia que antes eran austríacas, haciéndolo corresponsable de esto en su interior. Su vanidad y la rigidez hacia su propio hijo la ponen furiosa. A veces realmente le parece como si fuera un pariente de Ed, cuando a la mañana, antes de ir a la plantación o a la refinería de azúcar, lo ve parado delante del espejo volviendo a hacerse su raya impecable. Da mucha importancia a estar perfectamente vestido, con lo cual suele molestar a su mujer y lo que siempre vuelve a producir escenas de cólera con ella y el niño. Por el gran calor reinante, el

chico preferiría andar casi desnudo por ahí, pero el padre insiste en que en su presencia esté vestido como un señor, en forma correcta y completa.

Sidonie suele pensar que el problema radica en que Mattacena y su mujer tuvieron a su hijo demasiado tarde. En realidad podrían ser sus abuelos. La señora Mattacena, de hecho, ya es abuela, porque tiene hijos adultos de una relación anterior, que a su vez ya tuvieron hijos.

La relación entre el señor y la señora no es la mejor. Ella a menudo se burla principalmente de su vanidad, lo que lo humilla y ofende profundamente y lleva a discusiones violentas. Sidi, que se crió en un hogar en el que los padres nunca mostraban su debilidad delante de sus hijos, está horrorizada por el fuerte griterío que tiene lugar delante de todos. Con frecuencia, Mattacena toma furioso su sombrero y desaparece por unos días en La Habana.

No hay nada mejor que pudiera hacerle a su familia y a las personas en la plantación. Su ausencia es disfrutada por todos. Es como si todos se despojaran de una gran presión y de repente volviera a haber espacio para una vida alegre. El señor, cuando está presente, insiste en que las comidas se realicen formalmente en el salón, y que deben ser servidas por mucamas negras con delantales y guantes blancos. En cuanto no está presente, todos comen juntos al aire libre. Incluso Sidi se sienta entonces con el personal doméstico bajo los grandes plátanos y disfruta los platos simples de arroz, chauchas, bananas y pollo.

En ausencia del señor, la señora, a veces, también empina demasiado el codo. Porque el ron no escasea, los trabajadores de la plantación preparan ellos mismos uno muy delicioso y con gusto le sirven a la señora, y después se retuercen de risa acerca de la lengua pesada de su patrona. Como a ella le gusta el ron, no deja de beber a tiempo. Su incipiente embriaguez le abre el corazón y se deshace en arrebatos emocionales lacrimosos que incluso el pequeño Orestes percibe. Sidonie le explica al chico en esos casos que su madre sufre de fuertes dolores de muela y espera que él se duerma pronto. Después pasa horas más con la señora, que se queja de sus pesares y afirma que no soporta más seguir viviendo con ese hombre. A la mañana siguiente, todo quedó en el olvido.

El final de la cosecha de caña de azúcar es festejado tradicionalmente con una fiesta de jornada completa. Nunca en la vida Sidonie ha escuchado tantos tambores juntos, ni visto tanto desenfreno y alegría de vivir pese a las duras condiciones de trabajo. Ya por la maña-

na las mujeres de los trabajadores comienzan a cocinar a lo grande y no se escatiman delicias. Magníficos guisos con porotos, bananas para compota, todo tipo de papas, mandioca y mucha carne de animales que fueron criados durante meses especialmente para esta fiesta mejoran la cocina que, por lo general, es simple. Entonces, van a parar a la olla lechones, terneros o chivitos, gallinas y patos. Se invita a todos los amigos y miembros de la familia, y reina una alegre generosidad de la que podrían aprender los patrones terratenientes.

Luego, a la noche, se sirve el banquete, se bebe ron casero de grandes vasos de agua o de calabazas, hasta que se olvida la dura vida y la alegría de vivir se vuelca en ritmos salvajemente melancólicos. Los tambores son acompañados por muchos otros instrumentos: matracas, baquetas y un instrumento llamado *güiro*, fabricado con calabazas o cañas de bambú entalladas. Y se baila al compás hasta perder el conocimiento, y recién cuando se hace la madrugada los *macheteros* y *vaqueros* agotados se acuestan debajo de un arbusto y duermen la mona. Para Sidonie todo eso en general es demasiado salvaje, y su distanciamiento hacia personas desconocidas le impide entregarse a esa embriaguez desenfrenada. En general también está demasiado cansada para alegrarse por las fiestas. Todo el día se tiene que ocupar de Orestes y por eso prácticamente no tiene tiempo para sí misma o para su Petzi querido.

Por esa razón elige las noches, cuando todo está en silencio y un encanto suave y pálido se posa sobre el campo, para realizar largas caminatas con su perro. Entonces puede estar consigo misma, dejar vagar sus pensamientos y dar rienda suelta a sus sentimientos. Las noches son tibias y perfumadas, la profundidad del cielo tropical estrellado la conduce a otros mundos, y los gritos de lechuzas y búhos que se cortejan recíprocamente, unos cacareando y chillando, otros con melodía sofocada, la hacen reír. Sólo una vez, con la *señal*, el cambio de turno laboral nocturno, la tranquilidad se ve algo interrumpida.

Con el transcurso del tiempo se corrió la información de que Sidonie camina sola a la noche durante horas, pero la señora hizo circular el rumor de que tiene un revólver consigo, y por eso nadie se anima a acercársele demasiado. Después de esas caminatas a Sidonie le cuesta levantarse a las siete de la mañana y ocuparse de Orestes. A veces se duerme un poco a la tarde en el parque debajo de una palmera, y el chico se alegra de tener un rato de libertad inesperada.



Sidonie en la plantación “Mercedes”, 1946

Durante su estadía en lo de los Mattacena, Sidonie prácticamente no abandona nunca la plantación. No siente necesidad de estar en el movimiento de la gran ciudad de La Habana e incluso en su tiempo libre casi nunca viaja para allá. Pero a veces recibe visita de la ciudad. Jeanette quiere ver cómo le va a su amiga, y principalmente Marie-Louise, esa alma bondadosa, siente nostalgia por abrazar a su amiga. Siempre que puede viene a pasar el fin de semana, es presentada como la mejor amiga y se acomoda en la segunda habitación de Sidi. A Sidi, en esas ocasiones, le gusta mostrarle la plantación. Para llegar también a los rincones más remotos de las extensas fincas, ya hace años se había instalado un pequeño tren propio y se había construido una red ferroviaria. Durante la semana sirve para llevar rápido a los trabajadores a los campos o con las manadas. El fin de semana, los invitados de La Mercedes pueden subir a un pequeño vagón de salón abierto que —mucho más bonitamente equipado que todos los demás vagones— traquetea por toda la plantación con bancos de madera torneados y cortinas tremolantes con tracción a diesel. Marie-Louise adora esos viajes porque, dejando de lado al conductor del vagón, está sola con su amada, puede estar bien cerca de ella y recuperar todo el tiempo de soledad por medio de conversación. Por eso siempre se producen celos y conflictos entre Sidonie y el personal doméstico. El personal había recibido indicaciones de la señora de servir a Sidonie como a

la dueña de casa. Pero muchos no entienden por qué la *madame* europea, que al fin y al cabo también es una empleada, debería ser mejor tratada que ellos mismos y además disfruta del privilegio de recibir visita privada. El hecho de que Sidonie para colmo pueda vivir en la casa con su perro, a algunos no les gusta en absoluto. Y el pobre Petzi tiene que sufrir en carne propia este enojo, aunque a escondidas, pero de forma muy directa. Más de una patada va a parar a sus patas marrones y peludas, palabras rudas lo echan de la casa cuando Sidonie no está. Cuando pide explicaciones a los otros empleados, dicen que Petzi supuestamente había orinado en un rincón y que es agresivo. Entonces, Sidonie se porta bien y se pone a limpiar, le habla en tono de advertencia al perro e incluso le pega. Hasta que un día descubre al malvado y ve a uno de los empleados orinando en un rincón. Ese no se queda mucho tiempo más en la plantación, Petzi está rehabilitado, y ya nadie se anima a decir algo en contra del perro.

Durante el tiempo que Sidonie permanece en la plantación de caña de azúcar, se termina, casi en forma imperceptible para ella, la Segunda Guerra Mundial.

En los últimos dos años siempre les había llegado información de cosas horribles y también cosas esperanzadoras a través de los medios. En julio de 1944 la radio había informado durante días acerca de un atentado fallido contra Hitler, lo que produjo un claro estado de excitación en las mujeres y los hombres en la emigración. Si no estuviera más con vida el demente pintor de brocha gorda, la guerra se acabaría y todos podrían volver a llevar una vida "normal".

También el desembarco de los aliados en Normandía en junio de 1944 y la liberación de París los había hecho respirar aliviados. Los hermanos de Sidonie se habían entusiasmado con las últimas noticias: París estaba liberada, ahora sería posible recibir noticias sobre Heinrich y la madre. Robert enseguida había conectado a la Cruz Roja y había pedido información urgente, pero esta se hizo esperar muchos meses más.

En la primavera de 1947, el señor Mattacena comunica a Sidonie que después de la siguiente cosecha se mudará con su familia a La Habana y ya no necesitará sus servicios. Ella casi está aliviada de ser despedida, porque así está libre para sus planes más secretos: quiere regresar lo antes posible a Europa, ver a su madre y a Heinrich, volver a presenciar la alegría de Ellen y a sentir la llama de su amor hacia Wjera en los brazos de esta. De algún lado va a tener que conseguir suficiente dinero para el pasaje en barco a Europa, porque del salario

de la plantación casi no pudo ahorrar nada, pero también esto, como todo lo que realmente quería, funcionaría. De modo que a comienzos de junio de 1947 abandona con el corazón liviano la plantación.

## ADIÓS A CUBA

Sidonie, tan pronto como se encuentra de vuelta en La Habana, da a conocer a Robert y a Ernst su intención de regresar a Viena cuanto antes. Los hermanos, que saben que no tiene sentido intentar convenecer a su hermana de lo contrario, le advierten que no es conveniente regresar a Austria sin un nuevo pasaporte y nueva nacionalidad. Ella todavía había nacido en Lemberg, y eso, ahora, es parte de la Unión Soviética. Y que nunca se podía estar seguro si los ocupantes rusos no la iban a reconocer como una de los suyos y ella fuera a parar de repente a la Unión Soviética en un siguiente exilio involuntario. Y como ella no tenía ninguna simpatía hacia los comunistas, le recomiendan que lo mejor sería, probablemente, esperar un poco.

Desde el fin de la guerra, la situación se había distendido considerablemente para la mayoría de los refugiados. Los que querían dejar Cuba detrás de sí, ahora lo podían hacer. Aunque para muchos judíos y judías de habla alemana Cuba era un “paraíso pacífico”, lo abandonaron y emigraron a los Estados Unidos. Aquellos que se querían quedar podían solicitar sin dificultades la nacionalidad cubana.

Así que, después de las advertencias de sus hermanos, Sidi finalmente reflexiona acerca de la posibilidad de conseguir al menos la seguridad de un pasaporte cubano y tramita los papeles necesarios.

Pero como no quiere regresar a Europa con las manos vacías y el pasaje en barco es caro, tiene que volver a buscar un trabajo, y en este caso uno más lucrativo que el del campo cubano. Como para ella es imposible ganar más dinero aquí, resuelve aceptar una oferta de Marie-Louise. Marie-Louise se había mudado recientemente con su cónyuge norteamericano a Connecticut en los EE.UU. y muchas veces había descrito a Sidonie el pequeño estado federado y las posibilidades de trabajo del lugar con los colores más hermosos. Finalmente, Sidonie acepta y otra vez se quedará más tiempo de lo esperado –en este caso, casi un año entero– en los EE.UU.

La búsqueda de un trabajo medianamente aceptable en el país de las posibilidades ilimitadas transcurre de cualquier manera para nada

fácil. Los soldados repatriados son privilegiados en el mercado de trabajo, de las mujeres se espera que regresen a la cocina y no le saquen el trabajo a los hombres. Durante semanas, Sidonie busca en los diversos diarios... pero sin éxito. Y tiene que reconocer que hay ante todo una cosa que representa un problema serio: su perro Petzi. A diferencia de La Habana, donde podía llevar a Petzi a cualquier lugar, en los Estados Unidos pronto comprende que los perros no son bienvenidos en la casa de un empleador y que tendrá que dejar a Petzi en casa.

En casa, en este caso, significa en casa de Marie-Louise, que habita junto con su marido una bonita casa de madera blanca en el "estilo New-England" en New Haven. Y el fin de semana, cuando ya no soporta estar con él –porque el matrimonio hace tiempo que está en crisis y ella necesita aire para respirar–, se refugia en una simpática casita en el campo. El alma bondadosa de Marie-Louise en su constante amor hacia Sidi asegura que Petzi puede quedarse con ella cuando la amada vaya a trabajar, sabiendo que ella se ocuparía con ternura de él.

Por supuesto que Sidi se da cuenta de que la perspectiva de la presencia de Petzi y principalmente las molestias que se toma Marie-Louise no le caen bien al marido. Pero el bienestar de su pequeño predilecto es más importante para ella que los vínculos matrimoniales de Marie-Louise.

Al fin, Sidonie encuentra un lugar de trabajo en el barrio Brooklyn de Nueva York: trabaja durante la semana en lo de una señora mayor judía que necesita asistencia, el fin de semana lo pasa normalmente con Marie-Louise en la casita en el campo, donde las dos, lejos del marido suspicaz y celoso, pueden disfrutar de estar juntas.

El nuevo entorno de trabajo de Sidonie en Brooklyn le resulta extraño, los cuidados se vuelven exigentes y cansadores. La señora mayor prácticamente ya no puede hacer nada por sí misma, y Sidonie tiene que ocuparse de todo. Y eso que hubiera podido elegir entre dos puestos: la mencionada asistencia de la señora mayor o el cuidado de dos pequeños niños judíos en un hogar muy adinerado en el Upper Eastside en Manhattan. Sidonie elige, con plena conciencia, el trabajo menos atractivo y más difícil.

Marie-Louise, por supuesto, ya el primer fin de semana libre quiere saber por qué su amiga se decidió por la solución a todas luces peor, y recibe, para su sorpresa, una respuesta extravagante. Sidonie piensa que sería injusto para con Petzi si ella pasara todo el día una buena vida con los niños, mientras el pobre perro tenía que arreglár-

selas sin ella. Tener un trabajo desagradable no sólo sería más justo para con Petzi, sino que en última instancia también le resultaría más fácil a ella, porque no sentiría tanta culpa.

Sidonie, en realidad, hubiera preferido conseguir trabajo en una familia no judía, pero como no tiene acceso a los finos círculos protestantes de Nueva York, tuvo que conformarse, *nolens volens*, con un empleador judío. El marido de la señora mayor vive en el mismo hogar y en realidad todavía está en buen estado. Se comporta en forma amable y es atento con Sidonie y observa risueño su *mentalidad goy*. Sus padres habían llegado a Nueva York desde la Bukovina y de pobres chatarreros se habían convertido en orgullosos propietarios de una próspera ferretería. Él era el más joven de cinco hermanos y había estudiado Derecho. Después había trabajado en un gran bufete de Nueva York y se había garantizado así un muy buen sustento de vida. Sus dos hijos estaban ahora perfectamente encaminados para seguir sus pasos.

Cuando el día llega a su fin y la señora de la casa ya fue llevada a la cama, Sidi se queda a menudo sentada más tiempo con el marido, hablando del pasado. Él siempre estuvo orgulloso de ser judío. Con lágrimas en los ojos le cuenta de los *sedarim* de su infancia, cuando, en su calidad de más pequeño, podía formular la pregunta. Nunca se le hubiera ocurrido a su familia negar sus raíces judías o su religión. Nunca habían sido ortodoxos, pero sí se atenían a ciertas costumbres. Una de estas era la visita al templo para las fiestas de Rosh Hashaná y Yom Kipur, y que todos los varones eran enviados al *shule* para que se prepararan para el Bar-Mitzvá. El señor mayor no puede entender de ningún modo que Sidonie provenga de una familia que nunca se atuvo a los usos de su fe y cree que ha llegado el tiempo de que al menos ahora los conozca.

Si ser judía significa untar *bagels* con mucho *cream cheese* y, en ocasiones especiales, agregarles salmón, a Sidonie le gusta bastante. Y el viernes siempre la mandan a la panadería a comprar *jalá*. El viernes al mediodía, antes del shabat, se puede ir –el fin de semana vienen los hijos y nietos y ayudan al padre en los cuidados– y no necesita volver hasta el lunes por la mañana.

Entonces corre rápido a la estación para llegar con el siguiente tren a New Haven, donde ya la están esperando Marie-Louise y Petzi. En uno de esos viajes en tren –tiene que haberse quedado dormido– de repente una mano sobre su rodilla. No puede decir con seguridad qué la despertó: el viento del viaje o la mano ajena. Como un rayo la recorre la idea de que eso es un placer puro que hace mucho



tiempo que no siente con esa facilidad. Mantiene bien cerrados los ojos, sigue haciéndose la dormida. ¿Cuánto tiempo más puede hacer durar ese momento? Ni siquiera quiere ver a quién le pertenece esa mano, no quiere que la mano se siga moviendo, sólo quiere que quede sobre su muslo y que esa sensación de bienestar no termine nunca jamás. Pero, al hacer un pequeño movimiento, como en sueños, la mano se mueve un poco más para arriba, y Sidi no tiene nada en contra, al contrario. Pero de repente se sobresalta, la voz del inspector anuncia la siguiente estación, se tiene que bajar. Sin decir una palabra, gira hacia un lado y mira de frente al hombre cuya mano todavía hace segundos estuvo posada sobre su rodilla. Una cara promedio: ni linda ni fea. Pero su mano es fina y ágil.

Cuántas cosas más podría haberle mostrado esa mano, si no hubieran estado todos esos obstáculos, de la estación aproximándose, los modales, la educación...

Pero se lleva esa sensación consigo, la atrapa en lo profundo de su ser y la lleva como un tesoro a lo largo de muchos años hasta su vejez.

Sin saludar, con una última mirada duradera abandona el compartimiento. Recién afuera, caminando hacia la casa de Marie-Louise por una extensa alameda, se larga a reír con soltura. A veces le gustaría tener el coraje de ponerle a una mujer que le gusta simplemente la mano sobre el muslo, de transmitir ese sentimiento magnífico, libre y secreto. ¿Pero cuántas reaccionarían como ella, disfrutando y en silencio?

Mucho más tarde, a la noche, apretada contra Marie-Louise, intenta contarle la vivencia del tren y explicarle por qué es algo especial para ella, mucho más erótico que todos los contactos sexuales planificados e intencionados, a los que no saca tanto el gusto. Pero su amiga en realidad no quiere saber nada, sacude la cabeza, quiere alejar con besos lo vivido y hacer como si entre el cuerpo de ella y el de Sidonie todo estuviera de maravillas. No quiere escuchar que Sidonie tal vez experimentó más bajo la mano de un desconocido en minutos que en todos esos momentos aparentemente seguros con ella. Pero es demasiado bondadosa y con tendencia a reprimir para seguir preguntando y también Sidonie se da cuenta de que debería callar y que hay vivencias que sólo le pertenecen a uno mismo y que no pueden ser comprendidas por nadie.

A la par de su rutina monótona entre Nueva York y Connecticut, Sidonie prepara su regreso a Europa. En cuanto fue posible y los bar-

cos postales volvieron a funcionar, retomó la relación por correspondencia con todas las personas que le eran cercanas en Europa. Las noticias que vienen de allí son profundamente intranquilizadoras. Incluso en ese distanciado medio de la escritura epistolar, Europa se presenta como un campo de escombros, tanto interno como externo. De Ellen de Viena le llegan notas extrañas, que le producen preocupación, escritos con una letra casi ininteligible, en las que cuenta acerca de unos dolores de cabeza terribles y de que necesita morfina, que Sidonie le consiga porque aparentemente en los EE.UU. era fácil de conseguir. Wjera escribe desde Munich pequeñas noticias escuetas que casi no llenan una hoja: que su marido murió, que los nazis tienen la culpa, porque lo torturaron hasta la muerte en Dachau, que no puede escribir más, que tal vez en algún momento tendría la fuerza necesaria, en una conversación personal... Heinrich de París también es breve: sucintas referencias a años de escondite de los nazis en el campo en Francia, que habían sobrevivido, que él, por buena educación, se casó con la mujer que lo ocultó...

Con escalofríos, consternación y profunda compasión, Sidonie abre esas cartas, y por todos lados sólo se topa con lo mismo: trauma.

Como todavía en Cuba y ahora en los EE.UU. había y hay muchas cosas de las que en la Europa de posguerra no se podía más que soñar y que sólo se conocen de lejanos recuerdos, Sidonie comienza, a modo de consuelo –aunque no sabe si no se quiere consolar a ella misma–, a enviar regularmente paquetes. Envía alimentos, cigarrillos, un poco de alcohol y nunca olvida añadir azúcar y golosinas.

El único que se explaya en sus cartas de respuesta y parece concebir como una naturalidad los paquetes de alimentos de Sidi es su exmarido Ed. En las cartas que intercambian, curiosamente, desempeña un papel importante el perro Petzi. Sidonie le hace saber a Ed que regresará a Viena, al departamento que una vez fue de ella y que sigue lleno con sus muebles. A través del Atlántico se sopesa la posibilidad de encarar una vida conjunta, y Sidi deja en claro que traerá consigo a Petzi. Ed quiere saber dónde pensaba hacer dormir al perro. En la cama, de todos modos sólo al pie de esta, tal como está acostumbrado, escribe Sidonie. Una oportunidad magnífica para Ed para contestarle, presuroso y lacrimoso, que evidentemente el perro era más importante para ella que él y que no era bienvenida con el animal.

Cartas furiosas y llenas de decepción van y vienen, y Sidi se da cuenta pronto de que Ed no cambio ni una pizca y que sigue pensando sólo en él. Esas humillantes idas y vueltas finalmente sólo será un ladrillo más en el desmontaje de Ed.

Todo eso va a tener que cambiar. Bueno, entonces no habrá convivencia con Ed, decide Sidonie estando todavía en Nueva York. Buscaría en Viena todas sus cosas, que le pertenecen por derecho a ella y a su familia, y le aclararía a Ed lo que él, que siempre había consumido su fortuna, le debía por todos esos años de ausencia.

El invierno de 1948/49 parece estirarse sin fin. En febrero, Sidi sabe que tiene suficiente dinero para pagar el viaje a Europa. Renuncia y comienza a ocuparse de su pasaje.

No es fácil conseguir un lugar en un barco. Aunque vuelve a haber un tránsito de barcos regular, no tiene las proporciones de antes de la guerra. Una parte de los barcos sigue siendo utilizada por los militares para transportar sus bienes y sus tropas, y los pasajeros comunes tienen que tener paciencia.

En abril, finalmente, se confirma: a fines de mayo, Sidi tendría un lugar para viajar a Francia. Eso es exactamente lo que le depara su fantasía. Después de una semana maravillosa en el barco, llegaría descansada a Cherburgo. Después viajaría a París, volvería a ver a Heinrich, conocería a su valiente esposa y al fin abrazaría a su mamá.

Desde París, después, no sería un largo viaje a su Viena querida, que ansía ya ahora con cada fibra de su corazón.

Y después viene el punto más difícil y doloroso en sus planes: la despedida de Marie-Louise. Las dos mujeres saben que será para siempre, que, al zarpar el barco, los años compartidos en Cuba y el último tiempo hermoso en Connecticut se hundirían en la estela. Para Marie-Louise es infinitamente difícil dejar partir a Sidonie, y con ella a la mejor y más hermosa mujer que pudo llamar su pareja hasta ese momento de su vida. Lloro mucho en las últimas semanas y –en forma diametralmente opuesta a su estado de ánimo habitual– se vuelve irritable y susceptible. Se pelean mucho, lloran, y vuelven a hacer las paces, más dolorosas aún, más cerca de la despedida.

Para facilitar la despedida, las dos mujeres deciden pasar los últimos días antes de la partida de Sidi en Nueva York. De día hacen compras en elegantes *department stores*, todo lo que pueden y que entra en las valijas de Sidi, y por la noche recorren los bares de mujeres del Greenwich Village.

El último día comienza gris y triste. Delante de las ventanas del hotel se eleva una mañana fresca y descolorida. Sidi se levanta tem-

prano, antes que su amiga, no sabe qué hacer en su impaciencia, da vueltas en la habitación, controla por enésima vez su equipaje y despierta así a Marie-Louise demasiado temprano, la que enseguida vuelve a largarse a llorar. Entonces Sidi se sienta con ella al borde de la cama y le acaricia suavemente la cara. Después se quita su anillo con el zafiro, la antigua pieza hermosa perteneciente al conjunto de joyas familiares que la acompañó todos esos años en el extranjero, y se lo quiere poner a su amiga. Esta rechaza llorando lo que para Sidi es el gesto más íntimo: “A ti te quiero conservar, no a tu anillo” solloza. Sidonie está irritada, ofendida, se vuelven a pelear. Y finalmente, las dos mujeres se entregan a su dolor, se abrazan durante un largo rato y pueden despedirse de verdad.

Después, al mediodía, llega el taxi, y viajan al puerto, a los muelles del Hudson, donde atracan y zarpan los barcos a Europa. Sidonie se baja del coche y se dirige al malecón largo, el equipaje es llevado por un peón para despachar y desaparece delante de ella en el fondo del barco. Ahora llegó el momento. Un último abrazo, dos besos fugaces, y Sidonie, nueve años después de que el suelo resquebrajado de un embarcadero le anunciara una nueva patria, vuelve a bajar un muelle, sólo en compañía de su perro, para dejar atrás un continente, dirigirse a otro y completar la vuelta al mundo que le había sido impuesta por la historia. Marie-Louise saluda a Sidonie con la mano hasta que el barco no es más que un ínfimo puntito en el horizonte.



## Capítulo X

### *Los años de plomo de la posguerra*

Sidonie está parada junto al Pont Neuf y mira, ensimismada, el Sena, que fluye debajo de ella gris y lento. Por delante el esplendor de las Tullerías y del Louvre, detrás de ella la fe en Dios eterna –convertida en piedra– de Notre Dame. Cuánta belleza que pudo conservarse aquí incólume a través de los siglos. ¿Por qué nunca antes estuvo en esa ciudad maravillosa? Probablemente, porque una joven de buena familia nunca hubiera podido viajar sola a París, y luego, de casada, ese tipo de viajes no era posible, porque Ed no quería salir por nada en el mundo de Austria.

Si tan sólo no tuviera esta amargura, si esa belleza no la hiriera en lo profundo de su corazón. Se pone a llorar, deja caer lágrimas al río que alguna vez desembocará en el Atlántico y mucho, mucho tiempo después seguramente también –mezclado con las aguas del océano– alcanzará las playas de Cuba. Extraña mucho Cuba, esa riqueza cálida y floreciente que representó durante ocho años la unidad de su mundo. Aquí, todo está dividido, desmembrado; los habitantes destruidos y sus casas incendiadas por la guerra.

Llegó a la ciudad hacía unos días, a comienzos de junio de 1949, después de una travesía de varias jornadas a través del Atlántico y un viaje en tren desde la ciudad portuaria de Cherburgo hasta aquí. En el *De Grasse* –el barco imponente y bastante lujoso– todo aún conservaba su entereza. Ella había estado nerviosa y colmada de alegres expectativas, en lo más profundo de su ser había alimentado la sensación infantil de un triunfo inminente: Ella, Sidonie Csillag, después de muchos años de viajes llenos de aventuras, regresaría del extranjero, y aquí le darían la gran bienvenida.

Nadie la estaba esperando cuando bajó de a bordo en Cherburgo. Una desconocida y presurosa multitud de recién llegados que estaban apurados por pescar su equipaje se había agolpado en el puerto. Para ella no hubo ni una flor, ni un pañuelo agitado, ninguna añoranza que resplandeciera en un rostro al volver a verla. Sólo Petzi movía la cola amistosamente y parecía decir: “Yo siempre estoy aquí para ti”.

Luego, en París, Heinrich la había ido a buscar a la estación de tren. La madre no había venido con él. Pero entonces su alegría ya se había marchitado y había hecho lugar al shock del reencuentro, de tener que ver en él lo que –ostensiblemente– había vivido. En el andén la recibió un hombre decrepito, envejecido más allá de sus años, que ya no parecía sentir ninguna alegría. Los hermanos se abrazaron casi en forma mecánica, él dijo algo así como "qué bueno que estés aquí", y eso fue todo. Después fueron al departamento de los Csillag en el 12° distrito, que tampoco era precisamente una zona elegante. Y allí la había embargado por primera vez ese sentimiento del que a partir de entonces ya no lograría deshacerse y que se habría de convertir con el transcurso de los años en su segunda naturaleza: un desgarramiento entre alegría de vivir y dolor que paulatinamente se convertiría en una opresiva insensibilidad que siempre la invadía cuando estaba en Europa, y más que nunca en países de habla alemana.

Era tan extraño estar en Francia y volver a ver a su madre y a su hermano. La guerra había pasado junto a su madre como tantas otras cosas en la vida. Casi no parecía afectada, conservaba la fachada envejecida, algo amuñecada, de una mujer que había entregado todo por sus imágenes de belleza y porte. Acostumbrada a que los otros arreglaran todo para ella y ella sólo tuviera que hacer lo que se le indicaba. También con ella el saludo había sido superficial y le trajo de vuelta a Sidonie viejas penas del no-ser-importante.

La segunda noche, cuando los hermanos y la madre comenzaron a desenvolver en relatos los años de separación, fue cuando Heinrich explotó. Porque él, ya en su infancia en común, siempre solía quedarse callado por mucho tiempo, pero una vez que comenzaba a hablar todo brotaba de su boca como de un manantial. Los acontecimientos de los últimos años salían en forma caótica de su interior, sin orden cronológico, despedazados en vivencias aisladas, como si fuera para, en porciones, poder soportar mejor el horror. La madre estaba sentada allí y sólo escuchaba asintiendo con la cabeza. Y también la mujer de Heinrich se quedaba callada. Cómo hace para aguantar a esa mujer, pensó Sidonie, pero ya en el siguiente momento corrigió ese pensamiento porque sabía que él le debía la vida.

¿Cómo había hecho para soportar todo eso? 'Yo no lo hubiera logrado' resume Sidonie, cuando él se detiene por primera vez después de horas de contar.

Cuando comenzó la guerra –entonces ella todavía estaba en Viena y Heinrich y su mamá en París– todavía era posible enviar correspon-

dencia, y ella sabía que no les iba tan mal. La madre, en tanto mujer y debido a su edad, era demasiado insignificante para ser molestada en Francia en su calidad de “extranjera enemiga”, y Heinrich, que vivía en París desde 1928, en ese tiempo había adoptado la nacionalidad francesa. Sus negocios iban bien en esa época, era cuidadoso y ahorraba para tiempos de necesidad.

En sus cartas, que todavía la alcanzaban al comienzo de su emigración en Cuba, había insinuado –pero qué había importado eso a Sidi– que a alemanes y austríacos los internaban en campos por ser extranjeros enemigos. De eso se había salvado en su calidad de francés nacionalizado, y además, por su lugar de nacimiento –Lemberg– era considerado polaco.

“Drôle de guerre” llamaban los franceses a esa *sitzkrieg*, guerra de sentados, o no-guerra con los alemanes. Por más que París estaba oscurecido y el combustible racionado, la vida hacía mucho que no era tan divertida. Los restaurantes, cines y teatros estaban repletos, y no sólo el fin de semana, sino todas las noches. Su madre –contó Heinrich– incluso tenía algunos admiradores, y la última vez que la había visto tan alegre fue durante una estadía terapéutica en Karlsbad.

Y, acto seguido, el gran desengaño. La *wehrmacht* alemana había atravesado Europa rodando, y nada ni nadie la había podido detener. Como piezas de dominó, un país tras otro había caído y sido ocupado, y en junio de 1940 también la mitad norte de Francia. A mediados de junio, París estaba ocupado y el mariscal Pétain había sido nombrado jefe de gobierno. Los emigrantes y las emigrantes, que habían huido a Francia desde los países ya anexados por los nazis, reaccionaron con desesperación porque nuevamente era necesario huir de los esbirros nazis.

Después de la firma del armisticio franco-alemán del 22 de junio de 1940, los hombres y mujeres emigrantes –y así también los hombres y mujeres austríacos– quedaron sin protección legal alguna. Así quedaron expuestos a la arbitrariedad del gobierno colaboracionista de Vichy y a las medidas persecutorias de la potencia de ocupación alemana.

Al igual que miles de franceses y francesas, los extranjeros y extranjeras de todas las naciones huyeron de la *wehrmacht* en dirección al sur. Heinrich, en ese momento, estaba en un viaje de negocios en el sur del país y primero se quedó esperando para observar lo que pasaría. Después de unos días logró tomar contacto con su madre. Esta estaba un poco confundida y no sabía bien qué hacer, pero había asegurado a Heinrich que los alemanes se comportaban muy humana y



correctamente. De una manera muy diferente a lo que sucedió en Viena. Y que, tal vez, todo no sería tan terrible.

Algo similar –recordaba Sidi– contaba su mamá en su última carta de Francia a Viena.

Después había comenzado su largo viaje alrededor del mundo, y en 1942, finalmente, se había interrumpido por completo el contacto con su madre y Heinrich; desde entonces no llegó más correo a través del Atlántico de la Europa dominada por los nazis.

Lo que no sabía de esa época –y era casi todo– Heinrich lo recuperaba ahora en palabras expulsadas con brusquedad.

Él, entonces, se había quedado esperando en el sur. Las noticias de los que huían en masa desde el norte del país al sur eran todas poco alentadoras. Heinrich tenía un pasaporte francés, pero había una nueva ley según la cual a todos los que se habían naturalizado desde 1928 se les podía sustraer nuevamente la nacionalidad francesa. En esa categoría entraba también él, así que era mejor tener cautela. Y por más que la madre poseía un permiso de residencia, tenía que presentarse en forma regular en la policía para que se lo renovaran.

Contó que él después intentó explicarle a su madre cómo hacer para llegar lo más rápido posible al sur, a donde estaba él, pero ella no lo había logrado. Por eso decidió –contó– tomar sobre sí el riesgo y regresar a París. Entonces ya no iba ningún tren, y tuvo que abrirse paso a pie. Era verano, y en realidad, si se dejaba todo a un lado, si se lo recortaba en la cabeza como con una gran tijera, había sido paradisíaco. Siempre lo habían llevado campesinos con carros a caballo y bueyes durante un trayecto del camino. Dormía en el heno y, en las noches particularmente calurosas, bajo cielo abierto y entonces contaba las estrellas y tenía como música para dormir el sonoro canto de las cigarras.

Los campesinos del sur eran personas luchadoras y obstinadas que no daban una oportunidad ni al viejo mariscal Pétain, al que despreciaban por blandengue, ni a los soldados alemanes. Con gestos violentos y groseros u horquillas enarboladas subrayaban lo que pensaban del “viejo”, que de ninguna manera podía salvar la Francia de ellos. Y los soldados nazi-alemanes, esos niños de pecho rubios, nunca ganarían una guerra si sólo estaban interesados en comprar todo lo que había en los negocios franceses para después enviarlo, empacado con delicadeza y pulcritud, a su patria.

Después de semanas a pie, Heinrich, ya en París, había puesto en funcionamiento todas las palancas inmediatamente. Gracias a sus buenas relaciones que también siempre podía aceitar con pequeñas

sumas, consiguió permisos de residencia para Casablanca. Pero Emma Csillag seguía siendo tan ingenua como siempre. La vida en el París ocupado le seguía gustando, y no tenía ningún apuro para irse al norte de África. Heinrich insistía cada vez más para que partieran y siempre volvía a fracasar por la táctica de postergación de su madre. Hasta que en mayo de 1941 le había hecho un ultimátum. Pero dos días antes de la partida planificada, Emma Csillag se pescó una fuerte gripe y tuvieron que quedarse otra vez.

En las primeras grandes razzias antijudías en París —que tuvieron lugar a fines de mayo— agarraron a Heinrich. Pasaron días sin fin en los que Emma no tuvo ninguna noticia de su hijo hasta que se enteró de que había sido recluido en un campo en Pithiviers, una pequeña ciudad a unos cien kilómetros al sur de París.

Ese campo había sido insoportable. Pero es sorprendente lo rápido que uno se acostumbra a lo insoportable. Y él, por la horrible Primera Guerra, estaba acostumbrado a soportar casi todo. Pasó días y noches en un espacio muy estrecho en las barracas, en compañía de hombres de todas las naciones, origen social e ideología. Los días se desarrollaban con extrema lentitud, entre el deslizarse de los catres a la madrugada y el pasar revista en un lugar polvoriento entre los edificios del campo no había mucho para hacer. Heinrich casi hubiera preferido que los encomendaran para trabajar, para escapar de esa estrechez sin consuelo, al aire viciado y a la agresión casi palpable que se había originado entre las diferentes fracciones del campo. Pero los franceses no eran tan efectivos en la explotación de la fuerza de trabajo de sus prisioneros como los alemanes, o tal vez los nazis no estaban hace suficiente tiempo en el país; sea como fuera, se conformaban simplemente con tener prisioneros a los hombres.

Lo que hacía casi insoportable la proximidad era la escasez de agua en Pithiviers. Casi no había suficiente para beber, pero tener agua para higienizarse ya era imposible de pensar, y eso hacía que Heinrich casi se volviera loco. A veces hubiera querido patear a sus compañeros de prisión del catre de arriba o de al lado, o ahorcarlos y arrastrarlos afuera, aplastarlos contra el pasto y obligarlos a revolcarse en la hierba verde con la esperanza de que el horrible olor a sudor se desvaneciera entre el amargo aroma del verde apisonado.

Había muchos vieneses en el campo, entre ellos algunos músicos excelentes, que intentaban matar el tiempo haciendo música. Además había un grupo de jugadores de cartas que se pasaban día y noche jugando al tarot y los más “elegantes” incluso arriesgaban unas partidas de bridge. Algunos escritores no veían inconveniente en discutir

todo el día acerca del valor y el sentido de sus obras. Sólo los judíos ortodoxos se habían retirado a una esquina y rezaban allí casi todo el tiempo y cocinaban lo mejor posible su comida *kosher*.

Por supuesto que también se producían confrontaciones políticas: frecuentemente entre los prusianos y los austríacos que se reprochaban, mal intencionados, su respectivo acceso –supuestamente diferente– al mundo. Entre los austríacos, a su vez, los monárquicos –entre los que se contaba Heinrich– y los comunistas dirimían acaloradas disputas. Heinrich era un adepto entusiasta de las obras de Joseph Roth –con lo cual hubiera podido pavonearse entre los escritores– y quería rematar con el hecho de que Roth, en sus años tardíos, no sólo había simpatizado con el catolicismo, sino que también defendió la Casa de Habsburgo, lo cual se correspondía por completo con la orientación política de Heinrich. Leo, un comunista joven, que dormía al lado de él en la estrecha barraca del campo y casualmente también adoraba las novelas de Roth, intentaba la empresa imposible y arriesgada de diferenciar entre lo que Roth había dicho y lo que había escrito. En esas discusiones, Heinrich y Leo –pese a sus diferencias de opiniones– se acercaban, lo que desembocó en una amistad entrañable, gracias a la cual Heinrich, en última instancia, lograría huir del campo a tiempo.

En ese momento todavía era posible tener contacto con parientes fuera del campo. Heinrich, que se preocupaba por su madre desde que se despertaba hasta que se quedaba dormido, quería asegurarse de que estuviera en buenas manos y consiguió papeles falsos para ella. Con esos papeles, Emma, por un tiempo, estaba relativamente fuera de peligro.

Las maniobras bélicas de la *wehrmacht* alemana, por supuesto, eran estudiadas minuciosamente bajo la lupa por los internos del campo. Se preguntaban con temor cuáles podrían ser los efectos de estas maniobras en ellos, los prisioneros. En junio de 1941 vino el ataque alemán a la URSS, al mes siguiente, Göring encargó a Heydrich la evacuación de los judíos de Europa. Este anuncio difundió miedo y espanto en Pithiviers y convenció a muchos de que era hora de abandonar de algún modo el campo. Heinrich pensó y pensó por semanas cómo realizar una fuga... en vano. Entonces acudió Leo en su ayuda.

Leo, que había sido incluido en la organización interna del campo por los camaradas, era responsable de retirar diariamente el correo. En el correo trabajaba una mujer joven y simpática con la que Leo quería entablar contacto. Había notado por su sonrisa coqueta que ella no podía resistirse al brillo de sus ojos y a su encanto atrevido.

Esa oportunidad no se podía perder –le decía su instinto– y ya fue bastante generoso al incluir a Heinrich en su estrategia de supervivencia. Era importante que Heinrich conociera a esa joven y simpática mujer.

Y logró que Heinrich participara de la próxima ida al correo. Dos figuras polvorientas emprendieron el camino al correo, con pantalones grises y abollados y camisas gastadas, y de algún modo tenían conciencia de que no era la presentación correcta para pasearse con intenciones de seducir a una muchacha. El soldado de guardia, que los arreaba delante del cañón de su fusil, no mejoraba la situación. Mucho tiempo no tendrían para ganarse a la joven.

Ese día, sin embargo, no trabajaba en el correo la mencionada joven bonita, sino su hermana más joven, que, ante la presencia de Heinrich y de Leo, sólo se abochornó terriblemente y no sabía qué hacer con sus manos ni a dónde mirar. Heinrich, que sólo después se enteró que era una hermana menor de la señorita del correo, no podía entender, por más voluntad que pusiera, qué le gustaba a Leo de una persona tan tímida, pero se trataba de sobrevivir, así que la belleza podía pasar por un tiempo a un segundo plano.

Leo, que era un tanto dormilón –una característica que Heinrich le envidiaba, porque así se ahorra los horribles ruidos matinales en la sala de dormir, de los cuales la tos todavía era de lo mejor, y los mocos y los gases lo más repugnante– y siempre recién a la noche estaba en su mejor momento, esa noche realizó largas reflexiones con Heinrich, susurrando entre los catres, acerca de cómo era mejor proceder. Llegaron a la conclusión de que tenían que dejar en claro a las hermanas que la vida de ellos estaba en sus manos y que necesitaban ayuda. Y con una convicción de sí mismos muy masculina confiaron en que esas mujeres no los dejarían en banda.

En los próximos días, Leo logró acordar la huida. Habían fijado como fecha el viernes siguiente, día en el que, en cuanto pisaran el correo, la mujer joven –la mayor de las dos hermanas– los conduciría a un pasillo trasero, donde los estaría esperando ya su hermana menor con un coche a caballo. Y así exactamente sucedió. El soldado de guardia, que había llevado a Leo y a Heinrich a lo largo del diario camino hacia el correo, aburrido, se olvidó totalmente de preguntarse qué estaban haciendo esos dos durante tanto tiempo, porque las dos hermanas habían arreglado en forma previsoramente con unas amigas para que hicieran pensar al guarda en otra cosa. Aburrido de estar esperando siempre a dos tipos mayores que para colmo hablaban en un idioma del que ni siquiera sabía cómo se llamaba, se halló muy a gusto

con las tres mujeres bonitas. Con desenvoltura le contaron que querían festejar el cumpleaños de una amiga y le insistieron para que las acompañara, diciendo que no tenían suficientes hombres para bailar.

Recién a la media hora se acordó de sus protegidos, pero el correo ya había cerrado y el cartel indicando el cierre por mediodía colgaba, como correspondía, en su lugar. En ese caso, daba lo mismo que fuera con las jóvenes a festejar y que después contara cualquier historia en el campo. Por dos prisioneros más o menos no deberían hacerse problemas.

En el ínterin, el carro de caballos con los dos hombres que, jadeando de miedo y nerviosismo, yacían ocultos bajo la paja estaba a una distancia segura del correo y del campo. La mujer joven, que finalmente se presentó alegremente como Matilde, llevaba las riendas en forma valiente y decidida, y propuso a su agitada carga hacer una pequeña pausa. Ella llevaría los caballos a los campos de maíz, los altos arbustos los ocultarían y les garantizarían protección hasta la puesta de sol. Porque sería mejor si llegaban recién al caer la noche a la casa de sus padres, que quedaba en el extremo opuesto de Pithiviers. Heinrich y Leo estaban de acuerdo con todo, y pese a su terrible nerviosismo lograron estirarse sobre las tablas de su vehículo y dormir unas horas.

Si en ese momento hubieran sabido que pasaría mucho tiempo hasta la liberación de Francia, hasta que volvieran a estar al aire libre, tal vez habrían intentado embeberse de ese verde crujiente a su alrededor y hacerse de una provisión de imágenes de nubes pasando, gaviotas chillando y barbas de maíz amarillo claras sobre las jóvenes mazorcas.

Los padres de las tres hermanas –pronto Leo y Heinrich se enteraron de que había una tercera, la menor– los acogieron con amabilidad y les aseguraron que podrían refugiarse en su casa mientras en Francia existieran los campos. Eran personas sencillas y bondadosas, que sabían qué era justo y qué no, y que también tenían el coraje para defender sus ideas, incluso arriesgando su propia seguridad. Con una risa cálida aseguraron a los dos hombres que no sólo tenían un gran jardín con mucha verdura y fruta, sino también un almacén, y que entonces siempre habría suficiente comida para todos.

Para Heinrich, en el fondo, todo eso era embarazoso, y él trataba de persuadir a sus nuevos anfitriones de que era un hombre rico, que alguna vez, cuando todo hubiera pasado, pagaría por los gastos ocasionados por Leo y él, hasta que el padre de familia con una amplia sonrisa le puso la mano en el hombro y le dio a entender que cerrara

de una vez la boca y no irritara más de lo necesario la hospitalidad francesa.

Heinrich se detiene brevemente en su relato y le pasa la mano cariñosamente por el cabello a su mujer.

“Sólo a ustedes les debo la vida, eso no lo voy a olvidar nunca, y tú lo sabes.”

Sidi está muy conmovida por sus palabras que irrumpen desde su interior de a retazos breves, a veces dolorosos, y nota por su gesticulación, por sus manos cerradas en forma de puño, tensas, que subrayan bruscamente sus palabras, lo difícil que le resulta fijar su mirada con precisión en esos años, volver a sentir el miedo y la infinita monotonía.

Bueno, ¿cómo se logra vivir escondido más de dos años? En su cobijo detrás del sótano donde se guarda la fruta, los dos hombres leían mucho, discutían sin fin. Siempre esperaban que la guerra terminara pronto. Durante el primer año las expectativas eran muy malas. Se enteraron de la colaboración de la policía francesa con los nazis, a los que daba un esmerado apoyo en el transporte de judíos desde Francia a Auschwitz. Incluso a uno de los vecinos, un campesino exaltado lo había capturado la fiebre parda, y había avisado a la policía todo lo que durante meses consideró inusual en la vida de la familia de comerciantes, y la denunció. Un día aparecieron los gendarmes delante de la puerta del pequeño almacén, agitando una orden de registro domiciliario y exigiendo el ingreso a la vivienda. Pero el registro de la casa, gracias a Dios, no dio resultado alguno, porque Leo y Heinrich estaban muy bien escondidos detrás de enormes montañas de manzanas reinetas del último otoño. Pero después tenían que ser aún más cuidadosos. En noviembre de 1942, los padres habían acogido a un tercer refugiado. Un hombre tranquilo y joven, también de Viena, al que Leo y Heinrich pronto comenzaron a tener aprecio debido a su selecto humor.

Recién en 1943 comenzaron a tener esperanzas. La *wehrmacht* alemana había sido batida en Stalingrado, y el levantamiento en el ghetto de Varsovia en abril del mismo año había mostrado que era posible oponerse a los nazis. Cuando en junio de 1944 los aliados desembarcaron en Normandía, los hombres se animaron por primera vez a volver a sacar la cabeza por una ventana, y cuando en agosto de 1944 entró a París el general De Gaulle, pudieron salir al fin de su escondite y levantar la vista sin impedimento hacia el cielo. Al fin había pasado la pesadilla.

El coqueteo de Leo con la señorita del correo, mientras tanto, se había vuelto un ardiente romance, y la tímida hermana menor, Mathilde, había comenzado a gustar de Heinrich. Este al principio no quería involucrarse, al fin y al cabo ya tenía más de cuarenta y ella ni siquiera veinte, pero comenzó a valorar su modo fino, reservado y constante con el que le daba a entender su aprecio, y finalmente, casi a amarla en cierto modo.

Y ahora, por lo tanto, es su mujer. Sidonie suspira profundamente para sus adentros. Él tuvo algunas mujeres hermosas, pero nunca había habido planes de casarse. Y ahora esta. Porque le salvó la vida. Porque él quería ser decente y mostrarse agradecido. Ella lo ama, eso es evidente. Pero, ¿él a ella?

Todos esos años, el padecimiento, la crueldad de la historia, una humillación que proviene de allí no lograron cambiar nada en la arrogancia de Sidonie cuando se trata de lo que ella llama belleza y el estar a la altura de la posición social. Mathilde no se corresponde con su idea de belleza y le hubiera gustado que su hermano tuviera algo mejor.

Una de esas noches, después de los largos relatos de su hermano, cuando su mujer Mathilde ya se ha ido a dormir, Sidonie no puede resistirse a preguntar: "¿Qué es lo que te gusta de ella?"

Él está un poco ofendido, da rodeos, sabe que esa también es la debilidad de él, y se refugia –amén de algunas explicaciones razonables sobre salvar la vida y compromiso– en el comentario de que un rostro regular es aburrido y que su mujer tiene sus propias cualidades.

Sidonie se muerde justo a tiempo los labios y se traga el comentario mordaz de que entonces él estaría de lo más entretenido. En ese punto, los hermanos nunca se entenderían. Y Sidonie, dentro de todo, aprendió lo suficiente para saber que no quiere herir y sabe cuándo hay que callarse la boca.

A Heinrich le vuelve a ir bien ahora, a casi cuatro años del fin de la guerra, se recuperó en cuanto a salud, y también en lo material está bien parado. Un gerente de confianza dirigió en su ausencia la fábrica de elaboración de cera mineral en forma ejemplar. Ahora Heinrich se puede relajar un poco, todo marcha bien y le asegura un ingreso fijo. También los saldos activos que Antal Csillag alguna vez había invertido en Amsterdam habían sido recuperados en su gran mayoría. Sólo la empresa que todavía existía en Viena y de la que Heinrich, después de la muerte del padre, se convirtió en gerente, había sido

liquidada. Heinrich había reconocido pronto la falta de sensatez de insistir en algún derecho muerto. Las acciones de Polonia y Hungría también habían perdido todo valor, pero también aquí no quería siquiera intentar discutir con los nuevos soberanos comunistas para reclamar su restitución.

Después de una semana, la alegría del reencuentro se esfumó y se pusieron en funcionamiento los viejos mecanismos de la familia. Su madre se vuelve fría y remisa, Heinrich, distanciado. Sidi, muy pronto, no soporta más. Resuelve, antes de que se eleven oscuras nubes de tormenta en el cielo del ánimo de la familia, subirse al tren con destino a Viena. Esa ciudad había sido durante tanto tiempo su hogar, esa ciudad lo volvería a ser, y es a donde quiere ir con cada fibra de su corazón.

#### NUEVAMENTE EN VIENA

Unos días más tarde, Sidonie está parada en la estación Oeste del ferrocarril de Viena, destruida por las bombas, y no lo puede creer. ¿Dónde está la estación de tren? ¿Dónde la magnífica estatua de la Emperatriz Sissi, que siempre la saludaba en el vestíbulo? ¿Dónde el león en la entrada? ¿A dónde fue a parar todo?

Cuando el tren entra rodando lentamente a la estación, siente como si se hubiera agrietado el tiempo y las imágenes de los años hubieran sido recombinadas en forma irregular. En su memoria, la partida de su madre dos andenes más allá es como si hubiera sido ayer, incluso las personas son en parte las mismas como en una obra de teatro. Porque en el andén están paradas sus amigas, con rostros resplandecientes: Grete y Muni Weinberger están allí, Sylvie Dietz y Christl Schallenberg, sólo Ellen falta, ah, cierto, está en su casa, en cama, mortificada por el dolor. Todas se ven más viejas y bastante pobres, mirando con caras grises por las ventanillas de los vagones intentando encontrar a su amiga. La guerra dejó huellas profundas en las caras y los guardarropas... Sidonie sólo espera que ella no dé la misma impresión, pero no, porque ella pasó años en un país cálido y paradisíaco en seguridad y paz. Su belleza se habría conservado mejor.

Con lágrimas en los ojos baja los dos elevados escalones. Después de nueve años vuelve a pisar suelo vienés... y por la fracción de un segundo se detiene, casi como para agradecer a sus pies el hecho de que la hayan llevado nuevamente hacia allí a través del tiempo y de los continentes.



Lo que es diferente son las cuatro patas de Petzi, que a la par de ella se posan en la nueva vieja patria.

Muni Weinberger se aferra a Sidi en un abrazo largo y fuerte. 'Ni siquiera mi propia madre me abrazó de este modo' le pasa a Sidi por la cabeza, 'pero tal vez eso no signifique nada'. Después le toca a Grete, luego a Sylvie y finalmente a Christl. Todas con la misma emoción, la misma intimidad, que hace sentir una amistad inalterada.

Hay flores para Sidi, más bien algo autóctono, que se puede encontrar, ahora, a comienzos de junio, en los jardines, margaritas, un par de rosas, espuelas de caballero.

Las amigas irán ahora a lo de los Weinberger, que ya prepararon un pequeño buffet. Muni le susurra al oído que aunque todo es muy humilde, habría un poco de champán para festejar. Y después las señoras viajan, con toda la seriedad del mundo, en el tranvía, la línea 58, a lo largo de la Mariehilferstrasse; la tarea de cargar las valijas es compartida fraternalmente. Hoy en día ya nadie tiene un auto, y tomar uno de los pocos taxis es un lujo que no se quieren dar. En el Ring transbordan al vagón D, que las lleva al 4° distrito, donde los Weinberger siguen habitando ese enorme departamento en la Schwindgasse n° 10.

Aquí, el tiempo parece haberse detenido. Sidonie se mueve con nostalgia y cariño entre los muebles tan familiares, en las habitaciones tan conocidas.

Pronto, la conversación, como en todos lados desde que está en Europa, se dirige a la guerra. Es como si la gente sólo esperara el momento de deshacerse de su carga, y de poder hablar sobre el horror con personas que lo vivieron de afuera.

Sidonie ya conoce lo que oye ahora. Lo leyó en las cartas, los ataques aéreos a Viena que comenzaron en otoño de 1944 y en marzo de 1945 cayeron en la ópera y en la catedral de Stephansdom, la llegada de las tropas "rusas", la ocupación de Viena por las cuatro potencias ganadoras.

No transcurre mucho tiempo hasta que se pasa a lo personal, a los amigos y las amigas que se acomodaron con los nazis. Grete dice que ella ya no dirige más la palabra a esa gente y que tampoco tiene la intención de volverlo a hacer jamás. Para ella, no existen más. A gente como ellos tuvo que entregar su hijo. Y Sidi se ve obligada a escuchar que el hijo varón preferido –Peter–desapareció en la guerra. No sabe qué decir al respecto, sólo piensa en el hermano y en el padre de Grete y en su entusiasmo nazi y que tal vez todos hayan aprendido algo.

De repente oye decir a Grete: "Tu Ed también tuvo sus dificultades. Fue muy astuto. Nunca estuvo en el partido y sin embargo logró

la ayuda de sus viejos camaradas. Pero ahora también esto pasó, se encuentra en una situación difícil, el señor comandante.”

Sidi siente un escalofrío por la agudeza y la amargura en la voz de Grete. Pero en realidad el oportunismo de Ed no es algo nuevo para ella.

Lo que es nuevo, viene después: “Porque enseguida después de tu partida intentó liarse conmigo. Sólo que lo hizo de un modo para nada hábil. Creo que lo que le importaba era conservar los fines de semana en Katzelsdorf. Pero yo tengo un principio de hierro: no tocar a los hombres de mis amigas. Otras no son tan estrictas en ese aspecto.”

Sidi intenta esquivar la charlatanería y falta de tacto de su amiga –que probablemente tiene que ver con su fuerte borrachera– y prefiere dirigirse a Pussy Mautner-Markhof, que acaba de entrar por la puerta. Con ella, al fin, puede explayarse con lujo de detalle sobre Cuba, los bellos años y la abundancia de la naturaleza tropical. Pronto se establece una comparación obligada con Brioni. Pero más allá de suspiros nostálgicos no quedó mucho de Brioni. Fue ganado por Yugoslavia, y ya no se puede pensar en viajar hacia allí en verano. E ir a otro lugar en el extranjero está más allá de las posibilidades de la mayoría en esa sala.

También Christl Kmunke pasa, promediada la tarde. Está tan informal como siempre, y sus agresivos besos de saludo tampoco cambiaron en absoluto. Sidi está contenta y también Petzi considera que Christl es irresistible, probablemente porque tiene tan rico olor a perro ovejero, y pronto se acomoda a los pies de la Kmunke.

Después hay un poco de charla sobre las relaciones. El tercer intento de matrimonio de Christl Schallenberg es tomado en broma, se habla en forma risueña sobre las aventuras de Grete, y también Sylvie parece tomarse los hombres más a la ligera que antes.

Se hizo tarde. Sidi quiere ir al lugar que será su primer hogar durante las próximas semanas, a la vuelta, a lo de Sylvie Dietz en la Wohllebengasse. Necesita un poco de tranquilidad, mañana será un día difícil. Sidi quiere levantarse temprano para ir enseguida a ver a Ellen. El deseo de volver a abrazar a su mejor amiga ya es casi intolerable, y el miedo de tener en brazos a una enferma de gravedad, también.

En algún momento llegaría, luego, el punto culminante absoluto, que Sidonie posterga con gran placer: el reencuentro con Wjera. Esa expectativa la mantendría erguida, como siempre lo hizo la fantasía del amor en ella. Wjera, hace años, es en sus pensamientos su único bien, su imagen interna la hace temblar, y sabe que con ese temblar se siente mucho más segura que con cualquier realidad.

El camino a Döbling a la mañana siguiente –los Ferstel se habían mudado hacía un tiempo a una gran mansión lujosa en Cottage, en la Felix-Mottl-Strasse– no le resulta fácil a Sidi. El nerviosismo le toma el estómago, la incertidumbre de lo que realmente la esperaría ya la vuelve inquieta y desconcentrada desde que se despierta. Cuando toca el timbre en lo de los Ferstel, le abre Paul, el marido de Ellen. Callado y serio la abraza y dice sólo: "Ve a verla, está atrás en el dormitorio, hoy otra vez tiene dolores tan fuertes."

Sidonie se pone su sonrisa más radiante y recorre, erguida, el camino que le describieron. En la puerta al dormitorio le sale al encuentro Ellen, a tientas. Sidonie siente como si le hubieran dado un fuerte latigazo, el shock de esa visión la sobresalta. Sus amigas la habían informado sobre el estado de Ellen; que estaba mal, que tenía muy mal aspecto, le dijeron. Pero lo que se presenta a sus ojos supera todo lo esperado con temor. Ellen parece al menos diez años mayor de lo que efectivamente es. Su boca, que sabía brillar tan maravillosamente, está comprimida del dolor; los ojos, oscuros y fatigados, las mejillas redondas están hinchadas, la nariz, que desde ya era ancha, casi deforme. ¿Dónde quedó su Ellen luminosa, cuya alegría siempre la había contagiado y cuya risa como en cascadas parecía llegar hasta el cielo? Sidi siente un caluroso ardor en los ojos cuando las amigas se abrazan largo y estrechamente, pero pronto tiene que volver en sí, Ellen no tiene que notar lo asustada que está, casi muerta de susto, ¿o asustada por la muerte?

Para el reencuentro con Sidonie, Ellen se arregló especialmente. Es evidente que quiere dar a su querida amiga la mejor imagen posible. En voz baja murmura, con las manos de Sidi todavía entre las suyas: "Estoy tan feliz de que estés otra vez aquí. Al fin... Hoy no estoy muy bien, tengo tantos dolores, pero ahora todo va a ir mejor. En un par de días vamos a pasear y a juntar flores."

Sidi le besa las manos, las mejillas, no puede retener sus sentimientos cálidos y dolorosos. Quiere hacerle bien a Ellen, quiere quitarle todos los dolores, si pudiera, sabe que no puede hacerlo y sólo la puede volver a mandar a la cama y pedirle que se cuide.

Involuntariamente recuerda la tarde en la colina de Kobenzl, hacia fines de los años treinta, no mucho antes de que tuviera que abandonar Viena. Ellen le había mostrado zonas calvas del tamaño de la palma de una mano en su cabeza y también que el cabello se desprendía por mechones con facilidad. Luego le había vuelto a crecer, pero los dolores de cabeza de los que Ellen ya entonces se quejaba se habían vuelto cada vez más graves.

Durante el almuerzo con el marido de Ellen y las dos hijas, Ruth y Lotte, Sidonie se entera de la historia completa: a veces, esos dolores de cabeza la vuelven casi loca a Ellen, entonces está tirada en su habitación sólo gritando del dolor. Después se habían agregado las contracciones espasmódicas. Una consulta médica detallada había dado como resultado que una fuerte caída sobre el hielo en los años veinte había dejado como secuela una pequeña hendidura en la cubierta del cráneo, por la que lentamente entraba aire. Si ya lo hubieran detectado en ese momento, quizás todavía se la habría podido salvar, pero después de tantos años se había vuelto imposible ayudarla. Contra los dolores, Ellen tomaba remedios cada vez más fuertes, al final morfina, que la volvió adicta y sólo podía aportar un alivio momentáneo. Recién en 1946 se descubrió la hendidura en una radiografía, y Ellen había sido operada. Esperaban que después de esa operación pudiera dejar de tomar calmantes, incluso la obligaron a realizar un tratamiento de abstinencia, pero la terrible mortificación de los dolores no cesó y desde entonces la acompañaba casi diariamente, hasta entonces.

Pero también había días sin dolor, en los que era la misma de siempre, con su sonrisa radiante y un espíritu que ponía de buen humor a todos. En esos momentos era como si la fuerza la recorriera como agua caliente a través de una cañería en desuso. Entonces se subía de un salto a la bicicleta, iba al bosque, paseaba durante horas y –si crecían en ese momento– se apasionaba buscando hongos.

Paul dice en voz baja que está muy contento por el regreso de Sidi y que deposita grandes esperanzas en sus visitas. Que, como Ellen casi no salía de la casa, y a veces no toleraba a nadie salvo a su hija menor, era muy importante, tal vez de importancia vital, que Sidi, la persona más querida de Sidi de su infancia, volviera a estar a su alrededor.

Cuando Sidonie se va después de unas horas, intuye que necesitaría mucha fuerza en el próximo tiempo y en algún remoto lugar de su conciencia también que esa fuerza tal vez ya no sirva de nada.

Wjera, sí, Wjera la va a salvar de todas estas cosas horribles, de la caída de su viejo mundo. Ya no falta mucho, sólo unas semanas más, para que llegue el momento; entonces, al fin, se reencontrarán, en algún lugar en el campo, en forma bien íntima... ya está todo acordado por correo. Esa idea consuela a Sidonie y se vuelve una medicina que toma todos los días para poder ver el mundo más luminoso otra vez.

Pero antes de Wjera aún le llega el turno a algo muy difícil: el reencuentro con Ed. Sidonie ya hace un tiempo que está de vuelta en

Viena, pero a su ex-marido todavía no lo vio. De algún modo no se dio, los encuentros acordados no se produjeron. Una vez lo canceló él, por cuestiones laborales, otra vez ella prefirió estar con Ellen. En algún lugar le parecía que después del intercambio epistolar que habían tenido acerca de Petzi estaba bien que él esperara un poco. Pero ahora el momento ha llegado.

El antiguo departamento compartido en la Weyrgasse está como siempre, sólo que Sidonie tiene la absurda sensación de encontrarse en las bambalinas de una casita de muñecas. Todo parece, de un modo peculiar, alejado, irreal. Ed no cambió para nada, se volvió un hombre viejo fosilizado en el tiempo y en sus modales autoimpuestos. Están parados frente a frente como dos extraños. Él la abraza mecánicamente, ella le da un golpecito en la espalda como por un automatismo. Petzi no quiere a Ed y se le erizan los pelos del lomo. Juntos recorren la casa, Sidi ve como a través de un largavistas invertido sus viejos muebles, se sienta en el viejo tresillo de la sala de estar, se deja servir algo para beber. Y en realidad sabe desde el primer momento que no puede vivir un minuto más allí.

En una conversación distante y rígida, Ed le cuenta de su vida en los últimos nueve años. Ella asiente con la cabeza, aparentando estar involucrada, pero en realidad lo que escucha le resulta de frase a frase más repugnante y Ed se vuelve más y más pequeño.

Había logrado quedar a cargo de la dirección del Instituto de Estadística con Imágenes durante todos los años de la guerra debido a sus relaciones y algunas jugadas evidentemente hábiles. Un miembro del partido llamado Jahn había sido nombrado gerente técnico y así era responsable de las diversas tratativas con el partido nacionalsocialista, pero Ed siguió siendo el verdadero director. El instituto, luego, por orden de arriba, fue rebautizado, esta vez como Instituto de Tecnología de Exposición y Estadística con Imágenes. Salvo Ed, que alegaba razones familiares para no poder convertirse en miembro del partido, todos los funcionarios estaban en el nacionalsocialista NSDAP.

Durante la época nazi se produjeron diversas exposiciones en el instituto, una de las mejor instaladas fue la del *Paraíso Soviético*. En octubre de 1944, probablemente ya considerando el pronto derrumbe del régimen nazi, se produjeron cambios en el personal, pero Ed Weitenegg conservó su puesto como gerente comercial.

En mayo de 1945, todos los funcionarios habían desaparecido, sólo Ed Weitenegg se había quedado. Volvió a tomar en sus riendas la dirección del instituto y reactivó la asociación que había existido entre 1934 y 1938. Esta asociación reclamó después también el patrimo-

nio del instituto. La sede de la asociación fue trasladada al Nuevo Hofburg, el instituto mismo estaba alojado en varias salas del edificio municipal Am Fuchsenfeld en Wien-Meidling.

Poco después del fin de la guerra habían regresado a Austria algunos de los empleados originales del instituto, entre ellos Franz Rauscher. Como sucesor legítimo de Otto Neurath, Franz Rauscher fundó en 1947 la Sociedad Austríaca de Estadística Económica.

Pero Ed, que a través de los años se había encariñado con el trabajo en el instituto, defendió su posición todo el tiempo que le fue posible e involucró incluso a la justicia. Se produjeron negociaciones en dos instancias, con el resultado de que tuvo que ser transferido el patrimonio todavía existente a Franz Rauscher y a su asociación. Ed Weitenegg tuvo que delegar todos los “derechos”, como decía él, a Franz Rauscher. Como contrapartida y en calidad de signo de su nueva, vieja columna dorsal ofreció su colaboración en la exposición antifascista *¡No olvidar nunca!*.

Ahora sí que Sidi siente repugnancia por él. Para darle cierto tormento le pregunta cómo le había ido, más allá de esos éxitos profesionales evidentes, en las cuestiones del corazón. Que había intentado liarse con Grete Weinberger Sidonie ya lo había escuchado de esta misma. Y puede estar segura de que Ed no diría una palabra al respecto, porque no le gustaba hablar de fracasos. Pero lo que no calla es el éxito que alcanzó con otra de sus amigas.

En los años de su ausencia había estado bastante seguido en lo de esa amiga que también tenía una bonita propiedad cerca de Viena, y se había dejado consolar por ella en las horas difíciles. A Sidonie no le cuesta adivinar de qué amiga se trata, y sus sentimientos de malestar se potencian hasta volverse casi intolerables. ¿Cómo pudo osar...? ¿Y para colmo con una mujer tan poco atractiva?

No puede resistirse a preguntar a Ed si también le había pedido a esa mujer que no se higienizara tan seguido. Esa era una de las escenas de su matrimonio que le había quedado grabada en su memoria como la más incomprensible: el pedido de Ed, de lavarse menos “allí abajo”, porque lavarse tanto influía de forma perjudicial a la irradiación erótica. ¿Había apuntalado en algo el atractivo de la otra esa acción?

Ed da unas vueltas, pero en última instancia parece no tener más una clara idea de pertinencia o impertinencia, de decencia o buen gusto. Sigue hablando animadamente contando cómo había vivido ese tiempo sin Sidi.

Sidi deja de escuchar. Realmente parece ser uno de aquellos de los que en ese momento dan vuelta tantos en Austria: los acomodaticios,

los eternos retrógrados ofendidos, los nuevos arribistas. Por cierto, no está solo, hay tantos como él, hasta en las cúpulas del Estado.

El gobierno austríaco impondrá en julio de 1949 que 550.000 nacionalsocialistas –considerados “de pasado político menos comprometido”– sean tachados de las listas gubernamentales. A muchos que ponen punto final al pasado y no dedican un solo pensamiento al Nacionalsocialismo, al que estuvieron tanto tiempo entregados, les viene muy bien. A ellos, las voces recordatorias sólo les causaban fastidio.

Había comenzado con una relativa ambición con el decreto de una Ley de Criminales de Guerra en junio de 1945. Después hubo acciones como la depuración de todas las bibliotecas austríacas de literatura nazi en enero de 1946, pero la crítica de la Cámara de Loes inglesa un mes más tarde referida a la lenta y tibia desnazificación en Austria estaba totalmente justificada, probablemente. El año 1945 fue un año de hambruna, en el que todos sólo pensaban en el próximo viaje de aprovisionamiento y la desnazificación fue víctima del gélido invierno.

A comienzos del verano de 1946, se encaró un cuerpo legal para lograr una reglamentación unificada y duradera. Todos los nacionalsocialistas debían ser registrados, y se realizaba una división entre las personas que debían ser sometidas a un castigo y aquellas que debían ser sancionadas. Los sancionables eran divididos en personas de pasado político más y menos comprometido. Entre las sanciones se preveían aumentos en los impuestos a la renta, al salario e inmobiliario.

Los aliados –que tenían que dar el visto bueno a esta ley– se encontraban divididos acerca de la evaluación de su suficiente o insuficiente severidad. Los estadounidenses y los soviéticos todavía estaban de acuerdo en ese momento y reclamaban una ley más severa, mientras que los británicos la consideraban demasiado rígida y los franceses presentaron un catálogo de enmiendas. Esta postura diferenciada de los aliados dio al gobierno austríaco la posibilidad de distanciarse del proyecto de ley y finalmente echarle la culpa de la letra y la competencia para la puesta en vigencia a las fuerzas de ocupación.

Recién en febrero de 1947, fue votada la ley por el Consejo Nacional. Otra vez el tema dominante era el hambre, y no la desnazificación.

En 1948 todos prestaron atención porque el político norteamericano George Marshall anunció un programa de asistencia para Europa. A comienzos de julio de 1948, se firmó ese programa de asistencia, pero el clima general estaba caracterizado por nerviosismo, ya que en

junio había comenzado el bloqueo de Berlín, y sólo a cincuenta kilómetros al este de Viena comenzaron a levantarse cercos de alambre de púa que en los años venideros se convertirían en una realidad histórica bajo el nombre de “Cortina de Hierro”.

Ya en abril de 1948, el Consejo Nacional –considerando las elecciones que estaban por venir– había osado votar una ley, por primera vez, para amnistiar a los nacionalsocialistas menos comprometidos políticamente.

Cuando Sidonie llega a Austria en junio de 1949, la lucha electoral se aproxima a su punto culminante. Ella ahora es ciudadana cubana y por eso no tiene derecho a votar; a diferencia del medio millón de ex-nazis, los 400.000 prisioneros de guerra repatriados y los 100.000 refugiados del este que entre tanto hablan alemán y se nacionalizaron. No habían participado de las primeras elecciones al Consejo Nacional en noviembre de 1945, pero ahora irían a las urnas y representan un gran potencial de votos. Ese millón de nuevos votantes produce grandes cavilaciones a todos los partidos, y se esfuerzan en su propaganda particularmente por esos votos. Lo importante en ese caso es adaptarse.

En la propaganda electoral, el Partido Popular de Austria (ÖVP) tiende un puente para los nazis, el Partido Comunista de Austria (KPÖ) exige el exterminio del acta regional –el acta personal de los miembros del Partido Nacionalsocialista, que entonces todavía se encuentran en el Ministerio del Interior– y el socialdemócrata SPÖ se distancia visiblemente de su propuesta del año 1946 de intercambiar todos los prisioneros de guerra por nazis. El partido, fundado recién en febrero de 1949 en Salzburgo, llamado VdU –Unión de los Independientes, el precursor del actual Partido Liberal de Austria (FPÖ)– no sólo quiere ganar los votos de los ex-nazis, sino que se ve también como única oposición a los dos partidos dominantes, el ÖVP y el SPÖ.

El resultado electoral del 9 de octubre sorprendería a todos: el ÖVP perderá su mayoría absoluta, también el SPÖ deberá enfrentar grandes pérdidas de votos, el KPÖ gana un mandato más además de los cuatro ya existentes, y el VdU llegaría a dieciséis mandatos. El ÖVP y el SPÖ reaccionarán frente a este resultado con su primer pacto de coalición y con una consolidación de la representación proporcional que recorrerá como un hilo rojo y negro la historia de las próximas décadas y finalmente terminará con el regreso de lo que entonces se reprimió.

Sidonie ya escuchó demasiado. Con rigidez se levanta de lo que alguna vez fue una mesita de café perteneciente a los dos, le coloca la



correa a Petzi, lamenta que no haya vomitado en su lugar sobre la alfombra de Ed y se va... para siempre.

En el futuro evitará el contacto con su ex-marido y así esquivará todo tipo de historias poco agradables en torno a Ed Weitenegg.

El contenido de su estómago fue lanzado luego por Petzi sobre la alfombra de Sylvie Dietz, lo que resulta terriblemente embarazoso a Sidonie y la impulsa –para no crear más problemas– a aceptar una oferta de Ellen de mudarse a su casa al 19° distrito. Ellen dice que la casa es lo suficientemente grande, que el jardín gigante seguramente será más agradable para Petzi que un estrecho departamento en el 4° distrito, y además, de ese modo, podrían pasar tanto tiempo juntas para recuperar un poco los años perdidos.

#### EN LOS BRAZOS DE WJERA

Luego, al fin, se acerca en forma inminente el día que llevaría nuevamente a Wjera Fechheimer, después de tantos años, a los brazos de Sidonie. Pero primero es necesario planificar todo bien y con discreción. Sidonie había acordado con Heinrich en París que en el futuro pasaría los veranos con la madre de ellos en los Alpes austríacos. Para esto, había alquilado, para el primer intento, habitaciones para julio y agosto en un bonito hotel en la localidad de Lofer, al pie de las montañas Steinberge. Todavía no sabe cómo hacer para tolerar a su madre, fría y complicada, durante seis semanas. Pero esta vez al menos tiene una maravillosa distracción.

Exactamente para la época en que Heinrich iría con su mujer a Lofer, para también descansar una semana, –y así estaría en condiciones de hacerse cargo de la madre– Sidi fijó sus minuciosas planificaciones. Con Wjera, que llegaría desde Munich, acordaron por carta que se encontrarían, por así decirlo, en el medio, en la localidad de Golling en el Valle de Salzach. Se proponen pasar un fin de semana entero juntas. Después de cierto titubeo, Wjera asintió a la propuesta de Sidonie, pero espera de la amiga discreción absoluta. En Golling, Sidi alquila estando todavía en Viena dos habitaciones en una agradable hostería, y todo está preparado. Ahora sólo hay que soportar dos semanas a mamá.

En realidad, a Sidi le viene bastante bien estar sola con su madre. De ese modo es más fácil tolerarla, porque esta no puede estar constantemente refiriéndose a sus preferidos, los hijos varones. Porque la madre, al parecer, sigue olvidando la existencia de su hija en presen-

cia de los hijos varones. Cuando están solas no le queda otra opción que entenderse con Sidi, y esta hace –como siempre– lo que puede.

Bueno, con una mujer mayor, maniática de las golosinas, en parte esto es muy sencillo. Sidonie, que ya en su juventud mimó a su madre con flores, chocolate y besos en la mano, cuenta nuevamente con el efecto de las cosas finas y comestibles. Compra las golosinas preferidas de la madre; antaño eran lenguas de gato de chocolate, ahora Emma Csillag se pasó a los dulces “espolvoreados”: pequeñas láminas redondas de chocolate espolvoreadas con minúsculos puntitos azucarados rojos y blancos. En términos generales, el modo más fácil de ganarse a mamá, a esta altura de su vida, es apelando a los placeres culinarios, y así se convierte por horas en una persona tranquila y amable. Por eso Sidi se acostumbra en Lofer incluso a la tosca comida de la hostería campestre y va, un par de veces a la semana, con su mamá al restaurante Am Platz, donde hay sopa de albóndigas de sé-mola, el plato preferido de su madre.

Esos catorce días pasan volando, la expectativa de ver a Wjera hace que Sidi pueda sobrellevar con ligereza todas las indirectas hirientes, todos los enojos injustos de su madre. A comienzos de agosto de 1949 viaja con el autobús del correo a Golling. Incluso Petzi tiene que quedarse para que el reencuentro de las dos mujeres tenga lugar sin ningún tipo de estorbo.

Sidonie llega antes que Wjera y se instala primero en la pequeña pensión en las afueras de la localidad, directamente al pie del Hohen Göll. Inmediatamente está fascinada de la bonita casa, típica de fines de siglo, en blanco y gris claro, con balcones de madera y persianas blancas y verdes. Aquí pasarían unos días agradables. Como después de deshacer el equipaje Wjera todavía no llegó –lo cual de hecho hubiera sido imposible, porque su tren recién entonces está llegando a Salzburgo– Sidi se sienta debajo de los tilos y abetos junto a la casa. Por más que disfruta del nerviosismo y la expectativa en su corazón, apenas puede soportar la tensión. Inquieta, fija la mirada en el angosto sendero de arena que conduce a la casa a través de una gran pradera. De allí llegaría Wjera, el kilómetro desde la estación del autobús del correo hasta aquí lo tiene que hacer a pie.

Después de más de una hora de espera, aparece un puntito a lo lejos y lentamente se convierte en una figura, una figura alta y delgada, en una mujer con vestido de verano... sí, es Wjera. Su visión hace que Sidonie se levante del banco y se ubique al borde de la sombra de

los árboles. Con emoción y extrema atención observa cómo se acerca Wjera. No ha perdido ni un milímetro de su postura, piensa, y su corazón palpita a grandes velocidades en pulsos calientes y potentes. Qué delgada y sencilla se la ve. Una mujer bella y seria, con la mirada hacia el suelo, coloca tranquilamente un pie delante del otro, con un vestido de verano sencillo y de flores pequeñas, zóquetes blancos y zapatos firmes encima, un liviano saquito de lana sobre los hombros y una pequeña valija de cuero en la derecha. Los años la hicieron regresar completamente a su esencia, a una belleza y claridad que le quita el aliento a Sidi. Entonces, Wjera levanta la cabeza y descubre que hace tiempo que es observada desde la protectora sombra de los árboles. Se detiene, deja caer la valija, y después todo es fácil: las dos mujeres corren la una hacia la otra, se abrazan, a medias riendo, a medias llorando, y se remolinean de un lado a otro.

Han pasado más de diez años, y sin embargo ni un momento. Sidonie toca el cabello de Wjera, deja posada su mano por un instante y con delicadeza en la nuca, está feliz, tan infinitamente feliz como no lo estuvo hace una eternidad. Wjera está radiante y exclama en voz baja: "Es un regalo que vuelvas a estar aquí, que estés sana y salva aquí..."

Después se dirigen, enganchadas del brazo, a la casa. A la tarde, antes de la puesta de sol, vuelven a hacer un pequeño paseo a la cascada de Golling, y en los imponentes bloques de piedra al borde de un gran pantano, donde el murmullo del agua casi anula las palabras dichas y les quita gravedad, Wjera cuenta de sus últimos años.

Wjera había sobrevivido la guerra en Munich, pero su marido había muerto poco tiempo después del fin de la guerra por las secuelas de su internación en el campo de concentración de Dachau. Sus suegros habían perdido la vida en forma desgarradora en Theresienstadt. Además, su madre—todavía durante la guerra, en Viena—había sufrido un ataque cardíaco; esta increíble acumulación de horror y dolor, Sidonie la conocía a través de las escuetas cartas enviadas por Wjera a los EE.UU.

Pero ahora les toca el turno a los detalles, que convocan a las lágrimas de las dos mujeres una y otra vez, tanto en función de narradoras como de oyentes.

Ya en 1935, el matrimonio Fechheimer se había mudado de Nuremberg, con seguridad una idea salvadora, porque en esa ciudad, relativamente pequeña, no hubieran sobrevivido así al Nacional-

socialismo y la guerra. El anonimato de Munich había hecho que muchas cosas fueran más fáciles de tolerar. Sus suegros se habían mudado recién en 1939 a Berlín, con su hija, que estaba casada con un aristócrata, que se había ocupado con todo su amor de su mujer y los padres de esta. Pero a fines de 1942 tampoco el noble linaje del yerno pudo preservar a las dos personas mayores de la deportación a Theresienstadt. En aquel entonces, él activó todas sus relaciones y le prometieron que sus suegros serían tratados bien. Sólo que, como es sabido, también el supuesto “buen” tratamiento de los nazis llevaba a las personas mayores y algo enfermas a una rápida muerte.

En total, en Theresienstadt fueron internadas más de 141.000 personas. De estas, 88.000 fueron deportadas a un campo de exterminio en Polonia y allí, en su gran mayoría, asesinadas. Alrededor de 33.500 personas fallecieron en Theresienstadt de “muerte natural”. Cuando el Ejército Rojo liberó el campo el 7 de mayo de 1945, apenas había 17.000 con vida, los suegros de Wjera hacía tiempo que ya no estaban entre ellos.

Hans Martin Fehcheimer, en un primer momento, estaba protegido por su matrimonio con una “no-judía”, por su –en términos nazis– “matrimonio mixto privilegiado”. Y hasta 1940 no se había notado demasiado la amenaza, pero desde entonces comenzó a empeorar, cada vez era más peligrosa la situación. Los nazis echaban mano de todo lo que se podía quitar a judíos y judías, y por supuesto también tenían interés en los departamentos y el inventario de los propietarios judíos. Con ayuda de amenazas y medidas legales que las acompañaban, obligaron a los algunos miles de judíos y judías, que después de 1938 todavía vivían en Munich, a mudarse a lo que denominaron “casas para judíos”. Estas casas existían en la Goethestrasse, Ainmillerstrasse, Galeriestrasse, Hohenzollernstrasse y en la Maximilianstrasse. Sus departamentos eran confiscados y arianizados.

Un delegado del director regional había echado el ojo concretamente a la hermosa vivienda de los Fehcheimer en Bogenhausen, pero el contrato de alquiler estaba a nombre de Wjera, y los nazis, al final, prefirieron no proceder en contra de una “aria”.

A la población judía también se había exhortado que construyera su propio asentamiento judío en Milbertshofen, pero las personas que eran obligadas a ir allí eran deportadas en su totalidad. A fines de 1942, Munich contaba sólo con 645 ciudadanos y ciudadanas judíos, más de la mitad de los cuales estaban protegidos por sus matrimonios con parejas “arias” de la deportación... provisoriamente. Los nazis

redujeron aún más ese número en enero de 1943, lo que fue aprovechado como motivo por la dirección regional para festejar que Munich estaba “libre de judíos”.

Después de la derrota en Stalingrado y la acción de los hermanos Scholl y sus amigos en marzo de 1943 –habían lanzado volantes contra el violento régimen nazi en un pozo de luz de la universidad– las chicanas se habían vuelto más graves y algunos hombres judíos del círculo de conocidos del matrimonio Fechheimer habían sido arrestados por la Gestapo. Hans, desde entonces, no había salido más de su casa. Pronto comenzó a tener problemas con los pulmones. Una enfermedad infecciosa que se contagió lo tuvo gravemente en vilo, las estrechas condiciones de vida le quitaban literalmente el aire. Pero el matrimonio no se animó a abandonar la ciudad sin una autorización y exponer a Hans a mayores riesgos; pese a que tal vez el aire fresco de la montaña lo hubiera salvado. Por eso, Wjera siempre viajaba sola al campo, pero no precisamente para disfrutar del aire aromático, sino con el intento desesperado de conseguir alimentos fortificantes para su marido en el comercio clandestino.

Cuando, en el verano de 1944 su madre sufrió el ataque al corazón, había viajado, desgarrada por el miedo, a Viena. Pero Helene Rothballer pronto salió del peligro de muerte y estaba bien cuidada, y comprendía perfectamente que su hija quisiera regresar rápido para estar con su marido, que corría peligro en todo sentido.

Las alfombras de bombas que eran lanzadas sobre toda Alemania crecieron en cuanto a su intensidad. A través de los que se animaban a escuchar noticias del extranjero, el matrimonio Fechheimer sabía que los aliados se dirigían desde Francia e Italia hacia Alemania, y ya comenzaba a respirar con alivio: pronto terminaría la guerra.

A partir de 1945 se había vuelto prácticamente imposible tener contacto con la familia o con amigos en otras ciudades. Hans y Wjera estaban encerrados. Wjera se preocupaba infinitamente por su madre en Viena, porque escuchaba acerca de las bombas que caían sobre la ciudad, y del Ejército Rojo que avanzaba hacia la ciudad y, en abril de 1945, la alcanzó y ocupó.

A comienzos de febrero de 1945 fue que sucedió –la guerra estaba prácticamente perdida para la Alemania de Hitler pero la maquinaria nazi seguía impulsando la rueda del exterminio de los judíos europeos. Los últimos hombres y mujeres judíos de Munich que quedaban recibieron la orden de presentarse ante la Gestapo. Hans y Wjera discutieron durante mucho tiempo y finalmente decidieron ignorar simplemente la orden. Y todo hubiera salido bien si un nazi particular-

mente fanático del vecindario no hubiera denunciado a Hans y la Gestapo no hubiera aparecido en su casa en forma sorpresiva para buscarlo, literalmente, en el último momento. Wjera intentó impedirlo, se interpuso en el umbral de la puerta, gritó y argumentó que no podían llevarse a un hombre enfermo y débil, pero la Gestapo no sabía lo que era tener consideración: empujaron a Wjera contra la pared, pasaron junto a ella y abandonaron con Hans la casa.

Después de una noche de insomnio, Wjera se animó, al día siguiente, a ir al cuartel central de la Gestapo para averiguar lo que había pasado con su marido. Tuvo que soportar que lanzaran sobre ella una avalancha de los peores insultos y partió sin lograr nada. Estaba completamente desesperada y no sabía qué hacer. Subiendo la escalera, ya en Bogenhausen, cuando ocultaba su cara empapada en lágrimas contra la pared en el descanso de la escalera, se le cruzó en el camino una vecina que siempre la había saludado amablemente. Estupefacta acerca del aspecto de Wjera le preguntó qué había sucedido. Wjera dejó de lado toda la desconfianza que se había encarnado en esos años, y desahogó su corazón.

La vecina resultó ser una gran ayuda. Ya pocas horas después tocó la puerta de Wjera y le trajo novedades sobre Hans. Todavía estaba en la Gestapo, pero pensaban trasladarlo en los próximos días al campo de concentración de Dachau. Y esa misma vecina también había averiguado quién había denunciado a Hans y le prometió a Wjera encarsarse con ese hombre miserable.

Wjera nunca tenía el coraje para preguntar cómo obtenía la información su auxiliadora, pero estaba profundamente agradecida de tener una buena persona que se ocupara de ella.

En su próxima visita al cuartel general intentó sobornar a los funcionarios de la Gestapo con algunos tesoros artísticos valiosos, pero siempre la rechazaban. Ya nada servía de nada. Al menos, sin embargo, le permitían entregar paquetes con alimentos para Hans y también se enteró de que él los había recibido.

Hans, de algún modo, logró quedarse en Dachau y no ser enviado a una de las marchas de la muerte. Estuvo ahí cuando a fines de abril de 1945 el ejército de los EE.UU. liberó el campo. La vecina solícita con las relaciones especiales organizó también su huida del campo, que por una epidemia de tifus exantemático se encontraba bajo cuarentena. Pero pese al tratamiento médico inmediato –su tuberculosis había empeorado en el campo– toda la ayuda llegó demasiado tarde. Dos semanas después de haber abandonado Dachau, Hans Fehheimer murió.

Para Wjera se derrumbó un mundo. Tantos años había ayudado a su querido compañero con coraje y temeridad frente a los nazis a través de los momentos más peligrosos, y ahora le habían quitado la vida en el último momento.

Pero ella casi no había tenido tiempo para hacer duelo. Su dolor gigantesco tuvo que condensarse en su interior hasta tomar la forma de una pequeña mancha oscura, comprimirse del todo, porque la próxima carga estaba en puerta. Sólo por su amargura y sus repentinos ataques de odio contra todos los que habían pasado esos años con complacencia, se daba cuenta de que ese dolor estaba allí. Porque después de la muerte de su marido había viajado inmediatamente a Viena, bajo las condiciones más difíciles –la mayor parte del trayecto la había hecho a pie, porque los pocos trenes que todavía andaban estaban repletos–, para estar con su madre gravemente enferma. Eso, en los últimos cuatro años, exigió su total dedicación y la consumió por completo. Desde ya que era difícil ocuparse de enfermos, pero en un tiempo de necesidades y carencias era mucho más costoso. Incluso con dinero o mercaderías de trueque era imposible conseguir todo. Por fuerza de la necesidad, en el ínterin se había convertido en una buena comerciante, y más de una joya antigua la ayudó a conseguir las cosas necesarias para su madre.

A esta altura, casi se hizo de noche, un frescor húmedo las alcanza desde la cascada y se posa en forma de fina película sobre la piel. Wjera se queda en silencio, se limpia las gotitas de agua y las lágrimas de la cara, y Sidonie comienza a maldecir esa terrible Europa, esa terrible Austria y el padecimiento infinito que constantemente le sale al encuentro como un latigazo.

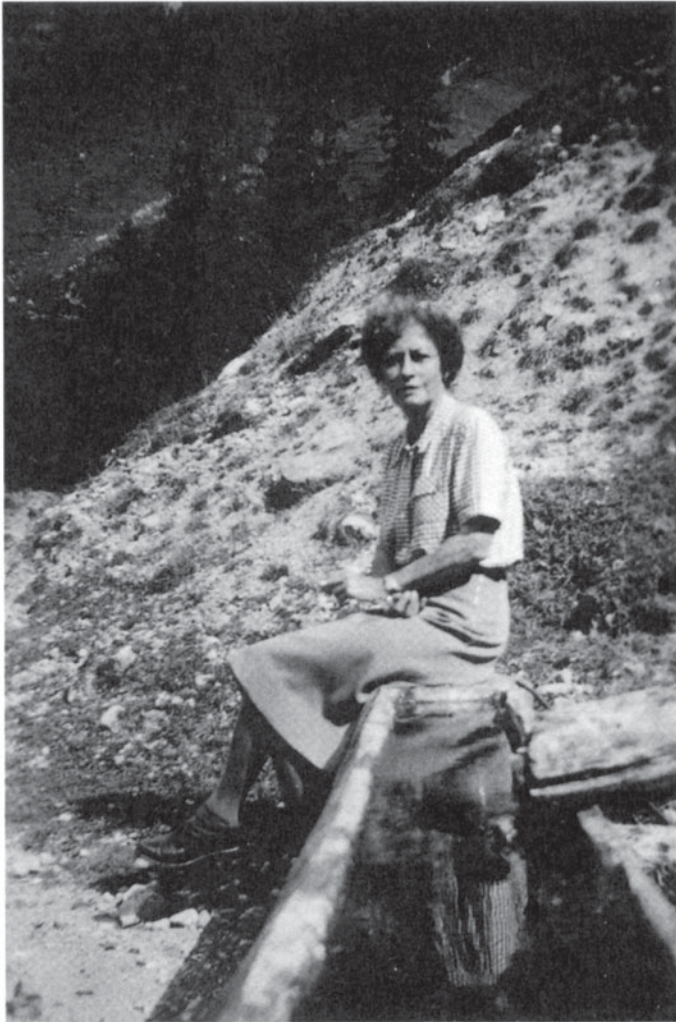
Si sólo pudiera ayudar a Wjera, protegerla a posteriori, reparar todo un poco. Con mucha delicadeza toma la mano de su amiga, la hace levantar y la abraza entrañablemente.

En estrecho abrazo, ambas regresan en la oscuridad a la pensión.

Lo que sigue en los próximos días supera todo lo que Sidi pudo imaginarse en los años de las fantasías y los sueños. Es como si el cielo se abriera e inundara a las dos mujeres con felicidad, alegría, levedad y deseo. Wjera se volvió blanda y suave, llena de amor y de la capacidad de abrir su corazón. Vivió lo peor y ahora quiere ser feliz, al fin degustar la breve vida. Las convenciones y la moral aparente que hace veinte años todavía se lo impedían, hoy no cuentan más.



Sidonie no sabe qué sucede con ella. En las noches, tormentas de deseo la llevan al insomnio, y mira con ojos ardientes hasta la madrugada a una mujer delante de sí que se entrega, que la desea, que deposita en sus manos lo más profundo de su ser.



Wjera Fechheimer en Golling, 1949



También de día todo lo emprenden juntas. Las dos amantes caminan mucho por la naturaleza, suben a los prados y bosques para que nadie las moleste, y poder recuperar los años en conversaciones, en silencios compartidos, en miradas silenciosas. Es como si estuvieran afinadas en el mismo tono, como si vibraran juntas como una cuerda. Sidi siente que sus ojos y su corazón rebalsan, al punto de que a menudo no puede seguir hablando. En esos casos, sólo la puede ayudar la pequeña máquina fotográfica con la que pretende capturar el hechizo de Wjera. Wjera con vestido de verano, Wjera junto a la fuente de agua, Wjera sobre el césped, Wjera en la cima de la montaña, Wjera delante de la pensión, Wjera en el ocaso... y siempre sus ojos cálidos, cariñosamente burlones, y sus cabellos indomables. Sidi no trajo en su equipaje tantos rollos para registrar todo eso.

Lo que se planeó como un fin de semana se convierte finalmente en diez días, el breve encuentro en un viaje de bodas, y ambas mujeres saben –por el momento lo saben– que son la una para la otra y que será para siempre.

Y sin embargo, en las horas entre la noche y el día, cuando Sidi está demasiado revuelta para poder dormir, cuando mira como embriagada la espalda desnuda de Wjera y sus rulos oscuros entre las almohadas, la atrapa el miedo. ¿Cómo hará para poder conservar a esa mujer, a la que lleva hace muchos años en el corazón, que era y es todo para ella? ¿Cómo puede soportar tanta realización de tantas cosas maravillosas?

Siente un nudo en la garganta. De repente sabe que el enamoramiento, ese amor salvaje y anarquista del comienzo, también es un terrible estado de angustia. Se siente pequeña, insegura, insuficiente. Y lo que más la mortifica es ese pequeño y venenoso espasmo que siempre, tarde o temprano, surgió de su interior: su aversión a la sexualidad. Ahora todavía le despierta fascinación cada redondez del cuerpo dormido de Wjera, ahora la intensidad de sus sentimientos puede superar también la sensación de extrañeza ante los suspiros de Wjera, su humedad, su desvanecimiento. ¿Pero qué pasará en un mes, en seis meses? ¿Cómo, por el amor de Dios, podrá conservar a Wjera sin defraudarla profundamente...?

La separación después de diez días resulta difícilísima. Se ponen de acuerdo en encontrarse de vez en cuando en Viena, donde Wjera, a causa de su madre enferma, de todos modos viaja con frecuencia; por lo demás, en un primer momento todo queda abierto, a merced de la certeza de los sentimientos y la incertidumbre de la espontaneidad.

## LA MUERTE DE ELLEN

La rutina de Sidonie en Viena, comparada con esos días maravillosos en Golling, es más bien triste. Acababa de mudarse a lo de Ellen, en el 19° distrito. Y ese tiempo –casi un año– que pasará junto a Ellen es un tiempo de la cercanía, pero también un año en el que Sidi tiene que ser testigo de los padecimientos cada vez más insostenibles de Ellen. La única luz en esa época tanto para Ellen como para la “tía” será la nueva nieta. Las hijas de Ellen están casadas las dos, y Ruth, la mayor, está embarazada y espera su primer hijo. Cuando llega el momento del parto, Ellen le pide a Sidi que acompañe en su lugar a Ruth al hospital. Y Sidi está firmemente decidida de ser el mejor sustituto materno que uno se pueda imaginar. Pero con lo que no contó es que su aversión a todo lo físico también se erigiría aquí en forma de obstáculos insuperables a su alrededor.

Sidi sencillamente no puede tolerar la situación en la sala obstétrica y se hunde en un lamento constante porque le da tanta pena la pobre Ruth con sus dolores de parto. Esto, a la vez, pone tan nerviosa a Ruth que le pide a Sidi que por favor se vaya a casa de una vez, para que ella se pueda concentrar en paz en sus dolores y no que se tenga que preocupar, además, por una tía sobreexcitada. Sidi acepta con mucho gusto esa exhortación, no sin advertir a Ruth antes que se tome un poco de tiempo, para que el niño pudiera nacer el día de su cumpleaños número cincuenta.

Pero la alegría por el nuevo ser terrenal –una beba encantadora– no dura mucho. Ellen, debido a los dolores insostenibles, casi pierde la conciencia, y Sidi se entrega cada vez más al cuidado de su amiga, lo cual, sin embargo, la vuelve tan infeliz que planea abandonar pronto el hogar de los Ferstel.

Durante ese tiempo se vuelve testigo y destinataria de una historia de Ed poco apetitosa, que se relaciona con el ama de llaves de los Ferstel. Esta es muy amiga de Lina, el ama de llaves de Ed Weiteneegg, y un día, en un té de mujeres, le lleva rumores a Sidonie.

De un día al otro –cuenta– apareció la primera familia de Ed Weiteneegg. La primera mujer de Ed se había mudado, después del divorcio de Ed, con la pequeña hija de ambos a Hungría, a lo de su segundo marido, un conde húngaro. Ese hombre se había muerto, y la hija, entretanto de treinta y un años, estaba casada y tenía dos hijos chicos. De repente, los cinco aparecieron delante de su puerta –ella lo había encontrado buscando en el registro de direcciones de Viena– y le solicitaban que los alojara.

Después de algunas semanas, la primera mujer de Ed había encontrado alojamiento en lo de una vieja amiga, y la hija Hanna junto a su familia iba a mudarse a Kärnten, a casa de amigos.

Pero Hanna está tan contenta por el trato con su padre recuperado que posterga la partida una y otra vez, y también Ed encuentra muy incitante la presencia de su hija, una mujer joven, bella y vital. Un día, el marido de Hanna le da a esta un ultimátum: o se van la semana siguiente juntos a Kärnten o él toma los niños y viaja solo.

Pero Ed quiere conservar a Hanna, cada vez le gusta más volver a dominar sobre una pequeña familia. Aprovecha la situación y se acerca a su hija algo de más.

La que tampoco aprecia la nueva situación es la empleada doméstica de Ed, Lina, que ahora, después de años de ser la amante, tiene que pasar a la segunda fila. Sidi siempre había sospechado que Ed, en su ausencia, tenía relaciones con Lina. Siempre le pareció, simplemente, ridículo y falto de gusto, y también le hubiera dado lo mismo si esa Lina no fuera tan chismosa. Incluso había escrito cartas a Sidonie en Cuba, revelando detalles que, al parecer de Sidonie, hubiera sido mejor que se los guardara para sí. Y cuanto más tiempo se queda Hanna en la casa, más celosa se pone Lina.

Cuenta que el trato de Ed con Hanna va mucho más allá de los límites de una relación normal entre padre e hija. Y que, por esa razón, pronto se verá obligada a realizar una denuncia al respecto, pero que todavía no lo había hecho porque Ed, ese hombre viejo y solitario, le daba pena.

Todas las damas presentes en el té femenino de los Ferstel están indignadas y les parece grotesco que Hanna prefiera la compañía de su padre y que deje solo al propio marido con los dos hijos pequeños. Pero lo que las irrita mucho más es que una persona de la "servidumbre", una mujer tan desleal, cuente semejantes atrocidades. Piensan que no se puede conservar a una persona así y por diversas vías le recomiendan a Ed –en lugar de denunciarlo– echar a Lina.

Sidonie vuelve a sentir asco –como tantas veces– y se felicita por su decisión de no tener más nada que ver con Ed. Y quiere, de una vez por todas, acabar con eso.

Le pregunta a su hermano Heinrich si sigue enviando los pagos mensuales que antes eran habituales y le pide, cuando este contesta afirmativamente, suspenderlos inmediatamente. Ese acuerdo se había convenido todavía antes de la guerra, y a Sidi le parece que es hora de romper con eso.

Esto irrita a Ed Weitenegg. No pasa mucho tiempo hasta que Sidi recibe una llamada de su ex, furioso, que la interroga en tono imperioso sobre qué pasó con los pagos y si ella se había retractado.

Sidi contesta, disfrutando la respuesta: “Sí, me retracté. No es necesario que también financemos tus asquerosidades.”

Él intenta intimidarla con su modo acostumbrado a dar órdenes, lo cual, sin embargo, deja fría a Sidonie. Entonces pasa al ruego, pero la decisión de Sidi no tiene vuelta atrás.

Al final, ya sólo dice, lloroso: “No hay más personas decentes en el mundo.”

“No, tú eres la única.”

Esa respuesta está bien asestada, y el capítulo de Ed Weitenegg, así, queda definitivamente cerrado.

El festejo de fin del año 1949 es un cambio de año lindo y lleno de esperanzas, comenzaría una nueva década y con ella la esperanza de que tal vez, por fin, el horror de la guerra y sus consecuencias de a poco pasarían a un segundo plano. Tal vez las negociaciones que en ese momento realizaba el gobierno austriaco con las cuatro potencias acarrearía pronto un acuerdo. El levantamiento del bloqueo a Berlín en mayo había dado a todos nuevas esperanzas.

El año de la nueva década que comienza parece promisorio en sus primeros meses. También en el último de los viejos a todos les estaba yendo notoriamente mejor. Ya había una pequeña oferta de mercadería, se reparaban las estaciones y las construcciones en la Ringstrasse, se volvían más fáciles los viajes dentro de Austria y también al exterior, y tal vez pronto habría algo así como un tratado con los aliados. Pero entonces, en junio de 1950, habría de estallar la Guerra de Corea, y así comenzaría una importante modificación en la situación en Austria. Se produce una escasez a nivel mundial en el mercado de materias primas y alimentos, que desde ya estaba ajustado, y una reducción de las ayudas financieras estadounidenses. Los precios en Austria suben, la tasa de inflación en alimentos alcanza entre un treinta y un cincuenta por ciento. Las negociaciones sobre el retiro de las tropas aliadas de Austria se paralizan, y en septiembre comenzarían las primeras protestas públicas masivas en contra de la suba de precios.

Cuando Sidonie festeja en lo de los Ferstel el fin de año, nada de eso se puede percibir todavía. Tal vez también porque a la familia, en términos financieros, le sigue yendo bastante bien. Hay un menú de año nuevo comparativamente principesco, con un magnífico solomi-

llo de corzo –que los Ferstel consiguieron de unos conocidos a los que les gusta cazar– y después una bomba de helado de frambuesa, que –bien a la antigua– había sido revuelta durante horas por la cocinera y finalmente enfriada entre bloques de hielo en la despensa; los tiempos de heladeras en todos los hogares todavía no se inició. En el vecindario, incluso vuelan algunos fuegos artificiales aislados al cielo nocturno, Ellen hoy no tiene dolores, y su viejo resplandor regresa por un par de horas. Besa y abraza a todos sin cesar, como si quisiera regalar generosamente su amor mientras esto sea posible. El mundo parece estar en orden, y el sueño que los conduce al 1° de enero de 1950 está lleno de esperanzas.

A fines de invierno, a comienzos de febrero –los días grises en Viena han repercutido, como todos los años, en el ánimo de todos–, Wjera propone, una vez que está allí nuevamente, que sería lindo darle la espalda a la niebla de la ciudad por unos días e ir un poco en busca de sol.

Sidi llama por teléfono a sus mejores amigas, Grete Weinberger y Sylvie Dietz, porque al fin y al cabo era importante que ya esté asegurada una buena ronda de bridge para las tardes largas después de la puesta de sol, y acuerda con ellas un destino que les resulta alcanzable e interesante a todas las señoras.

Eligen la localidad de Maria Taferl, que queda en la ladera sur del Wachau, por su buen aire y su hermosa vista. Wjera se ocupa de todo: los pasajes para el viaje, así como la reserva de habitaciones en Maria Taferl, por supuesto en una pensión que también acepte perros, porque Petzi, el gran competidor secreto de Wjera, también vendrá.

Un soleado día de invierno, las señoras toman el tren que recorre la orilla del Danubio y avanzan como trotando, acompasadas, por la orilla izquierda del Danubio a través de la Wachau –ya libre de nieve– hasta Marbach. Han decidido, como auténticas peregrinas, subir a pie por la montaña desde la estación de tren que queda junto al Danubio hasta el santuario.

No hay mucho movimiento, las grandes corrientes de peregrinos siempre llegan recién en verano, y sólo los más piadosos o los lugareños visitan a la “Virgen Milagrosa” en ese día de invierno, para rezarle por convención o para olvidar las preocupaciones cotidianas.

El almuerzo se toma en el restaurante más bonito del lugar, después Sidonie, Wjera, Sylvie y Grete pasean por las terrazas de las colinas sobre el Danubio. Es un día radiante, bien en lo profundo debajo de

ellas se retuerce en curvas plateadas el Danubio. Los campos están marrones y yermos, los árboles deshojados liberan la vista al espléndido panorama de la cadena prealpina cubierta de nieve. Pero el tiempo cambiaría. En el oeste ya se levantan montañas de nubes gris oscuras y lilas que por la noche, probablemente, traerán nieve.

Después del paseo comienza casi la parte principal del día: la partida de bridge compartida. Las damas se sientan en una confitería, ordenan torta de Linz y desempacan las cartas. Todas son jugadoras buenas y comprometidas, y las horas pasan como volando. Las cuatro mujeres ya no son las más jóvenes: Sidonie tiene cincuenta, Wjera un poco más, Sylvie y Grete algo menos. Así como están sentadas aquí en la confitería de un lugar de peregrinación archiconservador, Sylvie con un sombrerito verde tirolés, Sidi con una especie de turbante en la cabeza, y jugando a las cartas, pueden parecer para los que las ven de afuera la encarnación de la decencia de la vieja Austria.

Quién podría intuir que unas horas más tarde Sidi vivirá en los brazos de Wjera su amor compartido. Sylvie y Grete lo saben, pero son discretas y callan como una tumba.

Al día siguiente llegó la nieve desde las oscuras nubes, y las mujeres marchan con sus abrigados zapatos forrados de piel por la localidad el mínimo tiempo necesario para poder decir que fue un paseo. Petzi está fascinado y se abre camino, con la nariz, a través del blanco esplendor. Sidi está monosilábica, sólo se ocupa del perro, Wjera está tensa y no logra dirigir hacia sí la atención de Sidi con la exclusividad que desea. También en el cielo de la relación de las dos aparecen nubes oscuras. Después de la próxima batalla de bridge, que dura horas, ya ha pasado el fin de semana, las cuatro mujeres tienen que regresar a la mañana siguiente a Viena y Wjera prosigue su viaje hacia Munich.

A fines de la primavera de 1950 fallece la madre de Wjera, y después de terminar los trámites ya no tiene más obligaciones que la llevarían a Viena. También el juicio para la restitución de propiedades arianizadas a la familia Gutmann está terminado. ¿Qué otra cosa reuniría ahora a Sidi y su amada que no fuera una declaración de su amor? Wjera parece estar dispuesta a esto. Le promete a Sidi pasar una buena parte del verano con ella y su madre en las montañas de Salzburgo o del Tirol.

Sidi se siente tironeada entre un profundo sentimiento de felicidad y el miedo de terminar consumida por intentar cumplir con las obligaciones reales para con su madre y las imaginadas para con su amada.

En agosto, finalmente, la dos se encuentran junto al lago Walchsee. La madre se aloja a unas habitaciones de distancia en una habitación simple, Sidonie y Wjera este año se atreven a tomar una doble.

Pero, por primera vez, se producen malestares más profundos entre las dos. A diferencia de Marie-Louise, que estaba embobada con Petzi y se ocupaba de él con alegría, a Wjera le molesta que Sidonie le preste tanta atención al perro. A veces realmente se enoja y le exige a Sidi que por favor encuentre a alguien que se pueda ocupar por unas horas del animal para que ellas puedan estar solas. Sidonie se siente presionada, a la vez atrapada y con la conciencia sucia, porque Wjera tiene razón. Sidonie mete todo su miedo a la intimidad, su pánico de fracasar con Wjera y de perderla en un extremado cariño hacia el perro. Cada vez más esquivo las oportunidades de estar cerca de su amada, inventa alguna excusa, cuando comienza a haber algún atisbo de cariño físico y sexualidad. Llega al punto de que sale a caminar con Petzi tarde a la noche recorriendo media orilla del lago, aduciendo que este lo necesita, mientras Wjera se queda, humillada y bañada en lágrimas, en la pensión.

Al tener que dar explicaciones, dice que no quiere arrepentirse de nada en su convivencia con Wjera, pero que lamentaría estar sin Petzi. Wjera se siente tocada, se siente poco importante y expuesta. Al fin y al cabo se entregó de todo corazón a una relación que durante muchos años no fue siquiera concebible y que aún hoy sigue estando fuera de toda norma de su estrato social. Ha arriesgado mucho por Sidi y quiere recibir amor a cambio y poder estar segura. Pero Sidi parece disiparse en otra dirección, como un fantasma cada vez más impreciso.

Se producen fuertes confrontaciones, en las que Petzi se convierte en icono de deseos de intimidad y dolor. Wjera reprocha a Sidi que simplemente hace demasiado aspaviento alrededor del perro, que más bien sería tratado como un amante y no como un animal doméstico. Pero en cuanto la conversación se dirige a ese tema, Sidi primero se encierra en sí misma, luego se larga a llorar y finalmente sale corriendo totalmente obstinada.

Un día, Wjera planta a Sidi ante la alternativa: o el perro o ella. Sidi no se queda pensando mucho... no, en realidad no se pone a pensar y abandona, ofendida, el lugar seguida de Petzi.

El resto de las vacaciones transcurre en un doloroso y dramático ir y venir entre deseos amorosos y miedo infinito de ambos lados. Sidi está desesperada, piensa sin cesar en Wjera, en un momento quisiera tirarse al lago, en otros colmar a Wjera de regalos, abrazarla y olvidar todo. Presa del pánico ve convertirse en realidad lo que temió desde un comienzo y así contribuyó a crear: Wjera la abandonaría.

También al regresar a Viena, el drama continúa. Wjera regresa a Munich, con el reclamo aún en pie de establecer una relación estable, Sidi todavía no se decidió. No puede comer nada y fuma demasiado. Está contenta de que al menos los cigarrillos ya no son una mercadería en escasez, porque de lo contrario hubiera estado en problemas.

Después viene el gran golpe. Wjera le envía a Sidonie una breve carta, en la que le comunica que no la quiere ver más. Dice que esperó demasiado, amó demasiado intensamente, lloró demasiado. Ahora le pide a Sidi que por favor tome distancia de todo, que no le envíe poemas o flores, que la deje en paz.

Sidi está anonadada, su mundo se resquebraja y se aparta de ella... sucedió lo peor. Deja pasar un mes. Después se atreve a realizar otro avance. Wjera, que está otra vez en Viena por motivo del vaciamiento de la casa de su madre, vive otra vez en su pequeña pensión en el distrito Innere Stadt. Sidonie apuesta todo a una carta y se dirige allí, con el ansioso deseo de poder hablar con Wjera, mirarla rápidamente a sus ojos claros, poder tocar sus cabellos salvajes y ser feliz por un momento.

Sube las escaleras y golpea con el corazón acelerado la puerta de Wjera. Cuando se da a conocer, la puerta no se abre y ningún abrazo la espera. En su lugar, sólo se oye un cansado “¡Por favor, vete!”.

Sidi está estupefacta. Su amada ni siquiera le abre la puerta, la echa con todo su dolor, le niega la conversación. ¡Qué ejercicio del poder, qué humillación! Se siente minúscula y puesta al descubierto. Empapada en lágrimas desanda todo el camino de la pensión hasta el 19° distrito a pie. Ahora no puede sentarse en algún lugar, tiene que caminar y llorar y caminar más rápido. Recién al llegar a su casa comienza a sospechar lo grande que tiene que ser la herida de Wjera, y qué grande entonces su amor que tiene que obrar así, que tiene que realizar ese profundo corte de forma tan definitiva.

Y sin embargo... las dudas, el dolor salvaje y la ira irrumpen en Sidi como las tormentas de otoño que recorren la ciudad. Wjera nunca la amó, sólo jugó con ella y –lo que menos le perdona– la dejó marcharse, simplemente la dejó irse sin una palabra. Con incredulidad tiene que aprender a aceptar esto, que para ella es lo peor de todo, como un hecho en las próximas semanas.

No oye nada más de Wjera. Supuestamente ha vuelto a abandonar Viena en forma definitiva en dirección a Munich. Sólo una vez más, después de muchos meses, se vuelve a contactar con Sidi. Y es un nuevo ataque al corazón dolido de Sidi: quiere que le devuelva todas las cartas. Con decepción amarga, Sidi mete sin cuidado todo el papel



que transportara tanto amor en un gran sobre. Cuando el empleado del correo le estampa el sello de un golpe, decide furiosa que en ese momento se cierra en forma definitiva un capítulo, se arranca a Wjera del corazón, lo cual no logrará jamás.

De a poco, el dolor se vuelve más desgastado y el recuerdo más pálido. Lo que queda es, detrás de todo ese fracaso y dolor, un amor profundo que se desprende como un folio envejecido de la realidad no existente y perdurará en el tiempo en forma de reliquia en el museo del amor no vivido hasta el fin de la vida de Sidi.

Después de varios años pinta para ese museo uno de sus mejores retratos: Wjera, que mira, sin estar afectada por el tiempo, con sus ojos claros y límpidos y la boca sensible, hacia el futuro del mundo.

Mucho tiempo después, en una visita a Munich, Sidi abre, siguiendo una vieja costumbre, la guía telefónica y recorre como antes los nombres con F con el dedo, pero ni siquiera ese rastro, esa caricia lejana le quiere dar Wjera. Sus datos están borrados, y tal vez incluso su rastro en este mundo esté borrado.

Al poco tiempo del fin con Wjera, Sidi también deshace otros vínculos. No puede soportar más dolores y no quiere ver a Ellen en su etapa de decadencia. Le parece mejor abandonar la casa de Ellen. Como nuevo alojamiento, cada vez más modesto y provisorio, se busca un pequeño subarriendo en la Hasenauerstrasse en el 18° distrito. Una pequeña habitación bajo techo bastaría, una cama, un cajón, un par de viejas alfombras que pudo sustraer a Ed... eso es todo. De todos modos está cerca de su amiga y la visita casi día por medio. En esas horas se ocupa con total entrega de Ellen y a veces es la única persona, la única medicina que puede tranquilizar un poco a Ellen.

Para Navidad de 1952, Sidonie llega al mediodía a su casa en su guardilla, cuando de repente suena el teléfono. El marido de Ruth, la hija mayor de Ellen, la llama. Sidonie quiere disimular el tartamudeo de él y el asombro de ella y pregunta rápido cómo le va a Ellen ese día.

Él sólo dice: -Falleció hoy a la mañana.

Después viene pronto el chofer de los Ferstel, pasa a buscar a Sidonie que se puso mecánicamente un traje negro y la lleva a la mansión familiar. Allí se entera cómo fue la muerte esperada y sin embargo tan repentina. Su Ellen querida, radiante, ya no soportaba más. Ella que sabía lo que es la libertad y la alegría y el placer en la vida, había hecho uso de su última libertad. A la mañana, después de que todos abandonaran la casa y la cocinera estaba haciendo las compras, arrastró

el colchón desde su cama hacia la cocina, cerró todas las puertas, se acomodó en la esquina junto al horno y abrió la llave de gas.

Ahora está de cuerpo presente. Cuando Sidonie va a verla, la embarga una paz profunda. Una sonrisa suave que trae de regreso su brillo está posada sobre el rostro de Ellen. Ella vuelve a relucir, regresó a su verdadera naturaleza, y Sidi sabe que hizo lo correcto.

Después de las ceremonias del entierro, Sidonie pierde otra vez esa tranquilidad y certeza, sólo le queda una herida grande, que produce un dolor sordo. La pérdida de Wjera la hizo envejecer, pero la pérdida de Ellen le robó sus raíces, su último resto de pertenencia.

Lo que sigue a esto son los años más oscuros en la vida de Sidi. Maldice esa época, esa terrible Europa que no le deparó sino destrucción y pérdida y que se enorgullece de una cuestionable reconstrucción que a ella no le significa nada.

Todo le resulta espantoso, se le vuelve una tortura. Cuando la luz de la mañana entra a su guardilla –no importa en qué época del año– desea que estuviera oscuro para que hubieran pasado todos esos días y sólo hubiera un largo final del día, que le resulta más tolerable que toda esa activa luminosidad.

Se arrastra con esfuerzo a través de los meses y los años y no sólo una vez piensa en seguir el ejemplo de Ellen. Pero ya lo intentó tres veces en su juventud, y nunca lo logró... evidentemente no es ese el camino que le está reservado para partir de esta vida, y además ahora ya no tiene el valor suficiente.

Con desconfianza y aversión observa el estado de la sociedad. Ya no le gusta nada. La música, las películas del cine, la moda, la embriaguez consumista de los años cincuenta le resultan repugnantes. Todo es tan barato, tan superficial, de plástico, hecho para las masas. Toda exclusividad, individualidad y elegancia han desaparecido para ella. Probablemente también porque ya no se puede dar esos lujos. La rica y malcriada Sidonie Csillag se ha convertido en una mujer empobrecida y desclasada, que –con presencia y elegancia, pero también con gran esfuerzo– tiene que extender la pierna hasta donde llegue la manta, y esta se achicó mucho.

Cuando mira el espejo –lo cual evita, tanto que con frecuencia cubre ese pérfido trozo de vidrio con un paño– ve una mujer mayor con líneas profundas alrededor de la boca, que puede sonreír menos aún que antes. Los abundantes cabellos grises, que se resisten tanto al peinado anterior, blando, atado hacia atrás con ondas, finalmente se los corta.

Sidonie comienza en esos años un estilo de vida que conservará hasta el final: se vuelve nómada. Si su mundo se vino abajo, ¿por qué ella debería echar raíces? No alquila un departamento para ella –lo cual no era nada raro considerando la escasez inmobiliaria, en total faltaban en 1950 unos 200.000 departamentos en Viena–, de modo que nunca tiene hogar propio, sino que vive subarrendando o con amigas. A veces tiene un lugar propio para cocinar, pero la mayoría de las veces no, porque igual prácticamente nunca lo utiliza: no toma café ni té, sino sólo agua fría, para el desayuno come yogur y fruta. Como mujer sola no tiene motivos para hacer reuniones, sino que prefiere salir. Con frecuencia es invitada en su círculo de amigas a almorzar, y si se cita con alguien, va a un restaurante.

Una o dos veces intenta sacar una parte de las propiedades, de las que su sentido de la justicia le indica que le corresponden, del hogar antes compartido con Ed. Pero como se topa con un muro impenetrable cuando lo intenta, finalmente se resigna por completo. A sus amigas y amigos sí les cuenta algo. El marido de Ellen está tan indignado por la postura de Ed que mantiene con él una conversación en que le hace cambiar de opinión. Después de esa acción tan decidida, Ed finalmente larga algunas cosas.

Le devuelve a Sidi una parte de los muebles, los cubiertos de plata y piezas de aquel famoso servicio de mesa de la actriz Katharina Schratt, que su padre le había comprado como regalo de bodas en una subasta en el Dorotheum. Pero el juego de plata y el de mesa pronto van a parar de regreso al lugar de donde salieron, porque Sidi necesita dinero. Eso es más urgente que la posesión de objetos que ya no le sirven.

Cuando este dinero también se gastó, le vuelve a tocar el turno de trabajar. Como siempre se resistió a aprender una profesión, ahora sólo puede realizar actividades que aunque las domina en parte bastante bien nunca las ejerció profesionalmente. Durante un tiempo lo intenta como representante comercial: intenta vender libros y vino. En su angosta habitación subarrendada comienzan a apilarse como en un depósito grandes cajas. Pero Sidonie no tiene talento para presentarse en público y tratar de convencer a personas extrañas, que no conoce y que por propia voluntad nunca querría conocer, para que compren algo. Por esa razón, pronto vuelve a abandonar esta actividad.

Algunas de sus amigas le piden luego que les enseñe a sus nietos los idiomas que se vio obligada a aprender a la perfección en los últimos años. Según las necesidades, Sidonie enseña entonces inglés, francés o español. Lo hace porque aprecia a sus amigas y a los niños, pero sufre

debido a su perfeccionismo y el hecho de que, según su opinión, no domina suficientemente las reglas de las gramáticas respectivas.

Una de sus amigas, en esa época, la sorprende una vez por casualidad cuando está pintando. Como le gusta mucho lo que ve le propone a Sidonie que pinte retratos para ganar algo con eso. Sidonie ciertamente no está equipada del mejor sentimiento de confianza hacia sí misma en lo que se refiere a sus pinturas, pero necesita dinero con urgencia y deposita su esperanza en ojos inexpertos entre sus conocidos. Dentro de todo funciona la propaganda boca a boca en esos círculos, y pronto Sidi tiene más encargos de lo que quisiera. Su intermediario principal en la primera época es el marido de Ellen, que tiene una función directiva en la industria azucarera de Austria. Le pide a Sidi que retrate a todos los directivos de la rama. Y como la mayoría están muy emocionados por la calidad de los cuadros y por la sorprendente similitud, esto sigue atravesando el círculo de conocidos y amigos y las generaciones. Durante noches, Sidonie se martiriza revisando los detalles de sus retratos por encargo. Es importante que la perspectiva sea la correcta, que los ojos estén los dos a la misma altura... todo eso no es tan simple. ¿Y qué pasa si los colores no gustan? A veces destruye un cuadro a medio terminar por la ira y la desesperación y comienza otra vez del principio. Para relajarse, de vez en cuando, regresa en sueños a Cuba y pinta desde el recuerdo escenas que vivió allí.

De a poco, su pintura de retratos se convierte en una fuente de ingresos suficiente, que le da un poco de estabilidad y seguridad a Sidonie. Pero esas sumas nunca compensarán el sufrimiento por su terrible perfeccionismo. Y lamenta tener que hacer algo profesionalmente que hasta entonces sólo había hecho por diversión. Así se había escapado otra alegría de su vida y había ingresado otra obligación.

Lo único que todavía la puede conmover en esos oscuros años cincuenta después de todas las pérdidas es su gran amor por un animal, su perro Petzi. En él depositó y concentró todo lo relacionado con los sentimientos, a él puede amar sin correr riesgos y puede disfrutar de su alegría y su confianza. Petzi, ya desde comienzos de los años cuarenta, es su compañero más importante y la acompañó a lo largo de todos esos años. Es listo, bueno y poco complicado. Ni siquiera el cambio de Cuba a Viena fue un problema para él. Y también al invier-no se acostumbró de forma ejemplar, el que fuera perro de la calle de La Habana. Sólo el hecho de que en su nueva patria, Viena, tenga que

usar correa y bozal es algo que molesta al perro como a la dueña. Entre las amigas de Sidi, en parte, es temido, porque a algunas no las quiere y sabe gruñir de forma poco amistosa. Si entonces uno se le acerca demasiado o durante el almuerzo se pisa la clara punta de su cola debajo de la mesa, uno tiene enseguida sus dientes en las pantofoillas. Pero Sidonie defiende ardientemente a su cuadrúpedo y reprueba a sus amigas, hasta que ellas comienzan a hacer una cuidadosa curva alrededor del perro.

Ahora Petzi está viejo. Ya hace catorce años que acompaña a su dueña por el mundo. Ahora se vuelve cada vez más fatigoso. Está gordo y ya no puede mover tan rápido sus patas, muchas veces está desgastado y come mal. Sidonie, al comienzo, no lo quiere reconocer, pero un día lo lleva a un veterinario, por consejo de Sylvie. Después de un examen minucioso, este llega a la conclusión de que Petzi sufre de todo lo que puede tener un perro viejo. Dice que está lleno de tumores, y que estos son tan grandes que ya sólo es una cuestión de tiempo hasta que los órganos dejen de funcionar. Mientras no tenga dolores no hay necesidad –dice– de tomar ningún tipo de medidas, pero que si comenzaban los dolores era mejor dormirlo. Sidi está horrorizada y ya no puede reprimir más el hecho de que lo que más ama pronto le será quitado.

En la primavera de 1955, Sidonie vuelve a mudarse por un tiempo a lo de Sylvie Dietz en la Wohllebengasse. El 4° distrito sigue siendo la zona de ocupación de las tropas soviéticas, y al llegar a Viena Sidi ya tenía grandes reparos en vivir allí. Pero desde la muerte de Stalin en marzo de 1953, los “rusos” habían perdido algo de su horror, el hombre venidero en el Kremlin, Nikita Kruschov, parece ser más conciliador y sabe ganarse la simpatía de la gente.

Diariamente, Sidonie atraviesa la Schwarzenbegplatz, que oficialmente sigue llamándose Stalinplatz, y pasa por la sede del Consejo de los Aliados, que está alojado en la Casa de la Industria.

En mayo al fin llega el momento y los deseos y esperanzas de miles de ciudadanos y ciudadanas austríacos se cumplen: se terminaron las negociaciones del Tratado de Estado y ya está listo para ser firmado. Sidonie, como en el caso de todos los acontecimientos políticos en su vida, se convierte más por casualidad en testigo de un enorme festejo delante del palacio Belvedere, porque justo salió a pasear con Petzi. En el fondo todo eso le da lo mismo y sólo se enteró porque en las últimas semanas no se habló de otra cosa. Lo único que le quedó en la memoria y que le causa

cierto malestar es que se quitara la cláusula de corresponsabilidad en el Tratado de Estado. Sidonie está indignada de que las personas que son corresponsables de la expulsión de ella y de su familia, del horrible padecimiento por doquier en su círculo de amigos, ahora queden con las manos limpias.



Sidonie con Petzy en 1955

Por esa razón, entonces, el 15 de mayo, al borde de una masa que festeja, que le recuerda, con escalofríos, a los festejos de masas de otra época, no se puede alegrar del todo. Y después tampoco con la reapertura del Burgtheater en octubre, el retiro de los últimos soldados aliados, la primera función en el Teatro de la Ópera en noviembre de 1955.

Será el intento de una sociedad para regresar a su "viejo" mundo, pero ella sabe que ese viejo mundo ya no existe. Tantas de las personas que para ella eran parte de ese mundo y lo hicieron posible ahora están muertas, y sin ellas, este mundo está inerte y rígido.

Sidonie, hace un tiempo, responde siempre a la misma rutina. Ahora trabaja como institutriz del hijo del embajador francés, una ocupación que en realidad le resulta fácil porque aprecia mucho al muchacho. Durante el día se dirige a la residencia de la embajada y a la tarde regresa lo más rápido posible con Petzi, para salir a pasear con él. En uno de esos recorridos alrededor del Schwarzenbergpark, Petzi de repente desapareció. Sidi se preocupa muchísimo y corre alrededor de la Fuente de chorro alto, llamándolo en voz alta por su nombre. Cuando el perro al fin llega corriendo hacia ella, está tan contenta de que todavía esté en condiciones de correr tan bien que no lo castiga. Pero Petzi, al parecer, no se recupera más de esa excursión. Sigue una noche terrible en la casa de Sylvie, en la que Petzi está cada vez más enfermo y más débil. Cuando a la mañana apenas si puede sostener la cabeza y no puede controlar ninguna de sus funciones corporales, Sidi resuelve, con un peso en el corazón, llamar al veterinario. Cuando este pincha la jeringa en el pelaje de Petzi y el cuerpo del perro se vuelve blando e inerte en sus brazos, siente como si a la vez le extrajeran de un corte una parte de su interior.

Pese a todas sus pasiones, pese a todos sus amoríos intensivos y dolorosos con mujeres, no había experimentado nunca esa dimensión. Es un dolor profundo el que experimenta en las próximas semanas, que le quita el aliento y que también pronto es superado y terminado.

Ese ser, que nunca le hizo mal, que siempre vivió con ella con simpatía, confianza y una vitalidad irrefrenable, ya no existe. Sidonie está abandonada, ya nadie está a su lado, ni una persona ni un animal, y eso quedaría así por muchos años.

## Capítulo XI

### *Monique*

Río de Janeiro, 15 de abril de 1972

Si tuviera algún rincón para mí sola tal vez realmente intentaría escribir un libro. ¿No le gustaría aparecer en ese libro (ya sea bajo su verdadero nombre, ya sea bajo uno que yo le daré)? El libro estaría dedicado a usted. Por encima de todo pienso en la posibilidad de escribir mis memorias, y estas estarían conformadas por tres grandes partes: mi primer gran amor, mi segundo gran amor y ¡mi último gran amor!

Cuando Sidonie escribe estas líneas, en Río ya es de noche. El Pan de Azúcar clava su punta de color violeta oscuro en el cielo, y las miles de luces de la ciudad se reflejan en las olas del mar. Desde las ventanas de la habitación de Sidonie es posible ver uno de los panoramas más hermosos del mundo. Pero ella no tiene ojos para eso cuando escribe a Monique. Puntualmente, el día quince de cada mes, acerca la silla al escritorio que queda junto a la ventana, abre su pequeña máquina de escribir portátil y escribe cartas a una mujer que vio un par de veces muchos meses atrás, a miles de kilómetros de distancia. Después, Sidonie se fue a vivir al Brasil.

Cartas a una mujer que es una generación más joven que ella, madre de un hijo adulto y pareja de un adinerado dueño de un castillo y viticultor del campo francés. Estas cartas –una sucesión de antiguos tipos de letras, estampadas a presión a través de una cinta en proceso de desteñirse– sólo son breves resúmenes de las cadenas de pensamientos ininterrumpidas que Sidonie envía diariamente plena de enamoramiento y obsesión a través del Atlántico.

Poco antes de la Navidad de 1970 había sido alcanzada por el rayo. Durante una estadía en París estuvo invitada en lo de los Costa,



un matrimonio de diplomáticos franceses, con el que la unía una estrecha amistad desde su temporada en Bangkok a comienzos de los años sesenta.

Estaban sentados en el salón, delante del hogar a leña, en una de esas infinitas recepciones o cenas que los diplomáticos se ven obligados a ofrecer constantemente, manteniendo una conversación acorde a las pautas de la sociedad. De repente había entrado una mujer a la habitación que inmediatamente capturó la mirada de Sidi. Una persona delgada, alta, con un traje de seda color crudo, pantalón ajustado, parte de arriba sin mangas, pañuelo sobre los hombros. ¡Con qué elegancia y coquetería sabía moverse entre los invitados! Aquí una sonrisa encantadora, allí un gracioso giro con la cabeza que hacía que sus largos rulos rubios liberaran la nuca con suavidad, allí otra vez un roce casi imperceptible con su hermosa mano sobre un brazo, un hombro, otra mano. Tenía conciencia del impacto que producía y ponía en escena su aparición, era la actriz principal. Las mujeres de los diplomáticos enmudecían de envidia, sus hombres y Sidi contenían la respiración ante tanta belleza, ante tanto impacto.

Recién al despedirse, Sidonie había podido hacer contacto con la desconocida, que resultó ser prima de la dueña de casa. Le había dado la mano, había ronroneado con voz suave y erótica *au revoir, à bientôt* y después igual había seguido hablando. Cuando luego, por segunda vez, para despedirse tomó la mano de Sidonie entre las suyas, esta estaba perdida.

El fuego de la pasión, que en todos esos años desde que había perdido a Wjera no había sentido más, que incluso ya creía perdido para siempre, se volvió a prender con la imagen de esa mujer. Y desde entonces, Sidonie, septuagenaria, no puede pensar en otra cosa que en la elegante Monique, de unos cincuenta años, que despertó sus sueños y volvió a encender las imágenes en su interior.

Ahora, entonces, está sentada, meditabunda, junto a su escritorio brasileño, de fondo la noche con todos sus sonidos tropicales, mordisquea el bolígrafo con el que acaba de poner “Sidi”, a trazos irregulares, al final de la carta, y vuelve a traer a la memoria por centésima vez los detalles del primer encuentro con Monique. Ya hace cuatro meses –desde diciembre de 1971– que se encuentra en Río de Janeiro. Había aceptado una invitación de los Costa de acompañar al matrimonio a su siguiente misión diplomática al Brasil, para allí ocuparse del pequeño hijo de estos y ser dama de compañía.

Sidi había aceptado porque en algún momento, después del fin de la estadía en Brasil, la esperaba el cumplimiento de la promesa de que podría quedarse con los Costa, mudarse al castillo de la familia en el sur de Francia y así estar siempre cerca de la adorada Monique, que vivía en una propiedad vecina y se ocupaba de los viñedos de su compañero de vida.

Pero ahora el tiempo parece transcurrir en forma infinitamente lenta, en pequeñas gotas viscosas, que martirizan a Sidi y le amargan la estadía o, en el mejor de los casos, la vuelven indiferente. A pesar de que sus condiciones de vida son más que agradables. Se acaban de mudar de la residencia de la embajada a un elegante departamento en uno de los barrios de categoría de Río. El departamento queda en el barrio de Leme, y desde su ventana, en el piso doce, Sidonie tiene vista a la bahía de Guanabara y al Pan de Azúcar. El personal doméstico se ocupa de todo, y la vida transcurre con la levedad y los gustos refinados que Sidonie conoce de épocas anteriores.

Sin embargo, por el momento no logra disfrutarlo. Siempre se vuelve a retirar, abandona recepciones diplomáticas y otras ocasiones temprano para encerrarse en su habitación y viajar a Europa en sus fantasías.

Así pasa Sidi muchas noches pensando en Monique y escribiendo cartas. Y en realidad le está profundamente agradecida a esa mujer, sin que ella hubiera hecho nada al respecto o siquiera pudiera tener la mínima sospecha de los sentimientos de Sidi. Sidi nuevamente erigió un pedestal sobre el que ubicó a una figura que puede adorar, que le facilita la existencia y le permite volver a percibir su propia vitalidad. Adora la embriaguez —echada de menos durante tanto tiempo— de los sentimientos, por poco realistas que sean, y adora la adicción de los pensamientos incesantes.

Entonces, cuando Sidi —en las silenciosas horas nocturnas encima de Río— pasa revista de su vida de los últimos quince años, tiene que decirse que fueron años difíciles, tal vez también tan difíciles por el hecho de que no hubo pasión. A Wjera ya la había perdido a comienzos de los años cincuenta, y desde entonces, su corazón había sido un paisaje yermo para con la gente. Después de que se quebrara su amor a Wjera, durante muchos meses había tenido que luchar consigo misma para no volverse loca. Con disciplina férrea había encadenado su interior para no pasarse de la cuerda, para no dejarse caer del mundo. Pero después había venido una etapa que era peor que la anterior, en la que casi hubiera deseado que regresara el dolor claro y ardiente. Tuvo que reconocer que la tristeza no se podía conservar. Todo el amor, todo el dolor se diluyó en un enorme y vacío silencio, que pre-

sentaba como ridículo e infantil todo lo precedente. Y ese silencio enmohecido, que volvía a ubicar todo en la mediocridad de una terrible normalidad, le había robado todas las ilusiones. Wjera nunca más sería Wjera.

Los años cincuenta en Viena, ya casi no los había soportado. La provinciana decencia en Austria la ponía furiosa, su propia pobreza era humillante. Ya no se sentía más libre. Hasta que a comienzos de los años sesenta se abrió una vía de escape a la que se aferró, como un náufrago a una tabla.

### TAILANDIA

En 1960, Sidonie recibió una oferta tentadora. Su amiga Ruth, la mayor de las hijas de Ellen Ferstel, casada en segundas nupcias con un diplomático neerlandés, le preguntó si tendría ganas de ir con ellos por tres años a Bangkok. Porque a esa nueva misión le gustaría llevarse a una persona de confianza que pudiera darle una mano cuando la necesitara. En tanto esposa de diplomático estaría demasiado ocupada con funciones representativas para hacerse cargo como correspondía de su pequeña hija. Sidonie, en tanto la amiga más íntima de la casa desde hace años y tía ideal, podría ser un poco sustituto materno o de abuela para Andrea y a la vez llevar ella misma una vida confortable en un maravilloso país exótico. Y no sería un servicio por amor al arte, sino que incluso le podría pagar un sueldo.

Sidi no lo pensó demasiado tiempo. Esa última década se había posado sobre ella como un velo gris y plomizo. La lista de las derrotas se había vuelto demasiado larga para volver a repasarla. Los acontecimientos positivos los podía contar con una sola mano. Su amiga Jeanette de Cuba, que ahora vivía en París, la iba a visitar de vez en cuando a Austria y la mantenía al tanto de las novedades y de buen humor con cartas durante su ausencia, era uno de estos pocos rayos de luz. Y después había un pequeño coqueteo con Elisabeth, una mujer joven de Rotterdam, que había conocido en Kitzbühel y que sabía cómo adicionar de vez en cuando algo de alegría a la vida de Sidi. Pero eso era todo.

Por eso muchas veces había sopesado la posibilidad de regresar a lo de sus hermanos en Cuba. Pero Fidel Castro y la Revolución cubana que en 1959 no sólo tuvo en vilo a la isla azucarera sino al mundo entero, le resultaban un horror. Por esa razón, incluso había depuesto su nacionalidad cubana y había adoptado nuevamente la austríaca.

Luego, después de 1961, estaría contenta de no poseer un pasaporte de un estado comunista.

Tailandia pondría punto final a todas estas reflexiones, a todas estas no-decisiones poco entusiastas, determinadas por la necesidad pecuniaria.

Su hermano Heinrich y la mujer de este no estaban para nada contentos con los planes de Sidonie. En todos esos años desde su regreso de Cuba, Sidonie había pasado el verano con su madre en las montañas austríacas. Sólo durante esos dos meses, Heinrich y su mujer tenían una vida independiente y un poco de tiempo para sí, porque durante todo el resto del año tenían que cumplir los deseos de una mujer mayor, que se volvía cada vez más difícil. Si Sidi ahora se iba, no tendrían ni siquiera esos dos meses, y la tiranía de Emma Csillag se concentraría exclusivamente en Heinrich. Pero Sidonie ya no podía ni quería tomar eso en consideración.

Pronto todo estaba preparado, las valijas estaban hechas. La embarcación de los Países Bajos había reservado pasajes de barco –sólo el marido de Ruth se les sumaría luego por avión–, y Ruth y Andrea ya habían viajado a Rotterdam. Sidi aprovechó la oportunidad para realizar un breve intervalo en París, para saludar a su familia y a Jeanette. Después siguió a Rotterdam, para ver a Elisabeth y finalmente embarcarse con Ruth y con su pequeña hija hacia Tailandia.

Desde su emigración, Sidonie amaba los viajes en barco. El mar azul que parecía infinito le daba siempre la sensación de independencia ilimitada, y también esta vez se quedó preponderantemente en cubierta. Según el clima, envuelta en una manta o con un traje liviano de pantalones, se sentaba en una cómoda tumbona, leyendo o con la vista perdida sobre las crestas de las olas y el balanceo de las gaviotas de mar. La travesía pasaba por el Canal de Suez y luego se dirigía con breves estadías en Adén y Colombo al Sudeste asiático. Después de un mes, las tres llegaron, descansadas y acostumbradas a las temperaturas más elevadas, a Tailandia.

Cuando Sidonie, Ruth y Andrea pisan tierra en Klong Toey, el puerto de Bangkok, los ojos no salen de su asombro. Ya al ingresar a la bahía del puerto, su enorme barco de pasajeros –el último enclave de estilo y vida europeos– estaba rodeado de una densa multitud de pequeños botes de madera, en los que hombres delicados y delgados, con torsos desnudos y coloridos trozos de tela sobre la cabeza en calidez de turbantes protectores del sol, transportaban montañas de mer-

caderías de los alrededores hacia tierra firme. Desde plantas de bananas, montañas de batatas, hasta arroz o pescado fresco de brillo plateado no faltaba nada, y los que conducían los botes remaban con gran habilidad a través del enjambre de las demás pequeñas canoas, remolcadores o algunos grandes buques de vapor.

Después de bajarse de a bordo, las tres pasajeras se subieron a un bote más pequeño, que realizaba el servicio de traslado entre el puerto y las orillas de Bangkok y transportaba cantidades de personas diariamente río arriba.

Después de su arribo, Ruth, su hija y Sidonie se instalaron en una gran casa con jardín en el barrio de las embajadas de Bangkok. La residencia era una casa chata, una construcción nueva con todo el confort. Una gran terraza techada, sostenida por columnas lisas, y una enorme sala de estar contigua con puertas altas y con vidrios eran el corazón de la casa, donde la familia y Sidi pasaban la mayor parte del tiempo, si no se encontraban en el jardín tropical que, circundado por un alto muro exterior, ofrecía sombra y frescor. Pronto se compraron toda una serie de animales. Dos grandes perros claros –mezcla de pastor alemán– un gato, un gallo y tres monos gibones –Chico, Benjamin y Hexi– pronto se acomodaron sin solución de continuidad a las circunstancias y a su vida inesperadamente paradisíaca. Dos empleados recorrían día y noche la casa, dispuestos a servir, y garantizaban que la rutina transcurriera sin sobresalto alguno.

Por la mañana no había que levantarse con apuro. Según el clima, Sidonie y Ruth tomaban juntas el desayuno en el jardín bajo dos grandes bananeros o en la veranda. A los animales, la oportunidad de conseguir alimento también les resultaba muy interesante y se ubicaban en filas alrededor de las mujeres: los perros en el suelo, los monos sobre los respaldos de las sillas. Ruth, luego, se tenía que ocupar de la organización de las tareas del hogar, arreglar con la cocinera el menú del día y si estaba previsto un cóctel, una pequeña cena informal o una gran recepción. Mientras tanto, Sidi se ocupaba de los animales. Con entrega peinaba y cepillaba a los perros, les sacaba con ayuda de los monos las pulgas del pelaje o los llevaba, si era necesario, al veterinario. Pero la mayor atención y amor se las dedicaba a los monos, y entre estos, el pequeño Chico, el gibón con el pelaje más claro, cuya oscura carita estaba rodeada como por una pequeña y luminosa corona de piel, se convirtió indudablemente en el favorito de Sidi. Al comienzo todavía era un bebé y ni siquiera sabía trepar. Eso conmovió los instintos de Sidi e intentó reemplazar a la madre para el monito. Lo ayudó durante sus primeros intentos de treparse, en los que coloca-

ba los largos y delgados brazos del mono con sus negras manitos alrededor de un tronco y empujaba con suavidad su parte trasera, o dejaba que él se colgara de su cuello y lo llevaba durante horas de un lado a otro. A menudo, también se quedaba sentado a su lado sobre el banco o en su regazo y pescaba, atrevido y veloz, comida del plato, lo cual disparaba en Sidi una risa encantada y bonachona, mientras que Ruth se refería con cierta acidez a los bichos que esos animales traían constantemente a la casa. Pero Sidi no se dejaba desanimar por eso, después de comer tomaba una palangana, la llenaba con agua caliente con jabón y fregaba al pequeño mono en el jardín hasta que estuviera limpio.



Sidonie en el jardín en Bangkok en 1961

Entre las tareas y diversiones de Sidi se encontraba también las visitas conjuntas al mercado con Ruth. El esplendor de colores de la mercadería ofrecida –ya fueran alimentos o artesanías– siempre la volvía a maravillar.

Al mediodía, Sidonie generalmente pasaba a buscar a Andrea por la escuela. Sidonie, aunque entretanto había aprendido a manejar, prefería que la llevara un chofer. En Bangkok ya entonces, además de los *rickshas* de bicicletas –que a Sidonie no le gustaba tanto utilizar, porque le resultaba embarazoso ver a un hombre resoplando, esfor-

zándose por arrastrar el peso de ella— también existían los llamados *tuk-tuks*, vehículos pequeños motorizados que se movían con un olor aventurero y el ruido de un motor sobreexigido y atormentado. Pero igual se avanzaba rápido, en forma barata y con cierta comodidad y además siempre se tenía la ventaja de que traía consigo adicionalmente una visita por la ciudad.

Cuando Ruth estaba ocupada a la tarde y a la noche, Sidi se ocupaba de Andrea y se esforzaba sinceramente por ayudarla en sus tareas para el hogar, lo que a Andrea le resultaba completamente innecesario y aburrido, porque pronto se había convertido en la mejor de su clase y en una excelente alumna. En términos generales, la muchacha pensaba que su vieja tía postiza en ese momento era más bien cargosa, temía a su autoridad y no comprendía su vida —que le parecía alejada en años luz— y sus peculiares y aburridas diversiones como jugar a las cartas, hacer rompecabezas o pintar. Prefería mil veces pasear con sus amigos y amigas y no le gustaba que una tía vieja le diera instrucciones.

Los compañeros y modelos de las “peculiares diversiones” de Sidonie eran fáciles de encontrar en un hogar de diplomáticos. La mansión de los Van der Maade era una casa que atravesaba toda una manzana, y Sidonie disfrutaba los muchos huéspedes internacionales y su compañía cosmopolita. Y a algunos, como era de esperar, también se los podía interesar en algo más.

Así, Sidi inauguró regularmente partidas de bridge hacia el fin de la tarde, y pronto la embajada holandesa era conocida entre los diplomáticos, cónsules y sus agregados por sus rondas de cartas de primer nivel, de ninguna manera inferiores a las que se podían encontrar en Europa.

No mucho después de su arribo a Bangkok, los Van der Maade y con ellos Sidonie se postularon para ser miembros del Royal Sport’s Club. Muchas veces iban directamente de la escuela al club. Allí había un pequeño refrigerio, una especie de pizza y deliciosas batatas fritas para todos. Una hermosa piscina invitaba a nadar, y Andrea pronto encontró otros chicos con los que podía corretear por ahí. Además, Andrea iba al club de caballos y polo, donde tenía un caballo propio que montaba todos los días. Después, por supuesto, había que ocuparse del caballo. Entonces Sidi iba con ella al establo, sostenía a la pequeña y simpática yegua del cabestro, presionaba sus labios contra los blandos y aromáticos ollares y esperaba que Andrea hubiera terminado de higienizar los cascos, de cepillar el pelaje y de peinar las crines.

En las recepciones diplomáticas, la natación en el club y las partidas de bridge, Sidonie también descubrió que con algunos de los presentes, principalmente mujeres, –que, al igual que ella, buscaban un pasatiempo– compartía otra pasión: la pintura. En algún momento, entonces, una de las señoras propuso que se podrían juntar de vez en cuando para pintar, porque seguramente sería más fácil encontrar juntas un modelo. Al principio, todas las europeas estaban obsesionadas con pintar monjes budistas, que eran recogidos de la calle a cambio de una pequeña donación y eran llevados al jardín o salón según el caso. Del mismo modo, las señoras procedieron con bailarinas que habían visto en espectáculos folclóricos y cuyos movimientos gráciles y vestimenta de colores esplendorosos las entusiasmaban.

Los encuentros ocasionales se convirtieron en reuniones semanales, de las que participaban entre diez y doce mujeres. Aunque a Sidonie le gustaba también estar sentada sola en el jardín trabajando sobre un motivo natural, de todos modos valoraba la compañía de sus colegas en el arte del diletantismo talentoso. Después, mientras se secaban los colores al óleo, se podía charlar tan bien sobre las últimas aventuras, los guardarropas o también del poco de política mundial que las mujeres de los diplomáticos habían oído de sus esposos.

Las vacaciones y los fines de semana, la familia de diplomáticos los pasaba por lo general fuera de la ciudad, en una de las playas de ensueño a lo largo de la costa oeste de arena blanca y rebordeada de palmeras. A comienzos de los años sesenta, en Tailandia todavía no había turismo masivo, y los pueblos cerca de la costa estaban habitados por campesinos y pescadores. En esas circunstancias, los europeos alquilaban –por falta de otras posibilidades– casas sencillas de bambú o madera, a veces también construidas sobre pilares.

En esos pequeños viajes, Sidonie siempre disfrutaba especialmente de los animales. En las excursiones al campo podía admirar durante horas a los búfalos, que realizaban trabajo rural, u observar a los cocodrilos que se movían en las lagunas. Sólo lamentaba no ver más elefantes. Le hubiera encantado ver los famosos elefantes blancos que le habían otorgado el título de “Señor del Elefante Blanco” al rey de Tailandia.

Cuando el marido de Ruth fue trasladado a otro destino y tenía que regresar a Europa, Sidonie resolvió quedarse allí con Chico. En su gran círculo de amigos estaban los Costa, un matrimonio de diplomáticos franceses que con gusto la tomaba como dama de compañía.

Pero después, en la primavera de 1964, llegó una carta que hizo que Sidonie sí tuviera que decir adiós a su mono querido. Su madre le



escribía en un tono que casi obligó a Sidonie a reservar un pasaje en barco hacia Europa. Emma Csillag, que entretanto vivía con Heinrich y su mujer en el sur de España, casi había quedado ciega y estaba tan enferma que el cuidado de dos personas ya no era suficiente.

Con dolor en el corazón, Sidonie preparó su partida. Pero no eran los vínculos humanos los que le hacían tan difícil la despedida. La naturaleza inteligente y divertida de Chico y sus suaves bracitos de pelaje, que la abrazaban todos los días llenos de amor, casi la retenían. A un perro, provisto de las vacunas necesarias, podría habérselo llevado, pero un mono, acostumbrado a vivir en libertad, se tenía que quedar allí donde tenía esa libertad.



Sidonie con Chico en Bangkok en 1961

Encontró un matrimonio suizo de comerciantes, que ya hacía tiempo que vivían en Bangkok y también tenían un gibón. Ese matrimonio se declaró dispuesto a adoptar a Chico y a cuidar de él como a los ojos de su cara. Unos días antes de su partida, Sidonie compró un pequeño canasto de corteza con tapa y agujeros para ver y lo acolchó con una toalla. Después, ya casi llorando, se puso en camino hacia los futuros dueños de su preferido. Estos aprobaron el examen severo de Sidonie. Además, Chico parecía llevarse bien con el mono de la casa, una hembra gibón.

La despedida fue un infierno para Sidonie. Cuando Chico correteaba bien atrás en el jardín por los arbustos, ella se dio vuelta rápido y salió corriendo de la casa, con un pañuelo delante de la cara. Otra vez había amado un animal por encima de todo, y otra vez lo había perdido...

#### ADIÓS A LA MADRE

La llegada a la fría Europa en noviembre de 1964 y las perspectivas de tener que ocuparse de su insensible y sin embargo necesitada madre enferma no contribuyeron a poner a Sidonie de buen humor. El barco atracó en una Barcelona gris y llovida, donde Sidi ni siquiera pasó la noche. Fue directamente con un taxi a la estación de tren, desde donde un tren la llevó hasta Algeciras.

Heinrich siempre le había escrito a Sidonie a Tailandia que estaba harto de su vida de empresario y que deseaba instalarse en el más cálido sur. Durante unas vacaciones, en las que recorrieron el sur de España, él y su mujer se habían entusiasmado con Algeciras y se compraron allí un pequeño chalet, donde podrían vivir cómodos con la madre de Heinrich y huéspedes eventuales.

A comienzos de 1964, entonces, se habían mudado a España y, en el transcurso de ese año, la salud de la madre había ido rápidamente cuesta abajo. Ya no la podían dejar sola, lo cual volvía casi insoporrible la vida cotidiana para Heinrich y su mujer. El matrimonio tenía por eso la esperanza de que la presencia de Sidi les aliviara la difícil situación.

Cuando Sidonie al fin llegó a Algeciras, no podía creer lo que veían sus ojos. Su hermano la había ido a buscar con un minúsculo autito celeste a la estación del tren. En el auto había que plegar bien las rodillas y presionarse contra el tablero para poder tener algo de lugar. Heinrich se acomodó doblándose detrás del volante, la valija de Sidi yacía, mejor dicho, estaba parada de canto en el asiento trasero. Mathilde, la mujer de Heinrich, ni siquiera había venido, porque entonces no hubiera habido lugar suficiente. Así se dirigieron, acompañados del ronroneo del motor, hacia la nueva casa de Heinrich, de la que este no paraba de hablar maravillas.

Pero esa casa a Sidi desde el primer instante le pareció horrible. Era una pequeña caja chata, pintada de blanco, con techo gris, sobre una mancha de pasto seco. Ese trozo de corteza terrestre quemado por el sol no se diferenciaba en nada de la estepa de pasto circundante,

pero igual estaba cercado por tela metálica. Y dentro de ese cerco se encontraba lo que evidentemente era el jardín de Heinrich y que se podía considerar tal en el mejor de los casos por una pequeña palmera enclenque. Era evidente que Heinrich había tenido que bajar unos cuantos decibeles su estilo de vida.

Muchas veces, más adelante, se preguntó por qué su hermano había elegido precisamente Algeciras, porque en Andalucía había ciudades sin duda más lindas. Pero tal vez era la ubicación junto al mar, cuyos perfume y sonidos Heinrich amaba tanto y que le recordaban su niñez y juventud en la magnífica isla de Brioni. Y, seguramente, la posibilidad de llevar una vida barata en un clima cálido había contribuido para que él, como muchos otros jubilados del norte de Europa, se hubiera mudado hacia allí. En Algeciras, Heinrich se sentía seguro: tenía Gibraltar ante sus ojos y podía observar el movido tránsito diario de transbordadores hacia Marruecos y provenientes de allí. Además tenía en buena estima la estabilidad política del régimen de Franco, y en ese punto los dos hermanos mayores Csillag estaban excepcionalmente de acuerdo: una forma de estado conservadora, preferentemente monárquica, era el mejor de todos los sistemas posibles.

De a poco, Sidonie se acostumbra a la simpleza de la casa, pero a lo que no se termina de acostumbrar es al trato con su madre. Emma Csillag se había convertido en una minúscula y encorvada viejita que casi no llegaba hasta el hombro de Sidi. Su cabeza ya sólo estaba cubierta por una escasa pelusilla gris clara, las manos estaban afectadas por la gota. Constantemente necesitaba a alguien en su entorno. Como Sidonie había delegado totalmente la responsabilidad de su madre en los últimos años a su hermano y a su cuñada, ahora se sentía obligada a quitarles la mayor carga posible a los dos. Además, Heinrich le estaba dando un lugar en su casa y se ocupaba, aunque él mismo ya no caminaba sobre rosas, discretamente de todo lo financiero.

Al comienzo de su estadía, Emma Csillag todavía estaba relativamente activa. Pese a su avanzada edad y un estado de confusión periódico, todos los días insistía en realizar un paseo avanzada la tarde, y que quería realizar sí o sí sola, porque allí –según sus dichos– se encontraba con un admirador. Porque había algo que Emma todavía no podía abandonar: sus intentos de coquetear. Si en su entorno no había hombres reales para ella, simplemente utilizaba su fantasía y se imaginaba uno en sueños. Siempre volvía a prohibir a Sidi que la acompañara en sus paseos, porque en esos encuentros amorosos no quería que su

hija –a la que seguía considerando una competidora– estuviera allí. Para Sidi esto era tan demencial como doloroso y ponía el dedo en su vieja llaga del no-ser-amada. Que la expulsara como siempre, y esta vez para colmo por una quimera, seguía siendo amargo como antes.

Después, en su casa, a Emma le gustaba sentarse junto a la ventana o en la terraza, y miraba a lo lejos con sus ojos aguados y con una sonrisa desdentada para estar segura de que no se perdía la llegada del admirador. Conocía perfectamente los horarios de llegada de todos los trenes... el hecho de que fueran las viejísimas combinaciones de tren desde Viena al Semmering, que nunca más habría de recorrer, no le importaba: ella quería estar bien vestida y preparada para la visita a la hora señalada.

Cuando su madre tenía esos sueños, Sidi todavía la soportaba, pero hacia la noche, cuando otra vez el admirador no había aparecido, Emma se ponía de mal humor y temerosa. Desde siempre había sido miedosa, pero con la edad, esos miedos parecían invadirla de forma cada vez más incontrolable. Mientras en la infancia de Sidonie se había tratado principalmente de miedo a enfermedades, ahora se agregaba el temor al fuego, a las inundaciones y a los animales. Entonces, Emma estaba sentada como un anacrónico puñado de miseria en una de las sillas modernas de tubos de acero, cuyo revestimiento de hilos de plástico de colores fluorescentes se le incrustaba en los muslos y la espalda, y pedía entre llantos que la llevaran inmediatamente a su cuarto, donde cerraba presurosa la puerta detrás de sí con llave y por ese día ya no la abría más.

A comienzos de 1966 cada vez estaba más débil y ya no podía abandonar la casa. Estaba sentada, envuelta en un pañuelo humeral azul oscuro, en la terraza y se quedaba con la mirada fija y en silencio. En marzo llegó la muerte.

Robert había venido poco antes de los EE.UU. Ernst, sin embargo, que ya hacía años no había visitado a su madre, no quería verla vieja, débil y moribunda y se negó a emprender el largo camino hacia Europa. Heinrich, el práctico, pensó que lo más fácil sería comprar una tumba en Algeciras, donde más tarde él y su mujer también podrían ser enterrados. Así, el adiós a Emma Csillag aconteció en un círculo muy pequeño. Cuando la tierra rojo claro del sur de España cayó sobre el sencillo ataúd de madera, Sidonie no sintió nada. Estaba demasiado agotada, después de meses de cuidado, para hacer mucho duelo. Al contrario, casi se abría paso en ella algo así como alivio. El dolor de haber sido la hija no amada tal vez podía irse a la tumba con su madre.

En comparación, lo que había tenido que vivir tres cuartos de año atrás había sido mucho más difícil.

Sidi, en ese momento, no había podido pensar prácticamente en nada más sino en el cuidado de su madre. Su mundo exterior se había reducido al pequeño tramo de terreno seco delante de la terraza de la casa de Heinrich. Lo único que le daba la sensación de estar viva eran las cartas que llevaba a papel a altas horas de la noche, pasada de cansancio, y las respuestas que recibía de amigas y amigos de todo el mundo. Principalmente el matrimonio suizo, con el que se había quedado su querido mono Chico, era uno de sus correspondientes más importantes. Un día, en 1965, le llegó la pasmosa noticia de que Chico se había lastimado una rodilla y no podía treparse más a los árboles. Ya en la siguiente carta Sidi tuvo que leer que Chico tenía parálisis en las dos piernas. Querían saber si ella estaba de acuerdo en que durmieran al monito. Esa horrible pregunta le quitó el sueño. En las breves fases, mientras se dormía un poco entre las horas que pasó llorando veía a Chico que, castigado por los dolores, la miraba con mirada suplicante. Ella sabía que tenía que decidirse pronto, a la vez, con esa decisión haría pasar al más allá lo que más amaba en el mundo. Chico le quitó esa tortura y murió en febrero de 1965.

Para Sidonie se derrumbó un mundo. A pesar de que estaba preparada, la muerte del animal la tocó en lo más íntimo de su ser. A la vez la invadió una enorme furia. ¿Qué clase de Dios maldito dejaba morir así a Chico? Llena de amargura decidió no volver a poner nunca más un pie en una iglesia. Cuando el domingo todos los españoles y españolas de profunda fe peregrinaban a las iglesias, ella se quedaba obstinadamente en su casa, y lo mantuvo durante muchos años. Fuera cual fuera la fe que siempre había cargado en su equipaje interior a través de todo el mundo, se había desvanecido definitivamente. Que Dios se encargara de ver a dónde iba a parar.

#### LA VIDA EN EL SUBURBIO

Después de esos dos años fatigosos, Sidonie estaba cansada de España. Su misión se había cumplido, y la relación con Heinrich y Mathilde no era tan estrecha como para que esa fuera una razón para quedarse.

Su hermano menor, Ernst, evidentemente torturado por su conciencia sucia por no haberse ocupado de su madre, le hizo a Sidonie una oferta tentadora. Ya antes de la revolución cubana había abandonado

la isla con su segunda mujer –una cubana– y sus dos hijos y se había instalado en Florida. Como entretanto había adoptado la nacionalidad estadounidense, le ofreció ayuda a Sidi. Le podría solicitar los papeles de inmigración. Entonces, ella ya no tendría que quedarse en la fría Europa, sino que podría estar como él en la soleada Florida. Sidonie, que no tenía ganas de regresar a Viena e imponer horarios a su vida con clases de idioma y trabajos de retratos, decidió aceptar la oferta de su hermano.

En junio de 1966, entonces, llegó a Florida. La alegría por el reencuentro fue grande, pero después de algunas semanas en la casa de su hermano le quedó claro que no se podía quedar allí. Ernst, con el transcurso de los años, había adoptado la pedantería de un contador y no hablaba de otra cosa sino de cifras. Y Florida tampoco le gustaba. En su interior comenzó a ver imágenes de la belleza y libertad de Nueva York, y decidió mudarse allí, lo que por supuesto significaba que tendría que buscar trabajo para disponer de un ingreso propio. Con cuidado le comunicó a su hermano que prefería vivir en la ciudad de las ciudades.

Ya a los pocos días, Sidi estaba sentada en un tren que la llevaba hacia el norte. Unas amigas que todavía conocía de Cuba y de su primera estadía en la costa este la ayudaron buscando anuncios en los diarios, que arrojó como resultado una oferta laboral que sonaba atractiva, en Scarsdale, uno de los suburbios más adinerados del norte de Nueva York. Una tal Miss Herbert buscaba una mujer para que hiciera de ama de llaves y acompañante. Con el corazón palpitando, al poco tiempo Sidi se subió al tren en la Grand Central Station, que la habría de llevar a Scarsdale a la entrevista de presentación. Esta vez quería tener el mejor trabajo posible y, cuando hubiera ganado lo suficiente, descansar en base a lo ahorrado.

Al menos desde el aspecto exterior su decisión parecía ser correcta. Llegó a un barrio evidentemente rico, con una mezcla de elegantes mansiones de madera en el estilo Nueva Inglaterra e imponentes edificios nuevos. Miss Herbert vivía en una casa de las primeras.

Sidonie entró a una propiedad magnífica de los últimos años del siglo XIX. Llegó a un vestíbulo blanco, sostenido por columnas de madera, luego entró a una enorme galería redonda con vidrios al estilo *art nouveau*, desde donde una escalinata conducía al piso superior. Después de que el mayordomo, que la había recibido, había desaparecido, de una de las puertas laterales de la galería salió a su encuentro una mujer elegante de unos sesenta años con un traje de pantalón de corte perfecto y le dio amistosamente la mano.

Miss Herbert y Sidi se cayeron simpáticas a primera vista. En la conversación, Miss Herbert explicó que necesitaba a alguien que pudiera cocinar para ella y que le pudiera hacer compañía en esa casa enorme, que era herencia de sus padres. A pesar de que Sidonie nunca antes había cocinado –ya el hecho de pensarlo le parecía una pesadilla– decidió no mencionarle a Miss Herbert ese detalle. Al fin y al cabo había libros de cocina, y ya encontraría instrucciones para saber qué hacer. Un puesto de trabajo de ese tipo no era fácil de conseguir.

Miss Herbert estaba fascinada desde un primer momento con la presencia de Sidonie. Aquí no se trataba de una experta en economía doméstica profesional, sino de una dama de mundo. La razón por la cual esta dama de mundo –para colmo en edad evidentemente avanzada– estuviera dispuesta a hacerle compañía a cambio de un pago adecuado, no la habría de preocupar en absoluto.

Durante los tres años siguientes, las dos mujeres se adaptaron paulatinamente a una rutina que comenzaron a apreciar, a pesar de que a Sidonie –que nunca antes había vivido en un suburbio– esa vida al comienzo le resultaba terriblemente aburrida. No entendía por qué la gente consideraba deseable vivir en un lugar donde, con elegancia monótona, se ordenan en fila una casa grande con jardín junto a la otra. Después, en algún lugar también había un centro comercial, donde señoras bien vestidas y levemente malhumoradas pasaban su tiempo revoloteando de negocio en negocio, aparentando laboriosidad. La actividad, el ruido, los olores, la libertad de Nueva York quedaba lejos y era consumida por los habitantes de Scarsdale sólo en dosis pequeñas y cuidadosas el fin de semana, bien protegidos en el interior de autos caros y grandes o de restaurantes caros y grandes.

Y sin embargo, después del trajín y los esfuerzos de los últimos años, la vida en lo de Miss Herbert para Sidi era como una estadía en un establecimiento de rehabilitación. De la limpieza de la casa estaban a cargo una empleada doméstica y el mayordomo, el jardín era cuidado por un jardinero y todo lo que se necesitaba en la casa –desde alimentos hasta lamparitas– era traído a domicilio.

Antes del fin de la tarde Sidi nunca veía a Miss Herbert. Tenía las mañanas a su libre disposición, y las pasaba leyendo, armando rompecabezas o, cuando lo permitía el tiempo, en el jardín. La única tarea en ese momento del día era colocar una bandeja con el desayuno delante de la puerta del dormitorio de Miss Herbert. Su verdadero día de trabajo comenzaba recién cuando se iniciaba la noche: comenzaba a prepa-

rar la cena, lo que al principio le producía accesos de sudor, en igual medida producidos por el miedo y el perfeccionismo. La obra clásica estándar *The Joy of Cooking* [La alegría de cocinar] era, en esa época, su lectura de cabecera. Todos los días elegía otro plato –fácil dentro de lo posible– y se atenía, al prepararlo, de manera extremadamente estricta a las instrucciones. Es que así nada podía salir mal.

Miss Herbert, probablemente, no era muy pretenciosa, porque comía de las artes culinarias de Sidonie con gran apetito y dirigía cumplidos a la cocinera.

Pronto estaba claro que Miss Herbert estaba embobada con Sidi. La rígida mujer mayor comenzó a sentir una especie de primavera y a rasquetear, con un encanto algo tosco, la fachada de su dama de compañía. Esto, por un lado, aliviaba el trabajo de Sidonie, pero a la vez siempre tenía la sensación de que debía cuidarse de que Miss Herbert no se le acercara demasiado. Sentía la ilimitada soledad de esa mujer y de ninguna manera quería sumársela a la propia. A Sidonie, Miss Herbert le resultaba simpática, pero nada atractiva, y su estado de necesidad la asustaba. Lo único bello en ella eran las manos, en las que se veía que nunca habían trabajado y que formaban un contraste agradable con el cuerpo regordete y el rostro hinchado.

Pero lo que a Sidonie le resultaba horroroso era el racismo de Miss Herbert, que se dirigía –por lo general luego de leer los diarios del día– indiscriminada y violentamente contra personas de color y judíos. No podía dejar de preguntarse cómo reaccionaría Miss Herbert si se enterara de que su querida acompañante era de origen judío. Para no permitir ningún tipo de sospecha, Sidi se hacía pasar por una buena católica e iba todos los domingos a la mañana a la iglesia. Pero en cuanto estaba fuera del ángulo de visión de la casa dirigía su paso a cualquier otro destino y aprovechaba el tiempo para una caminata más extensa.

Un poco asombraba a Sidonie que Miss Herbert, en su conformidad afectada, no pasara también la mañana del domingo en la iglesia. Pero evidentemente, el único dios al que rezaba era el dinero. Y tenía más que suficiente. En cuanto estaba medianamente despierta, pasaba algunas horas con el estudio de las cotizaciones de las acciones. Para ese fin, tenía una suscripción a todas las revistas económicas de renombre y a diversos diarios, que Miss Herbert –todavía con su salto de cama verde oscuro– hojeaba haciendo ruido con el papel y murmurando. Con expresión de gran espanto un día le contó a Sidonie que había descubierto que su banco, en el que confiaba desde hace años, había hecho negocios con los Rothschild. Para ella, esto era



razón suficiente para sacar el dinero del banco y colocarlo en un lugar donde, a su opinión, ningún banquero judío tuviera las manos en el juego.

Cuando Sidonie comenzó a trabajar en lo de Miss Herbert creía que ella y su empleadora eran más o menos de la misma edad. A veces algunos comentarios de Miss Herbert la habían sorprendido y la llevaron a corregir su juicio quitándole unos años, pero recién una de las escasas visitas en el hogar Herbert cambió totalmente esta opinión.

Un día apareció una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años, muy bien cuidada, y quería hablar con Miss Herbert. La visita inesperada desconcertó un poco a Sidonie, y preguntó a quién debía anunciar ante Miss Herbert. Le costó un poco reprimir una risa incrédula cuando la señora dio su nombre y añadió que era una amiga de la escuela.

Al poco tiempo, Sidonie descubrió la razón de la rápida decadencia de Miss Herbert. El hecho de que su empleadora, a diferencia de ella, no se fuera a la cama a medianoche, sino que, a menudo, se quedara despierta hasta altas horas de la madrugada, ya le había llamado la atención. Cuando, antes de irse a dormir, todavía daba una vuelta por el jardín, veía las ventanas iluminadas en el primer piso, detrás de las cuales Miss Herbert estaba sentada en un sillón o caminaba sin pausa de un lado a otro. Que en esas horas bebía, Sidi recién lo comprendió cuando una mañana, por casualidad, encontró una gran cantidad de botellas de *sherry* vacías en el tacho de basura. Estaba confundida, porque no podía recordar haber visto nunca alcohol en las entregas de alimentos.

Como ella prácticamente nunca tocaba alcohol, no se había dado cuenta de que las bebidas alcohólicas en los EE.UU. tenían que ser compradas en *liquor stores*, y que esos negocios también entregaban con discreción a domicilio. En el hogar Herbert era fácil entregar en la entrada trasera de la cocina, en forma veloz y desapercibida, una caja de seis botellas del *sherry* más caro. Evidentemente, Miss Herbert había hecho una alianza de alta graduación con el mayordomo, porque este llevaba las cajas, sin ser visto, al primer piso, a cambio obtenía una botella, y mantenía el silencio.

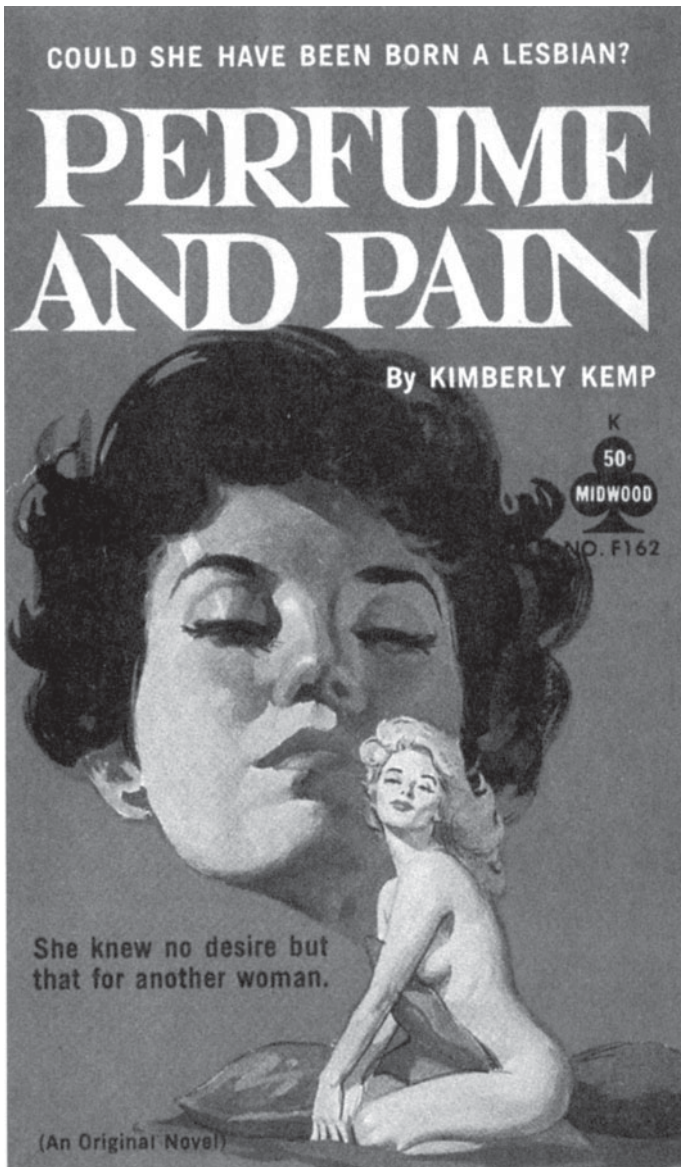
A partir de ese momento, Sidi observó las señales de la adicción a la bebida de Miss Herbert con gran atención. Como si fuera un objeto de estudio ajeno a ella, con la compasión incrédula del que no está

involucrado, registraba cómo las huellas del *sherry* se grababan en el rostro, cuerpo y lenguaje de su empleadora.

Y otra cosa más descubrió Sidonie en ese tiempo: en el garaje, que en los EE.UU. en general se utiliza para acumular todo lo que no se necesita más en la casa, pero de lo cual los habitantes por razones sentimentales no se pueden separar del todo, encontró varias cajas que habían sido desplazadas con descuido a un rincón. Allí había pilas de libros de bolsillo. Sidi, que siempre estaba en busca de lectura entretenida, comenzó a revolver en las cajas y se topó así con una infinidad de libros cuyas tapas la fascinaban y espantaban. Dibujos de mujeres semidesnudas en poses atractivas y títulos que lo decían todo le saltaban a la vista. Desde *We Walk Alone Through Lesbos's Lonely Groves* [Paseando a solas por los solitarios bosques de Lesbos] pasando por *Libido Beach* [Bahía de la libido] con el subtítulo *A modern Isle of Lesbos – a sun-drenched Sodom just an hour from Manhattan where love has many faces* [Una isla de Lesbos moderna – una Sodoma empapada de sol a una hora de Manhattan, donde el amor tiene muchos rostros] hasta *Perfume and Pain* [Perfume y dolor], por cuyo subtítulo se sintió especialmente aludida: *Could she have been born a lesbian? She knew no desire but that for another woman* [¿Podía ser que hubiera nacido lesbiana? No conocía deseo que no fuera por otra mujer] había de todo, lo cual hacía que Sidi revolviere, ávida y colmada de la vergüenza de lo prohibido, más rápido y más profundo. No tuvo el valor de llevarse uno de estos ejemplares a su habitación y leyó con ojos alados y respiración mínima lo que se podía incorporar a las apuradas bajo el miedo constante a ser descubierta y con asomos de indignación.

Ahora sabía cuál era el vínculo que la unía a Miss Herbert, comprendió los frecuentes cumplidos, las alusiones poco hábiles. Por supuesto que se cuidaría de no decir nada, pero—considerando ese entorno rico pero tan parco y puritano—comprendió mejor las muchas botellas de *sherry* y la soledad de Miss Herbert.

Una vez por semana, Sidonie pasaba un día en Manhattan. Lo aprovechaba para hacer compras, ir a un museo o para encontrarse con amigas. A veces también pensaba con nostalgia en la posibilidad de una partida de bridge, pero apartaba rápidamente la idea porque las pocas horas de salida eran insuficientes para un verdadero juego de cartas.



Tapa de una novela lesbiana

Un día, por una pregunta de rutina, tuvo que dirigirse a la *social security*, el seguro social estadounidense. Como no estaba familiarizada con la jerga burocrática y las exigencias, llevó un tiempo hasta que comprendió al empleado a cargo, y él a ella. Este, al revisar los papeles de ella había visto su fecha de nacimiento, levantó asombrado las cejas y quiso saber si realmente trabajaba. A su indignado “por supuesto” sólo respondió que ella, como todos los que vivían en los EE.UU., tenía derecho, desde los sesenta y cinco años, a *social security*, una pensión mínima administrada por el estado.

*Social security* existía en los Estados Unidos desde 1935, como una de las conquistas del “New Deal” durante el gobierno de Franklin D. Roosevelt. El monto del pago mensual dependía de los aportes que habían sido hechos en el transcurso de una vida laboral. Como, en el verdadero sentido de la palabra, se trataba de un ingreso mínimo, los hombres y mujeres que la percibían tenían derecho tanto a ganar algo adicionalmente –lo cual hacían muchos– como también a cobrar pensiones de su empleador o de la celebración de acuerdos de retiro voluntarios.

Para Sidonie, eso era por un lado música a sus oídos, por el otro un shock violento: desde 1945 había trabajado, unos veintitrés años, y los últimos, aparentemente, en vano. Nunca recibiría una pensión, pero al menos tenía derecho a *social security*. Buscó, entonces, los formularios necesarios. El empleado, al que evidentemente Sidonie le caía bien con la mezcla particular entre su carácter de dama europea y su absoluta ingenuidad, le explicó los trámites y le dijo que se podía dirigir a él para cualquier tipo de consultas. A Miss Herbert, por el momento, no le quería contar nada de su suerte; quería estar segura de que todo saliera bien.

En primavera de 1969, Sidi tenía la respuesta positiva en sus manos: recibiría una suma mensual de 69 dólares. En aquel momento, todavía se cambiaba un dólar por 25 chelines o casi cuatro marcos. Un galón de nafta (3,8 litros) costaba 25 centavos, también una hamburguesa se podía conseguir por ese precio. Y sin embargo, como se diría en la vieja patria de Sidi era “poco para vivir, mucho para morir”.

Comunicarle a Miss Herbert que iba a dejar su trabajo le resultó fácil a Sidonie. Igual, algo de compasión sintió. De alguna manera había comenzado a apreciar a esa solitaria mujer y sabía que después de ella no vendría una nueva y que Miss Herbert se hundiría aún más en su propio mundo triste. Como pequeña concesión le prometió quedar en contacto con ella, una promesa que cumplió. Siempre que en el transcurso de los siguientes años llegó a Nueva York, también se subió al tren hacia Scarsdale y visitó a su antigua empleadora.

## SPAIN AGAIN

Durante las semanas que esperó su *social security*, Sidonie pensó y pensó qué haría con la libertad que estaba por recuperar. No le interesaba quedarse en los Estados Unidos, ni Florida ni Nueva Inglaterra eran lugares que despertaran algo positivo en ella, donde quisiera asentarse. Sin embargo, el dinero no alcanzaría para vivir cómodamente en Viena. Y, si lo pensaba bien, en realidad no tenía ningún deseo de ir a Viena. Si Chico todavía estuviera vivo, no hubiera tenido que pensar tanto y se hubiera ido directamente de Nueva York a Bangkok. Pero Bangkok sin Chico era un envoltorio estresante y desagradable. Tal vez lo mejor sería ir primero a lo de su amiga Elisabeth en Rotterdam y después a lo de sus amigos en París... y si España seguía siendo tan barata podría intentar vivir en España. Porque hasta ahora no había tenido tiempo de conocer el país; su madre la había necesitado permanentemente. Pero ahora estaba libre. Libre para viajar a donde la llevaran las ganas y la espontaneidad, y para disfrutar de la gente, la calidez y los colores.

En verano de 1969, Sidonie llegó nuevamente a Algeciras. Con ayuda de su hermano había encontrado rápidamente una pequeña casita, que respondía exactamente a sus ideas. El alquiler era tan modesto que incluso podía darse el lujo de contratar a una mujer del lugar para que se ocupara del trabajo doméstico. En verano, el sur de España se mostraba de su lado más cálido, y Sidi se sentía tan bien como no le sucedía hacía mucho tiempo. Al fin era nuevamente dueña de su tiempo. Podía armar su caballete cuándo y dónde quisiera, levantarse a la mañana cuando se le antojara, encontrarse con gente cuando tuviera ganas de hacerlo.

Pronto otra vez se había reunido alrededor de ella una pequeña ronda de jugadores y jugadoras de bridge. Y en las noches cálidas, que comenzaban tarde en España, paseaba por las calles de Algeciras, miraba las cadenas de luces de Gibraltar y la lejana ciudad de Tánger y dejaba volar sus fantasías, más allá de las costas de Marruecos, bien lejos hacia el Atlántico, al Pacífico... quería ver tanto más, viajar tanto más. Pero el alboroto, la alegría y las ganas de vivir en la costa de Algeciras reclamaban nuevamente su mirada. Ahora, en verano, se multiplicaban allí los jóvenes de todo el mundo. Y principalmente las mujeres, con sus vestidos de verano livianos y bikinis captu-

raban la mirada de Sidi. Las españolas, en realidad, eran demasiado bajitas para su gusto, pero siempre volvía a descubrir entre las turistas a alguna que le recordaba en su aspecto, pero principalmente por la presencia, a Leonie Puttkamer o a Wjera Fechheimer. Después pensaba casi con nostalgia en aquellas épocas en las que estaba obsesionada con esas mujeres, en las que tenía una pasión que impulsaba su vida y la mantenía viva. Habían pasado años desde que por última vez una mujer había conmovido su corazón. Ahora ya hacía tiempo se había instalado en ella un silencio que Sidonie equiparaba con aburrimiento. Quería volver a sentir el fuego devorador, pero no sabía cómo, y como no se podía fabricar y ella, en realidad, a los sesenta y nueve ya se consideraba demasiado vieja para tales entusiasmos, intentaba mantener a raya a su corazón.

En septiembre, la fiel Jeanette la fue a visitar desde París. Junto con ella, Sidonie se divertía el doble yendo a los pequeños restaurantes y bares a observar mujeres. Jeanette tenía una mirada aguda, a la que no se le escapaba ningún bello vestido, ningún andar erguido, ninguna postura derecha. Y así, las dos señoras entradas en años estaban sentadas un poco anacrónicas en los locales que normalmente sólo eran frecuentados por jóvenes lugareños y turistas deseosos de diversión, y disfrutaban de la cocina española y el flamenco que sonaba en todos los rincones en ejecuciones centuplicadas.

Jeanette estaba fascinada con esa música y era imposible hacerla regresar a la casa. A Sidi le gustaba dejarse llevar y se sentía joven y osada cuando todas las noches visitaban otro bar. Recién a la mañana siguiente, cuando el cuerpo se rebelaba contra la vigilia inusualmente prolongada, y Sidi y Jeanette sólo con esfuerzo y ojos hinchados se levantaban tarde de la cama, se daban cuenta de que ya no eran jóvenes.

Después de la partida de Jeanette, vino de visita la pequeña aventura de Sidi de Rotterdam, Elisabeth. Había llegado con su propio auto, para recorrer junto con Sidi las ciudades más hermosas de Andalucía. Así se toparon con una pequeña ciudad medieval maravillosa, Ronda, rodeada de una imponente muralla. Sidi enseguida estaba fascinada y sabía que tenía que pintar ese lugar.

Elisabeth había tenido que estacionar el auto, maldiciendo por lo bajo, fuera de la muralla de la ciudad, mientras Sidi agarraba sus utensilios de pintura y sin miramientos hacia Elisabeth comenzaba a caminar. Toda la tarde recorrieron la localidad a los tropiezos sobre accidentados adoquines, y cada nueva callejuela había despertado la fascinación de Sidi. La ciudad vieja, asentada alrededor de un fuerte, estaba extraordinariamente bien conservada, y desde el muro de la

ciudad había una vista magnífica. Elisabeth pronto estaba agotada y llamó la atención de Sidi sobre el hecho de que en todo el lugar no había visto ningún hotel, ninguna pensión, ni hablar de un restaurante. Pero cuando a Sidi le gustaba algo, no tenía oídos para realidades o las adaptaba a sus necesidades. Comenzó a dirigir la palabra a mujeres en la calle, preguntando si no había alguien en la localidad que les alquilara una habitación. Y, efectivamente, después de media hora había encontrado una.

Sidonie acordó un precio para tres días, pero esos días se convirtieron en una semana, y cuando Sidi quiso prolongar la estadía a dos, Elisabeth se resistió. Se subió a su auto y prometió buscar a Sidi a la semana. Cuando regresó al cabo de ese lapso, casi no reconoció a Sidonie. Esta no hablaba de otra cosa que de sus cuadros, que había hecho bosquejos de cuatro motivos en total, y que el segundo, un “auténtico” óleo, del que estaba especialmente orgullosa, ya casi estaba listo, dijo. Excitada le contó que lo había pintado sólo con la luz de una lámpara de aceite, porque se había cortado tantas veces la luz en el pueblo que casi siempre dependía de esa iluminación antigua. Los habitantes lugareños estaban acostumbrados a eso. En las noches de luna más claras, las calles estaban lo suficientemente iluminadas, y los chicos, que rara vez iban a dormir antes de medianoche, daban vueltas bajo el pálido resplandor de la luna. Como justo había luna creciente, Sidi había capturado esas escenas con los chicos jugando. Ese cuadro le gustó especialmente a Elisabeth. Sidi creyó que de todos modos tenía que compensarla un poco por su deuda y se lo regaló haciendo tripas corazón. Habría de ser el cuadro preferido de su amiga, y tomaría un lugar central durante muchos años más en su casa de Rotterdam.

Hasta mediados de diciembre, en el sur de España el clima era cálido y agradable. Pero luego comenzó la temporada de lluvia y con ella se puso húmedo y asombrosamente frío. El invierno que en aquella época había pasado cuidando a su madre en Algeciras había sido inusualmente cálido y seco, y la nueva casa de Heinrich –pese a su fealdad– estaba mejor aislada que la vieja casita actual de Sidi.

Hasta entonces, Sidonie sólo había hecho la experiencia de temporadas de lluvia tropicales, y allí la lluvia siempre se vivía como un frescor agradable. Pero la lluvia invernal mediterránea trajo un frío desagradable y rastrero del que no se podía huir y que penetraba dolorosamente los huesos y articulaciones de Sidonie. Las casas, al



igual que la suya, no tenían calefacción, y algunos días hacía tanto frío y había tanta humedad que Sidonie decidía quedarse en cama. Finalmente, de esa situación precaria la salvó una vecina que notó que la extranjera extravagante no tenía nada para afrontar el invierno. Le llevó un *brasero* que podía colocarse debajo de la mesa y le mostró a Sidi cómo utilizarlo. Lamentablemente no podía utilizar el *brasero* para pintar, por eso, los días lluviosos seguía quedándose en cama. Pero en cuanto salía un poco el sol, durante el día estaba agradable y Sidonie podía volver a poner su caballete en el jardín y creer que ese era el fin de la temporada de lluvias.

Hasta abril tuvo que tener paciencia, después dejó de llover. En el lapso de pocos días hizo calor y el aire se llenó con el aroma de los frutales en flor y de la colza. Sidonie volvió a disfrutar plenamente de la vida y gozaba de ese rinconcito de tierra que le posibilitaba una vida tan agradable.

De este modo, Sidi vivió bastante despreocupada hasta noviembre de 1970. En ese momento volvió a verse confrontada con el hecho de que sus ahorros se habían agotado. Sidi no podía creerlo, si había ahorrado tanto en lo de Miss Herbert y no había gastado mucho dinero en el último año... ¿A dónde habían ido a parar todos los dólares? La *social security* no alcanzaría para financiar su vida, eso estaba claro.

La búsqueda de una ocupación fue infructuosa. En los meses de verano tal vez pudiera ganar algo en el área de turismo, pero ahora en los meses de invierno era imposible. Justamente para esa época llegó una carta desde Viena. El hijo de una amiga había abierto una oficina de venta de entradas y estaba desesperado porque era tan difícil encontrar empleados confiables. Sidonie le contestó que estaría dispuesta a ayudar los siguientes meses de invierno en la oficina. Las primeras lluvias le trajeron a la memoria el último invierno, y no tenía ganas de volver a vivir meses en casas húmedas sin calefaccionar. De modo que planificó su partida.

Pero antes de Viena le tocaba el turno otra vez a París, principalmente para volver a ver a Jeanette. Y el corazón de Sidi hizo un pequeño salto cuando se enteró que su adorada Ruth también estaría para la misma época en París, de visita en lo de los Costa, los amigos en común de Bangkok. Jacqueline Costa, que con su marido Jean-Pierre por razones profesionales vivía generalmente en el exterior, quería aprovechar su estadía en su ciudad natal para ver a todos sus amigos y parientes y ofrecía dos o tres veces a la semana cenas de cierta envergadura.



Unos días después de su arribo a la metrópoli del Sena, también Sidi participó de una de estas comidas. Todavía estaba cansada y molida del viaje y no tenía grandes expectativas, casi tenía miedo de aceptar la invitación porque cada vez soportaba menos las grandes reuniones de personas.

De los aproximadamente veinte invitados reunidos, Sidonie conocía a algunos de Tailandia, a los que saludó con una alegría de reencuentro algo forzada.

Y luego sucedió lo que habría de mantener ocupada a Sidonie durante los próximos años: Monique entró a escena.

En los días siguientes, antes de partir hacia Viena, Sidi organizó todo lo humanamente posible para poder conocer a la belleza desconocida. Ya a la mañana temprano del día siguiente se animó a llamar a lo de Jacqueline Costa. Esta estaba muy sorprendida al escuchar tan temprano a su vieja amiga, que tenía fama de dormilona. Cuando oyó el nombre de su prima Monique, supo cómo venía la mano. Sin embargo, dio información con buena disposición a las preguntas insistentes de Sidonie.

Sidi lanzó un suspiro cuando Jacqueline le contó del compañero de vida de Monique. ¿Por qué siempre le gustaban mujeres que estaban vinculadas a hombres? La pareja, según Jacqueline, era un conocido playboy, y eso ya era todo lo que se podía decir sobre él. Monique —contó— tenía un hijo adulto, que no se quedaba atrás en lo referido a belleza. Monique se quedaría unos días más en París y después regresaría al sur, a la propiedad rural de su pareja. Pero Jacqueline consideraba que, si Sidi quería volver a verla, con seguridad sería posible organizarlo.

Dos días después, Sidonie se encontró con Jacqueline, acompañada de Monique, en un pequeño restaurante parisino. Sidonie llevaba puesto su traje más elegante y todas las joyas que todavía poseía después de los años de escasez. Sin interrupción miraba a Monique, que en el transcurso de la noche tuvo que darse cuenta finalmente de la ardiente seriedad con que esa extraña mujer se detenía en sus palabras y movimientos. Después del primer bocado, había dejado los cubiertos al costado del plato, prácticamente no había tocado la comida. Esto intimidaba a Monique, casi la volvía agresiva. ¿Qué quería de ella esa extraña con su discurso pulido y las miradas perforadoras?

En el camino a casa, Jacqueline le contó que a Sidonie siempre le habían gustado las mujeres y que evidentemente también estaba fascinada con ella, con Monique. Monique despachó todo eso con una risa nerviosa y desdeñosa. Reprimió el halo de lisonja que siempre sentía

cuando le gustaba a alguien. Estaba acostumbrada a que sucediera con hombres, ¡pero con una mujer! ¿Ya había llegado tan lejos?

De modo que era mejor que no pudiera ni sospechar de la maquiñaria que puso en funcionamiento Sidi en su interior y en su entorno. Esos dos encuentros sería suficientes para que Monique fuera instalada como el tercer gran amor de Sidonie durante años, obstinadamente y a contrapelo de toda realidad.

Después de los feriados navideños, Sidi estaba otra vez parada en la estación Oeste del ferrocarril en Viena. La ciudad la recibió gris y enérgica... un lugar extraño.

Pronto encontró una habitación para subarrendar, se encontró con las viejas amigas y conocidas y a veces se preguntó si realmente había estado ausente durante diez años o sólo durante diez días. Pronto se reconstruyeron los círculos familiares. Y si los de su generación habían muerto, la generación siguiente había ingresado sin solución de continuidad en las huellas de sus padres y acogía a la vieja tía repatriada con gusto en sus rondas... así era la tradición vienesa.

En la oficina de venta de entradas había efectivamente trabajo para Sidonie, y por primera vez en su vida, este también le resultaba divertido. No era cansador pasarse el día no haciendo otra cosa sino hablar con personas en diferentes idiomas. Sus ingresos no eran altos, pero alcanzaban para vivir.

En la primavera de 1971, Jacqueline Costa le preguntó a Sidonie si se podía imaginar ir con ellos por dos años al Brasil. Dijo que estaba en una situación similar a la de Ruth en Bangkok: Laurent, su hijo, tenía diez años y necesitaba a alguien como Sidonie que pudiera ocuparse de él con afecto durante la siguiente misión en el exterior de los padres. Sidi estaba conmovida por el hecho de que Jacqueline hubiera pensado en ella, pero a la vez se asustó un poco ante la idea de volver a ser responsable a su edad de un chico, y para colmo de un varón poco antes de la pubertad.

Recién al volver a leer la carta de Jacqueline registró la posdata: “Si deseas conversar acerca de otras cuestiones, ven en el verano a visitarnos a Carcassonne.”

Por supuesto que viajaría a Carcassonne, no por Carcassonne, tampoco por Jacqueline, sino para volver a ver al fin a Monique.

Se quedó tres semanas en lo de Jacqueline. En esas tres semanas vio a Monique varias veces. A veces sólo por una hora, y ese era entonces para ella el punto culminante del día. Dos veces también fue

invitada al castillo de Monique, lo que le resultó excitante, sin querer notar la superficialidad del transcurso de la conversación, la frialdad del encanto de su adorada y la rapidez con que era enviada gentilmente a pasear.

Sidi regresó a Viena con la promesa de volver a fines de noviembre de 1971 a París, desde donde viajaría junto con los Costa a Río. Pero Sidi había puesto una condición a su aceptación: una vez transcurridos los dos años, quería regresar con sus amigos diplomáticos a Francia, digamos como dama de compañía permanente, como amiga de la familia y cohabitante de un castillo, que quedaba tan convenientemente en las cercanías de Monique.

Sus amigas en Viena estaban sorprendidas de que Sidi después de tan poco tiempo volviera a levantar campamento. En los té y las rondas de bridge estaban todas de acuerdo de que era algo inusual para una señora de esa edad aceptar un trabajo en el Brasil. A Sidi le parecía muy normal, porque el incentivo de esa aventura se llamaba Monique, pero eso no necesitaba saberlo nadie.

Las pocas cosas que consideraba de su propiedad pronto las regaló o empacó. Su buena amiga de la juventud Christl Kmunke se declaró dispuesta a guardar las pertenencias de Sidi en su casa. Un par de muebles, un par de cajas con fotos y recuerdos y los rollos con los óleos de Sidi, todo eso estaba bien guardado en un gabinete en la gran casa de Christl.

Si Sidi hubiera sabido que Christl moriría al año siguiente, tal vez habría dejado sus cosas en otro lado. Los parientes de su amiga, que tuvieron que vaciar el departamento de Christl, prestaron atención a los muebles, pero los óleos, recuerdos de los años pasados, habían desaparecido todos.

## BRASIL

Río de Janeiro, 19 de agosto de 1972

Siempre se dice que uno tiene la edad que siente que tiene, pero no es cierto. ¡Es una desgracia cuando uno tiene sentimientos que no concuerdan con la edad! Por primera vez en mi vida lamento no ser más joven.

Disculpe que le diga esto, pero ¡si tuviera veinte años menos haría todo para conquistarla! Pero como no es el caso, desde un primer momento me juré a mí misma no hacer absolutamente

nada. Me voy a conformar con verla siempre, con escuchar su voz, pero ¿justed también tiene que profesarme cariño y considerar agradable mi presencia!?

Ahora, Sidonie está otra vez sentada en su habitación del Brasil, bien arriba de la bahía de Río y se transporta en sueños a Francia, a un castillo en el medio de los viñedos, en el que vive su tercer gran amor. Todo lo que tiene que ver con Monique es un terreno inseguro y resbaladizo, a lo largo del cual coloca los seguros senderos de sus cartas regulares esperando construir así verdaderos caminos hacia su amada. Pero Monique no contesta a ninguna de sus cartas, no reacciona, no da señales de vida y termina siendo una imagen vaga de esperanza y temor.

La vida cotidiana, la realidad en Río de Janeiro a Sidonie cada vez le parece más oprimente. Ella se ocupa tal como fuera acordado del pequeño Laurent, y a pesar de que aprecia al muchacho, el hecho de ocuparse de él le resulta más una carga que una alegría. Entretanto tiene once años y es un varón tormentoso que avanza a pasos agigantados hacia la pubertad y no deja que le digan nada. Y menos todavía una señora mayor que le es impuesta como autoridad. Sidi lo siente con toda claridad. Cuando lo quiere ayudar durante la tarea, no lo puede encontrar, más allá del hecho de que los temas que tiene que estudiar, en algunas materias, ella ya no los entiende. Cuando lo tiene que llevar a la cama, retoza por ahí o se esconde en el jardín, y Sidi ya no tiene la fuerza física para adueñarse de él. Y cuando tiene que desayunar a la mañana, ni siquiera se sienta a la mesa, sino que la mira con una sonrisa descarada y agarra cualquier cosa de la heladera, que en realidad era para sus padres, y desaparece.

Ese tipo de episodios agotan a Sidonie más allá de toda medida y la hacen dudar cada vez más del sentido de su estadía en ese lugar. La madre de Laurent, Jacqueline, está sobrecargada por sus funciones de esposa de diplomático y casi no se ocupa de su hijo. Además no tolera bien el clima caluroso y húmedo y muchas veces se queda durante días acostada con la circulación debilitada en su habitación, donde el susurrar de tres ventiladores intenta transmitirle la ilusión de enfriamiento.

Su marido Jean-Pierre, por supuesto, tampoco es una ayuda. Casi nunca está allí, siempre se encuentra en una misión diplomática, y una vez que está en su casa, sus obligaciones traen consigo cantidades de invitados que hay que atender y servir en recepciones o cenas. Sidi

participa regularmente de esas recepciones, pero en el fondo de su corazón odia pasar noches con personas que no significan nada para ella y la cansan. Entonces, se retira temprano, se mete en su camisón, regresa a Monique en su mente y cae en un sueño liviano y rápido.

Durante el día ni siquiera logra juntar fuerzas para pintar. Lo único que le da un poco de alegría, siempre y cuando tenga una tarde o noche libre para sí sola, es escuchar la radio. Los programas de música en el radio son magníficos, los ritmos la contagian. En esos momentos comprende el concepto de *saudade*, esa sensación difícilmente descriptible de nostalgia y del deseo que ya siempre la acompañó sin la cual no puede imaginarse una vida, y para la que, sin embargo, recién aquí encontró una palabra. Con melancolía piensa en las épocas en las que no sólo era la que deseaba, sino que también era deseada. Pero esas épocas hace tiempo que han pasado, su belleza, que siempre la ponía tan orgullosa, ha desaparecido, y tiene que conformarse con la posición de la observadora modesta. Sin embargo, el destino le ha enviado a Monique y con ella una pasión que le hace olvidar de tiempo en tiempo la edad.

Sidonie vive el día a día. Cuando hay una excursión de fin de semana a Petrópolis, donde los Costa alquilaron una casa, o a Nova Friburgo –en ambos casos, localidades en las cadenas montañosas más frescas en los alrededores de Río–, viaja con ellos *nolens volens*, pero sin ojos para la belleza del paisaje, cansándose rápido y siempre ocupada con ella misma.

En enero de 1973, Sidonie conoce un poco más del interior del país. Las pequeñas ciudades barrocas en el estado federado de Minas Gerais le gustan tanto que piensa en la posibilidad de pasar allí unos días con sus utensilios para pintar. Pero el viaje sigue hasta la capital, Brasilia, donde Jean-Pierre tiene reuniones de trabajo. Jacqueline y Sidi aprovechan el tiempo para recorrer Brasilia –la capital planificada sobre el tablero y extraída de la tierra en los años cincuenta– y sus alrededores.

En una de las recepciones vespertinas en Río se produce un encuentro especial. Sidonie conoce a la hermosa Catherine, una mujer que le recuerda notablemente a Monique. También cuando, al despedirse, esta le da dos veces la mano, parece evidente para ella que hay una conexión especial.

Pronto Catherine se da cuenta de que le gusta a Sidonie, y su comportamiento deja entrever que no le es totalmente adversa. Sidonie

está confundida y se volvió muy cuidadosa. No entiende del todo que una mujer que puso cinco hijos en el mundo, alguna vez trabajó como modelo y ya está casada por segunda vez pueda tener un interés en ella y por eso esquivaba durante la primera época las invitaciones personales de Catherine. En noviembre, le escribe a Monique:

Sé que hay una diferencia enorme entre el efecto que produce en mí Catherine y el que produce usted. Siempre me alegra mucho ver a Catherine, pero no me pone en estado de nerviosismo, nunca tengo problemas para dormir después de verla. Cuando he estado con usted, estoy nerviosa y no puedo dormir.

Entretanto, la estadía de Sidonie pasa con lentitud agotadora. Originalmente había prometido a Jacqueline quedarse dos años en Río, pero ahora cada vez más seguido piensa en la posibilidad de regresar antes a Europa. El hecho de que Monique ya hace un año y medio no dé señales de vida la mortifica y no le da ningún tipo de ilusiones. Sin embargo escribe –como haciendo caso omiso de las realidades o tal vez con el intento de crear propias– con la seguridad de un reloj a la mujer lejana:

Me gustaría estar en el lugar de Fifi: estar sentada a su lado, poner mi cabeza en sus rodillas. Y si yo fuera Fifi usted acariciaría con delicada mano suavemente la cabeza... ¡¡¡¡¡¡¡¡Pero por desgracia no soy Fifi!!!!!!!

A recomendación de una amiga, Sidonie mira la película *Harold and Maude*, y entonces la termina de invadir el conflicto entre amor y edad. Está profundamente asombrada, y también eso se lo tiene que comunicar a Monique:

La actriz, seguramente, no tenía ochenta, sino que estaría alrededor de los sesenta. Si un hombre joven se enamorara de Catherine, para mí sería algo comprensible. Ahora bien, ella tiene cincuenta y tres y es una mujer muy atractiva, que todavía no da la impresión de ser una mujer mayor. Quiero mostrarle cuán objetiva soy. Yo todavía no cumplí ochenta, pero seguramente ya entré en la edad en la que ya no se considera posible que pueda despertar amor en alguien. Una vez leí algo al respecto que me dejó impresionada: “La vejez es el peor mal en este mundo. Le roba al hombre todas las alegrías, y este abandona todos sus deseos y se abandona

por completo al sufrimiento." Yo no creo que esto se pueda generalizar, pero para aquel que lo dijo seguramente era acertado, y para mí también. Yo tengo sentimientos para con usted que no se corresponden con mi edad, pero no los niego y sería feliz si pudiera asegurarme su amistad, que –como se sabe– es independiente de la edad. La abrazo entrañablemente en mis pensamientos. Ya estoy de lo más impaciente porque quiero volver a verla y a escuchar su voz.

Después, al fin, la decisión está tomada. Sidonie abandonará el Brasil antes de lo planeado. En su interior está agitada porque pronto volverá a ver a Monique, y a la vez tiene mucho miedo de este encuentro, del cual espera la decisión acerca de su futuro. ¿Podría vivir en la cercanía –al menos como amiga bienvenida– en el castillo de los Costa, pintando, sin hacer nada, y viendo a Monique todas las semanas?

A fines de junio de 1973, Sidonie vuela de Río a Miami, para visitar a sus hermanos. En su última carta a Monique antes de la partida vuelve a comparar a sus dos amores:

Cuando me fui, usted me pidió que le escribiera, y durante mi larga ausencia no me ha escrito una sola palabra. Estoy segura de que Catherine hubiera contestado a cada una de mis cartas.

A veces me pregunto si no quiero más a Catherine que a usted. ¿...? ;;;Pero lamentablemente está fuera de discusión que estoy mucho más enamorada de usted!!!

Hasta pronto. Me siento un poco como una acusada que espera su sentencia. ;;;Y usted es el juez!!!

Después de visitar a sus hermanos y de una breve estadía en Nueva York, Sidonie llega a comienzos de agosto a París. Y luego comienza una nueva época de desasosiego y, otra vez, de infelicidad. Apenas llega a París, ya nada la atrae a esa ciudad. Sube inmediatamente al tren en dirección al sur, y como nadie la va a buscar a la estación de su localidad de destino, se sube al autobús que la lleva a la propiedad rural. El reencuentro con la mujer adorada después de casi dos años de separación es avasallador para Sidonie. Monique no ha perdido nada de su atractivo. Con gracia y elegancia le sale al encuentro, toma con soltura las manos de ella entre las propias y dice, radiante, "bonjour, tía Sidi". El "tía Sidi" se había instalado en los últimos años, y Sidi no lo registra, al igual que no registra la volubilidad y

superficialidad de Monique, la absoluta falta de toda alegría por el reencuentro que sobrepase el momento mismo.

Las semanas siguientes, para Sidonie, son una alternancia de alegría y sufrimiento. Le hace llegar con regularidad flores y pequeñas cartitas a Monique, pero nunca recibe una palabra de agradecimiento. Después le regala a Monique un anillo de oro con una inscripción. El regalo es recibido en actitud condescendiente y Sidonie es invitada para el fin de semana.

Pero ese fin de semana, Sidonie no es la única invitada, todas las habitaciones están ocupadas en lo de Monique, y la anfitriona no intercambia una sola palabra en privado con ella.

Cuando regresa ese fin de semana consternada a lo de Jacqueline Costa –por suerte esta justo está por unas semanas de regreso en su patria– esta al fin le habla a solas con seriedad sobre el asunto. Le dice que ya hace tiempo que se le parte el corazón viendo a su vieja amiga enamorada viajando por el mundo como una loca para poder estar cerca de su malcriada y totalmente desinteresada prima. Jacqueline, que conoce muy bien a su prima, intenta dejar en claro a Sidonie que Monique sólo está jugando con sus sentimientos y que, a sus espaldas, se burla de ella.

Pero las realidades nunca sirvieron para convencer a Sidonie. Lanza un suspiro, dice que en vista de la belleza de Monique esas reflexiones no le sirven de mucho, que en el transcurso de su larga vida reunió suficiente experiencia en el trato con mujeres depravadas.

Y también dice que ya no le importa más y que sólo quiere ver la esbelta y elegante figura de Monique, oler su perfume y oír su voz.

A fines del otoño, Sidonie, después de correr en Francia durante algunas semanas detrás de su destino, se ve obligada a comprobar para su gran desilusión que el sueño de vivir el castillo de Jacqueline no podrá realizarse. No porque Jacqueline no quiera cumplir su sueño, sino porque el edificio no dispone de calefacción y por eso no es habitable en invierno. Pero tal vez realmente esté bien así. Monique no tiene un mínimo atisbo de interés en tener contacto con ella, así que por qué habría ella de pasar frío innecesariamente en un gélido castillo por culpa de un gélido corazón. De modo que, finalmente, sí terminaría viviendo en Viena.

Sin embargo, el enamoramiento hacia Monique habría de dominar durante algunos años el mundo mental de Sidonie. En sus frecuentes visitas a Francia seguía estando dispuesta a dejar todo donde esta-



ba y todo tipo de traslado le parecía adecuado si tan solo este la llevaba cerca de Monique. Viajes o encuentros planificados con amigas eran postergados a último momento y se ponían a difíciles pruebas sus amistades, cuando inesperadamente se brindaba la oportunidad de ver a Monique, aunque sólo fuera por unas pocas horas.

Y luego, un día, ese fuego se extinguió. Sidonie y Monique estaban en la misma reunión social, se hizo tarde, Sidonie no sentía nada más que la retuviera, abandonó el salón y se fue a dormir. Se había terminado.

### EN VIENA Y DE VIAJE

Con mucha pena en el corazón, Sidonie regresa a Viena. Otra vez tendría que empezar de cero, buscando un lugar donde vivir. Una vieja amiga, la condesa de Stürgkh, le sale en auxilio en esa tarea. Cuando se entera de que está buscando un alojamiento, le recomienda que se ponga en contacto con la condesa de Küenburg, porque esta seguía teniendo ese departamento hermoso y grande en el 3° distrito bien cerca del canal del Danubio, y después de la temprana muerte de su marido quería alquilar algunas de sus habitaciones.

Vivir en lo de Inge Küenburg resulta ser ideal. La condesa, una mujer de buen aspecto, de cincuenta y pico, alquila, además de a Sidi, a otras dos mujeres de sociedad: el requisito ideal para frecuentes partidas de bridge. Sidi no vive sola, lo cual le parece agradable, y sin embargo no tiene ningún tipo de compromisos. Se instala en una habitación grande en la que se siente muy bien y que dos veces al mes es limpiada por una empleada. Hay una cocina en común que puede ser utilizada por todas, pero Sidi, de todos modos, sólo necesita la heladera, donde guarda sus yogures y sus tomates. Ni se le pasa por la cabeza ponerse a cocinar, hay tantos restaurantes agradables que pueden todos cocinar mejor y a mejor precio que ella. Además, casi todos los días alguien la invita a comer: invitaciones todas que acepta con gran placer.

Sidi también le debe su retorno al seno de la religión a la devota condesa. Después de la muerte de Chico, llena de amargura, había dejado de creer en Dios. Pero ese modo tranquilo de su amiga, su preocupación permanente por la salud del alma de Sidi y las preguntas incisivas por el sentido de la vida—"¿qué será de ti cuando mueras?" es entre estas su pregunta preferida—convencen a Sidi que tal vez sería conveniente volver a apaciguar al Dios tan largamente des-

atendido mediante nuevas visitas a la iglesia y así asegurarse un lugarcito en el más allá.

A comienzos de 1976, las ganas de viajar se vuelven a apoderar de Sidonie. Ahora tiene tiempo suficiente y también un poco de dinero de sobra para visitar a sus amigas, desperdigadas hacia todas las direcciones.

En el primer lugar de sus destinos se encuentra Tailandia. La verdadera razón de su intención de viajar –de la cual nadie allí debe enterarse– sigue siendo Chico. La herida por su muerte no se cerró del todo, y Sidi al menos tiene que visitar el lugar donde su monito está enterrado. Tal vez entonces podría lograr que Chico descanse en su corazón. A los viejos amigos en Tailandia, que le insistieron para que los visitara, por supuesto que no les dice que en realidad son el número dos y que no emprendió el largo camino por ellos. Cuando ve la pequeña placa de piedra arenisca en el jardín de sus amigos suizos y derramó algunas lágrimas, está conforme. Ha dicho adiós y, sosegada, puede dejar Tailandia tras de sí.

También su próximo viaje se encontraría bajo el signo de “cerrar un capítulo” y “apaciguarse”. Quiere ir a toda costa a Cuba. Un día –en ese momento está de visita en Florida en lo de sus hermanos– ve en el diario una oferta de un vuelo barato con una estadía de una semana en Cuba. Ya a la mañana siguiente reservó el paquete. Como no hay conexiones de los EE.UU. a Cuba, el viaje pasa por Ciudad de México. Con su pasaporte austriaco no tiene problemas con la visa y después, como una sorpresa incluso para ella, se vuelve a encontrar, después de más de veinticinco años en suelo cubano.

Está subyugada y a la vez shockeada. Su sentimiento le dice que eso es un regreso a casa, pero lo que ven sus ojos no se corresponde en absoluto con esa voz interna.

Ya durante el viaje del aeropuerto al centro ve el estado deplorable en que se encuentra su Habana querida, que alguna vez fuera opulenta. Las viejas construcciones en el Malecón y en La Habana Vieja están semiderruidas, los colores, opacados, el revoque se desprende en grandes placas. Esa triste imagen se complementa con una serie de feos edificios construidos con planchas al estilo soviético, que obligan a sus habitantes a estar cerca, apretujados y sin confort.

Sidi, en su interior, maldice a Fidel Castro, al que le echa la culpa, a su entender, de la ostensible decadencia de la isla.

Pero tal vez no sea para tanto, tal vez todavía encuentre un rincón en donde su corazón se pueda sentir como en casa. Tendría toda una

semana para eso, no era mucho pero era mejor que nada. Su principal deseo es recuperar algunos de los cuadros que dejó en Cuba, principalmente uno, que conservó su ex-cuñada Rosa, la que había sido mujer de Ernst, su hermano menor, y del que nunca había hecho una copia. Sidi golpea en muchas puertas, pregunta por todos lados, pero pese a la gran disposición a la ayuda que le sale al encuentro, no tiene éxito con sus averiguaciones.

La búsqueda del cuadro y en realidad de una parte de sí misma –con lo cual podría recuperar para sí la sensación agradable de vivir propia de los años cuarenta– también la vuelve a llevar a la casa que había habitado con sus hermanos en Miramar.

Le habían advertido que no reconocería la casa y ella no les había prestado la menor atención. Pero ahora efectivamente casi es así. El vecindario cambió totalmente, lo que antes eran mansiones familiares ahora son casas comunitarias, donde multitudes de personas, gallinas y cabras comparten el lugar. Primero, Sidi ni siquiera encuentra su ex-casa. Recién cuando unos chicos contestan a sus preguntas señalando con los dedos una pared verde de hojas, Sidi reconoce que ese polígono salvaje alguna vez fue su jardín. Se abre paso hasta el acceso a la casa y entonces sí que la reconoce. También aquí se cae el revoque de las paredes, pero todavía no desapareció el encanto delicado. Pero si no se emprende algo pronto, tampoco esa ruina podría salvarse. Pero eso, probablemente, se pueda aplicar a la mayoría de las casas en La Habana: incluso las que fueron construidas hace solo diez años ya precisan una reparación.

Sube por la escalera en ruinas hasta sus cuartos, y cada escalón, como antes, le resulta familiar. Su antigua habitación es un campo de batalla de losas con rajaduras y empapelados caídos. Con melancolía sale a la terraza y mira desde la agrietada balaustrada hacia la jungla que alguna vez fue su jardín, donde le había gustado tanto pintar el verde tropical, entonces aún domesticado. Pero no está furiosa o amargada... ya no. Es que ya pasó. Como todo en su vida, también Cuba cambió, nada podía asirse, y está agradecida de que ese país, en una época que fue mucho más la suya, le haya obsequiado seguridad y alegría de vivir.

Rosa, la antigua cuñada de Sidi, que después de su partida de Cuba se convirtió en su sucesora con Marie-Louise, acepta después de cierto titubeo encontrarse con ella, pero constantemente le advierte que tenga mucha precaución y que durante su encuentro no llegue a decir nada que pudiera acarrearle dificultades a ella, a Rosa. Dice que las paredes tienen oídos por doquier en esos días, y que no quería

tener problemas con el régimen. Sidi no puede prestar la suficiente atención, tan nerviosa y temerosa se comporta Rosa cuando va a visitarla al hotel, una construcción con planchas de última serie.

Se sientan en el hall del hotel, porque a los huéspedes se les prohíbe llevar invitados a sus habitaciones. Durante su conversación, Rosa constantemente gira su cabeza de un lado a otro y sólo habla susurrando.

Sidi se entera del posible plan del gobierno de poner la casa de los Csillag a disposición de una embajada, de la dificultad de llevar al menos una vida promedio en la Cuba actual.

Pero de lo que más habla Rosa es de Marie-Louise, que había muerto hacía unos años. Desde su muerte, Rosa se siente muy sola. Vive con sus hermanas, a las que adora con fruición, pero no puede hablar con ellas de su relación con Marie-Louise. Porque por más que sus hermanas sabían que las dos mujeres vivían juntas y habían incorporado a la familia a Marie-Louise en calidad de mejor amiga de Rosa, la verdadera naturaleza de esa relación se había hundido bajo el manto del silencio informado. Desde la muerte de Marie-Louise, Rosa ya no se anima a acercarse a otras mujeres. En aquella época, en los años cuarenta y cincuenta, todo era más informal, pero ahora no se sabía si uno no iba a ser denunciado, y ella no tenía ganas de, a su edad, ir a parar a un campo de adiestramiento.

Cuando Sidonie, después de una semana, toma su último jugo de mango fresco en el aeropuerto de La Habana, antes de subir al avión hacia México City, sabe que ese será el adiós definitivo de su Cuba querida. Sus cuadros están perdidos, su casa casi está destruida, y la antigua Habana fue totalmente deformada por el tiempo y la revolución. Ya no querría regresar aquí, para dejarle a ese barbudo paladín del comunismo su dinero. Cuba es un lindo recuerdo para ella, un capítulo que al fin pudo cerrar.

De regreso en Viena retoma su rutina: almuerzos compartidos en lo de amigos, partidas de bridge, excursiones ocasionales. Y después sucede algo con lo que nadie había contado. En 1980 se muere su locadora, Inge Küenburg, en forma completamente inesperada a la edad de sesenta y cinco años. Sidonie, que se había mudado a lo de la condesa con la convicción de poder quedarse allí hasta el fin de su vida, está desesperada, porque ahora otra vez tiene que salir a buscar un lugar y ocuparse de cosas que en el fondo le dan lo mismo. Tiene ochenta años y no quiere malgastar su vida con ese tipo de ridiculeces banales.

Su amiga Lotte, la hija menor de Ellen Ferstel, a la que le cuenta minuciosamente sus preocupaciones y su resistencia, piensa de otro modo. Con resolución y ganas de ayudar toma el teléfono y comienza a llamar a todas las instituciones que podrían dar a una dama un alojamiento apropiado para su edad. Aparentemente, los intentos de Sidi de reconciliarse con Dios y sus visitas regulares a la iglesia sí sirvieron de algo. Después de breves averiguaciones, Lotte encontró un Hogar de mujeres, que es organizado por Caritas, muy cerca del palacio de Schönbrunn. Juntas, Lotte y Sidonie visitan el hogar y sus residentes burguesas. A los pocos minutos, Sidonie se decidió: aquí tomaría una habitación y se quedaría.

## Capítulo XII

*“No pasa un solo día en que no piense en ella...”*

Con mano temblorosa, Sidonie introduce la llave en el portón del jardín al frente del enorme edificio amarillo imperial en la Frauenheimgasse. Nunca lo logra en el primer intento, con un sonido metálico, la llave siempre vuelve a chocar contra la cerradura hasta que ella finalmente empuja tanto el marco con la mano que la llave encuentra su camino. Ese maldito temblor, en algún momento ya no va a poder entrar a la casa, sencillamente porque no puede abrir con llave. La cuestión de la bebida también ya se volvió más complicada y, principalmente, más embarazosa. Durante la cena de hoy con su joven amiga casi vuelve a suceder. Si no pidiera siempre un sorbete, su mano inquieta derramaría el agua fría de la canilla –que es su bebida preferida y única– formando un lago sobre la mesa, su regazo o el suelo; y como la cabeza tiembla al compás en la dirección contraria, un fracaso estaría dibujado de antemano. Y eso que los médicos le dijeron que estaba absolutamente sana, que no había ningún signo de Parkinson.

No hay que llegar a una edad tan avanzada, no a la edad que tiene ella ahora. Hasta los noventa se había sentido como durante toda de su vida, sin edad, sin limitaciones ni debilidades. Pero ahora, a los noventa y seis, comienza a maldecir su existencia.

Al fin se abre la puerta del jardín. Otro saludo de despedida con la mano hacia el automóvil de su amiga, una ligera sonrisa, luego la puerta se vuelve a cerrar. Se ha hecho tarde.

Para Sidonie, ahora comienza el momento más agradable del día. Las tardías horas nocturnas, entre las doce y las cuatro, cuando la oscuridad y el silencio abren amplios espacios a su alrededor a los que puede viajar en pensamientos, en recuerdos, liberada de su cuerpo.

Para hoy todavía tiene muchos planes. Debajo de su cama está la gran tabla de madera sobre la cual siempre arma sus rompecabezas, y esta vez contiene una enorme obra con dos mil piezas, que hace días consume toda su atención. Una fragata española navega, casi termi-

nada, sobre la tabla delante de ella, en tonos opacos de marrón y amarillo, lo cual exige tanto esfuerzo a sus ojos y dificulta encontrar las piezas contiguas. Y, además, en la fábrica –como siempre– se olvidaron de algunas piezas, y también esta vez el barco tendría que salir al gran viaje sin tres o cuatro pedacitos de cartón.

Pero al menos eso lo quiere lograr todavía esa noche.

Sidonie camina lentamente hacia su habitación, que queda en la planta alta, con vista al jardín nocturno, que ahora está en flor. Le gusta ese gabinete angosto. A la derecha, una caja; después, dos pequeños sillones con mesitas para sus invitados; a la izquierda, una cómoda; detrás, una cama angosta; delante, a medias escondida por un pequeño biombo, una heladera. En las paredes, algunas fotos de familiares así como del Emperador Francisco José y de su tan admirada Emperatriz Sissi, algunos cuadros de Tailandia pintados por ella, el retrato que hizo de Wjera, un enorme perro de tela sobre la cama. Más no quiere ni necesita.

A Sidonie le gusta vivir en ese hogar y se sintió bien allí desde el primer día. Se hacen cargo de todo, no tiene ningún tipo de compromisos. Hoy sigue agradecida a Lotte por haber descubierto ese Hogar de mujeres de Caritas.

Las nobles fundadoras y futuras patrocinadoras de ese lugar se habían ocupado de que el hogar de mujeres estuviera adaptado a las damas de círculos aristocráticos y altos círculos militares.

En el año 1881 había surgido por primera vez la idea de fundar un hogar, en el salón de Auguste von Littrow-Bischoff, y al poco tiempo ésta comenzó, junto con algunas damas adineradas de la alta sociedad, a llevar a la práctica esa idea. Había heredado de su padre una magnífica mansión casi totalmente rodeada de verde, la que adaptó y en 1883 inauguró como hogar para veinte pensionadas. En 1906 la mansión fue ampliada y ofrecía lugar para cuarenta y siete mujeres. Ya entonces, todas las mujeres tenían habitaciones instaladas con sus propios muebles.

La archiduquesa Marie Valerie –la hija menor de la Emperatriz Elisabeth– apoyó durante muchos años el hogar, y hoy todavía se encuentra, en la galería de la casa, una placa recordatoria. Pero las actividades caritativas no sólo eran obligatorias para la archiduquesa de la casa imperial, sino también en general para los pertenecientes a la alta nobleza. Esa fuente aseguró la continuación del hogar durante muchos años. Aún hoy es usual entre damas de esos círculos tomar a su cargo tareas de beneficencia para el Hogar de mujeres. Y de este modo, el trasfondo católico oficial de Caritas como titular así como el

“No pasa un solo día en que no piense en ella...”

trasfondo católico privado de sus benefactoras garantizan la prosperidad de este establecimiento para señoras mayores.

Desde las reformas de hace unos diez años, en el hogar también hay una estación de enfermería, es decir que las mujeres que necesitan atención médica ya no tienen que abandonar la casa.

Dentro del plan de reformas de aquel momento, a Sidonie le habían ofrecido una habitación más grande, pero ella rechazó la oferta. Y seguramente no sólo era falta de dinero propio lo que hizo desistir a Sidi de mudarse a una habitación más amplia y amueblar su entorno con mayor lujo. A pesar, o tal vez precisamente a causa de que se había criado entre grandes lujos, no le daba mucha importancia a las cuestiones materiales. Lo material estaba para ser disfrutado y utilizado, pero ¿para qué reclamar más de lo necesario, para qué tener que poseer todo?

Pese a su desinterés por lo comercial, Sidi sabía muy bien que el hogar costaba mucho más de lo que podía rendir su pensión. Ni su propia renta —en los años noventa percibía 357 dólares de *social security*— ni los adicionales compensatorios añadidos por el Estado austríaco alcanzaban para hacer frente a los aranceles mensuales para un lugar en un hogar. Por eso no le parecía correcto tomar una habitación más cara si ni siquiera podía pagar la más pequeña. Aunque le habían quedado una parte de ahorros de la venta de lo que había sido la fábrica paterna en Francia, ese último dinero lo cuidaba como a los ojos de su cara.

A consejo de Lotte, Sidi, en su calidad de desplazada por el holocausto, también solicitó en 1996 un pedido al Fondo de Reparación del Consejo Nacional Austríaco, y recibió 70.000 chelines. Pero no tiene la menor idea de qué hacer a su edad con tanto dinero. Acepta las propuestas de llamar a sus amigas en el exterior o de darse el lujo de tomarse un taxi, pero le parece que son derroches innecesarios.

Ya son, efectivamente, las tres y media de la mañana, y los primeros pájaros comienzan a cantar cuando Sidi contempla su gran barco de rompecabezas con conformidad y finalmente lo guarda debajo de la cama. Unas horas de sueño le bastan para despertarse a una hora promedio y comenzar un nuevo día. Pero hace un tiempo considerable que todas las mañanas abre los ojos con un suspiro de hastío. “Otra vez, así que has vuelto a despertarte una vez más”, es su primer pensamiento. Sale casi fastidiada de la cama. Ya no quiere más. ¿Para qué todos los días la misma cantilena, todos los días el envejecimiento



imparable, mientras ya la siguiente generación envejece y se enferma, muere antes que ella y la deja un poco más solitaria? La vejez, esa edad innecesariamente avanzada, no es lo suyo. Su intelecto está demasiado lúcido y, aparentemente, no se corresponde con su cuerpo cada vez más fatigado, y las tijeras que se abren así en forma cada vez más dolorosa cortan en pedazos su alegría de vivir. En realidad, quisiera dormirse y no despertarse más.

Pero bueno, ahora amaneció otra vez. Va hacia la heladera y saca su desayuno —un yogur y una naranja— y se sienta sobre el borde de la cama. Después se higieniza un poco en el cuarto de baño, elige un bonito vestido, coloca las perlas falsas alrededor del cuello y en las orejas... sólo así puede enfrentar el día.

En un par de horas ya le servirían un almuerzo caliente en el comedor común, hasta entonces Sidi no tiene nada que hacer, no tiene planes ni citas, que recién comienzan a la tarde. Ya no tiene ganas de caminar ni de moverse, lo único que no la cansa es estar sentada. Así que se hunde en su pequeño sillón celeste y se toma todo el tiempo del mundo para estudiar el nuevo número del mes de su suscripción de la *National Geographic*. Le encantan los informes sobre países lejanos; y los artículos sobre animales, que informan con maravillosas fotos de colores acerca de especies casi desconocidas, son los que más conmueven su corazón.

Después, a una hora inimaginable en otras épocas —a las doce—, llaman al almuerzo. En general está bastante conforme con lo que sirven allí las mujeres jóvenes y amables. Sólo que a veces, la comida podría ser más variada y un poco más consistente.

Pero, horror, hoy hay buñuelos de requesón. Otra vez buñuelos de requesón, cuando ella ya está harta del requesón. ¡Un plato dulce como plato principal! Sidonie no lo soporta. Como hace poco, cuando hubo bollos rellenos con salsa de vainilla... ¡un espanto! La salsa de vainilla no le gusta, y también el *Kaiserschmarren*, los panqueques desmenuzados espolvoreados con azúcar impalpable, como plato principal le resulta repugnante.

Sólo para su cumpleaños puede elegir su propio menú. Entonces siempre pide espárragos y arroz con castañas, platos que no hay nunca durante el resto del año.

Pero hoy le toca otra vez luchar con cosas dulces, fáciles de masticar. El humor de Sidonie se corresponde con esto.

A las viejas sentadas con ella en la mesa las soporta menos que otras veces. A menudo casi no puede tolerar verlas junto a ella, mudas, dementes o con una necesidad desbordante de comunicarse, lle-

vando la comida a sus bocas desdentadas. Constantemente, Sidi se compara con ellas, una comparación que la obliga a mirarse una y otra vez en el espejo, y por otro lado la hace salir bien parada. A los noventa y seis, las otras –si es que todavía están vivas– empujan un andador delante de sí o caminan con bastón, ya no oyen ni ven bien o no están presentes mentalmente. En el fondo, no quiere tener nada que ver con esas ruinas humanas.

Sin embargo, hay que decir que, desde hace poco, Sidi es la decana entre las residentes del hogar. Hay una interna más en el hogar, que, con sus ciento dos años es mayor que ella, pero hace tiempo que se encuentra en la estación de enfermería. La fisioterapeuta hace poco se la mostró y le preguntó si no quería hablar con ella. Pero Sidi sólo dijo, defendiéndose: “No, ¿para qué? Para vieja me basta conmigo” y se retiró a modo de huida a su habitación, donde está sola y no tiene que ver delante de sí la constatación ambulante de su propia decadencia.

Sólo una vez en todos esos años en el Hogar de mujeres le gustó otra pensionada. Una bailarina noruega, que había estado casada con un barón austríaco y después de la muerte de este se había mudado al hogar, la había embelesado. Cuando Sidonie se acuerda de ella ve una mujer delicada, que en realidad no era bella, pero que tenía esa cierta postura que lograba fascinar a Sidi. Mientras la bailarina estuvo con vida, ella intentó cumplirle todos los deseos sin que tuviera que pronunciarlos, y también ahora le lleva regularmente flores a su tumba.

Después del almuerzo, Sidi hace su siesta obligada, con la que intenta recuperar un poco la falta de descanso nocturno. Hoy quiere estar particularmente en forma, porque –como todas las semanas– está invitada a una partida de bridge a lo de su amiga Lotte en Grinzing.

Hacia allí siempre viajará con los medios de transporte públicos, le gusta ese tipo de traslado, sólo para tramos más largos con varios transbordos o tarde a la noche Sidonie prefiere el taxi. La ciudad de Viena pone a disposición de las personas mayores y discapacitadas un radiotaxi particularmente conveniente y con una tarifa unificada. Sidi hace uso de él en ocasiones especiales, pero lo que no le gusta es que a veces tiene que esperar el taxi hasta media hora.

Pero, por lo general, prefiere viajar con medios de transporte público. Si sólo viaja pocas estaciones con el subterráneo o con el tranvía, no está dispuesta a pagar, porque es tan estúpido gastar tanto dinero por un tramo tan corto. Y vive con tal naturalidad el hecho de estar desprovista de pasaje que nunca la atrapan. Una amiga piensa que eso es insostenible, le advierte respecto de su impropiedad y quiere darle una alegría especial regalándole un pase anual. Pero la

hija de su amiga sabe qué hacer y retiene a su madre de realizar tan costosa empresa. Dice que es totalmente innecesario regalarle a la tía Sidi un pase anual, porque a esta le gusta tanto viajar sin pagar y no habría que quitarle esa diversión.

En la ronda de bridge en Grinzing, Sidonie volverá a ver a una mujer que hace algún tiempo le dio vuelta la cabeza en forma considerable, pero que a esta altura ha perdido todo su respeto: Dora, una mujer atractiva de setenta años –esposa divorciada de un conocido industrial austríaco– que en sus años mozos había trabajado de modelo, hizo latir más fuerte durante mucho tiempo el corazón de Sidi. También Dora se sentía halagada por la atención cortejante de Sidonie y las dos se encontraban regularmente para partidas de bridge y a veces a cenar de a dos.

Una vez, Dora invitó a Sidonie a su casa, supuestamente para discutir con ella cuestiones de guardarropas para una recepción futura. Sidonie le pidió a Dora que le mostrara como le quedaba el vestido de fiesta que quería ponerse. Cuando Dora, al poco tiempo, regresó al salón, para el horror de Sidonie no apareció con su vestido de fiesta mencionado, sino sólo con unas medias can-can y el torso desnudo. Sidi recuerda hoy todavía con el prurito de la indignación que no miró. ¡Qué pretendía Dora –con ella, ya anciana– eso era imposible! Y encima con una anciana que es una esteta y cuya propia exigencia para con su expirada belleza desechaba todo lo relacionado con lo corporal.

Unos días más tarde, Dora llamó por teléfono y quería saber por qué Sidonie había mirado absolutamente para otro lado. Sidi respondió: "Porque ya vestida te ves lo suficientemente seductora". Dora sólo se rió y aseguró que nunca más lo volvería a hacer.

Desde esa época, los pensamientos de Sidi giraban casi siempre en torno a Dora. Lo que la interesaba en particular era la estrecha amistad que tenía Dora con una aristócrata. Cuando se enteró de que las dos mujeres se iban de vacaciones para la misma época al mismo lugar en Turquía, pero que lo negaban cuando ella preguntaba al respecto, comenzaron a precipitarse sus pensamientos. ¿Por qué las dos ocultaban un viaje que a su opinión seguramente se había realizado en común, y por qué Dora le mentía? Un grueso signo de substracción en la escala de valores de Sidi. La única pregunta que Sidi no hubiera podido hacer: ¿acaso Dora también se presentaba ante la otra con el torso desnudo?

Sin embargo, Sidonie le enviaba flores de tanto en tanto, siguiendo la buena vieja tradición. Un día Dora no estaba en su casa para reci-

*“No pasa un solo día en que no piense en ella...”*

bir el aromático presente. El negocio de flores le dejó una cartita con el pedido de pasar a buscar las maravillosas orquídeas, que habían sido elegidas para ella, por el negocio.

Para Sidonie, las orquídeas desde siempre habían sido el más hermoso símbolo de su admiración y respeto. Lo que no sabía era que a Dora las orquídeas no le gustaban en absoluto. Por eso preguntó en el negocio si podía elegir otras flores y se decidió por un magnífico ramo de tulipanes, que llevó, orgullosa, a su casa.

Al día siguiente, Dora agradeció telefónicamente a Sidi y también le contó que había llevado tulipanes en lugar de las orquídeas.

Pero lo que no esperaba escuchar era la verborrea maliciosa que la avasalló en ese momento. Sidonie estaba horrorizada de que uno pudiera elegir para sí flores tan ordinarias como tulipanes y desairar sus orquídeas, lo más noble y caro. Después de un “Nunca más quiero tener algo que ver contigo” colgó el teléfono.

Durante semanas, Sidi estaba indignada y también se lo comunicaba a todos que lo quisieran escuchar. Dora la había avergonzado tanto en el negocio de flores que nunca más podría pisar ese lugar. Y además había rechazado la prenda de su amor y adoración. Se sentía engañada y traicionada. En ella creció la certeza de que la orgullosa de Dora sólo se le había acercado porque le gustaba ser admirada o para hacerle un favor a ella, una pobre y vieja mujer. Eso era muy poco para Sidi y prefirió borrar a Dora de su vida, exceptuando algunas partidas de bridge ocasionales.

Para el día siguiente, un domingo, Sidonie otra vez tiene algo planeado. Al igual que todos los meses, está invitada a almorzar en lo de los Imhof. A esta altura, ya hace tiempo que se trata de la generación de los hijos y los nietos aquella con la que sigue en relación de amistad. ¡Qué bien se acuerda todavía de cuando Ed y ella, en los años treinta en St. Gilgen, se enfrentaban con Imhof padres en partidas de bridge que duraban todo el día! Vicki, entonces, todavía era un muchacho gordito y alegre, que la había impresionado con su encanto y su inteligencia. Hoy él mismo es un hombre mayor, hace muchos años casado con la radiante Helga y orgulloso de sus dos hijas adultas y sus nietos. Lo que la acongoja es que Vicki esté enfermo, tiene diabetes y casi no ve más nada... ¿qué clase de justicia es esa, a su edad, tantos años antes que ella?

Pero hoy, en lo de los Imhof, la habitual alegría es una invitada más en la mesa. Helga sirvió un enorme cerdo asado, los nietos cuen-

tan de las cosas que les pasaron jugando al hockey sobre hielo, en la escuela, o yendo a bailar, Vicki hace chistes y el gran labrador negro de la familia sacude la cola con simpatía y se lleva los restos del asado. Sidonie adora a esa familia, admira que Helga y Vicki tengan uno de los tan raros matrimonios felices que conoce en la sociedad, y que los chicos también estén allí, tan cariñosos y seguros de sí mismos.

Comienza, entonces, la nueva semana con satisfacción, que traería consigo un encuentro con sus dos amigas jóvenes. Hace muchos años viene una de ellas –nieta de su amiga Sylvie Dietz, que ya hace tiempo falleció– y realiza con ella grabaciones en cinta sobre la historia de su vida. Hace dos años se sumó otra más, que le vuelve a preguntar todo otra vez y muchas cosas más. Que siempre quiere saber los detalles que Sidi misma nunca supo o hace tiempo olvidó: ¿Leonie Puttkamer realmente fue una homicida fallida? ¿Qué películas vio en los años treinta, qué le pareció la política en los años cincuenta? ¿Sabía que la actriz Dorothea Neff también fue una de ellas? De algún modo, a Sidonie le gustan esas preguntas, y lo que no quiere decir, de todos modos lo va a callar. Sabe que su vida será documentada, y escuchar que para otros es tan interesante la llena de orgullo y un poco de egolatría.

¿Pero qué son todas esas pequeñas vanidades en comparación con los sueños diurnos acerca de los grandes amores, sobre los que se puede explayar sin limitaciones en esas conversaciones? Fueron esas hermosas mujeres con las manos inolvidables y el andar incomparable las que le dieron a su vida un sello especial. En todos los encuentros, Sidonie se pone a hablar de Leonie Puttkamer. A veces se retoma toda la historia de su relación, a veces sólo se tratan aspectos aislados. Pero todas las veces subraya que hoy sigue estando orgullosa de haber elegido –cuando era una muchacha joven e inocente– una mujer como la baronesa Leonie Puttkamer para sí.

Con una sonrisa ensimismada, Sidi está sentada en su sillón celeste y experimenta por centésima vez, probablemente por milésima vez, cómo tomaba la mano de Leonie y la besaba.

Llena de rabia y desprecio se acuerda del profesor Freud y aún hoy siente una alegría maligna al pensar que él no había entendido un comino de ella. ¡Era un cretino, no tendrá remordimientos en decirlo!

Cuanto más perdida considera Sidonie su propia belleza, tanto más aparecen los rostros y cuerpos de sus grandes amores. Y con ellos surge, sin excepción, el tema "sexo". Con repugnancia, detrás de la que se

*“No pasa un solo día en que no piense en ella...”*

esconde una ligera tristeza, habla sobre el amor físico. Sabe que se vio privada de placer en muchos sentidos. ¿Cómo lo había expresado el médico que después de su tercer intento de suicidio –cuando la bala sólo erró por dos centímetros su corazón– la había asistido en el hospital de Wiener Neustadt? Este dio en el clavo con su diagnóstico. “Usted es una clásica asexual” dijo, y hasta hoy en día no puede sino asentir al respecto. Cuánto más la había podido excitar el roce de una mano, el movimiento de un cuerpo, una mirada, que las zonas del cuerpo hacia donde todos dirigen el placer. Cuán espantosa le pareció siempre la zona oscura y ese “bulto” amenazador entre las piernas de los hombres, cuán atemorizante, aunque un poco mejor, ese lugar húmedo en las mujeres, cuán repulsiva una lengua en su boca.

“Siempre que todo estaba por funcionar, se me pasaba”, suspira, en voz alta, y sigue hilando sus pensamientos acerca de qué fue lo que la llevó a “ser así”.

“Llegué a ser así por mi madre –afirma, con serenidad–. Todas las mujeres eran enemigas para ella. Recién cuando se dio cuenta de que algo en mí no estaba bien, fue más amable conmigo. Cariñosa fue recién al final, cuando tomaba pastillas, ahí hasta llegó a decirme que tengo ojos bonitos.”

Y sólo esa belleza, la de su madre, la propia y la de muchas mujeres, la conmovió y despertó en ella los sentimientos más poderosos.

“Siempre estuve enamorada de la belleza. Una mujer bella es siempre un placer para mí, y eso seguirá así hasta el fin de mi vida.”

Y ya continúa con las cadenas de asociaciones hasta el presente. Porque hasta el día de hoy no puede dejar de confesar a las mujeres que le gustan. Y, de un modo muy conveniente, hay una muy cerca de ella a la que puede hacer pequeños cumplidos amables: la presidenta del hogar es una mujer al gusto de Sidi, y le da pena poder verla sólo en tan pocas ocasiones.

Pero hace poco, después de una de las reuniones, al fin se lo había dicho. Le hizo saber cuánto aprecia ver su rostro, que el gusto de verla daba luz a su día. Esas palabras amables iluminan el rostro de la presidenta, y Sidonie disfruta de que sus comentarios lleguen a buen puerto y halaguen tan acertadamente.

El grabador de sus dos amigas se interrumpe, la habitación se encuentra en una penumbra de comienzos de la noche. Al fin es hora de ir a comer algo juntas. Las dos pensaron en algo especial, que ocupa los pensamientos de Sidi y hace días: visitarían una clase de local que ella

nunca antes vio. En su juventud, esos lugares se consideraban del "semimundo", y tampoco hoy nadie de su círculo de conocidos pondría un pie allí: el café Willendorf en la Mansión Rosa-Lila es el destino.

Con ojos brillantes entra Sidonie al local, todas las miradas se dirigen inmediatamente hacia ella, probablemente nunca antes una mujer de noventa y seis años haya pasado ese umbral. Apenas llega a la mesa recorre el lugar con su mirada. Quiere saber tanto, escucha tan incrédula las explicaciones. Con asombro registra a quién "se le nota", y quién no entra en absoluto en su esquema. Las mujeres rudas no le gustan, a las femeninas no les cree su lesbianismo. Los hombres delicados y maricas le encantan, a los transexuales no los entiende. Esa noche la cena es absolutamente secundaria, y Sidi se convierte –sonriendo con picardía y aferrada temblorosamente a una copa– en invitada por unas horas en un mundo que tal vez setenta años antes hubiera deseado tener a su alrededor.

La siguiente visita, en cambio, es a su local preferido. Cruzando la calle, en frente del hogar, queda el restaurante de la cadena Wienerwald, y allí hay pollo asado con papas rejilla. Las papas rejilla le parecen originales y las devora con un apetito mucho más grande que las papas asadas de siempre en el hogar. Para tomar pide su bebida preferida: agua de la canilla bien fría. Como tantas otras veces cuenta con entusiasmo de sus diversos amores y se le escapa que es observada con atención por una familia de la mesa contigua. Un vendedor de flores, que está completando su ronda por el local y recibe dinero de los clientes de la mesa contigua, se queda parado junto a Sidonie y le hace entrega de unas rosas. Ella las rechaza, pero él le asegura con una amplia sonrisa que ya fueron pagadas. Sidonie está de lo más sorprendida: ¿quién le envía flores?

En la familia de la mesa contigua comienza a haber movimiento. La madre se acerca a la mesa y dice que su hija estaba tan encantada con Sidonie que quería regalarle esas flores. Pero que era demasiado tímida para hacerlo por sí misma. Unos minutos más tarde, finalmente se anima a acercarse una muchacha de quince años. Unas palabras de admiración y algunos cumplidos tímidos para Sidonie, y la familia abandona el restaurante. La dignidad y la postura de Sidonie logran seguir impresionando como antes.

Cuando alguno de sus conocidos tiene tiempo, a Sidi le gusta mucho ir al cine. En algún momento hacia fines del otoño de 1997, otra vez se da la oportunidad. Una de sus interrogadoras la invita a una

película que tiene todos los componentes para gustarle a Sidi: muchas imágenes espléndidas de animales –caballos–, hermosas tomas de paisajes y –ojalá– no demasiado sexo. La dulce producción hollywoodense *Señor de los caballos* está en cartel.

Pasa a buscar a Sidi y las dos mujeres viajan en subte al cine. Cuando Sidi entra al vagón del subte, hay miradas que denotan impresión y respeto. Su andar erguido, el cuidado de su aspecto y su modo de hablar elegante llaman enseguida la atención. Con curiosidad mira a su alrededor y comenta su entorno. Cada detalle de la moda le salta a la vista, y no se cohíbe de hablar en voz alta al respecto. Del modo en que lo hace ella, sin embargo, le gusta a todos.

Esta vez le toca sentarse frente a una mujer joven que lleva un trajecito elegante. La pollera corta permite ver sus piernas largas. Con gran placer Sidi examina esas piernas. Después de la tercera mirada prolongada, se dirige a su acompañante y dice en voz alta: “Qué piernas lindas que tiene”. Por supuesto que esto lo oye la mujer joven y con ella medio vagón. A nadie le parece chocante, y la mujer joven se mueve sonriendo en su asiento de un lado al otro, para que se destaquen más sus piernas y evidentemente se alegra por el cumplido. Hasta el momento de bajarse, Sidi larga algunas palabras más de reconocimiento, y recién la película la conduce por otros pensamientos.

Despierta y con curiosidad está sentada en la sala del cine. La cabeza tiembla mucho de un lado a otro, toda la fila de asientos participa de ese temblor, pero a los vecinos no les molesta, parece gustarles el mero hecho de que una persona de edad tan avanzada aún salga. La película responde al gusto de Sidi, al menos al comienzo. Hermosas tomas de Colorado con caballos salvajes le sonsacan un suspiro de placer. Pero luego sucede: oh, no, escenas de amor, besos y finalmente sexo. Cuando todavía se trata de enamoramiento romántico, Sidi sonríe, en paz, cuando comienzan los besos lanza a la sala el indignado grito de “qué barbaridad”, de modo que todas las cabezas se dan vuelta, y en la escena de la cama hace tiempo que se quedó dormida. Igual, la película la seguirá ocupando durante días y todas las amigas que ve en el transcurso de la siguiente semana se enterarán de ello.

Son estas las amigas que la sostienen y le ofrecen consejo y apoyo cuando es necesario. Lotte y Ruth son las más importantes, después viene en seguida la hija de Ruth, Andrea. Con ellas puede discutir todo, pedir todo tipo de consejos, desahogar su corazón. Se ocupan más y la apoyan más que cualquier pariente, lo cual Sidi sabe valorar mucho. Lotte la llama diariamente, a veces sólo para preguntarle cómo le va, a veces también para conversar un poco más.



En las vacaciones la invitan de todos lados, pasa sus veranos en cabañas de caza en Estiria, en lo de Andrea en la zona de Salzburgo, en lo de Jeanette en París y algunos años, cuando todavía se sentía lo suficientemente fuerte, en Florida en lo de su hermano menor.

Recién en el último tiempo Sidonie no quiere viajar más. Teme enfermarse y ser entonces una carga para sus anfitrionas. O incluso morirse, y ese tipo de molestias no le quiere causar a nadie. Además, también muchas de sus amigas más jóvenes empiezan a estar delicadas o frágiles y no la pueden recibir más. Eso hace que Sidi se vuelva rencorosa y solitaria. Todas las amigas y amigos de aproximadamente su misma edad hace tiempo que murieron y la dejaron atrás, y ahora ya le toca a la generación siguiente. Entonces, una vez más maldice su mente lúcida, que la obliga a percibir todo con claridad, y desea que sobrevenga la muerte.

Después, sin embargo, a los noventa y ocho, la vuelve a invadir una vez más la gran pasión por la aventura, y planea y fantasea con un gran viaje, que habría de ser su último, una aventura en la cabeza. Por casualidad se había enterado de que unos amigos diplomáticos estaban en Lima, Perú. Eso hace florecer su recuerdo. Más allá de cincuenta años pasaron desde su travesía a la emigración desde Japón a Panamá y finalmente a Cuba, pero como si fuera hoy ve a Carlos, el apuesto peruano, que le gustó como sólo muy pocos y que le propuso tan encantadoramente una relación, parado en la borda. Al pensar en este romance no consumado, a Sidonie la invade aún hoy un leve escalofrío. Y logra, efectivamente, convencer a sus lejanos amigos diplomáticos de que realicen averiguaciones acerca de su gran pasión. No pasa mucho tiempo y Sidonie no sólo se entera de que Carlos todavía está vivo, sino que también consigue su dirección.

Ella dicta inmediatamente una carta, porque su letra temblorosa nadie, ni siquiera ella misma, la puede leer, y al poco tiempo efectivamente llega una respuesta. No está escrita por Carlos –sus ojos son demasiado débiles– sino por su hijo.

A partir de entonces, no hay modo de parar a Sidonie. Reserva un vuelo a Lima y sus amigos le aseguran que puede vivir en la casa de ellos. Pero entonces llega el pedido de Carlos de ir recién en medio año, porque en ese momento, por motivos de salud, no estaba en condiciones de recibirla. Sidonie le envía como respuesta en la próxima carta una fotografía suya y le pide una de él. "Después me mandó una, y en la fotografía no había nada que me gustara. Se la mandé de

*“No pasa un solo día en que no piense en ella...”*

vuelta, porque en la foto parece un atleta del que nunca me hubiera enamorado.”

El sueño se había ido, la fantasía, esfumado. Carlos era un hombre viejo y vanidoso que quería impresionarla y así la desilusionó. Sidi está contenta de que nunca emprendería ese viaje, probablemente el encuentro hubiera resultado una gran decepción, y ella cierra, aliviada, las últimas páginas abiertas del capítulo ‘Hombres’.

La única relación que Sidonie –aparentemente– no pudo resolver es la relación con Wjera. Esa mujer, que tal vez haya sido su único verdadero amor, está presente sin cesar en sus pensamientos. Muy frecuentemente Sidi repite la frase: “No pasa un día sin que piense en ella”. Pero esto siempre conlleva el dolor por la decepción, ya sea la propia, ya sea la que ella produjo, y casi es como si quisiera eliminar ese lado oscuro.

Wjera, entonces, es la única a la que nunca llama por su nombre y sobre la cual extiende un gran manto de protección y de silencio. Con ella, probablemente, hubiera sido más necesario que nunca dejar tras de sí las convenciones adquiridas por la educación y entregarse completamente al amor. Pero Sidonie no lo logró, y ese fracaso sobrevive en ella en la forma de un profundo dolor hasta el final.

Quedó en deuda con Wjera.

A fines de abril de 1999 comienza el año cien de Sidonie. El día de su cumpleaños, su habitación es un mar de flores, una gran cantidad de paquetitos más pequeños o más grandes tiene la función de recordarle que muchas personas la quieren y piensan en ella. Pero Sidi no se alegra del todo. Ya hace varios meses que está tan cansada, muerta de cansancio. Comienza –lo cual nunca antes le sucedió– a olvidar citas, finalmente a olvidarse de personas más alejadas. Ya no quiere salir, está impaciente y malhumorada, ya sólo quiere estar sentada y quedarse con la mirada perdida, en realidad lo que más quisiera es quedarse dormida sin volver a despertar jamás. Su mundo se vuelve más estrecho.

Entonces tiene lugar el primer paso en esa dirección. Un día de mayo, los pies de Sidi se tropiezan en la alfombra de la antesala, se cae y se quiebra el trocánter mayor. El decurso que le sigue es el habitual: internación en el hospital, operación, reposo en cama.



Sidonie Csillag

Hace calor en esos días, y Sidonie yace, sin manta, como un animalito pálido, translúcido, desvalido, los brazos y las piernas a un costado, en una cama con barrotes de alta tecnología en un hospital de alta tecnología. Del cuerpo casi no queda nada. Piel fofa y un poco de carne cuelgan de huesos y articulaciones aparentemente demasiado grandes. Ahora también su pelo es sólo una fina y blanca pelusa, la boca desdentada está hundida.

Sidi no habla, no se queja, sólo tiene la mirada perdida y se va alejando cada vez más.

Recién cuando una de las dos amigas jóvenes le trae una foto de Leonie Puttkamer como único efecto personal a esa blanca antesala del infierno, regresa la vida al cuerpo de Sidi. Los ojos se agrandan, la boca sonríe, en voz baja susurra: “A esa una vez la quise mucho”.

Después de cierto tiempo, se terminan los tratamientos médicos necesarios y Sidi regresa a su hogar, primero a la estación de enfermería, después incluso a su propia habitación. Aquí la atienden mucho mejor, la dignidad y postura que ella no puede conseguir por sí misma se las devuelven a través de un cuidado cariñoso. La llevan en silla de ruedas a la peluquería, todos los días le cambian el vestido, siempre colorido, la alimentan con regularidad, luego la sientan en el jardín.

*“No pasa un solo día en que no piense en ella...”*

Sidi ya casi no habla tampoco aquí, deja que suceda lo inevitable, sonrío a las pocas cosas que todavía le resultan lindas y agradables.

Después todo pasa rápido. Los días se vuelven más calurosos, Sidi más débil. Ya no sale en silla de ruedas, la peluquera se acerca a la cama, algunos conocidos, que no saben qué hacer para ayudar, le llevan helado que ponen en su boca desdentada hasta que comienza a gemir.

Después empiezan las manchas en las piernas, la falta de circulación muestra el fin que se aproxima. Cuando Sidi ya se encuentra al borde de este mundo, llega su joven amiga. La respiración de Sidi ya casi se ha esfumado, el cuerpo está apenas tibio. Una mano se posa sobre su hombro, sobre su mano, la acaricia, una voz todavía le llega desde lejos. Después se expulsa desde este canto de esta existencia hacia otra. Es fácil...



## Postfacio

Thomas Gindele\*

*Freud, Lacan, Sidonie: desfasajes\*\**

Cuarenta y tres años después de que Freud publicara el artículo “Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, Jacques Lacan, en el curso de la sesión del 9 de enero de 1963 de su seminario *La angustia*, les decía a sus oyentes:

Si partimos de la idea de que el límite de Freud, que existió, podemos encontrarlo a través de todas sus observaciones, la no-percepción de lo que precisamente había que analizar en la relación sincrónica del analizado con el analista que atañe a la función del objeto parcial, veremos, y si quieren volveré sobre ello, el origen mismo de su fracaso, del fracaso de su intervención con Dora, con la mujer del caso de homosexualidad femenina [...]

Hablará extensamente de la “joven homosexual” durante las dos sesiones siguientes, el 16 y el 23 de enero.

¿Es fundada esa crítica a Freud? La biografía de Sidonie Csillag aporta algunos elementos que hoy permiten distinguir mejor los desfasajes que existen entre los diferentes relatos de los protagonistas: Freud, Lacan, Sidonie, su padre.

La crítica lacaniana de Freud está ligada a la invención del objeto *petit a*, pero también a la situación en la que se hallaba entonces Lacan a punto de ser excluido de la International Psychoanalytic Association (IPA). Considerando que Jean Allouch expuso la invención del objeto *petit a* de manera definitiva<sup>1</sup>, me propongo aquí señalar desde qué ángulo, o incluso en qué lecturas forzadas tuvo que basarse Lacan para imponer con respecto a Sidonie la mayor pertinencia de su posición por encima de la posición de Freud.

\* Thomas Gindele es el traductor al francés de *Sidonie Csillag. Homosexuelle chez Freud. Lesbienne dans la siècle*, publicado por Epel, París, 2003. Texto que incluimos aquí con la autorización de Epel. [N. de E.]

\*\* Traducción por Silvio Mattoni.

<sup>1</sup> Jean Allouch. *La Psychanalyse: une érotologie de passage*. Paris, Cahiers de l'Unebévue. E.P.E.L.1998 y Jean Allouch, *El psicoanálisis: una erotología de pasaje*, nota 1 pp.12 y ss., Córdoba, Cuadernos de Litoral, 1998.

### ¿Era Sidonie Csillag una “paciente”?

¿Podemos hablar de un “caso”, como lo hizo Lacan en la cita ya mencionada, tratándose de Sidonie? En “Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, Freud había tenido cuidado de precisar que “la joven no era una enferma”. La posición de Sidonie frente al análisis está ligada a la de su padre, quien desaprueba enormemente que ella busque con tanta insistencia la compañía de la “dama”. Pero ya no puede presionarla demasiado, pues ella ha intentado suicidarse. Le queda entonces jugar la “carta Freud”. ¿Cuál es el interés de Sidonie al respecto? Obviamente, para ella se trata de dejar que su padre juegue esa carta, hasta el fin, para que de ningún modo él tenga que lamentarse después. En efecto, si ella interrumpía las sesiones luego de quince días por ejemplo, con el pretexto de que eran aburridas, su padre entonces podría reprocharle no haber jugado el juego, y las presiones volverían a empezar. Ella procura el fin de esas presiones, quiere que él ceda de una vez por todas. Para lograrlo, le basta con ser paciente: el profesor terminará dándose cuenta de que era mejor abandonar la partida<sup>2</sup>.

Freud escribe en efecto que no hay otra opción que ponerle término a lo que no llega a ser un análisis, dado el rechazo de la principal interesada. Por otro lado, no es una neurótica, más bien hay que hablar entonces de “observación”, según se expresa –corrigiéndose a sí mismo– hacia el final de su artículo. Conviene pues poner comillas cuando hablamos aquí de “caso”, y recordar que, si bien aceptó el pedido del padre para examinar a Sidonie, aunque tomando la precaución de no prometerle nada, fue también en razón de que en esa misma época estaba preocupado por la cuestión de la homosexualidad de su propia hija Anna, en análisis con él desde hacía un año –algo que no deseaba hacer público.

Veamos ahora en detalle los dos puntos de apoyo que utiliza Lacan para criticar a Freud, es decir, su interpretación de la tentativa de suicidio y la de los sueños mendaces. En cada uno de esos puntos, también Sidonie se opone a Freud, refutando su versión de los hechos. Y si nos vemos llevados a confirmar, como lo haremos nosotros, el relato freudiano en contra de ella, no parecerá menos discutible la lectura lacaniana.

Lacan actuará de dos maneras diferentes: sobre el primer punto (el 16 de enero de 1963) parece ir en la misma dirección que Freud; retoma el término de *niederkommen* como tal, pero cambia su sentido y lo

---

<sup>2</sup> Véase en este mismo libro, capítulo II.

convierte en un paradigma<sup>3</sup> a través de una nueva teorización del pasaje al acto. Su recuperación de Freud está fundada en un juego de palabras de su propia cosecha, sobre “dejar caer”. Solamente sobre el segundo punto, los “sueños mendaces” (el 23 de enero de 1963), va a proceder verdaderamente con una crítica de fondo.

EL “CAER / PARIR \*” (“NIEDERKOMMEN”)

La versión que leemos en Freud de la furiosa mirada paterna, que desencadena la tentativa de suicidio, no le pertenece a Sidonie, sino a su padre. Al comienzo de su artículo, Freud presenta las cosas tal como se las ha relatado el padre, que fue a plantearle el “problema” de su hija. Así, el tercer párrafo del artículo es introducido por la frase:

Dos aspectos de su conducta, en apariencia opuestos entre sí, provocaron grandísimo desagrado a sus padres<sup>4</sup>.

Freud se ubica pues desde el punto de vista de los padres, aun cuando no les dé la razón (“aparentemente”).

La continuación del texto, en especial el relato de la tentativa de suicidio dos frases más adelante, refiere pues lo que el padre le dijo a Freud cuando fue a pedirle que admitiera a su hija en tratamiento. ¿Acaso el padre no está en mejor posición para saber si les lanzó a las dos mujeres con las que se ha cruzado una mirada indignada? En consecuencia, la versión que Sidonie cuenta en este libro no me parece más creíble. Pretende en efecto que del otro lado de la calle su padre se habría despedido de un colega para subir al tranvía y que, si bien la había notado en compañía de la baronesa, habría actuado como si no viera nada. Algo que ella habría captado en dos momentos, primero evitando la posibilidad de ser vista, antes de darse cuenta, al volverse, que él estaba a punto de subir al tranvía.

En cuanto a la continuación de esa escena, también existe una contradicción entre dos versiones, pero esta vez ambas le correspon-

<sup>3</sup> Jean Allouch, “Freud embringué dans l’homosexualité féminine”, en *Cliniques méditerranéennes*, n° 65, las homosexualidades hoy: un desafío para el psicoanálisis, Toulouse, Érès, marzo de 2002, p. 105-130.

\* En el original, *mettre bas*, que significa también “deponer”, “dejar caer”, etc. [T.].

<sup>4</sup> S. Freud, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Volumen XVIII. *Amorrortu editores*. Buenos Aires, 1979. p. 142.



den a Sidonie; la primera es la que expusiera en el diván de Freud, en 1919:

Entre esta interpretación profunda y la conciente, superficial, de la muchacha, establece la conexión el hecho de que en ese momento la dama había hablado igual que el padre y pronunciado la misma prohibición.(...) Entre esta interpretación profunda y la conciente, superficial, de la muchacha, establece la conexión el hecho de que en ese momento la dama había hablado igual que el padre y pronunciado la misma prohibición.<sup>5</sup>

Vemos que lo esencial para Freud en la explicación de esa escena (la intervención de la prohibición paterna) está ocultado por la versión que ahora ofrece Sidonie<sup>6</sup>. Tenemos la impresión de que ése es su objetivo, lo que no deja de volver aún más creíble la versión del fundador del psicoanálisis.

Lacan, por su parte, se contenta con afirmar (sesión del 16 de enero de 1963):

Hay varias cosas que decir acerca del *niederkommen*. Si lo introduzco aquí, es porque se trata de un acto para el cual no basta decir, recordar su analogía con el sentido de *niederkommen* en el acto del parto para agotar su sentido. Ese *niederkommen* es esencial para toda relación repentina del sujeto con lo que es como *petit a*.

El desplazamiento que se efectúa pues frente al *niederkommen*, interpretado como “parto”, remite a una primera lectura del pasaje al acto propuesta por Lacan unos años antes, previa a la invención del objeto *petit a*. ¿Acaso Lacan puede reprocharle a Freud que no haya señalado la nueva significación que él introduce en 1963?

Lucien Favard, en una intervención durante el seminario de Jean Allouch, expuso que Lacan no duda en “arreglar” a Freud a su manera: construye una expresión que pretende ser freudiana, pero que en realidad consiste en añadir al *niederkommen* de Freud un *lassen* que no figura en ninguna parte en el artículo de este último:

Lo que le sucede en ese momento al sujeto es su identificación absoluta con el *petit a*, al cual ella se reduce. La confrontación con el deseo del padre, sobre el cual se construye toda su conducta, con esa ley que se hace presente en la mirada del padre, es aquello por lo cual

---

<sup>5</sup> S. Freud, *Obras completas*, op. cit. p.155

<sup>6</sup> Véase en este mismo libro, capítulo I.

ella se siente definitivamente identificada, y al mismo tiempo rechazada, deyectada fuera de la escena. Sólo el *dejar caer*, el *dejarse caer* puede realizarlo. [*subrayado mío, una afirmación que sigue estando sin demostrar*]. Ahora me falta tiempo para indicarles en qué dirección va esto... [*a pesar de todo, siguen tres frases sobre una observación de Freud que se refiere al duelo que “no es suficiente”*] Pueden ver que el tiempo me urge y que ahora no puedo más que dar una indicación; pero lo que señala en verdad hasta qué punto se trata de eso, son dos cosas; es la manera en que Freud *siente*<sup>7</sup> que, por más avances espectaculares que haga la paciente en su análisis, eso le pasa, por así decir, como agua sobre las plumas de un pato; y si él desconoce en particular el lugar que le corresponde al *petit a* en el espejo del Otro mediante todas las coordenadas posibles, por supuesto que sin tener los elementos de mi topología, pero no es posible decirlo más claramente, dado que entonces dice: *allí, ante eso me detengo, me tropiezo*, dice Freud<sup>8</sup>, *es algo así como lo que pasa en la hipnosis*. Pero, ¿qué es lo que pasa en la hipnosis? [...] Lo único que no vemos en la hipnosis es justamente... la mirada del hipnotizador que es la causa de la hipnosis<sup>9</sup>.

Y el giro está dado: Freud se encuentra en el papel del hipnotizador. Pero, ¿acaso no significa desatender la explicación que había dado sobre su decisión de ponerle fin a lo que sólo era una observación?

Otra pregunta: ¿es ilegítimo comparar el efecto que produce sobre Freud la estrategia tan eficaz de Sidonie con la hipnosis? Comencemos citando la frase exacta de Freud, al igual que la frase siguiente:

La impresión que daba su análisis se asemejaba a la de un tratamiento hipnótico en que la resistencia, de igual modo, se ha retirado hasta una determinada frontera donde, después, resulta inexpug-

<sup>7</sup> Aclaración: Freud por el contrario *lo escribe*; el verbo “sentir” se emplea en este caso para dar idea de la impotencia que habría sufrido Freud, que se supone que explicará el “desconoce” que vendrá luego.

<sup>8</sup> No lo dice. Si se pretende citar, podemos hallar un ejemplo: “La analizada era muy cooperativa desde el punto de vista intelectual, pero sin abandonar su tranquilidad anímica” (S. Freud, *Obras completas, op. cit.*). El problema de las citas exactas es explícitamente abordado por Lacan al final de la sesión del 23 de enero: “[Freud] lo afirma en una frase que es muy característica porque es tan elíptica y concentrada que tiene ese carácter casi de un tropiezo en el habla; se trata en verdad, voy a leerles de nuevo la frase, no la he traído, la traeré la próxima vez, es muy bella...” Desgraciadamente, el 30 de enero...

<sup>9</sup> Jacques Lacan, *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963.

nable. A esa misma táctica rusa (así podría nombrársela) obedece la resistencia muy a menudo en casos de neurosis obsesiva<sup>10</sup>...

Vemos que Lacan tenía opciones en materia de comparación. Si escogió la hipnosis y no la neurosis obsesiva es porque volvía más fácil asociar (por una simple analogía metafórica) la mirada de Freud con la mirada del padre de Sidonie, supuestamente responsable de la tentativa de suicidio. A semejanza del padre que habría dejado caer a su hija, se trata de imputarle a Freud la responsabilidad de haber hecho lo mismo, claro que dentro su ámbito; Lacan necesita pues añadir un verbo *ad hoc*, será el *lassen* que le va a permitir construir la expresión que –en alemán al igual que en francés– admite el sentido figurado de “dejar caer a alguien”:

[...] la paradoja es lo que linda con aquello que la última vez les indiqué como el punto en que Freud nos lega la cuestión de saber cómo actuar en el nivel del complejo de castración, y designado así como está inscripto en la observación que me sorprende que no sea el objeto más común de asombro para los psicoanalistas, que ese análisis termina en que Freud la deja caer<sup>11</sup>.

El 23 de enero se ratifica la afirmación:

[...] esa relación del sujeto con *a* [...] Es lo que he llamado, *tomándolo del vocabulario y (¡sic!) de la lectura de Freud*, a propósito del pasaje al acto que le aporta su caso de homosexualidad femenina, el *dejar caer*, el *niederkommen lassen*.

Se trata pues, en mi opinión, de un truco de prestidigitador al margen de la observación freudiana.

### LOS “SUEÑOS MENDACES”

Freud sólo menciona esos sueños al final de su artículo, luego de haberle “puesto fin al análisis apenas tuve conocimiento de la posición de la joven frente a su padre [...]”. Vuelve sobre ello solamente para tomar nota de que “a pesar de todo una sola vez se produjo en ese análisis algo que podía entender como una transferencia positiva [...]”.

---

<sup>10</sup> S. Freud, *Obras completas*, op. cit. p.156.

<sup>11</sup> Sesión del 16 de enero de 1963.

Sidonie, empeñada en “jugar el juego del psicoanálisis”, necesita proporcionarle material al profesor. El libro *Sidonie Csillag...* no menciona los “sueños de matrimonio” de los que habla Freud; en cambio, Sidonie cuenta de manera muy plausible cómo preparaba y comentaba sus sesiones con el profesor en compañía de la baronesa en el café Herrenhof –infringiendo la promesa dada al padre de abstenerse de todo contacto con Von Puttkamer durante la época de tales sesiones. En lugar de los sueños de matrimonio, ella dice que le contó a Freud otros sueños, sueños inventados con respecto a la baronesa. El comentario que hace Freud de los sueños “de matrimonio” se aplicaría, si le creemos a la biografía, a sueños que se habrían referido al deseo que ella tenía de encontrarse con Léonie von Puttkamer, deseo al que sin embargo se habría resistido valientemente<sup>12</sup>. Lo cual tampoco “encaja”, una vez más tenemos que darle la razón a Freud, en contra de Sidonie.

Pero también en contra de Lacan; Freud pretendía tomar nota de esos sueños para hacer un balance sobre el estatuto del inconsciente:

En nuestra soñante, el propósito de engañarme, [...] provenía del preconciente, si es que no era conciente; ahora bien, pudo abrirse paso en la medida en que se conectó a la moción inconciente de deseo de agradar al padre (o a su sustituto), y así creó un sueño mendaz. Los dos propósitos, el de engañar al padre y el de agradarle, provienen del mismo complejo; el primero creció por la represión del segundo, y este es reconducido al primero por el trabajo del sueño.<sup>13</sup>

Lacan le reprocha a Freud que no supiera tomar el enunciado de la observada al pie de la letra, como un enunciado simbólico. Pero Lacan en verdad tiene dificultades para hacer esto plausible. Así concluye muy trabajosamente la sesión del 23 de enero de 1963:

El inconsciente siempre merece confianza. El discurso del sueño, nos dice [Freud], es distinto al inconsciente, está formado por un deseo que proviene del inconsciente, pero al mismo tiempo admite que es ese deseo que se expresa hasta formularlo. Resulta entonces que el deseo proviene de algo, que proviene del incons-

---

<sup>12</sup> Ver en este libro, capítulo II.

<sup>13</sup> S. Freud, *Obras completas, op. cit.* p.158.

ciente y que es ese deseo lo que se expresa mediante esas falsedades. Ella misma le dice que sus sueños son mentirosos. Ante lo que se detiene Freud es el problema de toda mentira sintomática, vean lo que es la mentira en el niño, es lo que el sujeto quiere decir al mentir<sup>14</sup>.

Freud se habría dejado atrapar como un novato...

Implícitamente, Lacan también sugiere que hubiese hecho falta proseguir el análisis. “¿Para qué?”, podemos preguntarnos ahora.

La mejor corrección aplicada a ese error de interpretación de su parte es igualmente obra de... Lacan: un año después, durante la sesión del 29 de enero de 1964, el argumento de la mentira sintomática ya no es utilizado en contra de Freud, sino con él:

*El inconsciente*, nos dice [Freud], *no es el sueño*. Lo que en sus términos quiere decir que el inconsciente puede funcionar en el sentido del engaño, y que para él eso no equivale a ninguna objeción. En efecto, ¿cómo no habría una verdad de la mentira? –esa verdad que torna completamente posible, en contra de la supuesta paradoja, que uno afirme– *Yo miento*.

Si bien Lacan dio media vuelta sobre la cuestión de la mentira, se produce sin embargo algo extraño enseguida: argumenta contra Freud por medio de una simple repetición del análisis freudiano anunciado como un hallazgo lacaniano:

Simplemente, en esta ocasión Freud no llegó a formular correctamente lo que era el objeto tanto del deseo de la histérica como del deseo de la homosexual. Fue así que –tanto frente a unas como frente a las otras, ante Dora al igual que ante la famosa homosexual– se dejó superar, y que el tratamiento se rompió. Freud aún no podía ver –a falta de marcas estructurales que yo espero aclarar para ustedes– ver que [...] es en el deseo del padre donde la homosexual encuentra otra solución –*desafiar el deseo del padre*<sup>15</sup>.

Un argumento, de alguna manera, con-contra\* Freud.

<sup>14</sup> Sem. L'angoisse. Transcription AF, pág. 146.

<sup>15</sup> Jacques Lacan, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barral, 1977, pág. 49. Subrayado nuestro.

\* En el original, *avec* (neologismo que une las preposiciones *avec* (“con”, “junto a”) y *contre* (“contra”, “en contra de”) [T.].

## Sidonie Csillag: cronología \*

### LÉONIE/FREUD

1891 Nacimiento de Léonie von Puttkamer.

3 de diciembre de 1895, en Viena. Nacimiento de Anna Freud.

1897 Matrimonio de Antal Csillag y Ema.

1899 Nacimiento de Heinrich Csillag en Lemberg.

26 de abril de 1900 Nacimiento de Sidonie Csillag en Lemberg.

Los niños Csillag tienen derecho a un bautismo inscripto.

1902 Antal Csillag funda la sociedad de transporte y almacenamiento de petróleo crudo de Boryslaw.

Los Csillag se mudan a Viena.

1905 Nacimiento de Robert Csillag.

1909 Un espléndido departamento sobre la Neulinggasse.

A los trece o catorce años, Sidonie manifiesta una ternura excesivamente fuerte hacia un niño de tres años encontrado en una plaza.

Junio de 1914 La monarquía austro-húngara le declara la guerra a Serbia.

Noviembre de 1916 Muerte del anciano emperador.

1917 Primera ola revolucionaria en Rusia.

Junio de 1917 Nacimiento de Ernst, tercer hermano de Sidonie Csillag.

1917 Heinrich parte hacia la guerra.

En las vacaciones, Sidonie procura vincularse con una artista de cine, lo que le disgusta a su padre. Sidonie termina su bachillerato. Seguirá siendo amiga de Ellen Schoeller que luego se apellidará Ferstel, así como de Grete Weinberger y Christl Schallenberg; Christl Kmunke, una amiga homosexual de su edad cuyas insinuaciones Sidonie rechaza, también seguirá siendo su amiga y mensajera.

En las vacaciones de verano en el Semmering en el hotel Panhans, Sidonie ve por primera vez a Léonie von Puttkamer en compañía de Klara Waldmann. Regreso a Viena. Sidonie espía a la baronesa en el Grand Hotel, luego la sigue y toma el mismo tranvía. Se ha roto el hielo, un gesto de ceder el paso al estilo de un caballero andante durante ese primer encuentro.

En adelante, Sidonie va a acompañar a su amada todos los días. Ante semejante pasión, su padre se muestra alerta y severo, su madre tolerante e indiferente.

---

\* Cronología establecida por Danielle Arnoux. Traducción del francés de Silvio Mattoni.

**Comienzos de 1918** En un paseo, la pareja de Sidonie y Léonie se cruza con el padre de Sidonie. Varias versiones. Sidonie se lanza al vacío sobre el andén del ferrocarril urbano.

“Seis meses después de ese accidente” tiene lugar la consulta según el relato de Freud. Pero pareciera que fue más bien casi un año después, ya que los padres consultan a Freud en febrero de 1919.

**Primavera de 1918** Sidonie encuentra a su amada en mejor disposición hacia ella.

**Verano de 1918** En Semmering con su madre, que “seduce y coquetea a tal punto que su hija se muere de vergüenza y de asco”. Un episodio humillante en que su madre niega a Sidonie como una potencial competidora.

**11 de noviembre de 1918** Firma del cese del fuego entre el imperio alemán y los aliados.

Sidonie visita a la baronesa en el departamento que le procura el conde Apponyi (hasta julio de 1920). Lee con ella *Joséphine Mutzenbacher*.

**1918** Freud, “El tabú de la virginidad”.

**1º de octubre de 1918** Comienzo del análisis de Anna Freud con su padre, seis sesiones por semana, hasta la primavera de 1922, luego hay una interrupción de dos años y se reanuda en 1924.

**Febrero de 1919** Los padres de Sidonie consultan a Freud sobre ella.

Sidonie acude al 19 de Bergasse cinco veces por semana a la hora de la siesta, 15: 30 hs.

A pesar de la promesa que le hace a sus padres, Sidonie vuelve a ver a Léonie después de sus sesiones con Freud, en el café Herrenhof. Incluso esperará a Léonie en lo del peluquero charlatán al que también va Emma.

**Mediados de junio de 1919** Sidonie cuenta los días (dos semanas) hasta las vacaciones de verano (apuro por terminar con Freud), Anna está en análisis con su padre desde hace seis meses (según las autoras, nueve meses en mi opinión; en cambio, tal vez sean “seis meses” el tiempo que habría durado el trato de Freud con Sidonie).

Anna sale de vacaciones con la familia Rie.

**Verano de 1919** Sidonie pasa una temporada en Brioni.

**Septiembre de 1919** Freud le dice a Sidonie que pongan término a su análisis en el momento de la primera sesión después de las vacaciones de verano.

Por su parte, Sidonie desea que Freud le diga a su padre que Léonie “no la apartó del recto camino en dirección a su cama”. Freud dice, al dejar a Sidonie: “Usted tiene una mirada muy astuta... No me gustaría encontrarla por la vida como su enemigo”.

**Agosto de 1919** “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales”, inspirado en el caso de Anna.

**Enero de 1920** Muerte de Sophie Halberstadt, hija de Freud.

**1920** Freud publica “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”.

**KLAUS/FRITZ**

**1921** Freud invita a Lou Andreas-Salomé a Viena.

Se trata de que Lou y Anna discutan. Importancia de una interlocutora mujer para Anna.

**Enero de 1921** Albert Gessmann se divorcia de su mujer Paula.

**Marzo de 1921** Léonie y Gessmann se instalan en Sebastianplatz.

**Verano de 1921** Léonie trata de encontrarse con la bailarina nudista Anita Berber.

**4 de febrero de 1922** Léonie y Gessmann se casan.

**Agosto de 1922** Léonie y Gessmann se divorcian.

**1922** “Fantasías de flagelación y sueños diurnos”, conferencia de Anna para su candidatura en la Sociedad Psicoanalítica de Viena.

**Verano de 1922** Sidonie a orillas del lago de Wörthersee, con Heinrich. Conoce a Klaus Bäckström que la corteja y a Fritz Dietz von Weidenberg, primer hombre que le interesa. Hacen un arreglo entre ellos (que ella desconoce). Fritz sabe que ella es una esteta.

**Septiembre de 1922** Sidonie se da cuenta de la pasión que siente Léonie por Anita Berber. Tiene miedo de que eso le pase algún día.

**Diciembre de 1922** Una riña en el Tabarin que implica a Anita Berber.

**Diciembre de 1922** Léonie se marcha para instalarse en Berlín. Sidonie intenta poner fin a sus días. Le roba a una amiga una ampolla de veneno, se lo toma una noche. Lo cual le provoca varias horas de malestar y muchos vómitos, pero no muere.

**1923** Léonie vuelve de Berlín, acompañada por Carola Horn, a pasar seis semanas en Viena, luego regresa a Berlín.

**Otoño de 1923** Léonie se dirige a Munich. Relaciones tumultuosas al mismo tiempo que llegan cartas de Albert Gessmann. Diferentes compañeras: Susi Wanowski, Bebi Becker, Gisela Spira, Lotte Oeltjen, Carola Horn, etc.

**Febrero de 1923** Primer beso de un hombre, Klaus. Sidonie siente asco.

**Primavera de 1923** Les anuncia a sus padres que Klaus le pide su mano.

**Febrero de 1923** Freud tiene un cáncer en la mandíbula, sufre una operación el 20 de abril y otra el 12 de noviembre. En el curso de los dieciséis años siguientes será operado dieciséis veces más. Anna ya no dejará a su padre.

**19 de junio de 1923** Fallecimiento del nieto de Freud, Heinerle Halberstadt, a los cinco años de edad.

**Marzo de 1924** Léonie regresa a Viena; nuevo casamiento de Léonie con Gessmann.

**26 de marzo de 1924** Albert Gessmann empieza un juicio contra su mujer por tentativa de envenenamiento. Proceso y escándalo.

**29 de marzo de 1924** Declaración de Sidonie.

**5 de abril de 1924** Absolución de la sospecha de envenenamiento. Albert envía a Léonie a la casa de salud Löwy en Sulz-Stangau.

**Junio de 1924** Gessmann es examinado por Wagner-Jauregg.

**Julio de 1924** Sidonie le envía un telegrama a Léonie desde Brioni: “Se le solicita que termine todo contacto con mi hija. Antal Csillag”.



**Octubre de 1924** Se encarga el vestido de casamiento. Tentativa de suicidio en casa de los Weinberger en Katzelsdorf. Sidonie se dispara con un revólver. Le erró al corazón por dos centímetros. El médico que la atiende en el hospital de Wiener Neustadt le dice: “usted es una típica asexuada”. Se anula el proyecto de matrimonio.

**1925** Nuevo encuentro fallido con Fritz.

**1925** Freud le regala un perro lobo a Anna, Wolf. Ella insistió para tener un macho bastante grande que le diera la sensación de estar protegida durante sus paseos solitarios de verano en el Semmering.

**Marzo de 1926** Fritz, hospitalizado por una enfermedad venérea, muere de septicemia, Sidonie se viste de estricto luto.

**Primavera de 1926**, en Praga, en casa de Marianne Kraus Winterberger, primer acercamiento sexual con un cuerpo femenino, Sidonie sólo vive “con el fervor de los otros”. Se viste de Caballero de la rosa.

**Verano de 1926** en Brioni.

**Otoño de 1926** Formación comercial, aunque Sidonie no quiere trabajar.

**Julio de 1927** Incendio del palacio de justicia de Viena.

Sidonie reanuda sus cursos de equitación en el Prater.

Conoce a Eduard von Weitenegg.

**1928** Acepta la invitación de Ed. “Paga su tributo a la normalidad”, experiencia repulsiva, aunque ella no lo dice. “Cuando las cosas empiezan a encajar, se acabó, es así como funciono, aparentemente”.

Heinrich Csillag vive en París; obtendrá la nacionalidad francesa.

**1929** Debaque económica.

**18 de mayo de 1930** Sidonie y Eduard se casan. Sidonie recibe como regalo de casamiento de su padre la vajilla de la actriz Katharina Schrott del Burgtheater adquirida en el Dorotheum.

**17 de abril de 1931** Fallecimiento de Antal Csillag.

Robert Csillag abandona los negocios e inicia estudios en el Conservatorio.

**Primavera de 1933** Robert Csillag desposa a la cantante Herta Glaz quien trabaja con Ernst Krenek hasta noviembre de 1935. Pronto empezarán a anular conciertos en Austria.

## WJERA

**Noviembre de 1934** Sidonie conoce a Wjera Fechheimer, hija de Helene Rothballe, en casa de Ellen Ferstel; se enamora de ella y la busca en el hotel como antaño lo hiciera con Léonie. Wjera, viuda de Ernst Gutmann en 1925, está casada desde 1928 con Hans Martin, viven en Nuremberg. Sidonie multiplica los encuentros con Ellen durante seis meses para tener noticias de su amada.

**28 de abril de 1935** Sidonie invita a Wjera a su casa y logra abrazarla por sorpresa.

**1935** Se decretan las leyes raciales en Nuremberg.

**Junio de 1935** Los Fechheimer se instalan en Munich.

**Navidad de 1935** Sidonie le envía anónimamente a Wjera flores y un poema.

**1936** Franz, el hermano de Ed, pro-nazi, muere a consecuencias de una operación de apendicitis.

- Verano de 1936** en Saint-Gilgen. Robert está a punto de fundar una sociedad de ópera con Herta Glaz y Ernst Krenek.
- 1936** Sidonie va a escuchar el Salzburg Opera Guild, que se realiza en el castillo del conde Almeida a orillas del lago Mondsee.
- Noviembre de 1936** Los camaradas de la Heimwehr le ofrecen a Ed la dirección del instituto austríaco para la estadística visual.
- 1937** El conjunto musical de Robert se embarca para una gira en los Estados Unidos.
- 1938** Anexión de Austria por Alemania. Anschluss.
- 15 de marzo de 1938** Hitler llega a Viena.
- 26 de marzo** Hermann Göring declara que Viena debe ser “purificada de judíos” en cuatro años.
- 1º de abril** Primeros transportes de detenidos.
- Marzo de 1938** Sidonie ve ciertas humillaciones impuestas a los judíos, como barrer las calles.
- 9 de mayo de 1938** Ed se entera de que puede continuar ejerciendo su función. Ed le propone a Sidonie que se divorcien.
- 13 de septiembre de 1938** Un decreto anula su matrimonio. Robert y Ernst no pueden quedarse en los Estados Unidos, el cupo de inmigrantes austríacos se ha colmado.
- Verano y otoño de 1938** Sidonie ayuda a su madre a hacer las valijas con miras a su emigración a Francia junto a Heinrich.
- 17 de agosto de 1938** Un decreto dictamina que a partir de enero de 1939 los judíos deberán llevar el nombre de Israel y las judías el de Sara, junto con sus nombres de pila.
- Diciembre de 1938** El servicio de mudanza vacía el departamento de su madre, Sidonie vive subalquilando en casa de una amiga.
- 1º de enero de 1939** Las leyes vejatorias contra los judíos se acentúan.
- 16 de febrero de 1939** Emma Csillag abandona Viena. En el curso del viaje en que acompaña a su madre, Sidonie visita a Wjera y a su marido en Munich. Vuelve a Viena, pero a fines de febrero piensa en irse.
- 21 de febrero de 1939** Se ordena a los judíos que entreguen sus objetos de valor en los puntos de venta públicos. Para Sidonie, entregar sus joyas es la gota que hace desbordar el vaso.
- Marzo de 1939** Arresto de Willy Weinberger y de Hugo Wazlawek por la Gestapo. Los tres jóvenes que los denunciaron por homosexualidad (artículo 129 b) también serán deportados.
- Abril de 1939** Hugo es liberado.
- 11 de julio de 1939** Willy es liberado, mencionado en el registro de antecedentes y borrado en 1942.
- 1º de septiembre de 1939** El ejército alemán invade Polonia.

#### EN CUBA

- Comienzos de 1940** Sidonie intenta conseguir un lugar en un barco y una visa para Cuba.

- Abril de 1940** Intento fallido de salir por Hamburgo. Regreso a Viena; Sidonie se ve obligada a pedir la ayuda de un organismo, el Gildemeester.
- Junio de 1940** París es ocupada y el mariscal Pétain se convierte en el jefe del gobierno francés.
- 22 de junio** Armisticio, los emigrantes alemanes y austríacos ya no están protegidos.  
Heinrich, en la zona no ocupada, no logra hacer traer a su madre.
- 12 de agosto de 1940** en Berlín, Sidonie vuelve a ver a Léonie después de dieciséis años. Su amor por la baronesa aún persiste.
- 19 de septiembre** Se obliga a los judíos a llevar una estrella amarilla.  
Cuatro meses y medio de viaje. Berlín Königsberg Moscú. El 18 de agosto de 1940 Sidonie aborda el Transiberiano. El 23 de agosto, Irkutsk, el 27 Harbin en Manchuria. Luego Japón y una espera hasta octubre. El 24 de octubre se embarca para cruzar el Pacífico. El 7 de noviembre, Honolulu, 17 de noviembre San Francisco. En el barco conoce al peruano Carlos, quien le hace una propuesta directa que ella rechaza. El 4 de diciembre, Balboa en Panamá, el 24 de diciembre, último barco.
- 27 de diciembre** La Habana. Sidonie se encuentra en Cuba con sus jóvenes hermanos Robert y Ernst.  
En La Habana, Sidonie asiste a la escuela de lenguas. Amistad con Jeannette, una francesa.
- Mayo de 1941** Heinrich regresa a buscar a su madre a quien le da un ultimátum para huir de París; pero ella tiene una gripe el día previsto.
- Fines de mayo de 1941** Heinrich es detenido en el curso de unas redadas antijudías, es internado en el campo de Pithiviers. Sin embargo, le conseguirá papeles falsos a su madre.
- Junio de 1941** Alemania ataca la URSS.  
Heinrich se escapa con su amigo Léo gracias a la ayuda de una joven del Correo. Permanecerá escondido durante dos años en la despensa de frutas de la familia de esa mujer.
- Verano de 1941** Cuba. La villa de los Csillag se construye en Miramar.  
Sidonie se apega a su perro Petzi.
- 1942** Interrupción del intercambio postal con Europa.
- Fines de 1942** Los suegros de Wjera Fechheimer son deportados a Theresienstadt.  
Sidonie frecuenta a Gisela y conoce a la historiadora cubana Lydia Cabrera.
- 1943** Sidonie se desembaraza de Gisela endosándola a un director de orquesta que le hace la corte a ella. Maravilloso alivio.
- 1943** Derrota de los alemanes en Stalingrado, insurrección del ghetto de Varsovia. En Alemania se acentúan las vejaciones contra los judíos.  
En Munich, Hans Martin Fechheimer ya no sale de su departamento; tiene trastornos pulmonares que no puede tratar. En cambio, esperanza de una próxima salida para Heinrich.
- Comienzos de 1944** Relación con Marie-Louise. Marie-Louise se procura un marido para tener un hijo; Sidonie no está celosa.

- 1944** Desembarco en Normandía. Heinrich puede salir de su escondite. Se casará con la más joven de las dos hermanas de la familia que le salvó la vida.
- Febrero de 1945** La guerra está perdida para Alemania, pero la maquinaria nazi continúa. Hans es arrestado enfermo por la Gestapo para ser llevado a Dachau.
- Abril de 1945** Hans asiste a la liberación del campo por el ejército norteamericano, pero su enfermedad se agravó y muere dos semanas después.
- 1945** Sidonie se ve obligada a trabajar. Vive (junto con Petzi) en la plantación Mercedes de los Mattacena, encargándose de Orestes hasta junio de 1947. El niño la adora.
- 1948** Sidonie se reúne con Marie-Louise en los Estados Unidos y encuentra un empleo en Brooklyn en casa de una señora inválida; el marido le enseña a Sidonie las costumbres judías. Petzi pasa la semana en casa de Marie-Louise en Connecticut y Sidonie vuelve allí los fines de semana. Experiencia erótica intensa en un tren. Una mano se apoyó sobre su muslo, ella finge dormir.
- Abril de 1949** Sidonie se embarca hacia Europa con Petzi. Separación de Marie-Louise.

#### **PETZI**

- Junio de 1949** Sidonie llega a Cherbourg. Primera semana en París. Vuelve a ver a su madre y a su hermano mayor, escucha el relato de Heinrich. Regreso de Sidonie a Viena con Petzi. La esperan sus amigos Muni y Grete Weinberger, Sylvie Dietz, Christl Schallenberg (falta Ellen). Encuentra a su amiga de la infancia Ellen Ferstel gravemente enferma (una fisura en el cráneo mal diagnosticada luego de una caída en 1920). Vuelve a ver a Ed quien ha logrado conservar su puesto; asqueada por su relato, ella lo abandona definitivamente.
- Verano de 1949** Vacaciones en los Alpes austríacos con su madre. Encuentro organizado con Wjera en Golling. El fin de semana previsto en Golling dura diez días, las dos mujeres se aman y se desean, luna de miel; le saca fotos a Wjera. Momento excepcional. Sidonie sabe que ese momento feliz no puede inscribirse en la duración. Regreso a Viena, un año en casa de Ellen que sufre cada vez más. Sidonie (que detesta todo lo que afecta al cuerpo) no soporta acompañar a Ruth, la hija de Ellen, en su parto. Sidonie se entera de que Ed tiene relaciones sexuales con su sirvienta y también relaciones incestuosas con su hija, de su primer matrimonio; indignada, interviene ante Heinrich para hacer que terminen los envíos de dinero que habían acordado.
- 1950** Año nuevo en casa de los Ferstel.
- Febrero de 1950** Viaje para reunirse con Wjera, junto a Grete Weinberger y Sylvie Dietz para el bridge de la tarde y Petzi con Maria Taferl, Sidonie no se ocupa más que de Petzi. Ambiente tenso.
- Primavera de 1950** Fallecimiento de Helene Rothballer, madre de Wjera.

**Verano de 1950** Sidonie y Wjera a orillas del lago de Walchsee, habitación doble, un tanto alejada de la habitación de Emma. Desavenencia. Sidonie usa a Petzi como pretexto para evitar las muestras de ternura y la sexualidad física. Wjera ofendida la conmina a elegir. Sidonie se marcha con Petzi. Por momentos Sidonie quiere arrojarle al lago, por momentos colma de regalos a Wjera.

De regreso en Viena, Wjera le sigue reclamando una relación continua, Sidonie no está decidida. Wjera termina la relación. Durante su siguiente viaje a Viena, Wjera se niega a abrirle la puerta a Sidonie. El único contacto que tendrá lugar será cuando pida la devolución de sus cartas.

Sidonie ya no vive en casa de los Ferstel, pero visita a Ellen cada dos días.

**Navidad de 1952** Fallece Ellen. Suicidio con gas. Sidonie siente ganas de hacer lo mismo que Ellen.

**1953** Fallece Léonie en Berlín.

Sidonie vive subalquilando o en casa de amigas; no tiene nada propio, recupera algunos objetos guardados por Ed, revende el regalo de matrimonio de su padre en el Dorotheum; tiene que trabajar para vivir. Representante, clases de idiomas, retratos, institutriz del hijo del embajador de Francia.

**1955** Muerte de Petzi.

#### CHICO/EMMA

**1959** Revolución y ascenso de Fidel Castro en Cuba, Sidonie ha recuperado su nacionalidad austríaca.

**1960** Ruth, hija mayor de Ellen Ferstel, casada en segundas nupcias con un diplomático holandés, le propone ir a Bangkok por tres años; ella se ocuparía de su hija Andrea. Heinrich lamenta que Sidonie ya no le dedique sus veranos a Emma.

En Bangkok, se adquieren una serie de animales, Sidonie se apega al mono Chico.

Sidonie, que se supone que se ocupa de Andrea, aburre a la joven.

**1964** Sidonie se queda en Tailandia con Chico, se convierte en dama de compañía en casa de los Costa.

Heinrich y su mujer se han instalado en Algeciras, en el sur de España, Emma está enferma.

**Noviembre de 1964** Sidonie se separa de Chico para ir a cuidar a su madre.

En Algeciras, Emma continúa esperando admiradores, insensible a la presencia de su hija. Se inventa pretendientes y realiza paseos en los que no desea que su hija la acompañe, considerándola aún como una competidora. Esa locura le recuerda a Sidonie la antigua herida.

**Febrero de 1965** Muere Chico. Sidonie maldice a Dios.

**Marzo de 1966** Muerte de Emma Csillag.

**Junio de 1966** Sidonie desembarca en Florida donde se encuentra su hermano Ernst.

Sidonie encuentra un empleo de cocinera y dama de compañía en Scarsdale en casa de la señora Herbert.

**1969** Sidonie ya tiene derecho a la *Social Security* y deja a la señora Herbert.  
**Verano de 1969** Regreso a Algeciras.

**Septiembre** Visita de Jeannette y luego de Elisabeth, su amiga de Rotterdam.

**Noviembre de 1970** Regreso a Viena pasando algunos días en París. Cena en casa de los Costa. Sidonie se enamora de Monique, sobrina de Jacqueline Costa.

En Viena, Sidonie trabaja en la oficina de reservación de espectáculos.

**Primavera de 1971** Jacqueline Costa le propone a Sidonie que la acompañe a Brasil por dos años. Tres semanas en casa de Jacqueline en París, donde ve a Monique varias veces, les pide a sus amigos que la mantengan junto a ellos en su castillo (cerca de Monique) cuando la misión haya terminado.

Desde Río, Sidonie le escribe a Monique, que no responde, y compara el amor que siente por ella a la atracción que ejerce en ella una tal Catherine.

**1973** Viajes al interior de Brasil.

Regreso, pasando por Miami para ver a sus hermanos, luego París y el sur por Monique. Jacqueline Costa le dice que Monique no está interesada en ella. Sidonie no puede quedarse en el castillo, muy mal calefaccionado.

**1974** Regreso a Viena, vive en casa de la condesa Inge Küenburg.

**1976** Vuelve a sentir deseos de viajar, Bangkok, Cuba. Marie-Louise ha muerto, su casa está deteriorada, sus cuadros destruidos. Regreso a Viena.

#### LAS AMIGAS

**1980** Fallecimiento de la huésped de Sidonie. Lotte, la menor de las hijas de Ellen, encuentra una casa donde albergan a señoras, una casa mantenida por la Caritas, institución de caridad de la Iglesia católica.

**1996** Decana de los pensionados del hogar, Sidonie se traslada para jugar al bridge, encuentro con Dora; malentendidos en serie (Dora que se presenta con los senos desnudos o que prefiere los tulipanes antes que las orquídeas). En adelante, sus amigas son las hijas o nietas de las amigas de su juventud, Lotte y Ruth (hijas de Ellen Ferstel), Andrea, la hija de Ruth. Diana Voigt, la nieta de Sylvie Dietz (sobrina nieta de Fritz) se convierte en una de sus entrevistadoras.

**1998** Sidonie todavía siente deseos de vivir una gran aventura, intenta retomar contacto con Carlos, el peruano que encontró en el barco en 1940. Él envía una foto que lo favorece, Sidonie pierde interés.

**1999** Sidonie muere en su centésimo año de vida.

**2000** Viena. Publicación de la biografía escrita por Ines Rieder y Diana Voigt.



# Índice general

Prefacio .....	7
Capítulo I	
Leonie .....	11
CAPÍTULO II	
Berggasse 19 .....	39
<i>La vida de los judíos en Viena</i> .....	50
<i>El ascenso de la Familia C</i> .....	52
<i>Brioni</i> .....	63
<i>La última vez en Berggasse 19</i> .....	70
CAPÍTULO III	
Arsénico, cocaína y noches largas .....	73
<i>Los Puttkamer</i> .....	81
<i>La baronesa en la trampa</i> .....	84
<i>La visión de Albert Gessmann</i> .....	94
<i>La guerra de las Dos Rosas</i> .....	100
CAPÍTULO IV	
Danzas del vicio, del espanto y del éxtasis .....	107
<i>La tenca</i> .....	113
<i>El final de todo</i> .....	118
<i>El telegrama</i> .....	121
CAPÍTULO V	
Estaciones intermedias... ..	127
Capítulo VI	
Cuerpos de mujeres, cuerpos de hombres... ..	153
CAPÍTULO VII	
Wjera .....	183
<i>Juegos de poder austríacos</i> .....	195
<i>St. Gilgen</i> .....	205

CAPÍTULO VIII	
“¡Yo no pertenezco a ese grupo de personas!” .....	217
§ 129 b .....	228
<i>Cada vez el espacio se cierra más</i> .....	238
<i>Por última vez, Leonie</i> .....	242
<i>A través de Siberia y cruzando el Pacífico</i> .....	248
CAPÍTULO IX	
Cuba, mi amor .....	259
<i>La vida cotidiana en Cuba</i> .....	271
<i>El amor en Cuba</i> .....	279
<i>Sidi tiene que trabajar</i> .....	284
<i>Adiós a Cuba</i> .....	293
CAPÍTULO X	
Los años de plomo de la posguerra .....	301
<i>Nuevamente en Viena</i> .....	311
<i>En los brazos de Wjera</i> .....	320
<i>La muerte de Ellen</i> .....	329
CAPÍTULO XI	
Monique .....	343
<i>Tailandia</i> .....	346
<i>Adiós a la madre</i> .....	353
<i>La vida en el suburbio</i> .....	356
<i>Spain again</i> .....	364
<i>Brasil</i> .....	370
<i>En Viena y de viaje</i> .....	376
CAPÍTULO XII	
“No pasa un día sin que piense en ella...” .....	381
Postfacio	
<i>De T. Gindele Freud, Lacan, Sidonie: desfasaje</i> .....	397
Sidonie Csillag: Cronología .....	405



